



TRAS LAS HUELLAS DEL LOBO

La continuación de
LOS TRES NOMBRES DEL LOBO



LOLA P. NIEVA

Índice

[Portada](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Agradecimientos

Antes de embarcaros en el desenlace de este lobo que tanto me ha dado, y al que tanto le debo, quiero contaros algo...

Hace un tiempo ya, entró en mi vida una historia entrañable sobre un niño muy especial. En torno a él, se gestó un proyecto común, que unió no sólo corazones, sino a un perro con su pequeño amo, Pau.

Y no un perro cualquiera, un guerrero que demostró su fortaleza ante la muerte, su dulzura ante el mundo y su entrega a ese niño, y al que pusieron el nombre de *Gunnar*, que significa «guerrero en lucha», en honor al personaje de mi novela, algo que me sigue emocionando.

Se eligió para ser adiestrado y ayudar en la terapia que Pau necesitaba, pero descubrimos que no hay más ayuda que el amor incondicional, ese que sólo un perro puede dar. No hay mejor medicina para la mente y para el alma que una entrega tan completa y un cariño tan profundo. Pau tiene una familia maravillosa y, ahora, un guardián que vela por él y por su bienestar. Es un niño afortunado y feliz.

Ese grupo de personas que colaboraron en aquel proyecto y que pusieron el corazón en él, siguen en el mío. Y es a ellas a las que dedico esta novela: a las que se volcaron sin dudarle un instante, a las que organizaron y buscaron la manera de ayudar. Personas a las que la vida llevó por diferentes caminos y que hoy, aquí y ahora, quiero unir, mostrándoles toda mi gratitud por hacerme partícipe de una etapa de sus vidas.

A vosotras: Eva Alonso, mamá de Pau, Raquel García Rodríguez, Marisa Pascual Alfaro, Paqui y Ana Belén Rodrigo Martín, Tiaré Pearl, Noemí Agudo, Liah S. Queipo, Cris Badal, Pamela Revuelta, Cristy Cobos de Zea, Nuria, Laura y Elena Salvador Tejedor y, por supuesto, a la criadora Tera de Heraldo de Gaia, por colaborar en la adopción y hacerse cargo de los tratamientos.

Quiero dar las gracias también a aquellas personas que estuvieron cerca de mí mientras se gestaba esta historia, alentándome, transmitiéndome su consuelo cuando el lobo mordía demasiado e

ilusionándome al revelarme sus ansias por leerlo, y, sobre todo, porque creyeron en mí; en ese sentido quiero hacer una mención especial de mi editora, Esther Escoriza, por su ciega fe en mí, y su cariño impagable.

Suelo decir que, en ocasiones, los agradecimientos no son suficientes; éste es un ejemplo. No obstante, millones de gracias... Cristina Egea, Eva García Carrión, Eny Doinean, Laura Rey Avilés y Susana Granados Gambetta, por tanto.

Y a una guerrera muy especial a la que admiro profundamente, pues esta novela es una oda no sólo al amor, sino también al valor y a la fortaleza; a ti, Noe Nomas, con todo mi afecto.

Y, por supuesto, a mi familia al completo, por su apoyo, comprensión y cariño, por estar siempre ahí, a mi lado. No necesito más.

Termino revelándoos lo que sentí con cada dentellada de este lobo fiero. Hubo momentos durante la escritura en que tuve que detenerme: unas veces, a llorar; otras, a recobrar el aliento; algunas, a suspirar, y muchas, a recomponerme.

Sentí sus dientes en mi corazón, y sólo espero que atrape en sus fauces el vuestro.

Gracias a ti, querido lector, por aullar a mi lado...

Comenzamos...

Gracias, destino

El viento soplaba con fuerza, sacudiendo violentamente las contraventanas de madera de cedro y produciendo un golpeteo rítmico que, sumado al afilado silbido de la ventisca, hizo que me arrebujara bajo el mullido nórdico que me cubría.

Sonreí satisfecha, pues, apenas unas horas antes, un nórdico, no tan mullido, había desgastado mi cuerpo con un placer agónico que parecía no tener fin.

No sólo gozaba de sus caricias, de sus miradas, de sus palabras, de su presencia... gozaba del aura de su alma, de esa cálida e intensa conexión que nos unía con fuerza arrolladora. No importaba el tiempo que estuviéramos juntos, las veces que nos amáramos, la felicidad compartida; aun así, nuestro anhelo permanecía desesperado y hambriento.

El dolor y la desolación por nuestra abrupta separación habían marcado a fuego nuestros corazones con un temor difícilmente olvidable. De ese modo, vivíamos cada minuto con pasión e intensidad abrumadora, concedores de los caprichos del destino.

Había transcurrido algo más de un año desde nuestro reencuentro y cada instante a su lado era un regalo divino que agradecía casi de manera incesante.

Hoy se celebraba nuestro primer aniversario de boda.

Al pie de un hermoso acantilado, escarpado, verde e impresionante, sobre el fiordo que se había convertido en nuestro hogar, volvimos a unir nuestras vidas, pronunciando unos votos con la voz del corazón y la fuerza del alma, frente a un clérigo al que ni miramos, y frente a un escaso público que casi ni percibimos. Gunnar y yo, yo y Gunnar, eso era suficiente para ambos.

Todavía sentía en mi piel la mirada de aquellos hermosos ojos verdes, cargados de un amor tan profundo como aquel fiordo, que presenciaba un rito tan añejo como los tiempos: la fusión de dos almas

predestinadas, vapuleadas y recompensadas.

Ambos íbamos vestidos con ropa informal; eso sí, blanca, como las páginas en las que deseábamos escribir nuestra nueva vida juntos.

Mi gallardo vikingo cortaba el aliento aquel día. Su cabello rubio oscuro sujeto en una coleta baja dejaba bien a la vista sus marcadas facciones, la masculinidad de su pronunciado mentón, su amplia boca, definida, de labios delgados, su nariz recta y sus altos pómulos... y aquellas gemas verdes, alargadas y brillantes que refulgían dichosas bajo la luz de un sol adormecido.

Recordé vívidamente el beso ansioso y brutal con el que sellamos nuestro vínculo. Cómo su lengua desesperada buscaba la mía, con la misma hambre del primer día, cuando yo era su esclava en aquel tiempo tan lejano y tan cercano a la vez. Ahora sabía que, en realidad, ambos fuimos esclavos de un destino incierto y de un amor imborrable.

—Un año, amor mío, el primero de tantos.

Su voz, grave y susurrada, aún quebrada por el sueño, despertó cada fibra de mi ser. Ya volvía la cabeza hacia él cuando se abalanzó sobre mí y, cubriéndome con su cuerpo, me inmovilizó, al tiempo que pegaba su rostro al mío, nariz con nariz, con las miradas entrelazadas, en silencio, mientras nuestros ojos conversaban.

Entreabrí los labios y me los humedecí, sabiendo muy bien la atención que aquel gesto provocaba.

—Eres una inconsciente —ronroneó.

—¿Tú crees?

—Ajá, no es muy sensato tentar a un león hambriento.

Los largos mechones de su cabello ocultaban en parte su rostro, pero el ojo felino que asomaba brillaba maliciosamente seductor.

—Recuerda que yo también tengo dientes —murmuré provocadora.

Gunnar esbozó una media sonrisa pícaro y sacudió la cabeza, agitando su cabello.

—Grrrrrrr... —gruñó—, estoy más que preparado para la pelea, loba mía.

Reí y le enseñé divertida los dientes. Él atrapó mis muñecas por encima de mi cabeza, hundiéndolas en la almohada, y presionó las caderas sobre mi vientre; advertí al instante que no fanfarroneaba.

—Sin duda tienes el coraje de un guerrero —musité divertida— y la vitalidad de un dios. No puedo creer que te queden fuerzas, anoche

batimos todos los récords.

Gunnar negó con la cabeza con vehemencia, y una amplia sonrisa jugueteando en sus tentadores labios.

—Anoche... —hizo una pausa intencionada mientras hundía la nariz en mi cuello— fue anoche; acaba de amanecer, con lo que ya es otro día, y sí, soy un guerrero, con la suerte de un dios, pero en realidad sólo soy un pobre y necesitado hombre enamorado.

Su aliento cálido acarició mi piel. Suspiré.

Irguió de nuevo la cabeza para mirarme. Su intensidad me secó la garganta.

Durante un largo instante, mis ojos quedaron atrapados en los suyos, como presos de un hechizo que detenía el tiempo, que nos alejaba del mundo. Sentí cómo mis latidos cambiaban bruscamente de ritmo, acelerados y desacompañados.

—Gunnar —gemí suplicante.

Su mirada se prendó en mi boca, una chispa de puro deseo la encendió y entreabrí los labios desesperada por recibir su primer asalto.

—¡Loba! —gruñó ardiente.

Su boca se cernió hambrienta y furiosa sobre la mía. La invasión fue brusca, dura, desesperada. Su lengua sedosa y dominante paladeó cada recoveco de mi boca. Lamía, succionaba, mordía, arrancándome gemidos sofocados.

Sus manos trémulas e inquietas se deslizaron hasta mis pechos desnudos, amasándolos con hosquedad, mientras su cadera danzaba sobre mí y frotaba su dureza cálida y palpitante.

Llevé mis manos liberadas hacia la cinturilla elástica de su pantalón de pijama y las metí bajo la tela. Apreté, extasiada, sus duros glúteos, hundiendo apenas las uñas en su piel. Gunnar emitió un largo gruñido al tiempo que arqueaba la espalda. Se medio incorporó apoyado en las palmas de las manos. Admiré la musculosa complexión de su pecho, la pronunciada curvatura de sus poderosos hombros, las delineadas formas de sus bíceps en tensión, sus vastos antebrazos venosos, la dureza remarcada de su vientre y el orgulloso mástil de su deseo abultando la bragueta de su pijama.

Gunnar solía dormir con el torso desnudo y un fino pantalón de algodón, sin ropa interior. Resultaba imposible no seguirlo con la mirada cuando deambulaba por la casa de esa guisa. Era el hombre más

condenadamente sexi que existía sobre la faz de la tierra, con ese atractivo salvaje y natural que exhibía con elegante indolencia, desconocedor de su propio magnetismo animal. No había mujer que resistiera el impulso de volverse para mirarlo, pero, por fortuna, mi hermoso vikingo sólo tenía ojos para mí.

Tiré con fuerza del pantalón, liberando su majestuosa exigencia, altiva y pesada, que basculó apuntando directamente a su objetivo. Sonreí libidinosa; el deseo me consumía.

Gunnar se colocó entre mis piernas; una densa humedad emergió, anticipando la incursión. Acaricié sus abultados hombros, sostuve su ígnea mirada y con total premeditación alcé la cadera en una muda invitación.

Sin embargo, él permanecía estático, erguido sobre mí, con los brazos tensos y sus ojos devorando mi rostro con una extraña expresión extasiada.

—Adoro saborear cada uno de tus gestos, esas chispas que despiden tus hermosos ojos dorados, la sutil tensión de tu rostro, la ávida plenitud de tus labios que parecen pedir a gritos que los devoren, la súplica desgarradora de tu mirada, la sensual ferocidad de tus caricias. Pero ¿sabes qué es lo que más me subyuga? —inquirió en un susurro quedo y grave.

Negué con la cabeza, cada vez más urgida por el deseo palpitante que punzaba mi vientre.

—La música que componen tus gemidos; no tienes idea de la cantidad de sonidos diferentes que emites cuando te poseo, podría tener un orgasmo sólo escuchándote.

De repente, la loba traviesa y juguetona de mi interior surgió dominando la situación.

—Veamos si eso es verdad —musité mientras esbozaba una sonrisa insinuante.

Gunnar abrió los ojos claramente confundido, pero cuando vio que metía en mi boca dos de mis dedos y los saboreaba con fruición, un deseo acuciante oscureció su mirada.

Sin apartar los ojos de los suyos, llevé mi mano hacia mi sexo, decidida a procurar un momentáneo alivio al anhelo que sacudía mi cuerpo.

Gemí a la primera caricia, me mordí el labio inferior y me contoneé contra mi propia mano.

—No cierres los ojos, ¡mírame! —me ordenó.

Así lo hice mientras gozaba de mis propias caricias bajo la atenta y sufrida mirada de Gunnar.

Jadeaba cada vez con mayor intensidad; el placer me sacudía, y ver la tortura y la contención en sus ojos acrecentaba mi goce, aumentando el ritmo de mis caderas. Cuando casi llegaba al clímax, Gunnar me detuvo.

—Ese premio es mío.

Se deslizó raudamente entre mis piernas y su lengua terminó lo que mi mano había empezado. Mis gemidos ya eran gritos de placer desquiciante; la voracidad de su lengua estaba acabando con mis sentidos. Estallé en un orgasmo burbujeante que convirtió mis venas en ríos de lava. La tensión se disipó en una laxitud agradecida, y floté en una nube distendida y mullida, de auténtica ingravidez.

—Deliciosa —murmuró mientras se incorporaba.

Se alzó nuevamente sobre mí, regalándome una sonrisa lujuriosa e incitante.

—Has tentado demasiado al león, loba, no tendré piedad de ti.

—No quiero tu piedad —gemí, con voz ronca y sensual—, quiero que me destroces como la bestia que eres.

Atrapó mi boca en un asalto feroz y hambriento; su lengua ansiosa buscaba refugio con desespero, sin dar cuartel, retándome en una danza alocada, manejada por los hilos de un deseo incontrolado. Sentí las garras de sus dedos hundiéndose bruscamente en mi carne, como si buscara el alivio más allá de mi piel. Ya no éramos dos cuerpos en busca de placer, no; éramos dos almas sedientas, clamando una fusión.

En una única y violenta embestida, me penetró completamente y, sin moverse de mi interior, siguió devorando mi boca como si de ella manara ambrosía. El placer me sacudía; mi cuerpo luchaba por moverse, pero el enorme cuerpo de Gunnar me inmovilizaba contra el colchón. Me había convertido en su presa, pero no sería el único que iba a disfrutar del festín.

En busca de oxígeno, Gunnar se separó apenas, para clavarme una flamígera y enardecida mirada felina. Vio en mis ojos tal desesperación que su locura aumentó, oscureciendo su semblante.

Mi león salió despacio de mí; la tensión de su rostro mostraba claramente la contención y el placer que lo desgarraban. De nuevo, se hundió en un solo y brusco movimiento. Gruñó; grité.

Sujetó mis muñecas por encima de mi cabeza y mordió mi garganta,

como una alimaña enloquecida.

Salía lenta y sufridamente de mí, mientras se sumergía en mis ojos, para luego encajarse con brusquedad, permaneciendo un instante en mi interior, al tiempo que devoraba mis lastimados labios.

Continuó aquella dulce tortura, convirtiendo mi sangre en lava candente; incluso pensé que mis huesos se fundían. El tórrido placer que me sacudía en oleadas de fuego me elevaba a una agonía electrizante, amenazando con convertirse en una verdadera ciclogénesis explosiva.

Desesperada porque acelerara el ritmo, me debatí contra él. Gruñí furiosa, luché contra aquel gigante enloquecido y cruel que me sometía a un placer desesperante. El lobo clamó por el control.

Cuando ya se inclinaba de nuevo en busca de mis labios, sorteé rauda su boca y mordí su hombro.

Gritó asombrado, no tuvo tiempo de más.

Lo empujé con todas mis fuerzas, apartándolo lo suficiente como para escapar de la prisión de su cuerpo. Se volvió para apresarme, y en ese momento logré ponerme sobre él y, a horcajadas, lo tomé como mío.

Gunnar exhaló un largo gemido sofocado de asombro y placer.

Ahora yo lo gobernaba. Incliné la cabeza hacia atrás y cabalgué melosa y lánguida sobre sus poderosas caderas. Sentía su dureza palpitando en mi interior, su cálida tersura deshaciéndome las entrañas, sus manos amasando mis pechos, y gemí incesante.

Impuse un ritmo lento y pausado, en venganza, hasta que mi propia urgencia dominó la situación.

A punto de explotar, sumergida en el refulgir esmeralda de sus atormentados ojos, saboreé cada gesto, cada gruñido, cada exhalación y, advirtiendo una incipiente culminación, me incliné sobre su impresionante pecho jadeante y lo besé con saña sin que mis caderas dejaran de danzar.

Un grito aliviado surgió desde lo más profundo de su garganta. Una de sus manos se aferró a mis nalgas, oprimiéndolas con ferocidad, mientras la otra apresaba mi nuca. El beso fue casi un acto de auténtico salvajismo. Nuestros dientes chocaban, nuestras lenguas ondeaban enloquecidas, nuestros labios se oprimían con desespero.

El clímax más exacerbado envaró mi cuerpo, me sacudí abruptamente como sometida por cientos de descargas eléctricas, presa de un orgasmo desgarrador.

Nuestros gritos libertadores rompieron la penumbra de un amanecer

frío, quebrando el silencio, atravesando los tempranos rayos de un sol desteñido.

Lánguida y trémula, dichosa y colmada, me abracé a su amplio y musculoso pecho con una sonrisa soñadora en mi rostro. Adoraba escuchar cómo los latidos acelerados de su corazón bajaban de ritmo paulatinamente, sentir la calidez de su piel, el cosquilleo del escaso y seductor vello dorado que adornaba el centro de su fornido pecho, el sutil aroma almizclado que manaba de su cuerpo como un halo magnético que me impedía despegarme de él.

Me rodeaba con los brazos, sus dedos acariciaban con suavidad mi espalda. Aquél era mi paraíso, el que tanto busqué a través de los siglos.

—Nunca se acaba —murmuró pensativo, todavía con la voz rota teñida de deseo—. Da igual las veces que te posea, este maldito deseo me sigue quemando las entrañas como la primera vez que te tuve entre mis brazos.

Alcé el rostro hacia él, encontrando una mirada conmovida.

—En aquel *knörr*, en mitad del océano —recordó con una sonrisa nostálgica—, rodeados por mis hombres, apenas ocultos tras el velamen. Sentada sobre mis rodillas... —Suspiró; su expresión adquirió gravedad—. Ésa fue la primera vez que me desnudé ante ti, pero estabas tan centrada en tu determinación de dominarme que no reparaste en todo el amor que ya sentía por ti.

—Tal vez no conscientemente —repuse—, pero, desde luego, en cada uno de nuestros encuentros plantabas una semilla que fue germinando hasta convertirse en una planta monstruosa.

Su pecho se sacudió con una profunda carcajada, y a mí con él.

—Monstruosa, ¿eh?, ya te voy a dar yo monstruo.

—Ni se te ocurra volver a tocarme por hoy —me quejé entre risas—, o esta noche iré dando traspiés en la fiesta como un animal malherido.

—¡Lo que eres!

Lo empujé burlona y me separé a regañadientes.

—No subestimes el poder del lobo.

—No soy tan audaz —replicó con una amplia y socarrona sonrisa que me tentó de volver a sus brazos.

Me levanté de la cama y, desnuda, recogí la ropa de la noche anterior, diseminada por el suelo de la habitación.

—Mmmmm... —ronroneó, mientras me observaba—; si tu

intención es ir sola a la ducha, deberías privarme de este espectáculo, no querrás despertar al... monstruo.

Le lancé mi sostén y lo cogió al vuelo entre risas.

—No necesitas esto: aunque ahora tus pechos estén más llenos, siguen tan altivos y espléndidos como siempre.

—Mi espalda no opina lo mismo; si no fuera por él, creo que andaría encorvada.

—Ven, pobre loba, te daré un masaje para calentarle la comida a mi lobezno.

Negué sonriente con la cabeza.

—Ambos sabemos en qué acabaría eso.

Una punzada tensionó mis opulentos pechos y, como si estuvieran sincronizados, un lamento agudo e iracundo surgió del receptor móvil que había sobre la cómoda.

Ambos sonreímos.

—La llamada de la selva —musitó Gunnar divertido—. Si la potencia de los pulmones es indicativo de salud, nuestro cachorro es un roble.

Asentí, le lancé un beso, me envolví en mi bata de seda púrpura y salí rauda de la alcoba.

Conforme avanzaba por el pasillo, el llanto crecía en intensidad y ganaba dinamismo. Mi pequeño y hermoso Khaled era un impaciente glotón.

Abrí la puerta y me dirigí presta hacia la cuna. Tomé en brazos a mi hijo, un rollizo bebé dorado de apenas cuatro meses, y me senté en la mecedora. Abrí la bata y el gorgojeo ansioso de mi pequeño me arrancó una sonrisa embobada; lo puse en mi pecho. Su boquita hambrienta se cerró con una fuerza sorprendente en torno a mi pezón, e instantáneamente comenzó el proceso de succión, llenándome de una sensación extraña; una mezcla de alivio, cosquilleo y tirantez.

—Eres un pequeño bárbaro, ¿eh, cariño? —Sonreí presa de una emoción maravillosa—. Como tu padre.

El pequeño cerró los ojos concentrado en alimentarse, mientras yo acariciaba con el dorso de mi pulgar su sonrosada mejilla redondeada y sedosa.

Era mi niño dorado como el sol y brillante como la luna. Su cabello claro, y sorprendentemente espeso, se rizaba, como el de Cupido, en brillantes ondas. Sus ojos rasgados eran claros, pero de un color

inconfundible ya: ámbar, como los míos y como los de mi padre en otro tiempo, de quien llevaba el nombre. Si hubiera sido niña, se habría llamado Eyra. Y Eyra llegaría, no albergaba ninguna duda. Gunnar adoraba a los niños, también yo, y hacerlos era nuestra perdición. Volví a sonreír. No, nunca se acababa, pensé; ese deseo inagotable nos consumía a cada instante creciendo en lugar de aplacarse. ¿Por qué? No lo sabía, tal vez fuera el deseo acumulado durante siglos.

Un levísimo chirrido captó mi atención hacia la entornada puerta de la habitación.

Gunnar estaba allí, asomado, observando con semblante enamorado la escena, semidesnudo, con el cabello revuelto y la dulzura en los ojos.

Le sonreí dichosa y orgullosa, embargada por la misma emoción.

Por fin el fruto de nuestro amor había logrado nacer; por fin mi cuerpo no sólo fue receptor de vida, sino que consiguió traerla al mundo. Por fin las lágrimas que había derramado por los hijos arrebatados eran compensadas con creces, con una felicidad única y mágica, que colmaba mi pecho de manera continua, hasta hacerme pensar a veces que me reventaría el corazón de júbilo, por cada momento vivido.

Gunnar abrió la boca y pronunció en silencio una frase.

—Os amo.

Y se alejó rumbo a la ducha, dejándome con la mirada húmeda y una expresión de plenitud y dicha indescriptible. Yo pronuncié otra.

—Gracias, destino.

Reencuentros

Rumbo a la Tønsberg Station, tarareaba una canción de cuna típica noruega, mientras Gunnar conducía nuestro Land Rover negro con expresión concentrada y una dulce sonrisa en los labios.

Mi pequeño Khaled estaba en casa, al cuidado de Rona Sorensen, una mujer de mediana edad que ayudaba en la granja, o *hytte*, como lo llaman en Noruega. Vivía con su marido, Arne, y su hija adolescente, Anniken, en una cabaña cercana a nosotros.

*So ro, godt barn.
Mor spinner blått gran.
Far kjører plogen,
søster går i skogen.
Søster gjeter sauene
langt nord i haugene.
Bukken går i lunden
med lau og gras i munnen.*

Gunnar sacudió la cabeza divertido sin apartar los ojos de la carretera.

—Es una canción pegadiza, ¿eh? —adujo tomando una curva a la derecha.

Sus grandes manos, que giraban el volante con suavidad, resultaban excitantes. Que un hombre de su complexión, con su imponente anatomía, fuera al mismo tiempo delicado y sutil en sus movimientos añadía más fascinación si cabía a su ya despampanante atractivo físico.

Suspiré. Esta vez sí me miró un instante, con una media sonrisa y expresión inquisitiva. Contemplé su hermoso y varonil perfil: llevaba la melena recogida en una cola; sentí deseos de liberarla y hundir las manos en ella. Me mordí el labio, alejando pensamientos lascivos de mi mente.

—Sí —admití—, Rona está todo el día cantándole esa canción a Khaled, seguro que su primera palabra será «oveja».

Soltó una alegre carcajada que reverberó en el habitáculo.

—¡O «cabra»! Tu noruego ya es casi impecable, aunque no tanto como mi español.

Le dediqué una mirada reprobadora.

—Rubito, tu español es... gracioso.

Gunnar frunció el ceño y arqueó la ceja izquierda en un mohín incrédulo.

—Morenita, mi español es de sobresaliente...

Carraspeó y comenzó a cantar la traducción de la nana que yo había comenzado, *So ro, godt barn*, «Así que tranquilo, buen hijo», repitiendo la misma estrofa.

*Así que tranquilo, buen hijo.
Mamá hila el hilo azul.
Papá conduce el arado,
y tu hermana camina en el bosque.
Tu hermana pastorea las ovejas
al norte de las colinas.
La cabra camina en el bosque
con hierba y laurel en la boca.*

Me contempló interrogante, antes de fijar de nuevo su verde mirada en el asfalto.

—Tienes un deje extraño en tu acento, jamás pasarías por español —le aguijoneé burlona.

—Soy un bruto vikingo, ¿no? Te vas a enterar cuando te acorrale.

Alargó la mano y me pellizcó el muslo. Solté un grito y le di un manotazo entre risas.

—Ya me tienes acorralada en tu coche.

Volvió a arquear seductoramente la ceja, y su sonrisa se ensanchó taimada.

—Preciosa, no me tientes, porque te juro que tomo la primera desviación y te demuestro cuán bruto soy.

Le saqué la lengua burlona y él hizo ademán de girar en el primer desvío.

—Noooo... —Reí divertida—. ¡Estás loco!

Me sonrió travieso y volvió a concentrar la atención en la carretera; entrabámos en Tønsberg.

—Sí —concedió—, y pienso seguir estándolo muchos años.

La estación de tren de la ciudad se hallaba en el centro neurálgico de la urbe, al este de la colina de Slottsfjell.

Sonreí; en apenas veinte minutos estaría abrazando a mi queridísima amiga Elena.

Se había perdido mi boda y, por motivos laborales y personales, no había podido venir a visitarnos, hasta hoy. Y no lo hacía sola.

—Tenía que ser musulmán —masculló Gunnar fingiendo desaprobación.

—Yo ya dudaba de que existiera alguien capaz de hacerle sentar cabeza; al menos no ha tenido que contactar con extraterrestres...

Gunnar soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

«Qué gran intuición la mía», pensé asombrada.

Recordé vívidamente cómo, con su espectacular melena roja y su aleteo infalible de pestañas, embaucaba a un par de desconocidos para que nos llevaran mis maletas: el ejecutivo y el talibán. «Me gusta el cordero», dijo ella, sin saber que se convertiría en eso mismo, en un corderillo manso y dócil, que idolatraba a su pastor. Reí para mis adentros. Yusuf ibn Sarîq debía de tener algo muy especial para que la alocada Elena abandonara su actitud de agresiva devorahombres.

La estación era una estructura de ladrillo marrón oscuro, pequeña y con tejado al estilo noruego, con ese encanto rústico pero cuidado, característico de la arquitectura de la ciudad.

Gunnar estacionó el vehículo en el aparcamiento, perfectamente delimitado frente a la entrada, y paró el motor.

—Si te soy sincero —comenzó a decir tras dar un largo suspiro—, me intimida tu amiga.

—No se come a nadie. —Me detuve un instante para agregar—: Bueno, ya no. ¡Oh, venga, vamos! ¿Un vikingo como tú teme a una pequeña pelirroja?

—Yo sólo le temo a una cosa.

Su semblante pronto adquirió gravedad. Sus hermosos ojos de gato, tan verdes como las altas colinas que nos rodeaban, me taladraron con una intensidad que me secó la garganta.

Ni siquiera tuvo que decirlo, lo leí tan claro en su rostro como si su potente voz lo hubiera gritado a los cuatro vientos: perderme de nuevo.

Me incliné hacia él y besé sus labios con dulzura. Gunnar aferró mi nuca con una mano, con la otra abarcó todo mi mentón para inmovilizar mi cabeza, y devoró con exigente minuciosidad mi boca.

Esa hambre implacable, agotadora e insaciable aparecía con tan sólo mirarnos, con un simple roce inocente, con un casto beso sin pretensiones. Siempre estaba ahí, latente, presta a explotar, obnubilando nuestros sentidos.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, logró separarse de mí. Gruñí insatisfecha y ardiente, y lo contemplé con la mirada turbia por el deseo.

Gunnar maldijo entre dientes, se agarró con las dos manos al volante e inclinó la cabeza, respirando agitadamente.

Intenté acompasar la respiración, y contemplé a mi alrededor para recuperar la calma.

—Deberíamos...

—¡Sal del coche! —ordenó.

Gunnar se volvió para mirarme y, con semblante tenso e indescifrable, resopló y salió del Land Rover; luego cerró con un portazo.

Lo imité contrariada y confusa por su huraña actitud.

—Pero ¿qué...?

Me tomó bruscamente de la mano y sin mediar palabra casi me arrastró a grandes zancadas al interior de la estación.

Grupos de personas deambulaban en diferentes direcciones; otros se detenían a mirar los paneles digitales que anunciaban las salidas y llegadas de los trenes. Gunnar casi embiste a una pareja en su afán por llegar a uno de los pasillos laterales.

Al girar en un recodo, enfiló hacia los servicios y, ante mi estupefacción, entramos como una tromba en el lavabo de señoras. Una mujer de mediana edad dejó caer sobresaltada el pintalabios con el que se retocaba y nos miró escandalizada, antes de correr hacia la salida.

—Eres un...

—Bárbaro del demonio, lo sé.

Me adentró precipitadamente en uno de los immaculados compartimentos para váter y cerró la puerta tras él, aprisionándome con su enorme cuerpo contra el tablero lateral.

—Es superior a mis fuerzas —susurró contra mi cuello.

—¿Qué es superior a tus fuerzas?

—Tú; soy incapaz de resistir esa expresión lasciva y excitada que pones cuando te toco, ver tus labios hinchados y enrojecidos, pidiendo más, es... superior a mis fuerzas. Esto... me supera. Cada día la necesidad de tenerte aumenta de forma preocupante. Me declaro tu adicto, tu esclavo, tu fervoroso adorador.

—¡Cállate y toma lo que viniste a buscar!

Fue como si se hubiera desatado un vendaval en aquel minúsculo receptáculo. La boca de mi hombre devastaba la mía, con besos incendiarios. Sus manos apartaban hoscamente la tela que lo separaba de mi piel; las mías luchaban por desprenderlo de la americana mientras nuestras lenguas forcejeaban por el control, ávidas y desesperadas.

Gunnar me alzó una pierna, arrancó con fiereza mi ropa interior y me penetró con violencia.

Ahugué una exclamación, clavé las uñas en sus nalgas y derramé mis ahogados gemidos en su dulce boca.

Una y otra vez mi cuerpo golpeaba de forma rítmica el tablero donde se apoyaba mi espalda. Gunnar me elevó sobre sus caderas y, con las piernas fuertemente enlazadas a su cintura, fui recibiendo sus enérgicas embestidas, hasta casi desfallecer de placer. Sentía su cálido y entrecortado aliento contra mi cuello, así como la sensual melodía de sus gruñidos sofocados y de mis apagadas exhalaciones, que flotaban en aquel baño.

—Mía —susurró entre dientes.

Sus manos me sujetaban por las nalgas, clavándome con fiereza sus fuertes dedos en la piel. Aceleró sus movimientos, hasta que, envuelta en una bruma de pasión desbordante, estallé en un clímax desgarrador. Archeé la espalda y me convulsioné sometida por una miríada de descargas eléctricas. Gunnar continuó su alocada danza, completamente ajeno a cuanto nos rodeaba; por un instante temí que el tablero no resistiera nuestro empuje.

En una última y profunda embestida, escapó de sus labios un largo, susurrado y quebrado gemido liberador. Agarré su coleta con las dos manos y tiré de ella con vehemencia, para alzar su rostro hacia mí. Cuando me miró, todavía sacudido por el placer que lo tensaba, tomé su boca con ansia, saboreando hasta el último de su jadeos.

—Mío —musité contra sus labios.

—Hasta el fin de los tiempos —respondió.

Me deslizó hacia abajo con lentitud; cuando puse los pies en el suelo, Gunnar estiró los brazos, uno a cada lado de mi cabeza, con las palmas apoyadas en el tablero de mi espalda, y pegó su frente a la mía.

—Freya, uno de estos días sé que van a detenernos; sólo espero que nos dejen compartir celda.

—Sí, y más vale que no sea de barrotes, se me clavarían en la espalda.

—Si fuera de barrotes, estaríamos salvados —repuso divertido—, los fundiríamos.

Cuando salimos del baño público, yo con mi vestido azul cobalto de fino algodón arrugado, el cabello desaliñado, las mejillas encendidas y los ojos brillantes, sentí una profunda envidia por la impecable apariencia de Gunnar, que seguía atrayendo la mirada de las mujeres que nos cruzábamos.

Con su americana azul marino, de corte informal, su suéter beige con cuello en uve y sus vaqueros azules oscuros, de cintura baja, que ceñían sus poderosas y largas piernas, cortaba el aliento. No entendía cómo su cabello seguía estando perfecto, ni cómo su semblante mantenía una expresión cortés y sosegada, como si nuestro brutal encuentro de apenas unos minutos atrás hubiera sido sólo producto de mi imaginación.

Sentí sus ojos esmeralda sobre mí, algo confusos por mi expresión.

—¿Cómo lo haces?

—¿A cuál de las muchas cosas que hago te refieres?

—A la de conservar un aspecto impecable, cuando hace apenas un instante eras una bestia en celo.

Rio altanero, alzando travieso una ceja.

—Guardo mi bestia en el interior cuando no la necesito.

Me atrajo hacia él y caminamos cogidos de la cintura.

Salimos al andén justo cuando un tren se detenía.

Miré el reloj y sonreí: la puntualidad de los noruegos rayaba en lo sobrenatural; cómo controlaban las incidencias era algo que me desconcertaba.

Los dedos de Gunnar se enlazaron entre los míos. La impaciencia me consumía y sentí un aleteo en la boca del estómago.

De repente, preocupada por mi desaliño, estiré la falda de mi vestido y ahuequé mi melena.

—Estás preciosa —confirmó Gunnar con una amplia sonrisa—; si no

me crees, puedes comprobarlo en la embobada mirada de esos dos.

Dos hombres me contemplaban con fijeza y con expresión admirada. Uno de ellos me resultó extrañamente familiar.

Gunnar me guiñó un ojo antes de dedicar a aquellos hombres trajeados una sonrisa condescendiente.

A nuestra derecha, restalló un grito casi histérico que inmediatamente reconocí.

Todos los congregados se volvieron sobresaltados en esa dirección.

Corrí hacia ella, que venía hacia mí con los brazos abiertos y una expresión de auténtica felicidad en el rostro.

—¡¡¡¡Aaahhhhhhhh, Vicky!!!!

—¡¡¡Elena, amiga!!!

Nos fundimos en un abrazo intenso; aspiré la deliciosa fragancia de su cabello y los recuerdos me asaltaron, arrancándome una luminosa sonrisa.

Juntas en una cafetería, en mi apartamento o deambulando por las taperías del casco antiguo de Toledo. Muertas de risa con sus ocurrencias, llorando abrazadas por un desencuentro o desahogando nuestras frustraciones, pero, sobre todo, compartiendo y disfrutando de una fantástica amistad.

Cuando logramos separarnos, ambas con lágrimas en los ojos, observé maravillada su aspecto.

Su cabello rojo lucía más corto, con un corte despuntado y capeado que daba más movimiento a sus rizos y la hacía parecer más joven de lo que era. El sol de la mañana le arrancaba destellos cobrizos; sus hermosos ojos avellana refulgían dichosos, deambulando por mi rostro completamente emocionados.

—¡Dios del cielo!, ¿cómo puedes estar más guapa de lo que recordaba? —inquirió en voz alta, ante la evidente desaprobación de los viandantes.

Elena miró a su alrededor con el ceño fruncido y agregó:

—¿Y por qué cuernos me miran como si fuera un bicho raro?

—Porque lo eres.

Me volví hacia la profunda y melodiosa voz que acababa de hablar y me encontré con una mirada dulce y oscura, y una sonrisa traviesa.

—Eres mi bichito raro y encantador —pronunció dirigiéndose a Elena, que lo miraba arrobada.

El hombre alargó la mano hacia mí y yo se la estreché, sonriente.

—El gran Yusuf, imagino.

Asintió al tiempo que inclinaba cortés la cabeza.

—Espero que no te refieras a mi tamaño.

Era un hombre alto y corpulento; no tanto como Gunnar... pocos lo eran, incluso en el país de los gigantes, pues Noruega tenía una media de altura impresionante. Aun así, era un tipo grande; evidentemente sus rasgos eran árabes: tez acanelada, nariz algo aguileña, ojos alargados y negros como el ónix, de mirada sagaz y mentón pronunciado. No era un hombre guapo, pero sí atractivo, con un único rasgo destacable: su boca de labios generosos y bien delineados, enmarcados en una barba recortada y elegante, tan negra como su cabello.

—Me refería más bien a tus virtudes, que deben de ser muchas, para encandilar a Elena —aclaré.

Yusuf miró a la aludida con una sonrisa pícaro y asintió.

—Doy gracias a Alá todos los días por eso.

Oí a Elena suspirar a mi lado; jamás en toda mi vida la había visto en semejante estado de enamoramiento.

—Para grande, ese tipo que viene hacia aquí —adujo Yusuf.

Me volví justo cuando Gunnar enlazaba mi cintura y alargaba la mano hacia Yusuf.

Elena abrió los ojos de forma desmesurada, para luego dirigirme una mirada cómplice de aprobación.

—Hola, Yusuf, encantado de conocerte.

Yusuf asintió levemente y le estrechó la mano cortés.

—Lo mismo digo, Gunnar.

Ambos se sostuvieron un instante la mirada, mientras sus manos seguían unidas en el apretón; como dos machos sospesando sus fuerzas, antes de un combate.

Por último, Gunnar se volvió hacia Elena y le dedicó una sonrisa gentil.

—Hola, Elena.

Ya se disponía a alargar la mano en su dirección, cuando ella se le abalanzó y de puntillas se enlazó a su cuello, estampándole un sonoro beso en cada mejilla.

—Esto es un saludo a la española —manifestó con una sonrisa orgullosa.

»Encantada de verte —hizo una pausa intencionada y esbozó una sonrisa cómplice—, por segunda vez.

—Lo mismo digo.

Elena me rodeó el brazo y comenzó a caminar dejando tras nosotras a los hombres, que nos siguieron a una distancia prudencial.

—Vaya, vaya, tu gigante es un bombón, todo un modelo de revista, está más tremendo de lo que recordaba —siseó entre dientes, al tiempo que se volvía para echar furtivas miradas hacia atrás.

—El tuyo tampoco está mal —repuse completamente contagiada del efecto Elena, que nos retrotraía a nuestra alocada adolescencia.

—¡Ay, amiga, me moría por verte! ¡Tengo tantas cosas que contarte!
Ambas reímos entusiasmadas.

Un buen principio

Un silbido admirado escapó de los labios de Elena cuando salió del coche.

Con los brazos en jarras y una expresión entre asombrada e incrédula, contemplaba nuestra hermosa casa de cedro, al pie del acantilado, sobre el fiordo de Steinsfjorden.

Ciertamente era una estructura impresionante, una sincronía perfecta entre lo rústico y lo moderno. Tenía un tejado pronunciado, hasta el suelo, eficaz para las abundantes nevadas invernales, y resistentes paredes de troncos, que otorgaban calidez y aguantaban los fuertes vientos que azotaban la cumbre. No obstante, los grandes ventanales, de una pieza, aligeraban la pesadez de la madera y ofrecían unas vistas impresionantes del lago. La casa poseía dos amplias balconadas, de cara al acantilado: una en el piso superior, abierta a un enorme salón, y otra más pequeña en la habitación principal, situada en la buhardilla, de generosas dimensiones; la nuestra.

Con la llegada del buen tiempo, solíamos desayunar allí, aspirando el fresco aroma de pinos y abetos y la fragancia a lavanda, que crecía en la ladera de la montaña extendiendo su manto azulado por el horizonte. El aire límpido y oxigenado nos daba los buenos días y las buenas noches. Aquellos parajes eran mi hogar, mi particular paraíso, aunque hubiera dicho lo mismo de un terreno abrupto, yermo y desolado, siempre y cuando Gunnar estuviera a mi lado.

—¡Impresionante! —murmuró Elena. Sus vivaces ojillos revoloteaban inquietos por toda la propiedad, hasta que los detuvo en mí.

—Nena, muy mal lo tuviste que pasar, sí, porque... pedazo de recompensa, guapa.

—Anda, vamos; coge aire o te dará un tabardillo cuando veas el interior.

Arqueó las cejas, todavía boquiabierta.

—¿Aún es mejor? —inquirió incrédula.

—Sólo es acorde —intervino Gunnar.

Avanzábamos hacia la entrada principal, donde se abría el porche, con sus mullidos sofás, repletos de cojines, lámpara colgantes y una extensa mesa alargada con bancos a ambos lados.

—¡Dios santo, creo que vais a tener que echarme a patadas de aquí!

Solté una carcajada, más por la mirada espantada de Gunnar que por el comentario.

—Siéntete en tu casa, Elena —profirió Gunnar—, pero no olvides que no lo es.

Le clavé el codo en las costillas, mirándolo con reproche. Gunnar exhaló un leve quejido.

Elena se detuvo, lo miró con gravedad y estalló en risas.

—Tranquilo, grandullón, no puedo olvidarlo; mi apartamento seguramente tendrá el tamaño de uno de tus aseos.

La sola mención de esa palabra encendió un rubor en mis mejillas. De inmediato recibí la mirada traviesa de Gunnar, con su seductora media sonrisa autosuficiente.

—Elena, estaba bromeando; puedes quedarte el tiempo que quieras —confesó Gunnar.

—¡Ja!, ahora sí que te tomo la palabra.

Y con gesto burlón, le guiñó un ojo y se colgó de mi brazo.

Oí resoplar a Gunnar a mi espalda y sonreí; sería interesante descubrir hasta dónde llegaba el aguante de mi vikingo.

Rona salió a recibirnos secándose las manos en el delantal. Junto a ella estaba *Thor*, nuestro inmenso terranova negro, que, jadeante, saludaba amigable a los invitados, meneando su cola e inclinando ligeramente la cabeza en espera de alguna caricia. Hundí los dedos en su espeso y suave pelaje de un negro casi azulado que destellaba bajo el sol.

Rona era una mujer madura, algo robusta y de imponente estatura, de cabellos trigueños y lacios, estirados en un apretado moño bajo que dejaba al descubierto un rostro redondo, de mejillas sonrosadas, nariz pequeña, grandes ojos azules y expresión beatífica. Habría sido un estupendo general: su personalidad disciplinada, su perspicacia, su capacidad de trabajo, la escrupulosa rigidez de sus propias normas y la cuidadosa organización hasta del más mínimo detalle la convertían en un tesoro para mí a la hora de llevar la granja.

Clavó su aguda mirada de halcón en mis invitados, sometiéndolos a

una minuciosa inspección visual.

—Rona, éstos son Elena y Yusuf.

Elena imitó su saludo anterior, dejando a la gran Rona del todo desorientada. «Elena uno, Rona cero», pensé divertida.

Tras los dos sonoros besos recibidos, se aclaró la garganta y, cuando Yusuf se acercó a ella, involuntariamente dio un paso atrás.

Cuando el hombre extendió el brazo, el semblante de la mujer de inmediato se relajó aliviado y le estrechó con brío la mano.

Reprimí una carcajada cuando vi ondear el brazo de Yusuf como si fuera una cuerda al viento.

—Encantada; pasen, les preparé el almuerzo —anunció Rona con ese acento hosco y grave con que hablaba mi idioma.

Gunnar le palmeó amigablemente la espalda a Yusuf, que abrió sin cesar su mano derecha, en un intento de que la sangre de nuevo la recorriera.

—Ésta es la bienvenida vikinga.

Yusuf asintió intentando sonreír sin conseguirlo.

—¿Os habéis caído todos a la marmita de Panoramix? —inquirió ceñudo.

—La poción la aprendió de nosotros —replicó Gunnar socarrón, cediéndoles el paso.

Elena revoloteaba, entre exclamaciones sorprendidas, por la gran entrada donde se abría la amplia escalinata al piso superior. A la derecha se encontraba una vasta sala de estar con una larga rinconera de piel beige frente a una impresionante chimenea de piedra natural; más allá, un comedor acogedor en un rincón acristalado, por el que se contemplaba un gran arce, de tronco imponente, y las verdes laderas, dando la impresión de estar en el exterior. A la izquierda del recibidor había un corredor que llevaba a uno de los aseos de la planta baja y, más allá, en el otro extremo, se hallaba una cocina de considerables dimensiones y una enorme despensa, repleta de provisiones, ya que era muy normal que nos quedáramos atrapados durante las largas heladas, pues la nieve hacía los caminos infranqueables. Adoraba esas semanas de completo aislamiento, porque las pasaba prácticamente tirada en la alfombra junto a la chimenea, sobre el regazo de Gunnar, disfrutando de cada segundo, riendo, comiendo, jugando, amándonos, evocando recuerdos, a veces dolorosos pero que necesitábamos airear para aligerar nuestras almas.

Solos él y yo... y ahora nuestro adorado Khaled.

—¡Es... es... demonios, es la leche! —exclamó Elena estupefacta.

—Gunnar la construyó —adujo orgullosa.

—Alucinante, ahora me explico esos brazos.

—No lo hice yo solo, no soy Sansón —espetó Gunnar sonriente.

—No, pero casi —repuso con admiración.

Eché una ojeada a Yusuf, que no parecía muy complacido con la efusividad de Elena hacia Gunnar.

—Vayamos arriba, vuestro cuarto está en la segunda planta; podéis cambiaros y refrescaros si lo deseáis antes de almorzar.

—Iré por las maletas —anunció Gunnar.

—Puede que hayas construido esta supercabaña —comenzó a decir Yusuf—, pero te aseguro que serás incapaz de levantar tú solo una de las maletas de Elena, ni con ruedas pudimos arrastrarla; voy contigo.

Gunnar asintió y ambos salieron rumbo al coche.

Cogidas del brazo, con una sonrisa de oreja a oreja, la conduje hasta el cuarto que les había asignado. Abrí complacida las puertas batientes.

Ubicada en una esquina, contaba con un ventanal imponente frente al acantilado, una gran cama delante de la chimenea, un pequeño sofá de chenilla azul, una tele de plasma, un largo arcón a los pies de la cama y su baño particular. Resultaba una habitación cálida y confortable.

—Esto es un sueño, amiga; te juro que ni el mejor hotel con más encanto del mundo puede compararse a este paraíso en las montañas.

—Es mi sueño, sí, del que no quiero despertar nunca.

Elena sostuvo mi mirada; sus ojos avellana se humedecieron, asintió con una sonrisa emocionada y avanzó hacia mí. Nos estrechamos en un emotivo abrazo.

—Te he echado tanto de menos... —murmuró contra mi pelo.

Cuando nos apartamos, nos cogimos de las manos y las agitamos como adolescentes histéricas.

—Aaaahhhh... —exclamó y dejó escapar una risita alborozada—; van a ser unos días inolvidables, lo sé.

Asentí igual de ilusionada.

—Y ahora, mucha casa, mucho paisaje, pero ¿dónde está el Ferrero Rocher?

La miré confundida, pero alerta a sus siguientes palabras; de repente entendí y estallé en una carcajada.

—Sí, tu pequeño bombón dorado, tu Khaled.

Sin parar de reír, tuve que sentarme en la cama, doblada en dos.

—Lo serviré... en el postre —logré decir entre carcajadas.

Elena se sentó a mi lado, contagiada por mi risa; ambas nos tumbamos en la cama.

—Ñam, ñam... qué rico...

Estallábamos en carcajadas cuando entraron Gunnar y Yusuf rojos como pimientos por el sobreesfuerzo, sudando y fulminando a Elena con la mirada; las risotadas de ambas aumentaron.

—Ahora sí me creo que vienes con intención de quedarte a vivir —gruñó malhumorado Gunnar mientras se limpiaba el sudor con el antebrazo.

—Si sólo son cuatro cosillas —replicó Elena entre risas.

—¿Cuatro cosillas? —se quejó Yusuf—. ¿Cuándo desmontaste la catedral de Toledo para traértela despiezada?

—¡Por Dios bendito, parad o me meo! —profirió riendo a mandíbula batiente.

Elena se levantó de la cama como un rayo y fue derecha al baño.

—¿La catedral? —inquirió Gunnar—. ¿No le has dicho que somos unos bárbaros paganos?

Yusuf rio con ganas.

—Creo que se ha empeñado en cristianizar nuevos territorios, mírame a mí.

Con la manos en la mandíbula, que ya me empezaba a doler, oí la voz de Elena a través de la puerta cerrada.

—¡Mierda, no he llegado!

Las carcajadas inundaron la habitación.

Gunnar, que se limpiaba las lágrimas con la palma de la mano, observaba cómo Yusuf, apoyado en sus rodillas, se sacudía entre risotadas.

Me hizo una señal hacia la puerta, me tendió la mano y ya más recompuesta la acepté.

—Os dejamos —murmuró—, ahora sí necesitáis cambiaros.

Yusuf asintió sin mirarnos, alzó una mano a modo de despedida y abandonamos la habitación todavía entre risas y cogidos de la cintura.

—Un buen principio, ¿no crees?

Gunnar besó mi frente y asintió feliz.

Reminiscencias del pasado

La fiesta de nuestro aniversario sería una simple reunión de amigos, charla, cena y copas; eso sí, formal, lo que suponía puesta de largo.

Después de dar el pecho a mi Khaled, bajo la enternecida mirada de Elena, ambas corrimos a prepararnos.

Para la ocasión me había comprado un traje de seda salvaje en color amarillo, estilo sirena, que se ceñía a mi talle para abrirse a mitad de muslo. Por fortuna, como ya me anticipó la matrona, había recuperado la figura rápidamente gracias a la lactancia, y por supuesto al ejercicio físico. Gunnar y yo salíamos a correr casi todas las mañanas, montábamos a caballo y lo ayudaba en las labores de la granja, pero nuestro deporte principal, sin duda, era demostrar cuál de nuestros animales internos era más voraz. Sonreí; el último asalto en un baño público había sido del león.

Con unas tenacillas, remarqué con cuidado cada una de mis ondas. Era un trabajo arduo por la longitud de mi melena, pero, cuando terminé y me miré en el espejo, comprobé orgullosa el resultado. Mi cabello negro resplandecía en cada curva. Finalmente, recogí el lado derecho con un pasador dorado, amontonando mis rizos al otro lado. Perfecto, al menos uno de mis pendientes luciría.

Maquillé mis ojos, perfilándolos con sombra oscura, lo que acentuó mi tono ámbar; apliqué máscara de pestañas, color a mis mejillas y, para finalizar, un carmín de un tono rosado natural con brillo. Una última mirada de aprobación y salí del baño.

Gunnar se ajustaba la corbata negra frente al espejo con movimientos secos y elegantes; contuve una exclamación. Estaba tan guapo que mi lobo se removió inquieto, casi salivando ante aquella succulenta imagen.

Llevaba un traje negro, de corte italiano, que se ajustaba a sus imponentes dimensiones a la perfección. La camisa blanca destacaba su tez bronceada por el trabajo al aire libre. Mi ojos recorrieron la dura línea de su mandíbula, su boca amplia y dulce, su nariz recta, sus altos y anchos

pómulos y esos ojos alargados de gato, siempre acechantes, tan profundos y brillantes como los abruptos barrancos de las montañas que nos rodeaban. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros, dorado y brillante, pero con ese sempiterno toque rebelde e indomable que añadía una salvaje masculinidad a su porte.

De repente, sentí su mirada reflejada en el espejo clavada en mí.

Perplejo y obnubilado, me recorrió despacio, prestando atención a cada detalle; sus labios se abrieron, su mirada se encendió, sus rasgos se tensaron. Contuve la respiración cuando se volvió hacia mí.

Avanzó lentamente y, a cada paso, la emoción que brillaba en sus ojos aumentaba.

—La primera vez que te hice mía llevabas un vestido parecido.

Aquel recuerdo, de hacía doce siglos, volvió a mí, con detallada claridad.

Aquel día, en la fiesta del *skáli*, la casa comunal, me sacó de allí casi a rastras, temiendo que fuera de otro hombre, mostrando con fiereza sus sentimientos, su posesión. Casi sentí aquel beso delirante contra la empalizada, cómo me empujó hasta su cabaña, donde me tomó como suya. Esa primera entrega debió haberme abierto los ojos: era él, mi hombre, mi destino, pero por aquel entonces todavía me aferraba a Rashid.

—Sí, lo escogí a propósito —confesé.

A tan sólo dos pasos de mí, se detuvo.

Percibí con total nitidez el deseo que manaba de él. Era como ondas térmicas irradiadas por su cuerpo, como una fuerza electromagnética que cargaba el aire a su alrededor, activando cada una de mis terminaciones nerviosas. Noté cómo se aceleraban mis latidos. Esa conexión mágica que nos unía transgredía cualquier ciencia y credo.

—¿Sabes? —dijo con voz susurrada y grave—. Provoca la misma reacción que entonces.

Inclinó levemente la cabeza y con mirada depredadora avanzó hacia mí.

Sus manos se aferraron a mi cintura; el calor que desprendían despertó mi piel y languideció mis sentidos. Olía maravillosamente bien; mi consciencia pasó a un segundo plano, mi vientre hormigueó y mi pezones se endurecieron.

Gunnar me pegó a él, clavando en mí su verde y sesgada mirada.

—Siempre supe que eras tú, desde la primera vez que puse mis ojos

sobre ti, la otra mitad de mi alma —musitó.

Mi garganta se secó; un aleteo inquieto recorrió mi pecho, sentí escalofríos erizando mi piel y el atronar de los latidos en mis oídos.

—Que seas, además, la mujer más condenadamente bella y sensual que hay sobre la tierra es un favor que debo agradecer a los dioses — agregó mientras se inclinaba sobre mi boca.

Unos rápidos y secos golpes en la puerta lo detuvieron. Una voz femenina, gutural y seca, llegó enérgica hasta nosotros.

—¡Los invitados esperan abajo!

Gunnar me sonrió, chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y me soltó.

—Los invitados deberán agradecer a Rona que hoy tengan anfitriones.

Reí, coloqué las palmas de las manos en sus hombros y me puse de puntillas, a pesar de mis tacones, para darle un beso rápido. Para mi asombro, Gunnar se apartó.

—¿Acaso has olvidado en lo que acaban nuestros besos? Si vuelvo a acercarme a ti, será para devorarte.

Hice un mohín desconsolado y Gunnar gruñó, me guiñó un ojo y me acompañó a la puerta.

—No me tientes, nena, o la fiesta acabará siendo la más sonada de la zona.

Abajo, varias parejas charlaban con animación mientras bebían unos cócteles. Eran amigos de Gunnar, y ahora también míos. Miré la hora en el reloj de pared, era exactamente la hora estipulada. «Infalible», me dije sonriente.

Saludamos a los invitados con un abrazo cálido y una sonrisa agradecida.

Britta Holgen, esposa de Knute, director de una de la mayores factorías lecheras de la zona y uno de los hombres más francos que había conocido en mi vida, admiró mi vestimenta, alabando la elección.

—Desde luego, querida, es impresionante cómo te has recuperado del embarazo.

Su marido se ajustó las gafas de montura invisible sobre el afilado puente de su nariz y me contempló con aprobación.

—Sin duda, estás soberbia, Vicky, y el amarillo te favorece mucho — opinó Knute.

—Es más un color de morenas, y aquí no abundan —convino su

mujer.

—Gracias, Britta; tú estás radiante.

Y era cierto; su melena casi albina se estiraba en un alto moño, despejando por completo un rostro regio, de facciones delicadas. Sus pequeños pero aviesos ojos cerúleos mostraban el brillo de una mente aguda, siempre alerta; nada escapaba a su control. Su vestido, de un verde musgo casi tan intenso como los ojos de mi esposo, ceñían un cuerpo esbelto, pero sin muchas formas.

—Rona nos ha dicho que esta mañana ha llegado tu amiga española, pero no la hemos visto —adujo Britta, llevándose la copa a los labios.

—Es española —le recordó su esposo, como si esa sola indicación fuera inherente a la impuntualidad.

Justo en ese momento se acercó Rona con la bandeja de los cócteles; cogí una copa y me la llevé a los labios.

—Y ardiente —intervino Rona—. Seguro que han torcido todos los cuadros de la pared. Desde la cocina se oían los golpes y alaridos; miedo me da entrar en la habitación.

Me atraganté ante las risas de Britta y Knute.

Gunnar, que hablaba con Sven, su mejor amigo y uno de los principales ganaderos de la comarca, miró preocupado en mi dirección.

Alcé la mano, en señal de que todo iba bien, mientras Britta palmeaba mi espalda.

—¡Diantres, Rona! —exclamé—. ¿No sabes lo que significa la discreción?

—Sé lo que significa el decoro —se defendió ceñuda—. Y si ellos no quieren que nadie sepa que fornican como animales, es tan fácil como morder la almohada, digo yo.

Britta se carcajeaba mientras aleteaba con la mano y negaba con la cabeza.

—Ay, Rona, no te contrataría en mi casa aunque te ofrecieras sin sueldo.

Rona la fulminó con la mirada, frunció los labios reprobadoramente y alzó la cabeza altiva.

—No veo por qué —intervino Knute—. Tú eres de las que muerden almohadas.

—¡Ja! —exclamó Rona triunfal, mientras se alejaba.

Reprimí la carcajada, por temor a molestar a Britta; sin embargo, fue

ella la que rio.

—Veo que os lo estáis pasando genial.

Lisbet Amundsen, esposa de Sven, de belleza angelical, casi aniñada, de cabellos trigueños y lacios que caían suaves a ambos lados de su dulce rostro, nos sonrió con curiosidad.

—Hablábamos... de... las... ¿almohadas? —repuso Britta entre risas.

—Más bien de cómo se muerden —aclaró su marido, que también reía.

Lisbet me miró abriendo los ojos con asombro; me encogí de hombros, al tiempo que me sacudía otra carcajada.

—Dios santo, y eso que acabamos de empezar —intervino Lisbet.

Un carraspeo tras de mí me hizo volverme.

Elena y Yusuf me miraban sonrientes y expectantes.

—Esa sonrisa es inconfundible, es la de una mujer orgásmicamente satisfecha —musitó Britta a mis espaldas.

—No lo dudes, guapa, mi hombre es un toro —contestó Elena en perfecto noruego, con la más dulce de las sonrisas en su cara.

—Se me olvidó comentar que habla vuestra lengua —confesé divertida.

Elena había comenzado a estudiarla desde que me instalé aquí, igual que yo; en nuestros numerosos correos me comentaba sus avances, y me consultaba las dudas.

Yusuf, en cambio, apenas chapurreaba alguna que otra frase.

Britta se adelantó y le alargó cortés la mano, y Elena hizo lo propio: la cogió por los hombros y le estampó los sonoros besos de rigor en las mejillas.

—Es española —le recordé con orgullo—, como yo; ninguna de las dos mordemos almohadas.

—Curiosa presentación, amiga —dijo Elena—, aunque ya imagino el tema que tratábais.

—Ésta es Britta, tu áter ego escandinavo.

—Ya me empieza a caer bien —afirmó entre risas.

Al grupo se acercaron los demás. Jørgen Ladjson y su esposa Janne, Markus Axel y su hermano Finn. La espectacular Ingrid, una pelirroja voluptuosa, de ojos azules y rasgados, pómulos altos y prominentes y boca generosa, con su prima Hildur, tan alta como ella pero bastante más delgada y enjuta, de cabello del color del brandi viejo, igual de brillante, y

de ojos gris claro. Al contrario que su llamativa prima, era anodina, de carácter reservado y muy callada; sin embargo, se intuía tras ese escudo de timidez una inteligencia sublime. Por algún motivo, me encontraba a gusto a su lado, me transmitía una paz y una seguridad apabullantes, al revés que Ingrid, que me inspiraba desconfianza y recelo constante.

Y no se trataba únicamente de la forma en que se comía a Gunnar con los ojos, sino de algo más, una sensación de malestar opresiva, una mera cuestión de piel, de rechazo inconsciente. Desde el día en que la conocí, la sensación no había hecho más que acrecentarse. La quería lejos de mí, de la misma manera que quería cerca a Hildur. Pero, al parecer, eran un *pack* indivisible; lo que resultaba más curioso era que sospechaba que ninguna toleraba a la otra. En mis contadas conversaciones con Hildur, me había maravillado la sapiencia de alguien tan joven, pues me llevaba sólo cinco años. Y a pesar de que ella jamás había hablado mal de Ingrid, creía ver en sus miradas hacia ella, y en sus gestos cuando su prima se le acercaba, un desagrado sutil, apenas perceptible.

Los últimos en acercarse fueron Lars Mine y su esposa Tora, ambos ya metidos en la cincuentena. Lars era médico en Tønsberg, nuestro médico de familia, y su mujer, psiquiatra, algo que me llamaba poderosamente la atención, pues era una mujer casi imposible de interrumpir cuando empezaba a hablar. No me la imaginaba en completo silencio en su consulta, escuchando y tomando notas.

Hechas las presentaciones, nos sentamos a la mesa. Por supuesto, Rona, su marido Arne y la dulce Anniken se unieron a nosotros.

Las mujeres a un lado de la mesa, los hombres al otro, con las parejas enfrente.

En el centro de la larga mesa se alineaban los platos con que la gran Rona nos agasajaba. El colorido de las viandas resaltaba contra la blancura del mantel de hilo.

Había bandejas de *gravlaks*, salmón marinado en sal, azúcar y especias, servido laminado; canapés de *reker*, gambas sobre pan blanco, con limón y cubiertas de mahonesa con eneldo; *kjottkaker*, carne picada de ternera preparada en forma de albóndigas y frita, acompañada con puré de guisantes y patatas cocidas; platos con Geitost, un queso de cabra marrón, con sabor dulce y algo amargo, con notas de caramelo, sobre tostadas y decorado con bayas de enebro, y, por último, *lutefisk*, pescado desalado, bacalao en esta ocasión, a la parilla, acompañado de bacón, puré de nabo y

guisantes. Varios cuencos de salsa *rømmegrøt*, crema agria natural aderezada con mantequilla, azúcar y canela, se hallaban repartidos por la mesa, al alcance de todos.

Al contrario que sucede en las mesas españolas, donde se va sirviendo la comida siguiendo un orden determinado, allí todos los platos que se van a comer ya están dispuestos, con lo que la anfitriona no tiene que levantarse continuamente para servir. Incluso el postre estaba presente, la *multekrem*, elaborada con bayas de los pantanos y nata montada. A un extremo se encontraba la mesita auxiliar con ruedas; sobre ella había una pila de platos limpios y cubiertos, y en la bandeja inferior se iban dejando los platos sucios que los invitados pasaban de unos a otros, con lo que nadie tenía que levantarse de la mesa. La eficiencia nórdica era una de las claves de su desarrollo a todos los niveles.

—No hay cerdo —anuncié a Yusuf, que asintió agradecido.

—*Shukran* —respondió.

Aquella sola palabra arrancó reminiscencias dolorosas de mi mente. Esa lengua melosa y la apariencia de Yusuf rescataban un rostro de mi memoria. Me encontré con la penetrante y zaína mirada de Yusuf, que hizo que me agitase incómoda en la silla.

Gunnar también me observó, adivinando con meridiana claridad el nombre que había acudido a mis recuerdos; torció el gesto y se dirigió a Yusuf.

—¿De dónde eres?

—Mis padres son del Líbano, pero yo nací en Jordania.

—¿Y cómo llegaste a España?

—Me ofrecieron un trabajo allí, soy traductor y guía turístico.

—O sea, que ya sabías castellano cuando fuiste —repuso Gunnar llevándose un trozo de salmón a la boca.

Yusuf asintió tras beber un trago de *solo*, una bebida refrescante con sabor a naranja.

—Sí —admitió—. Por alguna razón, es un idioma que siempre llamó mi atención. —Hizo una pausa y sonrió—. Ahora sé por qué.

Gunnar dejó de masticar, tragó incómodo y bebió de su copa de vino blanco.

—El amor me esperaba en ese país —aclaró alzando su copa ante Elena, quien, sentada a mi lado, lo miraba hechizada. Ella lo imitó y las entrechocaron. Pero cuando Yusuf bebió de ella, sentí sus ojos nuevamente

sobre mí, por encima del borde.

Gunnar no me quitaba los ojos de encima, parecía contagiado por mi inquietud.

—¿Piensas casarte con ella? —inquirió interesado.

—Me lo ha prometido —respondió Elena—, así que más vale que lo cumpla o lo ataré a una silla y lo atiborraré de cerdo.

Yusuf rio divertido y le guiñó un ojo.

—Como ves, Gunnar, no tengo escapatoria —repuso volviéndose hacia él.

Gunnar asintió y sonrió, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Hecha la promesa, es mejor cumplirla cuanto antes.

—Bueno, las cosas hay que madurarlas un tiempo —manifestó Yusuf con calma—. No como lo vuestro, que fue un flechazo instantáneo. —De nuevo dirigió la atención sobre mí—. Elena me contó que viniste de vacaciones para olvidar a un tipo y que, en cuanto lo viste, caíste rendida a sus pies.

—Fui yo el que quedó prendado desde el principio —admitió Gunnar.

—No es para menos —repuso Yusuf sonriéndome—. Cuando las vimos en la estación de Toledo, mi amigo Diego y yo caímos cautivados por ellas.

Gunnar resopló incómodo; su semblante comenzaba a crisparse.

—¿Qué tal la comida? —pregunté, deseosa de cambiar de tema.

—Deliciosa —confirmó Yusuf, paladeando cada sílaba y con la mirada recorriéndome sin ningún reparo.

Bajé la vista a mi plato, con las mejillas encendidas y un molesto desagrado que crecía paulatinamente en mi estómago.

Decidí centrar la atención en las conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor, y en Elena, que hablaba animada, practicando su noruego. Atenta, le traducía a Yusuf cada frase, sin percatarse de que su novio no parecía estar interesado en nada más que en devorarme con los ojos. Maldije para mis adentros.

Como predije, Britta y Elena conectaron enseguida, y sus bromas subidas de tono caldearon el ambiente. Las risas y la cordialidad reinante no aligeraron mi ánimo y, aunque sonreía e intentaba pasarlo bien, la semilla de preocupación que había sembrado la actitud de Yusuf me lo impedía.

Terminada la cena, nos trasladamos al salón. Gunnar, Sven y Finn

preparaban las copas en el mueble bar. Yo me quedé junto a Elena, que por fortuna se colgó del brazo de Yusuf y, acaramelada, ocupaba toda su atención, con arrumacos y besos.

Hildur se acercó a mí, con sonrisa tímida.

—¿Me enseñas tu colección de música?

—Claro, pongamos algo para bailar —contesté aliviada; acababa de darme una excusa para alejarme de la parejita.

En una esquina, encendí la cadena de música y deslicé los compartimentos de los cedés para que Hildur escogiera.

—Mmmmm... Tienes unos gustos muy eclécticos —observó.

—Sí, depende del momento me gusta escuchar distintos tipos de música.

—¿Medieval? —inquirió sorprendida.

—Soy restauradora de antigüedades, así que me pone en situación —aduje—. Ahora estoy restaurando uno de los cuadros de la iglesia local; cuando trabajo me gusta trasladarme al siglo que me ocupa.

—Interesante —musitó.

Sus gráciles dedos iban pasando los cedés en busca de algo de su gusto. Por fin eligió uno de Neon Trees, el álbum «Habits», casualmente uno de mis grupos favoritos. Me miró como pidiendo mi aprobación, asentí y presioné el botón de extracción de la bandeja de cedé. Metí el disco y enseguida sonaron los rítmicos acordes de *Animal*,* una canción de pop rock que me apasionaba y que solía cantar por la casa, dando saltos.

Los invitados empezaron a bailar con sus copas en la mano. Ingrid, con su vestido rojo de satén, comenzó a contonearse sensual y a agitar su esplendorosa cabellera naranja.

Cuando llegó el estribillo, todos lo cantaban extasiados; me uní a ellos.

Gunnar se me acercó bailando, me rodeó la cintura y se bamboleó contra mi cuerpo.

—Esa canción está hecha para nosotros —susurró en mi oído, envolviéndome con sus fuertes brazos—. Quiero un poco más de ti, siempre quiero un poco más... —tradujo la estrofa, poniéndome la piel de gallina con esa voz grave y ronca que tanto me excitaba—... ¿a qué estás esperando? Toma un mordisco de mi corazón esta noche.

—Tomaré más de lo que me ofrezcas —musité subyugada por su

cercanía.

—Te ofreceré más de lo que me pidas.

Nos abrazamos envueltos en una nube de amor que nos alejaba de todo.

Gunnar me volvió y se pegó a mi espalda, frotándose contra mí. Las palmas de sus manos contornearon mis caderas y se deslizaron por mis muslos, sinuosas, al tiempo que hundía la nariz en mi cuello. Gemí casi de manera involuntaria, cerré los ojos y apoyé la cabeza en su pecho, exponiendo con premeditación la garganta a su ardiente boca. Sentí que las rodillas se me hacían gelatina cuando su lengua ascendió por la delicada piel de mi cuello y sus dientes apresaron con suavidad el lóbulo de mi oreja. Seguíamos bailando, o eso creía; envuelta en mi particular burbuja de deseo, era incapaz de percibir con claridad mi alrededor. Sólo era dolorosamente consciente de la palpitante dureza de Gunnar presionando mis nalgas, de su inquieta y cálida boca, y de aquellas benditas y mágicas manos que anulaban mi juicio, despertando mis más fieros instintos sexuales.

—Cielo, me vuelves loco —susurró enfebrecido—. Esta maldita hambre va a acabar conmigo, me consume.

Una sonrisa exultante y sensual distendió mis labios. Gunnar me apresó las caderas de nuevo y presionó contra mi trasero su latente deseo.

—Él... también te busca, constantemente...

—Y yo a él... Me siento tan vacía cuando me abandona —murmuré en apenas un hilo de voz.

—Nena, vas a conseguir que olvide que no estamos solos.

—Mmmmm... ¿No lo estamos? —mascullé excitada.

Gunnar rio y me rodeó la cintura; su amplio, fornido y cálido pecho se sacudió contra mi espalda.

—No, pero lo estaremos... y entonces, mi fogosa loba, voy a colmar tu apetito de tal manera que no te sentirás vacía en días.

—Empiezo a temerte.

Gunnar me dio la vuelta y luego sujetó entre sus fuertes manos mi rostro.

—Sería lo más prudente, ese vestido ha despertado la bestia que hay en mí...

Su verde mirada fulguró cargada de promesas indecentemente excitantes.

—Esa bestia jamás ha estado dormida —aseguré embebiéndome del deseo que tensaba su hermoso rostro.

—No desde que te encontré.

Entreabrí apenas los labios y la boca de Gunnar cayó sobre la mía, constatando en aquel beso la pasión que lo consumía. Su lengua se enredó ávida en la mía, plantando una batalla que no daba cuartel, sedosa, electrizante, vehemente, y arrancando de mi garganta guturales gemidos que se perdían en el interior de su boca.

Cuando logramos separarnos, descubrí que sonaba una canción que habíamos bailado innumerables veces en la soledad de ese mismo salón... perdidos el uno en los ojos del otro. Suspiré.

Gunnar enlazó mi cintura y cogió mi mano; abrazados, bailamos los acordes de *One more kiss, dear*,* de Vangelis, del álbum de la grandiosa *Blade Runner*.

—Un beso más, mi amor, una mirada más... —tarareó Gunnar mientras me deslizaba en círculos grácilmente. Era un excelente bailarín; a pesar de su tamaño, poseía una ligereza y agilidad apabullantes. Sus movimientos elegantemente felinos rezumaban una sensualidad embriagadora. Supe, sin necesidad de despegar los ojos de los suyos, que todas las mujeres de la sala estaban suspirando bajo su influjo.

A nuestro alrededor comenzaron a acompañarnos más parejas.

Los melódicos y románticos acordes de la canción crearon un ambiente relajado y silencioso.

Apoyé la mejilla en su hombro y ya cerraba los ojos cuando alguien tocó mi hombro.

—¿Puedo robarte durante unos minutos a este estupendo bailarín? —rogó Ingrid—. No temas, sé que sólo tiene ojos para ti, pero quiero saber lo que es flotar entre los brazos de un coloso.

—Tal vez deberías preguntarme a mí —intervino Gunnar, molesto por la interrupción.

—No pasa nada, cariño, necesito beber algo —respondí cediéndole mi lugar y disimulando mi desagrado—. Es todo tuyo.

—Qué más quisiera yo —repuso Ingrid. Me guiñó un ojo a modo de chanza, aunque sabía que hablaba muy en serio.

Debería haberme acostumbrado al descarado de aquella mujer; no era la primera vez que mostraba sin ningún disimulo su interés hacia mi esposo y, si no supiera que Gunnar no la soportaba, hace tiempo que la

habría alejado de mi vida. Hildur era la otra razón.

Ya me dirigía al mueble bar cuando alguien me aferró el codo, frenándome en seco. De repente me vi catapultada contra un pecho; una mirada zaína me miró divertida.

—No irás a negarme un baile, ¿no?

Yusuf me sonrió abiertamente; sus ojos brillaban de manera inquietante. Un desasosiego molesto comenzó a aletear en mi estómago.

—¿Y Elena?

—Ha salido con Britta, están charlando en el porche.

—Tal vez, en otro momento —me obligué a sonreír—; necesito con desesperación una copa.

Yusuf negó con la cabeza, afianzándose en sus brazos.

—Tranquila, no voy a imitar el baile de tu gigante.

Su voz dejó traslucir un deje de envidia que me puso un regusto amargo en la garganta.

Asentí a regañadientes y me dejé llevar por él. Su mano apresaba mi cintura y me acercaba a su cuerpo; en uno de los giros, acabé prácticamente pegada a su cuerpo; mis senos se oprimieron contra su pecho, y jadeé. Alcé el rostro para mostrarle mi desagrado, pero lo que hallé en su bruna mirada me dejó sin respiración: un anhelo desgarrador.

Puse las palmas de las manos en sus hombros e imprimí toda mi fuerza para alejarlo de mí.

—¿Qué demonios estás haciendo? —siseé furiosa.

—Relájate, sólo estamos bailando.

—Pues baila como el jodido novio de mi mejor amiga, no como cualquier baboso de discoteca.

Yusuf me fulminó con la mirada, sus facciones se endurecieron, sus labios se tensaron y un músculo de su mandíbula apenas palpitó conteniendo el acceso de furia.

—Pensaba que aquí todo el mundo bailaba así —musitó a modo de disculpa—. Tú... antes...

—Por Dios santo, es mi esposo.

Giró la cabeza con rapidez y, cuando volvió a mirarme, sonreía ladino.

—¿Y ella?

Seguí su mirada y me encontré con Ingrid restregándose acaramelada contra Gunnar, que de espaldas a mí permanecía tenso e incómodo, y que

de manera elegante se empeñaba en evitar los continuos asaltos de los que era presa.

—Otra babosa de discoteca —mascullé indignada—. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a arrancar una garrapata.

—No.

Lo miré boquiabierto y sentí cómo la llama de la ira crecía en mi interior peligrosamente. No quería estropear la reunión, pero tampoco estaba dispuesta a permitir más ofensas.

—¡Suéltame! —exigí en voz queda.

—Cuando acabe la canción, no antes.

—¿Quién demonios te crees que eres? —siseé, aún luchando por mantener el control.

Yusuf pegó la frente a la mía y clavó sus oscuros ojos en los míos. Sus fuertes brazos me inmovilizaban.

—¿Quién demonios crees tú?

Mi corazón dio un vuelco; sentí como si una garra helada lo estrujara con fuerza. No, me dije, no podía ser. Incapaz de moverme, de hablar e incluso de respirar, lo vi ante mí con claridad pasmosa. Aquel que fue mi esposo y mi verdugo, aquel que perdoné. El rostro de Yusuf se fue convirtiendo progresivamente en el de Rashid.

No, sacudí confusa la cabeza; mi estómago se convulsionó.

¡No!

Mi mente comenzó a girar alocada en un remolino de imágenes desgarradoras. Lo vi pidiendo mi mano, en nuestra noche de bodas, disfrutando del frescor del patio interior en las noches estivales, paseando acaramelados por las callejuelas de Toledo, luchando contra los normandos en aquella lejana Sevilla, suplicando desesperado mi regreso en aquella pequeña cala en Aalborg. Vi su expresión rota de dolor cuando le confesé que amaba a otro hombre, vi cómo me mancilló en aquel barco, cómo se aferraba a mí en su locura, manipulado por la horrible Ada, lo vi sobre mí mientras Gunnar luchaba a muerte contra Ulf, vi su rostro compungido y suplicante, su despedida.

De pronto fue como si el suelo se abriera bajo mis pies. Todo me daba vueltas, la música se distorsionó y el único sonido que atronaba en mi cabeza eran mis propios latidos, acelerados y desacompañados.

—Vine por ti, mi dulce Shahlaa...

Grité y caí al abismo; era oscuro y opresivo, pero reconfortante.

Recuerdos inquietantes

Lo primero que contemplé cuando abrí los ojos fueron dos gemas verdes angustiadas, y un rostro preocupado. Oí un murmullo de voces pastosas que se solapaban, vi rostros algo desdibujados, extrañamente variopintos, conformando un segundo plano. Parpadeé, mi vista se aclaró.

—Amor mío, ¿estás bien?

Su voz, constreñida por el desasosiego, activó una respuesta automática en mí: sonreí.

Descubrí que estaba tendida en el mullido *chaise longue* donde solía leer, que alguien me abanicaba de forma efusiva, que una mano pequeña y suave sostenía la mía y que otra más grande y curtida se posaba en mi frente.

Asentí algo confusa. Me reclinaron ligeramente y me ofrecieron un vaso de agua.

—Gracias —murmuré—, estoy bien.

Bebí agradecida; el frescor acarició mi garganta, reconfortándome.

De repente la nebulosa que me envolvía desapareció y recordé con nitidez lo que había provocado el desmayo.

Me incorporé de golpe y miré a mi alrededor, buscándolo. De nuevo sentí mi corazón galopando en mi pecho.

Localicé a Yusuf tras Elena, que de rodillas en la alfombra era quien cogía mi mano.

Vi en sus apuestos rasgos árabes franca preocupación y un genuino asombro. Ya no era Rashid; su mirada era clara, sin matices inquietantes.

¿Qué demonios me había pasado?

¿Me había llamado Shahlaa realmente?, ¿o todo había sido una visión engañosa por su parecido con Rashid? Seguramente fue su cercanía lo que había abierto de manera tan atroz el baúl de mis añejos recuerdos. Mi mente me había jugado una mala pasada; debía creer eso o no podría reprimir las ganas de meterlo en un avión y alejarlo de mi vida, perdiendo

con ello a mi mejor amiga.

—Menudo susto nos has dado, guapa —reprochó Elena—. Tendrías que haber visto la cara de espanto que puso Yusuf cuando te desmayaste en sus brazos. Yo acababa de entrar cuando te oí gritar.

—Yo... no sé qué me ha pasado —musité algo avergonzada.

—Fue justo en un giro del baile —explicó Yusuf—. Me mirabas de una forma extraña, parecías enfadada, luego gritaste y te desvaneciste.

Busqué la mirada de Gunnar; vi con pasmosa claridad que había adivinado el motivo de mi desmayo. Miraba ceñudo a Yusuf; su entrecejo mostraba disgusto, una honda preocupación, y en sus facciones había una expresión que hacía doce siglos que no veía: una belicosidad fría y mortal, la cara de un guerrero preparándose para la batalla.

—Por favor, no ha sido nada, el cansancio me ha jugado una mala pasada, que continúe la fiesta.

—Ni hablar —contravino Gunnar—. Ahora mismo te meto en la cama. Estás lactando, cariño; necesitas tranquilidad y descanso, ha sido un día largo.

Se volvió hacia el hombre canoso que tenía a su derecha y agregó:

—Lars, por favor, échale un vistazo antes de que la suba al cuarto.

—Por supuesto, amigo.

Gunnar le dejó su lugar y Lars, con semblante profesional, me tomó la muñeca con la palma hacia arriba presionándola ligeramente con dos dedos, al tiempo que fijaba con atención la mirada en su reloj de pulsera.

—Su frecuencia cardíaca es del todo normal —musitó al cabo—, ha recuperado el color y no parece tener problema en centrar la mirada. Parece que todo está bien, pero para mayor tranquilidad pásalos mañana por mi consulta.

—Sí —intervino su mujer—. Puede que esté embarazada de nuevo, parece una lipotimia.

—Tora, no puedes hacer juicios tan a la ligera —le recriminó Lars—. Y menos tan indiscretos.

La mujer torció el gesto, fulminando a su marido con la mirada.

—Sería una noticia maravillosa, ¿verdad, querida? —se defendió buscando mi apoyo.

—Sí, pero una noticia que deberían dar ellos —musitó Hildur, que permanecía algo más alejada con una mirada pensativa y extraña.

—Es tarde —repuso Lisbet con sonrisa dulce—, será mejor que nos

retiremos. Ha sido una velada maravillosa; mañana te llamaré, Vicky.

Sven, su marido, palmeó la espalda de Gunnar, que todavía permanecía tenso.

—Lisbet lleva razón, gracias por una fiesta tan agradable; ahora cuida de tu adorable mujercita, amigo mío, mañana nos vemos.

Gunnar le estrechó la mano y asintió con semblante taciturno.

—No dudes de que lo haré, Sven, no vivo para otra cosa... y gracias por acompañarnos en este día tan especial.

La pareja se despidió de todos y se marchó. A continuación Lars y Tora los imitaron.

Me incorporé con cuidado; inmediatamente Gunnar me cogió por los hombros.

—Estoy bien, cariño, de veras, puedo levantarme sola —argüí confiada—. Y necesito tomar algo y charlar un rato, no... no quiero retirarme todavía.

Gunnar entrecerró los ojos y me observó todavía intranquilo, pero asintió y se encaminó hacia el mueble bar.

—Voy a buscar a Ingrid —anunció Hildur—, dijo que iba a hacer una llamada, pero hace ya un buen rato que ha salido.

Britta y Elena me flanquearon a ambos lados del sofá, mientras Yusuf desaparecía de la sala tras Hildur, afirmando que necesitaba un cigarrillo.

—No me extraña que te marearas, querida —dijo Britta—; después de ese bailecito con tu marido, seguro que toda la sangre se te agolpó en un solo sitio, dejándote la cabeza sin riego.

—Madre del cielo, eres más bruta que yo —aseveró Elena entre carcajadas.

Reí con ellas, sintiendo cómo mi inquietud se aligeraba.

—Si mi Knute me dedicara uno de esos bailes... —suspiró divertida—... primero, me derretiría de gusto y, en vez de morder la almohada, me lo comería enterito, y segundo...

—Te despertarías —la interrumpió Elena muerta de la risa.

Britta estalló en una abrupta carcajada.

—Oh, cielo, sí... —logró musitar entre risotadas—. No me lo imagino contoneándose así... Es más tieso que una vara.

—Eso no es malo —murmuré, ya rendida a la risa.

Ambas se reclinaron entre carcajadas, limpiándose fútilmente las lágrimas.

Gunnar me acercó un vaso cuadrado con un dedito de güisqui, sin hielo, como me gustaba.

Esta vez sonreía sin reparos; miró agradecido a Elena y a Britta y se alejó junto a Knute, que paladeaba un gintónic frente al ventanal de la esquina.

Me llevé el borde del vaso a los labios; el aroma dulzón e intenso del güisqui me asaltó.

—Mi caso es a la inversa —comenzó Elena—. Yusuf se ha empeñado en que baile para él, y nada menos que la danza del vientre, como si eso...

Ya tragaba cuando aquellas palabras cerraron mi garganta. Tosí con violencia y de inmediato Elena me palmeó la espalda.

—Hoy no es tu día, diablos, Vicky —adujo Elena—. Parece que te haya mirado un tuerto.

Britta arqueó sorprendida las cejas; un brillo socarrón asomó a sus ojos.

—¿Un tuerto?

—Sí, eso decimos en mi país cuando tienes muchos incidentes seguidos, es como una racha de mala suerte.

Britta asintió divertida.

—¿Te... te hace bailar? —inquirí sintiendo cómo el ardor del licor revolvía mis jugos gástricos.

—Sí, hasta me compró un vestido de odalisca, si a cuatro velos puede llamársele vestido, claro.

—¿De... qué color?

Elena me miró extrañada, frunció el ceño preocupada y puso la mano en mi frente.

—Estás muy rara, ¿seguro que te encuentras bien?

Asentí, aunque adivinaba que había vuelto a palidecer.

—¡Contesta!

Elena miró a Britta sorprendida, después se dirigió a mí.

—Tengo dos: uno azul intenso oscuro, casi añil, y otro azafrán, como mi pelo; se vuelve loco cuando me los pongo, creo que Rona ya dio fe del encuentro.

Britta volvió a reír.

Respiré hondamente y me puse en pie, rezando porque mi voz no revelara el terror que me dominaba.

—Necesito algo de aire, ahora vuelvo.

—¿Te acompaño? —preguntó Elena confundida por mi extraña actitud. Forcé una sonrisa tranquilizadora.

—No, quédate con Britta, será sólo un momento; además, necesito ir al baño.

Gunnar ya se dirigía hacia mí cuando lo frené con una sonrisa.

Salí de la casa con el corazón en la garganta y las lágrimas pugnando por derramarse. Cuanto antes lo enfrentara, mejor; sabía que me llamaría loca, que lo negaría todo, o eso creía, pero estaba decidida a poner las cosas en su sitio.

Los ladridos de *Thor* me desconcertaron; provenían del acantilado. No solía ladrar por las noches; dormía en la cocina, sobre una alfombra tejida por Rona. ¿Qué hacía en el exterior?

La fría brisa nocturna acarició mi rostro; me abracé y aceleré el paso. No era fácil andar con tacones entre la fragante hierba; afortunadamente una gran luna plateaba los parajes, iluminando mi camino. Los ladridos cada vez eran más intensos y agudos, casi como aullidos.

—¡*Thor*! —grité.

Una pausa y de nuevo ladraba como alma en pena.

Lo encontré justo al borde del acantilado, andando de un lado a otro, inquieto y nervioso.

Aquella mole negra se recortaba contra el azulado firmamento.

—¡*Thor*! —Me agaché para recibirlo y él acudió con vehemencia; lo abracé y lo acaricié mientras él jadeaba junto a mi cuello.

—¿Qué te ocurre, precioso? Shhhh... Tranquilo, ya estoy aquí.

Me erguí e intenté empujarlo por el collar, pero el animal no se movió ni un ápice; su gran cabeza peluda miró hacia el acantilado y gimió lastimero.

—*Thor*, vamos, regresemos a casa; ¿qué te pasa?

Me acuclillé frente al perro y le acaricié el morro y el pecho.

—¡Cálmate, todo está bien!

Dulcifiqué mi tono, aunque la opresión de mi pecho se intensificó con una señal de alarma que se agudizaba por momentos.

Thor siguió gimiendo; sus enormes ojos castaños se clavaron en los míos con una intensidad extraña.

Me puse en pie e inspeccioné con curiosidad el borde del acantilado.

Abajo relucía la superficie del lago con el resplandor marfileño de la

luna. Varios veleros se mecían sobre sus aguas; sus luces iluminaban apenas la noche. La negrura de las majestuosas montañas se recortaba contra un cielo punteado de estrellas.

De repente oí a *Thor* gruñir tras de mí; me volví hacia el animal sobresaltada y me encontré con la figura de un hombre inmóvil. Estaba a unos pasos, contemplándome.

—Parece un lobo en vez de un perro. ¿Es peligroso?

La voz de Yusuf alertó todos mis sentidos. Sentí cómo me latía una vena en la sien, tragué saliva y me acerqué al animal.

—Mucho, casi tanto como yo —murmuré luchando contra mis ganas de gritar y correr. El terror me invadió; combatí para sofocarlo.

—Te he visto salir de la casa y te he seguido —confesó.

—¡Lárgate, si no quieres que ordene a *Thor* que se lance sobre ti!

—¿Qué te pasa conmigo? —preguntó en tono suave—. Necesito saberlo, yo... tampoco sé lo que me pasa contigo...

—Sé quién eres, me llamaste Shahlaa...

El hombre asintió; la piel se me erizó, la angustia convirtió mi estómago en un volcán en erupción y mi corazón en un martillo que atronaba ensordeciéndome.

—Pero no sé por qué razón —musitó cogitabundo—; no entiendo por qué no soy capaz de apartar los ojos de ti. Te juro que amo a Elena, llevo en la maleta un anillo de pedida, pensaba dárselo aquí. Sin embargo, tú... —su voz sonó apesadumbrada, con un deje amargo y asombrado—... no sé qué diablos me ocurre desde que llegué... no sé qué jodido hechizo ejerces... pero sea lo que sea te ruego que me liberes.

—¿Por qué obligas a Elena a que baile danzas árabes para ti, por qué elegiste los vestidos de esos colores en particular?

El hombre sacudió la cabeza, parecía realmente abatido y confuso.

—No lo sé, es una predilección y... joder, ¿qué tiene eso que ver?

Tragué saliva, aquello no podía estar pasando; Yusuf todavía no lo sabía, pero su antiguo yo comenzaba a emerger.

—¿Por qué pronunciaste ese nombre?

—¿Shahlaa? Pues... no lo sé, es un nombre que me viene a menudo a la cabeza, ni idea del motivo... imagino que debí de oírlo en algún sitio y se me fijó.

Dio un paso hacia mí. Retrocedí.

—Creo que tú sabes lo que me está pasando, y quiero que me lo

digas.

Abatió los hombros e inclinó la cabeza, las sombras cubrieron su rostro.

—He soñado con tus ojos muchas veces, mucho antes de verte en la estación —admitió compungido—. No te conozco de nada; sin embargo, cuando te vi con tu gigante, bailando tan... sensual, deseé arrancarte de sus brazos, deseé...

Su voz se perdió en la noche, en un silencio que gritaba su verdad.

—¡Maldita sea! —proferí furiosa, ya no con él, sino con el condenado destino, con esa rueda que giraba a través de los tiempos, utilizando las mismas almas para su cruel juego.

—Es mejor encender la luz que maldecir la oscuridad; ilumíname, te lo suplico.

Aquello me derrumbó; las lágrimas escaparon de mis ojos, los sollozos rompieron mi garganta.

Yusuf hizo ademán de acercarse.

—¡No te acerques a mí, ni se te ocurra tocarme!

Thor, al oír la crispación de mi voz, se lanzó sobre Yusuf.

El hombre gritó cuando aquella enorme bestia negra como la noche lo derribó sobre la hierba. Corrí hacia ellos e intenté que *Thor* soltara su presa; afortunadamente, Yusuf había interpuesto el antebrazo en la mordida.

—¡Suéltalo, *Thor*!

Lo cogí del collar y tiré con todas mis fuerzas; el perro cedió, liberó sus fauces y huyó a la carrera. Me acerqué a Yusuf, que, jadeante, intentaba incorporarse.

—¡Joder, me ha mordido!

—Déjame que vea la herida.

Se remangó con cuidado; tenía la marca del mordisco y sangraba.

—Tendrá que verte un médico, aunque no parece profunda.

Ya me retiraba cuando me sujetó el brazo.

—¡No necesito un médico, necesito una respuesta!

Sostuve su mirada; descubrí que tenía más miedo que yo.

—No voy a darte una respuesta, pero sí una solución. Marchaos, aléjate todo lo posible de mí, intenta hacer feliz a Elena y sobrelleva como puedas tus recuerdos.

—¿Recuerdos?

Asentí, me sequé las húmedas mejillas y tragué saliva; de repente me sentí muy cansada.

—No son sueños los que te atormentan, sino recuerdos. Te pido que no le digas nada de esto a Elena, mantengámosla ajena a todo; no quiero que sufra.

—Tampoco yo.

Respiré hondo y me dispuse a regresar, cuando de pronto me encontré entre sus brazos.

—Siento que te amé profundamente, pero también que te provoqué un gran dolor. ¿Quién eres?

—Fui Leonora, pero también Shahlaa; ambas murieron, sólo ha vuelto Freya. —Hice un pausa. Su mirada azabache brillaba iluminada por su convulso fuero interno—. Tú fuiste Rashid, mi esposo, al que amé, odié y compadecí, pero también al que perdoné.

—Esa frase... mi dulce Shahlaa... la tengo escrita en mis cuadernos, y la repetía sin cesar como si fuera un mantra o una azora coránica. A veces pensaba que estaba enloqueciendo.

Sacudió la cabeza contrito, y se pasó las manos por su espesa melena bruna.

—Voy a darte un último consejo: no te aferres al pasado, vive tu presente y lucha por tu futuro.

—Elena merece que lo intente —musitó.

Aquellas palabras lograron que respirara con normalidad.

—Invéntate alguna cosa, pero mañana tenéis que coger el avión de vuelta.

Asintió y me soltó.

No lo miré, me encaminé a la casa. Oí su voz a mi espalda.

—Adiós, Shahlaa...

Cerré los ojos. Intenté cerrar mi corazón al dolor, pero no lo conseguí.

El regreso del lobo

Era noche cerrada. Una lechuza ululaba, el silbido del viento se filtraba entre las ramas, arrancando hojas moribundas. A lo lejos... un aullido escalofriante. Palpé el colchón a mi lado, buscando un cuerpo cálido, pero sólo hallé una fría ausencia. Me incorporé extrañada, miré la cuna que había a mi derecha, estaba vacía. Sobresaltada, salí de la cama.

Corrí, corrí entre los troncos de los árboles, entre lúgubres sonidos nocturnos, entre la gelidez que agujoneaba mi piel. Mis pies descalzos se hundían entre la húmeda hojarasca seca, entre helechos suaves y ramas rotas. Llegué a un maltrecho cercado... De nuevo ese aterrador ulular, de nuevo los aullidos, esta vez más cercanos. Corrí apremiada por un miedo primario, corrí buscando con desesperación; tropecé con una piedra y caí. Ante mí, dos lápidas, una más pequeña que la otra; mi búsqueda cesaba, mi corazón lo sabía. Retiré temblorosa la hiedra que las cubría... Eran ellos... mi esposo y mi hijo... Esperé al lobo, que ya se aproximaba; sentí en mi espalda sus ojos amarillos, él me llevaría con ellos... Me volví hacia la bestia, la luna destelló en sus colmillos, que ya salivaban. El hedor de su aliento precedió su ataque; justo cuando me doblegaba a la muerte, una voz llegó hasta mí... «¡Lucha!»

Abrí los ojos empapada en sudor; respiraba agitadamente y el corazón golpeteaba con violencia mi pecho. Me incorporé con la ansiedad y el terror tensando todos mis músculos; conteniendo la respiración, me volví hacia él.

Gunnar, que en ese momento parpadeaba somnoliento, vislumbró mi pánico y de inmediato se sentó en la cama y me cogió entre sus brazos.

—Sólo es una pesadilla, amor mío, estoy aquí, siempre estaré — susurró al tiempo que frotaba con suavidad mi espalda.

Poco a poco, mis latidos se acompasaron y el pánico se disipó. Me

arrebujé en su amplio pecho y cerré los ojos. Su aroma, su calidez y su dulzura fueron el bálsamo que necesitaba.

—Freya, estás temblando.

Comenzó a frotarme más vigorosamente la espalda y se ahuecó sobre mí, cubriéndome con sus poderosos brazos, como si me protegieran las alas de un hermoso halcón.

Apoyó la barbilla en mi cabeza y continuó arrullándome con susurros melosos y palabras tranquilizadoras.

—Sé por qué estás tan alterada —pronunció de pronto, con un deje de inquietud en su todavía enronquecida voz.

Se separó apenas de mí y me observó con preocupación.

—Cuando bailaste con Yusuf, fue Rashid quien acudió a tus recuerdos; te... viste entre sus brazos, por eso te desmayaste, ¿me equivoco?

Negué levemente con la cabeza, pero no lo miré a los ojos, centré la atención en un punto justo bajo la base de su cuello. No quería que viera la verdad de lo que en realidad ocurrió la noche anterior.

Cuando Yusuf regresó a la casa herido, dijimos que *Thor* lo había atacado porque estaba alterado con la fiesta y lo tomó por un asaltante nocturno. Rona lo curó y Elena lo mimó. Gunnar, en cambio, lo había mirado con recelo y, meditabundo, evitó comentar nada, ni siquiera pidió disculpas por el comportamiento del perro; tuve que hacerlo yo. Aquel incidente ya sí que puso el broche final a la fiesta. Cuando los invitados se retiraron, musitó un seco «buenas noches» a Yusuf y a Elena, que todavía permanecían acaramelados en el sofá, me alzó en brazos bajo la intensa mirada celosa de Yusuf y me subió a nuestra habitación.

Nada dijo, tan sólo me desnudó con apremio, con una expresión extraña y oscura en su rostro, y me hizo el amor con salvaje impaciencia, con una intensidad abrumadora, más bien como el macho que marca a su hembra, como el animal que reclama a su presa, como una desgarradora proclama: «Mía», decían sus embistes, su mirada y sus besos.

—¡Mírame! —exigió.

Posó el dorso de su dedo índice en mi barbilla y la alzó con suavidad. Obedecí.

—¡Mierda! —profirió alterado—. Lo sabía, lo intuí. Anoche vi cómo te miraba, cómo te buscaba, es... ¡joder, es él!

—Todavía no —musité abatida—. Está empezando a recordar, no

sabe bien qué le está pasando.

Se apartó ofuscado, apresó mis hombros y me clavó su furibunda mirada.

—¿Has hablado con él... de esto? —tronó.

Sólo me atreví a asentir, me mordí el labio inferior y hundí el cuello, encogiéndome.

—¡Maldita sea su alma inmortal! ¡Debería estar pudriéndose en el infierno! ¡Joder!

Se levantó de la cama y, desnudo por completo, comenzó a pasearse furioso por la habitación. Tenía los puños apretados, los brazos tensos, la cabeza un poco inclinada, el ceño como una oscura nube de tormenta, los labios apretados y mascullaba improperios sin cesar entre dientes.

Como un soberbio león enjaulado, de formas subyugantes, mostraba su genio y su frustración de manera temible; no obstante, causaba tal influjo que no pude más que admirar la perfección de aquel cuerpo ferozmente hermoso.

Por fin se detuvo. Respiró hondo y regresó a la cama con una determinación pintada en el rostro.

—Me da igual que sea tu amiga, hoy mismo se largarán —sentenció.

—Hoy mismo se marcharán, así se lo dije a Yusuf.

Su mirada se oscureció, los celos empañaron su semblante.

—Cuéntame lo que pasó entre vosotros: ¿intentó... besarte? —Pronunció la última palabra con voz estirada, como si la hubiera tenido que arrancar de su garganta.

—No; estaba confuso, asustado. Me dijo que sentía una rara atracción por mí que no comprendía, puesto que ama a Elena, y que el nombre de Shahláa de alguna incomprensible manera se había fijado en su mente. Rashid resurge en él, pero Yusuf todavía domina la situación. Le dije que debía alejarse de mí de inmediato. Eso es todo.

Gunnar no pareció muy convencido.

—Entonces ¿por qué razón lo atacó *Thor*? Seguramente intentó algo y...

Esta vez fui yo la que sujetó su barbilla.

—No, no me besó, ¿me oyes? Aparta esa imagen de tu cabeza. *Thor* lo atacó porque me asusté y le grité que se alejara de mí.

—Será mejor que no baje a desayunar, no quiero encontrármelo, porque... si lo veo... no sé cómo reaccionaré.

Se tumbó en la cama y a mí con él. Aterricé en su pecho; automáticamente sus brazos me envolvieron y besó mi frente.

—Esta vez no pienso permitir que el destino malogre nuestra felicidad, esta vez no —musitó vehemente—. Nada ni nadie, ni la jodida Providencia, ni los putos karmas, nada va a separarme de ti. Ya sufrimos lo indecible; esta vida es nuestra recompensa, y haré más de lo que esté en mi mano para demostrarlo.

«¿Por qué?»

Esa pregunta me había estado rondando toda la noche. ¿Por qué Rashid quería volver? ¿Para recuperarme? Ahora que sabía que, una vez más, mi alma y mi corazón le estaban vedados, ¿qué haría? ¿Aceptar lo que doce siglos atrás fue incapaz de asumir?, ¿o volvería a cometer una locura?

Un escalofrío me recorrió la médula espinal, me envaré y me abracé con fuerza al pecho de Gunnar.

Bajo una nube de inmenso amor en forma de caricias, susurros y toda clase de arrumacos, volví a dormirme con un solo ruego en mi mente... «Dios mío, aleja a Rashid de nosotros...»

Un gran orbe amarillento y misterioso asomaba entre retazos de oscuras nubes desgarradas, que más parecían harapos deshilachados. Su mortecino resplandor marfileño bañaba un bosque lóbrego, de árboles sin hojas, con ramas huesudas que se alzaban de forma espeluznante, como clamando su dolor a la majestuosa luna, que las miraba indiferente.

Corría envuelta en lágrimas, seguida por una hambrienta bestia negra. Sólo oía mi respiración entrecortada, los crujidos de las ramas secas bajo mis pies descalzos y la veloz carrera de cuatro pezuñas que ganaban terreno.

No tardaría en darme alcance, el cansancio comenzaba a lastrarme. Cada respiración se asemejaba a inhalar bocanadas de fuego; mis pulmones sufrían, mis rodillas flaqueaban, el terror bombeaba mi corazón, mis sentidos se afinaban y mi determinación se afirmó.

Lucharía.

Busque a mi alrededor, localicé una rama, larga y gruesa, la cogí con apremio y me detuve frente a un gran tronco, pegando la espalda a su rugosa superficie.

El lobo se detuvo frente a mí.

Clavó sus dorados ojos en los míos y aulló a la luna.

Ajusté bien mis dos manos en torno a la base de la rama y la alcé por encima de mi cabeza. Estaba preparada; apreté los dientes y luego esperé.

A mi mente acudieron dos voces. Una me gritaba que me rindiera, que ellos estaban muertos; la otra, que luchara. Las dos me atormentaban.

Sofoqué un sollozo, las lágrimas inundaron mis ojos, un puñal invisible entraba y salía de mi corazón. La visión de sus lápidas me hizo bajar los brazos, hundí los hombros y gemí de dolor.

Otros aullidos se sumaron al de mi perseguidor. No llamaba a la luna, sino a su manada.

Al menos moriría cerca de donde ellos estaban...

Me incorporé entre temblores, con el corazón bombeándome a mil por hora, la garganta seca y una sensación opresiva tensando mi estómago. De nuevo miré a mi derecha, esta vez Gunnar no despertó. Dormía a mi lado, aunque parecía ser presa de un sueño no muy agradable por la crispada expresión de su rostro.

Sentí el impulso de besarlo, pero me contuve. Miré la hora y de inmediato mis ojos se clavaron extrañados en el receptor de bebés, que permanecía desacostumbradamente mudo a esa hora. Hacía casi dos horas que le tocaba la toma, pues faltaba poco para las seis.

Salí como una centella de la cama: mi pequeño Khaled poseía el gen de la puntualidad noruega; más de una vez habíamos bromeado sobre eso, su estómago era un órgano sistemáticamente metódico y exacto, a las mismas horas reclamaba su alimento. Aquel inaudito silencio me encogió el corazón.

Corrí por el pasillo como si aquellos pocos metros fueran kilómetros, abrí la puerta de su cuarto y me abalancé sobre la cuna. El azulado resplandor de la lámpara nocturna iluminó un colchón vacío.

Un gemido escapó de mis pulmones, el pánico más atroz me invadió. Posé temblorosa la palma de mi mano en la suave sábana bajera de franela verde. Estaba fría. Tal vez... tal vez... Rona...

Abandoné la habitación a la carrera con el corazón en la boca, y un amargo regusto de bilis ascendió por mi garganta.

Bajé los escalones de tres en tres, salí de la casa y enfilé hacia la

cabaña de Rona y Arne. En mi dolorosa urgencia, la esperanza asomaba tímida como una luz a la que necesitaba agarrarme.

Hacía frío, pero apenas lo notaba; mi liviano camisón rosado de satén ondeaba contra mi piel en mi carrera, acariciándola con su frío tacto, como si una garra del inframundo pasara por mi cuerpo. Sentí náuseas.

Llegué jadeante al fondo de prado, donde el *hytte* rojo y blanco destacaba contra el verdor de las laderas, todavía más acentuadas por el rocío de la mañana.

Llamé a la puerta con agitada insistencia.

Una Rona completamente despierta, impolutamente vestida y escrupulosamente peinada, adornada con su sempiterno delantal, me abrió con expresión asombrada.

—¿Dónde... dón... de... está mi hijo? —logré preguntar jadeante.

La mujer abrió los ojos de forma desmesurada y sus cejas se arquearon frunciendo su frente; aquella expresión desgarró mi corazón.

—Sabe muy bien que no subo a las habitaciones hasta que ustedes bajan —repuso confundida—. Tal vez su amiga...

No la dejé terminar; corrí de nuevo, esta vez hacia la casa; no era el rostro de Elena el que acudió a mi cabeza.

—¡Señora, voy con usted ! —gritó tras de mí.

A grandes zancadas entré como una tromba en la casa y ascendí a la primera planta casi sin tocar el suelo.

Un miedo primario, brutal e inclemente golpeaba cada terminación nerviosa; las pulsaciones se me dispararon y la angustia oprimió mi tripas, retorciéndolas de un modo implacable. Una única palabra se repetía en mi cabeza... «No, no, no, no, no, no...»

Abrí la puerta conteniendo la respiración.

Elena dormía abrazada al desnudo y lampiño pecho de Yusuf; me precipité enloquecida hacia la cama y me lancé sobre él.

—¡¡¡¿Dónde está mi hijo... dónde, maldito?!!! —grité desafortunadamente.

Y grité y grité, aullé y aullé mi dolor y mi angustia, mientras, a horcajadas sobre él, lo golpeaba.

Elena se despertó sobresaltada y se sumó a mis gritos, e intentó apartarme de Yusuf, que había abierto los ojos y me contemplaba como si fuera parte de sus sueños. Éste parpadeó de pronto e intentó frenar mis

enloquecidos ataques.

Elena, llorosa y asustada, gritaba mi nombre, mientras Yusuf se zafó y consiguió inmovilizarme pegándome a su pecho en un abrazo doloroso.

—¡¡¡Tranquilízate, no sé de lo que me hablas!!! —exclamó aturdido.

—¡Suéltala!

Aquella voz grave y ronca dejó traslucir un matiz peligrosamente amenazante, una frialdad mortal que detuvo aquella locura al instante. El gélido tono de Gunnar surtió efecto.

Yusuf obedeció de inmediato, pero seguía sin apartar los ojos de mí. Elena enmudeció entre lágrimas. Puse las palmas de las manos en el cálido pecho del hombre y, pegando mi frente a la suya, clavé la mirada en sus ojos de obsidiana y siseé entre dientes:

—Te mataré, Rashid, esta vez seré yo... devuélveme a mi hijo.

Yusuf se embebió de mi rostro con el desconcierto, el asombro y una pizca de anhelo tiñendo su semblante.

Unas fuertes manos me apartaron de él. Un poderoso pecho me cobijó, y en él me derrumbé. Esta vez los sollozos tomaron el control absoluto.

Los brazos de Gunnar me sostenían, el dolor me devoraba, la furia se acrecentaba y las fuerzas me abandonaban.

De repente, Gunnar me apartó sujetándome por los hombros.

—Marchaos todas de aquí —ordenó con fiereza, sin mirarme a los ojos; su tensa expresión contenida resultaba aterradora—. Rona, llévatela y dale una tila, registrad cada rincón de la casa y llama a la policía; yo voy a empezar el primer interrogatorio.

Yusuf, temeroso, se puso en pie; tan sólo llevaba un bóxer blanco y Gunnar, sólo su liviano pantalón de pijama. Ambos se contemplaron, evaluándose.

—No sé dónde está tu hijo, no he salido de la habitación en toda la noche, Elena puede corroborarlo —adujo con voz firme.

—Y lo corroboro —repuso Elena limpiándose las lágrimas y poniéndose entre ellos—. ¿Por qué pensáis que ha sido él? ¿Qué está pasando?

—Salid todas de la habitación —exigió Gunnar de nuevo sin apartar su acerada mirada de Yusuf.

Elena se abrazó a su novio, negando con la cabeza.

—Tendrás que sacarme a la fuerza; llama a la policía si quieres, pero

yo de aquí no me muevo.

—Obedece, Elena —espetó Yusuf; su tono no admitía replica—. Lleva a tu amiga al salón, consuélala. Todo se aclarará, estoy seguro; soy inocente y no temo nada. Gunnar y yo... tenemos que hablar.

Elena miró esperanzada a Yusuf y asintió. Se acercó a Gunnar y, encarándolo, pronunció:

—No te atrevas a tocarlo.

Se acercó a mí y, entre ella y Rona, me sacaron de la habitación; en mi nube de dolor, supe que la tormenta se desataría en cuanto cerráramos la puerta.

Al borde del precipicio

Cuando una unidad de la Kongeriket Noreg Politie, o Policía Nacional de Noruega, hizo acto de presencia, mi estado de ánimo era ya de absoluta desesperación.

Habíamos registrado la casa y los alrededores infructuosamente, y a cada minuto que pasaba el terror aumentaba hasta niveles insoportables. Las punzadas de mis pechos plenos me gritaban que mi niño estaría pasando hambre; era un lactante, no aguantaría mucho sin alimento, a menos que su secuestrador le diese leche artificial.

Gunnar, vestido, con la cara magullada y los nudillos despellejados, estaba sentado en el sofá a mi lado, abrazándome, asegurándome que aparecería, que estaba bien, que él me lo traería.

Elena, que había estado aporreando la puerta mientras la pelea que se desarrollaba en el interior hacía retemblar las paredes, lloraba de frustración y rabia al oír las dolorosas exclamaciones y los gruñidos sofocados. Cuando Gunnar por fin salió del cuarto de invitados, Elena lo maldijo y se adentró en la estancia, y allí seguían, encerrados y dándose consuelo, imaginaba.

Gunnar tenía los nudillos ensangrentados, un corte en el pómulo y un moratón en la mejilla. Sin embargo, tuve la certeza de que Yusuf habría salido bastante peor parado.

Dos hombres se acercaron a nosotros. Uno era alto y corpulento, con una barriga prominente que ocultaba el cinturón de su pantalón, de escaso pelo gris y mirada azul, despierta y aguda. El otro era más alto todavía, pero delgado, y mucho más joven. De cabello trigueño, perfectamente peinado hacia atrás, inquisidora mirada azul hielo, rostro anguloso y atractivo. De repente tuve la certeza de que lo había visto antes, pero no supe ubicar el recuerdo.

El hombre me miró con extraña fijeza y se adelantó ofreciéndome la mano.

—Soy el detective Hans Berg, de desaparecidos, y mi compañero Rolf Jacobsen.

Me limité a asentir mientras le estrechaba la mano; la tenía fría.

—Mis hombres están rastreando la zona e interrogando a los vecinos; tenemos que tomar las huellas dactilares, también necesitamos una foto del pequeño. ¿Está en condiciones de contestar mis preguntas, señora Jensen?

Asentí de nuevo, aunque la respuesta no era afirmativa.

—¿A qué hora se dio cuenta de la desaparición?

—A las cinco cuarenta y cinco. —Mi voz sonó extraña, rota y cansada—. Suele despertarme sobre las cuatro para su primera toma.

El detective escribía apresuradamente en un pequeño cuaderno, mientras su compañero emprendía las diligencias.

—¿No oyó el despertador?

—Mi despertador era él; en cuanto... gimoteaba por el receptor, acudía a su lado.

La angustia de nuevo me oprimió la garganta.

—¿Siempre a la misma hora?

Asentí y me limpié las lágrimas. Gunnar me apretó contra él, lo miré: tenía el rostro distendido por el dolor, pero se esforzaba por mantener el control.

—Señor Jensen —espetó el inspector Berg—, tengo entendido que anoche hubo una fiesta; necesito los nombres de los invitados para interrogarlos. ¿Hay alguien más en la casa?

—Una pareja de amigos que llegaron ayer por la mañana. Sospecho de él.

El inspector lo miró con el ceño fruncido, pasó la página de su cuaderno y estudió con atención a Gunnar.

—¿Por algún motivo en especial?

—Anoche en la fiesta desapareció un buen rato, nuestro perro lo atacó en el exterior —respondió.

—¿Dónde está ahora?

—En el cuarto de invitados, en la primera planta.

El detective hizo un gesto a dos policías uniformados y de inmediato ascendieron la escalera.

Al cabo, posó su hierática mirada sobre mí.

—¿A qué hora vio a su hijo por última vez?

Tuve que tragar la invisible bola de metal rugoso que parecía atascada en mi garganta para contestar.

—Antes de la fiesta, cerca de las ocho de la noche, le di la última toma del día. Rona tenía el receptor en la cocina y estuvo pendiente durante la fiesta, por si... me reclamaba. Cuando subí a dormir, cerca de la una de la madrugada, me asomé a su cuarto, dormía... él... suele... dormir toda la noche... y...

Las palabras se me atoraron en la garganta, disueltas en un océano de angustia y rabia. Había rechazado el tranquilizante, porque quería estar plenamente consciente de lo que pasaba a mi alrededor, aunque ahora el dolor que me sacudía hacía replantearme esa decisión.

—Entiendo —se limitó a musitar, al tiempo que inclinaba la cabeza y garabateaba en ese manoseado cuaderno.

—Voy a serles sincero de un modo lamentable, señores Jensen: las primeras veinticuatro horas son cruciales en las desapariciones; en este caso es obvio que se trata de un secuestro, por lo que hay tres vías para tener en cuenta. Una, que su hijo haya sido secuestrado para comerciar con él; otra, que lo utilicen para pedir un rescate, imagino que cuantioso, y la última y a mi parecer más... trágica: que la persona que se ha llevado a su hijo lo haga por motivos personales... venganza, odio, envidia... ¿Tienen algún enemigo o algún problema de la índole que sea con alguien de la comunidad?

Me fue imposible contestar, sollozaba desconsolada contra el hombro de Gunnar.

Qué ilusa pensar que el destino nos liberaría de su injustificada crueldad. Tuve ganas de gritarle a ese hombre frío y extraño, de gritarle que no, que todos los odios, las venganzas y las envidias habían quedado enterrados en un siglo lejano, aun sabiendo que parte de lo enterrado había resurgido la noche anterior... ¿Tan cruel era el alma de Rashid? ¿Tanta era su locura? ¡Por Dios santo, si me había pedido perdón! Y yo lo había despedido concediéndoselo.

Unos pasos se acercaron a nosotros, no fui capaz de alzar la mirada.

—No tengo enemigos —comenzó Gunnar con la voz temblorosa; carraspeó y prosiguió con algo más de control en su tono—, al menos reconocidos; alguna rivalidad profesional, pero por supuesto nada de relevancia, nada que justifique... algo... así.

—Tomen asiento —masculló el ayudante, Rolf Jacobsen,

dirigiéndose a Elena y a Yusuf, que acababan de entrar en el salón.

Elena corrió hacia donde nos encontrábamos, se acuclilló frente a mí y me tomó la mano. La miré.

—Amiga, no sabes cuánto me duele todo esto, sé fuerte, lo encontraremos, ya verás. —Su rostro húmedo de lágrimas y desfigurado por el dolor escondía una súplica—. Sólo te pido que no condenes a un inocente sin motivos ni pruebas. Yusuf es incapaz...

—Te han dicho que te sientes.

La voz de Gunnar, fría y hueca, tronó en la estancia con la violencia de un relámpago silenciando de inmediato a Elena. Se alzó lentamente, derrotada, y me miró con una mezcla de confusión, compasión y pena. A Gunnar le regaló una mirada airada; luego sus enrojecidos ojos se posaron en Yusuf, pero éste se limitaba a mirarme con expresión indescifrable.

Su moreno rostro mostraba en cada golpe la ferocidad de mi vikingo. Una furia ancestral contra Rashid tan sólo adormecida y que, ahora, con aquel fulminante golpe, despertaba en todo su vigor. Casi me asombró que Yusuf hubiera conseguido salir vivo de aquel cuarto.

Tenía el labio superior partido, sanguinolento e inflamado de un modo grotesco. Su ojo izquierdo, cerrado por completo, había duplicado su tamaño y empezaba a oscurecerse en un sombrío tono violáceo. Presentaba otro corte en la nariz, en el pómulo derecho, y moretones en ambas mejillas. Su estado era lamentable. Se había sentado en el sofá de enfrente, ahogando un quejido. Posó la mano en la parte izquierda del tórax con cuidado; dolorido, se inclinó sobre sí mismo, sin apartar la mirada de mí.

—Veo que el señor Jensen ha comenzado los interrogatorios por su cuenta —murmuró perplejo el inspector. Lanzó una mirada condenatoria a Gunnar y se dirigió a Yusuf.

»Será mejor que lo llevemos al hospital, allí le harán un parte de lesiones, porque supongo que querrá poner una denuncia por... esta salvaje agresión.

El inspector apretó los labios y miró a Gunnar con evidente desaprobación.

—Estoy bien —mintió Yusuf, con una mueca dolorosa. Su labio superior se hinchaba por momentos—. No pienso denunciar a Gun... al señor Jensen.

El inspector miró a su compañero y sacudió la cabeza reprobador.

—Creo que se equivoca, señor...

—Yusuf ibn Sarîq —respondió cortante—. Inspector, creo que debería concentrar toda su energía en encontrar al bebé, cada minuto que pasa es esencial. Colaboraré de buena gana en lo que precisen, si debo acompañarlos... —Miró preocupado a Elena, que descompuesta se enlazaba a su brazo casi con desesperación.

—De momento me conformaré con que responda a algunas preguntas. ¿A qué hora sucedió el incidente del perro?

—Bien entrada la medianoche —respondió—. Si me pide que concrete, me atrevería a decir que posiblemente cerca de la una de la madrugada.

—¿Acababa de conocer a los señores Jensen?

Yusuf asintió.

El inspector Berg arrugó meditabundo el ceño y releyó su libreta con interés. Acto seguido, escrutó a conciencia a Gunnar y a Yusuf, intentando descifrar sus semblantes.

—Bueno, señores, es evidente que me ocultan algo. —Dirigió su gélida mirada hacia Gunnar y, tras una breve y tensa pausa, añadió—: Señor Jensen, si desea encontrar a su hijo cuanto antes, le aconsejo que sea del todo transparente en sus declaraciones, hasta el más insignificante detalle puede resultar asombrosamente esclarecedor. A partir de ahora imagine que soy su padre confesor.

Gunnar le sostuvo la mirada con la cabeza erguida; la rigidez de sus hombros reflejó la tensión que contenía.

—A la hora en la que el señor Ibn Sarîq fue atacado por el perro, su hijo dormía en su cuna. El intervalo horario aproximado en el que sitúo la desaparición de su hijo es entre la una y las cuatro de la madrugada. Cierto que el señor Ibn Sarîq tuvo acceso al bebé a esas horas, pero su convencimiento de que es el culpable, no hay más que ver su brutalidad sobre él, requiere de un móvil. Nadie comete un delito sin una motivación. Si acababan de conocerse, ¿cómo explica tanta animadversión?

—Desea a mi esposa —respondió Gunnar, ciñéndome más contra él.

Elena abrió los ojos de forma desmesurada. Muda de asombro, me miró e indagó en mi rostro; me derrumbé más, si acaso aquello era posible.

—¿Os habéis vuelto locos? —nos increpó casi al borde del

histerismo.

Yusuf posó la mano derecha en su rodilla y la presionó ligeramente. Elena lo miró envuelta en una neblina de indignación y confusión, que se acentuó cuando el hombre que amaba negó con la cabeza en completo abatimiento, pidiéndole silencio con la mirada. Parecía decidido a asumir el peso del mundo entero sobre sus hombros.

—¡No pienso permitir más injurias contra él! —bramó Elena, poniéndose de pie con brusquedad.

El inspector hizo un gesto a su ayudante, y éste se acercó a Elena.

—¡Tranquilícese, señorita! Todo se aclarará, es una situación dura para todos, pero le ruego calma.

Hans Berg estudiaba cada uno de nuestros gestos, buscando en nuestro silencio las respuestas que no dábamos. Pero ¿cómo explicarle a ese hombre nuestro pasado? ¿Cómo contarle que el amor era capaz de traspasar la mortalidad, que prevalecía a través de los tiempos, pero que tras él habían viajado también sentimientos ponzoñosos y vengativos? La reencarnación no sólo estaba supeditada a almas nobles, no; la maldad viajaba, obcecada en su objetivo de tortura y rencor. Unas almas buscaban purificarse a través de distintas vidas; otras se enquistaban, sorteando de alguna manera el supuesto infierno de los condenados, para perfilarse en una maldad perpetua.

Recordé una creencia del hinduismo sobre este tema que decía que las reencarnaciones sucesivas estaban regidas por la ley del karma, acumulación de méritos y deméritos a través de las encarnaciones precedentes. Éstas no cesarían hasta que se rompiera la cadena de los efectos y las causas. El alma tiene que liberarse del *samsāra*, descubriendo finalmente la verdad; sólo entonces vendrá la liberación, la bienaventuranza, el *samādhi*. En la fe cristiana, la resurrección es símbolo de purificación; la reencarnación compartía ese punto, sólo que además se le añadía otro más esperanzador: una nueva oportunidad para enmendar los errores o consagrarlos.

¿Qué buscaba Rashid? ¿Atarme a él? ¿Por eso había raptado a mi Khaled? ¿Venganza? ¿Qué, en nombre del cielo?

—Eso no se sostiene, señor Jensen —masculló impaciente el inspector, pasándose la mano por el cabello—. No hace ni veinticuatro horas que llegaron a su casa, y ya cree que siente una atracción enfermiza por su mujer y que, a consecuencia de eso, ha secuestrado a su hijo. —

Bufó exasperado—. Miren, desconozco qué esconden, sólo sé que, si no me da una razón de peso para que sospeche en firme de este hombre, no puedo hacerlo.

Gunnar no replicó; aparentemente permanecía tranquilo y atento, sólo yo sabía que su interior era un caos de emociones retenidas a duras penas, como si vientos de distintas latitudes convergieran en un mismo punto, formando una incipiente tormenta que tarde o temprano estallaría sin piedad.

—No podrán salir de la propiedad hasta nueva orden, y más le vale que no vuelva a tocar al señor Ibn Sarîq, porque me obligará a actuar de oficio, ¿entendido?

Gunnar asintió con semblante inexpresivo.

Un ingente desfile de agentes uniformados entraban y salían de la casa, entre susurros y órdenes quedas. El último se dejó la puerta abierta; justo en ese momento una mole negra y extremadamente rápida surgió del pasillo de la cocina y se precipitó al exterior entre ladridos agudos.

Me incorporé como accionada por un resorte. A mi mente acudió la inquietud de *Thor* la noche anterior: ya antes de que yo llegara buscándolo, él parecía nervioso junto al acantilado.

Sin poder articular palabra, con el corazón atronando con violencia en mi pecho y una plegaria repetitiva flotando en mi mente, salí tras él a la carrera. Oí mi nombre, pero no me detuve.

Corría jadeante tras el animal, pero su silueta negra ganaba distancia; apreté los dientes y aceleré todo lo que pude. Me dolían los pechos, que, llenos, se sacudían pesados, enviándome punzadas lacerantes; la bata de seda se abrió y comenzó a escurrirse por mis hombros; estiré los brazos hacia atrás y dejé que el viento me la arrancara. Perdí una zapatilla, y me deshice de forma apresurada de la otra agitando el pie.

Thor se dirigía hacia el mismo lugar.

Tras de mí, varios hombres corrían; supe de quién eran los pasos que me seguían más de cerca.

El perro esta vez no se detuvo en el borde del acantilado; se agachó y forcejeó bajo la cerca de madera; poco a poco comenzó a escurrirse entre el suelo y el tronco que aprisionaba su enorme mole. La fragante hierba, húmeda de rocío, lo ayudó en su empresa. Justo cuando le daba alcance, el animal desapareció ante mis ojos.

—¡¡*Thor!!!* —grité presa de la angustia.

Me asomé resollando al acantilado, apoyé las manos en el suave y pulido tronco de arce e, impertérrita, descubrí al animal deslizándose agachado mientras descendía con sumo cuidado por un lateral del barranco. No lo pensé.

Franqueé la valla. Ya tanteaba con la punta de mis pies descalzos un punto de apoyo para descender el angosto sendero que había elegido el perro cuando unas fuertes manos me apresaron los brazos. Fui elevada como una ligera muñeca de trapo y estrechada contra un amplio pecho cálido y jadeante.

—Iré yo, ni se te ocurra seguirme —ordenó con voz estrangulada.

Observé la expresión determinada de Gunnar; sus ojos reflejaban la angustia que había sentido viéndome saltar la cerca.

Saltó el vallado y comenzó el descenso.

—¡Ten cuidado!

Alzó el rostro hacia mí; en el verdor brillante de su mirada vi la firmeza de un guerrero, la angustia de un padre y el amor de un esposo.

De todas las penurias vividas en otro siglo, lo que ahora devastaba mi interior no tenía parangón con nada de lo sentido. Jamás un terror tan primario me había asolado de aquella forma; mi presión arterial amenazaba con reventarme el corazón, las náuseas me azotaban inclementes, escalofríos violentos erizaban mi piel, se me había cerrado la garganta y un escalofriante cosquilleo me recorría la espina dorsal.

Con todos mis sentidos alerta, inclinada peligrosamente sobre el tronco del cercado, observaba a Gunnar aferrarse a piedras, a matojos, buscando puntos de apoyo seguros para avanzar.

Al instante, aparecieron varios policías y el inspector Berg.

—¡Joder, debería haber esperado! —exclamó el inspector. Tras aquel exabrupto, se dirigió a uno de los agentes—. ¡Que traigan de inmediato una cuerda!

El aludido corrió como alma que lleva el diablo.

—Es una temeridad, una locura; puede despeñarse por ese barranco. ¡Mierda!

Se quitó la chaqueta y la corbata con movimientos acelerados, mientras me observaba ceñudo.

—Será mejor que espere la cuerda —aconsejé en un mortecino hilo de voz.

—Siempre dando órdenes —masculló airado.

Lo miré sin entender sus palabras, no me conocía de nada. En su azul mirada brilló una extraña familiaridad, que me desconcertó todavía más.

Ignorando mi consejo, atravesó la valla y estudió el terreno antes de aventurarse en el descenso. Cuando volvió a mirarme, se embebió de mi rostro con una expresión anhelante, algo de frustración, pero sobre todo con una firme decisión.

—Tranquila, lo traeré de vuelta, esta vez sí.

«¿Esta vez sí?» No me dio tiempo a replicar, descendió ladera abajo con bastante soltura.

Asomada a aquel barranco, sentí más angustia, inseguridad y temor que si bajara por él. Gunnar había desaparecido de mi vista, y el inspector Berg recorría con extremada precaución el mismo trayecto.

Mi mente sólo era capaz de procesar un ruego, con desesperante insistencia... «Por favor, por favor, Dios mío, devuélvemelos...» Y entonces mi mente traidora y cruel trajo a mi memoria el recuerdo de las pesadillas de la noche anterior, sometiendo mi dolor a una tortura apenas soportable. La visión de las dos lápidas pesó como una losa sobre mí.

Gemí, me aferré a la valla, la vista se desdibujó, me mareé, las rodillas comenzaron a flaquear, mi estómago se convulsionó.

—Apártese, señora —ordenó una voz.

Cuando abrí las manos y me separé de la cerca, no me sostuve, caí de rodillas, hundí los hombros y sollocé, mientras el policía ataba una cuerda al tronco y lanzaba toda la longitud de la soga hacia el abismo.

Me dije a mí misma que tenía que ser fuerte, que todo saldría bien, que debía mantener la serenidad, pero la pesadilla estaba tan fresca en mi mente, tan vívidamente espeluznante, que me era imposible borrarla para recuperar el control.

No. Otra vez las pesadillas, aquello era más de lo que podía soportar.

—¡Vicky!

Elena se abalanzó sobre mí y me cobijó entre sus brazos. Lloramos juntas un dolor difícilmente soportable; en memoria del inmenso cariño que nos profesábamos, ambas olvidamos por un momento reclamos y preguntas; en honor a la amistad que compartíamos, nos dimos consuelo mutuo.

—Lo encontrarán, amiga, lo sé, confía en ello, no puedes hundirte, no lo permitiré, ¿me oyes?

Se separó de mí, me secó las húmedas mejillas con el dorso de la

mano y me acarició con infinita dulzura.

—Debo obligarme a pensar eso... o me volveré loca —admití trémula.

Elena asintió y forzó un amago de sonrisa.

—Hildur ha llegado, está prestando declaración al ayudante del inspector, el señor Jacobsen; asegura que su prima no durmió anoche en casa. Britta, Knute, Sven y Lisbet también están aquí, están... afectados por la noticia.

«Ingrid», pensé; ¿era posible que ella...? Debía hablar con Hildur.

—Volvamos a la casa —sugirió Elena, ayudándome a levantarme.

Negué con la cabeza, no hasta que Gunnar regresara a mi lado.

A lo lejos oí el silbido monótono de las sirenas de los coches policiales. Rastreaban la zona.

De pronto, otro sonido se sumó a la batahola que flotaba por el valle resquebrajando su habitual armonía: un ladrido apagado, proveniente del fondo del barranco; seguidamente, un grito masculino y voces pidiendo ayuda.

Se me encogió el corazón.

Varios policías se inclinaron sobre la cerca, uno de ellos la cruzó y se deslizó por la cuerda.

Me precipité de nuevo sobre el cercado, desde otro punto, y me incliné desesperada por captar algún movimiento.

Una voz opacada gritó una frase que me heló la sangre; reconocí en ella al inspector.

—¡¡¡El señor Jensen se ha despeñado!!! ¡Necesitamos más efectivos, y una unidad de urgencias médicas! ¡Pidan un helicóptero de rescate, aprisa!

Sentí que la cabeza me daba vueltas; apoyé todo mi cuerpo sobre el tronco de arce y, de puntillas, con el alma en vilo y el corazón sangrando, me asomé todo lo que pude. Un grito escapó de mi garganta:

—¡¡¡¡Guuuunnnaarrrrr!!!!!!

Un crujido me sobresaltó; la cerca se desplazó, no me dio tiempo a recuperar el equilibrio y caí al vacío.

Grité presa de un terror que despertó cada terminación nerviosa apresando todos mi sentidos en una agonía sin igual.

Nooooooooooo... Mi garganta se cerró y una imagen me acompañó en la caída: Gunnar sosteniendo a mi bebé; no vi nada más... sólo negrura...

A través de los siglos

Exhalé un tenue gemido y abrí lentamente los ojos.

Miré a mi alrededor; vislumbré una pared de madera, una banquetta, más allá, un resplandor parpadeante que llamó mi atención, y parpadeé. Intenté girar la cabeza más hacia mi derecha, pero me fue imposible.

—¡Freya, gracias a los dioses! ¡Te han devuelto al mundo de los vivos!

Era una voz de mujer, ajada y emocionada. Intenté alzar un brazo; pesaba demasiado, desistí.

—Todavía estás muy débil, pero lo peor de la batalla ha pasado. ¡Ay, muchacha, pensé que no lo lograrías!

Enfoqué la vista en la mujer que se inclinaba sobre mí. Observé su cabello largo y entrecano, su rostro amable, marchito y conmovido. Sus lágrimas rodaban incesantes por sus mejillas, goteando por la barbilla. Luché por tensar las comisuras de mis labios para formar una sonrisa, no sé si lo conseguí.

—No digas nada —adujo Eyra—. Ya habrá tiempo para hablar, he de aprovechar que has despertado para alimentarte. Llevas cinco lunas llenas sumida en las tinieblas; tu cuerpo se ha descarnado, muchacha, hay que rellenar de nuevo esas curvas que tanto enloquecen a los hombres.

Asentí; la mujer se inclinó y me besó la frente, acarició mi cabello y sonrió emocionada.

—Hubo un momento en que pensé que no lo conseguirías. Pero eres una loba guerrera.

Esta vez sí logré devolverle la sonrisa. Los párpados me pesaban y mi cuerpo languidecía de nuevo, estaba tan cansada... parpadeé somnolienta.

—¡Ah, no! —me increpó Eyra, sacudiendo la cabeza con vehemencia—. Ahora que por fin logras abrir los ojos, no pienso dejarte dormir hasta que hayas tomado al menos unas cucharadas de caldo de venado. No

imaginas lo difícil que ha sido alimentar un cuerpo casi sin vida.

—E... yy... raaa...

Mi voz sonó rota y seca; intenté tragar saliva, pero no la encontré.

La anciana corrió hacia una mesa y me trajo una jarra de agua, que acercó a mis labios agrietados.

—Bebe, niña, pero con cuidado.

Tragué el fresco líquido con ansia; lo sentí aliviando mi garganta, como un bálsamo curativo que resucitaba mi cuerpo. Me supo a gloria.

Eyra redobló varias mantas y, alzándome por los hombros con vigor, las remitió tras mi espalda para incorporarme.

Aquel zarandeo me nubló por un momento la vista; mi debilidad extrema impidió que la ayudara en su esfuerzo.

Me observó concentrada, asintió conforme y se volvió hacia la lumbre que caldeaba la estancia.

Por fin distinguí con claridad el fuego del hogar. Sobre él, una marmita, que pendía de un gancho sujeto a un trípode metálico, burbujeaba alegremente.

Eyra tomó una escudilla de madera y sirvió en ella una generosa y densa cucharada de caldo.

Se acercó a mí, inclinada sobre el cuenco, soplando enérgicamente el contenido.

—Esto te sabrá como la ambrosía, y dará vigor a tu maltrecho cuerpo. El calor caldeará tu interior, como si te arroparan con la mejor de las mantas. Vamos.

Entreabrí los labios. Eyra acercaba la cuchara de madera a ellos y, con sumo cuidado, derramaba en mi boca el oscuro y humeante brebaje.

Quemaba, pero logré soportar la temperatura en pos de alejar el frío mortal que moraba en mi interior, como la ponzoña de un veneno que se niega a abandonar su conquista.

A cada cucharada, mi ánimo parecía restablecerse, y despertaba mi apetito. Famélica, cada vez abría más la boca, acentuando la sonrisa de Eyra, y la humedad en sus ojos.

Cuando acabé mi escudilla, la mujer asintió satisfecha y, tras retirar el apoyo de mi espalda, volvió a tumbarme.

—Ahora duerme un poco, no hay mejor remedio para la sanación que el alimento y el sueño —recomendó con una mirada maternal.

Cerré los ojos reconfortada, suspiré y me abandoné al sueño... Un

rostro asomó a mi memoria, abrí de golpe los ojos y recorrí la cabaña con la mirada.

—Gu... nnaarr... —logré musitar.

Eyra acomodó la piel de oso que me cubría y posó su callosa mano en mi frente.

—Después, cuando estés más fuerte. Duerme, Freya; ahora que la muerte te ha soltado de sus garras, debes recuperarte lo antes posible.

Quise poder levantarme y salir de esa cabaña, quise gritar su nombre, quise que sus brazos me rodearan y me acunaran en mi sueño... quise muchas cosas... pero sólo logré una, dormir.

Fuera, oí el graznido de ocas y el ladrido de un perro. La cabaña estaba sumida en la penumbra, a excepción del fulgor mortecino del fuego del hogar, que apenas crepitaba sobre las brasas ennegrecidas que humeaban hacia la abertura del techo.

Alcé un brazo, no sin esfuerzo, y retiré la piel que me cubría; sudaba copiosamente. Busqué a Eyra en la semioscuridad reinante; no la encontré, pero su voz llegó hasta mí.

—¡Condenado perro! —exclamó furiosa—. Si vuelves a acercarte a mis ocas, te asaré en un buen fuego de leña para cenar.

La puerta se abrió y Eyra entró en la cabaña, acompañada de una luz blanquecina e intensa. Un viento gélido arrastró al interior hojarasca y puñados de heno, y un perro curioso.

—¡Muchacha insensata, no te destapes!

Corrió junto a mi camastro e hizo ademán de cubrirme.

—¡No! Me ahogo.

El frío que se había filtrado despertó mis sentidos.

—¡Vaya, pareces bastante más restablecida! Llevas dos días durmiendo.

Se acercó a una de las ventanas y abrió los postigos. Una cegadora luz blanca se derramó sobre el interior de la minúscula cabaña. Entrecerré los ojos molesta.

—Habrás de acostumbrarte a la luz, estás extremadamente pálida. Llega el invierno, así que disfruta del escaso sol que verás.

—Quiero levantarme, me duele la espalda.

Eyra se asombró por la fluidez de mis palabras.

—Tal vez no sea mala idea —murmuró pensativa, frotándose la barbilla—. Tu cuerpo estará anquilosado, necesitas fortalecerlo. De momento te sentaré a la mesa.

El perro se acercó a mí y me olisqueó curioso. Sentí su húmedo y frío hocico en mi mejilla; le dejé inspeccionarme. Sus oscuros y brillantes ojos se clavaron en los míos; jadeaba y movía la cola. Alargué la mano y lo acaricié entre las puntiagudas orejas. El animal inclinó ligeramente la cabeza, disfrutando del contacto. Hundí los dedos en su espeso y suave pelaje, de diferentes tonalidades de gris. Era un perro hermoso, grande, fuerte y robusto, parecido a un lobo, con cola enroscada más clara que el tronco, y morro alargado.

—Hola, bonito, pareces un lobo —le susurré.

—E igual de voraz —adujo Eyra—. Es un perro cazador, caza alces y venados. ¿Ves la cicatriz que cruza su mejilla?

La zigzagueante línea carente de pelo, rosada y carnosa, que surcaba desde el extremo de su ojo izquierdo hasta casi su hocico le confería una atemorizante apariencia, pero no le restaba hermosura.

Asentí.

—El muy zafio se enfrentó, solito a un oso blanco, y no es la única cicatriz que tiene; en su costado se le ve la marca de la zarpa del oso. Como tú, escapó milagrosamente de la muerte.

—¿Cómo se llama? —pregunté pensativa.

—*Fenrir*.

—Una vez, un demonio me llamó así —recordé.

Me sentí en sintonía con aquel animal, ambos éramos supervivientes. A mi mente acudieron los recuerdos, como flechas incendiarias atravesando mi pecho.

Aquella trágica noche en que una vez más mi destino cambiaba. Aquella noche maldita en que fui llevada ante el *jarl* Harald el Implacable, aquella noche en que fui mancillada y golpeada por él, aquella noche en que mi lobo acudió en mi ayuda. *Fenrir*... me llamó el *jarl*, y en eso me convirtió él.

—Debería estar muerta —musité—; sentí que lo estaba, me alejé flotando, me despedí de él.

—Y eso creímos, pero tu destino es otro.

—¿Las runas se equivocaron? —inquirí con gravedad.

Eyra negó con la cabeza, cogió una banqueta, la depositó frente a mi

camastro y se sentó.

El animal posó la cabeza sobre mí, se sentó también a mi lado y cerró los ojos, mientras le rascaba tras la oreja.

—Las runas nunca se equivocan, las interpreté mal. Vi la traición en la runa As invertida, y se cumplió; erré al no leer correctamente la runa Perth, la muerte, el fin, pero de alguien cercano, muy cercano a decir verdad, tu hijo, no tú. Luego está Isa de cara, un cese en las actividades, una congelación, como predije; Isa es la runa del renacimiento, y es exactamente lo que te ha sucedido. Las otras runas, Rad, viajes y movimientos, y Wird, segundas oportunidades, la página en blanco, el todo o la nada, son las que van a guiarte ahora.

Inspiré profundamente, acaricié mi vientre y contuve las lágrimas a pesar de que el dolor que asomaba entre los recuerdos resultaba desolador.

—No pude hacer nada por él, y casi no pude hacerlo por ti —confesó con la amargura velando su rostro—. El puñal dañó un órgano muy importante, no respirabas y te di por muerta. Gunnar... enloqueció.

Cerré con fuerza los ojos, atrapando en ellos las lágrimas que se acumulaban; apreté los dientes y contuve como pude la dolorosa imagen de su rostro contorsionado por un sufrimiento atroz.

—¿Dónde está? —logré musitar en apenas un hilo de voz.

—Lejos de aquí —respondió cogitabunda—. Combate entre las hordas del rey Halfdan el Negro; ya no hizo falta simular que estaba al lado del maldito *jarl* por temor a que devastara la aldea, puesto que Skiringssal ya fue asolada, sólo unos pocos ancianos moran en ella. Ahora más que nunca persigue su venganza y busca su final. Te cree muerta.

Ahogué un sollozo, a cambio obtuve un lametazo de *Fenrir*, y una caricia de Eyra.

—¿Qué pasó? —pregunté trémula.

Los ojos de la anciana se oscurecieron; bajó la mirada y negó con la cabeza.

—No pude hacerlo —confesó; su voz perdió intensidad—. No pude, Freya. Lo vi ante mí, roto de dolor, contigo inerte en sus brazos, maldiciendo a los dioses, gritando desahogado su agonía, llorando como un niño perdido, suplicándome la liberación, pero no pude...

Alzó la mirada; el tormento de sus ojos me sobrecogió. Sus delgados

labios se apretaron en una mueca sufrida.

—Es mi hijo —se defendió con voz constreñida—. En el último momento decidí liberarlo de su dolor, pero no con la muerte.

Hizo una pausa, en la que cogió mi mano entre las suyas.

—Preparé un brebaje, sí —empezó a contar de nuevo; tenía la mirada perdida, el rostro tenso y contenido, y sus manos se crisparon entre las mías.

»Machaqué raíz de mandrágora, beleño blanco y belladona, en grandes cantidades, y las mezclé con aguamiel. Temí haberme excedido en las medidas, pero Gunnar es un hombre grande y robusto, así que recé para que diera resultado, y funcionó. Cayó fulminado e inconsciente, pude arrebatarle de sus brazos. Ayudada por algunos supervivientes de Skiringssal, te escondimos en una de las pocas cabañas que seguían en pie, pues el terrible incendio devastó la aldea. Pensaba dispensarte un entierro cristiano, así que me di toda la prisa posible en cavarte una tumba, antes de que Gunnar saliera de su letargo.

»El preparado de hierbas que le ofrecí es un remedio muy potente para la pérdida de memoria, además de anular la capacidad de entendimiento y abotargar los sentidos. Por eso era tan importante que nada le recordara a ti, por el momento.

»Pero despertó antes de que yo hubiera terminado de preparar tu tumba. Tuve que dejarte en la cabaña, mientras acudía a su lado.

»Como esperaba, se mostró confuso y aturdido. Me preguntó qué pasaba, y le dije que habían atacado la aldea los hombres del *jarl*, y que debía marchar junto al rey. Apenas se sostenía en pie. Pedí ayuda a sus hombres, les rogué que se lo llevaran muy lejos, que habías muerto y que no te mencionaran en ningún momento a no ser que él preguntara. Desconocía cuánto tiempo permanecería en ese estado, por lo que le di a Thorffin un odre con el remedio, para que lo fuera mezclando en su bebida de vez en cuando. Le recomendé que fuera disminuyendo la dosis progresivamente; el tiempo, imaginé, haría el resto. Otro grupo de supervivientes también decidió marcharse, ya no quedaba nada, excepto muerte y desolación.

—¿Por qué no me enterraste?

Eyra se limpió las lágrimas con un ademán seco y tosco. Era una mujer con una fortaleza admirable, que se reprendía a sí misma hasta en los momentos más comprensiblemente débiles.

—Como te dije, estaba dispuesta a hacerlo. Tuve que esperar a que se fueran. Partieron los cuatro. Ragnar iba en un estado lamentable, malherido en cuerpo y alma; Erik y Thorffin lograron cargar con ambos y partieron hacia los dominios del rey Halfdan.

»Entonces, regresé junto a ti y busqué a dos muchachos que cargaron contigo envuelta por completo en un lino blanco. Cuando te depositaron en la tumba, me arrodillé en el borde y recé una oración cristiana por tu alma y por la del pequeño; fue entonces cuando miré tu vientre abultado y me pareció ver cómo se movía. Sumida en la más honda de las penas, me lancé a la fosa y deposité la mano sobre tu barriga, ansiando sentir a ese pequeño ser que se apagaría por momentos. Fue entonces cuando percibí cómo el liviano lino que cubría tu rostro vibraba apenas sobre tus labios, henchido por un débil aliento de vida. No estabas muerta, aún no, pero morías. Aun así, no pude sentarme a esperar que llegara tu momento. Ordené que te sacaran de allí y de nuevo te llevé a la cabaña.

Tragó saliva y me miró con gravedad, respiró hondamente y continuó con voz cansada.

—Habías perdido mucha sangre; tan sólo cosí tu herida y te coloqué emplastes para evitar ponzoñas. Lo peor vino después.

Incapaz de soportar mi mirada, la fijó en un punto indefinido tras de mí. Atormentada, se obligó a continuar; estuve tentada de detenerla, pero la curiosidad me pudo.

—Pasaron dos días y no despertabas, pero tampoco morías. Tu vientre, en cambio, dejó de mostrar señal de vida; era evidente que habías perdido al niño. Así que no tuve otro remedio que abrirte y sacártelo. El riesgo era muy alto; no obstante, no había otra alternativa. Tuve... que abrir tu vientre y arrancar al pequeño de tus entrañas. Decidí cortar en la parte inferior del abdomen, y... meter la mano. Yo... jamás he hecho nada tan... atroz. Hice lo que buenamente pude, Freya; te limpie y cosí, atacué la podredumbre que ya se extendía por tu cuerpo con todos los remedios conocidos, te alimenté a base de caldos y brebajes de hierbas, combatí las altas fiebres... y esperé. Todo sin un atisbo de esperanza; a cada instante esperaba tu muerte, pero no podía dejar de luchar. Mi obcecación parece ser ahora mi mejor virtud: luché contra la muerte y la vencí, aunque ya nunca más podrás ser madre.

Nos abrazamos envueltas en llanto. Sollozábamos liberando el sufrimiento y la rabia por el ingrato destino que nos vapuleaba

implacable, pero, al menos, todavía podíamos enfrentarlo.

—Eyra, siempre te consideraré como una madre; ahora sin duda lo eres, pues me has dado la vida.

El arrugado rostro de la mujer se iluminó; sus ojos pequeños y brillantes derramaron sobre mí todo el amor que me profesaba.

—Niña, ninguna madre podrá querer más a una hija de lo que yo te quiero a ti.

Respiré hondo y sonreí entre lágrimas y dicha.

—Tenemos que encontrarlo —musité con la impaciencia recorriéndome las entrañas, como un depredador que espera ansioso salir de caza.

—Sí, y lo haremos —concedió Eyra—. Nos espera un largo viaje y, para eso, necesitas restablecerte lo antes posible o, lo que es lo mismo, obedecer a esta vieja gruñona, así que siéntate a la mesa e imita a *Fenrir*, devorando todo lo comestible que encuentres.

Solté una carcajada; al instante me sentí llena de vigor, de esperanza e ilusión. Casi imaginaba la cara de Gunnar cuando me tuviera frente a él, casi sentía sus brazos a mi alrededor, su boca sobre la mía, sus impresionantes ojos verdes brillando incrédulos y alborozados por reencontrarme viva.

—Muchacha, tu risa me suena a música celestial. ¿Sabías que el humor es imprescindible en la sanación? El ánimo es un curioso elemento de inclinación en la balanza del enfermo; cuanto más alto se tiene, más merma la dolencia.

Eyra me guiñó un ojo; de repente, pareció incluso rejuvenecer. Ahora ambas teníamos un meta conjunta, una ilusionada esperanza, un mismo hombre al que encontrar, una misma adoración que regalar.

Con ayuda de Eyra, y acompañada por el perro, que había decidido, por alguna incomprensible razón, no despegarse de mí, me senté a la mesa y di buena cuenta de lo que me ofreció. Eran tantas las viandas que, bajo la mesa, ofrecía a *Fenrir* una buena parte de ellas. Por cómo me miraba el animal, supe que me había ganado un leal protector.

El ulfhednar

Pasaban los días, y mi cuerpo ganaba fortaleza y resistencia en una recuperación inaudita. El ánimo fue uno de los causantes, pero no el único. Salía a caminar con *Fenrir*, pescaba y cazaba a su lado; me ejercité de forma insistente con el arco, y cabalgaba por los verdes prados, seguida por mi inagotable guardián. Ayudaba a Eyra en las labores domésticas, comía como un lobo y dormía profundamente en las gélidas y largas noches de un invierno incipiente. Y soñaba por el día, con un rostro y unos ojos que no se apartaban de mi mente ni un instante.

Lo echaba tanto de menos, tanto, que la sensación de desamparo comenzaba a oprimirme y a irritarme. Me moría por tenerlo frente a mí, y temía no llegar a tiempo. Pues él, creyéndome muerta, se entregaría a la batalla de forma imprudente y temeraria, buscando su alivio, como suponía Eyra, que compartía el mismo desasosiego que yo.

No obstante, aquello siempre traía discusiones entre nosotras. Yo deseaba partir de inmediato, y Eyra, más reflexiva y paciente, aguantaba mis arrebatos en silencio sin replicar; tan sólo aguardaba que soltara todos mis miedos y finalizaba la conversación con la misma frase: «Partiremos cuando yo lo considere, no antes».

Esa noche me acosté rumiando furiosa y frustrada. No entendía qué más debíamos esperar; mi cuerpo había ganado peso, mis músculos volvían a ser elásticos y, con mi mente más alerta y aguda que nunca, me sentía fuerte y poderosa, totalmente restablecida y con unas imperiosas ganas de encontrar por fin mi felicidad. Pero Eyra esa noche ni siquiera acabó la discusión con su consabida frase, se limitó a regalarme una sonrisa enigmática y se metió en su jergón.

A la mañana siguiente, lo primero que oí al desperezarme fueron los cascos de varios caballos, y unas voces masculinas en apagada conversación.

Me incorporé de golpe. *Fenrir*, que dormía a los pies de mi camastro,

alzó las orejas con atención y gruñó molesto cuando me levanté rauda de la cama. Sacudí con cariño su lomo y salté por encima de él, en busca de mi túnica de lana. Me la ceñí con un cinturón de cuero marrón y me envolví en una capa que sujeté con una fíbula, hermosamente labrada en oro. Descarté el turbante; me llevaría demasiado tiempo meter mi espesa y larga melena negra en aquel recuadro de tela, así que me la eché a un lado, sobre el hombro derecho y, con toda la agilidad y premura que pude, conformé una gruesa trenza que até con un cordel.

Salí apresurada de la cabaña, consumida por la curiosidad. *Fenrir* abrió su enorme boca y bostezó con desidia, chasqueó la lengua, se relamió un par de veces y me siguió.

—Vamos, perro holgazán, parece que tenemos visita.

Dos hombres clavaron la mirada en mí. Uno de ellos arqueó las cejas con asombro y al final sonrió con franca admiración; el otro, en cambio, me contemplaba impertérrito. Ambos eran jóvenes y fornidos, aunque de apariencia opuesta el uno al otro.

El más alto era terriblemente apuesto: rubio, de sedosa melena larga con trenzas adornando los costados de su armonioso rostro, brillantes y almendrados ojos celestes, pómulos altos y la boca de un dios. El otro era bajo, pelirrojo, de ojos minúsculos y hundidos, frente demasiado ancha y prominente, mandíbula alargada, boca de labios finos, anodino, desabrido y poco agraciado. Ir junto a aquel hermoso guerrero era lo que menos le favorecía; un guerrero que no me era desconocido, por cierto.

—Hola, Hiram —saludé jovial.

—Hola, mujer hermosa con sentido del humor pero con esposo celoso.

Solté una abierta carcajada ante la alusión a nuestro peculiar primer encuentro. Tentada estuve de echarme a sus brazos, si no fuera porque una vez ya había intentado seducirme; eso sí, cuando desconocía quién era mi esposo.

—Me alegra verte —confesé—, aunque me alegraría más ver a tu maestro de instrucción.

Hiram me guiñó un ojo y me sonrió de medio lado. Sus dotes de seducción sin duda eran dones naturales en él.

—En este momento iba camino a engrosar sus tropas. Tuvo que marchar al sur, para ofrecer un pacto al rey Horik el Viejo, de Jutlandia, en nombre de Halfdan el Negro; si aceptan, tendremos el apoyo de un

temible ejército.

Miré emocionada a Eyra, que ya se acercaba con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—Ya lo he considerado —comenzó a decir alargando las palabras y con ellas mi ansiedad—. Partiremos en este mismo instante.

Dejé escapar un gritito exaltado y la abracé jubilosa.

—¡Muchacha alocada! —me recriminó con suavidad—. No podíamos partir hasta saber adónde hacerlo; había mandado mensajes a Hiram en nombre de Gunnar, para que a la vuelta pasara a recogernos.

—¿Te he dicho ya que te adoro?

Eyra rio complacida y sacudió la cabeza ante mi excitada actitud.

—Vamos, niña impaciente e insufrible, aunque encantadora, con esposo celoso.

Salté de alegría; era tal mi regocijo que hasta *Fenrir* ladró animoso, sacudiendo su peluda cola con alborozo.

—Mi *hersir* se morirá cuando te vea; no pienso perdérmelo por nada del mundo —anunció Hiram, que sonreía tan feliz como nosotras.

—Seguro que te devolverá su confianza —aduje recordando los celos de Gunnar y el alboroto que montó cuando lo descubrió en plena seducción.

—No creo —contravino el guerrero—. Me pidió que no volviera a poner los ojos sobre ti, y es lo único que no pienso cumplir.

Reí de nuevo, lo empujé divertida y me adentré a la carrera en la cabaña en busca de los fardos que llevaban días preparados para el viaje.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió Hiram.

Cargué el carcaj a mi espalda, crucé mi arco en el otro hombro y arrastré los fardos hasta donde me esperaba la reducida comitiva.

—¿Puedes?

Hiram se apresuró a ayudarme con la carga. Con presteza los alzó a mi caballo y, mientras los aseguraba con correajes, planteó:

—¿Tienes hermanas? Porque, si es así, mi próxima incursión será a tus tierras.

Negué con la cabeza. A mi mente acudió el recuerdo de mis dos hermanos de padre; mi ojos se nublaron con remembranzas dolorosas. La nostalgia por las gentes que dejé hace tanto en aquellas soleadas tierras andalusíes brotó de golpe.

—Eh, no quería entristecerte —musitó Hiram con preocupación;

detuvo su mano a mitad de un nudo y la puso sobre mi hombro—. Te dejó que me golpees.

—¿Cómo?

—Sí, por cada desatino cometido, tienes mi permiso para golpearme —me explicó el joven con convencimiento.

—No haré tal cosa, al menos por esto. No tienes la culpa de que recuerde mi pasado, pues es algo que ocurrirá mientras viva; el pasado es una parte de mi vida, una parte que siempre estará presente, y que acudirá a mi mente en más de una ocasión.

Cuando terminé de hablar, me encontré con una mirada pensativa.

—No sabes cuánto lamento que no tengas hermanas, aunque dudo que, aun así, alguna pudiera superarte.

—Hiram, detente o me obligarás a golpearte —advertí en tono socarrón.

El guerrero rio jocoso, pero en su mirada permaneció su anhelo.

—Por cierto —agregó—, éste es Sigurd el Duende.

—Hola, Sigurd. —Me volví hacia el pequeño pelirrojo. Su apelativo era absolutamente apropiado a sus características físicas.

—A mí no tendrás que golpearme —murmuró sonriente.

Hiram, Eyra y yo estallamos en carcajadas. Tal vez su aspecto era el de un duende, pero su carácter era el de un bufón.

Nos dirigíamos hacia el reino de Vingulmark, hacia la aldea de Hedemark, donde moraba la residencia real de Halfdan Svarte el Negro, el gran caudillo nórdico que sumaba regiones en sus numerosas conquistas.

Hiram cabalgaba junto a mí, contándome la apasionante vida del emblemático rey Halfdan.

Al parecer era un hombre extremadamente justo, pero belicoso y atroz. Un hombre acostumbrado al sufrimiento. Perdió a su padre cuando tan sólo contaba con doce lunas. Muy joven tuvo que pelear para defender su reino, que compartió con su hermano Olaf.

Envuelto en multitud de escaramuzas y emboscadas, logró sobrevivir, gracias a su fortaleza y habilidad. Se había desposado con la hija del rey de Sogn, Harald Gulskeg Barba Dorada, una bella muchacha llamada Ragnhild, que le había dado un heredero. No obstante, enviudó trágicamente y, como preso de una maldición, su hijo, apenas un niño, que

había sido enviado junto a su abuelo materno para su educación como futuro rey, también pereció presa de unas extrañas fiebres. Halfdan, firme como una roca, viajó hacia el reino de Sogn y reclamó para sí aquellas tierras. Nadie se opuso.

—Tiene mucho poder, pero también muchos enemigos, casi tantos como ambición —aseveró Hiram azuzando a su montura para cruzar un riachuelo.

Sacudí las riendas y mi yegua bruna aceleró el trote, chapoteando en las prístinas aguas y ascendiendo con gracia y agilidad la empinada ribera del río.

—¿Sabes algo del *jarl* Harald el Implacable?

Hiram me observó con un deje furioso en su semblante.

—Sólo sé que recorre los reinos en busca de apoyos; los Ildengum, y otros clanes subversivos, se han unido a su causa: derrocar a Halfdan. Su deseo es enfrentar a todos los *jarls* contra los reyes que los gobiernan. Mandó un emisario al más fiero *jarl* de todos, el del rey Horik de Jutlandia, el gran caudillo Ragnar Lodbrok, pero allí me enteré de que había partido con casi ciento veinte naves hacia el imperio franco. Ragnar está más interesado en ampliar territorios fuera de su reino, aunque dudo que aceptara tal alianza; Ragnar sólo se somete a su rey, para conseguir apoyo para sus incursiones marítimas; no es un hombre que haya nacido para someterse.

—No había oído hablar de Ragnar Lodbrok.

Hiram observó la lontananza con mirada perdida.

—Oirás hablar de él, está predestinado a conseguir grandes cosas —murmuró pensativo.

—Y Horik, ¿acudirá al llamamiento de Halfdan?

—No lo sé, es posible que lo haga —respondió—. Montó en cólera cuando supo que Harald el Implacable había intentado impeler a su *jarl* Ragnar a la sublevación. Pero, por otro lado, no quiere favorecer a Halfdan, a no ser, claro está, que la compensación que reciba le merezca la pena. Imagino que estará meditándolo.

Sólo una cosa me preocupaba entre tanta intriga por el poder: la vida de Gunnar. Él tan sólo era una pieza que el rey movería a su antojo y, si se avecinaba una gran batalla, estaba segura de que él encabezaría sus tropas.

—¿Halfdan confía plenamente en Gunnar?

Hiram sonrió; sin embargo, un velo cubrió su mirada.

—Halfdan no confía en nadie, lo han emboscado demasiadas veces, pero sin duda valora la presencia de un guerrero de su talla. Gunnar ahora pertenece al *hird* del rey.

Lo miré con preocupación.

—¿El *hird*?

—Un séquito real, la guardia más cercana al rey; hasta conviven con la familia, si la tuviera, que la tendrá. Gunnar es el brazo derecho de Halfdan.

—Ese rey es listo y afortunado —murmuré con anhelo.

Hiram me escrutó con curiosidad. Finalmente sonrió con algo parecido a la pesadumbre.

—Ardes en deseos de verlo, ¿no?

Asentí y dejé vagar la mirada por el hermoso paraje que nos rodeaba.

La nostalgia me sacudió; en un entorno parecido, Gunnar me llevaba en su montura, mientras me susurraba anécdotas de su infancia.

—Sólo pienso en rodearlo con los brazos, en besar sus labios, en decirle cuánto lo amo... y en no despegarme jamás de su lado.

—¿Y si él no responde como debería?

Lo miré perpleja, aquella posibilidad era nula. Gunnar me amaba más que a su vida: era imposible que me olvidara en casi seis lunas, aunque me creyera muerta.

—Responderá, no albergo duda alguna, soy todo para él, como él lo es para mí.

—Me consta el amor que te profesa, sólo que...

Frené abruptamente la montura y clavé mi mirada inquisidora en él.

Eyra y Sigurd, que cabalgaban tras nosotros, me imitaron.

Hiram adelantó su caballo y lo atravesó frente a mi yegua.

—Freya —comenzó a decir en tono grave—. Yo... no sé cómo decirte esto...

Eyra se puso a mi altura y observó con preocupación mi semblante.

—¡Habla! —exigí imperativa; un creciente temor me asaltó, encogiéndome el estómago.

—Gunnar no es... el mismo hombre que conociste, Freya —repuso con gesto inquieto.

—El dolor cambia a los hombres —intervino Eyra—. Volverá a ser el que era cuando descubra que está viva.

Hiram continuaba mirándome preso de un inquietante desasosiego,

que me hizo sospechar que algo más ocultaba.

—¿En qué ha cambiado? —pregunté temerosa.

—En todo —respondió cogitabundo.

—No te creo —repliqué altanera.

Hiram me contempló un instante, sacudió la cabeza y se retiró el cabello de la frente en un gesto impaciente.

—Me creerás cuando lo veas. —Hizo una pausa; vi compasión en su mirada—. Por eso te llevo con él, tú eres la única esperanza que nos queda para que regrese a nosotros, para que vuelva a ser el que era.

Disipé el desasosiego con una sonrisa confiada.

—Lo será, Hiram, yo me encargo de eso.

El muchacho me devolvió la sonrisa cargada de esperanza.

—Sí; te llamaba su loba, y como tal habrás de lidiarlo, pues en eso se ha convertido él, en un lobo temible. El más fiero *ulfhednar* que hayan conocido estas verdes tierras.

—¿*Ulfhednar*?

La celeste mirada del guerrero volvió a oscurecerse, como un paño oscuro que cubre un amargo recuerdo, queriendo ocultarlo pero perfilando de forma macabra su contorno.

—Es parecido a un *berseker*, pero más temible, atroz y letal. Un guerrero enfebrecido, que marcha a la batalla semidesnudo, tan sólo tapado por unas calzas, con la espalda cubierta con la piel de un lobo y con la cabeza del animal sobre la suya, absolutamente convertido en esa fiera, sin un ápice de humanidad, ni compasión. Creo que ya no recuerda quién fue.

Intenté tragar saliva, pero me fue imposible. Noté atorada en la garganta una bola de angustia y temor que me privaba de aire. Hiram notó al instante el cambio en mi semblante, y posó una mano en mi hombro mostrándome su apoyo.

Intenté sonreírle pero me fue imposible.

—Venciste a la muerte, muchacha —recordó Eyra con firmeza—. No te resultará muy difícil vencer a un lobo.

«No», me dije, y más sabiendo la fortaleza y fiereza de la loba que yo guardaba en mi interior, esa que me había ayudado a sobrevivir en más de una ocasión, la que había luchado contra el *jarl*, la que había matado a Ada, la que había sobrevivido. Y si había de llamarla de nuevo, lo haría, una y mil veces, las necesarias, para luchar por mi vida y por mi felicidad.

Más animada, sacudí las riendas y mi yegua bruna inició su trote enérgico.

—Dices bien, Eyra; a nada temo ya, y sólo hay un propósito a mi regreso: recuperar a mi esposo.

Eyra ensanchó los labios con orgullo y arreó a su montura con igual determinación. Junto a los caballos caminaba *Fenrir*, acompañándome en mi búsqueda.

Ante nosotros surgieron las altivas montañas, que se perfilaban en un desvaído tono añil, como majestuoso fondo de una inmensa llanura, surcada por ruidosos y vivaces riachuelos, y bosquecillos de olmos y abedules.

Aspiré el perfumado y fresco aire silvestre y clavé los ojos en las espesas nubes que se arremolinaban en apretados grupos, como si quisieran fundirse unas con otras para formar un mullido manto níveo, acaparando de forma egoísta los tenues rayos solares para ellas solas. Las más livianas resplandecían de oro, mostrando solapadamente la belleza de aquellos mágicos haces, pero privándonos de su calor.

Cabalgábamos a buen ritmo, por un terreno firme y fácil, en silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos; los míos sólo tenían un nombre.

Nos detuvimos al mediodía para comer. Eyra me lanzaba miradas escrutadoras, calibrando mi ánimo, y yo siempre me esforzaba por imprimir ligereza a mi sonrisa, y confianza a mi mirada; no obstante, la agudeza de la anciana parecía recalar incluso en mi alma, y supe que leía mi mente con claridad meridiana. Lo sabía, pues mi semblante era un reflejo del suyo propio.

Sin embargo, ninguna expuso los celos y las preocupaciones. Comimos escuchando la conversación de los hombres. Sigurd comentaba las hazañas del gran Ragnar Lodbrok, lamentando no formar parte de sus guerreros, e Hiram intercambiaba observaciones, dirigiéndome fugaces pero insistentes vistazos, como evaluándome con notable inquietud. Tuve la impresión de que me ocultaba algo más.

No quise indagar; temí hallar una respuesta que me perturbara más, y no deseaba que el desasosiego creciera más de lo que lo hacía.

Limpié las migas de pan de centeno de la falda de mi túnica, guardé el taco de venado ahumado y seco que Hiram había fileteado y tomé el odre vacío, con intención de llenarlo en el cristalino arroyo que serpenteaba a

nuestro lado.

Sigurd afilaba su enorme hacha, casi más grande que él, y Eyra alimentaba a *Fenrir*, al tiempo que mantenía una curiosa conversación con el animal.

Hiram se acercó a mí, pero no dijo nada, tan sólo me observaba. Parecía debatirse con algo.

Inclinada sobre el arroyo, esperando que la corriente engrosara el volumen del odre, musité:

—No quiero saberlo.

Hiram se acuclilló a mi lado y sonrió impresionado.

—Eres muy lista.

—Sólo observadora; llevas la duda pintada en la cara como si fueran pinturas de guerra.

Chasquéo la lengua con diversión y sacudí su esplendorosa melena dorada.

—Está claro que no puedo mentir, mi maldita cara habla antes que yo.

Sonreí a mi vez. Esa maldita cara, como él la llamaba, no necesitaba mentir para seducir a nadie.

—Freya... —comenzó a decir.

—No —insistí—. Sea lo que sea, prefiero descubrirlo cuando lo encuentre.

Hiram arqueó las cejas, mostrando su desconcierto.

—¿No prefieres estar preparada para lo que te vas a encontrar?

—Prefiero solventar en el acto lo que me vaya a encontrar antes que torturarme con posibilidades, que seguramente me roben el sueño antes de tiempo.

—Sin duda lo harían.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que quieras —se apresuró a responder.

—No me animes más.

El hombre soltó una carcajada abierta y estentórea, que resonó a lo largo del valle, provocando el vuelo de varias cornejas que sumaron sus chirriantes graznidos a la risa de Hiram.

—Lo intentaré —concedió el guerrero, con la risa aún prendida en su mirada.

—No, lo harás... o me veré en la obligación de despellejarte con mi daga.

—Una mujer dura, ¿eh?

Me puse en pie, con el odre lleno, y le lancé una mirada burlona mientras cerraba el recipiente.

—Sí, algo de mujer tiene mi loba.

Me encaminé hacia mi yegua y até el odre a la montura. Hiram me siguió.

—No fue tu belleza lo que cautivó a mi *hersir* —murmuró a mi espalda— y es eso lo que necesitarás para recuperarlo; sin embargo... si no lo consigues con él... hay más hombres que seguro que sucumben ante ti.

Me volví y le sostuve la mirada, estaba demasiado cerca.

—No, no hay más hombres, no para mí.

Hiram encogió los hombros; su expresión se entristeció, pero al instante me regaló una sonrisa de afligida aceptación.

—Ésa es mi desgracia —masculló con una sonrisa superflua, intentando suavizar la intensidad de su mirada.

Apoyé la punta del pie en el estribo y con agilidad me alcé sobre la silla, me acomodé y lo miré con severidad.

—No, tu desgracia será volver a enfrentarte a la ira de tu maestro instructor, si prosigues con esa actitud.

Arreé al caballo y me adelanté hacia la suave pendiente de una mullida loma. El viento mecía los altos brotes de hierba, esparciendo su fragante aroma por el páramo.

Cerré los ojos y lo llamé con la voz del corazón. Cada poro de mi piel clamaba sus caricias. Mi necesidad de él empezaba a ser desesperante.

«¿Dónde estás, amor mío?»

Suspiré hondamente y me repetí en mi cabeza que volvería a verlo, que mis labios saborearían los suyos de nuevo, que mi piel despertaría bajo sus caricias, que mi alma se enlazaría a la suya en el encuentro de nuestras miradas subyugadas. Sí, me dije, un amor como el nuestro no podía derrocar; ni siquiera la muerte o el olvido lo lograrían.

Cuando el grupo se reunió a mi alrededor, perro incluido, proseguimos el trayecto.

Entre apodos y amigos

Tras varias agotadoras jornadas de viaje, y a pesar de que la distancia recorrida me acercaba a él, mi paciencia paradójicamente se agotaba. Me mostraba irascible, pensativa y ausente.

Eyra solía observarme ceñuda, pero no replicaba, se limitaba a compartir mi hermetismo.

Una noche, acampados bajo una espesa arboleda, *Fenrir* se agitó inquieto.

Siempre dormía a mi lado, acomodando su peludo cuerpo en mi costado, hasta aposentar el afilado morro sobre mí. Yo agradecía su calor y seguridad, y hundía los dedos en aquel suave pelaje grisáceo arrancándole gruñidos de satisfacción.

—¿Qué pasa, amigo?

El animal, orejialto, olisqueó concienzudo el aire, y de inmediato se incorporó y observó con rigidez algún punto a mi derecha.

Escruté la penumbra. La delgada curva de la luna apenas plateaba el bosque, permitiendo a las sombras más infames adueñarse de casi la totalidad de los resguardos que formaban el espeso aligustre que nos rodeaba.

Todo parecía en calma; a unos pasos, oí el suave resoplido de uno de los caballos, un susurro de ropas, y levemente el deslizar del metal escapando de su funda.

—Shhhhh... —susurró Hiram, gateando hasta mí. Se tumbó a mi lado y me obligó a imitarlo—. Finge que duermes; nos acechan, ten a mano tu daga.

Obedecí y aguardé con el corazón en un puño.

De pronto, *Fenrir* ladró y se lanzó a la carrera, perdiéndose entre los matorrales.

Sentí la mano del guerrero presionando la mía contra el suelo del bosque, en muda advertencia.

Inmóvil, con el corazón atronando en mi pecho, agudicé el oído; temí por *Fenrir*, pero aguanté las ganas de llamarlo.

Un grito de hombre me erizó la piel y, como si fuera la señal esperada, todos nos pusimos en pie y empuñamos nuestras armas. Vislumbré a Eyra junto a mí; alzaba su puñal.

Hiram se adelantó, hizo una señal a Sigurd y en dos ágiles zancadas se perdió entre la espesura, mientras seguía los lamentos del hombre acompañados de los gruñidos de *Fenrir*.

Sigurd cubría nuestras espaldas, atento a cualquier movimiento, y nosotras entrecerrábamos los ojos intentando discernir siluetas en la semioscuridad, preparadas para defender nuestras vidas.

Oímos varios golpes sordos, gemidos, pasos, y el susurro de un cuerpo arrastrado entre la breña.

—Soy yo —anunció Hiram medio encorvado y jadeante, al tiempo que tiraba del cuerpo al parecer inerte de un hombre.

—Ese perro tuyo casi ha hecho todo el trabajo —masculló con un deje de reproche.

Fenrir apareció en ese instante, con la lengua fuera y agitando exaltado la peluda curva de su cola.

Corrió hacia mí, buscando su recompensa. Le rasqué orgullosa el cuello. En ese momento, detecté el olor metálico de la sangre expulsado por su aliento; me aparté, tenía todo el morro ensangrentado.

—Sigurd, comprueba los alrededores mientras despierto al intruso.

El pequeño pero robusto pelirrojo asintió y desapareció casi al instante.

Hiram pegó la espalda del prisionero al tronco de un árbol, le extendió las piernas sobre la putrefacta hojarasca del lecho del bosque y me pidió la cuerda que colgaba en su montura.

Rauda se la llevé y lo ayudé a atarlo con fuerza en torno al grueso tronco del olmo.

—¿Nos espiaba? —pregunté.

Hiram asintió sin mirarme.

—Lo raro es que esté solo, y eso me preocupa; tal vez, cuando el perro se abalanzó sobre él, su compañero logró huir. Si es así, no tardará en avisar a su grupo y vendrán por él.

—Eyra, necesito que despiertes cuanto antes a este hombre; Freya, enciende la hoguera —ordenó asegurando el nudo.

Ambas nos apresuramos a realizar nuestros cometidos.

Ya con el anaranjado fulgor del fuego, pudimos comprobar el estado del hombre.

Eyra había sacado de su alforja un pote de barro, del que extrajo una extraña y hedionda hierba que calentó frotándola entre los dedos, y luego la puso justo bajo la nariz del prisionero.

Milagrosamente el hombre comenzó a toser, mientras sacudía con violencia la cabeza. Miré asombrada a la anciana, que sonreía con suficiencia.

—El orín de mi cabras, con excrementos y hojas de fresno en descomposición, nunca falla... hasta que se seca, claro está.

—¡Aparta eso de mi cara, vieja *völva*! —gruñó el preso.

—Sí, soy una bruja —aseveró Eyra, con una sonrisa maléfica—, así que, si no quieres que te maldiga con un *galdrar*, y veas cómo tu cuerpo se pudre en vida, más vale que me digas por qué nos acechabas.

—Basta con que le digas que dejarás que *Fenrir* termine su cena —sugirió Hiram observando entre admirado e inquieto la sangrante herida de la pierna del hombre—. Ese perro tiene el nombre apropiado, sin duda.

Eyra se rascó pensativa la barbilla y apretó los delgados labios mientras evaluaba con mirada concentrada la mordida del animal. De la herida manaba un torrente incesante de sangre.

—Si no le aplicamos un torniquete, morirá antes del alba —murmuró con fría eficiencia.

Hiram se inclinó sobre el pálido rostro del hombre, que apretaba los dientes conteniendo con estoico semblante el dolor.

—Se lo aplicarás cuando hable, no antes —sentenció con rotundidad—. ¿Quieres morir?

El prisionero miró su herida desgarrada y sanguinolenta y nuevamente a Hiram.

Negó con la cabeza.

—Pues habla; no te queda mucho tiempo, comienza a amanecer.

—Mi aldea... está a poca distancia de aquí. Hace poco, un grupo de brutales guerreros devastaron y mataron a gran parte de mi familia y vecinos... Yo... desde entonces, vigilo las inmediaciones, por temor a su regreso... Dijeron que volverían por mi hija. Vi vuestra hoguera... durante mi guardia, y decidí echar un vistazo.

El hombre languidecía por momentos con una asombrosa premura.

La vida se le escapaba a través de la dentellada del perro. Los párpados comenzaban a pesarle, al igual que la cabeza, que daba sacudidas bruscas y continuas, en una lucha infructuosa por permanecer erguida.

—¡Rápido, Eyra, se muere! —la apremié buscando con la mirada una pequeña rama con la que enrollar el paño que ya sacaba la anciana de su hatillo.

Eyra se acuclilló junto al prisionero, le deslizó la gruesa tela de algodón por la ingle, hizo un nudo flojo, me arrebató la rama de la mano, la introdujo entre el nudo y comenzó a girar para ejercer la presión adecuada.

El hombre se desvaneció.

Al instante, el incesante e intermitente flujo de sangre se detuvo.

—¿Ha muerto? —inquirí temblorosa.

Eyra palpó un lateral del cuello del hombre y negó con la cabeza.

—Aprovecharé que está inconsciente para curarlo.

Sigurd apareció con un par de liebres atadas por las patas traseras a su cinto; aún se sacudían desesperadas.

—Para que luego no digas que regreso con las manos vacías —adujo dirigiéndose a Hiram. Miró al prisionero y sacudió la cabeza—. Ese estúpido iba solo, no había más huellas. —Sonrió jactancioso y meneó la cadera donde pendían sus presas—. Bueno, las de mis dos nuevos amigos.

—Será mejor que construyamos una camilla —opinó Hiram—, tenemos que llevarlo a su aldea.

Partimos al alba, con el herido en unas parihuelas improvisadas, arrastrado por el caballo de Hiram. Tras haber recibido los expertos cuidados de la sabia Eyra, cuyos conocimientos transgredían cualquier ciencia conocida, pues estaba segura de que algo mágico movía sus manos, el prisionero había recuperado la consciencia y nos guiaba.

No tardamos en llegar a un reducido grupo de cabañas apiñadas; algunas de ellas eran tan sólo un puñado de rescoldos ennegrecidos.

Nadie salió a recibirnos.

Nos detuvimos y desmontamos mirando a nuestro alrededor. Las únicas señales de vida que encontramos fueron unas ocas aleteando dentro de un recinto, y un par de cabras atadas a un cercado; junto a ellas, había un balde medio lleno de leche.

—¿Dónde están? —inquirió Hiram mirando con recelo a su alrededor; rápidamente enarboló su acero y se puso en guardia. Sigurd lo

imitó.

Observé al prisionero; sus sesgados ojos azules se cubrieron con un velo de indecisión.

Me acerqué a él y me arrodillé a su lado.

Era un hombre de mediana edad, alto y corpulento, con un flamígero cabello rojo, ahora enredado y sucio, que se pegaba a un rostro ancho de huesos marcados, todavía pálido.

—Nada has de temer de nosotros —murmuré con suavidad—. Sólo somos viajeros con rumbo a Hedemark. Comprendo tu desconfianza, por lo que seguiremos nuestro camino; imagino que tu gente aguarda que nos marchemos para salir.

Me incorporé justo cuando una flecha silbó junto a mi oreja izquierda.

—¡A cubierto, nos atacan! —bramó Sigurd.

Hiram se abalanzó sobre mí, me tiró al suelo y me cubrió con su cuerpo. Tras el doloroso aterrizaje, llegaron los dolorosos recuerdos de aquella cala en Aalborg. Gunnar había hecho exactamente lo mismo cuando sufrimos el ataque de Ulf y Amina, cuando las flechas surcaron el aire como una letal bandada de veloces cuervos, rompiendo con sus silbidos la brisa de aquella costa.

Abrí los ojos; tenía el rostro sepultado en el cuello del guerrero. Su cabello dorado claro se me antojó más oscuro; su cuerpo, más poderoso; su aroma, el de otro hombre. Una punzada de anhelo me sacudió.

Oí un largo y agudo silbido y las flechas se detuvieron. Hiram alzó la cabeza, fijó la mirada más allá de los caballos y su cuerpo se destensó. Entonces me observó.

Iba a decirme algo, pero se prendó de mi mirada, o más bien de mi desgarrada expresión. Deslizó los ojos hacia mis labios, y los demoró ahí. De su boca escapó un suspiro. Como movida por una fuerza superior, alcé la mano y la llevé a su mentón. Acaricié levemente su contorno hasta llegar a la barbilla, después ascendí hasta sus generosos labios y los repasé con la yema de los dedos. Hiram gimió y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, me percaté de que no eran verdes, y de que aquélla no era su boca, ni aquél su rostro, y me encogí de dolor. La pura necesidad de él había enturbiado mis sentidos.

Salí de golpe de aquel endemoniado encantamiento, del influjo de los recuerdos, e hice ademán de apartarlo, pero él no se movió.

—Podría haberte durado un poco más —se quejó en un susurro contenido—; aunque, si me hubieras llegado a besar... me habrías hecho caer en desgracia para siempre.

Respiró hondo y, tras un último vistazo anhelante a mis labios, se puso en pie y a mí con él. Fue entonces cuando los vimos.

Era un grupo reducido de ancianos, mujeres y niños, que se apiñaban suspicaces y nos miraban con evidente desasosiego.

Una joven de cabellos de fuego, mirada relampagueante y briosos andares se dirigió hacia nosotros con los brazos pegados a los costados, los puños apretados y los labios oprimidos en una mueca de furia apabullante.

—¿Qué le habéis hecho a mi padre, condenados...? —Alzó el puño hacia Hiram; éste le apresó la muñeca y, en un habilidoso giro, le dobló el brazo contra la espalda y se pegó a ella, inmovilizándola.

—¡Quieta, pequeña arpía, no me obligues a partirte el brazo!

—Tu padre nos acechó en el bosque —comencé a explicar con voz tranquilizadora—; pensamos que eran asaltantes y mi perro lo atacó, pero lo hemos curado y venimos a entregártelo. No buscamos problemas, sólo somos viajeros.

La joven me miró; su ceño seguía fruncido, aunque había dejado de debatirse.

—¡Valdis —gritó el prisionero—, dice la verdad!

—¡Suéltame, patán! —exigió la muchacha revolviéndose contra Hiram; éste la soltó y la contempló con los brazos en jarras y una sonrisa pendenciera en los labios.

—¿Valdis? —inquirió mirándola seductor.

—Para ti, soy Furia Roja, mentecato.

Para sorpresa de la muchacha, Hiram estalló en una alegre carcajada. Ése fue el sonido que relajó los ánimos de todos.

—¿Mentecato? —pronunció Hiram sacudiendo la cabeza.

—¿No me digas que también eres sordo? —respondió cortante la chica.

—No soy sordo ni mentecato; para tu suerte, soy un hombre paciente.

La joven pelirroja asintió y se limitó a sostener retadora la mirada del guerrero. Hiram avanzó hacia ella.

—Entonces, hola, Valdis Furia Roja, yo sólo soy Hiram.

—¿No tienes apodo? —preguntó curiosa—. Todo el mundo tiene

uno; apuesto a que el tuyo es tan ridículo que te avergüenza decirlo.

Disimulé una sonrisa; aquella jovencita era todo un desafío para alguien acostumbrado a hacer enmudecer a cuantas mujeres se ponían en su camino.

—En realidad, Hiram, yo también me pregunté cuál era tu apodo — repliqué divertida—. Porque tienes que tener uno, ¿no?

Hiram me fulminó con la mirada y frunció el ceño.

—¿Vas a ponerte de su parte? —preguntó sorprendido.

—No, sólo es curiosidad.

Le regalé una sonrisa cándida, pero él frunció el ceño.

—Bien —repuso Valdis lacónica—. Tendré que llamarte Hiram Sin Apodo.

No pude aguantar la risa. Hiram bufó y comenzó a enrojecer.

—No vas a llamarme de ninguna maldita forma, porque no volverás a verme en tu vida.

Ambos se encararon el uno a la otra, en la misma posición, con las piernas ligeramente abiertas, los brazos en jarras, el ceño arrugado y un mohín furioso en sus rostros.

—Sí tiene apodo —anunció Sigurd con una sonrisa maléfica en su rostro de duende.

—Ni se te ocurra...

Sigurd levantó la mano para tranquilizar a su amigo, se rascó la barba y asintió.

—No te preocupes, amigo, no diré a nadie que tu apodo es Belleza Dulce.

Abrí los ojos asombrada y reprimí una sonrisa; miré rauda hacia otro lado. Pero Hiram no iba a correr la misma suerte con Valdis la Deslenguada.

—¿Hiram... Belleza Dulce?

La muchacha soltó una estruendosa risotada; casi en el acto fue acompañada por sus convecinos, que, risueños, murmuraban chanzas y burlas que provocaban más risas.

El pobre guerrero, congestionado en una mueca furiosa, se acercó a su amigo, que reía a mandíbula batiente, y le propinó un puñetazo en el mentón. El Duende redobló sus carcajadas sentado en el suelo.

—¿Tendré que suplicar a Odín que mande a alguna de sus valquirias para que liberen mis casi roídos huesos de esta camilla?!

Ese reclamo logró frenar las carcajadas de Valdis, que corrió junto a su padre y comenzó a desatarlo.

—Será mejor que partamos —murmuré a un ceñudo Hiram.

—Gracias —susurró.

Alcé las cejas inquisitiva.

—Por no reírte de mi apodo —añadió.

En realidad era un apodo más que apropiado; imaginaba que, siendo aún más joven, su belleza habría resultado casi angelical; por fortuna la madurez había cincelado sus rasgos agudizando su masculinidad, convirtiéndolo en un hombre hermoso a secas. Sus ojos, de un brillante tono celeste, mostraban, tras su enojo, una ternura que invitaba a consolarlo en un abrazo, aunque bien me guardaría de ofrecérselo.

—He estado a punto —admití divertida—, pero me he resistido.

—Odio ese apodo —masculló—. ¿Quién puede tomarse en serio a un gran guerrero apodado así?, ¿qué escaldo sería capaz de narrar las hazañas de un hombre con ese condenado apelativo?

No pude evitar posar la mano sobre su hombro y oprimirlo en muestra de apoyo.

—Déjame decirte algo, gran guerrero: no has de avergonzarte por ser un hombre apuesto y dulce, estoy segura de que eres muy envidiado por todos, pues, además, tu hermosura no resta fuerza y valor a tu conducta. Acabas de demostrarme que eres valiente, noble y leal. No me extraña que las mujeres se maten por ti.

Hiram distendió sus mullidos labios en una sonrisa agradecida.

—Casualmente, aquí hay dos mujeres que no sucumben ante mis encantos.

Negué con la cabeza, y miré a la belicosa joven pelirroja.

—Una, sólo una, la otra no lo tengo tan claro.

Hiram siguió la dirección de mi mirada y se encontró con los ojos curiosos de la joven.

—A veces, Hiram, las mujeres solemos enfrentarnos a lo que nos hace vulnerables, sobre todo a las que más les cuesta someterse.

—Sea como fuere, ahora sólo quiero perderla de vista; esa flacucha sólo despierta mi instinto asesino.

Sonreí. Eyra, que había atado con una cuerda a *Fenrir* y se había limitado a observar la escena, se acercó al prisionero.

—Procura mantener limpia la herida y no habrá complicaciones —

aconsejó.

—Creo que estáis en deuda conmigo —aseveró el hombre con semblante adusto.

Eyra negó con la cabeza.

—Yo no lo creo —manifestó la anciana con convencimiento.

—Habéis estado a punto de matarme —puntualizó el rufián—; creo que es justo que, a cambio, me otorguéis una gracia.

Eyra sonrió taimada, pasó la mano por el lomo de *Fenrir* y replicó:

—Mi perro estuvo a punto de matarte, por tu completa necedad; yo, a cambio, te liberaré de la muerte. Estamos en paz.

Eyra se volvió hacia nosotros e hizo el gesto de partir, sacudiendo impaciente la mano.

—¡No podéis marcharos! —exclamó el hombre desesperado.

Todos lo miramos confusos.

—Vamos —apremió Eyra—, demostrémosle que podemos.

—Tenéis que llevaros a mi hija; señora, os lo suplico por los dioses, que parecen tener ganas de verme.

Eyra se detuvo y le sostuvo la mirada con creciente asombro.

—Vaya, ¿ya no soy una *völva*?

El hombre, sumiso, negó con la cabeza.

—No se han de tener en cuenta las palabras de un hombre que acaba de ser casi devorado por una bestia —explicó él.

—Si es un disculpa, la acepto —concedió Eyra—, pero no pienso separar a una hija de su lisiado padre.

Dio dos pasos hacia su caballo cuando el hombre bramó de nuevo.

—¡Pues llevadme a mí también! —suplicó—. Valdis no está segura aquí, ese... maldito *berseker* regresará por ella.

Eyra se detuvo cuando ya encajaba el pie en el estribo. Bufó, respiró hondo y se volvió para mirarlo.

—¿Un *berseker*? —pregunté acercándome al hombre incorporado en la camilla.

—Hake, el guerrero más brutal y despiadado de estos lares, lidera un grupo de doce hombres temibles, entre ellos Starkad el Viejo, un sanguinario. Fueron ellos los que saquearon la aldea, buscaban algo.

Hiram gruñó y apretó los dientes.

—¡Ese malnacido!

—¿Lo conoces? —inquirí.

Hiram asintió, se pasó la mano por su espesa melena lacia y frunció el ceño.

—Mató al rey de Ringerike, el noble Sigurd Hart; al menos logró dejarlo sin mano antes de perecer. También emboscó al rey Halfdan; por fortuna logró escapar de la celada en el bosque. Halfdan no suele olvidarse de sus enemigos y quiso dar buena cuenta de uno tan peligroso como Hake. Lo persiguió y acorraló; en el ataque mató a los hermanos del *berseker*, Hysing y Helsing, pero el desgraciado logró escapar y abandonó su reino jurando vengarse; fue cuando Halfdan tomó como suya la región de Vingulmark.

Sentí un escalofrío recorriendo mi espina dorsal.

—Tal vez se dirija hacia allí para vengarse.

Hiram negó con vehemencia la cabeza; sus ojos se velaron con una inquieta preocupación.

—No es tan necio, no atacará de frente, algo trama. Debemos avisar a Halfdan de que ha pasado por aquí. No tenemos tiempo que perder.

—Se prendó de mi Valdis —repitió angustiado el hombre— y juró que se la llevaría; moriré antes de permitir eso.

La joven se abrazó a su padre y hundió el rostro en el pecho del hombre.

—Ya has sufrido demasiado, padre, no voy a separarme de ti.

Permanecimos en silencio, observando el cariño familiar que nos regalaban.

Supe que no podíamos dejarla allí, no a manos de aquel ser implacable. No obstante, el recuerdo de mi otrora compasión por Ada, que había decidido fatalmente mi destino, me planteó una seria cuestión. Si cada decisión, por nimia que pareciera, era capaz de marcar nuestro futuro, ¿qué sería lo más sensato?: ¿hacerlas a un lado, enmudeciendo la conciencia, o enfrentarlas y seguir siendo fiel a nuestros más nobles principios? Ambos caminos conllevaban un riesgo; el primero, luchar hasta el desgaste contra tu naturaleza y sobrellevar los remordimientos, perder esa esencia que te hace más humano. Y el segundo, arriesgarte a que paguen con traición una bondad. Por fortuna, para el segundo camino había una protección, la desconfianza, y ése sería mi escudo.

—La llevaremos con nosotros —anuncié con decisión.

Eyra me observó con un extraño brillo en sus ojos, que no supe interpretar.

—¿Estás segura? —se limitó a preguntar.

—No, pero quiero seguir siendo yo.

Sonrió con orgullo y asintió.

Hiram me observó con admiración, completamente de acuerdo con mi decisión a pesar de su mal comienzo con la temperamental joven.

—Imagino que hemos de cargar también con ese bellaco, ¿me equivoco? —pronunció sagaz la anciana.

—Este bellaco tiene nombre —replicó ofendido el aludido—. Soy Jorund...

—Déjame adivinar —lo interrumpió Eyra—, ¿Jorund el Gruñón?

Valdis dejó escapar una apagada risita y miró a Eyra con apreciativo asombro.

—No me equivocaba, después de todo —rezongó el hombre—: eres una *völva*.

La furia de Thor

Comenzó a llover.

Arrebujados bajo nuestras capas, cabalgábamos despacio por el sobreesfuerzo que tenía que realizar el caballo de Hiram. La rebelde muchacha montaba con él, abrazada a la cintura del guerrero y mirando una y otra vez la camilla donde su padre iba tumbado. El pobre animal resollaba cada tanto, casi lamentándose de su suerte.

Llevábamos tres agotadoras jornadas de marcha, a un paso lamentablemente lento, debido a nuestros repentinos compañeros de viaje.

A nuestro alrededor, la llanura del amplio páramo, de un verdor tan brillante que hasta resultaba cegador, comenzaba a acortarse a favor de la cadena montañosa que se alzaba ante nosotros, retadora y majestuosa.

El cielo empezó a oscurecerse y un relámpago iluminó subrepticamente las espesas nubes agrisadas, como si hubieran sido golpeadas por Mjolnir, el martillo de Thor. Acto seguido, pareció que la carroza del dios del trueno traqueteara por ellas, en un aterrador sonido ensordecedor.

La lluvia arreció de repente, pasando de las lánguidas lágrimas de Freyr, dios de la lluvia, a una furiosa cortina de agua, como si la furia de Thor descargara sobre nosotros el Hvergelmir, el manantial del que manaban los once ríos glaciales de Nilfheim, reino de la oscuridad y las tinieblas. Y, sin duda, ese tétrico reino parecía querer envolvernos.

Un grito logró alzarse entre los lamentos del cielo y la furia de los dioses, el de Jorund el Gruñón.

—¿Pretendéis que me ahogue, condenados; no me habéis hecho ya sufrir suficiente?!

Detuvimos los caballos.

—¡No hallaremos cobijo en la llanura! —gritó Hiram, para hacerse oír entre la iracunda tormenta—. Hemos de apresurarnos hacia las montañas, es probable que encontremos alguna cueva en la entrada al

barranco.

—Cesará la tormenta antes de que lleguemos al barranco — argumentó Sigurd—. Tu caballo lleva excesiva carga, sólo encuentro dos soluciones: una, que el herido cabalgue conmigo, y otra, ponerlo bocabajo en la camilla... —sonrió socarrón—... creo que ya ha saciado con creces su sed.

—¡Sigo ahogándome; por los dioses, sacadme de aquí! —bramó el aludido.

Hiram respiró hondo, desmontó y, junto a Sigurd, liberaron a Jorund de la camilla y lo llevaron hacia el caballo del Duende.

En el corto trayecto, el herido soltó una serie ininterrumpida de imprecaciones, lamentos, gemidos, bufidos y maldiciones que convirtieron los golpes del Mjolnir sobre nuestras cabezas en el inofensivo repiqueteo de un pájaro carpintero.

—Si vuelves a despegar los labios, maldito gigante, te juro que te los sellaré a golpes —amenazó el Duende, adoptando la furia de la tormenta en su afilado rostro.

—No sé quién corre peor suerte, amigo —murmuró Hiram, mirando a Valdis—, si tú o yo.

—Cambio mi suerte por la tuya cuando lo desees —se lamentó Sigurd. En un ágil salto, se encaramó a su montura tras el herido, que se había abrazado al cuello del animal agotado por el esfuerzo.

Miré el corcel de Hiram; el pobre animal distendía los ollares mostrando su fatiga.

—Será mejor que Valdis cabalgue conmigo —propuse—. Has de darle un respiro a tu caballo.

Hiram asintió y alzó una mano, pidiendo a Valdis que desmontara.

No me pasó por alto la mirada contrariada de la joven; recordé otra situación similar vivida, pero con una salvedad: esta vez, no era mi hombre el disputado.

—Vaya, parece que no es mi peor día después de todo —se congratuló el guerrero aliviado.

La joven lo fulminó con la mirada y pasó altiva junto a él, con la barbilla erguida y los hombros firmes, a pesar de los baldes de agua que parecían lanzarnos las nubes.

Le brindé la mano para ayudarla a montar; me regaló una mirada airada, pero la aceptó y brincó con elegancia tras de mí.

Me volví hacia ella.

—No soy un apuesto guerrero dorado, pero tendrás que conformarte.

—Prefiero cabalgar contigo —mintió— que con un patán presuntuoso.

Asentí con una sonrisa condescendiente y arreé a mi caballo.

Eyra, sabiamente, decidió montar al perro en su corcel. Ayudada por Hiram, consiguieron asegurarlo con una cuerda a su silla, a pesar de la reticencia de *Fenrir*, que gemía de un modo lastimoso.

Con la carga repartida de forma equitativa, pudimos acelerar nuestro galope hasta adentrarnos en la penumbra de un estrecho sendero.

La sinuosa senda nos conducía al fondo del barranco, que atravesaba la escarpada cordillera que debíamos traspasar para llegar a Hedemark.

La cascada de agua que descendía de las laderas se acumulaba en el camino y crecía a un ritmo preocupante.

—¡Esto no me gusta, Hiram! —grité girando la cabeza hacia él.

—No te preocupes, Freya, más adelante el camino asciende.

Azucé a mi montura y chapoteó con brío los profundos charcos que empezaban a desbordarse. El sendero comenzaba a convertirse en el cauce de un río.

Valdis se pegó a mi espalda enlazando con fuerza sus brazos a mi cintura; el traqueteo del caballo nos sacudía bruscamente. Apreté los dientes resistiendo las afiladas gotas de lluvia como si fueran agujas de pino que impactaban con violencia contra mi rostro, reduciéndome visibilidad y lacerándome la piel. Con el zarandeo, la capucha había caído a mi espalda empapada y pesada, el frío comenzó a mellarme y el temor, a oprimirme.

Ante mí, no eran montañas lo que se alzaba, más bien se me antojaba estar cruzando dos colosales masas de agua que apenas se abrían para dejarnos paso, como Moisés atravesando el mar Rojo. Por desgracia, parecíamos representar más bien el papel de los egipcios cuando las aguas se cerraron sobre ellos.

Llegamos al primer recodo de aquel estrecho desfiladero y, como había predicho Hiram, comenzaba el ascenso.

—¡No lo conseguiremos! —gritó Valdis tras de mí.

Hiram se puso a mi lado, detuvo su montura y observó con preocupación la fuerza torrencial con que descendía el agua de la montaña.

Supe que ya no podíamos dar la vuelta, nuestra única salida era continuar el camino.

—¡No lo sabremos si no lo intentamos! —contesté a voz en grito.

Hiram clavó en mí sus claros ojos y frunció el ceño; sus facciones adquirieron una feroz determinación y asintió vehemente.

—¡Sigamos!

Miré a Eyra antes de continuar, y hallé en sus ojos la seguridad que buscaba. La fuerza retenida en mí recobró su intensidad. Podía con aquello, podía con todo con tal de llegar hasta él.

Enrollé las riendas en mis manos, afianzándolas fuertemente, pegué las rodillas a los flancos de mi yegua y espoleé con dureza la montura al tiempo que gritaba con todas mis fuerzas, instigando al animal, que avanzó sobresaltado y nos sacudió con violencia.

Incliné mi cuerpo hacia delante, tensando cada músculo, mientras agitaba las riendas una y otra vez entre gritos de furia y aliento, luchando contra la naturaleza, con unos ojos verdosos como único estandarte ondeando en mi mente.

El caballo luchaba con afán en la subida, con la desesperación de salvar su vida. Sus pezuñas se escurrían casi continuamente, pero el animal recuperaba el equilibrio relinchando y resoplando, todo un ejemplo de tozudez y valor.

Por fin llegamos al siguiente recodo, allí la pendiente era bastante más llevadera; nos detuvimos para recuperar el resuello.

—¡Thor está descargando toda su furia contra nosotros! —exclamó Sigurd—. ¡Pocas veces he visto una tormenta igual!

Jorund, abrazado al cuello del caballo, giró la cabeza para mirarme; tenía el rostro crispado de dolor. La lluvia arrastraba por su pierna la sangre que manaba de su ingle. Maldije para mis adentros.

—¡Hemos de encontrar pronto un refugio, apresurémonos! —sugerí con preocupación.

Reanudamos penosamente la marcha, agotados y ateridos de frío, azotados por un clima inclemente, zarandeados por el gélido aliento de la montaña, que parecía buscar nuestro retorno con su empuje.

Cada piedra, cada montículo, cada recodo parecían crecer en dificultad a medida que avanzábamos, pero no porque el escarpado terreno empeorara, sino porque nuestras fuerzas mermaban a un ritmo considerable.

Más allá, pudimos divisar cómo la falda de la montaña mostraba una amplia oquedad, que, aunque no llegaba a ser una cueva, al menos nos cobijaría de la tempestad, pudiendo descansar en las entrañas de aquella piedra caliza que parecía querer retenernos para siempre.

Hiram se adelantó con su maltrecho alazán, que renqueaba exhausto, tembloroso y cabizbajo, al límite de sus fuerzas.

Llegamos a aquel entrante, que por fortuna fue lo suficientemente amplio como para que pudiéramos resguardarnos en él.

Desmontamos trémulos y calados hasta los huesos y nos cobijamos al fondo del entrante.

Sigurd e Hiram ayudaron a Jorund a desmontar; yo hice lo propio con Eyra y *Fenrir*.

—Muchacha, desata mi fardo y mi hatillo —me ordenó aquélla con premura—. Creo que es hora de ponerme con labores de costura.

Una Valdis chorreante la miró como si hubiera perdido el juicio, desconocedora de que el trapo que usaría la anciana sería su propio padre.

Tumbaron al maltrecho Jorund sobre una capa de pelo de nutria. Eyra desenrolló un rectángulo de piel curtida, donde guardaba sus útiles y hierbas secas agrupadas en ramilletes atados, y se dirigió a los hombres con firmeza.

—Debéis sujetarlo con toda la fuerza de la que seáis capaces —explicó Eyra—, como si lucharais con un temible oso que desea liberarse para devoraros.

Sigurd sonrió de medio lado y arqueó una ceja y frunció el cejo a un tiempo.

—¿Como si? Es exactamente a lo que nos enfrentaremos.

Hiram soltó una abrupta carcajada.

—Pues no me pillas en el mejor momento ahora mismo, quizá acaba devorándonos —arguyó entre risas.

—Lo que está claro es que hoy los dioses no parecen favorecernos —musitó socarrón el Duende.

Ambos hombres rieron mientras sujetaban al hombretón que medio inconsciente nos observaba con mirada vacua.

—¡Mi padre no es ningún cobarde! —estalló Valdis—, resistirá el dolor como el más valeroso de los guerreros.

Los hombres no replicaron, pero de inmediato desviaron la mirada con sendas sonrisas incrédulas bailando en sus rostros.

—Eso lo veremos ahora —respondió Eyra mientras pasaba hilo de algodón por el ojo de una aguja de hueso, larga y delgada.

—¿Preparados? —preguntó bajándole las calzas al herido. Le separó las piernas, inspeccionó la herida y le pidió a Valdis que se sentara sobre la pierna sana. Sigurd sujetó la pierna herida mientras Hiram lo aferraba de los hombros.

—¿Pre... prepa... rados...? —musitó Jorund entrecortadamente, preso de la confusión y la debilidad—. ¿Pa... ra... qué?

Eyra apenas alzó la vista y musitó:

—Para gritar.

Y sin dilación, colocó otro torniquete en la ingle, apretando con fuerza cada giro entre los incesantes alaridos del hombre que se convulsionaba con fuerza inusitada.

La herida, en la parte interna del muslo, mostraba sus bordes desiguales; el desgarro en los tejidos impedía que se pudiera coser con facilidad, así que la anciana tuvo que unir con fuerza los bordes más cercanos de la atroz dentellada y coserlos con soltura y rapidez en puntadas precisas y hábiles que iba entrecruzando para impedir que se escaparan.

Tan centrada estaba en la destreza de Eyra, que tardé un rato en darme cuenta de que los gritos habían cesado.

Miré al grandullón, para descubrir que el dolor lo había dejado inconsciente.

Hiram me sonreía; se había puesto en pie y se sacudía el cabello y las ropas.

—Parece que este oso no nos devorará hoy —musitó divertido.

—Sí —convino Sigurd—, ha estado muy ocupado aullando; menos mal que se desmayó, pensé que me quedaría sordo de por vida.

Los hombres rieron socarrones, ante la furiosa expresión de Valdis.

—Ya quisierais el valor de mi padre —refunfuñó dolida—. Se enfrentó a ese manco horrible, mientras yo escapaba a las colinas. A punto estuvo de matarlo.

Hiram miró a Sigurd, frunció el ceño y se rascó meditabundo la nariz.

—Antes de que lo atacara *Fenrir*, parecía bastante entero; de hecho, ese mordisco es la única herida que tiene.

Los orificios nasales de la pelirroja se distendieron en un mohín de

furiosa impaciencia.

—He dicho que estuvo a punto, el *berseker* lo amenazó, y lo golpeó, y dijo que volvería por mí.

—Estoy tentado de entregarte a Hake —espetó Hiram—; sería el final de tan poderoso guerrero... Un día contigo... está resultando mortal.

Sigurd se esforzó por estrangular una sonrisa burlona, compartida por Hiram, pero, al mirar a los ojos de su amigo demasiado tiempo, ambos prorrumpieron en sonoras carcajadas.

Valdis resopló iracunda; sus mejillas pálidas enrojecieron visiblemente y sus rasgados ojos azules destellaron letales. Miró en derredor, se agachó y cogió una piedra del suelo.

—¡Valdis, no...! —grité.

Sin pensarlo dos veces, la lanzó contra la cabeza de Hiram.

El sonido hueco contra el cráneo del guerrero reverberó entre las paredes de piedra. Hiram abrió los ojos espantado, se llevó una mano al lateral de la cabeza donde había impactado el guijarro y se palpó con cuidado entre la melena.

Me abalancé sobre él justo cuando sus rodillas se flexionaban ligeramente; logró conservar el equilibrio.

—¿Has perdido el juicio? —le increpé indignada.

La muchacha mostró en su rostro un profundo arrepentimiento. Se mordió el labio inferior con preocupación y logró articular una disculpa, pero fue incapaz de mirar a Hiram a los ojos.

—Otra que tiene el apodo acorde —rezongó Eyra, que agotada se tumbó sobre su piel de oso y cerró los ojos.

Pasé el brazo de Hiram sobre mis hombros, lo sujeté por la cintura y lo ayudé a tumbarse. Me recliné sobre él preocupada; su cabello dorado empezaba a teñirse de rojo. Le separé algunos mechones para poder ver la herida.

—No hurgues en la herida —se quejó fijando los ojos en mi rostro.

—Tal vez necesites que Eyra te dé algunas puntadas.

—No me refería a esa herida.

Entonces reparé en que estaba prácticamente sobre él, con mi boca demasiado cerca de la suya.

—Deberías quitarte la ropa —sugirió para mi asombro.

—¿Co... cómo?

Entonces sonrió abiertamente ante mi arrobo.

—Estás empapada —explicó—. Y, aun exhausto como estoy, furioso con esa arpía y con un dolor de cabeza que será mi compañero esta noche, no puedo dejar de reparar en cada una de tus turbadoras curvas. Y soy un guerrero leal, Freya, pero no dejo de ser un hombre, y tú sigues siendo la mujer más arrebatadora que he conocido nunca.

Tragué saliva, aturdida por su ardiente exposición, asentí azorada y me separé de él.

—Veo que... te encuentras bien —murmuré.

—No imaginas cuánto.

No fui capaz de sostenerle la mirada. Me incorporé, cogí mi piel y una manta y me agazapé en un rincón.

Tumbada de espaldas al guerrero, sentí sus ojos en mí.

Sabía el hechizo que ejercía el deseo, era como una niebla densa que flotaba en el ambiente, pesada y opresiva, tan poderosa que doblegaba voluntades. Y allí, en una oquedad en la roca, me asaltaron dulces recuerdos de pasión compartida en un entorno similar, en la famosa explanada de los espíritus, donde Gunnar y yo habíamos gozado de nuestros cuerpos hasta el delirio.

Mi piel fría despertó; un calor comenzó a hormiguearme y deseé con desesperación sentir unos brazos rodeándome, un cuerpo aprisionándome, una ávida boca devorándome. Y me encogí sobre mí misma, con tal abandono y desolación que sentí ganas de llorar de frustración. Mi necesidad de él era tan acuciante que se convirtió en un dolor casi físico.

Esperé hasta que las respiraciones se regularon, hasta que la penumbra y el silencio reinaron en aquel reducto pedregoso; entonces me levanté y saqué de mi hatillo un vestido seco.

Comencé a desprenderme con lentitud de mis ropajes mojados. Me zafé todo lo silenciosamente que pude de la sobretúnica y de la camisola de paño; desnuda, escurrí mis largos cabellos, e intenté secarme todo lo que pude, antes de vestirme. Para que mi melena no mojara el nuevo vestido, me la recogí en la coronilla, la retorcí en varios giros, formé un moño y me acosté envuelta en la manta. Casi al instante me dormí; entre la neblina de mis sueños sentí unos labios sobre los míos.

Gunnar, Gunnar, Gunnar... amor mío... El sueño terminó de llevarme, pero no con él.

Conociendo a un rey

Ante nosotros surgieron los dominios del rey Halfdan Svarte el Negro.

Tras la empalizada, Hedemark era una población de apiñadas cabañas de madera oscura, con tejados pronunciados, solados de piedra y puertas decoradas. Me sorprendió la actividad que bullía en la aldea y la cantidad de mujeres, hombres y niños que nos contemplaban curiosos.

Miré en derredor, admirada de ver tal cantidad de huertos de nabos, repollos, judías y cebollas; secaderos de pescado y carne; grandes tinas alargadas donde varias mujeres teñían ropas, armadas con largas varas que removían azarosamente su colorido contenido; vacas, cerdos, gansos... eran guiados por campesinos que marcaban el camino a seguir a golpe de bastón; carretas de las que descargaban sacos de grano, fornidos granjeros; mujeres sentadas en una larga banquetta, limpiando pescado, y niños correteando a su alrededor, inmersos en sus juegos.

Al fondo, sobre la suave loma de una colina, se erguía un imponente *skáli* de madera de roble; el tejado acababa en el suelo, y en la unión central, sobre la gran puerta doble, se alzaba amenazadora la cabeza de un temible dragón tallado en la madera mostrando sus dientes a los recién llegados.

—Aquí fuimos acogidos cuando destruyeron Skiringssal —explicó Hiram; su mirada se oscureció ante los recuerdos—. Partí con Gunnar y sus guerreros hacia la aldea, cuando fuimos avisados de que Ulf había aprovechado nuestra ausencia para atacarla; cabalgamos sin descanso, azuzando a nuestras monturas sin piedad... volábamos, Freya. —Hizo una pausa para mirarme, su azulada mirada se empañó—. Jamás vi tal terror en el semblante de Gunnar, su angustia era la nuestra. Y cuando llegamos y vimos el fuego, la gente corriendo y gritando, los guerreros enemigos aniquilando a mujeres y a niños... sentí tal furia, tal frustración, que grité y peleé como nunca lo había hecho... Gunnar también gritaba, pero tu nombre, con una agonía que erizaba la piel. Después de aquello... no ha

vuelto a ser el mismo.

Tragué saliva y desvié la mirada; busqué entre la gente con la esperanza de verlo prendida en la mirada.

Mi necesidad de él era como una llama hambrienta agitada por el viento, rodeada de maleza peligrosamente seca, urgiendo con desesperación un cubo de agua, un manantial, una ráfaga de lluvia, algo que aplacara las lenguas de fuego que amenazaban con devorarme.

—Pronto lo verás, Freya —susurró Hiram, consciente de mi impaciencia—. Pido a los dioses que obres el cambio, que logres traer al hombre y hagas huir a la bestia.

Lo miré con desconcierto y preocupación.

—Soy lo que le falta, por eso no es él.

Hiram me contempló taciturno, asintió y enfiló su montura hacia el gran *skáli*. Lo seguimos.

Llegamos a la explanada que precedía la entrada, desmontamos y atamos prestos las monturas al cercado.

Las grandes puertas estaban abiertas de par en par. Eran colosales, adornadas con tallas exquisitas, dotadas de un realismo apabullante. Serpientes escamadas parecían ondear en la madera de roble, de listones y recuadros asomando sus singulares cabezas por debajo. Sus lenguas bífidas parecían agitarse ante nosotros como señal de precaución. Los dinteles mostraban una trenza geométrica de perfectas proporciones uniéndose en una especie de tejadillo que sobrevolaba los portones.

—Es la residencia de un gran rey, y como tal ha de parecerlo —expuso Hiram con orgullo ante mi asombrada admiración.

—Lo parece —admití impresionada—, pero sólo hay una cosa de valor ahí dentro para mí.

Eyra me sonrió, compartiendo absolutamente mi opinión. Ella también se mostraba nerviosa.

Al menos no era la única que sentía un cosquilleo en el estómago, y la ansiedad recorriendo cada rincón de mi ser. Estaba a punto de verlo, y ese conocimiento aleteaba nervioso en mi pecho.

Sigurd ayudó a Jorund a desmontar, todavía débil y ojeroso. Eyra silbó y *Fenrir* acudió, después de olisquear con demasiado interés los gansos que huían despavoridos de su letal escrutinio.

Nos adentramos en aquella gran sala comunitaria; varias lucernas prendidas en las paredes iluminaban el amplio interior, pues no había

ventanas, la única abertura de la construcción estaba en el tejado: era circular, destinada a liberar el humo de la abierta chimenea.

En el centro, crepitaba el fuego del hogar, delimitado por una línea de piedras que conformaban un gran rectángulo, sobre el que se colocaban trípodes de hierro del que pendían grandes marmitas humeantes. Un cerdo ensartado en una barra de hierro, que un hombre, corpulento y sudoroso, hacía girar maniobrando una pesada manivela, desprendía unos apetitosos efluvios que inundaban la sala; la grasa goteaba sobre las brasas, y el calor hacía crujir la piel, dorándola. Mi estómago se agitó.

En los laterales se alineaban largos bancos de madera, que, por las noches, deslizadas las gruesas cortinas de paño rojo, se convertirían en minúsculas alcobas, con algo de intimidad.

En las paredes, hermosos estandartes, en los que un cuervo negro sobre fondo rojo abría sus alas y su pico, del que parecía escapar un graznido, decoraban el interior, junto con coloridos escudos y lanzas cruzadas.

Al fondo, un trono, ostentosamente tallado, lustroso y de generosas proporciones, se alzaba sobre una tarima alargada, que también sostenía dos sillas, una a cada lado del sitial, mucho menos fastuosas.

Ningún rey ocupaba ese trono.

Hiram detuvo a una muchacha con su cautivadora sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Jora —respondió.

—¿Dónde está el rey, Jora?

La joven lo miró arrobada durante un instante, pareció buscar las palabras y, cuando las encontró, fue un tartamudeo nervioso lo que consiguió hilar.

—Ehhh... está en... fuera... —Dejó escapar una risita, se atusó el cabello y agregó—: Quiero de... decir... que está...

Valdis, con gesto torvo, puso los brazos en jarras y alzó la mirada con desdén.

—¡Por los dioses!, ¿no sabes hablar? —replicó molesta.

—Claro que sé —se defendió la chica, sonrojada y temblorosa—. Quería decir que el rey está fuera. —Cometió de nuevo el error de mirar a Hiram, se mordió el labio inferior y sonrió coqueta—. Con... su... espada... Me refiero al... a su adiestramiento... matutino.

La subyugada y hermosa joven bajó la cabeza y estrujó el delantal entre las manos.

—Estupendo, preciosa, tengo noticias que ofrecerle. —Hiram le regaló una sonrisa agradecida.

Las mejillas ya encendidas de la muchacha acentuaron su rubor y clavó en el guerrero una mirada más que esclarecedora.

—¿Y Gunnar? —inquirí, comprobando con desilusión que tampoco estaba en el *skáli*.

—¿Quién?

La joven alzó las cejas y sus redondos ojos se abrieron intrigados.

—El *ulfhednar* —aclaró Hiram.

La chica casi tembló, se abrazó a sí misma y negó con la cabeza.

—Todavía no ha vuelto y, por mí, como si no lo hace; ese hombre... es...

—Gracias, Jora. Deseo que atiendas a este hombre —interrumpió Hiram, señalando a Jorund con la cabeza—. Está malherido; su hija te ayudará. —Me agarró del brazo y me arrastró fuera del *skáli*.

—¿Por qué la has interrumpido?

Lo miré enojada.

Hiram alzó una ceja, chasqueó la lengua e inclinó ligeramente la cabeza.

—Creí que no querías saber nada, hasta comprobarlo por ti misma.

—Ya me lo has advertido tú, Hiram, ahora es una bestia. Imagino que se ha convertido en una sombra de lo que fue, un ser rudo y hosco, reservado y poco amigable, pero todo eso quedará atrás, como te dije.

Eyra se acercó a nosotros, con semblante circunspecto y mirada preocupada.

—No, Freya, es algo más; ¿me equivoco, Hiram?

El guerrero negó con la cabeza, evitó su mirada y, en lugar de ofrecernos una aclaración, se encaminó hacia un sendero que rodeaba el gran *skáli*.

Cada mención al nuevo Gunnar era una piedra nueva, afilada y pesada, que oprimía mi pecho, clavando sus aristas en mi corazón compungido. Tenía que encontrarlo cuanto antes, debía salvarlo de aquello que lo tenía preso.

A nosotros llegó el metálico tintineo de espadas cruzándose, gruñidos de esfuerzo y voces masculinas alentando el entrenamiento.

Cuando doblamos el recodo, pudimos contemplar un amplio campo de instrucción justo detrás de la casa comunal.

Hombres y mujeres se adiestraban en el manejo de diversas armas: lanzas, pequeñas hachas, espadas e incluso escudos, que eran maniobrados con tal maestría que se convertían en temibles armas.

Más allá, otro grupo practicaba con el arco.

Allí era indistinto el género: mujeres guerreras se enfrentaban a hombres en las mismas condiciones. Aquello me asombró gratamente, sobre todo al comprobar la ferocidad y habilidad de aquellas grandes mujeres, de trigueñas cabelleras trenzadas, faldas cortas y botas de piel. Exuberantes y lozanas, de considerable altura y piernas vigorosas. Me deleité en ellas, admirando su fortaleza.

Un hombre imponente peleaba enardecido con su contrincante ante la admiración de los demás, destacando sobre el resto.

Era alto, muy alto, fornido, de amplias espaldas y torso musculado. Tan sólo llevaba unas ajustadas calzas de cuero curtido marrón. Su cabello negro, suelto sobre los hombros, se mecía en cada giro de su larga espada. Frenaba cada uno de los ataques de su rival con singular ímpetu. Enarbolaba con gracilidad su espadón, alardeando de su fuerza, trazando círculos sobre su cabeza, antes de descargarlos sobre su adversario, regocijándose de su propia destreza. Rezumaba un poder y una confianza sin igual. Tras varias estocadas en las que marcó, sin llegar a tocar, a su oponente, terminó derribándolo de una fuerte patada en el pecho.

Sonriente, se retiró un largo y oscuro mechón de su frente y se volvió hacia nosotros.

Clavó sus oscuros ojos en mí con vivaz curiosidad.

Era apuesto, de rasgos regios; una barba recortada cubría su marcado mentón, resaltando una boca suave y plena que se distendió en una sonrisa de bienvenida. Desprendía un aura de acentuada masculinidad, como un animal en celo que busca pareja para aparearse. Y así caminaba hacia nosotros, con la cabeza ligeramente inclinada, con movimientos lánguidos y poderosos a la vez, y mirada depredadora.

Se puso frente a nosotros y me contempló con demasiado interés. Me sentí incómoda, más le sostuve la mirada con altivez.

Palmeó la espalda de Hiram cordial y musitó:

—Espero que sean buenas nuevas lo que me traigas, Hiram, pero antes... habrás de decirme quiénes son estas extrañas mujeres.

Hiram sonrió, pero en su semblante resplandeció un deje de desasosiego que me desconcertó.

—Son la madre y la esposa de Gunnar, gran rey.

Aquél era Halfdan Svarte el Negro, evidentemente por su cabello, del mismo tono que el mío.

Por un brevísimo instante, capté apenas un brillo contrariado en el gesto del rey, que de inmediato sustituyó por una amplia sonrisa y una leve inclinación respetuosa de cabeza.

—Creí que su esposa había muerto.

—También él lo cree —musité—; vengo a demostrarle lo contrario.

Halfdan sonrió ladino, asintió aprobador y me tendió cortés la mano. Se la ofrecí.

—No hay que ser muy observador para ver que la suerte de mi *ulfhednar* acaba de mejorar de repente —murmuró recorriendo mi rostro con los ojos; se detuvo en mis labios.

—¿Dónde se encuentra? —pregunté sin contemplaciones.

El rey se volvió hacia Hiram, le pasó el brazo sobre los hombros y, mirándome de soslayo, contestó:

—Deja que me lave, señora, antes de atenderte debidamente. —Sonrió malicioso, subrayando su pícara respuesta.

Y se adelantó, junto con Hiram, rumbo al *skáli*.

Eyra me aferró el antebrazo; la miré inquisidora.

—Cuídate de él, Freya. No me gusta cómo te mira.

—No me preocupa, sé cuidarme —argüí con firmeza.

Eyra negó con la cabeza, su expresión adquirió gravedad.

—No cometas el error de subestimarle, es un gran rey; en estas tierras, es un dios. Y mucho me temo que acaba de clasificarte como una posible presa. No te fíes de él, es un hombre artero e inteligente. Sé cauta.

Asentí, intentando disipar la neblina de preocupación que se cerraba en torno a mí.

—Puede que él sea un peligroso depredador, pero convendrás conmigo en que ya no soy una presa. Lo necesito para encontrar a Gunnar y, si tengo que mostrarle mis colmillos, lo haré.

—No son tus colmillos lo que me inquieta que muestres, sino tus otras armas, y éstas serán las que habrás de utilizar, Freya, pero con tiento, con mucho tiento. Deberás hallar el equilibrio, y usar tu astucia; hasta que encontremos a Gunnar, vas a tener que aprender a caminar en el borde de

un acantilado sin caerte.

—Caminaré hasta en el filo del abismo al ultramundo, hasta en la entrada del mismo infierno si hace falta, y lo sabes.

La mirada de Eyra se veló con una desazón que oscureció su rostro.

—Lo sé, muchacha, y, mientras luchas por conservar el equilibrio, haré mis propias averiguaciones, nos urge encontrarlo.

Seguimos a los hombres hasta la parte delantera del *skáli*.

Halfdan se acercó a una especie de abrevadero y hundió la cabeza en el agua; cuando la sacó, la agitó como un perro y, ahuecando las manos, cogió agua y se lavó con fruición los sobacos, los costados, el cuello, el rostro... y, frotando su duro abdomen en círculos, dirigió los ojos hacia mí con una clara intencionalidad: provocarme.

Agarró un balde cercano, lo sumergió en el abrevadero y se lo volcó sobre la cabeza sin dejar de observarme con una sonrisa taimada.

Ahí, completamente empapado, sacudiendo su larga cabellera, las gotas resbalando por su piel y aquellos ojos oscuros cargados de anhelo, supe que aquel que tenía enfrente era el primer obstáculo en mi búsqueda.

Cuando aparté la mirada de aquel soberbio hombre, me encontré con la de Hiram, y hallé en la belleza azul de su mirada la misma preocupación que en la de Eyra, pero la de él matizada, además, por un sutil brillo celoso.

Respiré hondo, cerré los ojos y recé para mis adentros, suplicando con desesperación encontrar por fin a mi león.

Halfdan cogió un paño arrugado y se secó insinuante. Estaba usando sus armas de seducción, sabedor de su atractivo, pero desconocedor de lo inmune que era ante ellas. A pesar de ello, decidí mantener mi interés; todos los reyes tenían el mismo punto débil, eran susceptibles a los halagos.

Se colocó una túnica hasta la rodilla, que ató con un sencillo cinturón, y nos hizo el gesto de seguirlo al interior del *skáli*.

—¡Me muero de hambre, Isgerdur! —exclamó con voz atronadora.

Una mujer robusta se afanó presurosa junto a las ollas y llamó a otras dos más jóvenes para que la ayudaran.

Nos condujo hacia una larga mesa y con gestos nos indicó que tomáramos asiento.

—Eres familia del mejor guerrero de mi *hird*, gozas del derecho de compartir mi mesa —alegó sentándose a la cabeza. Alzó una mano y al

cabo aparecieron dos hombres: uno enjuto, nervudo y de mirada huidiza, cabellos claros y semblante cauto, y el otro grande y recio; me recordaba a Thorffin, aunque de cabellos castaños.

»Éstos son mis consejeros —comenzó a decir Halfdan—. Éste es Thorleif Spake el Sabio —señaló al más enclenque, que asintió con ligereza— y éste es el gran Orn Oso Pardo.

Asentí a modo de saludo, al igual que Eyra.

Distinguí en una esquina a Jorund, tumbado en un banco, que era atendido por su hija, y a Sigurd, que bebía en silencio de una enorme jarra. A *Fenrir* no lo localicé.

—Bueno, Hiram —musitó el rey, llevándose la jarra a los labios—, ¿aceptó la alianza el condenado rey Horik?

Las mujeres nos sirvieron humeantes escudillas con una sopa espesa y oscura.

—Mandaré un mensajero con la respuesta —contestó el guerrero—. Creo que exigirá parte de nuestras tierras por combatir a vuestro lado.

Halfdan torció el gesto y estrelló el puño contra la mesa; el líquido de los cuencos retembló, bailando sobre los bordes.

—Ese malnacido, condenado bellaco hijo de Loki, cagado por un *troll* deforme —profirió Halfdan indignado—. Si su *jarl*, Ragnar Lodbrok, se alía con Harald el Implacable y los Ildengum, él y yo no tendremos reino que gobernar, y el muy necio aún quiere diezmar mi región.

—Ragnar marchó con todas sus naves hacia el imperio franco —adujo Hiram— después de atacar y conquistar el reino de Sambia y de los curonios; su ambición no ha hecho más que crecer.

Halfdan permaneció meditabundo, mientras Thorleif Spake el Sabio le susurraba algo al oído.

—¿Con cuántos hombres partió Ragnar? —preguntó el rey, con un brillo peculiar en los ojos.

—Creo que alrededor de cinco mil —contestó Hiram.

El rey sonrió complacido.

—Ésa es una noticia estupenda, Hiram.

Éste agrandó los ojos con asombro.

—El viejo Horik no tendrá más remedio que ser mi aliado... mientras me convenga, claro. Mandaré de inmediato otro mensajero con un nuevo acuerdo.

—¿Puedo saber qué vas a ofrecerle?

Halfdan, que se mostraba eufórico, mordió con hambre una rebanada de pan de centeno y respondió.

—Su reino.

Hiram sacudió confundido la cabeza, y el rey soltó una carcajada jactanciosa.

—¿Acaso no ves, mi buen Hiram, que, sin los suficientes guerreros, Jutlandia está desprotegida? Voy a amenazar a ese bastardo con arrebatarle el reino si no me ayuda, y, cuando lo haga y aniquilemos a los *jarls* rebeldes, le haré una visita personal, aunque no seré muy cortés.

Soltó una carcajada pretenciosa y estampó eufórico el puño sobre la mesa.

La astucia de Halfdan el Negro me sobrecogió; su ambición resultaba inconmensurable: pensaba ganar con tretas viles un aliado para sus fines con una promesa que no iba a cumplir. Su ardid lo libraría de la amenaza de los insurrectos, y además ganaría un nuevo territorio.

Como adivinando mis pensamientos, posó en mí su anhelante mirada. ¿Sería yo otra de las conquistas que pensaba cobrarse? El escalofrío que recorrió todo mi cuerpo me dio la respuesta.

Comimos mientras los hombres perfilaban su estrategia, Eyra y yo en completo silencio, sumidas ambas en nuestros pensamientos. Por su parte, Hiram se dividía en atender a su rey, lanzarme subrepticias miradas y soportar las coquetas miradas de las muchachas que nos servían, entre ellas Jora.

—Y, ahora, es tiempo de dedicarte mi atención, como prometí — anunció el rey, dirigiéndose a mí. Se limpió la boca con la manga de su túnica y se puso en pie.

»Dejadme a solas con mi invitada —ordenó, con voz grave y firme.

—Mi señor —replicó Hiram con la inquietud desdibujando sus hermosas facciones—. No olvidéis que es la esposa de Gunnar y sólo anhela encontrarlo; tal vez, si desvela su paradero, yo pueda acompañarla hasta él, no es necesario que perdáis vuestro tiempo con ella.

Halfdan miró furioso a Hiram y apretó los labios formando una línea blanquecina.

—¿Cómo osas decirme lo que he de hacer? —bramó—. Yo no olvido nunca nada, más bien parece que eres tú el que olvida quién es ella. La celas como si fueras su esposo. Y ahora, retírate, si no quieres que te azote

por insolente.

Hiram, ofendido y ofuscado, se limitó a bajar la cabeza con gesto sumiso, y antes de retirarse me regaló una mirada admonitoria.

El rey cogió mi mano y me llevó al fondo de la estancia. Allí, tras unos espesos cortinajes, apareció una alfombra de lana azul índigo y, sobre ella, multitud de cojines y mantas enrolladas.

—Toma asiento.

Obedecí, reprimiendo el impulso de salir corriendo.

Me acomodé entre almohadones en una esquina, deseando que él ocupara el centro, pero no fui afortunada; se pegó a mí.

—Viéndote, casi comprendo por qué Gunnar enloqueció; debió de perder el juicio cuando te encontró y, por supuesto, cuando te creyó muerta. Loki lo llevó a su mundo y ahí sigue.

—Para eso estoy aquí, para hacer que regrese junto a mí.

Halfdan me dedicó una media sonrisa sardónica, sopesando mi respuesta.

—Me temo que tu labor será más ardua de lo que imaginas.

—Eso es problema mío.

—Sin duda —convino—, y uno muy grande; sin embargo, puedes gozar del favor de un rey en tu empresa, si te muestras complaciente.

Halfdan se inclinó de forma peligrosa sobre mí; contuve las ganas de apartarme, no podía dejarme amedrentar o estaría perdida.

—Por supuesto que seré una súbdita complaciente —hice una pausa, dedicándole una mirada sugerente—, cuando lo encuentre.

Halfdan rio abiertamente; me miró admirado.

—Vaya, compruebo fascinado que tus dones no son sólo físicos. Y, como acabas de comprobar, me gustan los tratos.

—Lo que acabo de comprobar es que los incumples.

Halfdan rio de nuevo más estentóreamente.

—Puedo asegurarte, deliciosa impertinente, que esta vez cumpliré mi trato, y... —pasó el dedo índice por mi mejilla—... me aseguraré de que tú también lo hagas.

Aquello me encogió el estómago; no obstante, me obligué a sonreír seductora.

—Y será mejor que concretemos nuestro pacto, no quiero malentendidos —aseveró deslizado el dorso de la mano por mi cuello; retiró mi melena a un lado, despejando mi piel, al tiempo que acercaba sus

labios, sin llegar a posarlos. Su aliento me provocó escalofríos—. Mi tarea será llevarte ante él; la tuya, complacer mis deseos. Sin embargo, me siento en la obligación de advertirte algo.

—¿Y es...?

—Puede que lo que encuentres no sea lo que esperas.

Sus oscuros ojos se entrecerraron perspicaces, calibrando mi expresión.

—Nada me importa, sólo estar a su lado.

Halfdan me apresó la nuca; no volví el rostro hacia él, mostrándome imperturbable. Él acercó la boca al lateral de mi cuello y pasó la lengua por la sensible piel, despacio, deleitándose en mi sabor.

—Mmmmm... eres un bocado apetitoso, peligrosamente apetitoso, teniendo en cuenta a quién perteneces; pero ¿qué gran victoria no conlleva riesgo?

Esa misma pregunta se fijó en mi mente. Cada paso, cada acción, conllevaba una responsabilidad, y a veces esa carga se volvía tan pesada que desvirtuaba el fin, emponzoñando una buena acción, convirtiéndola en algo sucio e imperdonable.

Coloqué las palmas de las manos en su enorme e hinchado pecho y lo aparté con suavidad.

—¿Dónde está? —susurré, mirándolo con fijeza.

—Dicen que el sol calienta, pero aquí, en los confines del mundo, sale poco y es tibio, apenas como la caricia de una madre. Pero ahora sé que es verdad. Veo el sol en tus ojos, y ardo.

Me atrapó las muñecas y llevó mis manos a su boca; besó uno a uno mis nudillos.

—¿Dónde está? —repetí inalterable.

Halfdan suspiró y me observó largamente.

—Lo mandé a traerme una reina, lo que no imaginé es que fuera la suya, y que vendría a la puerta de mi casa.

Comenzaba a perder la paciencia; zafé mis manos de su presa con brusquedad y me puse en pie.

—Jugáis conmigo —lo acusé contrariada—. Gunnar está de regreso, ya no os necesito, el trato está anulado.

Halfdan rio jocoso, pero sus ojos despedían un brillo amenazante. Se puso en pie y se cernió sobre mí.

Con su gran manaza, aferró toda mi mandíbula y me obligó a

mirarlo.

—Claro que me necesitas, más de lo que crees.

Intenté retroceder, pero él no me soltó; terminé acorralada en una esquina.

—¡Soltadme, bestia inmunda!

Me debatí, hasta que aprisionó mi cuerpo contra la pared. Tanteé la daga que llevaba en la cintura y la empuñé, presta a utilizarla.

—Creo, Freya la Loba, que es mi deber enseñarte a comportarte ante un gran rey. No, no temas, no voy a forzarte; sé cómo te enfrentaste a ese *jarl*, y admiro a las mujeres con coraje. —Acercó la boca a la mía y, clavándome su pétrea mirada, agregó—: Además, me gusta tomar mujeres complacientes. Aun así, he de someterte a mi autoridad, para que aprendas a respetarme.

Lo miré con temor; el hombre sonrió justo antes de caer sobre mi boca.

Me atrapó con ferocidad, con hambre, con violencia. Su lengua buscó un resquicio y lo encontró. Me beso bruscamente, con apremio; la dureza de sus labios lastimaba los míos. Cerré los puños y lo golpeé; de nada sirvió.

A pesar de sus anteriores palabras, el deseo lo nubló lo suficiente como para acariciar mi cuerpo; sus manos se cerraron en torno a mis nalgas, derramando en mi boca un ronco gemido. Asustada, llevé con habilidad mi mano de nuevo a la daga, la desenfundé y la deslicé con rapidez hacia el cuello del rey, oprimiendo el filo contra su garganta. De inmediato se detuvo, se apartó con lentitud y, para mi asombro, sonrió malicioso.

—¡Cómo voy a disfrutar cuando te tenga!

—No hay trato alguno —insistí.

Halfdan se separó de mí a regañadientes, con esa perpetua media sonrisa maliciosa.

—¿Sabes lo fácil que sería para mí mandar un mensajero y enviarlo a cualquier otro lugar, uno muy remoto? ¿Tienes idea de lo condenadamente sencillo que sería ordenar que lo maten? Sí, preciosa, dependes de mí. El trato sigue en pie y no es la única cosa. —Se llevó la mano a la dureza que resaltaba en su entrepierna, con mirada turbia y gesto excitado.

»Muy pronto disfrutaré de ti, presiento que será mi mejor encuentro.

Ahora, y sólo ahora, puedes retirarte.

No tuvo que repetírmelo; salí despavorida, con el corazón atronando en mi pecho y las lágrimas quemando mis ojos. Estaba en sus manos, pero encontraría la manera de zafarme de ellas.

Aprendiendo y conteniendo

A la mañana siguiente, apoyada en la verja del campo de adiestramiento, quedé cautivada por una guerrera sublime, capaz incluso de derribar a hombres de mayor tamaño.

Era alta y esbelta, no tan corpulenta como las demás, pero rápida como una serpiente e igual de letal. De cabellos tan claros que parecían blancos, brillantes y sedosos, largos y lacios, apretados en una trenza. Pálida en extremo, como la cara de la luna, y de ojos azules claros, como las charcas que el mar olvidaba entre las rocas de la playa, cristalinos y vivaces; me recordaba a Helga.

Asleif la Blanca, se llamaba, y su destreza resultaba hipnótica; en verdad parecía una valquiria, un ser místico, casi etéreo, pues se movía con la ligereza de la brisa, aunque atacaba con la violencia de un viento huracanado. Hasta en su forma de caminar parecía flotar entre nubes.

Tras observar su entrenamiento, me acerqué a ella.

—Me has impresionado —confesé jovial.

Me miró de soslayo mientras afilaba su espada.

—Sólo es práctica y disciplina, cualquiera puede hacerlo si se lo propone —masculló.

—¿Hasta yo?

Esta vez sí me miró de frente, paseó su mirada escrutadora por mi cuerpo y asintió.

—Hasta tú.

—¿Podrías enseñarme?

Apoyó un pie en la verja de madera y se estiró las largas botas de piel con aire indiferente. Se encogió de hombros, colocó su larga trenza a su espalda y me observó curiosa.

—No tengo mucha paciencia —admitió.

—Aprendo rápido —repliqué.

—Demuéstramelo.

Atónita, la vi alejarse hacia el centro del campo; sacó dos espadas de madera de un largo cofre y regresó con semblante inescrutable.

—¡Vamos! —me apremió lanzándome la espada.

—¿Ahora? —musité turbada.

—¿Tienes algo que hacer?

Negué con la cabeza.

—Pues ¿a qué esperas?

Me adentré en el campo de entrenamiento; titubeante, aferré el mango de la espada y lo apunté hacia ella. De un rápido mandoble me desarmó.

—Primera lección, la espada has de empuñarla con fuerza, pero no la separes de tu cuerpo, inclínala y pégala a tu tronco todo lo que puedas, así evitarás que te desarmen. Y, siempre que ataques, devuélvela a su posición con presteza; separa las piernas y flexiona ligeramente las rodillas, no vamos a bailar. Estás más recta que un tronco de roble, sosiégate e intenta disfrutar.

Asleif pasaba el peso de un pie a otro, casi constantemente, en un vaivén peculiar.

—Creía que no íbamos a bailar.

La guerrera sonrió y agitó la cabeza con diversión.

—Esta danza, sí.

Giró sobre sí misma, trazando un amplio arco, y, apoyando la rodilla en el suelo, marcó con la punta de su espada mi estómago.

—Este movimiento es esencial cuando peleas con más de un contrincante.

Me limité a asentir, y observé maravillada su particular danza de la muerte.

—Cuando choques tu acero con alguien de mayor tamaño y fuerza, habrás de ser más rápida que él o no tendrás nada que hacer. Evita entrenchocar tu arma con un adversario así, pues, en el duelo de fuerzas, te derrotará. Es mejor esquivar los lances; tantéalo, suelen repetir sus movimientos de ataque. Cuando lo hayas memorizado, anticipa a uno de ellos y aséstale una estocada mortal. Es mejor aprender movimientos que sorprendan al enemigo.

Asleif reprodujo cada movimiento con lentitud, dándome la oportunidad de asimilarlos. Me puse a su lado e imité cada giro, cada estocada. Aprendí a maniobrar la empuñadura con soltura. Me sentí orgullosa del rápido dominio con la espada.

—No olvides que estás alzando un trozo de madera, no es lo mismo levantar el acero —me recordó.

Después de pasar casi toda la tarde entrenando con Asleif, escuchando sus consejos y enfrentándome a ella, en continuos ataques que perdía, las fuerzas comenzaron a abandonarme; me había derribado tantas veces que mis piernas retemblaban exhaustas.

—Eres pertinaz, y eso es bueno; no te he oído quejarte ni una sola vez —halagó la guerrera.

—No me ha dado tiempo.

La mujer sonrió, acomodó un largo mechón plateado tras su oreja y me arrebató la espada.

—Por hoy ya está bien; mañana, si logras dar un paso, aquí te espero, pero un último consejo: ponte unas calzas de hombre, esas faldas te restan movilidad, a no ser, claro está, que desees enseñar las piernas como yo.

Me guiñó un ojo, sonrió alegre y se alejó.

Miré a *Fenrir*, que descansaba en el prado, casi adormecido; había estado contemplado mi adiestramiento entre bostezos, pero no era el único que me observaba. Halfdan, apoyado en un árbol, con los brazos cruzados, clavaba en mí su penetrante mirada zaína, como el águila que espera confiada y paciente, embelesada con el vuelo de su presa.

No le sostuve la mirada; me dirigí al sendero que llevaba al pueblo, rumbo a la cabaña que compartía con Eyra, Valdis y Jorund.

Hiram me esperaba en la puerta, parecía algo inquieto.

—Tengo noticias de Gunnar.

El corazón me dio un vuelco.

Me abalancé sobre él y lo miré esperanzada.

—Por los dioses, dime que está al llegar.

—Fue a rescatar a la hija del fallecido rey Sigurd Hart, la princesa Ragnhild. Hake el Berseker la había apresado junto a su hermano Guthorm. Gunnar, con Harek Gund, el hombre de confianza de Halfdan, y cien hombres de su séquito cruzaron toda la región de Hadeland para enfrentarse al *berseker*, pero no lo encontraron; aun así, prendieron fuego a sus dominios.

—¿Su anterior esposa no se llamaba así? —inquirí confusa.

—Sí —afirmó Hiram—, tienen el mismo nombre; busca una reina con ese nombre en particular.

Abrí los ojos demudada por tal absurdo cometido.

—Es por las runas —aclaró Hiram—. Una *völva* le dijo que una doncella, hija de reyes, llamada Ragnhild le daría un hijo que sería el rey de todas las regiones unificadas. Además, él tuvo un sueño.

Lo miré expectante, abrumada por todo aquello.

—Soñó que de su cabellera brotaban rizos de distintos tamaños y grosores, pero uno de ellos era más largo y lustroso, y de un color distinto. La *völva* lo interpretó como que tendría un largo linaje, pero que, de todos ellos, sólo uno sería más celebrado que el resto.

—Por eso me dijo que Gunnar había ido por su reina.

Hiram me observó con preocupación.

—No tardará en llegar, se encuentra a pocas jornadas de distancia. —Hizo una pausa, y se miró nervioso la punta de sus botas—. Has de... resistir el asedio del rey, sé que te desea.

Aparté incómoda la vista, aliviada por saber que pronto lo tendría entre mis brazos. Sin embargo, eso no mitigó la tribulación que me producía el maldito acuerdo.

—Su reina viene en camino; espero que, cuando la tenga a su lado, se olvide de mí... si no...

—Si no, ¿qué?

—Tendremos que huir, porque no pienso entregarme a él.

—¿Ni por la vida de Gunnar?

—Ambos sabemos que no es un hombre de palabra.

—No —concedió Hiram—, pero también sé que irá tras de ti. Tu rechazo se ha convertido en un reto para él. Es un hombre acostumbrado a deslumbrar a las mujeres, todas se meten gustosas en su cama y... dar con una que desea y que le está vedada... sólo consigue acicatear más su empeño.

—¿Como a ti?

Hiram desvió la mirada, en un intento de aliviar la tensión que se había creado.

—Yo no soy un rey, no suelo tener todo lo que anhelo.

—¿Por qué, maldita sea, por qué yo? —me lamenté furiosa.

—Creo que esa respuesta ya te la dio Gunnar en una ocasión: porque eres condenadamente irresistible.

Entonces sí me miró, y lo que vi en sus bellos ojos no fue deseo, fue algo más preocupante.

—Déjame decirte algo, Hiram: no sé qué será de mí, sólo sé que, sin

Gunnar, estoy muerta, y ni un rey, ni ningún otro, va a cambiar eso.

Y me adentré en la cabaña con una piedra en el pecho y, a la vez, con la esperanza de hacerla desaparecer muy pronto.

Un día tras otro, sólo me concentraba en mis entrenamientos. El ejercicio físico mantenía mi mente alejada de funestos pensamientos; además, la impaciencia pesaba como una losa, irritándome amargamente. El reencuentro con Gunnar estaba lleno de incertidumbre y me dividía en dos emociones extremas y contrapuestas al mismo tiempo. Por un lado, la dicha inflaba mi pecho y, por otro, el temor a lo que iba a encontrar me arrebatava el sueño y me cerraba el apetito. La ansiedad comenzaba a desquiciarme.

Asleif sufrió mi acritud, percibiendo con claridad cómo desfogaba en el combate mi frustración y mis preocupaciones.

—Debes mantener la mente fría, meditar cada golpe, observar y aguardar el momento. La ira no ayuda, más bien al contrario, merma aptitudes, pues te ofusca la mente. Sangre fría, pequeña *bondi*, sangre fría, o tu propia furia te matará.

Asentí y reanudé el combate hasta que el agotamiento languideció mis brazos y debilitó mis piernas; entonces, y sólo entonces, me detuve.

—Mejoras día a día, pero, para sobrellevar este ritmo, habrás de comer más. Descansemos por hoy; mañana te daré una espada de verdad, y... otra cosa, Freya.

Me detuve y la miré aguardando su respuesta.

—Creo que será mejor que uses una falda corta como las que llevamos las guerreras.

Miré mis calzas de piel curtida con el ceño fruncido. Ella misma me había aconsejado utilizarlas.

—Lo sé, lo sé, pero mira a tu alrededor —ordenó con una sonrisa burlona.

Paseé mi curiosa mirada en derredor, topándome con la inquietante atención de varios guerreros apoyados en la cerca, con los ojos fijos en Asleif y en mí. Entre ellos, Hiram, Sigurd y, cómo no, Halfdan, que solía entrenar muy cerca de nosotras.

—Estamos creando una excesiva expectación, ¿no te parece?

—Imagino que querrán ver mis avances, o tal vez se ríen de mi

torpeza —murmuré huraña.

—Ni una cosa ni la otra, han venido a verte las nalgas.

Me envaré de repente, avergonzada y ofuscada.

—¿CÓ... cómo dices?

—Lo que oyes; el otro día ya me fijé en que había demasiado público, y no entendí el porqué, hasta que escuché los comentarios de algunos hombres. Esas calzas son demasiado ceñidas, se amoldan a tu cuerpo acentuando tus curvas y, bueno, ese blusón se pega... a tus... encantos cuando sudas demasiado, y no llevas corpiño que te sujete y... eres atrayentemente distinta a nosotras.

—Pero yo... vosotros sois gente... despreocupada y...

—Freya, no te disculpes por resultar deseable y, como tal, has de disfrutar de tu cuerpo y elegir a quien más te guste.

Abrí demudada los ojos y negué rauda con la cabeza.

—Soy una mujer casada —repliqué.

Agrandó los ojos con asombrado reproche.

—¿Y por qué, en nombre de Odín, no llevas la cabeza cubierta para mostrar tu condición?

—No es fácil meter todo esto —respondí señalando mi suelta melena — en una pequeña cofia.

Asleif rio a mandíbula batiente.

—¿Y puedo saber dónde está el necio de tu esposo, que no te cela como es debido?

—Está a punto de llegar; pertenece a la *hird* del rey, su nombre es Gunnar.

Asleif alzó las cejas con asombro.

—¿El *ulfhednar*?

Asentí.

—Te puedo asegurar que nadie te mirará cuando él regrese; por ahora puedes estar tranquila si todos saben a quién perteneces.

—Aun así, usaré la falda corta.

Cuando salí del cercado, pasé junto a Hiram, que me siguió sonriente.

—¿Tú también mirabas mis nalgas, rufián?

—Prometí no tocarte, pero en cuanto a mirarte soy tan libre como los demás. Aunque te aseguro que es más un sufrimiento que un goce.

Me detuve a mirarlo ceñuda.

—Entiéndeme, es como morirte de hambre y ver a tu alrededor una

deliciosa gacela que no puedes cazar; ¿no te parece eso un tormento?

—Dudo que te mueras de hambre, sobre todo con la cantidad de gacelas que se mueren porque las caces.

Hiram rio vanidoso.

—No todas las gacelas son igual de sabrosas.

—Si repites con una en particular —musité refiriéndome a Jora—, es porque no estará tan mal.

—Es una muchacha bonita —admitió— y muy dispuesta en el lecho.

—No necesito detalles, créeme. Además, a Valdis no le eres indiferente.

—No, en eso te doy la razón, porque, cada vez que me ve, me increpa, y se indigna conmigo a la menor oportunidad. Tiene un carácter espantoso, apenas la soporto.

—Tal vez porque le enfurece tu indiferencia —manifesté caminando a buen paso hacia la aldea.

—¿De veras crees que le intereso?

—Tengo esa sensación; he sorprendido algunas miradas bastante reveladoras; tal vez si cambiaras tu actitud hacia ella...

Hiram meditó sobre aquello; cuando llegamos a la cabaña, les echó una descarada ojeada a mis posaderas.

—¡Hiram! —lo amonesté sobresaltada.

—¿Qué? Llevo toda la tarde admirando esa parte de tu cuerpo, entre otras, claro. Y puedo asegurarte que es soberbia.

—Gracias por el cumplido y ahora lárgate.

—Siempre dando órdenes —se quejó y, mascullando por lo bajo, desapareció rumbo a su cabaña.

Eyra aguardó paciente a que terminara mi entrenamiento matutino, junto a *Fenrir*, Valdis y un Jorund ya casi restablecido.

El campo de adiestramiento estaba más concurrido que de costumbre. Un poco más allá, Hiram combatía con otro guerrero, el gran Orn, y, por lo poco que pude vislumbrar entre estocada y estocada de Asleif, Hiram estaba teniendo problemas.

El rey, con el pie posado en un tocón, ligeramente inclinado hacia delante, apoyaba el antebrazo en la pierna alzada, mientras mordisqueaba una manzana y se concentraba en estudiar a sus hombres, y a mí.

Asleif había decidido emplearse a fondo, y al ser más alta y más fuerte que yo, utilicé las tretas aprendidas. Esquivaba rauda los mandobles, me agachaba y sorteaba los lances mientras danzaba a su alrededor, intentando confundirla y marearla.

Por la expresión contrariada de la guerrera supe que mi táctica estaba dando resultado.

—¡Maldita sea, eres rápida! —resopló—, pero, si no atacas pronto, tus brazos se cansarán de empuñar el acero antes que los míos! ¡No puedes alargar esto mucho más!

Apretó los dientes, adelantó un pie y lanzó su espada hacia mi pecho; salté hacia atrás, evitando en el último instante el contacto. Como bien me había enseñado Asleif, la mejor oportunidad para atacar era tras un lance fallido. Así que giré sobre mí misma alzando la espada, clavé la rodilla en tierra y dirigí el filo de mi acero hacia sus rodillas.

Asleif se detuvo jadeante, entre orgullosa y derrotada.

—No sería un herida mortal, tan sólo me habrías derribado —replicó la guerrera.

—Ése es el primer paso para derrocar a un gigante, ¿no?

La mujer, que esa mañana lucía una cola de caballo que resplandecía bajo el sol con reflejos de plata, sacudió divertida la cabeza y clavó su espada en la tierra.

—Tu primera victoria, pequeña *bondi*. —Sonrió abiertamente—. He de reconocer que no pensaba que lograras avanzar tan aprisa; tienes corazón de guerrera.

Le devolví la sonrisa satisfecha y orgullosa.

Un hombre se acercó a nosotras; portaba un tremendo espadón en su mano derecha.

—Enhorabuena, loba guerrera; ¿te atreves conmigo?

Halfdan el Negro ladeó la cabeza, esbozando su peculiar media sonrisa sardónica.

—¿Por qué no?

Asleif arrugó el ceño apenas un instante, inclinó la cabeza y se retiró.

Supe en el acto que ni en sueños lograría desarmar a un gigante como él, pero también supe que aprendería sus movimientos, y todo lo que pudiera asimilar del enemigo sería ventajoso para mí.

—No todos aceptarían un duelo conmigo, aunque sea entrenando; me suelo tomar estos juegos demasiado en serio —advirtió entrecerrando los

ojos y colocándose en posición—. Será interesante ver cómo una loba negra se defiende de un cuervo negro; compartimos color, trenza y, muy pronto, otra cosa. —Me guiñó ladino un ojo—. Puede que también compartamos las ansias de ganar en todo.

Posicioné las piernas y flexioné las rodillas, alcé mi acero, pegándolo al cuerpo, y le sonreí retadora.

—Puede —murmuré clavando mis ojos en los suyos.

Me contempló con un marcado deje de admiración.

—Agarra bien tu arma, pretendo disfrutar durante un buen rato —aconsejó jactancioso.

A nuestro alrededor, las contiendas cesaron y un silencio proverbial flotó sobre el prado. Todos nos observaban expectantes.

—Agarrada.

Sus ojos se entrecerraron en una mirada felina.

—No tienes idea de cuánto me gustas —confesó, relamiéndose los labios.

—Dejad de escudaros en las palabras y pelead, condenado cuervo parlanchín.

Halfdan abrió de forma desmesurada los ojos, permaneció un instante hierático, asimilando con asombro mis palabras, y acto seguido dejó escapar una atronadora carcajada.

—Como desees, loba. ¿Prefieres la acción?, pues tendrás acción... y de la mejor.

No bien hubo terminado de hablar, me regaló una mirada desafiante y avanzó hasta mí enarbolando su espada con destreza, rasgando el aire en aterradores silbidos, descargándolos de súbito sobre mí.

Esquivé con ligereza sus aterradores mandobles, y lo rodeé sin cesar, obligándolo a cambiar constantemente de posición. Halfdan descargaba su espada con una habilidad magistral. Traté de centrarme en cada movimiento, intentando no pensar en el atemorizante cuerpo enorme y vigoroso que se abalanzaba feroz sobre mí o el pavor me anularía.

Constantemente me agachaba, saltaba, ladeaba mi cuerpo, y observaba paciente, memorizando sus ataques. Cuando frenaba su espada con la mía, mis brazos retemblaban con el violento impacto, pero enseguida rompía el pulso, deslizando mi filo por el suyo, arrancando chispas al metal, pero careciendo de la fuerza necesaria para doblegar su acero.

Halfdan jugaba conmigo. En una lucha real, no habría tenido la más mínima oportunidad. Sin embargo, él disfrutaba de mis estoques, mis esquives y del empeño que ponía en el combate.

De pronto, un detalle llamó poderosamente mi atención: cada vez que relamía mis labios, en gesto nervioso, el hombre perdía momentáneamente la concentración, y entonces recordé que tenía un arma que él no poseía.

Adopté sonrisas sugerentes cuando cruzaba mi acero con el suyo, pestañeaba insinuante tras cada giro, pasaba la lengua por mis labios mientras aguardaba expectante su próximo movimiento, le regalaba constantes expresiones seductoras, logrando distraer su atención. Ya no estaba tan pendiente de mis lances, tan sólo estaba cautivado por mis arteras artimañas sensuales.

Y, entonces, casi logré acercar la punta de mi espada a su garganta. Lamentablemente, en un certero movimiento imprevisible y feroz, me desarmó con el filo de su espada. Sonrió vanidoso y me agarró con fuerza del nacimiento de mi larga trenza, pegándome a su cuerpo. Su brazo derecho se posicionó tras mi cintura y alineó el filo de su espada a todo lo largo de mi espalda, anulando la posibilidad de debatirme.

—Esta victoria es mía —susurró jadeante, acercando su rostro al mío—, pero me declaro vencido por ti.

Y como un halcón hambriento, se cernió sobre mi boca, devorándome con voracidad y precisión. Incapaz de moverme, soporté su pasión, aceptando un beso casi despiadado. Era inútil luchar, así que me sometí. Tiró de mi trenza, obligándome a abrir la boca y, cuando lo hice, incursionó con frenesí, esclavizando mi lengua bajo el ardiente yugo de la suya.

Gruñó enardecido, hasta que el beso se suavizó. Entonces, se relajó ante mi sumisión. Tiró su espada, soltó mi trenza y me rodeó la cintura, mientras me acariciaba la nuca.

Arqueado sobre mí, bajadas las defensas, vi mi oportunidad.

Doblé la rodilla, encajándola en su endurecida entrepierna. Halfdan me soltó en el acto, profirió un gruñido contenido y se dobló en dos.

—¡Perra! —masculló entre dientes.

—En el combate, todo vale —adujo jadeante.

Halfdan cayó de rodillas, con las manos ahuecadas en su dolorida masculinidad.

Cuando alzó el rostro hacia mí, entre el dolor, descubrí además una velada amenaza brillando en su mirada azabache.

—También en el lecho, no lo olvides.

Y era ahí donde pensaba cobrarse su venganza.

Los dioses hablan

La nívea gelidez invernal había extendido su capa, cristalizando la región, haciendo que nuestros pasos crujieran, nuestro aliento se distinguiera y nuestros cuerpos se encogieran bajo capas de abrigo.

Esa noche se celebraba el Júl, una fiesta en la que se honraba el solsticio de invierno, pero también a la familia, la fertilidad, y a los amigos ausentes. Y era precisamente mi particular ausente el que agriaba mi humor, desesperaba mi ánimo y quebraba mi corazón.

—He recibido un mensaje para ti —comenzó a decir Eyra mientras revolvía las brasas del hogar—. Es del Oráculo, y desea que te presentes ante él. Anoche realizó un *utisetur* y los espíritus le enviaron un mensaje.

Emergí de mis acongojados pensamientos y la miré ceñuda.

—Pues si se ha pasado toda la noche sentado a la intemperie, charlando con los espíritus y esperando una visión, y no ha muerto congelado, debe de ser importante lo que tiene que decirme —murmuré con sorna.

—No te burles, muchacha —me recriminó—. Debes respetar al Oráculo; en caso contrario, nada obtendrás de él.

Resoplé con hastío.

—Ve antes de la fiesta —aconsejó—. Has de presenciar el sacrificio y honrar a los dioses como el resto. Apresúrate.

Saqué con desgana una túnica de lana plisada roja, la más gruesa que hallé en el arcón, abierta entre los pechos, pues solía ser utilizada para amamantar, y lamenté de inmediato mi decisión.

Yo jamás le daría semejante uso ya, y aquel conocimiento contrajo mi estómago en una punzada de dolorosa acritud.

Dos veces me habían arrancado un hijo, dos veces una vida, pero lo que había resurgido de tanta fatalidad era una mujer fría, dura y decidida a pelear contra la Providencia, contra la adversidad y contra los dioses si era necesario.

Rodeé mi cintura con un ancho cordel plateado, que anudé displicente, y sobre la túnica me coloqué un chaleco de pelo de castor. Dispuse mi capa sobre los hombros, y me cubrí con el amplio capuchón. Ya salía cuando Eyra me detuvo.

—Aguarda, Freya, recuerda que es una celebración; has de lucir tus joyas.

—¿Qué joyas?

Advertí la misteriosa sonrisa de la anciana con creciente expectación.

Eyra se me acercó, deslizó mi capucha, me sentó en una banqueta y se puso tras de mí manipulando mi melena.

—Las que siempre parece olvidar.

Recogió un grueso mechón de mi lado derecho, lo retorció y, enseñándome el prendedor con forma de mariposa, que me había regalado en mi despedida cuando partía para reencontrarme con Rashid, lo engarzó tras el mechón.

—Perfecto —murmuró complacida—; la plata resalta en la negrura de tu cabello. Y ahora...

Ante mí descendió un grueso medallón que cayó pesado entre mis pechos. Contuve el aliento cuando lo cogí con los dedos.

—Ahora seguro que te sientes mucho mejor.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Estreché el gran medallón de oro contra mi pecho y cerré los ojos liberando las lágrimas contenidas.

—Lo rescaté de Skiringssal cuando partimos —confesó Eyra—. Deseaba conservar algo suyo.

Era el medallón que llevaba Gunnar el día de nuestra boda. Un círculo y, en su interior, grabados una luna y un sol. Y a mi mente acudió aquel día: lo vi ante mí, tan hermoso que resplandecía, tan emocionado que enternecía, tan enamorado que desarmaba.

Y contemplando el emblema del medallón, una frase rasgó mis recuerdos y me azotó con una atroz melancolía, tan despiadada como el latigazo de un verdugo: «Él fue mi luna, grande y mágica, pero tú, tú eres mi sol, cálido, inmenso y absolutamente necesario para vivir; sin su luz ya no podría existir...». Esa frase dicha por mí, esa explicación en la que le mostraba el calibre de mis sentimientos, comparándolos con los que una vez había sentido por Rashid, ahora sólo me recordaba que estaba muerta, pues su luz ya no me iluminaba, su calor me había abandonado, y mi

ansiedad amenazaba romperme en dos.

—¿Y mi *morgingjölf*?, ¿dónde está mi anillo de boda?

—No lo encontré por ningún sitio.

Emití un lamento estrangulado, y sacudí la cabeza en un fútil intento de alejar el dolor.

—No llores, muchacha, pronto lo verás.

—¿Cuándo? —Me volví llorosa hacia ella—. ¿Hasta cuándo voy a sufrir, dime, mi buena Eyra? ¿Hasta cuándo?

Me derrumbé en sus brazos y rompí en sollozos.

—Cada mañana... abro los ojos con la esperanza de verlo aparecer; cada noche los cierro soñando que lo hace. Voy a enloquecer, Eyra, no puedo soportarlo más.

—Claro que puedes; veo tu fuerza, Freya, eres una luchadora, lo demuestras a cada instante. La vida es una violenta bofetada que te gira la cara cuando menos te lo esperas, pero de nosotros depende mirar de nuevo al frente, con la mejilla dolorida, pero la mente preparada. No importa las veces que te golpee, sino las que logres levantarte. La vida es un pulso, y la tozudez, nuestra baza.

Miré a la mujer, y la gratitud y el amor hacia ella se extendieron sobre mí, como un unguento curativo, sosegando mi ánimo. A ella la conservaba y, con semejante bastión, mis diarias contiendas siempre estarían bien pertrechadas... pues, cuando diezmaban los ánimos, nada resultaba más efectivo que el empujón del aliento, de un buen consejo, el calor de una sonrisa o el refugio de un abrazo. Era mi sostén, y como tal me apoyé en ella.

Eyra me acunó, acarició mi cabello y continuó susurrándome palabras tranquilizadoras, hasta que logré dejar de sollozar.

El Oráculo era un anciano demacrado, enjuto, grotescamente inclinado por una enorme protuberancia que emergía de su espalda, de ojos inquietantemente traslúcidos y cabello cano largo, escaso y marchito. Iba cubierto por una capa raída de color pardusco, con el rostro penumbroso bajo una gran capucha y labios fruncidos. Alzó el anguloso rostro hacia mí y asintió a modo de bienvenida.

—¿Sois ciego?

—Veo más que muchos hombres —contestó con una voz gutural y

rasgada—, aunque no a través de mis ojos.

Sentí un escalofrío y froté mis brazos con vigor.

—Eyra me dijo que...

—Siéntate y ofrécame la mano —interrumpió como urgido por el apremio.

—He olvidado el *gyald* —murmuré apesadumbrada.

El anciano sacudió impaciente la cabeza.

—No requiero ninguna ofrenda, pues no eres tú quien viene por voluntad, te llamé para darte un mensaje.

Me senté en la estrecha banqueta y le tendí la mano con titubeo, mostrando cierta aprensión.

—No soy un ave de rapiña, muchacha, no te dejaré manca —gruñó impaciente.

Me cogió la mano, la extendió y posó mi palma en su rostro; sentí en la piel un aura fría y espectral, como la brumosa escarcha que rezuma de un lago helado. Reprimí el impulso de retirarla.

—Anoche me visitaron los espíritus, con dos exigencias —comenzó a decir—. Te las transmitiré, pero no responderé ninguna pregunta.

Asentí a sabiendas de que no se apercibiría de aquel gesto.

—El primer mensaje es una advertencia, mujer loba: un gran halcón se cierne sobre ti, te sobrevuela en círculos dispuesto a hacerte caer en desgracia, pero contigo perecerá todo un linaje, la estirpe de un gran pueblo.

Supe al instante quién era; aunque su vestidura fuera la de un cuervo, su poder sin duda era el de un halcón.

—Y el segundo sólo es una visión: renacerás en busca de la felicidad que se te niega, pero, tras de ti, correrán la venganza y la envidia a darte caza. Aléjate del llanto de un niño y de la piedad que aún mora en tu corazón, pues sólo recibirás amargura como pago.

Aguardé, mas sólo el silencio reinó en la cabaña del Oráculo.

—¿Y Gunnar?

—Ya te he avisado, nada de preguntas.

El anciano liberó mi mano e inclinó la cabeza hacia su pecho.

—Pero los espíritus han de haberlo visto, él es mi futuro —insistí tenaz.

El hombre suspiró largamente, alzó de nuevo el rostro y se descubrió la cabeza.

Sus blanquecinas retinas se clavaron en mí. Su acuosa mirada titiló bajo el fulgor del candil que presidía la mesa.

—Tal vez, pero no tu presente.

Sentí un regusto amargo en la garganta, me esforcé en tragar. Alterada, me puse bruscamente en pie, derribando la banqueta.

—Os equivocáis —repliqué con firmeza—. Yo soy la dueña de mi propio destino; lo encontraré y seremos felices de nuevo.

—El hombre que buscas ya no existe. Desiste, mujer loba, los dioses no te son propicios.

Apreté los puños y fruncí el ceño. Una furia incipiente surgió de repente, como la yesca soplada por la brisa que prende en las ramas tiernas, presta a crecer y a devorarlo todo.

—Tampoco yo lo seré para ellos. Y aquí, ante el portador de sus mensajes, clamo mi reto... sí, porque los reto, los maldigo y me enfrento a ellos.

Me dirigí a la puerta, pero antes de salir me volví hacia el anciano.

—Éste es mi mensaje para ellos. Y no es ni una advertencia ni una visión futura, es un hecho.

—No es muy juicioso provocar la ira de los dioses, loba —murmuró el Oráculo reprobador.

—¡Viven furiosos conmigo! —exclamé enojada—. No dejan de demostrármelo, me lo han quitado casi todo.

—Las más duras pruebas son para los corazones más valerosos —argumentó el anciano—. Medita los augurios, y actúa con sabiduría; la ira es el camino de los necios.

Sacudí la cabeza con frustración; la amargura se ancló en mi pecho con la inquina de la hiedra trezándose en la corteza de un roble.

—No, anciano, la ira es hija de la injusticia, pero también madre de la rebeldía. No os necesito, ni a vos, ni a vuestros dioses.

—No obstante, acudirás de nuevo a mí.

Lo miré con extrañeza, pero nada repliqué.

Salí con vehemencia y ofuscación y, sumida en mis pensamientos, me dirigí al *skáli*.

Los cánticos flotaban en torno a una gran hoguera justo frente de la gran casa comunal. Era una especie de *galdrar*, un cántico enfebrecido que

se utilizaba para hechizos o para pedir el favor de los dioses.

Cerca de la hoguera, sobre una mesa, varios hombres sujetaban un enorme jabalí, que gruñía y arruaba en un tono agudo que erizaba la piel, sacudiendo su peludo cuerpo con violencia.

Uno de los hombres elevó su cántico con los brazos alzados al cielo; en una mano, un cuchillo, y en la otra, un cuenco.

Pidió a los dioses venturas para el pueblo y, nombrando a Odín, a Freyr, a Njörd, a Thor y a Balder, descendió el cuchillo hacia la garganta del animal y lo degolló con precisión.

La gente clamó exaltada y saltaron y bailaron en torno a la hoguera, disfrutando del sacrificio.

Uno a uno fueron untados con la espesa y cálida sangre del animal, luciendo en sus frentes la marca de los dioses complacidos.

Hiram se puso a mi lado y contempló pensativo la inmensa hoguera.

—Algo va mal.

Lo observé. Su apuesto perfil, en el que parpadeaba el refulgir del fuego, permanecía impasible. Parecía una hermosa talla, que algún escultor virtuoso hubiese modelado en un arranque de sublime inspiración.

—Todo va mal —completé taciturna.

Hiram sostuvo mi mirada, compartía mi desazón.

—Gunnar debería haber llegado ya, el emisario que mandaron dijo que los había visto cerca de Agder, y esa aldea está a un par de jornadas de aquí.

Observando el fuego, me perdí entre sus ondulantes lenguas rojizas, entre sus brillantes crepitaciones, entre sus voraces crujidos devoradores... y me sentí su igual. Esa misma intensidad crecía en mí, vibrando en mi interior, quemando mis entrañas, aumentando su fulgor. Poderoso, se iba adueñando de mi ser.

—Salgamos a buscarlo —propuse sin dejar de deleitarme en el influjo que ejercía la hoguera.

Los maderos que habían dispuesto formando un alto cono se desmoronaron quebrados y calcinados, y sus crujidos resonaron en la noche, liberando un humo blanquecino que zigzagueaba en volutas que opacaban la límpida oscuridad del cielo. Aspiré el pronunciado aroma a madera quemada que manaba de la hoguera, y cerré los ojos.

Inesperadamente, algo despertó dentro de mí. Era un conocimiento;

sonreí.

Ese poder que latía incipiente dentro de mí, esa ira que ahora anidaba en mi interior y que crecía a un ritmo vertiginoso, era el alimento del lobo que moraba en mí, y que lo convertiría en un ser temible, siempre y cuando mi sagacidad y frialdad lograran manejarlo. Sí, habría de mostrar mi astucia, mi frialdad. Atrás quedarían la piedad, la confianza, la ingenuidad, la súplica, y hasta el honor. Como le había señalado a Halfdan durante nuestra pelea, en la guerra todo vale. Y, ahora más que nunca, debía usar las más sucias tretas si quería embaucar a un taimado halcón.

—Esperemos dos días más; si no ha vuelto, partiremos en su busca —convino Hiram.

Seguimos a la multitud hacia el interior del *skáli*; allí la fiesta comenzaba.

Toda clase de manjares se disponían en las largas mesas que habían colocado alrededor del hogar; la gente comía y bebía, alborotaba, y disfrutaba con frenesí. Me despojé de la capa, y tomé asiento en un extremo, junto a Hiram, Valdis, Jorund y Eyra.

Contrariamente a otras ocasiones en las que el abatimiento había arruinado mi apetito, tenía hambre. Pinché con mi puñal un faisán asado y condimentado con hierbas aromáticas, y lo mordí con saña. Masticaba y mordía escuchando la algarabía, pero sin mirar nada, excepto mi plato.

—Tienes peores modales que *Fenrir* —murmuró Eyra reprobadora—. No olvides que estás frente a un rey.

Entonces, alcé el rostro y lo encontré observándome.

—En lo que a mí respecta, ni siquiera es un halcón —repuse indiferente, ante la expresión confusa del resto—, tan sólo un cuervo molesto.

—Pues, por cómo te mira, creo que ese cuervo tiene hambre, y no es alimento lo que precisa —repuso Valdis.

Hiram se mostró enojado y huraño, y aquella actitud despertó la lengua de la joven, que aquella noche lucía su hermoso pelo rojo en un trenzado recogido bastante favorecedor.

—Claro —agregó—, tras probar el primer bocado, no desistirá hasta hacerse con la pieza entera.

—¡Cállate, Valdis! —gruñó Hiram.

—Es cuestión de tiempo —continuó desafiante—. ¿O acaso no te has dado cuenta de que tendrá retenido a su esposo hasta hacerse con ella?

Por la expresión del guerrero, supe que él también temía lo mismo.

—Estás equivocada —refuté, despegando un muslo de la grasienta ave con un movimiento brusco—. Es justo lo contrario, arde en deseos de que regrese.

Todos me miraron con las cejas alzadas y expresión desconcertada.

Ni siquiera Eyra tenía conocimiento del pacto; no había considerado importante contárselo, pues no pensaba cumplirlo.

—Sea como fuere —agregó la muchacha—, tu marido es un estorbo para él. Y a los reyes no les gustan los impedimentos.

Alcé el rostro del plato y la miré pensativa.

—Yo soy el impedimento, Valdis, sólo yo, mas me temo que tendré que aclarárselo debidamente.

—¡Freya! Actúa con prudencia, ese exceso de confianza puede obrar en tu perjuicio —aseveró Eyra indignada—. Te comportas de un modo extraño.

—Actúo como me dejan que lo haga —alegué con gravedad—, con la frustración de un animal acorralado... pero, descuida, sabré encubrirlo, dispongo de las mañas adecuadas.

Y no bien terminé de hablar, clavé los ojos en los del rey, quien, a cierta distancia y rodeado de sus hombres de confianza, me observaba con la rapacidad prendada en la mirada.

Le sonreí seductora mientras bebía de mi copa.

—Una cerveza deliciosa a mi parecer, ¿no es cierto, Hiram?

Éste, que arrugaba el ceño y parecía tener dificultades en reprimir su malestar, se limitó a asentir.

—Vaya, parece que tienes claro tus fines, Freya —adujo Valdis complacida—. Otros parecen obcecados en imposibles.

Hiram la fulminó con la mirada, y la chica sonrió triunfal, aunque detecté un leve velo compungido en sus rasgados ojos azules.

—Hoy estás muy hermosa, Valdis —la adulé—; seguro que esta noche algún guerrero buscará tus atenciones.

Hiram puso los ojos en blanco y resopló.

—Captará la atención de algún incauto, siempre que no abra la boca.

—Cierra la tuya, patán, y dedica tus cortas entendederas a seducir esclavas, que son las únicas que podrán soportar tu vanidosa necesidad.

—¡Valdis! —exclamó enojado Jorund—. Muestra respeto a quien te proveyó de protección. Nos han ayudado, no seas ingrata.

—No he empezado yo, padre, sólo respondo a sus insolencias.

Eyra y yo nos miramos y sonreímos subrepticamente.

—En eso dice verdad la joven —intervino Eyra—. Hiram, puesto que ya conoces su genio, no es muy sensato acicatearla.

—Mi comportamiento con ella sólo es culpa de sus continuos ataques —se defendió el guerrero—. Parece estar siempre en guerra conmigo.

—Tal vez sea hora de sellar la paz —propuse—. Un baile puede ser el principio.

Miré al corro de bailarines que se había formado, y que jaleaban a los más vivaces. La música aderezaba la celebración derramada por flautas traveseras, mandolinas y tambores, y una modulada voz grave cantaba las gestas de los dioses en estrofas largas y armoniosas, que más de uno repetía, animando la velada.

Un muchacho de cabellos castaños y facciones agraciadas se acercó a donde estaba Valdis esbozando una sonrisa, la cogió por el codo y la sacó a bailar. No me pasó desapercibida la mirada escrutadora que dirigió a Hiram.

Al instante, el guerrero se puso en pie y me cogió del brazo.

—Bailemos.

Accedí tras apurar mi copa. Acalorada, me desprendí indolente del chaleco de pelo de castor y me uní a la multitud que danzaba.

Nos adentramos en el corro que habían formado y giramos, saltamos y reímos al son de alegres melodías. Los hombres que aún permanecían sentados a sus mesas restallaban las palmas de las manos contra el tablero, siguiendo el ritmo de los tambores.

En parejas, se adelantaban bailando en el centro del amplio círculo de danzarines, entre palmadas, risas y silbidos.

Hiram me arrastró con él y, de la mano, giramos juntos. El guerrero sonreía con diversión, y entusiasmado me guiaba en un baile frenético.

Me dejé llevar por la euforia, abotargada de dolor, alcohol y resentimiento. Sentí ganas de rebelarme contra el mundo, contra los hombres y contra los dioses.

Me sentía mareada, embotada y ardiente, pero, por encima de todo, desesperadamente necesitada. No sabía qué me estaba sucediendo, sólo era apenas consciente de que mi cuerpo despertaba, de que el hambre carnal tomaba el testigo de mi voluntad, de que mis pezones se endurecían suplicantes, mi boca se entreabría clamando un beso y mi entrepierna

gritaba su soledad.

Movida por un impulso, me abalancé sobre Hiram y, colgada entre sus brazos, me embriagué de su obnubilada mirada azul.

—Ardo, Hiram...

Y sin añadir más explicación, me lancé a su boca. Sobresaltado, permaneció inmóvil y confundido, mientras yo lograba que mi lengua se filtrara solapada y buscara la suya. Envarado y tenso, me aferró por los hombros con la intención de alejarme, pero yo gemí y froté mi cuerpo contra el suyo; aquello debilitó su decisión.

No tardó en reaccionar sucumbiendo a mi pasión. Sus manos recorrieron mi espalda, se arqueó sobre mí y me besó con voracidad, desatando su hasta ahora contenida presa de emociones.

—Freya —susurró contra mis dientes, y de nuevo me besó con delirio.

Lo deseaba, me urgía poseerlo, y al mismo tiempo mi conciencia batallaba por hacerse con el control. Debía detenerlo, debía detenerme; sin embargo, logramos desplazarnos a un rincón sin despegar los labios. Hiram me inmovilizó con su cuerpo, mientras sus manos se filtraban por la abertura de mi escote y acariciaba mis pechos. Gemí, jadeé, mordí y arañé, en un estado extrañamente febril, enloqueciendo al hombre que tenía sobre mí.

—¡Esa presa es mía, Hiram, aunque agradezco que la temples para mí!

Ni él ni yo logramos separar nuestras bocas ante aquella voz grave y autoritaria. Era como si estuviésemos presos de un hechizo y su influjo nos encadenara a una pasión mutua.

—¡He dicho que la sueltes!

Una mano grande sacudió el hombro de Hiram.

El guerrero se volvió ofuscado. Contrariado, descubrió que aquella inoportuna exigencia provenía de su propio rey.

Sentí la mirada hambrienta de Halfdan sobre mis hinchados labios.

—Ella no es vuestra, noble señor.

Halfdan esbozó una media sonrisa y arqueó la ceja izquierda con cínico asombro.

—Tampoco tuya, gusano, y ahora apártate antes de que mi impaciencia se convierta en rencor. Es la segunda vez que me contradices, no habrá una tercera —advirtió enojado.

Hiram me contempló con un amasijo de emociones crispando su bello rostro: furia, anhelo, frustración e impotencia. Justo cuando pensaba que se retiraría, algo peligroso brilló en su mirada. Por algún motivo intuía que pensaba enfrentarse a su rey; tensó los hombros y se volvió hacia Halfdan con el ceño fruncido.

Me adelanté a él, colándome entre aquellos dos grandes cuerpos, y me encaré a Hiram, dispuesta a salvarle la vida.

—¡Obedece a tu rey!

A pesar de la autoridad en mi tono, vio la súplica en mi mirada; negué sutilmente con la cabeza, rogándole en silencio que desistiera.

Dio la impresión de debatirse en lo que me pareció una eternidad, hasta que agachó la cabeza vencido y se alejó empujando con el hombro con sequedad a Halfdan, que torció el gesto con furia.

—¿Qué deseáis, rey cuervo? —inquirí con intención de desviar su furia, centrándolo en mí.

Los oscuros ojos del hombre me gritaron la respuesta antes de que sus labios formaran las palabras.

—A ti, mujer.

—Y me tendréis —aseguré—, cuando cumpláis nuestro acuerdo.

—Eso era antes de descubrir que sólo eres una perra lasciva.

Ya se abalanzaba sobre mí cuando lo detuve posando las palmas de las manos en su fornido pecho. Era más grande que Hiram, más atemorizador, pero también sobrecogedoramente viril, dotado de una masculinidad que azotaba los sentidos, prometiendo placeres casi salvajes. Sentí su influjo, y esa fiebre traidora que me obnubilaba se alzó de nuevo como una espesa niebla, languideciendo mi consciencia.

—No lo seré con vos —repuse sin mucha convicción. Me mareé y cerré por un momento los ojos.

—Eso ya lo veremos.

Su gran mano me ciñó la cintura y me aplastó contra su pecho; la otra cogió mi mandíbula y la alzó con hosquedad.

Sólo distinguí una sonrisa triunfal, antes de perder contacto con la realidad.

La boca del gran rey cayó sobre la mía, sin admitir réplica. Aquella lengua no era suave, ni gentil, sino brusca e imperativa. El voraz dominio del beso acentuó la sensación de irrealidad, sumiéndome en un mundo onírico, pero a la vez en un vívido malestar. En mi mente comenzó a nacer

la negación, la rebeldía. El lobo se agitó inquieto en mi interior. Lo notaba cada vez más hambriento, husmeando su alimento: esa ira burdamente agazapada que recorría mi ser, cubierta apenas por un liviano velo de frialdad y control.

—Voy a hacerte mía, Freya, y ni Gunnar ni los dioses van a impedírmelo.

Apenas se separó de mí para arrastrarme por toda la sala hasta el fondo del *skáli*.

A pesar del mareo y la confusión, me apercibí de que a mi alrededor varias parejas se fundían en impúdicos abrazos, inmersos en besos y caricias como si aquella fiebre que me dominaba se hubiera extendido en una plaga lujuriosa común.

Tras atravesar y sortear el frenesí de mujeres y hombres, riendo, bebiendo y besándose, Halfdan me adentró en sus dominios privados, su *lokrekka*, su alcoba, separando los gruesos cortinajes de lana azul.

Me lanzó encima de la cama, y se cernió amenazador sobre mí.

—No imaginas cuánto te deseo —susurró quedo—. He sufrido, maldita loba. Regodeándote delante de mí todo el tiempo, viéndote entrenar, sintiéndome golpeado por tu poder, por esa sensualidad que emanas a cada paso. Ninguna mujer se me había resistido nunca; es algo nuevo para mí, y es un tormento que pienso liberar ahora mismo.

—Soltadme —exigí en un apagado balbuceo.

Me sentía sin fuerzas, sin voluntad, desgarrada entre una apremiante necesidad carnal y el deseo de alejarlo a golpes. Sin embargo, supe que mi cuerpo, por algún ladino hechizo, me había despojado de la energía necesaria para luchar contra aquel gigante.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué era incapaz de pelear?

—Deja que te muestre las habilidades de un rey, déjate llevar por el placer que estoy dispuesto a brindarte. Cuando acabe contigo, no querrás salir jamás de mi lecho.

Clavó en mí una mirada decidida en la que brillaba su lascivia, se relamió, entrecerró los ojos y tomó de nuevo mi boca. Noté cómo sus manos abrían con vehemencia el escote de mi vestido. Apartó la boca de mis labios para enterrarla en mis pechos, que, enhiestos y de pezones orgullosos, se tensaron ante la húmeda suavidad de su lengua.

Cerré los ojos e intenté resistirme al placer, al oscuro deseo que me obnubilaba. Apreté los dientes y mis puños se cerraron sobre la manta de

pelo que cubría la cama, que nos ofrecía un lecho cálido y confortable. Y estrangulé mis gemidos. La lengua del hombre jugueteaba, lamía, mordisqueaba; sus grandes manos abarcaban mis pesados senos, alzándolos mientras rozaba su barba y su rostro contra ellos. Me mordí el labio inferior y no pude evitar gemir de placer. No obstante, en lugar de disfrutar de aquel goce, me procuraba un malestar amargo. Tenía que escapar de allí, pero ¿cómo?

De repente, mientras el hombre subía mi falda y acariciaba el interior de mis muslos, provocándome escalofríos, Gunnar llegó en mi ayuda.

Fueron sus ojos, tan verdes como las colinas, tan límpidos como los estanques horadados en la roca, tan brillantes como el reflejo del sol en el acero, los que reforzaron mi decisión y aclararon mi mente. Mi cuerpo se hallaba preso en la tórrida nube de placer con que Halfdan me castigaba; incapaz de usar la fuerza física, sólo me quedó una opción: dejar que mi lobo encontrara su alimento, la ira, pero vestida de astucia y frialdad.

—Os... os propongo otro trato.

El rey tardó en alzar el rostro de mis sensibilizados pechos.

—Lo único que me interesa ya de ti es lo que estoy a punto de obtener.

Se coló entre mis piernas, arremolinando mi túnica en torno a mis caderas para tener mejor acceso a su premio, y gruñó excitado.

—Tal vez sí os interese saber que la pasión de la que vais a disfrutar os va a costar el reino.

Entonces sí logré captar su atención. Fijó la mirada en mí, confuso e intrigado, pero aún velada por el deseo que lo consumía.

—¡Calla, sólo te está permitido abrir la boca para gemir rendida ante mí!

—¡Condenado bellaco! —proferí con desprecio—. Escucharéis mi propuesta, queráis o no. ¿O acaso deseáis malograr vuestros planes por una mujer, que además no es, ni será, vuestra?

—¡Maldita seas, no atenderé tus locuras hasta haber satisfecho mi lujuria!

Me debatí bajo él fútilmente, maldije carecer de fuerzas, maldije la inusitada languidez que aún me abotargaba. De nuevo recurrí al ingenio.

—De acuerdo —musité—. Tomadme si os place, pero luego no os lamentéis cuando Horik caiga sobre vos.

—¿Horik? ¿El rey de Jutlandia? ¿Acaso Loki confunde tu juicio?

—Sí, Horik, del que esperáis lealtad para luego pagarle con traición.

Halfdan palideció, me estrujó los hombros con sus fuertes manos y me sacudió sobre el lecho.

—¿Qué diantres pasa con ese bribón?

—Pasa que, si no os separáis de mí y juráis no volver a tocarme, pronto sabrá de vuestras mañas. ¿Y qué creéis que pasará cuando sepa que, tras su apoyo, pensáis conquistar su reino?

El semblante del rey se congestionó por la furia, me taladró con la mirada. Crispado y tenso, descargó el puño en el colchón.

—Que no sólo no os ayudará —continué—, sino que buscará alianzas para enfrentarse a vos... y, si su *jarl* Ragnar Lodbrok acude a su llamamiento, seréis vos quien pierda el reino y la cabeza.

Halfdan me contempló regalándome todo su rencor y frustración; su rictus, rígido y contenido, apenas mostraba lo que debía de sentir en su interior.

—¿Has pensado, pequeña arpía, que nada me impide tomarte como deseo y matarte después?

—Claro que lo he pensado, por eso ya dispuse a alguien que partiera con mi mensaje si me sucedía algo.

Sostuvimos la mirada desafiantes y retadores, nariz con nariz, respirando agitados. Halfdan frotó su endurecida virilidad contra mi entrepierna en gesto frustrado, masculló una maldición y se apartó.

—Eres una víbora astuta y cruel. Esta vez ganas, mas te aviso: no sé cómo ni cuándo, pero serás mía, vas a pagar cara tu osadía. Nadie intimida a un rey y sale indemne.

Salió de la cama y me contempló pensativo.

Me incorporé y me puse en pie dispuesta a alejarme a la carrera, ocultando mi alivio, pero Halfdan se interpuso en mi camino.

—Aguarda.

Lo miré con extrañeza y temor.

Sonrió malicioso y se despojó ante mí de su camisola. Su enorme pecho, adornado de temibles músculos, duro y moldeado, con una leve pincelada de vello oscuro en el centro, aguijoneó mi bajo vientre. Por fortuna, logré mantenerme impassible ante su escrutinio.

—¡Dejadme salir!

—Todavía no.

Asomó la cabeza a través de la cortina e hizo un gesto de aviso.

—No puedo tocarle, ¿no es así?

Negué con la cabeza, expectante y alerta.

Casi al instante aparecieron dos esclavas; eran esbeltas, de cabellos claros como el trigo en verano y ojos azules, una más bonita que la otra. Me observaron con demasiado interés. Una de ellas se relamió lasciva.

—Ellas tampoco —puntalicé nerviosa.

Halfdan rio mientras cogía a las mujeres y las conducía al lecho.

—Sería interesante —admitió—, pero no hallaría goce en ver cómo te tocan sabiéndote vetada para mí. En cambio... —hizo una pausa para desasirse de sus calzas. Su miembro basculó pesado, enhiesto y altivo; tragué saliva y desvié la mirada rauda hacia su rostro a tiempo de ver una sonrisa engreída—... en cambio... —repitió mientras subía al lecho y se arrodillaba frente a mí esperando que las esclavas se desnudaran—... gozaré de ti de otra manera, una muy singular. Y no vas a moverte de ahí hasta que te lo ordene, a menos que quieras ver a Hiram azotado hasta morir.

Sentí la garganta reseca y el pulso alocado en la sien, sólo fui capaz de asentir.

Las mujeres, libres de sus vestiduras, se pusieron una a cada lado del hombre; los tres estaban de rodillas sobre el lecho, frente a mí. Halfdan rodeó a ambas por la cintura y me dedicó esa media sonrisa sardónica y pependenciera que lo caracterizaba. Luego, besó a una de las mujeres al tiempo que me echaba fugaces vistazos. Se inclinó y cogió uno de los pezones de la otra mujer y lo lamió sin dejar de mirarme. Su mano se escurrió entre las piernas de la esclava y acarició su dorada femineidad arrancando reiterativos gemidos de su garganta.

Volví la cabeza escandalizada.

—¡Mírame, maldita loba! —exigió feroz—. No te atrevas a despegar tus ojos de los míos.

Obedecí y presencié sus juegos sexuales, entre avergonzada, irritada y excitada.

Halfdan era diestro en las artes amatorias, sabía cómo complacer a una mujer; en realidad colmaba a dos con bastante fortuna. Aquel trío ya llevaba tiempo entrenándose en aquellas lides, adiviné.

Una de las esclavas se inclinó hacia delante, apoyada en sus manos, ofreciéndose ardiente al hombre, arqueándose y elevando las nalgas. Halfdan se puso tras ella, la tomó de las caderas, se inclinó y lamió la

curva de su espalda, con la mirada engarzada en la mía. Azotó juguetón la nalga izquierda de la mujer, y se irguió ante mí, con semblante grave y contenido. Retrocedió de forma somera y de un solo envite se introdujo en ella, arrancando el largo y placentero gemido de la mujer que sacudía febril su larga melena.

Halfdan, con el rostro parcialmente cubierto por su negra y lacia cabellera, copulaba con ferocidad frente a mí sin despegar sus ojos de los míos.

Recogió en su puño la melena trigueña de la esclava con la que fornicaba y la obligó a incorporarse, deslizando la mano hacia el sexo de la mujer, acariciándolo al tiempo que la penetraba.

Los gemidos, jadeos, gruñidos, los golpes secos de la carne contra la carne, el aroma almizclado que manaba del goce carnal, la tentadora imagen del placer desatado, todo embriagaba mis ya debilitados sentidos.

Fascinada al ver aquella escena, mi cuerpo traidor se sacudió por una aguda punzada de deseo. Pude sentir la humedad de mi entrepierna. Recé por no mostrar mis emociones.

—Descubre tus pechos y acaríciatelos —ordenó Halfdan.

Paralizada, lo contemplé con sofoco.

—¡Ahora, maldita sea, o me importarán un bledo tus amenazas!

Retiré las dos bandas de lana plisada que cubrían mis pechos y se los mostré. Comencé a acariciarlos, y no pude contener un gemido. Halfdan cerró los ojos con semblante atormentado, pero, cuando de nuevo los abrió, vi tal deseo en ellos que temí un ataque. No obstante, se centró en la cópula incrementando el ritmo de sus embates. Tomó en sus manos los pechos de la esclava y los amasó con frenesí sin dejar de embeberse de los míos.

Finalmente, un grito quebrado y largo anunció su liberación.

—Freyaaaa...

Era a mí a quien tomaba usando otro cuerpo. Abrumada y sobrecogida por la situación, por su bruna y encendida mirada, sentí un aleteo nervioso en mi vientre. Sólo deseaba salir corriendo, huir de él, de todos, y correr, correr tras mi vida, esa que parecía esconderse de mí, detrás de unos ojos verdes.

—Algún día... loba, algún día... y entonces... no necesitaré ninguna otra mujer. Puedes irte.

Ésa fue la única orden que acaté con premura, impaciencia y agrado.

Buscando culpables

Recorrí el pasillo central del gran *skáli* con las mejillas encendidas. Muchas parejas copulaban sobre los bancos, en las mesas, en el suelo. Descubrí a Hiram poseyendo a una pelirroja que gritaba a pulmón; parpadeé incrédula, era Valdis. Hiram se detuvo y me miró confuso, lo ignoré y aceleré mis pasos.

Aquello era un pandemónium de pasión desatada. El último trayecto lo hice corriendo; salí de la cabaña seguida de gemidos, como si me persiguiera una bandada de pájaros obscenos empecinados en picotear mi voluntad.

Lo primero que hice fue coger un cubo, llenarlo de agua del abrevadero y volcarlo sobre mi cabeza. Sacudí mi cabello y comprobé que nadie me observara. Intenté acompasar mi respiración y relajar mi ánimo.

Miré la luna; su fulgor nacarado perfilaba de plata las nubes más cercanas, diluyendo la negrura a favor de un azul oscuro. Una miríada de minúsculos puntos de luz tachonaban la noche, como lustras perlas cosidas a un negro manto aterciopelado.

Suspiré y liberé toda la tensión en un sollozo largo que emergió del centro mismo de mi alma.

Me permití aquella flaqueza, pero sin regodearme en ella, tan sólo como escape a la presión que atosigaba mi pecho, como un acto práctico y necesario. Recuperado el control, me limpié burdamente las lágrimas y me dirigí a la cabaña.

Eyra se hallaba sentada en una banqueta en el exterior, cubierta por varias mantas.

—¿Qué haces fuera? —le increpé—. Hace un frío infernal.

—Pues tú pareces no notarlo: no llevas tu capa, ni tu chaleco, y además estás empapada —replicó sopesando mi semblante.

Y así era, el fuego sentido todavía caldeaba mi cuerpo.

—No te sientas culpable, sea lo que sea que haya ocurrido.

Abrí los ojos e, incapaz de sostener su mirada, la fijé en la puerta.

—No ha pasado nada, aunque estuvo muy cerca —confesé en un hilo de voz. A medida que mi mente se despejaba, mi vergüenza aumentaba.

—En tal caso, posees la voluntad de un dios. El rey emponzoñó la cerveza.

Abrí la boca, muda de asombro.

—¿Qué acabas de decir?

—Lo que acabas de escuchar. Por tu comportamiento... con Hiram, y por el del resto, intuí que habían aderezado la bebida. Aún siguen tus pupilas dilatadas, Freya. —Me sentí mareada y me apoyé en el dintel—. Después, una mujer me confesó que de vez en cuando echan un brebaje extraño a los barriles de cerveza, una mezcla de jengibre y un hongo peculiar que se cría bajo los grandes robles. Me explicó que aviva el deseo carnal y puedo dar fe de ello.

—¡Ese pajarraco inmundo! —proferí furiosa.

—Creo, por la bacanal que se ha formado en la casa comunal, que Halfdan se ha excedido en la dosis habitual, pues la mujer me dijo que nunca había presenciado celebración igual.

—Quería embaucarme y casi lo consigue.

—Vas a contármelo todo, y no sólo me refiero a lo que ha pasado esta noche; durante la fiesta, tus palabras alertaron mi instintos. Así que, cuanto antes empieces, antes te dejaré descansar.

Y dejé brotar todo lo acontecido, sin omitir ningún detalle, por mucho que el rubor quemara mis mejillas. También le desvelé el pacto que acababa de desbaratar.

Cuando terminé mi relato y fui plenamente consciente de lo que acababa de vivir esa noche, la rabia me sacudió. No podía permanecer ni un instante más en Hedemark; en cuanto amaneciera, partiría en busca de Gunnar.

—Tu astucia me admira, Freya, me siento tremendamente orgullosa de ti —repuso meditando—. Mas no subestimes el empeño de un rey, que además es artero y traicionero. Te desea como jamás ha deseado nada en su vida, y seguro que esa intensidad también se debe a tu constante rechazo. Te has convertido en su reto, y para un hombre poderoso y ambicioso significa que hará todo lo que esté en su mano para alcanzarlo.

—Lo sé, por eso partiré mañana.

La anciana asintió, suspiró hondo y se puso en pie.

—Has omitido algo en tu relato, y justo lo que más me preocupa.

Me miró con gravedad, posó la mano en mi hombro y lo oprimió suavemente.

—El Oráculo —admití.

Asintió y su ajado rostro se dulcificó en una sonrisa condescendiente.

Le detallé la conversación y, cuando terminé, los ojos de Eyra se habían cubierto por un velo afligido.

—Es peor de lo que barruntaba —confesó—. Los dioses quieren que te alejes del rey, pues podrías alterar su destino, y ese conocimiento me dice que no sólo te metiste en su cabeza, Freya, sino también en su corazón. En cuanto a la visión, es la misma que la mía: sé que ambos os encontraréis en otra vida, como mitades de una misma alma. En cambio, lo del llanto del niño me confunde, está claro que la desgracia se empeñará en perseguiros. Tal vez...

—Tal vez, ¿qué?

La anciana sacudió la cabeza; creí ver sus pensamientos pasando a un ritmo vertiginoso por su rostro.

—Tal vez, ahora se te está dando la oportunidad de evitar que la fatalidad te persiga a través de los tiempos.

—A mí lo que más me angustia no es ninguna de esas dos cosas; ahora mismo lo que atenaza mi pecho es no encontrar a Gunnar; dejé entender que ya no era mi presente.

—Los designios de los dioses deben tomarse como advertencias; se debe luchar por cambiarlos, pero si es imposible no queda más remedio que asumirlos.

Un frase acudió a mi mente, y con ella los recuerdos de mi pasado allá en aquel Toledo al que jamás regresaría.

—El pasado ha huido, lo que nos espera está ausente, pero el ahora es mío.

Aquella fue mi declaración de intenciones. Lucharía hasta el final, a nada temía ya, tan sólo a perder mi vida, esa que ya no moraba en mí, sino en un guerrero temible que se cubría con la piel de un lobo.

Amanecía cuando unos golpes impacientes aporrearon la puerta de la cabaña.

Eyra y yo nos miramos alertas. Jorund continuaba en su camastro sumido en el sueño, regalándonos sus bufidos y resoplidos. Valdis no estaba en su jergón. Sólo yo sabía dónde se encontraba, en los brazos de un hermoso guerrero.

Cuando abrí la puerta, fue ese hombre el que me miró con el ceño fruncido y una expresión tensa. Me cubrí de rubor cuando deslizó la mirada hacia mis labios.

—Gunnar está aquí.

Abrí los ojos impactada, mi estómago cosquilleó y en mi corazón aletearon miles de inquietas mariposas. Sentí ganas de llorar y reír a la vez; cuando ya me precipitaba al exterior, me mareé y perdí el equilibrio. Hiram me sujetó por la cintura.

—Coge tu capa, está helando —me aconsejó fijándose en mi vestido rojo; más puntualmente, mi escote.

Por fortuna, no me había desvestido, ya que pensaba escapar al alba.

—La olvidé en el *skáli*.

Hiram arrugó la cara en un mohín de disgusto, imaginándome en la cama de Halfdan.

—No me poseyó. —No acababa de pronunciarlo cuando me pregunté por qué tenía que excusarme ante él.

—Te vi salir de su alcoba.

—No me importa lo que creas; sólo te diré, para el descanso de tu conciencia, que Halfdan envenenó nuestra voluntad, liberando nuestros más primarios instintos: contaminaron la cerveza con un brebaje libidinoso. Ninguno somos responsables de lo que sucedió anoche. No has de sentirte mal ante tu *hersir*.

Salimos sin esperar a Eyra, que hizo señas de que nos seguiría.

Caminamos con apremio, expulsando volutas de aliento blanquecino y temblando ante la helada que sepultaba la región bajo su implacable yugo.

—Me siento mal, Freya, por dos cosas —aseveró Hiram sin mirarme—. La primera es porque tomé a la mujer equivocada en tu lugar, y la segunda, porque no bebí cerveza.

Nada respondí, ni siquiera lo miré; me limité a caminar, deseando liberar la piedra de mi pecho, desesperada porque unos brazos me envolvieran, y porque dos gemas verdes iluminaran por fin mi existencia.

Llegamos a la explanada frente al *skáli*, donde la hoguera

ennegrecida había sido cubierta por una fina y traslúcida capa de hielo.

Numerosos caballos y jinetes estaban apostados frente a la cabaña, atando sus monturas al cercado. Se me cortó la respiración cuando reconocí a Erik Cabello Hermoso, y a Ragnar Hacha Sangrienta. Corrí hacia ellos.

Se volvieron hacia mí justo antes de que los alcanzara, con el espanto pintado en el rostro. Retrocedieron sobresaltados y temerosos.

—Presencio una visión, Erik —musitó impávido el guerrero.

Erik ni siquiera era capaz de hablar; tenía la mandíbula desencajada y los ojos parecían salirse de las órbitas.

No pude evitar abalanzarme sobre ellos y colgarme de sus cuellos.

Erik gritó embargado por el pánico, y Ragnar trastabilló mientras retrocedía cayendo sentado sobre sus posaderas.

—¡Atrás, espectro!

Me detuve a contemplarlos con los brazos en jarras y una sonrisa divertida en mi rostro.

—Soy yo, majaderos. Estoy más viva que nunca.

Ambos me contemplaron pálidos e impresionados.

—Erik, ¿los espíritus hablan?

—Cre... creo... que no.

Alargué el brazo y toqué con la punta del dedo el pecho de Erik; éste miró mi dedo como si fuera la punta de una daga.

—No deberías gritar tanto, Erik —aduje con sorna—. Si muestras tu precaria dentadura, no tendrás dónde clavar tu aguijón.

—Si me faltan dientes es por tu culpa, casi me matan en aquel barco.

Asentí y compuse un mohín de disculpa. Por fin el guerrero sonrió.

—¿De... de veras eres tú? —inquirió Ragnar poniéndose en pie.

Me estiré un mechón de pelo, y les guiñé un ojo.

—Eso parece.

—Pe... pero... si estabas muerta, Eyra... te enterró —tartamudeó, acercándose confundido.

—Pero la desenterré... —explicó Eyra, que se acercaba a nosotros— ... cuando comprobé que todavía respiraba.

—Me salvó la vida —argüí—; todo este tiempo he estado recuperándome.

Ambos hombres deslizaron la mirada a mi plano vientre.

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—Gunnar... te cree muerta...

Ambos hombres se miraron alarmados y turbados.

—¡Por los dioses... Gunnar! No sé cómo va a afrontar tenerte enfrente.

—Como alguien que reencuentra a un ser amado.

Los guerreros intercambiaron miradas nerviosas e inmediatamente las desviaron con lo que pretendía ser disimulo. Erik se concentró en la punta de sus pies, mientras los frotaba contra la tierra. Ragnar se rascaba la calva inquieto y decidió sacudir sus ropas evitando encontrarse con mi mirada inquisidora.

—¡Maldición! ¿Qué ocurre?

Miré a Hiram, que estaba a mi lado, pero tampoco se animaba a responder. Empecé a crisparme. Miré las puertas de la casa comunal, intuyendo que Gunnar estaría dentro. Con el ceño fruncido, me adelanté dispuesta a encontrarme con mi esposo.

Hiram me detuvo.

—Será mejor que lo aguardes aquí.

Me revolví contra él.

—Ya he esperado demasiado —contravine.

—Haz caso, Freya —me aconsejó Eyra.

Detecté una mirada de reproche de Erik a Hiram. Ragnar, con el ceño fruncido, se enfrentó a este último.

—¿No la has avisado?

—Lo intenté —se justificó—, pero no me dejó decírselo.

Me encaré con él; la angustia me oprimía impidiéndome respirar.

—Ahora quiero saberlo.

—Gunnar... —comenzó a decir titubeando, apenas si podía sostener mi penetrante mirada—... no es el que era, está... perdido.

—¿Perdido?

—Ha enloquecido, Loki lo tiene atrapado en su mundo, ahora... es un hombre distinto. Creo que te impactará verlo, has de estar preparada, Freya.

—Volverá a ser el que era —musité más para animarme a mí misma que para convencer al resto.

Por los semblantes que me rodeaban, pude comprobar que no albergaban muchas esperanzas.

Justo en ese instante, las puertas dobles se abrieron. Del interior salió

un hombre de mediana edad, corpulento y de expresión astuta, que me observó con suspicacia; el gran Orn. Tras él iban Thorffin el Gigante... y Gunnar.

Se me paró el corazón.

Thorffin se detuvo a mitad de los peldaños, cuando reparó en mí. Su rostro se demudó por el asombro. Impresionado y pálido, tuvo que agarrarse a la baranda. En cambio, Gunnar, ferozmente hermoso, descendió con seguridad y semblante imperturbable.

Verlo tan cambiado me conmocionó. En verdad no era él.

Sobre su espalda caía la piel de un lobo negro, que sujetaba con correajes a su cintura, y sobre su cabeza, la del animal, desecada y grotesca. Los colmillos resplandecientes del lobo asomaban por encima de su frente.

Sus largos cabellos cubrían una buena parte de su espalda, castaños claros y despeinados, y dos largas trenzas caían a los lados de su rostro. Llevaba el torso descubierto, a pesar de la gelidez que pesaba en el aire.

Admiré los poderosos músculos de su pecho, sus abultados hombros, sus impresionantes brazos escarificados y teñidos con extraños símbolos rituales; una cinta ancha de tela roja circundaba el derecho. Su vientre, duro como el acero, condujo mi mirada hacia abajo. En sus caderas pendía el ancho cinturón que portaba un enorme espadón enfundado en su vaina. Lucía unas ceñidas calzas de piel curtida marrón, que acentuaba los largos y elásticos músculos de sus piernas. Caminaba con ese paso felino y amenazante que atemorizaba a los hombres y cautivaba a las mujeres.

De repente, posó sus impresionantes ojos verdes en mí.

Contuve el aliento y con el corazón desbocado aguardé su reconocimiento. Se detuvo apenas para pasear la mirada por mi cuerpo. Pero en su rostro no asomó ninguna emoción; permanecía frío, duro e impasible, creí distinguir incluso un matiz desdeñoso en su faz.

Me encogí, desgarrada entre las ganas de abrazarlo y de gritarle.

Continuó su camino hacia su caballo y montó en él de un ágil salto.

—¡¡Gunnar!!!

Y corrí hacia él con lágrimas en los ojos y el alma quebrada de dolor.

Apenas me miró, sacudió las riendas y caballo y jinete salieron a galope, alejándose de mí.

Caí de rodillas. Temblaba; bajé la cabeza y sollocé rota y desamparada.

Balbuocé su nombre, permitiendo que el dolor me sacudiera, compungida y desolada. Sin embargo, cuando oí pasos acercarse, alcé el brazo hacia atrás deteniendo al que se me acercaba. Negué con la cabeza y me sumí en una honda pena, todavía incapaz de creer que no se acordara de mí.

—¡Bendigo a los dioses, por devolvarte al mundo de los vivos!

Reconocí la voz de Thorffin. Logré reunir las fuerzas suficientes para ponerme en pie y mirarlo.

—No fueron ellos, sino Eyra —susurré intentado reponerme de aquel duro golpe. Refregué mis ojos con el antebrazo e inhalé profundamente, buscando el coraje que necesitaba—. Quiero que me cuentes qué le ha pasado y adónde se dirige ahora.

El gigante de rizado pelo rojo, rostro amable y emocionado asintió.

—Volverá esta noche; espero que, para entonces, hayas logrado comprender lo que le ocurre y encontremos entre todos una solución. También espero que te muestres indulgente con él.

—¿Cómo no mostrarme indulgente, si soy la única culpable de su estado?

Thorffin bajó el rostro afectado y negó con la cabeza.

—No, Freya, no eres la única culpable.

Sentí una sensación viscosa y opresiva serpenteando por mi vientre. La amargura, que se había extendido como una plaga por un campo de cultivo, oscureció mi rostro.

—Sea como fuere, de nada vale lamentarse ya.

Llené mis pulmones de aquel aire invernal que pareció apaciguar mi sufrimiento, y me encaminé hacia el *skáli*, seguida de los demás.

En las garras de Loki

Sentada frente al hogar, alejando la frialdad de mis miembros, mas no de mi corazón, me apresté a escuchar el relato de Thorffin. Eyra, junto a mí, tan contrita como yo, no apartaba la vista del fuego sumida en funestos pensamientos.

—Adelante.

Erik, Ragnar e Hiram nos acompañaban en la mesa; en este último advertí una mirada compasiva, y una expresión expectante.

—Cuando logramos cargar con Gunnar y alejarnos de Skiringssal —comenzó a narrar Thorffin—, creí que no sobreviviría a la fiebre y a los delirios. Jamás había visto tal decaimiento en nadie. Ora sollozaba, ora gritaba, ora maldecía, hasta que caía desfallecido. En más de una ocasión tuvimos que atarlo, para que no se hiriera. Sufriendo semejante dolor, aumenté la dosis que Eyra elaboró para aletargarlo. De tal forma, la mayor parte del tiempo se lo pasaba dormitando, sumido... en... pesadillas. Llegó un punto en el que, cuando despertaba, nos miraba confuso y se limitaba a comer y a ejecutar sus tareas como si fuera una sombra. —Thorffin suspiró ante los recuerdos; su sufrida mirada me habló de la honda preocupación por su amigo—. Pero al menos era una mejoría, o así lo consideré en un principio. A excepción de que no hablaba y siempre tenía la mirada perdida, por el día obraba con aparente normalidad. Pero, por la noche, era otra cosa.

El fuego crepitó en un destello luminoso y moribundo en el que flotaron pavesas incandescentes; la sala caldeada por el hogar no logró que dejara de temblar.

—Por la noche, las más viles criaturas del inframundo acudían a atormentarlo. Se escapaba semidesnudo gritando tu nombre, persiguiendo algo que ninguno éramos capaces de ver. Solíamos encontrarlo en el lecho del bosque, magullado e inconsciente. Otras veces, tras una pesadilla, entraba en una especie de trance, y se convulsionaba sobre sí

mismo aullando como un lobo. Había dejado de ser humano para convertirse en un animal atormentado.

Cerré los ojos, en un vano intento por contener de nuevo las lágrimas. Mi corazón sangraba.

—Loki lo capturó en el mundo del engaño y la confusión, jugando con él, pues te veía en cada mujer, en cada rincón; corría hacia ti, para descubrir que era un ardid de ese maléfico dios. Y, entonces, montaba en cólera, acumulando tal fiereza que consiguió hacerse temer en la batalla.

»Buscaba su muerte, lo veía tan claro como te veo a ti; no obstante, la ira lo mantenía con vida, pues peleaba con tal brutalidad, liberando la furia contenida, que se convirtió en un guerrero invencible. El día que se enfrentó a una docena de hombres y los aniquiló sin ayuda, supe que aquel que tenía a mi lado ya no era mi amigo, sino una bestia inhumana. Asolamos aldeas enteras, por orden de Halfdan, en busca de los malditos Ildengum y de Harald. —Hizo una pausa para tragar saliva; sus ojos avellana se humedecieron—. Aquel día jamás se borrará de mi mente. No hicimos prisioneros, no dio tiempo.

»Entonces, decidí dejar de administrarle el brebaje. Los primeros días tuvimos que atarlo de nuevo, ya que se agitaba frenéticamente como un animal atrapado. Sus alaridos ponían la piel de gallina, suplicaba que lo soltáramos, que lo ayudáramos, gemía y sollozaba, pero fui fuerte y no sucumbí a sus ruegos.

Thorffin desvió la mirada; en ella brilló el tormento de aquellos difíciles momentos.

—Tras unos días durísimos, Gunnar se restableció. Lograba enfocar la mirada, su expresión era lúcida y su comportamiento, normal. Seguía sin conversar con nosotros, pero al menos nos escuchaba y, aunque la tristeza permanecía en su rostro, pensé que lo habíamos recuperado. Pero no fue así.

»Todo cambió cuando el rey nos llamó y acudimos a su corte, dejando Agder, donde moran los supervivientes de Skiringssal, entre ellos por fortuna mi esposa y su hijo.

»Aquí, el hermetismo de Gunnar lo aisló del resto de los hombres, hasta que en una fiesta volvió a cambiar.

»Se mostró más irritable e impaciente, más violento de nuevo. Buscaba enfrentamientos continuos, se liaba a golpes con quien se atreviera a molestarlo, rugía por las noches y penaba por el día. Halfdan, a

tenor de su comportamiento, aconsejó que el mejor lugar para él era el campo de batalla. Recuerdo sus palabras, fueron: “Es un depredador y, como tal, ha de ofrecérsele una buena presa”. Y así nos envió a por Hake el Berseker.

Thorffin desvió la mirada hacia dos jóvenes asustados, sentados en un rincón. Uno era apenas un niño de rubios cabellos, y la otra, una muchacha muy bonita de dorada melena trenzada y grandes ojos azules que abrazaba protectora al niño y miraba con semblante temeroso a su alrededor.

—Ragnhild y Guthorm —informó—, los hijos del rey de Ringerike, el valeroso Sigurd Hart. Ese condenado *berseker*, tras una celada en un bosque, mató al rey, y luego viajó a Stein; capturó a los hijos de su víctima, con la intención de desposar a la princesa Ragnhild, justo cuando llegamos nosotros. Gunnar se enfrentó a Hake en un combate a muerte, pero llegaron sus hermanos en su defensa y, mientras Gunnar acababa con ellos, el muy perro logró escapar junto a Starkad el Viejo, el más despiadado guerrero de estos lares. Al menos logramos arrebatar de sus garras a los vástagos del rey.

—Para entregárselos a otro perro —murmuré.

—Pero a un perro rey —apostilló Hiram.

Thorffin observó compasivo a la muchacha.

—Creedme si os digo que aquí logrará ser una buena reina, y no una esclava maltratada, Halfdan sabrá darle el lugar que merece; tan sólo desea de ella su reino y que le dé hijos varones.

Me limpié las lágrimas y miré a Eyra, que permanecía en silencio, con el ceño fruncido. Mi dolor era el suyo.

Pasé el brazo por sus hombros y apoyé la cabeza en ella.

—Confía, mi buena Eyra, lograremos traerlo de vuelta.

Eyra se volvió hacia mí y asintió.

—Rezo a los dioses por él —susurró acariciando mi cabello— y por mí.

Alcé la vista hacia ella; la culpa congestionaba su rostro como una pesada losa aplastando la mullida hierba.

—Mi brebaje contribuyó a enloquecerlo, Freya —musitó en un hilo de voz—. Creí ayudarlo, soliviantando su pena con mi remedio, y sólo logré acentuar su sufrimiento; soy una necia.

—No, no te permito reprocharte nada, a ti menos que a nadie. Fue un

compendio de sucesos, sólo eso, de ninguna manera premeditado, al menos por tu parte.

Thorffin volvió ofendido el rostro hacia mí.

—No me refería a ti, buen Thorffin, nadie hubiera deseado un amigo mejor.

Todos me miraron con curioso asombro.

—Pensad, ¿a quién le interesa que Gunnar se haya convertido en el más sanguinario *ulfhednar*?

—A un rey ambicioso —masculló Hiram, comprendiendo de repente.

—Y un rey acostumbrado a manejar voluntades con el conocimiento de ciertos hongos y raíces.

—¿Crees que emponzoña la mente de Gunnar con algún brebaje? —preguntó Erik demudado.

—Estoy convencida. Thorffin acaba de relatarme que Gunnar recayó cuando vinieron aquí, y más concretamente en una fiesta. Eyra habló anoche con la mujer que metió la pócima en el barril de cerveza.

—Isgerdur, se llama —apuntó Eyra.

—¿Qué pasó anoche? —inquirió Thorffin intrigado.

Hiram me miró y enrojeció de un modo visible.

—Celebramos el Júl, y... bueno... la gente se... digamos que... se obnubiló de pasión.

—¡Ah, eso! —profirió Erik con una sonrisita traviesa.

—Sí, eso, que parece ya conocer —adujo cáustica.

—Todos conocemos esas... celebraciones.

Imaginé a Gunnar con alguna mujer, o tal vez con dos, tal y como las disfrutó Halfdan, y una punzada atravesó mi pecho.

—Necesitamos averiguar quién hace el preparado —sugirió Eyra— y cambiarlo por otro inocuo.

Recordé el día en que me metí bajo el solado de la cabaña de Amina, entonces la mujer de Thorkel, y agregué a sus barriles de aguamiel su propio veneno, la dañina adelfa.

—Ha de ser similar al que tú le preparaste, Eyra, pues provoca las mismas reacciones en él —repuso Thorffin.

—Puede ser; sin embargo, parece menos aletargado de lo que debiera. Puedo adivinar que se ha usado beleño blanco y raíz de mandrágora, pero no belladona; es otra planta, de eso estoy segura.

En ese momento apareció Halfdan surgiendo tras los pesados

cortinones de su alcoba, y se acercó a los temblorosos jóvenes, al fondo de la sala.

Conversó amigablemente con ellos; desde donde estábamos no oíamos sus palabras, pero surtieron efecto por la sonrisa agradecida que esbozó la joven princesa.

Cuando reparó en nosotros, se disculpó cortés con los hermanos y se acercó, clavando sus oscuros y avariantos ojos en mí.

—Hola, Thorffin. ¿Dónde está Gunnar? Como veis, lo aguarda ansiosa su gentil esposa. Por fin podré disfrutar de ese gran reencuentro.

Su cínica sonrisa me provocó náuseas.

—Partió, regresará esta noche —contestó escueto.

—Ooohhh... ¿y no se llevó a su hermosa hembra con él?

El rey bostezó y se desperezó indolente.

—Apenas he dormido —se disculpó—, anoche la fiesta se alargó demasiado —aclaró sin apartar sus ojos de los míos.

Ninguno osó hablar; me puse en pie dispuesta a marcharme.

—Querida, llevas el mismo vestido de anoche, deberías cambiarte, se ve muy arrugado, accesible y revelador —fijó con ofensiva atención la vista en mi escote—, pero igual de tentador.

Los hombres, excepto Hiram, que distendía los orificios de la nariz conteniendo su furia, me contemplaron boquiabiertos.

—Agradezco vuestra apreciación, gran rey, como agradezco que os conformarais con dos esclavas y me dejarais huir de vuestras garras.

Halfdan me fulminó con la mirada.

—Tal vez, y viendo la indiferencia que causas en tu esposo, pronto tenga dos hembras de más nivel a mi alcance, una reina —dirigió la mirada hacia la joven Ragnhild— y una loba guerrera.

—Espero que no lo toméis como un agravio, pues no lo es. Pero he de confesar que, aunque no estuviera casada, no soy mujer de compartir.

A Halfdan le brillaron los ojos con diversión.

—Eso dependería de si satisfago debidamente tus... necesidades.

—Ni aun así.

El rey rio y alzó la mano llamando a Jora, que de inmediato dejó de alimentar el fuego, cogió una jarra y una copa y las depositó en la mesa.

—Y ahora, ve a entrenar como haces a diario, creo que tienes que liberar mucha frustración. Anoche aprendí una valiosísima lección: no hablar de mis estrategias delante de extraños.

Me guiñó un ojo y me despidió con un gesto de la mano.

Eyra y yo abandonamos el *skáli*.

Rumiaba mi furia, mi impotencia y mi dolor; tenía ganas de golpear algo.

—Ve a la cabaña, ponte algo más cómodo y sigue el último consejo del rey, lo necesitas. Yo mientras averiguaré cuanto pueda del brebaje.

—Lo odio —mascullé colérica.

—Él a ti no.

Y se alejó hacia los almacenes de grano, dejándome embargada por la ofuscación.

Mientras entrenaba, mientras esquivaba estoques y lanzaba ataques, mi mente divagaba.

Sólo lo veía a él, su pétrea expresión, su rigidez, la frialdad de su mirada, y la indiferencia que me regaló.

Me creía una aparición, una de sus continuas visiones, por eso me había ignorado. Debía demostrarle que no lo era, no podía ser tan difícil. Me moría de ganas de tocarlo, de besarlo; sólo pensar en su rechazo me desgarraba el corazón. Ambos estábamos vivos, todo lo demás no importaba.

Asleif, en un veloz giro, deslizó con precisión su filo por mi costado, simulando herirme.

—Hoy no estás centrada, Freya, pude haberte matado una decena de veces.

—Cierto, estoy demasiado furiosa —admití.

—¿Con tu esposo?

Asleif se secó el sudor de la frente con el antebrazo, con gesto hosco envainó su espada y me conminó a seguirla fuera del campo de entrenamiento.

—Sé dónde está.

Abrí los ojos esperanzada.

La guerrera, de rostro arrebolado, claros ojos y plateada melena, miró con desconfianza en derredor y susurró:

—Suele refugiarse en Agder cuando algo lo atribula demasiado; es una aldea cercana, entre las montañas.

—¿Donde viven los superviviente de Skiringssal?

—Sí, él... allí... Freya, has de entender que él te cree muerta.

—¡Por los dioses! ¿Adónde quieres llegar?

Asleif bajó la vista, suspiró, pareció meditar un instante y finalmente logró sostenerme la mirada con decisión.

—Suele visitar a su hijo.

De repente, el mundo se detuvo, el viento dejó de soplar, los pájaros de cantar, la hierba ya no susurraba, cesaron los murmullos de la gente, hasta la mujer que tenía frente a mí pareció desdibujarse. Ni siquiera sentía frío, ni cansancio, ni el peso de mi propio cuerpo. Nada, sólo un vacío tremendo a mi alrededor; me vi flotando sobre un agujero negro.

Asleif se abalanzó sobre mí y me sujetó; me sentí como un muñeco de trapo zarandeado y roto.

—No... no puede ser... —balbuceé—. Apenas han pasado... siete lunas nuevas desde que...

—Su hijo es un bebé, Freya; no lo he visto, pero lo comentó la esposa de un comerciante.

—Es... es del todo imposible.

Asleif me ayudó a sentarme en un tocón, fue a buscar un balde de agua, empapó un trapo y me lo puso en la frente. Estaba helado.

—¿Mejor?

Negué con la cabeza, y negué con el corazón. Eso no podía ser cierto, no tenía sentido. Gunnar sería incapaz de yacer con una mujer cuando me acababa de perder, por no mencionar lo poco probable que era traer al mundo a un niño de tan temprana gestación. No, me dije, estaban en un error.

—Seguro que es una confusión —mascullé más para mí misma.

—Sólo hay una manera de comprobarlo —opinó ella.

Miré a Asleif; en su celeste mirada vi lo que había de hacer.

Me puse en pie, aún algo mareada, y me dirigí a los establos seguida por la guerrera.

—No necesito compañía —repuse atravesando los portalones.

La mujer sonrió sarcástica, sacudió la cabeza y enfiló hacia uno de los caballos.

—Claro que la necesitas, no tienes ni idea de dónde queda Agder, pequeña *bondi*.

Resoplé y asentí claudicando.

Ambas pertrechamos con premura las monturas, nos cubrimos con

gruesas capas y montamos con ligereza.

—Gracias —proferí.

—Tengo debilidad por las discusiones de pareja —arguyó
guiñándome un ojo.

Sonreí quedamente y aticé mi montura.

Partimos al galope.

Un lobo huyendo

El viento meció nuestros cabellos; el mío, negro, como un velo mortuorio, como mi ánimo, funesto y lúgubre, y el de Asleif, blanco y brillante, como la estela de una estrella, como las alas de la paloma de la Anunciación, como un manto de plata ondeante que seguía de forma hipnótica.

Atravesábamos los páramos, como si en verdad fuéramos dos valquirias en caballos alados. Íbamos equipadas con el *byrnie*, la cota de malla, sobre nuestras camisolas cortas, el ancho cinturón tachonado, el cinto donde pendía nuestra espada y las altas botas de piel, atadas con cintas cruzadas que cubrían nuestras rodillas, no dejando lugar a dudas acerca de nuestro estatus: guerreras de un rey.

Los cascos de los caballos resonaban con fuerza en la helada tundra; mi cuerpo sofocaba las bruscas sacudidas del animal, cuando saltaba un peñasco rocoso invadido por el musgo, o sorteaba un tronco caído. Apretaba los dientes, aspiraba el fresco aroma a pino, levemente teñido de humedad, y de la podredumbre que emanaba de la madera en descomposición, e intentaba espirar parte de la furia y desasosiego que me carcomía por dentro.

Saber que pronto lo tendría frente a mí me consumía de impaciencia, pero también de inquietud. Estaba convencida de que no pensaba desaprovechar la oportunidad de demostrarle que no era una aparición; lo que ocurriera después, sólo los dioses lo sabrían.

El desvaído sol invernal comenzó a descender, dorando las cumbres y recortando contra la lontananza las altas montañas.

Más allá, vislumbré un nutrido grupo de cabañas, junto a una cascada que brotaba de uno de los impresionantes macizos y se derramaba en una pequeña laguna horadada en la roca.

El paisaje era impresionante. Un halo húmedo sobrevolaba el entorno.

Frenamos nuestras monturas y nos miramos.

—Agder —anunció Asleif circunspecta.

Avanzamos de nuevo, lentamente, hacia la aldea.

Varios convecinos nos miraron intrigados, algunos con temor. En diversos carros, graznaban ocas y gansos apresados en jaulas; en torno a una fogata, algunas mujeres molían grano en un burdo mortero de piedra, mientras otras cocían masas de pan circulares en una amplia cazuela plana de hierro sobre las brasas.

Una de ellas me miró con claro estupor, se llevó la mano a la boca y trastabilló en un intento de incorporarse.

—Hola, Helga.

La mujer de Thorffin retrocedió tambaleante, negando con la cabeza.

—Loki nubla mi vista.

Desmonté y me acerqué a ella.

—No, tu vista es perfecta, soy yo.

Parpadeó incrédula, se frotó los ojos con insistencia y su mano aleteó temblorosa hacia su pecho.

—Freya, ¿también piensas torturarnos a nosotros?

Resoplé y sacudí la cabeza. Me acerqué a otra mujer y me planté frente a ella, me agaché y con mi daga corté uno de los humeantes panes. Sonreí y soplé mi bocado. Lo comí gustosa, deleitándome en el sabor a miel y a suero de leche.

—Delicioso.

Helga permaneció con la boca abierta, y expresión horrorizada.

—¡Soy yo, maldición, soy Freya!, de carne y hueso, no morí, Eyra salvó mi vida, y todo este tiempo he estado recuperándome.

Helga cayó de rodillas, trémula; sus ojos se nublaron de lágrimas y compuso un mohín desolado que no pude resistir. En dos zancadas la alcancé y la abracé con fuerza.

—Ssshhhh... soy yo.

Los sollozos la sacudieron, pero también el alivio; reía y lloraba casi al unísono.

—¡Freya! ¡Oh, mi buen Balder! ¡Estás viva!

Le alcé el rostro y limpié sus húmedas mejillas.

—Vine a recuperar a Gunnar.

Parpadeó repetidas veces, hipó y miró contrita hacia atrás.

—Cuando te vea...

—Ya me ha visto.

Abrió asombrada los ojos, su rostro se oscureció.

—Está preso de un hechizo —musitó apesadumbrada.

—Al que pondré remedio mientras me quede un aliento de vida —aseguré con determinación.

—Freya... has de saber... —comenzó a decir atribulada.

—No —la interrumpí—, no puedo creer que tenga un hijo, es imposible.

Helga asintió con semblante compasivo.

—Mas lo tiene, y creo que es lo único que lo ancla a este mundo.

Negué consternada. Me puse en pie y miré en derredor. Aquella afirmación era como un agujón envenenado en mi pecho, que emitía alternativamente oleadas de furia y dolor, de igual intensidad. Ese «imposible» comenzaba a diluirse. Gunnar había podido tomar a otra mujer preso de... la rabia, el dolor o simplemente enturbiado por los brebajes. Y ese solo pensamiento me hizo temblar de cólera.

—¿Dónde está?

—Freya...

—¿Dónde está? —repetí entre dientes.

—En la última cabaña —respondió—, la que está pegada a la montaña, pero Freya... deja al menos que lo avise.

Hice caso omiso de sus palabras y me encaminé a través de la aldea con paso raudo. Asleif me siguió.

En mi avance, reconocí rostros que a su vez me miraban demudados.

Caminé a grandes zancadas, ceñuda, decidida, pero con un atroz nudo en la garganta, con temor y ansiedad, pero, por encima de todo, con la abrumadora necesidad de tocarlo, de echarme en sus brazos sin importarme nada más.

Una mano frenó bruscamente mi avance.

—Freya.

Miré furiosa a Asleif, que me sujetaba con fuerza el codo, pero cuando seguí la dirección de su mirada, mis latidos se detuvieron de repente.

Sentado en una banqueta, con la espalda apoyada en la gran pared de roca que protegía la aldea, Gunnar acunaba a un bebé.

Aquel temible *ulfhednar*, ese indómito y brutal guerrero inmisericorde, que sesgaba implacable la vida de sus enemigos, ese que

había perdido la humanidad, ese que se hallaba sumido en el oscuro mundo de Loki, observaba con enternecida mirada a aquel hermoso pequeño, prodigando en su abrazo el amor que le profesaba.

Cerré los ojos y suspiré; las lágrimas acudieron nublando mi vista, mi corazón dio un vuelco, mi estómago se agitó.

Temí desvanecerme; trastabillé, y Asleif me sujetó.

Contemplé de nuevo aquella conmovedora escena y mi corazón sangró.

Aquél no era mi hijo, mi hijo yacía en una tumba fría, sin haber tenido siquiera la oportunidad de formarse por completo; aquél era el fruto del hombre que amaba con otra mujer, la prueba de que, a pesar del dolor, de la desesperación, de la pérdida, siempre había un camino a la esperanza. Como el agua que intenta ser retenida, pero que al final encuentra la manera de filtrarse por algún resquicio y continuar su recorrido. La vida seguía sin mí, y aquella certeza me destrozó, pues a mi dolor se sumó la bajeza de mis pensamientos, mi egoísmo.

En una ocasión, Gunnar se había sacrificado por mí, por mi felicidad, por lo que creyó que sería mejor para mi vida. Y ver aquel diminuto ser entre aquellos poderosos brazos, observar la suavidad y el mimo con que lo sostenía, el orgullo de su rostro, y el amor en su mirada, había sembrado una desgarradora duda en mi interior. Yo jamás podría darle hijos, jamás podría regalarle ese semblante, de igual modo que jamás lo compartiría con otra mujer. Y si regresaba a su vida, indefectiblemente, y aunque él visitara a esa criatura, le arrebataría la oportunidad de criarlo junto a la madre de su hijo, de disfrutar a diario de su vida, de sus enseñanzas y de su protección.

Después de saber cuánto había sufrido por mi causa, ¿gozaba yo del derecho a arrebatarle uno de sus sueños? ¿Podría todo el amor que sentía por él compensar eso?

Me volví ahogando los sollozos, que, estrangulados, se deshacían en mi interior provocando unas sacudidas tan dolorosas que temí que me reventara el pecho de agonía.

—¡Vámonos! —logré musitar.

Asleif abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Has perdido el juicio? Lo tienes ante ti, has de enfrentarte a él.

Me faltaba el aire, la sensación de ahogo se acentuaba por momentos. Me sentía mareada y tenía náuseas.

—No... ahora no... Necesito... pensar.

—¡Por Odín, Freya, reacciona, él te necesita!

—Yo... jamás... —ya no pude reprimir más mis sollozos. Caí de rodillas y me cubrí el rostro con las manos— ... conmigo... nunca...

Asleif se arrodilló a mi lado y me abrazó.

—Será mejor que nos vayamos, volveremos cuando estés preparada para enfrentarte a él.

Me ayudó a ponerme en pie, pero siguió sin soltarme.

Helga nos abordó con el miedo pintado en el rostro.

—¡Por los dioses! ¿Qué ha ocurrido?

Negué con la cabeza, incapaz ya de replicar.

—Volveremos en otra ocasión —respondió Asleif.

Helga asintió compungida; intentó formar una sonrisa condescendiente pero su gesto se congeló, mudando a la estupefacción, cuando miró tras mi hombro.

Intrigada, me volví y lo que vi terminó de hundirme en el más profundo y oscuro abismo.

Un mujer se hallaba acucillada frente a Gunnar; parecía conversar con él, mientras acariciaba al bebé. De espaldas a mí, sólo puede ver su esplendorosa melena lacia y dorada como el sol, y la cercanía que mostraba con él.

Quise morir, quise gritar, quise correr hacía allí y golpearla, quise aullar al cielo y maldecir a los dioses, quise que la pared de roca se desplomara sobre ellos, pero, de todo lo que me embargó en ese momento, lo único que conseguí hacer fue huir.

El viaje de vuelta había sido el más veloz de mi vida. Obligué a mi montura a un sobreesfuerzo atroz, en una cabalgada enloquecida.

Por mucho que me alejara de aquel lugar, desesperada por huir del dolor, éste aumentaba lacerándome, afilado y cruel.

Al sufrimiento, se unió el abatimiento, la aparente indiferencia por todo, la ira contenida, la frustración. Me sentía como un animal enjaulado, acorralado, dividido entre dos impulsos que tiraban de mí constantemente. A veces tenía ganas de regresar y enfrentarme a él, de hacerlo mío y al cuerno con todo lo demás, y otras, de alejarme todo lo posible, regalándole la familia que ahora lo arropaba.

Apenas habían pasado dos días, en los que ni hablaba ni comía ni dormía, tan sólo miraba el fuego, y lloraba. Una incipiente determinación comenzaba a cocerse al calor de aquella hoguera de la que apenas me despegaba.

Eyra refunfuñó a mi lado, cuando aparté por enésima vez el cuenco humeante de guiso.

—No tengo hambre.

—Me importa un bledo —arguyó la anciana—; no te salvé la vida para permitir que ahora mueras de hambre.

—No te pedí que me salvaras.

—Suenas a reproche, muchacha desagradecida.

—No voy a comer —insistí.

Eyra, poniendo los brazos en jarras, me contempló con el ceño fruncido, asintió con severidad y salió de la cabaña en la que yo misma me había recluido.

La imagen de Gunnar con su nueva mujer y su bebé me atormentaba sin cesar. Yo tan sólo era una visión a la que se había acostumbrado; tal vez viviera siempre en su recuerdo y en su corazón. De cualquier modo, lo peor lo había superado, y el tiempo seguramente haría el resto. Sólo encontré un camino para mí, y era el regreso a mi querido Toledo, a los brazos de mi madre, de mi gente, a mis orígenes. Sin Gunnar, mi vida allí carecía de sentido.

La puerta se abrió de golpe, y Eyra entró junto con Hiram y Sigurd.

—Sujetadla —pidió Eyra.

Al instante, ambos hombres me inmovilizaron, mientras me obligaban a abrir la boca. Forcejeé inútilmente mientras Eyra inclinaba el cuenco de sopa sobre mis labios. Tragué y tosí casi al tiempo.

—Tú decides: o te alimento a la fuerza o por tu voluntad, pero te alimentarás, condenada testaruda.

—¿Me obligarás a atarte y a engordarte como a un ganso? —inquirió Hiram mostrando su enfado.

Negué con la cabeza.

—Comeré —accedí—, pero soltadme.

—De acuerdo, pero no nos moveremos de aquí hasta que acabes hasta la última gota.

Regalé a Hiram una mirada airada, cogí el cuenco y bebí de él todo el contenido.

—¿Satisfechos?

—Dejadnos solas —pidió Eyra.

Hiram asintió mientras me miraba con honda preocupación.

Cuando los hombres salieron, Eyra se sentó frente a mí.

—Tiene un hijo, y ¿qué?, maldita sea —profirió colérica—. ¿Acaso no eres capaz de perdonar un momento de alivio, y más creyéndote muerta?

Negué con la cabeza y sentí que me pesaba, casi tanto como me pesaba el corazón.

—No se trata de perdón, Eyra, todo lo contrario. No, no puedo reprocharle nada, pocos hombres han sufrido tanto como él —aclaré con la mirada perdida.

—Y, aun así, ¿pretendes alargar su agonía evitando el encuentro? —me increpó indignada.

—No habrá ningún encuentro.

Eyra se levantó de golpe con ofuscación.

—¡Si tengo que traerlo ante ti, lo haré, y creo que ya he tenido demasiada paciencia, muchacha estúpida!

—Sea como fuere, Eyra, él tiene una familia; conmigo nunca la tendrá.

Eyra abrió demudada los ojos; al cabo se pasó las manos por el cabello, resopló y se sentó de nuevo.

—¿De veras crees que tiene una familia? ¿No escuchaste lo que contó Thorffin? ¿No lo viste salir del *skáli*? ¿No entiendes que ya no es un hombre? Es mi hijo; lo vi crecer, vivir, luchar y sufrir, y lo que me encontré el otro día no era él, sino una vil sombra, que yo ayudé a crear. Y te juro, Freya, que no pararé hasta recuperarlo, hasta volver a uniros, ¿y sabes por qué?

Las lágrimas recorrían nuevamente mis mejillas y el nudo de la garganta me atenazó con más fuerza; logré sostenerle la mirada, pero fui incapaz de hablar.

—Porque sin ti está muerto.

Bajé derrotada la cabeza, gemí y sollocé.

—Ningún hijo, ningún terreno, ninguna mujer, ninguna riqueza, conseguirá que su corazón lata como antes.

—Eyra... yo vi cómo miraba a ese niño... yo... Oh, Dios, Eyra... los perdí a ambos...

La anciana, con los ojos húmedos, se acercó hasta mí y me cobijó en su abrazo.

—No, a él no, a él nunca lo perderás porque estáis unidos por toda la eternidad.

Cogió mi rostro en sus manos y me clavó una mirada conmovida y penetrante.

—Os pertenecéis, ¿lo oyes? Encontraréis la manera de que pueda estar en contacto con el niño, pero lo primero de todo es convencerlo de que no eres parte de sus sueños. Lucha, te lo ruego, lucha por él.

Su súplica me desgarró el alma.

Recordé una ocasión en que Gunnar me explicó cómo, de la tragedia de una persona, surgía la felicidad de otra. Cómo la rueda del destino jugaba con nosotros, cómo sus avatares moldeaban nuestras vidas. Sin mí, había nacido un niño y una mujer gozaba del favor del mejor hombre del mundo; un rey había ganado al mejor guerrero, y una princesa y su hermano habían escapado del infortunio a manos del cruel Hake, y de ese suceso, Halfdan tendría el linaje real que unificaría los reinos. ¿Qué ocurriría si regresaba a su vida? ¿Qué otros acontecimientos trastocarían mi decisión?

Suspiré cansada, desolada y angustiada.

—Ahora, Eyra, comprendo algo que antes no entendía: si el destino se empeña en separarnos, ¿por qué he de luchar contra él? Desde el principio todo lo tuvimos en contra, y luchamos denodadamente por nuestro amor. Dime, ¿de qué nos sirvió? Tras tantas trabas, intrigas y traiciones, ahora comprendo que mi sitio no es éste, que ambos estaremos mejor separados, porque nada podemos contra la Providencia, nada, Eyra, y te juro que a nadie le duele esta verdad más que a mí. El Oráculo me advirtió; tal vez sea mi futuro, tal vez en otra vida... pero no en ésta.

Eyra hundió los hombros, su faz se oscureció y su rictus se tensó con un dolor agudo.

—No puedes estar más equivocada —repuso con voz estrangulada—. Las trabas no son sino pruebas, que has de salvar. Un amor como el vuestro es envidiado hasta por los dioses; si renuncias a luchar es que tu amor por él no es tan profundo como creía.

—Es justo a la inversa: renuncio a él porque lo amo y lo amaré hasta el fin de los tiempos. Y a mi lado sólo hallará sufrimiento.

Eyra permaneció en silencio mientras negaba con la cabeza. Su

desolación me apuñalaba.

—Entonces el error es mío —adujo con honda tristeza—; creí que eras un lobo, pero los lobos no huyen, los lobos no abandonan a su manada.

Un fantasma emergiendo de las sombras

—¿Es cierto que te vas?

Miré a Valdis, y en su expectación vislumbré con pesar un deje de alivio.

Asentí, mientras removía el *skir*; la blancura de la leche agria lamía en círculos las paredes del barril donde lo preparábamos.

—Sí, en unos días parto hacia Haithabu, y tranquila, Hiram no me acompañará.

Ni Hiram, ni Sigurd, ni Erik, ni Ragnar, ni Thorffin, ninguno de los hombres de Gunnar aceptaba mi decisión, mirándome con clara decepción y profundo resentimiento.

—No me importa lo que haga Hiram —repuso Valdis, ceñuda.

—Bien; en tal caso, le pediré que venga conmigo, sé cómo convencerlo.

La muchacha me fulminó con la mirada; su rubicunda expresión se asemejó al cobre de sus cabellos.

—Valdis, no soy ciega, deja de disimular; estás loca por él.

—Y él por ti —murmuró resignada.

—No lo creo, tan sólo soy un capricho pasajero; admito que está... encandilado, pero no me ama, porque en su fuero interno sabe que jamás podré corresponderle.

—Eso no impide amar —replicó la joven en apenas un susurro—, pues yo tengo el mismo convencimiento y soy tan necia que no puedo contener mis sentimientos.

Apoyé una mano en su hombro, y lo presioné ligeramente.

—Por eso sé que no me ama, acepta su derrota sin luchar. Es momento de que cambies de actitud, Valdis; conquístalo, lucha por él.

—No sé cómo —confesó abatida.

—Tienes todas las armas, sólo te falta el convencimiento de que lo lograrás.

Los azules y brillantes ojos de la muchacha me miraron esperanzados.

—¿Por eso te vas? ¿Porque perdiste el convencimiento de recuperar a tu esposo?

Desvié la mirada y la fijé en aquel líquido espeso y lechoso que giraba sin cesar, como lo hacía el destino.

—Me voy porque finalmente acepto que fuimos derrotados por el destino, y que éste nos perseguiría implacable hasta volver a destrozarnos. Me voy porque vi una tenue luz de esperanza, y de sosiego, en la vida de Gunnar, porque tengo el convencimiento de que conseguirá reanudar su vida sin mí. Tal vez una vida incompleta, pero tranquila.

Esta vez fue Valdis la que posó la mano en mi hombro.

—No lo entiendo, Freya: me pides que luche, cuando tú misma te niegas a hacerlo. Para poder ganar una guerra, se han de vencer muchas batallas. Claro que serás derrotada en algunas, pero si abandonas... las anteriores victorias carecerán de sentido.

Me volví hacia ella con lágrimas en los ojos.

—Hemos pagado ya un precio muy alto, ¿qué será lo próximo que perdamos en la siguiente derrota?

—Tal vez sea una victoria lo que os aguarde. Sólo los dioses pueden saberlo.

Asentí, sólo los dioses tenían aquella respuesta. Y entonces supe que el Oráculo llevaba razón, acudiría de nuevo a él.

Cuando entré en la cabaña del Oráculo, me asaltó un aroma extraño, a humedad, a rancio y bosque de pinos, con un deje acre muy acentuado.

—Heme aquí de nuevo, anciano, tal como vaticinasteis.

—Siéntate, muchacha, tu tristeza te precede.

Obedecí, crucé las manos sobre mi regazo y lo observé taciturna.

—Veo que por fin te sometes a la voluntad de los dioses. ¿Dónde quedó tu altanería? ¿Qué fue de tu coraje, mujer loba?

—Fueron vencidos por un niño.

Fijé la atención en la trémula llama de la vela que apenas lograba empujar las acechantes sombras que dominaban la estancia.

Los acuosos ojos lechosos del hombre parecieron clavarse en los míos. Sentí un escalofrío.

—¿Qué buscas en mí?

—Una respuesta —contesté.

—Dame la mano, mujer.

Se la ofrecí, y una vez más la posó sobre su rostro. Aquella aura helada me asaltó de nuevo; era el aliento gélido del anciano, un resuello del frío ultramundo.

—Pregunta.

—¿Hago lo correcto?

Tras un instante de silencio, deslizó mi mano por su ajado y huesudo rostro y la colocó sobre la mesa con la palma hacia arriba.

—Sí y no.

—Eso no me aclara nada —rezongué contrariada.

El anciano se encogió de hombros.

—Haces bien huyendo del halcón, y del niño, pero no de tu destino.

Resoplé confundida y nerviosa.

—¿Y cuál es mi destino, anciano?

—Aquel que tu misma forjes.

—Dijisteis que Gunnar ya no existía en mi presente, que me alejara, que los dioses no me eran propicios.

El hombre suspiró y alzó la barbilla, su ceño se frunció.

—Yo no he dicho tal cosa —replicó tajante.

—¿Osáis...?

—Fueron los dioses los que te enviaron ese mensaje, no yo. Mis palabras las recuerdo perfectamente: te dije que meditaras, que no te dejases llevar por la ira, sino por la astucia. Te dije, mujer lobo, que los dioses sólo ponen a prueba los corazones más valerosos... Por tu decisión, compruebo que has seguido el consejo de los dioses, no los míos.

Me levanté ofuscada, mi mente era un caos.

—Frena la ira, y piensa en frío —agregó con serenidad—. ¿Se te ha ocurrido pensar que quizá la prueba sea ésta? Envolverte en un ardid, en una trampa, en un burdo engaño.

—No hay engaño alguno en lo que vieron mis ojos.

—¿Estás segura? Dime, ¿qué viste?

Tragué saliva, las palabras se me atoraron en la garganta, carraspeé y por fin logré musitar:

—Vi... vi a mi esposo con su hijo en brazos, y... vi a la madre del niño... juntos, como una familia.

El anciano sonrió con cinismo, negó con la cabeza y me conminó a sentarme nuevamente.

—Tu ceguera es mayor que la mía. En realidad sólo viste a una mujer, a un niño y a tu esposo acunándolo. Y es bien sabido que tu esposo es presa de los crueles juegos de Loki. Ambos estáis atrapados en las irrealidades que forjan las intrigas. Despierta, muchacha, y despiértalo a él. Y rápido, se acerca una sangrienta guerra por el trono y, si no estáis unidos cuando llegue, ninguno se salvará.

Sentí ganas de llorar; la angustia y al mismo tiempo la liberación quemaban mis entrañas.

—Si los dioses no me ayudan, ¿por qué lo hacéis vos?

—Los dioses te prueban, yo te empujo, pero ni de ellos ni de mí depende tu destino, sino de ti misma.

—Quedo en deuda con vos, anciano —musité agradecida.

—Lo que acabo de decirte no es sino lo que grita tu propio corazón, sólo leo en él. No existe deuda alguna.

Incliné la cabeza respetuosa y me alejé hacia la puerta.

—Tan sólo te pido algo a cambio —murmuró con voz lúgubre y cansada.

Aguardé junto a la puerta, el hombre se retiró la capucha y dirigió su ciega mirada hacia mí.

—Cuando llegue mi final, no espero piedad, mas sí premura.

Lo miré confusa durante un largo instante.

—Y ahora marcha, mujer loba; lo último que veré ya de ti serán tus colmillos.

—¡Que los cuervos devoren sus nauseabundas entrañas!

Alcé el rostro de mi cuenco, como casi todos los congregados en el *skáli*, para observar la indignación del rey.

—¡Que las más viles alimañas desmiembren su cuerpo mientras su corazón aún lata! ¡Por Odín, yo mismo presencié semejante visión!

Halfdan se levantó impetuoso y caminó alterado de un lado a otro del fuego.

Sus consejeros, Thorleif Spake el Sabio y el gran Orn Oso Pardo susurraron quedamente con semblante preocupado.

Thorffin y Ragnar abandonaron su puesto en la larga mesa para

compartir el desasosiego del monarca, mientras Erik sonreía mostrando su maltrecha dentadura a una joven sirvienta al tiempo que se rascaba la entrepierna con fruición. Asombrada, comprobé que aquel peculiar gesto de seducción daba sus frutos, pues la muchacha, arrebolada, le devolvía la sonrisa. Alcé la vista al techo y resoplé.

—¿Ves, Freya? Ni sin dientes pierdo mi apostura —susurró sin dejar de agasajar a la joven con su horrenda sonrisa.

—No se puede perder algo que nunca se tuvo.

Hiram se atragantó con la cerveza y casi la escupe sobre Valdis, que frente a nosotros nos miraba curiosa. Ambos se miraron y estallaron en carcajadas.

Erik me miró mostrando su indignación.

—Veo que olvidaste mis dotes de conquista, en cada fiesta me cobraba una pieza —replicó ofendido.

—Lo único que recuerdo es ver perros correr.

Hiram se carcajeó doblado en dos, mientras golpeaba la mesa con el puño; Valdis reía estentóreamente, contagiando las risas a su alrededor.

Erik me fulminó con la mirada.

—Pues creo que la que va a tener que correr serás tú, y ni tendré que molestarme en perseguirte, ya hay quien desea darte unos azotes.

Seguí su mirada, que al instante brilló maliciosa.

El rey se dirigía ceñudo hacia mí.

Cuando llegó a mi altura, sentí su poderosa presencia detrás. Lo ignoré cogiendo de nuevo el cuenco entre mis manos.

—¿Osas burlarte de mi desdicha? —bramó.

Me volví lentamente hacia él.

—No me burlaba de vos, mi señor.

—Ponte en pie para hablar con tu rey.

Suspiré largamente, y me levanté del banco para encararlo.

—Cuando el rey llora, su pueblo llora; cuando el rey grita, su pueblo grita; cuando el rey ríe, su pueblo ríe. ¿Acaso me he reído?

Negué con la cabeza sosteniendo su oscura y enfurecida mirada.

—Serás castigada.

Abrí los ojos con estupor.

—¿Quiere decir eso que vos también lo seréis? He creído entender que pueblo y rey habrían de sentir lo mismo.

Apenas fui consciente de que su mano se alzaba, hasta que restalló

contra mi mejilla, me tambaleé y me desplomé contra el banco.

—La insolencia se paga con latigazos, date por satisfecha con mi clemencia.

Sentí la tensión de Hiram; logré posar la mano en su muslo y presioné ligeramente para que se abstuviera de intervenir. El guerrero se envaró; no fui capaz de mirarlo.

La mejilla me quemaba y la ira desbordaba mi ánimo.

Me puse de nuevo en pie y lo enfrenté mirándolo con desprecio.

—Agradezco, pues, vuestra clemencia, y más cuando sirve para desfogar frustraciones. ¿Os sentís ya mejor?, ¿o necesitáis continuar golpeando a mujeres?

Los afilados ojos negros del rey resplandecieron coléricos. Bufó como un buey, me cogió por la muñeca y me arrastró con violencia al exterior de la casa comunal. Nadie se atrevió a seguirnos.

Salimos al frío de la noche, me llevó hasta el campo de entrenamiento y desenfundó su espada.

—Ármate —ordenó iracundo—. No eres una mujer, eres una perra insufrible, una loba sibilina. Eres un guerrero que habré de matar o tomar para tranquilidad de mi alma.

Miré a mi alrededor y luché por no perder el control; localicé una espada junto a la empalizada y fui por ella seguida por el cuervo más ofuscado que jamás existió.

—Anoche la tomé —silbó entre dientes—, Ragnhild fue mía.

Empuñé mi espada y me coloqué en posición.

—Y no lo conseguí, mi futura reina no lo logró.

Fruncí el ceño y lo observé temerosa y desconcertada.

—¿Qué fue lo que no logró?

—Hacerme sentir una mínima parte de lo que tú me provocas, tan sólo estando en la misma estancia que yo.

Halfdan retiró un mechón de su larga melena negra, separó las rodillas y cruzó su espada en el aire; el sonido me erizó la piel.

—¿Qué artero hechizo elaboró esa vieja *völva* para hacerme perder el juicio de esta manera?

Nos miramos desafiantes mientras deambulábamos en círculos.

—Existe una cura —musité—: dejadme marchar y el hechizo se romperá.

La boca de Halfdan se arqueó en una sonrisa insolente.

—¿He dicho que quiera curarme?

Negó con la cabeza, perpetuando esa sonrisa ladina. Su penetrante mirada me recorrió con lascivia.

—Lo que en verdad deseo —agregó estirando las palabras— es caer preso de tu hechizo, loba; lo que en verdad me corroe por dentro es la necesidad de hundir mi espada en ti... una u otra, la que prefieras.

Se frotó la visible erección que llenaba sus calzas y se lamió los labios.

—Ni la una ni la otra, mientras me quede un aliento de vida —sentencié apretando los dientes.

—Elegiré yo, entonces.

Y tras esas palabras, el cuervo desplegó sus alas.

Halfdan, con la velocidad de un ave rapaz, se cernió con vehemencia sobre mí.

Contuve con bastante fortuna las primeras estocadas. En cada choque, el impacto recorría mi brazo en oleadas dolorosas. No tuve más remedio que esquivar cuanto me fue posible cada envite. En mi continuo retroceso, cada vez más debilitada, más angustiada, me apercibí de que me estaba acorralando contra el extremo del cercado.

Cuando mi espalda tocó la valla, Halfdan frenó mi estocada con su espada, pegó la frente a mi acero y lo hizo retroceder con la cabeza hasta acercarse a mi rostro. De un solo e impaciente movimiento, me desarmó y apresó mis labios.

Lo mordí y él gruñó.

Pero no desistió: su lengua incursionó en mi boca con la violencia de una furibunda ola contra un acantilado. Jadeé y lo empujé, lo golpeé y sólo conseguí animar su pasión.

—Esta noche, loba, serás mía, o los dioses bajarán del Asgard dejando sus tronos a los hombres.

Me debatí impotente. Lo maldije, y giré la cabeza evitando su boca. Halfdan, desesperado, me sujetó por la melena y tiró de ella hasta alzarme el rostro.

—No luches contra tu destino; Odín te trajo hasta mí, y mi reina serás.

—Ni me llamo Ragnhild ni puedo daros hijos; romperías la profecía, atraerías la desgracia sobre vuestro pueblo y la ira de los dioses.

Halfdan me miró largamente, embebiéndose de mi rostro.

—Ya tengo a quien va a dármelos. Ahora conseguiré lo que realmente quiero, una reina guerrera que batallará conmigo fuera y dentro del lecho.

—¡No soy vuestra reina! —repliqué furiosa.

—No, no lo es.

Nos volvimos hacia esa voz fría, grave y susurrante.

Gunnar nos observaba cabizbajo; sobre su cabeza, la de aquel lobo desecado. En su poderoso y desnudo pecho, cubierto por la plata de una luna llena, unos extraños símbolos destacaban en complejos trazos oscuros.

—Ella es mi *draugr* —susurró quedo—, el fantasma que me persigue, y mi *nidstang*, mi maldición, la muerte que tanto anhelo, pero que me rehúye.

Contuve la respiración y sentí que el corazón se detenía en mi pecho, que la sangre se agolpaba en mis miembros y la cabeza giraba sin parar.

—Ella, rey Halfdan —continuó amenazante—, es mía incluso muerta. No entiendo por qué intentáis atrapar un fantasma, ni por qué la veis con tanta claridad como yo, sólo sé que verla en los brazos de otro hombre, rey o no, me desquicia, a pesar de saber que es el envoltorio que usa Loki para torturarme.

—Arrebátamela, entonces, *ulfhednar*.

Halfdan me liberó y se encaró a Gunnar. Ambos afianzaron sus pies, sopesaron sus aceros y se desafiaron ceñudos y concentrados.

—Gunnar —proferí en un quebrado hilo de voz que logré arrancar de mi cerrada garganta.

Ambos me ignoraron. Se observaban tanteando sus fuerzas, escudriñándose con fiereza.

—¿Te enfrentas a tu rey por un fantasma? —recriminó Halfdan.

—Pelearía por ella hasta convertida en piedra.

Halfdan fue el primero en descargar un mandoble que Gunnar contuvo con maestría.

Deseé gritar que no era un fantasma, deseé abalanzarme a sus brazos, deseé llorar de impotencia, pero supe que cualquier movimiento rompería su concentración, haciendo peligrar su vida. Me obligué a permanecer inmóvil con el corazón sangrante de agonía. Clavé las uñas en la empuñadura de la espada y observé cómo luchaban aquellos dos formidables gigantes.

Gunnar mostraba una ferocidad que yo jamás había visto, pero, a la vez, una frialdad y un control sobrecogedores.

Sus largas trenzas se mecían en cada giro; la cabeza del lobo se reclinó como una capucha, danzando de un lado a otro en cada movimiento, confiriéndole la ilusión de estar vivo, como si se debatiera tras su espalda presto para saltar sobre su enemigo. Aquella impactante imagen de verlo luchar como un letal depredador, de ver su hermoso cuerpo, surcado por extraños símbolos, su amplio y remarcado pecho atravesado por cintones de cuero, sus rasgados ojos entrecerrados centrada en la pelea, ausente de todo excepto de su enemigo, encogió mi estómago. ¿El dolor podía cambiar tanto a un hombre?

Halfdan se afanaba en resistir los mandobles que tan certeramente descargaba Gunnar; aun así, se vio obligado a retroceder en su posición, abrumado por la rapidez de su adversario.

—Probé el sabor de tu *draugr*, y no fui el único que tomó su boca — musitó de forma entrecortada Halfdan, como artimaña de distracción—. Es deliciosa esa perra lujuriosa tuya —agregó regalándome una fugaz mirada anhelante.

Gunnar lo fulminó con la mirada; la luna destelló en sus claros ojos. Apretó los labios, frunció el ceño y enconó sus continuos lances.

—Probasteis los labios de Loki, miserable, no los de ella —silbó entre dientes.

—Permíteme demostrártelo.

Halfdan retrocedió sin volverse, alargó una mano y apresó mi brazo con fuerza, acercándome a él.

Gunnar se detuvo con la espada alzada y la mirada indescifrable.

Halfdan sonrió malicioso y, sin dejar de apuntar su acero hacia Gunnar, me pegó a su costado, rodeando mi cintura con la mano libre.

Su mirada brilló ladina.

—Aunque no lo parezca, te estoy otorgando un gran favor —me susurró—, uno que espero me sea devuelto algún día.

—¡Soltadme, cuervo repulsivo!

Y tomó mi boca con vehemencia. Lo empujé fútilmente y pateé su pantorrilla.

Oí un movimiento delante de nosotros y, antes de poder discernir lo que ocurría, Halfdan me puso de parapeto frente a él, ante el ataque de Gunnar.

Frenó su espada cuando casi ya rozaba mi pecho.

—¿A qué esperas? Ella es sólo una ilusión, se diluirá ante nosotros y no habrá motivo que nos enfrente —incitó el rey.

Gunnar se sumergió en mis ojos; el dolor que había en ellos era abrumador.

—No quiero que desaparezca, por mucho que me atormente.

—Soy yo, amor mío, estoy viva, vine por ti —gemí desesperada.

—¡Entonces, llévame, llévame de una maldita vez! —suplicó con voz quebrada—. ¿Es éste, pues, mi final, mi Freya? ¿He de caer bajo el acero de mi rey? ¿Serás tú la valquiria que me guíe al Valhalla?

Cayó de rodillas ante nosotros e inclinó derrotado la cabeza.

—He deseado tanto este momento —musitó en un apagado hilo de voz.

Intenté zafarme de Halfdan, las ganas de abrazarlo me desgarraban. Las lágrimas inundaban mis ojos y la impotencia deshacía en amargor la ira que me sacudía.

—En tus manos está, loba, tú decides su destino.

Halfdan acercó la boca a mi oreja, aspiró mi aroma, su mano se abrió contra mi vientre, ciñéndome contra su cuerpo, en mis nalgas noté su dureza. Supe lo que esperaba de mí, como supe que le daría cuanto me pidiese.

—Conoces mis deseos como yo los tuyos.

La risa apagada del rey me sacudió con él.

—Bien. —Me soltó fijando la mirada en Gunnar, quien, inclinado, esperaba su final—. Disfrutad mientras yo os lo permita; pronto será mi turno y no admitiré tretas, ni réplicas.

El rey se alejó a grandes zancadas; volutas de aliento envolvían su cabeza fundiéndose con la noche.

Dibujando con humo una realidad

Caí de rodillas frente a Gunnar, cogí su cabeza con las manos y busqué su mirada.

—No quiero que me dejes sólo en el Valhalla —gimió desesperado—, no quiero que me dejes nunca. Ata tu alma a la mía y llévame a la eternidad contigo.

Su mirada se nubló; pegué mi frente a la suya ahogando los sollozos en mi garganta.

—Al único sitio adonde te llevaré es a mis brazos.

Rodeé su cuello y lo estreché con fuerza. Cerré los ojos y liberé el torrente de emociones que me sacudían.

Deseé que me abrazara, que sus fuertes brazos alejaran de mí el frío y la angustia vivida. Pero permanecía inerte, trémulo y confuso.

—Abrazame, te lo suplico —rogué entre sollozos.

—Lo he intentado tantas veces, mas nunca lo conseguí.

—Inténtalo ahora.

Gunnar me contempló con desconfianza; sin embargo, en sus hermosos ojos brilló el anhelo.

Alzó lentamente los brazos; su semblante esperanzado me rompió el alma.

Cuando me envolvió con ellos, dejó escapar un suspiro asombrado. Sus manos palparon mi cuerpo, acariciaron mi espalda, se hundieron en mi melena al tiempo que sus ojos se agrandaban desconcertados.

—¿Ya estoy muerto? ¿Por fin estamos juntos?

—No, mi amor, ninguno de nosotros está muerto.

—Sé que es otro de tus engaños, Loki, pero no me importa.

Cerré los ojos, dejando que las lágrimas rodaran por mis mejillas, negué con la cabeza y, cuando los abrí, vi una mirada enamorada y hechizada, y entonces no pude aguantar más las ganas de besarlo.

Acerqué mi boca a la suya, cogí su rostro con las manos y besé sus

labios, primero con dulzura, despacio, saboreando aquel mágico instante. Gunnar se dejaba hacer, permitiendo que jugueteara en su boca, que lamiera sus labios, que besara su barbilla, su mentón, la punta de su nariz, mirándolo tras cada pausa, antes de volver a su boca.

Busqué paciente su respuesta, introduje la lengua entre sus labios y la enredé con la suya. Froté mi cuerpo con el suyo, contoneándome lasciva. Mi deseo emergió voraz, y gemí en cada incursión; enredé los dedos en su nuca y devoré su boca con hambre acumulada.

Entonces, la pasividad de Gunnar se derrumbó.

Me estrechó con fuerza mientras su lengua exploraba mi boca como si respirara a través de ella, con esa desesperación de quien degusta su último deseo concedido, de quien huye de la muerte y disfruta de cada paso, de quien descubre un hálito de vida en su maltrecho cuerpo y se aferra con todas sus fuerzas a esa débil esperanza.

Gunnar gruñía mientras sus puños agarraban gruesos mechones de mi melena y su lengua me llevaba al delirio. El beso ganó violencia, la necesidad nos poseyó, como si de nuestras bocas manara ambrosía y estuviéramos a punto de morir de hambre.

Jadeamos, gemimos, gruñimos.

—Freya... mi Freya... no quiero despertar, nunca... no quiero... si sólo puedo tenerte en sueños, que así sea...

Apenas me separé de él para contemplar conmovida aquel fiero rostro desgarrado de dolor.

—No soy un sueño, amor mío, y voy a demostrártelo.

Mi alma gritaba, mi corazón gemía transido de amor, mi cuerpo se rebelaba. Lo necesitaba en mi interior como nunca antes. Sólo entre sus brazos me sentía viva, sólo allí el mundo tenía sentido.

—Tómame, Gunnar, y no me sueltes, yo no lo haré.

Su mirada, anegada en lágrimas, intensa y voraz, recorrió mi cuerpo.

—Jamás te solté Freya, y jamás lo haré.

Deslicé mi túnica por los hombros, lentamente, deleitándome en su expresión. Uno frente al otro, de rodillas, devorándonos con la mirada, el mundo se desdibujó a nuestro alrededor.

La luna perdió brillo, el prado, color, el frío se evaporó, las montañas se diluyeron... Estábamos solos...

Arrastré mi túnica hasta las caderas, ansiosa por pegarme a su pecho, por sentirlo en mi piel; mis pechos despertaron, mi hambre se desató

furibunda.

Me lancé a sus brazos, y él me acogió en ellos al tiempo que tomaba mi boca.

Sentir sus manos recorriendo mi espalda, su lengua imponiéndose a la mía, su pasión despertando frenética, derritió mis sentidos.

Me tendió encima de la húmeda hierba y se cernió sobre mí con una expresión soñadora, que me hizo pensar en las veces que habría creído estar de esa forma. Y no era eso lo que yo quería. Lo que quería era demostrarle que no era otra de sus muchas ilusiones.

—¿Te hablaba las otras veces que me presentaba ante ti? —pregunté frenando su avance, mientras posaba las palmas de las manos en su pecho.

—No, sólo me sonreías y me besabas.

—¿Qué te hace pensar el que lo haga ahora?

Su semblante se contrajo pensativo y confuso.

—Qué quizá por fin esté más cerca de la muerte y, por lo tanto, de ti.

Deslicé la punta de los dedos por su firme mandíbula y paseé mis ojos por sus labios, estrangulando las ganas de besarlo.

—Es justo lo contrario —musité perdida en su boca—. Estás más cerca de mí porque la muerte está lejos de nosotros. Gunnar, amor mío, tócame, soy real.

Le cogí la mano y con ella cubrí uno de mis desnudos senos.

Gunnar miró su propia mano y luego a mí con el ceño fruncido y la mirada turbia.

—Soy real, no morí, amor mío. Eyra me salvó. Siénteme, mi león, volví por ti, y ni Loki ni los dioses me apartarán de tu lado.

Le rodeé la nuca, atrapando entre los dedos su cabello, y acerqué su rostro al mío. Su mirada esmeralda se clavó en la mía con una intensidad que me secó la garganta.

—¡Te necesito, Gunnar! ¡Dios, te necesito tanto!

—Freya...

Se apoderó de mi boca, como un conquistador ávido tomando con su ejército un reino ansiado. Mi necesidad de él era tan acuciante, tan dolorosa, que me entregué sumida en un delirio enardecido.

Nos besamos con tal violencia que nuestros dientes chocaban y nuestras lenguas batallaban, que nuestras manos se hundían con hosquedad en la piel del otro, afanosas por encontrar un alivio a nuestra locura, una cura a nuestra hambre.

Se coló con premura entre mis piernas, manipuló sus calzas y me embistió con una rudeza que me envaró, arrancando de mí un grito que sesgó la quietud de la noche, como el aullido de un lobo.

Me aferré a sus poderosos hombros, y moví las caderas al unísono, con la misma vehemencia que él. En cada embestida sentía que moría un poco, mi vista se enturbiaba y el placer me sacudía con violencia inusitada. Se apartó de mi boca y me contempló con el rostro constreñido de placer y dicha.

—¡Bésame! —supliqué con desespero.

—No.

Gruñía y gemía enardecido mientras clavaba su ardiente mirada en la mía.

—Quiero... ver... tu rostro... No quiero... que vuelvas a... desaparecer —jadeó.

—Nunca, mi amor —respondí.

Sus acometidas se intensificaron. El golpeteo seco de la carne contra la carne, el sentirme tan llena de él, tan cobijada en su cuerpo y él en el mío, me recordaron la larga ausencia sufrida este tiempo atrás, el dolor soportado y el hambre contenida. Y de mí escapó un sollozo.

Arqueó el cuello hacia atrás, alzó el rostro a la luna y dejó escapar un alarido, mitad humano mitad animal, que me erizó la piel. El sonido reverberó en la noche como el manifiesto de un cántico espectral, como el hechizo de una *völva*, como el aliento de una criatura mágica que pende pesada sobre el bosque, enmudeciéndolo.

Se derramó en mí, tensando todo su cuerpo, y no sólo era placer lo que manaba de él, era la misma emoción que me estrangulaba a mí. Era el inmenso alivio por hallar cuanto necesitábamos. Esa sensación de plenitud, de sentirnos completados, de dicha compartida, de liberar cuanto agujoneaba nuestros maltrechos corazones. De reencontrar algo que creímos perdido para siempre.

Hundió el rostro entre mi cuello y mi hombro y sollozó con violencia.

Lo abracé con toda la fuerza de la que fui capaz, y lloré con él.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que encontró las fuerzas para incorporarse sobre mí y clavar su enrojecida mirada en la mía.

—Necesito que me hagas una promesa —consiguió mascullar.

Asentí con una sonrisa afectada.

—Promete que no desaparecerás con el día.

—Y tú promete no soltarme nunca.

—Nunca lo hice y nunca lo haré.

Me abracé de nuevo a él, susurrando en su oído cuánto lo amaba.

—¡Estás temblando! —exclamó con asombro.

Se irguió apenas para escrutar-me con aguda atención.

—Está helando —contesté pragmática.

Arrugó el entrecejo, paseó la mirada por mi desnudo torso para terminar indagando en mi rostro. Y, de repente, un destello iluminó sus ojos, una llama de conocimiento tildó sus facciones y su boca se abrió demudada. Recibió un golpe de realidad tan grande que palideció y enrojeció casi al unísono. Agrando los ojos y palpó con creciente curiosidad mi mejilla, mi rostro, mis cabellos.

Gimió sobresaltado ante mi innegable consistencia. Acto seguido, se inclinó nuevamente hacia mi pecho y pegó la oreja a mi corazón. Yo podía oír el suyo atronar agitado.

—¡Por los dioses, late!

Se incorporó con las palmas de las manos hundidas en la hierba a ambos lados de mi cuerpo. Jadeaba impresionado.

—No es posible... moriste en mis brazos —exhaló turbado.

—Cuando Eyra quiso ofrecerme cristiana sepultura, se dio cuenta de que estaba viva. Creo que le debo a mi religión estarlo, pues, si me hubiera dispensado vuestro ritual pagano, nada habría quedado de mí.

Se puso de inmediato de pie y a mí con él. Me cogió en brazos, estrujándome contra su pecho, y caminó a buen paso.

—¿Adónde me llevas?

—Vas a demostrarme que no estoy soñando.

Recorrió el sendero hasta el gran *skáli*; cuando me apercibí de que pretendía entrar conmigo en sus brazos, me debatí un poco.

—Deja al menos que me cubra.

Aflojó su abrazo y maniobré arduamente para recolocar la parte superior de mi túnica. Gunnar clavó su llameante mirada en mis pechos antes de cubrirlos, con esa expresión desgarrada entre la realidad y la ilusión, en la que la esperanza afloraba a pasos agigantados.

—Lista.

Le sonreí y besé su mejilla. Se estremeció y me miró con semblante grave, aunque podía ver cómo la ilusión crecía en su mirada.

Ascendió la escalinata hasta la puerta principal y la atravesó con decisión.

Varios pares de ojos nos miraron impresionados.

Por fortuna el rey no estaba presente. En una mesa, Thorffin, Erik, Ragnar e Hiram, que bebían cerveza joviales, se pusieron en pie a un tiempo, con la sorpresa tildando sus semblantes.

Gunnar caminó conmigo en brazos hasta ellos. Se plantó enfrente y los miró con fijación.

—¿Podéis verla?

Lo pronunció en un tono tan entrañablemente desesperado que me encogió el corazón.

Sus hombres lo contemplaron con una sonrisa emocionada.

—Sí, hermano —comenzó a decir Thorffin condescendiente—. La vemos igual que te vemos a ti. Tu Freya regresó de entre los muertos, Eyra la trajo para ti. Vive, y ya es hora de que tú también lo hagas.

Todos contuvimos el aliento ante la pasividad de Gunnar.

De pronto, me soltó con suavidad y caminó hasta la hoguera, se detuvo frente a la crepitante fogata y la observó durante un largo instante.

Al cabo, se volvió hacia nosotros y nos miró uno a uno. Por último, sostuvo largamente mi mirada.

Thorffin apoyó la mano en mi hombro, en un gesto de apoyo. Hiram hizo lo mismo en mi otro hombro; Erik y Ragnar me cogieron de las manos.

—Toma a tu esposa y llévatela muy lejos de aquí.

Fue Hiram quien habló.

Gunnar caminó hasta mí con lentitud, sin dejar de atravesarme con aquellas impresionantes gemas verdes que opacaban todo lo demás. Mi pulso se aceleró cuando lo tuve delante.

Alargó la mano hasta mi rostro, deslizando la yema de los dedos por mis labios. Cerró los ojos como si mi tacto lo turbara.

—¡Por Odín, eres real!

Un velo húmedo cubrió su mirada. Su rostro se congestionó conmovido. Atrapó mi rostro entre sus grandes manos y me besó con fruición.

Cuando me soltó, fue para volver a cogerme en brazos y sacarme de allí a grandes zancadas.

Ya no noté el frío de la noche; me cobijé dichosa en su pecho y cerré

los ojos sin importarme nada más.

Me adentró en una cabaña, cerró la puerta a su espalda de una patada y me depositó en un amplio lecho junto al hogar.

—Quiero saber muchas cosas —dijo, desajustando los cintones de cuero que bridaban su pecho—, pero ahora tengo demasiada hambre acumulada para centrarme en otra cosa que no sea devorarte.

Se zafó de la piel de lobo y se liberó de las ceñidas calzas que perfilaban su imponente deseo. El dorado resplandor de la hoguera perfiló sus majestuosos músculos, poderosos y elásticos. Las sombras danzaban sobre su hermoso cuerpo a medida que se movía. Su gruesa virilidad basculaba pesada y altiva a cada paso; tragué saliva deseosa de sentirla en mi interior.

—Si continúas mirándome así, me derramaré incluso antes de tocarte.

Me desprendí insinuante de mis ropas, mientras me relamía con lascivia. Gunnar me recorrió con mirada turbia.

—Haré algo más que mirarte, bárbaro del demonio.

Sus ojos refulgieron solazados, y sus labios se ampliaron en una sonrisa lujuriosa.

Cuando hincó la rodilla en el lecho y se abalanzó sobre mí, que lo aguardaba de rodillas, apresé su erguida masculinidad en mi mano y lo besé mientras acariciaba su exaltado miembro. Gunnar gruñó en mi boca.

—Mi loba.... —gimió aferrando con fuerza mis nalgas.

Lo empujé hacia atrás, obligándolo a sentarse, y me monté a horcajadas sobre sus caderas. Me colgué en sus hombros y lo besé mientras acomodaba mi cuerpo al suyo facilitando la incursión. Cuando descendí sobre su palpitante mástil, dejé escapar un largo gemido que Gunnar sofocó con la boca. Sus manos recorrían mi espalda como serpientes sinuosas que erizaban mi piel y despuntaban mis sentidos. Mis erectos pezones rozaban su pecho en un vaivén que comenzaba a descontrolarse. Me cimbreé sobre él, estirando mi placer, lánguida pero apasionada, alargando un clímax que se respiraba cercano.

Gunnar gruñía mientras mordisqueaba mi cuello. Sus grandes manos elevaban mi trasero para hacerlo descender con brusquedad, y en ese momento se afirmaba dentro de mí, inmovilizándome un largo instante, degustando la tirantez de aquella profunda penetración. Entonces me sujetaba la mandíbula con la mano libre y me obligaba a enfocar la vista en él.

—Viva o muerta... me enloqueces.

Y tomó mi boca con hosca avidez.

Nuestras lenguas se enredaron, se frotaron, se exploraron, en un pulso candente que nubló nuestros sentidos. Y, de improviso, tan súbito que ni siquiera fui consciente de su llegada, el placer estalló en mí, arqueándome con violencia. Gunnar me sujetó por las caderas aprisionándome contra él, mientras me sacudía y gemía desaforada.

El foco de calor que fundía mi entrepierna fue aliviado con la humedad que fluía abruptamente de mí. Me derretí en sus brazos; laxa y floja, me derrumbé en su pecho.

—Todavía no he acabado contigo —musitó con semblante contenido.

Me deslizó hacia atrás y se alzó sobre mí; su largo cabello castaño claro cosquilleó mis hombros.

—Aún intento asimilar si eres real —susurró quedo—. Aún tiemblo como un niño perdido en el bosque, aún parpadeo ante la luz que trata de abrir la oscuridad en la que todavía me hallo. Sólo te ruego una cosa: si eres real, no te despegues de mí, y si no lo eres... —hizo una pausa en la que su mirada se veló de nuevo y sus facciones se contrajeron de amargura—... si no lo eres, si mañana al alba ya no estás a mi lado, yo mismo acabaré con mi tortura, liberando mi alma de las crueles artimañas de Loki. No me importa si no entro en el Asgard, pues sé que tú no estás allí. No sé dónde estarás, pero te juro, por todo cuanto soy, que daré contigo de nuevo.

Un mano helada estrujó mi corazón. Contuve el aliento y las lágrimas, y meforcé a sonreír confiada.

—Mañana, al alba, renacerás a mi lado, como yo lo acabo de hacer entre tus brazos.

Pude sentir cómo un escalofrío lo recorría, cómo la esperanza lo devastaba, cómo el amor lo constreñía. Y cuando se inclinó sobre mi boca, cuando atrapó mis labios y buscó mi lengua, algo me resquebrajó por dentro, sacudiéndome con violencia. Fue un impacto que liberó todo un incontenible torrente de emociones: dicha, miedo, súplica, anhelo, esperanza, plenitud. Y un amor tan inmenso, tan hambriento y salvaje, que todo mi cuerpo se abrió en canal para dejar salir al animal que anidaba dentro, ese lobo feroz movido por los más primarios instintos.

Y, entonces, marqué mi territorio, clavando las uñas en su espalda, mordiendo sus labios y gruñendo ante su violenta embestida.

Rodamos sobre el lecho, desfogando en nuestros cuerpos toda el hambre contenida y todo el dolor sufrido.

Gunnar enloqueció. Su brusquedad y contundencia liberó la furia que albergaba contra el destino sobre mi cuerpo; en cada embestida, en cada beso, en cada hosca caricia, escapaba cada lágrima derramada por mi muerte, cada momento de locura, de rencor y de desolación.

Cuando el paroxismo nos rindió a un clímax conjunto, cuando nuestros cuerpos gimieron exhaustos y doloridos, cuando nuestras miradas se despejaron y nuestros animales se retiraron satisfechos del festín, nos abrazamos rendidos, trémulos y emocionados.

Cobijada en su pecho, que se sacudía agitado, cerré los ojos con un solo pensamiento y una amplia sonrisa.

Lo había recuperado, o eso creí entonces.

Una mujer olvidada por la felicidad

Abrí los ojos y parpadeé repetidas veces intentando aclarar mi vista. La penumbra vestía la cabaña, aunque el ajetreo exterior evidenciaba que el día se hallaba ya en todo su esplendor.

Distinguí una silueta sentada junto a mí en el camastro. Sonreí y me despecé cerrando los ojos. Recibí un suave beso en los labios, y una caricia en mi mejilla; mi sonrisa se amplió. Unos dedos se pasearon por un mechón de mi cabello, rozando mi pecho. Me estremecí.

—Mmmm... no despiertes de nuevo al lobo, o no podremos dar un paso —murmuré juguetona.

—Es en lo único que pienso, en despertarlo para mí.

Aquella voz me envaró, despejando mi aturdimiento de un plumazo. Abrí sorprendidamente los ojos y mi primera reacción fue intentar cubrirme con la manta y retroceder hasta la pared.

Miré asustada a mi alrededor con semblante desencajado.

—¿Qué... qué haces aquí?

Halfdan dibujó una media sonrisa pretenciosa, alzó la ceja izquierda y me guiñó un ojo.

—¿Sabes? Llevo un buen rato aquí sentado, observándote, preguntándome por qué demonios no te tomo de una maldita vez y acabo con mi tormento. Y aún no he encontrado respuesta.

—¿Dónde está Gunnar, maldito?

Intenté imprimir a mi voz un tono amenazante, sin conseguirlo. El miedo comenzó a aflorar inundando mi pecho, como si gotitas de escarcha lo cubrieran.

—Gunnar está donde tiene que estar, a mi servicio.

En un fiero impulso, aferré con fuerza la manta de pelo y me encaré a él fulminándolo con la mirada.

—¡No vas a separarlo de mí! —siseé furibunda—. ¡Porque te juro que antes te mato!

El hombre se inclinó hacia mí, sosteniendo con gravedad mi mirada.

—Voy a darte un consejo, perra endemoniada: no te acerques a mí, no me tientes, porque yo sí que te juro que mi templanza pende de un hilo. Anoche, presencié cómo tu bárbaro te poseía sobre la hierba, cómo se hundía en ti y cómo te retorcías bajo él, y a punto estuve de matarlo allí mismo. Pero es demasiado valioso para mí. Así que esperé, a la intemperie, pegado a la puerta de esta cabaña, escuchándote gemir. Y tejí mi plan.

Se puso en pie; su mirada libidinosa me recorrió con anhelo.

—Regresé al *skáli*, descargué mi frustración en mi reina, rogando a los dioses un instante de calma, de alivio, de conmiseración, pero no me escucharon. Ni siquiera pude tomarla porque sólo ardo por ti. Y sé que acabaré enloqueciendo si no te consigo.

—Acabarás muerto si me consigues —escupí con desprecio—, porque, si osas tomarme a la fuerza, lo pagarás con tu vida.

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—No es lo que pretendo ni lo que me satisfará. Lo que realmente ansío es que seas tú quien me busque, quien suplique yacer conmigo, quien se rinda a mis pies.

—Eso no ocurrirá ni en el mejor de tus sueños —proferí sardónica.

Sonrió con prepotencia; sus oscuros ojos se entornaron ligeramente, brillando con perfidia.

—Pobre loba, te tengo en mis manos y aún no te has dado cuenta.

Contuve el pavor que me producían aquellas palabras, pues las sabía tan ciertas como que el sol salía por el este y se ponía por el oeste.

—Escúchame —suavizó su voz y se acercó de nuevo a mí—: tú quieres algo que yo tengo y yo quiero algo que tienes tú. Hagamos un intercambio.

El abatimiento comenzó a mellar mi ánimo; el dolor, a barrer mi interior, y el miedo, a estrangular mi pensamiento con visiones aterradoras.

Asentí apenas; respiraba agitadamente.

—Dime que Gunnar está bien, necesito verlo.

—Gunnar está en Agder. Mis hombres lo llevaron allí con su verdadera mujer y su hijo. Es donde debe estar hasta que acuda a la batalla al frente de mi ejército.

—Eso... eso no puede ser —gemí desolada.

—No voy a engañarte —confesó lacónico—. Llamé a esta puerta en mitad de la noche. Gunnar me abrió, lo hice salir y mis hombres lo golpearon por detrás. Ordené que lo llevaran junto a su familia, y que lo obligaran a beber doble ración del brebaje.

—¡Para enturbiar de nuevo su conciencia! —casi grité clavando las uñas en la manta—. ¡Para hacerle creer que esta noche fue fruto de su imaginación, para convertirlo en un esclavo servil, en un alma en pena, en un monstruo furioso, en la más temible arma para tu ejército!

Halfdan asintió mientras observaba mi rostro con semblante pétreo.

—Soy su rey, y me debe su vida y cuanto posee. Y no lo liberaré hasta que cumpla su cometido... y hasta que tú cumplas el tuyo.

Sentí unas tremendas ganas de llorar, que amordacé con la lazada de cólera devastadora que me asaltó. No me sometería, pero habría de fingir que lo hacía.

Retiré la manta y me mostré desnuda ante él. Una llama violenta prendió sus ojos.

—¡Adelante, mísero rey, aquí me tienes!

Tras pasear con delirio la mirada por cada tramo de mi piel con una expresión duramente contenida, apartó la vista y se dirigió a la puerta.

—Así no —musitó clavando los ojos en los míos.

—Así, ¿cómo?

—Furiosa y dolida.

Me dio la espalda y caminó hacia la puerta.

Resoplé con fuerza, froté mi rostro con desesperación y entonces sí, la angustia me oprimió con tanta fuerza que un violento sollozo escapó de mí.

—Gunnar amenazó con matarse si al alba yo no estaba con él. Y si muere, ninguno de nosotros obtendrá lo que quiere. Yo moriré con él... y tú conmigo. Palabra de loba.

Halfdan se volvió y me contempló un largo instante.

—Dudo que Gunnar recuerde lo que pasó anoche, y hasta es posible que no recuerde ni su nombre. Quizá me excedí en la dosis, los celos son una emoción difícilmente gobernable. —Me dedicó una sonrisa maléfica—. En cuanto a ti, voy a darte un consejo: no lo busques, porque, si lo haces, ordenaré que lo maten. Ahora cálmate, reflexiona y, cuando estés preparada, tranquila, sumisa y ardiente, búscame. Serás mi perra lujuriosa y complaciente hasta que parta a la batalla; entonces y sólo entonces,

cuando se decida mi suerte en ella, liberaré a tu Gunnar y podréis marcharos lejos de mí. Palabra de rey.

Salió de la cabaña con paso firme, dejando tras de sí la ponzoña de su presencia, de su mirada y de sus palabras.

Sentí ganas de chillar, de llorar y de luchar. De correr tras él y clavarle mi daga en la espalda.

Acorralada, ésa era ahora mi condición. Estaba a su merced, a su capricho. Y supe que sólo había dos caminos posibles: o me convertía en su amante o buscaba la manera de acabar con él. La segunda posibilidad fue la que más me sedujo, aunque quizá, para llevarla a cabo, tendría que utilizar la primera.

Tenía que matar a Halfdan Svarte el Negro.

Pensar en Gunnar de nuevo inmerso en su burbuja de irrealidad, abotargado por el maldito brebaje, ausente y torturado, me superó. Y, de repente, el fugaz latigazo de un pensamiento alejó mi pesadumbre.

Salí del lecho y me vestí con premura.

Aspiré una gran bocanada de aire y apreté los dientes. La furia me sacudía, debía controlarme. Aguardé inmóvil un tiempo, mirando los rescoldos de la hoguera, trazando el plan en mi mente, regodeándome ante cada paso marcado, disfrutando de mi inminente venganza.

Ahora más que nunca necesitaba de mi astucia; nada de lágrimas, ni de compasión, nada de lamentaciones ni súplicas. No, aquella Freya había muerto; aquella mujer que fue vapuleada por el destino, que gimió su amargura y aguantó los estoques enemigos, había desaparecido.

Golpe por golpe, lance por lance.

Halfdan probaría su maldad. No era tan sagaz después de todo, pues, en lugar de esconder su punto débil, lo mostraba con imprudencia. Yo era su debilidad, y ante mí sucumbiría.

Me descubrí sonriendo en una mueca extraña, y en ese momento supe que nada ni nadie me detendría. Que la mujer que saldría de esa cabaña no era la misma que había entrado. Que iba a demostrar a dioses y a hombres que yo, una mujer olvidada por la felicidad, lucharía hasta desfallecer por conseguirla y que no importaban las armas que habría de esgrimir, sólo el fin. Era mi turno.

Forzando un pacto

Asleif me contempló con un marcado asombro en su gesto. Jadeaba y sudaba por el esfuerzo. Bajó su espada y con el ceño fruncido negó con la cabeza.

—¡Me has vencido! —exclamó todavía incrédula.

—Me has enseñado bien —repliqué adusta.

—Ninguna mujer lo había hecho —adujo admirada.

Sonreí sin que aquel gesto alcanzara mis ojos.

—He enseñado a muchas —agregó ella, mientras me evaluaba desde una nueva perspectiva—, y he de confesar que ninguna aprendió tan aprisa, ni ninguna logró ganarme un combate.

El ocaso se derramaba lánguido, bruñendo de cobre las cimas de las nevadas montañas que nos rodeaban. En cuanto la noche cayera, la helada sepultaría el poblado recluyendo a los hombres al resguardo de sus cabañas. El blanquecino resuello que escapaba de nuestras gargantas permanecía espesamente visible entre nosotras. Cada bocanada quemaba mi pecho; sin embargo, habría continuado peleando si Asleif no hubiera aceptado su derrota.

—Estoy segura de que ninguna tuvo tantos motivos como yo para aprender.

Asleif me escrutó ceñuda, intentando leer mis pensamientos.

—No sé qué pretendes, Freya, pero sea lo que sea es peligroso.

—Pretendo ser una *skjaldmö*, una doncella escudera, e ir a la batalla.

La mujer abrió los ojos desmesuradamente y negó con la cabeza.

—Freya, creo que hay un requisito que nunca cumplirás.

Sabía que sólo doncellas virginales, mujeres que renunciaban a su femineidad y maternidad, podían formar parte de esa facción guerrera que se integraba en las huestes reales.

—A la maternidad renunció mi cuerpo —expuse con dureza— como pago a la supervivencia; la femineidad será para mí un arma, como lo es

la espada que ves en mi mano. He yacido voluntaria y apasionadamente con dos hombres, me forzó un *jarl* y desea doblegarme un rey. Mi cuerpo no es puro, pero lo es mi corazón, pues he sido fiel a él desde siempre, y desde el corazón te digo que esta que ves ante ti es una guerrera.

Asleif vio con claridad mi determinación, y un amago de sonrisa curvó su boca.

—En tal caso, y puesto que ese mismo rey permite que te entrene, te unirás a las *skjaldmö* y partirás con él a la batalla.

—¿Se necesita algún tipo de ceremonia para el nombramiento? —pregunté.

—Tan sólo mi propuesta y la aprobación del rey.

—¿Y a qué esperamos?

La sonrisa de Asleif se ensanchó complacida y orgullosa. Sus ojos azul hielo chispearon entusiasmados.

—Vamos entonces —aceptó—, me muero por saber qué dirá mi rey.

Caminamos con paso regio, espalda envarada y un aplomo tan apabullante en cada zancada que la gente que nos cruzábamos se detenía a mirarnos con aguda curiosidad.

Entramos en el *skáli* juntas, una al lado de la otra, con nuestras ropas de entrenamiento, armadas, sudorosas, desgredadas y vehementes. Asleif, con su físico tan opuesto al mío... ella de cabellos casi blancos, yo completamente negros; ella de piel pálida en extremo, yo dorada como el sol de la tarde; sus ojos del color de los glaciares, los míos, ámbar como la resina seca... pero ambas poderosas y seguras.

Halfdan se hallaba sentado en su trono y conversaba con sus generales. Los hombres enmudecieron ante nosotras, observándonos con creciente intriga y un atisbo de desagrado.

La zaína mirada del rey se clavó en mí; la alerta destelló en ella. Pude percibir cierto envaramiento en su porte, y una velada inquietud turbando su regio semblante.

Asleif inclinó ceremoniosa la cabeza, pero yo no la imité. Permanecí erguida y desafiante.

—¿Qué quieres, mujer? —prorrumpió hosco y ceñudo.

—Mi señor, vengo a pedir vuestra aprobación para incorporar a una nueva *skjaldmö* en mis filas.

—Asleif la Blanca, ¿de quién se trata?

—Se trata de Freya la Loba —respondí yo, adelantándome un paso.

Halfdan me fulminó con los ojos. Con mirada entrecerrada, me escrutó pensativo. Sus hombres me contemplaban desaprobadores.

—No es como vosotras; en ningún sentido, además —objetó esbozando una sonrisa burda.

—Nada que me impida pelear para defender vuestros dominios o ampliarlos —contesté incisiva.

Thorleif Spake el Sabio, el ladino consejero, se inclinó sobre su rey.

—Pero, señor, incumpliría las normas, los dioses...

—Deja a los dioses tranquilos, Thorleif —interrumpió Halfdan poniéndose en pie—. Las ofrendas están para contentarlos, y las victorias, para agasajarlos.

Se acercó a mí con esa permanente sonrisa pretenciosa, y me rodeó, observándome desde su altura, como un halcón acechando a su presa, sabedor de que pronto se abalanzaría sobre ella.

—Y cualquier espada capaz de luchar por mi causa, pura o impura, se ha de tener en cuenta, y más si la empuña una fiera loba.

Se detuvo frente a mí; alcé el rostro para sostener su penetrante mirada.

Cogió mi barbilla inmovilizando mi rostro y se acercó más a mí.

—Dime, Freya la Loba, ¿estarías dispuesta a morir por mí?

Los murmullos en el salón se apagaron de repente.

La tensión que se respiraba se podía cortar con una daga. Algo crepitaba a nuestro alrededor, y ese algo preocupaba sobremanera a los presentes, por su intensidad. Yo sabía perfectamente qué los inquietaba, y era la excesiva atención que me prodigaba su rey. El hechizo que yo ejercía sobre él no pasaba desapercibido a sus súbditos.

—Estoy dispuesta a vivir y a luchar por vos.

Y sonreí para mis adentros; acababa de poner la primera piedra en mi lado de la balanza.

Halfdan me contempló triunfal, casi se relamía.

—En tal caso, arrodíllate ante mí.

Lentamente ejecuté su orden; hincé una rodilla en el suelo e incliné la cabeza, mostrando mi lealtad.

Una gran mano se posó con los dedos abiertos sobre mi cabeza, ejerciendo una ligera presión, ratificando su poder sobre mí.

—A partir de ahora, Freya la Loba, como mi más fiel *skjaldmō*, me deberás obediencia, sumisión y respeto. Lucharás bajo mi mando,

entregando tu vida y cuanto necesite de ti.

Aquella última apreciación flotó a mi alrededor, con precisas escenas de lo que requería de mí. Pude ver con claridad en sus ojos de obsidiana el deseo que manaba de sus pensamientos. Y sería aquel deseo el que acabaría no sólo con su reino, sino también con su vida.

—Ponte en pie —ordenó complacido.

Lo hice y en ese momento me topé con una angustiada mirada azul.

Ragnhild me observaba con marcada indignación; a su lado estaba su hermano Guthorm, un niño asustadizo, de grandes ojos celestes. Ella apenas era una muchacha, de facciones angelicales y belleza dulce y aniñada. Pero en aquella mirada no rezumaba la inocencia ni la ingenuidad precisamente, sino un rencor tan manifiesto que casi podía sentir cómo me golpeaba; un rencor que trajo a mi memoria otra mirada, negra y ladina, la de Amina.

—Batallaremos juntos, loba guerrera —sentenció ante el agrio desagrado de sus hombres—. Ya puedes irte, a menos que vengas con otra exigencia.

Y esa exigencia llegaría, pero cuando terminara de ultimar mi plan.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento; con orgullo, me volvía para abandonar el *skáli* cuando me topé con algunos pares de ojos reprobadoramente asombrados.

Hiram, Sigurd, Ragnar, Eric y Thorffin se pusieron en pie en el momento en que recorrí el largo pasillo y salieron tras de mí.

Asleif se despidió de mí con un leve gesto y corrió a su cabaña. La helada ya cubría de escarcha el suelo, los tejados y las cercas.

Me estremecí. Mi falda corta, mi cota de malla, mi peto de cuero y mis botas altas eran ineficaces para combatir la gelidez que me abrazaba con tanto ahínco.

Cuando los hombres me alcanzaron y me rodearon inquisidores, yo me abracé entre temblores.

Hiram se desprendió de su capa de pelo y me cubrió con ella.

—Vayamos a tu cabaña —sugirió Thorffin—. Tienes muchas cosas que contarnos y, a juzgar por lo que acabo de ver, es probable que nos lleve toda la noche; no quiero morir congelado, aunque temo morir de angustia por lo que intuyo.

Descendimos el serpenteante sendero entre cabañas apiñadas, hasta alcanzar la que ocupaba con Eyra. Un buen fuego nos invitó a refugiarnos

del helor que nos abotargaba. Eyra daba vueltas al humeante contenido de una marmita suspendida de un gancho sobre el crepitante hogar.

Nos contempló ceñuda y observó de nuevo la sopa, calculando mentalmente las raciones.

—A menos que traigáis una hogaza de pan —rezongó—, os iréis más hambrientos de lo que intuyo estáis.

—No hemos venido a comer, Eyra, y, si fuera el caso, dudo que me entrara un bocado —farfulló Hiram, mirándome acusador.

De nuevo recibí la abierta desaprobación de los hombres, esta vez con más acritud.

Eyra percibió la tensa preocupación de aquéllos, soltó el cucharón y nos invitó a sentarnos en los largos bancos que franqueaban la austera mesa rectangular.

—¿Dónde está mi hijo?

En su voz asomó un deje ansioso.

—Creo que en Agder —respondí tras soltar el aire contenido.

—¿Y qué demonios hace en Agder? Lo creíamos contigo —replicó huraño Thorffin—. Cuando te vi entrenar esta mañana, me extrañó no verlo a tu lado, pero imaginé que lo habría requerido Halfdan. Pero ha llegado la noche y nada sabemos de él. Y para mi completo estupor, te ofreces míseramente a un hombre que te desea.

—Halfdan lo arrancó anoche de mi lado —expliqué—, lo dejó inconsciente y lo ha recluido en Agder, obligándolo a beber ese maldito preparado que le hace olvidar, confundiéndolo y enloqueciéndolo. Quiere apartarlo de mí hasta que se decida la batalla.

—O hasta que se canse de ti y te eche de su lecho —intervino Hiram con amargura.

Era evidente que todos pensaban lo mismo.

—Sé cuidarme sola —sentencié con firmeza—. Y sé lo que tengo que hacer para salvar a Gunnar y a mí misma de ese cuervo carroñero.

Eyra suspiró apesadumbrada; en su expresión se adivinaba el cansancio y la preocupación.

—¿Y por eso te conviertes en una *skjaldmō* del rey? —apuntó Thorffin contrariado.

—No os atreváis a juzgarme —me defendí furibunda—; nadie sufre más que yo, y nadie hay tan apaleado por el destino como nosotros. Combatiré con lo que disponga, sin importarme nada más. Halfdan es un

escollo en mi camino, y como tal tendré que apartarlo.

Eyra agrandó los ojos, resopló y negó abatida con la cabeza.

—¿Y lo harás tú sola? —inquirió—. ¿Y cómo lo harás? ¿En el campo de batalla o en el lecho? Déjame decirte que subestimas a tu enemigo.

—También él a mí.

—Escúchame bien, muchacha —comenzó a decir Eyra con calma—: todos juntos podremos lograrlo. Todos los aquí reunidos tenemos un arma contra el rey. Yo manejo la astucia y mi don para las plantas; ellos manejan información valiosa, y tú, las mañas para distraer convenientemente su atención, mientras nosotros actuamos. Llegado el momento, cerraremos la trampa y él caerá en ella.

Thorffin miraba con franca admiración a Eyra; los hombres la escuchaban con la misma complacencia.

—Ahora sé de dónde heredó Gunnar sus dotes de estratega.

Eyra sonrió emocionada.

—Y mi fortaleza —añadió convencida—. Es fuerte; resistirá la ponzoña, hasta que logre anularla.

—¿Anularla? —preguntó Ragnar arrugando el entrecejo.

—Sí, aún tengo que descubrir quién prepara la pócima y cambiar los ingredientes que usa por unos inocuos. Pero cuando Gunnar salga del abotargamiento, tiene que haber alguien cerca de él, para hacerle saber lo que está pasando.

—Podemos decírselo a Sigrid; ella no se separará de su lado, y puede mandar llamarnos —propuso Erik.

¡Sigrid!

Aquel nombre me conmocionó. Mi corazón se aceleró y, de repente, todo cobró sentido en mi cabeza, pieza por pieza. En apenas un breve instante, pasé por todo un curioso compendio de emociones que me secaron la garganta, descomponiendo mi rostro en algo parecido a una mueca de sorpresiva y desagradable comprensión.

Tras fulminar con la mirada a Erik, los presentes me observaron conteniendo el aliento.

¡Por todo lo sagrado, el hijo de Gunnar era el de Sigrid! ¡Ella era la mujer de lacios cabellos dorados que hablaba con Gunnar mientras él acunaba al bebé!

Escondí el rostro entre las manos, en un vano intento por contener el torrente de odio visceral que me asaltó.

Cuando por fin logre mirarlos a la cara, todavía temblaba.

—¿Habéis permitido que esté con esa víbora?! —estallé colérica—. Fue ella la que lo planeó todo con Ada. Ella fue cómplice de la devastación de Skiringssal, ella... —No pude seguir hablando, la rabia me sepultaba con una losa que casi me impedía respirar.

Ragnar tragó saliva y bajó la mirada.

—Ella parió un hijo de Gunnar y fue ese niño el único que logró anclarlo a la vida —se defendió Thorffin.

—Dime, Thorffin, ¿acaso es hijo suyo porque ella así lo diga?

Me sostuvo la mirada con semblante indescifrable.

—Ambos sabemos que yació con ella.

—Pero fue una sola vez, y su amante habitual era otro.

Todos clavaron en mí sus intrigados ojos.

—Ulf —añadí con convencimiento.

—¡Que los cuervos de Odín vacíen mis ojos! —espetó Erik impávido—. ¡Gunnar criando al hijo de su enemigo!

Todos me observaron apesadumbrados, excepto Thorffin y Eyra, que se sostenían la mirada con la misma expresión en sus rostros.

—Freya, da igual de quién sea hijo —adujo la anciana ante mi sorpresa—. Ese niño le dio a Gunnar una razón para vivir, hemos de estarle agradecidas a ese engaño.

—¡No! ¡Jamás! —negué con ofuscación. Golpeé violentamente el tablero de la mesa con las palmas de las manos y me puse en pie—. ¡Basta de ardides, basta de jugar con las voluntades y las realidades! No pienso consentirlo más. Esa mujer es una serpiente, fue causante de una desgracia en la que murió demasiada gente, esa mujer...

Perdí la voz, sepultada por la maraña de emociones que me estrangulaban.

Trémula e iracunda, les di la espalda y contemplé el fuego del hogar, pensando que las llamas que crecían en mi interior podrían devorar esa cabaña y hasta era posible que toda la región.

Había ido tras las huellas de un lobo negro y era ese lobo el que me había encontrado a mí, despertando la venganza, el rencor y la furia, emociones que exigían un solo pago: la sangre de mis enemigos.

Mi hijo había muerto, yo casi lo había seguido y Gunnar había sido convertido en una pálida e irreconocible sombra de lo que fue. Ya no había perdón en mi corazón, ni compasión en mi alma, ahora tan sólo

quedaba en mí una cosa: furia.

—Voy a recuperarlo —me oí rezongar en un hilo de voz—. Voy a acabar con mis enemigos. Voy a demostrarles a los dioses que tengo dientes y garras y que sé cómo usarlos.

—Freya —musitó Eyra con suavidad—, nosotros te ayudaremos, pero tienes que dejarnos. Controla tu ira, apacigua tu ánimo, sé cauta y fría, y no enfrentes a los dioses. De nada sirve lanzar piedras al cielo.

—Nos necesitas tanto como nosotros a ti para recuperarlo —señaló Thorffin—. La desmedida ambición de Halfdan le ha creado muchos enemigos. Y eso es bueno para nosotros, pues sólo tenemos que azuzarlos para que se ciernan sobre él. El rey Horik no se fía y ha rechazado la alianza con Halfdan para combatir a los *jarls* rebeldes. Por eso anda de tan mal humor. Además, Horik ha mandado llamar al suyo, Ragnar Lodbrok, en busca de protección. No sólo nos aguarda una batalla contra los sublevados, sino una cruenta disputa entre reyes. Pero, de todos sus enemigos, el más acérrimo y sanguinario es sin duda Hake el Berseker.

—¿Propones que nos aliemos con Hake? —inquirió Ragnar demudado. Se frotó su alopécica cabeza y negó rotundo con la cabeza.

—No, sería una auténtica temeridad —respondió meditabundo Thorffin—. Hake es imprevisible, cruel y traicionero. Pero podemos facilitarle una emboscada y abandonar a Halfdan en la lucha. Somos su escolta, su *hird*, no partiría sin nosotros.

—Partir, ¿adónde? —pregunté.

Thorffin nos contempló con semblante grave, se rascó su frondosa y crespa barba roja y respiró hondo.

—A emboscar a Horik, antes de que su *jarl* llegue en su ayuda. Halfdan trazó el plan esta mañana: quiere conquistar Jutlandia.

—¡Ha perdido el juicio! —exclamó Hiram alarmado.

Thorffin asintió circunspecto, frunciendo el ceño al tiempo.

—No, sigue los pasos que él mismo se ha marcado. Ahora mismo, se abre ante él la única posibilidad de conquistar ese reino. Ragnar Lodbrok dejó desprotegida la región en sus ansias de conquistar nuevos territorios. Ahora o nunca. Y todos sabemos que Halfdan, como un cuervo astuto, nunca desaprovecha una buena oportunidad.

—Su ambición será su tumba —vaticinó Eyra—. Espero que no nos arrastre a ella.

Un crujido proveniente del hogar, seguido de un intenso chispazo

luminiscente, nos envaró.

—Parece que los dioses quieren hablar —barruntó Hiram con preocupación.

Eyra intercambió una mirada grave conmigo, y apretó con fuerza sus delgados labios.

—Pronto partiremos a la conquista —agregó de nuevo Thorffin; en su voz se reflejó una inquietud turbadora—. Lejos de Hedemark, no resultará difícil urdir un engaño y alejarlo de sus hombres de confianza, de Thorleif Spake el Sabio y Orn Oso Pardo. Estoy seguro de que tú, Freya, podrás embaucarlo y entregárnoslo en bandeja donde acordemos.

Asentí, plenamente consciente de lo que encerraría ese «embaucarlo». Para cegar a un pajarraco como aquél, debía ponerse en sus ojos una gruesa venda, y para hacerlo había que estar muy cerca.

—Un paso en falso —advirtió Eyra con gravedad— y moriremos todos. Estamos hablando de traición. Halfdan no mostrará piedad con nadie; tampoco contigo, Freya.

—¿Acaso crees que me importa su piedad si todo se malogra?

Alargué el brazo sobre el tablero, cerrando la mano en un apretado puño, y deslicé la mirada por cada uno de los presentes.

—Sellemos el pacto —murmuré con firmeza.

Uno a uno imitaron mi gesto, y nuestros puños se tocaron al tiempo que nuestras miradas. Se respiraba una tensión pesada y una determinación apabullante.

—Sólo os voy a hacer un ruego —añadí—. Mantened a Sigrid al margen de esto, o estaremos perdidos. El veneno de una víbora nunca se seca.

Miré intencionadamente a Erik, que se rascaba, burdo, su dorada melena despeinada.

—De acuerdo —concedió con un resoplido—, pero alguien deberá estar cerca de Gunnar para tenerlo al tanto de todo cuando recupere el juicio.

—Creo que la persona indicada sería Helga —propuse dirigiéndome a Thorffin.

El gigante rojo asintió y por fin sonrió, relajando el ambiente.

—Mi Helga podrá cambiarle el brebaje por el que le traigan, y observarlo hasta que mejore; entonces le dirá que nos busque, y partirá tras nosotros. Hasta entonces, habremos de rezar para no entrar en batalla

antes de tenerlo entre nosotros. Sobre todo ahora que tú vas a participar en ella.

—Asleif me enseñó bien —argüí orgullosa.

Thorffin me regaló una mirada desdeñosa y esbozó una sonrisa burlona.

—Freya, nada tienen que ver tus entrenamientos con una batalla real. Puede que hayas aprendido algunos movimientos, pero, en un combate a muerte, la experiencia, el temple y la rapidez son las mejores bazas. No serán escaramuzas aisladas, serán hombres corajudos y poderosos, curtidos y experimentados, los que se abalanzarán sobre ti. Reza para no tener que vivirlo.

—No es por lo único que rezaré.

Eyra se puso en pie, descolgó de un gancho un odre de aguamiel y se lo tendió a Thorffin.

—Tenemos un pacto, sellémoslo —alegó con firmeza.

El gigante rojo bebió un largo trago de líquido ambarino y traspasó el odre a Hiram. Uno a uno bebimos con ceremonia; en nuestras miradas encontradas, la emoción que predominó fue una fiera determinación.

El destino de una reina

Me desperté sudorosa y jadeante.

La visión de Gunnar tomando a Sigríð era tan vívida que todo mi cuerpo reaccionó con un malestar tan agudo que sentí náuseas.

Decidida a ahuyentar los desasosegadores retazos de aquella pesadilla, me levanté con vehemencia del jergón, abrí la puerta de la cabaña, cogí un buen puñado de nieve y la froté contra mi adormecido rostro.

Maldije entre dientes en el acto, cerré dando un portazo y me senté frente al hogar. Eyra no estaba en su jergón.

Alimenté el fuego con leños secos y removí las ascuas, pensativa. Saberla cerca de él, utilizando todas sus mañas de seducción, utilizando a su propio hijo para tenerlo cerca, me repugnaba. Y más cuando ella había sido una de las causantes de que yo perdiera al mío.

Me incorporé furiosa y caminé de un lado a otro. Mi mente bullía imaginando un sinfín de situaciones entre ellos: abrazos, mimos, caricias, gestos dulces, y a Gunnar sumido en su bruma de irrealidad, tomándola como me había poseído a mí. Los celos me corroyeron, y el rencor contra el hombre que me había arrebatado a mi esposo creció con tanta intensidad que tentada estuve de buscarlo y clavarle mi daga en el corazón.

Me sorprendí gruñendo e imprecando. De nuevo, me senté e intenté calmar mis fogosos ánimos. Justo en ese momento se abrió la puerta; un ladrido cortó mis pensamientos, y un cálido cuerpo peludo me soliviantó con un cariñoso lametazo en la mejilla.

—Muchacha, si te abocas más al fuego, acabarás dentro de él —me advirtió Eyra. Un viento gélido onduló las llamas, sometiéndolas, hasta que la puerta se cerró de nuevo.

—Ya estoy dentro de mi propio fuego —respondí—, y te aseguro que me está devorando.

—Pues apágalo antes de que te queme —rezongó, depositando un

ganso desplumado sobre la mesa—. Nadie sabe quién prepara el condenado brebaje —masculló contrariada—; he hablado con las mujeres, ninguna tiene el suficiente conocimiento sobre plantas.

—Pero debe de haber un hechicero, una curandera, alguien que atienda los males de la gente... un rey requerirá cura para sus dolencias —repliqué confusa.

—Dicen que Thorleif Spake el Sabio se ocupa de la salud del rey. Tendré que vigilarlo de cerca, en algún sitio guardará sus hierbas.

Gruñí como respuesta y acaricié la cabeza de *Fenrir*.

—Destripa ese ganso, Freya, lo asaremos en la lumbre —ordenó Eyra tajante—. No quiero verte ociosa, o acabarás cometiendo algún desatino.

—Los desatinos de otros son los que están acabando conmigo, Eyra.

—Sea como fuere, tú no los cometas —sentenció con mirada admonitoria—. Y, ahora, voy en busca de Thorleif; todos piensan que soy una *völva*, así que no se asombrará de que le pregunte por un hongo en cuestión. El tiempo nos acecha, Freya, no puedo permitir que partas a la batalla sin asegurarme de restablecer a Gunnar.

—Si no consigues cambiar el filtro —murmuré sombría—, también podemos pedirle a Helga que impida que Gunnar se lo tome.

Eyra frunció el ceño negando con la cabeza.

—Muchacha, eso es poco probable estando Sigrid cerca. Ella es la que se lo ofrece por orden del rey.

—¡Maldita! —mascullé entre dientes.

—A ella tampoco le interesa que Gunnar aclare su mente.

—No, claro, así puede seguir ocupando un lugar que no le corresponde —siseé furiosa—, así puede buscar de nuevo un hijo que sí sea de él.

Aquel pensamiento, que surgió súbito como la chispa producida en un cruce de espadas, me revolvió el estómago.

Eyra me contempló con preocupación, se acercó y apoyó una mano en mi hombro.

—Freya, guarda la calma, aleja pensamientos oscuros y convéncete de que pronto estaréis juntos de nuevo.

Asentí, aunque mi interior hervía con una mezcla de miedo, furia y frustración.

Cuando Eyra salió, saqué mi daga y abrí el ave con más fuerza de la

necesaria. Extraje las vísceras y las lancé al fuego, que chisporroteó alborozado por su inesperado alimento; luego ensarté el ave en una vara de hierro. Ya me inclinaba para colocar la vara junto al fuego cuando llamaron a la puerta con impaciente insistencia.

Me limpié toscamente las manos y abrí. De todas las personas que no esperaba encontrar frente a mí, aquella que me miraba con tanta gravedad era, sin duda, la menos imaginable.

—Tengo que hablar contigo.

Y esquivándome, se adentró con premura en la cabaña.

Cerré la puerta asimilando mi asombro y despertando todos mis recelos.

—Hola, Ragnhild —musité con sequedad.

Los enormes ojos azules de la muchacha me repasaron lentamente, mostrando todo su desagrado y desdén.

—Necesito una merced de ti; a cambio estoy dispuesta a ofrecerte otra.

Me acerqué a ella despacio, inspeccionándola desconfiada.

—¿Y qué puede querer una reina de una sierva?

Ragnhild se sentó en el banco frente al fuego, se frotó las palmas de las manos en los faldones de su hermosa túnica verde y desvió la mirada hacia el hogar. Su rostro se tensó, respiró hondo e inclinó angustiada el rostro; mechones dorados de su larga cabellera ocultaron su perfil.

—Podría pedir a los dioses un cabello negro y unos ojos dorados, pero dudo que me lo concedieran —comenzó a decir en un apagado hilo de voz—. Podría pedir a los hombres que te arrancaran la vida y te enterraran muy lejos, pero también dudo que eso me ayudara. Y, tras mucho meditar, sólo he hallado una solución a mis problemas.

Guardó silencio, imaginé que para buscar el coraje que necesitaba.

—Necesito que me ayudes a cumplir mi destino —anunció finalmente.

Cuando alzó el rostro hacia mí, vi en él tanta pesadumbre, tanto dolor y tanta súplica que no pude más que compadecerme de ella.

—Ardua empresa, joven reina, pues el destino lo rigen los dioses y lo luchan los hombres. Cada uno de nosotros somos los únicos que podemos forjar el propio.

La bella reina negó con la cabeza. Su mirada se nubló con lágrimas contenidas.

—Te odio, Freya —espetó y, a pesar de aquellas palabras, su tono fue tan desgarrado que me conmovió—. Tú te interpones en mi destino, que no es otro que concebir toda una descendencia real, tal y como predicen las runas. Si no lo consigo, mi rey y su pueblo acabarán desterrándome. —Estranguló un sollozo y de nuevo bajó la mirada, escondiendo el rostro tras la espesa cortina dorada de su melena—. Halfdan no consigue... despertar su deseo a mi lado... Y entonces, maldice, se enfurece y sale del lecho para rumiar su pena en jarras de cerveza.

Cerré los ojos y suspiré largamente. La piedra de mi pecho, esa que se negaba a abandonarme, pesó el doble.

—Nada puedo hacer por vos —repliqué con frialdad—. Sé cuánto lo aguijonea mi rechazo y lo que anhela de mí, pero sólo soy el capricho de un niño consentido y antojadizo. Confío en que el tiempo y la distancia diluyan su empecinamiento.

Clavó en mí su celeste mirada, derramando en ella toda su inquietud.

—Ése es precisamente el problema, Freya, tu rechazo.

La miré confusa, me froté el rostro y me senté en una banqueta frente a ella.

—Necesito que lo aceptes —anunció con hondo pesar—. Y no creas que esto que te pido es fácil para mí... pues, a pesar del poco tiempo que llevo junto a Halfdan, lo amo. Veo su sufrimiento, le oigo pronunciar tu nombre en sueños, le veo luchar buscando en su interior un deseo que no siente por mí, y rabiar de deseo por ti. —Hizo una pausa. Un hipido escapó de su garganta, como si las palabras que deseaba pronunciar se atoraran en su interior—. Yo... guardo la esperanza de que, una vez que te tenga, una vez satisfecho su capricho, logre olvidarte. Sé que es arriesgado, mas necesario. No voy a negar que tengo miedo, miedo a que lo que sienta no sea sólo deseo. Sé que te admira y que ansía doblarte, pero todavía me agarro con desesperación a que esas emociones no escondan otra cosa. Y te juro, Freya, que, incluso si descubro que te ama, me conformaré con ser su reina y la madre de sus hijos.

—¿Lo amáis y consentís que yazca con otra mujer?

Ragnhild sacudió enérgica la cabeza, las lágrimas escaparon de sus ojos y zigzaguearon por sus mejillas; en su mirada brilló, además, la impotencia.

—Peor aún, que yazca con una mujer que parece tocar su corazón.

La joven se deshizo en un agudo sollozo y se cubrió el rostro con las

manos.

Observé cómo sus hombros se sacudían, cómo su pena la zarandeaba y la rabia que sentía hacia Halfdan se desbordó, como un río crecido ante el deshielo de las montañas.

—Será mejor que busquéis otra solución, mi reina, pues no yaceré con vuestro esposo, tal y como él no me permite yacer con el mío.

Ragnhild se levantó del banco y cayó de rodillas ante mí, cogiendo mis manos entre las suyas.

—Te lo ruego —gimió llorosa—. Una reina se postra a tus pies, todo un linaje depende de ti.

Me mantuve impasible; sin duda, ella era una víctima de aquel cuervo carroñero, pero yo era otra.

Alzó su hermoso y aniñado rostro húmedo hacia mí.

—Te ayudaré a liberar a tu esposo de las garras del mío —añadió expectante.

Sostuve su mirada con gravedad. Tener a su reina de mi lado era una baza que no podía desaprovechar.

—¿Quién prepara el brebaje que emponzoña el juicio de Gunnar?

No me pasó por alto la sombra de una sonrisa que apenas iluminaba su rostro con un atisbo de esperanza.

—Te diré cuanto desees saber; juntas conseguiremos nuestros propósitos —musitó irguiéndose—. Esta noche acude al *skáli*, yo dormiré en otro sitio.

—No, no es necesario que busquéis dónde dormir —murmuré asaltada de pronto por un rayo de clarividencia.

Me observó contrariada, su mirada se oscureció de nuevo.

—Buscáis un hijo, ¿no es así?

Frunció el ceño y tragó saliva antes de asentir.

—Yo despertaré el deseo del rey, pero en vos recaerá su simiente.

—No logro entender tu intención —confesó intrigada.

Me puse en pie y la enfrenté con una sonrisa taimada prendida en mis labios.

—Esta noche lo seduciré, y lo tentaré a jugar. Sé cuánto le gustan los juegos en el lecho. Ambas conseguiremos lo que buscamos, sin riesgos innecesarios.

Su azul mirada me escrutó con extrañeza, pero nada replicó mientras se dirigía hacia la puerta.

—No me importa compartirlo en el lecho —anunció con la puerta abierta—, pues sé que no podéis engendrar hijos; en caso contrario, habría ordenado vuestra muerte.

Tras decir esto, salió con porte altivo y mirada triunfal.

Un fulminante pensamiento me atravesó mientras cerraba la puerta... jamás debía subestimar a una joven reina despechada o estaría perdida.

Entre sueños y dolor

Gunnar cogió de las caderas a la mujer que danzaba sobre él.

Era su Freya, pues su cabello largo y negro ondeaba al tiempo que su cuerpo se arqueaba preso del placer. Ya no sabía distinguir la realidad del sueño, porque a menudo los sueños eran casi más palpables que la realidad, y él lo prefería.

¡Cómo no hacerlo si en ellos estaba ella!

Sin embargo, se preguntaba por qué ya no volvía a hablarle desde aquella noche, en que incluso soñó que la llevaba ante sus hombres. Aquel sueño, aunque desdibujado, persistía en su mente con inolvidables recuerdos de una noche de pasión desatada. Casi llegó a creer que aquello era verdad. Pero no, despertó en aquella conocida cabaña en Agder, junto a Sigrid y su pequeño Ottar. Y los siguientes sueños ya no habían vuelto a ser iguales. En efecto, ella lo acariciaba y lo besaba, lo excitaba y lo tomaba como suyo, pero era distinto. Él no sentía lo mismo, a pesar de que se dejaba hacer y lloraba mientras le suplicaba que le hablara de nuevo o que lo llevara de una maldita vez con ella al reino de los muertos. Pero, un día y otro, despertaba de nuevo en aquel mundo lóbrego y marchito, un mundo en el que ella no estaba.

Nada quedaba en él del hombre que fue; muerta la esperanza y la ilusión, no había nada en la vida que lo atara a ella, excepto su pequeño Ottar. Llevaba el nombre de su hermano, aquel que había fallecido hacía ya tanto tiempo.

En cuanto a la complaciente y dulce mujer que lo atendía tan diligente, esa que odiaba, a la que trataba con desdeñosa desidia y a la que toleraba por su Ottar, no se cansaba de recibir su desprecio, aguantando estoica un desplante tras otro. O al menos los que conseguía recordar.

Todo era tan confuso en su vida... tan sólo la muerte lo subyugaba, la muerte y los gorjeos de su hijo. Dormía demasiado, se sentía apático y mareado, no discernía las crueles mañas de Loki de la realidad y,

francamente, las anhelaba. Los escasos momentos de consciencia resultaban tan hirientes que huía de ellos bebiendo el brebaje que le ofrecía Sigrid, casi con desesperación.

Y así transcurría su lastimosa vida, entre sueños y dolor.

Cada noche, Freya aparecía ante él, desnuda, y a pesar de no verla con nitidez, de que su silueta se difuminaba como el espectro que era, y de que su alborotado cabello oscuro cubría su rostro, agradecía que se entregara a él alejando el frío mortal que empapaba sus huesos.

Se derramó en un gruñido y, a pesar de que intentó retenerla abrazándola contra su pecho, ella siempre conseguía zafarse, dejándolo sumido en sollozos que terminaban rindiéndolo al sueño.

Y esta vez sus sueños fueron más crueles de lo habitual. La vio a ella, a su hermosa Freya, en brazos de su rey; lo vio a él devorando sus dulces labios, y una llama estalló feroz en su pecho.

Sigrid se quitó la peluca que ella misma había confeccionado con la crin de un caballo negro y se tumbó en su jergón plenamente satisfecha.

Gunnar era suyo, como jamás imaginó que lo sería. Bien era cierto que tenía que recurrir al engaño y a esa bendita pócima que diariamente un mensajero le llevaba, pero no le importaba. Ella tenía un hombre, y no a uno común, sino al que había deseado desde pequeña, y su hijo tenía un padre. Tras tantos sacrificios de sangre a los dioses, tras tantas intrigas y pactos, su tesón había dado sus frutos. Había perdido a su madre en la matanza de Skiringssal, pero era un precio a pagar por su triunfo. Sonrió ante el convencimiento de que su madre estaría orgullosa de ella. Gunnar era suyo.

Todo seguiría siendo perfecto en su vida, si no fuera porque había descubierto, de boca de Inga la Roja, que esa despreciable perra árabe seguía estando con vida. Habría de ser cauta e idear la manera de acabar con ella.

Cerró las piernas cruzando los tobillos y se acarició el bajo vientre. Estaba segura de que pronto su cuerpo albergaría un nuevo hijo, y esta vez no habría duda sobre su progenitor. Y con el tiempo abrigaba la esperanza de derribar las barreras de Gunnar, y de conseguir al menos que asumiera su nueva vida, borrando de su mente su pasado y a ella.

Había enviado a Hedemark a Inga la Roja para hacer averiguaciones

sobre Freya. No entendía por qué había viajado hasta Agder para encontrarlo y se había marchado sin enfrentarlo, y no le gustaba aquello. A buen seguro esa perra traicionera estaría tramando algo; resultaba de vital importancia averiguar sus movimientos para poder anticiparse a ellos.

Ya no contaba con los consejos de su madre, ni de sus fallecidas aliadas, Ada y Amina, pero tenía de su parte a un rey y a los dioses, porque sin duda habían sido sus favores los que le brindaron a Gunnar en bandeja de plata.

El influjo de una loba

Me adentré en el *skáli* avanzada la noche; caminé despacio, todo lo silenciosamente que pude, cubierta por una gruesa capa de lana gris, la capucha sobre la cabeza ensombreciendo intencionadamente mi rostro, y arropada por toses, ronquidos y respiraciones acompasadas. Tan sólo iba armada con una fiera determinación y el pequeño ardid que había cosido a los bajos de mi camisola.

Los espesos cortinajes corridos, de un marrón pardusco, ocultaban a la mayoría de los durmientes, pero otros muchos lo hacían sobre los bancos de la mesa, e incluso sobre la larga mesa. Distanciadas lucernas y un adormecido fuego del hogar apenas alumbraba los rincones, donde se perfilaban cuerpos amontonados, cubiertos por tupidas mantas.

Ojeé a izquierda y derecha mientras aceleraba el paso. Nadie debía advertir mi presencia allí. Era un riesgo que tenía que correr, como lo que estaba a punto de hacer. No obstante, necesitaba la ayuda de Ragnhild y la necesitaba sin pérdida de tiempo.

Sentía el pulso acelerado y unas terribles ganas de darme la vuelta y huir. Me obligué a avanzar y me prohibí pensar cuando me adentré en la alcoba real.

Halfdan dormía boca arriba, con un brazo flexionado, y cubría sus ojos con el antebrazo. La manta de pelo se arremolinaba en sus caderas, dejando su magnífico torso a la vista. El tenue resplandor del hogar bañaba sus poderosos músculos de oro, remarcando su cuadrado mentón y la plenitud de sus labios. Era un hombre imponente, fieramente masculino y apuesto y, aun así, a pesar de que sus cualidades físicas resultaban atrayentes, supe que tendría que imaginar que sus ojos eran verdes, y su cabello castaño claro. Incluso logrando tan ardua empresa, era probable que no consiguiera solapar el agudo rencor que me provocaba.

A su lado, una hermosa y joven reina se incorporó abruptamente de

la cama, me saludó con una sonrisa aliviada y salió del lecho con entusiasta premura.

—Ocupa mi lugar —pidió, cubriéndose con una manta—. Esperaré en la parte de atrás, atenta a tu llamada.

Tan sólo asentí. Aguardé a que desapareciera por una pequeña puerta situada al fondo de la estancia y me dirigí al lecho.

Inmóvil frente a él, de pie, me debatí de nuevo con los urgentes deseos por escapar de allí. Me mantuve ahí, observándolo, preparándome para lo que estaba dispuesta a hacer. Controlaba mis latidos, mi respiración y mis miedos, cuando él abrió de golpe los ojos.

Vi sorpresa en su rostro, que mutó casi de inmediato en un agudo recelo. Se medio incorporó en el acto y se frotó los ojos.

—¿Eres un sueño? —inquirió confuso.

Su voz grave y ronca llegó hasta mí en apenas un susurro.

—No —respondí—. Soy tan real como el deseo que veo en tus ojos.

Descubrí mi cabeza, y me despojé de la capa sin despegar mi mirada de la suya.

Mientras aflojaba los cordones de mi túnica, sentí sus ojos acariciándome.

—Veo que por fin has recapacitado, loba.

Sonreí seductora; los ojos del rey brillaron anhelantes.

—Me apetece jugar, cuervo.

Halfdan alzó una ceja sorprendido, sonrió de medio lado y sus ojos se prendaron del cordel que deslizaba con intencionada lentitud.

—Juguemos, pues —aceptó relamiéndose.

Encogí los hombros y tiré de las mangas hasta que la pesada túnica roja cayó a mis pies. Una liviana camisola apenas dejaba nada a la imaginación; abrí el escote lo suficiente para mostrar una buena parte de mis pechos.

Halfdan se acercó a mí con mirada depredadora. Por primera vez me pregunté si sería capaz de manejar la ansiosa fiereza que contorsionaba su regio rostro.

—¡Por los dioses, mujer, el deseo me quema las entrañas como nunca antes!

Se puso de rodillas en el lecho frente a mí, completamente desnudo y tan enhiesto como los postes de la entrada. Alargó el brazo, atrapó mi cintura y me ciñó a él con impaciente hosquedad.

—Voy a demostrarte de lo que es capaz un rey.

Inmovilizó mi mentón y tomó mi boca con tanta urgencia, con tanta brusquedad, que me sobrecogió. Su lengua se impuso a la mía, rozándola en círculos, succionándola, paladeándola con denodado delirio. Exploró cada rincón de mi boca, gruñendo en ella, conquistándola con tanto ahínco, con tanta pasión, que sólo fui capaz de dejarme hacer.

Cuando me liberó, ambos jadeábamos. Su zaína mirada, nublada por el deseo, brillaba con una emoción que no supe nombrar.

—Cuando acabe contigo, loba —susurró con gravedad—, no querrás escapar de mi lecho, no desearás salir de mis brazos ni ansiarás más aire que el que te concedan mis besos.

Me tumbó en el lecho y se cernió sobre mí, acomodándose entre mis piernas. No sé si fue la intensidad de su mirada, el atisbo de ardiente dulzura que traslucieron sus ojos o su hábil boca depositando húmedos besos en mi garganta... un beso, una mirada, y así de forma alternativa, como si marcara cada palmo de mi piel con su esencia, como si quisiera conquistar algo más que mi cuerpo y mi voluntad. No sé bien qué fue, pero me estremecí presa de un hormiguelo que me desasosegó.

Sabía despertar el deseo de una mujer, de eso no me cabía duda, pues mi cuerpo traidor ya estaba reaccionando a su artera seducción, y fue precisamente esa atracción física la que entró en conflicto con todos los planes que traía conmigo. Me había prohibido pensar, y en este preciso momento era lo que más necesitaba para enfriar mis ánimos y obrar con juicio.

Cuando el hombre atrapó uno de mis endurecidos pezones a través del delgado lino de la camisola, un gemido escapó de mi garganta. Llevé las manos a su cabeza y atrapé en ellas oscuros mechones de su abundante cabellera. Apreté los dientes negándome el placer que sentía. Halfdan pasaba de un pecho a otro, mordisqueando y succionando, frotándolos repetidamente con su cálida lengua, una lengua que estaba devastando todas mis barreras. Y, de repente, me apercibí de que apretaba su cabeza contra mis senos, en lugar de alejarla. Tenía que detener aquello o caería en mi propia trampa.

Logré frenarlo tirando suavemente de su pelo. Halfdan me miró arrobado y abrió con vehemencia el escote de la camisola, rasgando la suave tela.

—Jamás sufrí en mis carnes la inmisericorde punzada del hambre,

Freya, hasta que te conocí. Sin embargo, ahora que te tengo a mi alcance, estoy convencido de que no me saciaré nunca de ti.

Posé las palmas de mis manos en su fornido pecho; percibí con claridad cómo él se estremeció ante el contacto.

—La noche que presencié cómo complacías a dos esclavas ante mis ojos, deseé participar, pero el pudor, mis recelos y mi condición me lo impidieron —mentí—. Sin embargo, ahora... —Deslicé los dedos por sus mullidos labios, dejando que apresara uno de ellos en su boca—. Ahora, deseo compartirte.

A través del lujurioso fuego que irradiaban sus negros ojos, asomé un deje de asombro y un atisbo de orgullosa complacencia.

—Preferiría dedicarte esta noche toda mi atención. En otra ocasión satisfaré tus deseos.

—No. —Sonreí sensual, entornando la mirada y pasando intencionadamente la lengua por mis labios—. Me he tomado la libertad de organizar este encuentro. —Giré la cabeza y exclamé en tono más alto —: ¡Ragnhild!

Halfdan se envaró y, siguiendo mi dirección, descubrió a su gentil y joven esposa junto a la estrecha puerta por la que había salido instantes antes.

—¿Qué argucia es ésta? —gruñó confuso.

Abarqué su rostro entre mis manos y le sonreí melosa.

—Es mi deseo —expliqué en un susurro sugerente—. Y sé que el tuyo, mi rey. Tenernos a ambas, y ambas consentimos en ello.

Alzó las cejas con asombro y dirigió una mirada a su esposa, que se acercaba a nosotros desnudándose a cada paso.

Era menuda para ser una mujer del norte, pero de proporciones exquisitas. De cremosa y tersa piel, pequeños pero lozanos pechos coronados por rosados y constreñidos pezones y piernas bellamente torneadas. Hermosa y dotada de esa candidez que otorgaba la juventud y la inexperiencia, acentuada por el rubor de sus mejillas.

Cuando llegó hasta nosotros, se tumbó a mi lado y acarició la mejilla de su todavía dubitativo esposo.

Pude ver cómo Halfdan se debatía entre el deseo que lo corroía y la inesperada intromisión de su reina. Intentaba asimilar esa nueva situación, así que decidí ayudarlo.

Lo aferré de la nuca y atrapé su boca con ardorosa vehemencia. El

hombre gruñó lascivo y respondió con idéntico fervor. Me contoneé bajo su cuerpo, encendiendo su deseo y, cuando liberé sus labios, dirigí su cabeza hasta la de Ragnhild. Ésta supo en el acto lo que se esperaba de ella. Imitó mi beso, removiéndose lujuriosa y anhelante.

Cuando Halfdan se separó de ella, clavó la mirada en mí, devorándome con los ojos. Acomodado entre nosotras dos, mientras besaba uno de mis pechos, acariciaba el de su esposa. Era un hombre tan avezado, un amante tan experimentado, que fui incapaz de negarme el placer que me proporcionaba.

No pensé en nada, cerré mi mente a cualquier pensamiento perturbador, a cualquier juicio de valor. Pues ahora, a estas alturas de mi vida, nadie mejor que yo sabía que lo único importante era el fin, no los medios. Ya no era una mujer, era una loba sibilina que devolvía dentellada por dentellada, que clavaba sus garras sin piedad en sus enemigos, que engatusaba, manipulaba y utilizaba sus armas sin remordimientos ni dudas, sin compasión, ni reparos.

Mientras besaba de nuevo a Ragnhild, acercó mi cabeza a ellos, obligándome casi a rozar con mis labios la mejilla de la reina. No esperaba que se separara para empujar la boca de la mujer contra la mía. Como tampoco supe reaccionar cuando sentí cómo la lengua de la reina entreabría mis labios y, con exquisita dulzura, tanteaba mi lengua.

Me envaré incómoda, intenté revolverme, pero el muy rufián sujetaba nuestras cabezas impidiendo cualquier retroceso. Noté la húmeda calidez de la mujer acariciando mi lengua, suave y delicada, con tan prolija dedicación, con tan almibarado tacto, que me sorprendió. No sentí pasión, ni deseo físico, pero tampoco repulsa. Acepté el beso sin responder como debiera, trémula y confusa, con una amalgama de emociones dispares y contrapuestas.

Cuando nos separó Halfdan y logré enfocar la mirada sobre él, no fue un hombre lo que vi, sino un animal desquiciado y desgarrado por una pasión que lo consumía.

—He sido bendecido por los dioses —siseó en un susurro contenido—. Y ahora, loba, voy a descargar en ti todo mi poder.

Ya se abalanzaba sobre mí cuando lo detuve apoyando de nuevo las manos en su férreo y agitado pecho.

—Tómala a ella primero, mientras contemplas cómo me preparo para ti —sugerí ardiente.

Halfdan entrecerró sus brunos ojos, y finalmente esbozó una sonrisa maliciosa.

—Esta vez no escaparás de mí —advirtió artero—. Dejaré que veas el goce que voy a procurarte; así alimentaré tus ganas, y me recibirás con el mismo anhelo que me rompe por dentro.

Apenas asentí, él se cernió sobre su esposa, que ya lo aguardaba con las piernas abiertas y mirada hambrienta. Y medio incorporado, apoyado en las manos, con los poderosos brazos tensos y sus ojos devorándome, embistió a Ragnhild con tal brusquedad que la mujer emitió un grito sofocado, en el que flotó un leve matiz triunfal.

En cada embestida, su larga melena negra se agitaba ocultando parcialmente su rostro, pero, entre las oscuras guedejas, sus ojos refulgían con una intensidad que me secaba la garganta. Arremoliné mi camisola en torno a mis muslos, haciéndole creer que mi gesto era provocador y ansioso. Pero, en verdad, sólo rebuscaba entre el bajo de la prenda la pequeña abertura por la que había introducido el diminuto saquito de sarga con aquellos polvos ocres.

Raíz de mandrágora, un preparado que sustraje de los potes de Eyra. Recé para que surtiera el efecto inmediato que se le atribuía. Si no lograba arrebatarme la consciencia a Halfdan, él lograría arrebatarme algo que no estaba dispuesta a entregarle por voluntad propia.

Me arqueé, cerré los ojos y gemí, hundiendo una de mis manos en mi entrepierna, mientras con la otra sujetaba fuertemente el saquito con el preparado. Los turbios ojos del hombre me devoraban con una voracidad tan atroz que casi pude sentir sus manos en mi piel, su boca en la mía, y su virilidad penetrándome.

¿Era tan poderoso su deseo que lo percibía de modo tan tangible sobre mí? ¿Sería realmente capaz de contener a aquel hombre que rezumaba tan abrumador anhelo? ¿Podría besar de nuevo a Gunnar sin pensar en este momento? La última pregunta me sacudió con fuerza y la repulsa que no sentí ante ninguno de mis recientes actos me sepultó de pronto.

Entre los jadeos entrecortados de Ragnhild, los sofocados gruñidos de Halfdan y mis gemidos, que ya casi eran lamentos incontrolados, supe de alguna manera que acababa de traspasar una frontera demasiado peligrosa, adentrándome en un mundo incierto y oscuro del que quizá no sabría escapar.

Mis ojos se encontraron con los de Halfdan y, asaltada por un impulso, me erguí hacia él y lo besé. Tenía que asegurarme de que no se reservaba para mí. Enredé mi lengua en la suya y la froté con urgencia. Y, aferrada a su cuello, sacudida por sus embistes, sentí la inminente tensión del hombre.

Clavé las uñas en su espalda, se arqueó hacia atrás y gimió su liberación en mi boca. Se detuvo todavía hundido en Ragnhild, pero sin dejar de besarme. Cuando logré separarme, el brillo de su azabache mirada puso finalmente nombre a aquello que me negaba a creer.

Sentí deseos de llorar, sentí el irrefrenable impulso de salir corriendo de aquel maldito lugar, de gritar a la noche y de maldecir el día, pero en cambio sonreí.

—Descansa, gran rey —murmuré con fingida dulzura—. Aguardaré a que recuperes tu vigor.

Halfdan negó con la cabeza, dibujó una inclinada sonrisa ladina, se separó de su esposa y se abalanzó sobre mí, obligándome a tenderme de nuevo en el revuelto lecho.

—No, gran loba, no tendrás que esperar, uno solo de tus besos resucitarían a un muerto. Es tu turno y, por fin, el mío.

Alarmada y temerosa, manipulé torpemente entre los dedos el saquito, entreabriéndolo lo suficiente para untar la punta de mis dedos en el interior.

—Tenemos toda la noche —susurré perfilando con la otra mano su marcado mentón—. No nos apresuremos, nos queda mucho que jugar.

—Pero, esta vez, será un juego sólo entre tú y yo —musitó rotundo.

Y haciendo un desdeñoso gesto con la mano, despidió a su joven reina, que me dedicó una mirada indescifrable antes de obedecer.

Lo empujé traviesa para ganar tiempo y movilidad, y conseguí rodar sobre él, para invertir las posiciones. Y a horcajadas encima de sus caderas, me tumbé sobre su pecho, mordisqueé coqueta sus labios, y me alcé de nuevo para observarlo. Dejé que se embebiera de mi cuerpo; el escote rasgado mostraba completamente mis senos, que capturaron toda su atención. Era justo lo que buscaba. Cuando alargó las manos hasta mis pechos y los cobijó en ellas, aproveché para acercar las mías a su rostro.

—Por Odín, Freya, me secas la garganta.

Su tono fue acariciador, casi conmovedor. Mi nombre en sus labios, pronunciado de aquella forma, como si paladeara con deleite cada letra,

evaporó cualquier atisbo de duda respecto a lo que albergaba su pecho. Era mío, sin yo pretenderlo, sin yo quererlo, sin ni siquiera soportarlo. Sin embargo, lo valoré, y mucho; era mi herramienta y yo la mano que la empuñaría.

No presté atención a su profunda mirada, ni a su respiración entrecortada, ni a la contundencia de sus caricias. Sólo me centré en pasar la yema del dedo untada con el polvo de raíz de mandrágora por debajo de su nariz.

—Deja que baile para ti, mi rey —susurré ondulando las caderas provocadora sobre él. Intentaba ganar tiempo, mientras escrutaba expectante su semblante. De nuevo, y con gesto casual, volví a repasar sus labios, depositando sutilmente el volátil polvo amarillento.

Halfdan atrapó mis caderas y las afianzo contra las suyas. Advertí asombrada la palpitante dureza que mostraba su delirante deseo por mí.

—Temo acabar acostumbrándome demasiado a tus caprichos —gimió afectado—. Todo cuanto haces me atrapa en tus deliciosas redes. Sin embargo he de confesar que claudiqué ante ti la primera vez que te robé un beso.

—Permíteme entonces que robe cuanto desee de ti.

—Me has robado ya tantas cosas que apenas queda nada de mí —afirmó con abrumadora sinceridad—. Y, aun así, quiero que sigas haciéndolo. Convertiste a un rey en un hombre desesperado, y ahora, después de esta noche, ese hombre pasará a ser tu esclavo. Ése es tu poder, loba, el influjo que te otorgaron los dioses para dominar a los hombres. Me rindo ante ti, a pesar de saber lo dolorosos que son tus mordiscos.

Ése era el poder del que me habló Rashid, hacía ya lo que parecía una eternidad. Entonces no comprendí la magnitud de aquella revelación, pero ahora no sólo era terriblemente consciente de ella, sino que actuaba en consecuencia.

—Eres mío, Halfdan Svarte el Negro, de la misma forma que yo nunca seré tuya.

Su mirada se oscureció, sus dedos se clavaron en mis caderas y su gesto se torció en una mueca furiosa.

—No aspiro a poseer tu corazón, mujer —replicó con gravedad—, pero que desaparezca el Valhalla si hoy no tomo tu cuerpo hasta que desfallezca.

Percibí un ligero enturbiamiento en su mirada, su gesto se relajó y

arrugó incómodo la nariz. Llevó la mano a ella y la frotó con insistencia.

La mandrágora comenzaba a afectarlo.

—Tendrás mi cuerpo, y nosotros la libertad —le recordé.

Los párpados empezaban a pesarle, los brazos cayeron laxos a sus costados y la respiración comenzó a ser más lenta y pausada. Sin embargo, consiguió asentir.

—A cambio, perderé la mía —susurró pesadamente.

Y, sin más, se desvaneció, sumido en un letargo sorprendente.

Salí de la cama, recogí mi capa del suelo y me cubrí con ella. Entonces llamé a Ragnhild.

—Lavadle el rostro —le pedí cuando apareció de nuevo—, que no quede rastro del polvo amarillo. Y hacedle creer que fui suya.

La mujer me observó demudada, con una pincelada cogitabunda titilando en su aniñado semblante.

—Y, ahora, cumplid de inmediato vuestra parte del trato, no quiero pasar aquí más tiempo del necesario —exigí, componiendo mis ropajes—. ¿Quién prepara el brebaje que bebe mi esposo?

—El Oráculo —respondió.

Y, de repente, rememoré el intenso hedor que flotaba en la cabaña del Oráculo. Un aroma a bosque, a humedad, ácido y pesado, y, tras esa capa almizclada, el inconfundible efluvio de las hierbas tratadas, de aceitosos ungüentos y de remedios macerados.

Y, con ese recuerdo, me golpeó la última frase del anciano... —«Y ahora marcha, mujer loba; lo último que veré ya de ti serán tus colmillos.»

Abandoné el *skáli* con un pregunta triunfal regocijándose en mi cabeza... ¿Desaparecería el Valhalla esa noche?

Descendiendo a los infiernos

El frío era tan intenso, tan afilado e incisivo, como el mordisco de un animal hambriento. Sufría sus dentelladas ya no sólo en mi piel, sino hasta en mis huesos, como si los royera con inquina y desesperación. Me calaba tan hondo, y tan pesadamente, como si me cubriera con una gruesa capa empapada que, además de inmovilizarme con su peso, se clavara poco a poco en mi piel. Era tal el helor que me embargaba que quemaba, con un dolor difícil de soportar.

—Si sigues temblando así —comenzó a decir Asleif—, acabarás por morderte la lengua tan fuerte que caerá sobre la nieve como un pájaro herido.

—No... no es mi lengua... lo único que ca... erá... sobre la nieve.

Asleif alzó una ceja y me observó a conciencia.

—Vamos, estás sudando y, si te detienes, te congelarás del todo.

Alcé entre escalofríos la espada y me puse nuevamente en posición defensiva. Asleif dejó escapar una risita divertida, negó con la cabeza, enfundó su espada y se acercó condescendiente hacia mí.

—No, Freya, hoy no entrenaremos más. —Miró hacia la brumosa cima de las montañas que colindaban con el poblado y frunció el ceño—. Está helando, y es probable que se acerque otra gran nevada. Nosotros estamos habituados a este clima, pero, a pesar de llevar tiempo aquí, tu raza es otra, y no soportas tan bien como nosotros esta temperatura.

—Me gustaría... verte en Toledo en pleno agosto —rezongué cuando me echó su capa sobre los hombros y me guio fuera del campo de entrenamiento—; hace tanto calor que hasta las chicharras dejan de frotar las alas para abanicarse.

Asleif amplió la sonrisa, aunque me miró con extrañeza.

—No sé qué es una chicharra, pero intuyo que se muere de calor. Aquí el único calor que conozco es el que ofrece un buen fuego. —Hizo una pausa, me guiñó un ojo y agregó—: Y un buen revolcón.

Sonreí y la miré con renovado interés.

—Creí que las *skjaldmö* eran puras —repliqué devolviéndole el guiño.

—Y lo somos, de ahí el calor por no poder culminar un revolcón.

Esta vez solté una carcajada que consiguió alejar momentáneamente la gelidez que invadía mis miembros.

—¿No te parece una norma absurda? —inquirí.

—Tanto como la vuestra de llegar puras al matrimonio.

—No es lo mismo —contravine encogida bajo la capa.

—Sí lo es; aquí al menos elegimos a nuestras parejas, y podemos probarlas antes de quedarnos con ellas. Y si no nos gusta una, elegimos otra. Vosotras, en cambio, os entregáis como moneda de cambio, como mercancía con la que comercian vuestros padres, sin poder de elección, ni opinión. Pasáis de ser objetos al uso de vuestras familias a objetos al servicio de un esposo. Yo elegí ser *skjaldmö*, nadie me lo impuso; ésa es la diferencia.

Ante su aplastante explicación no pude más que asentir.

En efecto, aquel confín del mundo, conocido por el resto como una civilización bárbara y sanguinaria, poseía una de las sociedades más respetuosas con la figura femenina. Una figura exactamente igual a la del hombre, con los mismos privilegios y los mismos mandatos. Una sociedad libre, sin restricciones absurdas en cuanto a género, sin imposiciones éticas, ni sometida a la constante vigilancia de un dios intolerante y censor. Sus dioses apenas se entrometían en la vida de sus fieles, excepto para recibir sacrificios, todos dedicados a pedir algo de ellos. Sólo manifestaban sus designios a través de las piedras rúnicas y de los vacuos ojos de los oráculos. Dioses que no juzgaban, ni castigaban; dioses sin representantes humanos, sin ley, ni palabra. Dioses tan afables como iracundos, tan desmedidos como sus gentes y con tantas leyendas y aventuras que no había noche que no escuchara una nueva hazaña de Odín, de Thor, de Loki, de Balder, de Tyr, de Freyr, de Niord y de tantos otros que hubieran necesitado varias Biblias para abarcar sus enrevesadas gestas.

Cuando salimos a la explanada donde se alzaba el gran *skáli*, descubrimos varios alazanes de guerra, nerviosos, piafando impacientes, atados al poste junto a la escalera.

Asleif fijó los ojos en el estandarte que ondeaba clavado en la tierra,

y se envaró al instante.

—Son mensajeros.

Ascendimos con premura la escurridiza escalinata y atravesamos ávidas de calor y de conocimiento los grandes portales.

En el interior, se respiraba malestar, tensión y preocupación.

Los hombres se apiñaban en torno al trono, en un círculo cerrado donde flotaban graves susurros. Tres guerreros de aspecto fiero y expresión hierática permanecían de pie, cruzados de brazos, aguardando lo que parecía una decisión.

En los bancos de alrededor, las mujeres preparaban la comida, afanosas, pero expectantes.

Asleif me condujo a unas banquetas cercanas al alargado hogar, donde humeaban calderos colgantes, y me pasó una gran jarra de cerveza.

—Entra en calor, Freya, esto no pinta bien. Reza a los dioses por no tener que partir ahora.

Me arrebujé bajo la suave capa de pelo y contemplé las llamas del hogar, sumida en mis propias inquietudes.

Eyra ya sabía quién preparaba el brebaje, pero aquel anciano apenas salía de su cabaña. Nuestra única posibilidad radicaba en la joven muchacha que lo ayudaba con sus remedios. Ella era los ojos del anciano, y a ella debíamos embaucar. Y sólo conocíamos a alguien capaz de prender a todas la muchachas del poblado. Hiram.

Deslicé la mirada hacia el apuesto guerrero que conversaba con Erik, claramente ofuscado. No podíamos partir a la batalla sin haber liberado a Gunnar de las garras del brebaje, era esencial aclarar su mente cuanto antes.

Más allá en una de las esquinas del fondo, Ragnhild maniobraba con delicada destreza un gran telar; a su lado se encontraba su hermano Guthorm, el anodino chiquillo que apenas hablaba, enfermizo y siempre ausente, como si no deambulara por el mundo real y que estaba presto a partir, por deseo expreso de su hermana mayor, al día siguiente a su tierra, Stein, con el fin de que lo instruyeran en el arte de las armas y lo enseñaran a ser rey, como le correspondía por derecho.

A través de la todavía escasa urdimbre, sentí su cerúlea mirada clavada en mí. Bajé la vista incómoda y bebí hoscamente un largo trago que se derramó por mi barbilla.

—No pareces una mujer del norte, pero tienes los modales de

cualquiera de nuestros guerreros —apuntó Asleif reprobadora.

—Ahora es lo que soy.

—Ten cuidado, Freya; como sigas así, hasta es posible que se te hinche la entrepierna con un buen par de peludas...

Alcé la mano y casi escupí el trago ante la ocurrencia. Reprimí una carcajada ante la inquietante mirada de Halfdan, que se había puesto en pie con expresión huraña. Un hombre alto y delgado, de mediana edad, que había permanecido de espaldas a mí, giró el rostro hacia Halfdan lo suficiente para que yo lo reconociera.

Un sentimiento de repulsa feroz me asaltó, inmovilizándome. Un odio visceral comenzó a quemar mis entrañas, haciéndolas hervir. Una cólera despiadada desgarró mi interior con tal fuerza que casi sentí desmoronarse cada fibra de mi cuerpo.

Trémula y pálida, me puse en pie, luchando contra el impulso de desenvainar mi acero y alimentarlo con la sangre del más perro de los hombres.

—Parece que acabas de ver un espectro —murmuró Asleif con preocupación.

—Peor, un demonio —siseé entre dientes.

En ese preciso instante, el *jarl* Harald el Implacable, el miserable que me violó y golpeó, el cobarde que casi mató a Gunnar a latigazos, el rufián que esquilmba a sus hombres y devastaba poblados a su paso, siguió la mirada de Halfdan, encontrándose conmigo.

Mi mano aferró la empuñadura de mi espada con fuerza.

La sonrisa pertinaz y complacida que me dirigió me provocó náuseas. Dedicó a Halfdan unas palabras al oído, y éste asintió quedo.

Thorffin, Erik, Ragnar, Hiram y Sigurd se dirigieron hacia mí, rodeándome a modo de protección, pero cuando el *jarl* recorrió el largo pasillo y estuvo a mi altura, me salí del círculo y me planté ante él con mirada entornada y letal. Ignoré el rumor a mi espalda y forcé una taimada sonrisa.

—Acabo de recordar que dejé una cena a medias —pronuncié con acentuado desprecio.

Los pequeños ojos azules del hombre reverberaron con una chispa de maléfico regocijo.

—En cambio, yo terminé la mía —susurró acercando retador su rostro al mío. Esbozó una sonrisa triunfal y se relamió con detenimiento.

De un movimiento veloz e impulsivo, liberé mi espada y apoyé el filo en el cuello del hombre.

—Adelante, maldita loba, que termine tu espada lo que tus dientes no consiguieron.

—¡Freya!

Halfdan avanzó a grandes zancadas hacia nosotros. Un tenso silencio inundó la estancia.

—No, repugnante perro cobarde, no segaré tu vida con tanta misericordia; el beso de mi espada sería demasiado benévolo para lo que mereces —escupí en susurros—. Cuando llegue el momento, te doblegarás de dolor y me suplicarás morir.

Me sostuvo la mirada con ferocidad, derramando sobre mí una letanía de silenciosas amenazas que supe interpretar a la perfección.

—¡Baja esa espada, mujer! —bramó el rey—. ¡Ofendes a mi aliado!

Clavé mi febril mirada en el rey, asombrada y furibunda.

—Los dioses son caprichosos, loba, ahora lucharemos del mismo lado —masculló Harald; su tono erizó mi piel—. Aun así, no bajes la guardia, puede que desee cenar de nuevo.

Estiró sus delgados labios en una sonrisa cínica y desagradable, en la que rezumó la promesa de un próximo encuentro, y me esquivó prosiguiendo su camino hasta la puerta de entrada, seguido por sus hombres.

Entonces, todavía trémula, me encaré con Halfdan.

—¿Tu aliado? —casi grité furiosa.

El rey me fulminó con la mirada. Su rostro se ensombreció con un paño amenazante.

—¡No te atrevas a cuestionar las decisiones de un rey, mujer. No azuces mi ira más de lo que ya lo haces!

—¿Te fías de ese perro traidor y mezquino?

—Ese perro, como lo llamas, me ofrece la cabeza de Hake el Berseker, y el fin de la revuelta.

La furia me sacudía. Mi pecho se agitaba entre jadeos sofocados, y mis puños se cerraron con frustración e impotencia.

—Eres un necio si piensas que te dice la verdad.

De pronto, Halfdan apresó mi brazo y me pegó a su pecho. La ira también bullía en él. Sentí sus dedos clavándose en mi piel con brusquedad.

Inclinó el rostro hacia el mío y, casi rozando su frente con la mía, me clavó sus oscuros y rasgados ojos con acusado rencor.

—Sí, soy un necio —siseó en un estirado susurro—; ¿acaso puedes pensar otra cosa de mí, después de lo de anoche?

Me soltó de un empujón que me hizo trastabillar hacia atrás. Tras una última mirada admonitoria, me dio la espalda y se encaminó hacia sus hombres.

Asleif cubrió mis hombros con su largo brazo y me atrajo hacia ella.

—Estás cometiendo muchos desatinos, Freya, no tienes más tu suerte —me aconsejó en tono apaciguador.

—¡Freya!

Una gran y oronda mujer, de cabellos de fuego y mirada entusiasmada, casi se abalanzó sobre mí y me estrujó con fuerza entre su voluptuoso pecho.

—Hola, Inga.

Inga la Roja, con la mirada empañada y una sonrisa titilante de emoción, me cogió de los hombros y me sacudió como si fuera un fardo.

—¡Por todos los dioses! Cuando me dijeron que estabas viva, apenas podía creerlo.

—Lo está, de momento —musitó una voz reprobadora—; roguemos para que su necedad no malogre todo mi esfuerzo.

Me volví para enfrentar la ofuscada mirada de Eyra.

Con un rotundo gesto me obligó a acompañarla hacia un rincón apartado. Hiram hizo ademán de acompañarnos, pero Eyra negó furiosa con la cabeza. En ese momento advertí que el guerrero esquivaba huraño mi mirada.

—¡Escúchame bien, muchacha estúpida! —imprecó entre dientes—. No hay mayor error en la vida que abusar de la confianza en uno mismo. Juegas con los sentimientos de un rey frustrado, y eso no sólo es temerario, sino que se volverá en tu contra.

—Este juego no lo empecé yo —repliqué altanera.

—Pero habrás de acabarlo —advirtió con gravedad.

Bufé furiosa, y me froté vehemente el rostro con las manos.

—El rumor se ha extendido por toda la aldea —murmuró Eyra, lanzándome una mirada cargada de reproches.

—¿De qué rumor hablas?

—Anoche tú misma te nombraste la nueva amante del rey. Y peor

aún... de la reina.

Abrí los ojos con harto asombro; un incómodo calor prendió en mis mejillas, y un agudo malestar me inundó como una fría llovizna inesperada.

—Yo... no...

—Da igual lo que realmente pasara en esa alcoba —interrumpió Eyra tajante—. Lo único que importa es lo que todos creen en este preciso instante, pero no es eso lo que debe preocuparte, no. Lo que ha de preocuparte es cómo reaccionará Gunnar cuando se entere. Temo su reacción, porque, de todos los enemigos a los que se ha enfrentado, Halfdan es el más peligroso. Y tú parece haberlo olvidado.

—Todo —silbé entre dientes. El fuego reconcomía mis entrañas, estrujándolas con furiosa impotencia—, todo cuanto he hecho, cada paso, cada palabra, cada mirada, ha sido para liberar a Gunnar, para acercarlo a mí de nuevo. Y, óyeme bien, estoy dispuesta a todo por él. No me importa lo profundo que tenga que descender a los infiernos con tal de recuperarlo.

La mirada de Eyra, sabia y afectada, me taladró un instante, en el cual mi corazón se asomó a un abismo al que me negué a mirar.

—Ya has descendido, Freya —susurró cogitabunda—, quizá demasiado. Espero que logres ascender, pero lo que realmente anhele es que lo que encuentres en la superficie sea lo que buscas.

La anciana soltó el aire contenido casi con desidia. Hundió los hombros con profundo abatimiento y se alejó con pesadez, marcando en cada paso la pena que la acompañaba.

Punzantes lágrimas quemaban mis ojos, y cada fibra de mi cuerpo se crispó con una angustia que me cerró la garganta, agriando el aire que respiraba en cada trabajosa bocanada.

Oí unos pasos tras de mí; supe a quién pertenecían.

—¿Quién ha propagado el rumor?

Me encaré a Hiram; en su mirada brilló una honda decepción.

—Ésa no es la pregunta —musitó él en un rasgado hilo de voz—. La pregunta es si de veras es un rumor.

Algo imperioso, irascible y enquistado impulsó mi mano hacia la mejilla del guerrero. Maldije aquel impulso incluso antes de que mi mano terminara el recorrido hacia su cara. La cabeza de Hiram giró en la dirección de mi golpe. Ni yo misma fui consciente de la dureza que

acababa de imprimir contra él.

Los celestes ojos del guerrero se oscurecieron en el acto, velados por el asombro, un evidente rencor y una terrible certeza. Fue la última de sus emociones la que más lamenté.

—Lo... siento... yo...

—No es a mí a quien has de pedir disculpas —sentenció cortante—, ni siquiera a Gunnar.

Lo miré sin entender; rebusqué en la acusadora mirada del hombre y encontré tantos puñales en ella que hasta yo sentía el feroz rechazo que le provocaba.

—Es a ti misma.

Aquello me superó. Sabía la cantidad de ojos que en ese momento me condenaban, el alcance de cuanto susurraban, la maleficencia de sus juicios y la inquina de sus pensamientos, y, aun así, alcé orgullosa la cabeza y los fulminé con la mirada.

Cuando volví a depositar la mirada en Hiram, una trémula llama de convencimiento animó mi semblante y reforzó mi determinación. No importaban los pasos, tan sólo el fin, y a aquello me agarraba.

—En efecto, Hiram, sólo a mí conciernen mis actos, y puedo asegurarte que soy plenamente consciente de ellos. Quizá sus consecuencias no me favorezcan, pero estoy segura de que lo que los ha impulsado será lo bastante grande como para no tener que justificarlos, ni ante mí, ni ante nadie.

—Te arriesgas demasiado —opinó con acritud.

—Cuando se ha decidido luchar, te expones a todo. Y luchar es la única elección que se me ha brindado.

Una tibia sonrisa destensó sus facciones, a pesar de que la pesadumbre seguía empañando su mirada.

—Espero que esa lucha no acabe también contigo —murmuró antes de alejarse.

—Yo también lo espero —pronuncié para mis adentros.

Una decisión entre helechos

Aquella mañana, gélida y brumosa, acompañada por mi fiel *Fenrir*, practicaba con el arco con denodado tesón.

Una y otra vez tensaba la cuerda de mi arco de madera de tejo. Apuntaba con extrema concentración, y dejaba escapar la flecha hacia el agujereado tronco de un árbol.

Aquella repetitiva práctica afinaba mi puntería y alejaba funestos pensamientos.

Las espesas ramas de los arces se agitaban entre susurros, medidas por un viento ruidoso y caprichoso que me obligaba a replantear la trayectoria de mis lanzamientos una y otra vez. Agotaba las flechas que contenía mi carcaj, las recuperaba y repetía la práctica sin descanso; nada interrumpía aquel proceder, ni el hambre, ni el frío, ni el desánimo.

El tiempo urgía, e incongruentemente era justo aquél lo que parecía alargarse hasta la locura.

El plan había resultado. Hiram había logrado embaucar a la joven ayudante del Oráculo, y Eyra pudo cambiar el pote que contenía las raíces y los hongos molidos por unos inocuos. Habíamos decidido aguardar unas jornadas más, antes de que Eyra se presentara en Agder frente a Gunnar y lo pusiera en situación.

Mis deseos de volver a verlo, de estar entre sus brazos, de amarlo hasta con mi último aliento, eran tan devastadores que necesitaba mantenerme constantemente ocupada para no perder el juicio.

Cuando tensaba con brazo firme y grácil manejo mi arco, una presencia me desconcentró y la flecha partió sin rumbo fijado, perdiéndose entre agrisadas y hurañas nubes. *Fenrir* ladró con fiereza hacia un punto en concreto.

Clavé mi molesta mirada en unos inquietos ojos azules, grandes, redondos y atentos.

—Sea lo que sea, mi reina, no contéis conmigo.

Llevé el brazo al carcaj colgado en mi espalda, extraje otra flecha y acoplé el engarce del astil en la tensa cuerda.

—Te traigo una nueva que quizá te interese.

Bajé lentamente el arco, respiré hondo y la miré de nuevo.

Su larga y trigueña melena ondeaba tras ella; su hermoso rostro, de altos pómulos, barbilla altiva, líneas regias y boca exquisitamente tallada, se me antojó el retrato de alguna virgen que había venerado en mi niñez. No obstante, el malicioso, aunque efímero, brillo que se intuyó en su mirada alejó de súbito aquella aura celestial que acompañaba su porte.

No sabía si ser conoedora de que a menudo la perversa naturaleza humana podía cobijarse en el interior de criaturas en apariencia indefensas, lograría protegerme. Desconocía si haber sufrido en carne propia la traición, la intriga, la envidia y la obsesión, me alertaría con la suficiente antelación de cualquier ataque. Lo que sí sabía era que esgrimiría la desconfianza como escudo, me cubriría con la capa de la prudencia y enarbolaría la astucia como espada. Y, armada con tan cuidada equipación, me dirigí hacia ella.

—Si el pago por conseguir que soltéis vuestra lengua dirige mis pasos hacia vuestro esposo, ya os lo advierto: no me interesa en absoluto —anoté secamente.

—Mi esposo me aparta cada noche de su lado, mi lugar lo ocupan dos esclavas. —Hizo una pausa, tragó saliva y continuó con voz estrangulada—. Está tan furioso por el engaño contigo como conmigo. Mi ardid no ha servido más que para alejarlo de mí. Dice que ahora no soporta tocarme sin pensar en ti. —Su voz se apagó en un débil sollozo que no conmovió un ápice mi corazón—. Y no imaginas las cosas que llega a hacer por apartarte de sus pensamientos. Empiezo a pensar que ha enloquecido.

—Mi señora, vuestras palabras pasan sobre mí como este viento, con una salvedad: ni siquiera me acarician.

Ragnhild endureció el rictus y frunció levemente el ceño, molesta y ofendida por mi cruda sinceridad.

—No olvides que soy tu reina —recordó con tirantez— y, aunque no compartas el lecho de mi esposo, sí tengo acceso a otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Como información sobre tu querido *ulfhednar*.

Enderecé la espalda y contuve el aliento, intentando mostrar la más

fría indiferencia.

—Os escucho.

Ragnhild no fue capaz de ocultar el sutil regocijo que asomó a su mirada.

—Dime, Freya, ¿hasta dónde serán capaces de llegar tus pasos para soltar mi lengua?

Sostuve su ladina mirada, y en mi fuero interno me cuestioné esa pregunta.

Aquella mujer era sagaz, despierta, ambiciosa y taimada; si conseguía gestar al hijo de Halfdan, no me cabía duda alguna sobre la clase de rey que ambos forjarían. Era indudable que gozaría de las virtudes necesarias para unificar todos aquellos belicosos reinos del norte, como vaticinaban las profecías.

—Desconozco la magnitud de esa información para arriesgarme a dar algún paso —respondí con aparente seguridad.

—Puedo adelantarte que tu suerte comienza a mejorar. A mi parecer, eso se merece que seas piadosa conmigo.

—Depende de a lo que os refiráis por piedad.

La reina dibujó una sonrisa relamida, se inclinó ligeramente y acarició con mimo la enorme cabeza peluda de *Fenrir*. El animal se mantuvo inmóvil, pero alerta. Algo en ella no le agradaba.

—A compadecerte por haber hechizado el corazón de un gran rey, y de privar a una reina de su vástago.

—No os atreváis a culparme de vuestras dificultades, señora. Si en vuestro vientre no germina semilla alguna, recordad que una se plantó gracias a mí. Y si vuestro esposo aqueja un hechizo, ya le ofrecí el filtro adecuado para curarse.

Me observó inquisidora, su gesto se oscureció.

—Alejarme de él —respondí a su muda pregunta.

La reina negó suavemente con la cabeza; casi me sorprendió ver un atisbo de congoja y sufrimiento en su semblante.

—Si te alejaras, él te seguiría. Y, créeme, aborrezco confesarte esto.

Cerré los ojos; un peso invisible, pero tan opresivo que encorvó mi espalda y dejó escapar un resuello de mi garganta, se instaló en mí, como una carga más a todas las que ya afrontaba a diario.

—Y yo aborrezco saber eso.

—Sea como fuere, mi vientre requiere más semillas, y tu futuro, más

luz. Y, por algún extraño designio divino, nuestros destinos se han cruzado.

—No voy a volver a vuestra alcoba —afirmé con contundencia.

—Y no es lo que te pido.

—Concretad, entonces —exigí, cada vez más impaciente.

—Te pido que lo trates con dulzura, con benevolencia, que suavices su carácter, no que cedas a su pasión.

El viento silbó entre el frondoso ramaje, como un pájaro de mal agüero. De repente, un escalofrío me recorrió, me abracé a mí misma y la contemplé con franco estupor.

—No logro entender vuestra petición —confesé confusa.

Ragnhild llenó el pecho de aire con evidente incomodidad y asintió; más para convencerse a ella misma, supuse. Entonces, advertí que aquello que me pedía le suponía un duro esfuerzo.

—Hazle creer que cedes a su conquista, que sucumbes a sus encantos. Esperará, se acercará a ti, no te forzaré, lo sé. —Desvió la mirada; sus ojos brillaban afectados—. Y lo sé porque, aunque anhela tu cuerpo, anhela mucho más tu corazón.

El aire a nuestro alrededor crepitó ante la tensión que nos envolvió en su abrazo. Y en aquel preciso instante, todavía envuelta en la capa de la prudencia, bajé el escudo de la desconfianza y enfundé la astucia, dejando asomar un nuevo elemento a cuanto portaba, la compasión.

—Deseáis que lo seduzca y que finja dejarme seducir... ¿Y en qué puede eso favoreceros?

—Mientras te conquista, su ánimo y su esperanza crecerán gracias a tu... buena disposición... Él acudirá a mí en el lecho, aunque me tome imaginando que eres tú.

Aquella petición era sin duda desesperada. Apenas llegaba a concebir mínimamente lo duro que debía de ser para ella, depender tanto de alguien a quien envidiaba y odiaba en igual medida.

—Y, ahora, quiero saber en qué me beneficia a mí.

Ragnhild volvió a centrar la atención en el perro, antes de enfrentarme.

—Mi más ardiente cometido es reunirte con tu esposo, pero, mientras tanto, y por muy humillante que sea para mí aceptar esta situación, tendré que manejar mi posición sacando de ella el mayor provecho posible. Si pasan más lunas sin que logre dar vida a la descendencia de Halfdan,

acabará desterrándome, en el mejor de los casos. Ayúdame y yo te ayudaré, no hay artimaña alguna en mi ofrecimiento.

Guardé silencio, meditando sobre aquello. ¿Cuánto más habría de bajar a los infiernos para recuperarlo?, me pregunté angustiada.

—De acuerdo, daré algunos pasos hacia vuestro cometido, pero antes desvelad ya la luz que tanto necesito.

—Esa luz es una decisión que pongo en tu mano. Haz lo que mejor consideres con ella.

—Así lo haré —concedí cada vez más inquieta.

—El hijo de tu esposo ha caído gravemente enfermo. Tengo entendido que Gunnar está desesperado. Si el niño muere, será más fácil desvincularlo a él de la madre. Si vive, te será difícil arrancarlo de su vida. Puede que te ame mucho, pero el amor que un hombre siente por su vástago, ese sentimiento de orgullo, de satisfacción, de plenitud, es difícilmente sustituible. Y más al lado de una mujer que nunca podrá proveerlo de descendencia. La sangre, Freya, es el más fuerte de los vínculos terrenales.

Aquellas palabras reavivaron una daga que ya tenía clavada por mi propio puño. Una daga que se hundió en mi pecho, cuando lo vi acunando a aquel bebé.

—Es posible que no sea hijo de Gunnar.

Y entre aquel dolor rancio e insidioso que despertaba, la compasión, esta vez dirigida a mí, se sumó a la inmensa tristeza que ya campaba con indolente soltura en mi interior.

—Sea o no, ya lo es en su corazón.

La daga se hundió más en mí.

Y recordé aquella vez que Gunnar me narró anécdotas de su madre, la mujer que lo crio. No, no importaba tanto la sangre, cuando se estrechaba entre los brazos a quien se tomaba por hijo, pues el amor hacía el resto. Y no un amor cualquiera, sino uno lo suficientemente grande incluso como para compensar esa falta de lazos sanguíneos.

Para Gunnar, era su hijo, y yo, apenas era capaz de imaginar su sufrimiento si el niño moría.

La daga giró y me atravesó el corazón.

—Tú puedes salvarlo.

La miré trémula, angustiada, con la mirada nublada y el pecho constreñido.

—¿CÓ... cómo?

—Sé lo que le ocurre al niño; a la segunda esposa de mi padre le sucedió lo mismo con su primer hijo. Tos continua, altas temperaturas, manchitas rojas en la piel. Una curandera que nos visitó poco después de enterrar al pequeño nos explicó que ella conocía un remedio, un hongo muy delicado que, triturado y mezclado con una infusión de melisa, hubiera salvado la vida del pequeño. Sé dónde crecen esos hongos.

—Quiero al menos intentar salvarlo —declaré decidida.

—¿A pesar de saber a lo que te expones?

—Yo no importo ahora; la vida de ese niño y la felicidad de Gunnar son lo único que importan.

Creí ver un deje de admiración en su mirada. La gravedad de su semblante y una leve mueca de conformidad me llevaron a seguirla.

Caminé un buen trecho tras ella, en silencio. A cada paso dejaba brotar mi dolor, a cada paso se abría un poco más esa puerta que nunca llegó a cerrarse. Esa puerta que nos ofrecía la posibilidad de deambular en vidas separadas, en mundos distintos quizá, si yo decidía alejarme, dándole la oportunidad de ser padre, de olvidar, de volver a empezar, de dejar atrás un doloroso pasado. Me detuve; los sollozos estrangulados se acumulaban en mi garganta ante la imagen de Gunnar lejos, muy lejos de mí. ¿Podría soportar esa vida, incluso en mi querida Toledo, arropada incluso por mi madre, por los míos, si acaso seguían estando para mí? ¿Podría vivir sin corazón? ¿Podría respirar sin tenerlo cerca? ¿Podría soportar estar en un mundo del que él no formaba parte?

Sabía la respuesta y, por eso, todo mi cuerpo se agitó de dolor.

Cuando la joven reina se detuvo al pie de un gran abeto y me miró, yo ya estaba embargada en un silencioso llanto.

—¿Tengo tu palabra?

—La tenéis —respondí—, es cuanto me dejan conservar.

Se agachó y, apartando brillantes y frondosos helechos, me mostró un rodal de hongos pálidos, cubiertos por una especie de vello extraño y blancuzco.

—Sólo hay que aplastarlos y extraerles el jugo —explicó mientras arrancaba uno y me lo ofrecía.

Tan sólo asentí, mientras me contemplaba con detenimiento.

—Permite que te pida disculpas.

Sostuve su perspicaz mirada, impávida y contenida.

—Por atreverme a comparar mi sufrimiento con el tuyo —añadió conmovida—. Nada de lo que yo haya vivido, o quizá de lo que viva, creo que pueda superar el dolor que desgarró tu rostro en este instante.

—Entonces, señora mía —musité—, es porque ni amáis ni amaréis como yo lo hago.

Ragnhild agrandó los ojos y me contempló un largo instante, quizá asombrada, quizá decepcionada, o tal vez agradecida. No lo supe, tampoco me importó.

Arranqué varios hongos, y le di la espalda alejándome de ella. Caminé erguida, aunque mi interior se desmoronara ante cualquiera de las posibilidades que se me presentaban. Me permití llorar, pero sin recrearme, sin abandonarme a los sollozos. Pues por algún motivo supe que, si bajaba esa barrera, no podría detenerlos.

Quizá Eyra nunca me salvara, pensé; quizá seguía muerta. No, me dije de inmediato, la muerte no podía doler tanto.

En las enamoradas garras del destino

Comía en silencio; el ambiente a mi alrededor resultaba tan apático como mi ánimo. No supe si quizá fue mi presencia lo que oscurecía el ceño de aquellos que compartían mi mesa, o la inminente batalla que se acercaba abriendo sus negras alas, como las del cuervo que desde su sitio me observaba con tanta avidez.

Hiram conversaba soterradamente con Valdis. Me animaba saber que habían enterrado animadversiones, y que los comenzaba a unir una incipiente amistad. Thorffin había marchado a Agder, para estar el mayor tiempo posible con su esposa Helga. Erik y Ragnar deseaban estar junto a Gunnar. Y Eyra no dudó en acompañarlos con mis indicaciones sobre el preparado que portaba y que podría salvar la vida a ese niño. Ardía en deseos de ofrecer a Gunnar todo el cariño que había mantenido escondido dentro de ella desde que lo engendró.

Gunnar estaría en este momento rodeado de aquellos que lo amaban y, aunque esa certeza soliviantaba mi corazón, también me susurraba maliciosa que no me necesitaba.

Rogaba de forma incesante por la vida de su hijo, deseaba con fervor su recuperación y, si los dioses me hubieran pedido alejarme para siempre con tal de salvarlo, lo habría hecho con total convencimiento. Sin embargo, mi misión era otra.

Mastiqué despacio; apenas reparé en la conversación que mantenían Jorund el Gruñón y Sigurd el Duende, sobre técnicas de combate, a pesar de que se esforzaban por incluirme en ella. Tragué el último bocado y me puse en pie para llenar la jarra vacía de cerveza.

Rumbo a la gran tinaja, clavé los ojos en Halfdan, intencionadamente, y le sonreí comedida, aunque con dulzura.

Aquel gesto fue recibido con una expresión de asombro y confusión bastante burlesca. Cuando logró recomponer su sorpresa, me regaló un semblante desconfiado y huraño.

La única manera de conseguir engañar a un hombre tan ladino como él era siendo sincera. Y, para poder serlo, tuve que buscar dentro de mí dos emociones que a pesar de todo habían surgido por él. La piedad y la compasión.

Yo mejor que nadie conocía la marca que dejaba el despecho y el desamor en el corazón de un hombre. Era indudable que, para un rey, para alguien que lo había obtenido todo en la vida, que rezumaba poder y sabiduría, que no creía en imposibles, para quien la ambición y el control eran su estandarte, topar con algo que no podía manejar, que no podía conquistar, que ni siquiera podía rozar, lo tendría sumido en una sufrida impotencia.

Era tan fácil ver su sufrimiento, tan sencillo adivinar que había entregado contra su voluntad una parte de él... una parte, además, que ni siquiera creyó poseer, que incluso lograba conmoverme. El hecho de que no tomara por la fuerza, aunque sí lo intentara con argucias, aquello que tanto ansiaba, me inspiraba también un leve deje de respeto por él. Desconocía si aquellos sentimientos recién descubiertos me ayudarían en mi empresa, lo que sí sabía era que utilizarlos me dejaba en muy mal lugar, definiendo, para mi completo malestar, la mujer en la que me estaba convirtiendo.

Llené mi jarra y luego la alcé frente a él; las comisuras de mis labios se elevaron quedamente, en un guiño casi cómplice, y entonces bebí a su salud.

Sus ojos se iluminaron, resurgiendo en ellos una esperanza moribunda. Sostuve su penetrante mirada antes de regresar a mi mesa. Por la expresión acusadora que me dirigió Hiram, supe que no había pasado inadvertido mi gesto.

—Brindemos por el destino —propuse—, ese que nos maneja a su cruel capricho.

Di un buen trago y permanecí en silencio, ausente de todo... intentando cerrar esa maldita puerta por la que escapaba mi sosiego. Ignoré las pertinaces miradas de mis compañeros de mesa, y me asenté en una decisión cada vez más abrumadoramente punzante.

Gunnar, Gunnar, Gunnar... no podía dejar de pensar en él, en cómo se sentiría en ese instante, en aquel pequeño enfrentándose a la muerte, en lo que ocurriría a partir de ahora. Y las ganas de correr a su lado comenzaron a devastarme. Sentía que me faltaba el aire, que me sofocaba

y me mareaba. Tenía que salir de allí.

Cuando me puse en pie, Hiram me imitó. Su semblante mostraba su profunda preocupación por mí.

—Temo que he bebido demasiado, necesito despejarme —argüí a modo de explicación.

—Te acompañaré —se ofreció solícito.

—No, no es necesario, también preciso estar sola.

Todos me observaron con la misma expresión en sus rostros: inquietud.

—No te alejes mucho, el bosque de noche es traicionero —recomendó Sigurd.

—*Fenrir* me acompañará, no necesito más guardián que él.

Me cubrí con mi espesa capa de pelo de nutria, chasquéé los dedos y el gran perro lobo salió tras mis pasos, fuera de aquel gran *skáli*.

Salimos a la gran explanada circular, que se bifurcaba en diversos ramales de los que surgían callejuelas salpicadas de cabañas con techo de turba y paredes de piedra caliza.

La luna, radiante y majestuosa, pincelaba de plata cada relieve, iluminando la noche, dotando de magia cada rincón del poblado y guiando mis pasos hasta el bosque.

Desconozco qué me llevo a adentrarme en él, sólo sé que me llamaban sus grandes árboles, sus susurrantes helechos, sus aligustres apretados, sus puntiagudos montículos rocosos, sus sonidos, su perfume y su misterio. Como sí allí, en lo profundo de su vasta extensión, fuera a encontrar las respuestas que buscaba.

Abrazada a mí misma, caminé sin rumbo, contemplando cómo mi resuello se elevaba en volutas, cómo los búhos saludaban mis pasos y cómo un engañoso letargo despertaba bajo mis pies.

Y ante mí, en un claro despejado, una roca en la que refulgía la luna llamó mi atención. Me dirigí hacia ella y me senté en su plana superficie, suspiré y aguardé como si aquel baño de luna que me acariciaba fuera la fuente de conocimientos que tanto ansiaba. Bajo aquel nacarado halo, cerré los ojos y alcé la cabeza hacia el cielo.

«Gunnar, Gunnar, Gunnar... ¡Oh, Dios... cuánto te amo... quizá demasiado para seguir haciéndote sufrir...!»

Lo imaginé detrás de mí, cerrando los brazos alrededor de mi cuerpo, apoyando el mentón en mi cabeza, estrechándome tan fuerte que

incluso dejé escapar un suspiro de puro alivio y sentí el impulso de reclinarme contra su pecho. Lo sentía tan cerca, tan presente, tan real, que no me sobresalté cuando oí pronunciar mi nombre.

—Freya.

Inspiré profundamente antes de abrir los ojos. Reconocí de inmediato esa voz, aunque su tono era distinto, nuevo para mí.

—No pareces de este mundo.

—Quizá no lo sea —respondí en un hilo de voz—, quizá nunca lo fui.

Halfdan emergió de entre las sombras y atravesó el rodal; la luna lo iluminó con tanta claridad que pude interpretar a la perfección el brillo de sus ojos. En verdad me miraba como si fuera una criatura mística. Se hallaba impresionado y abrumado por mi presencia.

—Tal vez por eso no logro arrancarte de mis pensamientos.

Clavé los ojos en los suyos, recibiendo de ellos la magnitud de lo que sentía.

—Quizá no lo intentas lo suficiente.

—O tal vez lo intente de la manera equivocada.

—Es posible —musité—; quizá intentando amar a tu esposa resulte más fácil de conseguir. Quizá un hijo centre tus pensamientos en el camino correcto.

Suspiró ruidosamente y sacudió la cabeza como desechando una propuesta vacua.

—Todo es posible, loba. Pero a veces un cuervo se obceca en el más brillante anillo de plata que haya visto jamás, y todo lo demás pierde intensidad. A veces también ocurre que tomas un rumbo, el que sabes adecuado, pero, cuando lo recorres, comprendes que ese sendero marcado no es el que esperabas. —Dejó escapar el aire contenido con visible esfuerzo; su voz se apagaba—. En ese momento, compruebas que tus pies se detienen tercamente y tu corazón te obliga a dar la vuelta. ¿Qué hacer entonces?

Me sumergí en su mirada, permitiendo que mi compasión y comprensión lo arroparan.

—Imagino que lo más sensato es dar la vuelta, guiarte por el corazón y comprobar por ti mismo que, por desgracia, ese sendero que anhelas no conduce a lugar alguno. Sólo así podrás reconducir nuevamente tus pasos hacia donde deben estar.

—¿Y si, aun sabiéndolo, eres incapaz de salir del camino que ha

elegido tu corazón?

Su desgarradora expresión, tensa y esperanzada, me conmovió más de lo que hubiera deseado.

—Lo correcto es dejarse guiar por el corazón, hasta que se convenza por sí solo de que está equivocado.

—El corazón nunca se equivoca —afirmó afectado—; que ese camino no sea para mí, no significa que no sea el adecuado, el único que me haría feliz.

Bajé la mirada; cada respiración quemaba mi pecho.

—Halfdan... —susurré con voz estrangulada.

—No soy un necio, sé que no puedo robar tu corazón —murmuró en tono enronquecido. Apresó mi barbilla y la alzó buscando mi mirada—. No obstante, que sepa que no puedes amarme no impide que yo lo haga, y lo que más me sorprende descubrir es que soy capaz de conformarme con lo poco que quieras darme.

—¿Con qué te conformarías?

Deslizó la mirada por mi rostro, absorbiendo cada detalle, deteniéndose en cada proporción, embebiéndose de él con tal intensidad que me secó la garganta.

—Con una sonrisa, con una mirada, con una conversación, quizá.

No pude evitar sonreír, aunque con acusada tristeza; el hombre imitó mi gesto.

—Pero ahora, Freya, necesito un beso o moriré de sed.

Y cuando se inclinaba lentamente sobre mí, descubrí que yo también lo necesitaba.

Los tibios y suaves labios del hombre rozaron los míos con extrema delicadeza, como si me acariciaran las alas de una mariposa, como si me rozara una tímida brisa primaveral, como si los cosquilleara la levedad de una pluma. Me estremecí.

Volvió a tantear de forma huidiza y esquiva el beso, como si pidiera permiso, como si llamara con inseguridad, con tan emotiva y exquisita entrega que me sobrecogió.

Aquella inusitada dulzura me caló por lo inesperada. Resultaba inconcebible que un hombre de su condición y carácter lograra imprimir tanta ternura, tanto respeto y tanta dedicación en un simple beso. Aquel que posaba los labios sobre los míos no era el Halfdan que conocía, y ese simple detalle, unido a mi necesidad de calor, de cariño, abrieron mi boca

para él.

Se introdujo en el cálido y húmedo interior de mi boca, tembloroso, afectado y agradecido. Su lengua buscó la mía, pero sin urgencia, sin pasión, sin imposiciones, con tan conmovedora ternura que me dejé llevar por cada sensación. Y, de repente, sus brazos me abarcaron, ciñéndome contra su pecho, pero como una protectora ave arrojando a su polluelo. Aquel calor, aquel refugio, fundieron mis defensas, mis recelos, mis miedos y mi frío.

En ese beso el hombre volcó cuanto sentía, abriendo las puertas de su corazón, y el torrente que fluyó fue tan intenso, tan abrumador, que sentí ganas de llorar. Buscaba en mí algo a lo que anclar su esperanza, un asidero al que agarrarse en su caída al vacío, un haz desvaído que abriera la oscuridad en la que se hallaba su corazón. Y yo sabía que nada hallaría, pues mi pecho estaba desierto; mi ser, exiguo, y mi destino, muy lejos de él.

Sentí lágrimas en mis mejillas, y no pude descifrar a quién pertenecían. Halfdan se estremecía trémulo sobre mí, liberando sus emociones, aceptando su derrota, ahogando su pena en mi boca, y yo... yo sólo lloraba por no estar en otros brazos, por ser causante de tanta tragedia, y por la maldita decisión que crecía de forma paulatina en mi interior.

Cuando logró separarse de mí, no me ocultó su silencioso llanto, tampoco yo el mío. Alcé poco a poco un brazo y acaricié con exquisito mimo su mejilla rasposa y oscurecida por una barba incipiente. Ante aquel contacto, el hombre cerró los ojos y suspiró sufriendamente.

—Freya... daría mi vida y mi reino por ti —comenzó a decir en un desgarrado hilo de voz—. Sacrificaría mi descendencia y renegaría de mi destino. No logro imaginar qué hizo Gunnar para robar tu corazón.

Aspiré una gran bocanada de aire, luchando contra los sollozos que pugnaban por salir.

—Gunnar renunció a su propio corazón por mí. Me abrió su pecho desde el principio, demostrándome, en cada acto, un amor tan puro, tan inmenso, tan generoso y tan sacrificado que le entregué el mío incluso antes de ser consciente de ello. Estamos unidos más allá de la muerte, del destino, de los siglos y de los dioses. No sé... si es mi presente, pero sé que es mi futuro. Quizá en otro tiempo, en otra vida, en otro mundo, porque soy más suya que mía y siempre será así.

El nudo estrangulado de mi garganta se deshizo por fin en un sollozo grave, profundo, que me desgarró por dentro.

Halfdan me cobijó nuevamente entre sus brazos, sofocando mis sollozos, consolando mi dolor y asimilando el suyo.

—Maldigo a los dioses —profirió rotundo— por no ser él.

Me tomó en brazos, me estrechó con fuerza y me llevó con él. Apenas tuve consciencia de que salíamos del bosque, de que la luna iluminaba cómplice nuestra pena, y del extraño vínculo que había nacido entre nosotros.

Me condujo en silencio a la cabaña que compartía con Eyra, y me depositó en el suelo frente a la puerta.

—Saber que no puedo tenerte me hace amarte más —susurró grave—, pero no porque no estés a mi alcance, sino por la profundidad de tu entrega, por tu lealtad, y por tu corazón.

—¿Por qué? —inquirí, escrutando su compungido rostro—. ¿Por qué me abres tu corazón? ¿Por qué has decidido ser franco, dulce y comprensivo, si sabes que no hay modo de conquistarme?

Indagó en mi mirada un instante, y pareció meditar su respuesta antes de suspirar derrotado.

—No diré que me he cansado de pelear, porque no es cierto. Tampoco reconoceré que tu sagacidad supera en ocasiones la mía. —Hizo una pausa que aprovechó para esbozar una sonrisa velada y otro suspiro, éste más frustrado—. La otra noche... cuando casi te tuve, cuando desperté con un terrible dolor de cabeza, cuando fui incapaz de recordar nuestra culminación, supe que me habías envenenado con alguna hierba. Y entonces, a pesar de la cólera que me despertaste, comprendí una cosa: nada obtendría ni con la fuerza ni con tretas. Puedo tomar tu cuerpo cuando me plazca, y eso ambos lo sabemos, y no niego que me sienta tentado demasiado a menudo de forzarte.

Sus ojos fulguraron con una pasión tan insatisfecha y contenida que me paralizaron.

—A veces —continuó casi en un susurro— incluso pienso que quizá tenerme dentro de ti te haga ver con claridad todo lo que me haces sentir, pero ¿de qué serviría? Que sepas eso no entraña que tú logres abrir tu corazón al mío... y, por el martillo de Thor, la flecha que atravesó el corazón de Balder y la astucia de Loki, te juro que es cuanto deseo.

Cogió mis manos con las suyas y clavó su negra mirada en la mía

con una intensidad que me arrobaba y estrujaba el corazón.

—Curiosa situación —afirmé con pesadumbre—. Yo soy el obstáculo que se interpone en tus deseos, y tú eres el mío.

—Cuando haya acabado con la revuelta, y haya extendido mis territorios, liberaré a Gunnar —prometió en tono resuelto.

—Veo con pesar que tus sentimientos, o no son verdaderos, o carecen de la intensidad que se le presupone al amor.

Aquello lo tensó, soltó mis manos con ofuscación y me apresó por los hombros acercándose a él.

—No te atrevas a dudar de cuanto acabo de confesarte —masculló ofendido e iracundo.

—Pues lo hago —rebatí con aplomo—; pues, si en verdad me amas, sacrificarías tus intereses en favor de los míos, algo que siempre hizo Gunnar.

Me atravesó con una mirada dura y sesgada, cargada de reproche.

—No soy Gunnar, algo que ambos lamentamos, por cierto. No obstante, que te ame como jamás creí posible no nubla mi juicio lo suficiente como para permitir que Gunnar recupere el suyo, descubra mis ardides con su esposa y me atraviese con su acero.

—¿Qué le impedirá hacerlo cuando lo descubra, por muchos reinos que hayas conquistado?

—Cuando lo descubra, yo reinaré sobre Jutlandia, seré más poderoso y, por lo tanto, más inaccesible para él. Además, cuento con que lo alejes de mis dominios o me verá obligado a ordenar su muerte. Por no mencionar que lo necesito entre mis filas: su fiereza y habilidad me son imprescindibles en este crucial momento; luego... será tuyo.

Posé las palmas de las manos en su pecho y lo alejé de mí. Apreté los labios, tensé la mandíbula y clavé en él una mirada retadora.

—¿Tienes idea de cómo me siento cuando me tocas? —murmuró con mirada turbia y semblante tirante—. ¿Puedes llegar a imaginar lo mucho que tengo que controlar mis instintos para no caer sobre ti?

En el hombre crepitaba el deseo con la fuerza de una tea ardiente prendiendo un barril de brea.

—¿Y tú puedes alcanzar a comprender que esta distancia que nos impones me empuja a otro destino? ¿Eres capaz de albergar en tu mente el daño que nos haces?

—¿Qué destino? —inquirió alerta.

Sus ojos se abrieron, titilando en ellos un fugaz atisbo esperanzado.

—Uno muy lejos de ti, de Gunnar y de todos.

Me escrutó con extrañeza; la incomprensión resplandeció en su semblante.

—¿Por qué habrías de alejarte del hombre que amas?

—Justamente por eso, por amor.

Frunció el ceño, agitó confuso la cabeza y resopló absolutamente desconcertado.

—Que Loki me enrede en sus juegos si logro entenderte.

—Aléjate, Halfdan —aconsejé apática—; sea cual sea mi destino, tú no estás en él.

Entonces me ciñó a su pecho, rodeó mi cintura, abarcó mi mentón y acercó su rostro al mío.

—No me importan los vaticinios de los dioses ni los tuyos, mujer, sino mis deseos —siseó con determinación—. Y uno de ellos eres tú. Así que, pequeña loba negra, tienes ante ti dos caminos y una decisión. Elige esto...

Apresó mi boca con inusitada dulzura, con extrema delicadeza, regalándome un beso tierno, cargado de sentimientos, suave y gentil.

Se despegó de mis labios para fijar su hambrienta mirada en mí.

—O esto...

Y se abalanzó nuevamente sobre mi boca. Esta vez imponiéndome un beso duro, exigente, ardiente y salvajemente atroz, cercandome mi lengua, dominándola y desplegando toda la lujuria que bullía en él.

Cuando se apartó de mí, los carbones encendidos que prendían su mirada me retaron con apremio.

—Decide tú el modo, porque tu destino ya lo he decidido yo.

Y sin más, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas, con la espalda envarada y los puños apretados.

Trémula y angustiada, me dispuse a entrar en la cabaña, con una aguda sensación acicateando mi espalda. Alguien me observaba, alguien oculto en la noche, tan cierto... como la mirada preocupada que me recibió junto al fuego del hogar.

Enfrentando el corazón

Eyra, con los brazos en jarras y mirada grave, me observó acusadora, con gesto torvo y rictus agrio.

—Nunca me gustó escuchar tras las puertas —comenzó a decir— y, aunque no ha hecho falta que me acerque, esa condenada puerta me ha regalado más revelaciones de las que me hubiera gustado conocer.

Mi primer pensamiento a pesar de la tormenta que había en el rostro de la anciana fue para Gunnar.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

—No desvíes la conversación —advirtió severamente—. Te avisé, condenada imprudente, te advertí de que te cuidaras de él y no haces más que darle alas. ¿Qué demonios pretendes? ¿Hasta dónde ha llegado tu impulsiva majadería?

—¡Sólo me defiendo usando mis armas! —exclamé molesta.

Eyra soltó una carcajada seca, desabrida, abrupta y áspera; sus ojos chispearon condenatorios.

—Resulta evidente que desconoces su manejo, pues esa arma se ha vuelto contra ti.

—Todo se ha vuelto contra mí —rezongué con tinte apesadumbrado—, me siento acorralada.

Eyra resopló hastiada, sacudió una mano con deje frustrado y fijó en mí una mirada decepcionada.

—Y, como tal, cometes una necedad tras otra. Escúchame bien: no sé cómo vas a arreglar esto, pero lo harás. Has puesto a Gunnar en grave peligro con tus actos, lo has enfrentado a Halfdan.

—¡Yo no he hecho tal cosa! —negué alterada.

—Has entrado en su juego de seducción, te has convertido en su amante... —Abrí la boca para replicar, pero la anciana elevó la palma de la mano y, fulminándome con la mirada, me silenció en el acto—. Da igual los motivos, y es indiferente si te has entregado a ese hombre o no, porque

todos lo creen, han llegado los rumores a oídos de Gunnar y, si no fuera porque no se despega de su hijo, ya se habría enfrentado a su rey... y a ti.

Tragué saliva; la piedra de mi pecho tiró con fuerza hacia abajo, hacia el abismo que llevaba días agrandándose bajo mis pies.

—¿Ha... ha recuperado la lucidez?

La anciana asintió con gravedad; sus labios se afinaron en un rictus tenso.

—En apenas unos días, su mente se aclaró. Pero fueron unos días muy duros, en los que tuvieron que atarlo a un árbol mientras gruñía preso de dolorosos espasmos, bramaba como un buey y maldecía como si un espíritu maligno le desgarrara las entrañas. Pero, al cuarto día, todo cesó. Exhausto, perdido y confuso, comenzó a ver con claridad su alrededor. Su cuerpo y su mente, libres de la garra del brebaje, recuperaron el vigor con premura; si su hijo no hubiera enfermado tan gravemente, lo tendrías frente a ti. Te mandó llamar, pero no llegabas, por eso estoy aquí.

—No recibí ningún recado.

—Estos últimos días no he dejado de preocuparme por ti, sentía que algo oscuro te apresaba, te notaba lejos, y temí... —tragó saliva y aspiró una profunda bocanada de aire antes de continuar—... temí que te hubieras marchado.

Aparté la mirada, temerosa de que viera esa intención en ella. Era una decisión que crecía implacable en mi mente y que intentaba ignorar cada vez con menos voluntad.

—¿Y el hijo de Gunnar?

Eyra exhaló largamente el aire aspirado y con semblante preocupado se sentó en una banqueta, como si el peso del mundo sepultara su espalda.

—Le dimos el preparado, y al día siguiente el pequeño pareció mejorar, todo fueron esperanzas. Sin embargo, poco después, de nuevo empeoró. En el momento en que Sigrid supo que eras tú quien había aconsejado el remedio, se negó rotundamente a ofrecérselo a su hijo, explicando a quien quiso escucharla que no se fiaba de tus intenciones.

—¿Y... Gunnar?

—Gunnar dudó, pero no de tu intención, sino de la efectividad del brebaje; la nueva recaída del pequeño nos desorientó. Y así está él, confuso y muy angustiado, por eso no objetó nada a la decisión de Sigrid.

—Tengo que hablar con Ragnhild... —divagué mientras mis

pensamientos se atropellaban y mi desazón me ahogaba.

—Hay otra cosa que se aúna a todas mis preocupaciones.

Me acerqué abatida y me senté en el banco frente a ella.

—Ahora, todos en Agder saben que Gunnar empieza a ser el que era, Halfdan no tardará en ser informado. Temo la reacción de ese hombre tanto como la de Gunnar.

—Es preciso que comente con la reina el estado del pequeño, quizá no le quede mucho tiempo —musité impaciente incorporándome con ademán inquieto.

—Ve a dormir, muchacha, mañana hallarás ocasión.

—Pero es urgente, Eyra; cada instante puede ser crucial para el pequeño.

Eyra me taladró con una mirada admonitoria, negó suavemente con la cabeza y replicó en tono seco:

—A no ser que quieras volver a participar de sus juegos amorios, no la busques hasta que despunte el alba. Por lo que he podido escuchar apenas hace un rato, adivino lo que la reina y el rey comparten en este momento. Él, un deseo insatisfecho, y ella, su ansia por procrear.

Mis pies me anclaron en el suelo, y mi garganta se llenó de un regusto amargo. La sapiencia de la anciana acababa de liberarme de otra situación peligrosa.

Asentí, y me dirigí a mi jergón con la alma transida y el corazón constreñido.

A la mañana siguiente, sin haber conseguido dormir en toda la noche, asaltada por pensamientos sobrecogedores, malos augurios y punzantes inquietudes, salí de la cabaña en mitad de una copiosa nevada.

Envuelta en mi capa de pelo, cubierta por una amplia capucha, caminaba con dificultad sobre la profunda capa de nieve asentada en el sendero durante la noche. Mis piernas se hundían hasta casi la rodilla en el todavía blando lecho níveo; mis altas botas de piel apenas lograban alejarme de la gelidez que imperaba en aquel incipiente y agrisado amanecer.

Logré llegar al *skáli* jadeante y abotargada por un frío intenso, un frío que también había alcanzado mi corazón.

Ascendí la escalera y, cobijada en la techumbre que sobrevolaba la

entrada, sacudí mi capa y mis piernas; luego entré en la amplia sala seguida de una ráfaga de aquella cruenta ventisca que se arremolinaba en torno a mí en un glacial abrazo.

El ambiente recargado y sofocante me golpeó en mi avance mientras recorría el pasillo central. Los ronquidos se alternaban con los desperezos y en esa peculiar melodía matinal se entremezclaban sonidos metálicos de marmitas y cucharones, susurros velados y murmullos de ropas.

El alargado fuego del hogar era realimentado por maderos secos, por las siervas que ya preparaban las viandas para los convecinos que despertaban.

Tras dedicarme apenas un fugaz y desinteresado vistazo, regresaban impertérritas y hacendosas a sus quehaceres.

Dirigí mis pasos hacia la alcoba real, una estancia sólo separada del resto por grandes y pesados cortinajes rojos que retiré con firmeza para adentrarme en ella. Cuando mis ojos se acostumbraron a la semipenumbra reinante, divisé a Halfdan dormido boca arriba con el poderoso pecho desnudo que se alzaba en profundas respiraciones. Y, sobre él, abrazada a su pecho, la joven Ragnhild, con una sonrisa de satisfacción que bien podría haber iluminado toda la alcoba.

Sin amilanarme lo más mínimo, me acerqué al borde de la cama y sacudí con ligereza el hombro de la reina. Ella se removió inquieta, gruñó queda y parpadeó molesta. Volví a sacudirla y finalmente abrió los ojos. Cuando enfocó la mirada y su mente se despejó, me contempló consternada.

—Os aguardo fuera, preciso hablaros con urgencia —expliqué con semblante huraño.

Asintió y comenzó a escurrirse de entre los fornidos brazos de su durmiente esposo. Me volví y salí presta de la estancia.

Al cabo, asomó envuelta en una gruesa túnica de lana verdosa, todavía con el cabello revuelto y mirada intrigada.

—Ha de ser un asunto grave para que te atrevas a irrumpir en mi intimidad —manifestó cortante.

—Mi reina, vuestra intimidad os la procuro yo, no lo olvidéis, por no recordaros que ya la compartí —repliqué impaciente y hosca—, así que dejaos de remilgos y atended a lo que tengo que deciros.

Agrandó los ojos asombrada por mi vehemencia y me llevó incómoda hacia un rincón de la amplia sala.

—Habla —exigió molesta.

—El bebé mejoró en cuanto tomó el remedio, pero poco después empeoró de nuevo, ¿ese decaimiento es parte del proceso curativo?

Ragnhild se peinó con los dedos y negó con la cabeza, pensativa.

—¿Cuántas veces lo tomó?

—Creo que sólo una —respondí.

—Por lo que yo escuché, son necesarias varias tomas para una completa mejoría; se precisan varios días para que el remedio haga efecto y elimine la ponzoña que está atrapada en el cuerpo del niño.

—¿Y si no la recibe?

—De ser así, puedes estar segura de que morirá en pocos días.

Asentí con mirada ausente y una decisión naciendo en mi mente, abriéndose camino como la quilla de una embarcación surcando la quietud de un océano.

—Aquí finaliza nuestro pacto, mi reina. Ambas hemos recogido las semillas de nuestra siembra común. Pero convendréis conmigo en que el terreno abonado es más sensato dejarlo descansar.

—Sin duda —convino—. Deseo que tus próximas cosechas sean tan fértiles como la mía.

Llevó la mano a su vientre y sonrió con regocijo.

—Dudo que sean como la vuestra —admití, cerrando la capa sobre mi túnica—, pues yo no ansío recoger nada, sino sembrar acompañada.

Me fulminó con la mirada; sus hermosos ojos celestes centellearon ofendidos. Le dediqué una sonrisa arrogante y me alejé de ella con paso firme y porte orgulloso.

Salí del *skáli* con una única intención en mi mente: viajar a Agder, y salvar al hijo de Gunnar.

La nieve continuaba cayendo en grandes y pesados copos que se posaban con languidez en mis ropas. Puse rumbo a los establos, avanzando trabajosamente. Cuando atravesé los grandes portalones, me recibieron algunos relinchos hambrientos. Los caballos apiñados se daban calor; el blanquecino vaho que escapaba de sus ollares se elevaba sobre sus testas en una nube pálida, evidenciando las bajas temperaturas que soportaban los animales. Elegí un gran ejemplar negro y robusto, de ancas poderosas y pecho altivo, fornido, de firme lomo y brillantes ojos sagaces.

Rasqué con suavidad su esbelto y grácil cuello, escondiendo los

dedos tras sus largas crines negras. Era realmente soberbio en proporciones y regio de porte. Un animal hermoso con cierto tinte salvaje y rebelde, del que emanaba un poder subyugante. Permití que me olisqueara, mientras acariciaba su lomo. Vislumbré una silla de montar de cuero y una manta de sarga colgadas de un gancho. Las alcancé con premura y las coloqué diligentemente en la grupa del caballo, mientras le chistaba tranquilizadora y le rascaba con suavidad entre los ojos.

Coloqué el bocado, ajusté las cinchas, palmeando su vigoroso cuarto trasero, y lo conduje fuera del recinto. Cerré las puertas, asegurando la cancela, y por fin me elevé sobre el estribo, acomodándome en su grupa.

Sobre aquel impresionante corcel me sentí poderosa y segura; sacudí las riendas y el animal avanzó despacio a través de la espesa capa de nieve que cubría la región.

Fue una marcha tortuosamente lenta, a través de una enfurecida ventisca que parecía querer obligarnos a retroceder con su violento empuje. El viento silbaba con fuerza, y el crujir de las ramas por el peso de la nieve era cuanto se oía.

Durante el trayecto, mis pensamientos y mis anhelos se conjugaron en una sola persona. Sólo era capaz de vislumbrar, entre el radiante blancor que me rodeaba, unos rasgados y felinos ojos verdes que se convirtieron en mi guía y en mi fuerza. Las ganas de verlo de nuevo superaban con creces el temor a sus reproches. No obstante, eran estos últimos los que necesitaba para llevar a cabo la meta impuesta.

No era posible que el destino nos sepultara con tantas y tan dispares trabas y con tan amargo sufrimiento si no era para gritarnos, a su modo, que debíamos estar separados; que, juntos, sólo hallaríamos dolor y pérdidas.

Sin embargo, no podía permitir que aquel niño cayera en las garras de la cruel providencia que parecía perseguirnos. Gunnar había perdido ya un hijo, el mío; yo dos, y, mientras quedara un hálito de vida en mi cuerpo, lucharía por esa vida que había iluminado todo este tiempo la del hombre que amaba. A mi lado, no conocería jamás una felicidad plena, incongruentemente tampoco sin mí; de cualquier modo, la única luz que alimentaría su corazón era ese pequeño que ahora languidecía en sus brazos. No podía marcharme sin saber que él tendría algo a lo que agarrarse.

Transcurrió la mañana, también la nevada, dando paso a un cielo

límpido, por el que asomó un sol desvaído, pero lo suficientemente vigoroso como para arrancar destellos en la nieve, como diminutas perlas engarzadas que refulgían por doquier, obligándome a entrecerrar los ojos. La belleza de aquellos parajes resultaba sobrecogedora. La magnificencia de cuanto me rodeaba me empequeñecía como una hormiga ante la inmensidad del océano. El albo manto perlado y mullido cubría el bosque, las ondulante colinas, los frondosos abetos, los puntiagudos e irregulares peñascos, dando continuidad a aquella vasta y agreste extensión, confiriéndole una apariencia interminable, como si deambulara a través de un sueño infinito.

Alzaba el rostro con el anhelo de ser acariciada por la tibieza de aquel tímido sol, y cerraba los ojos, saboreando tan agradable sensación, deseando con fervor que aquella templanza alcanzara mi álgido corazón.

Tomé como punto de referencia una cima de aspecto bastante peculiar: tres picos casi de igual altura, como la corona de un rey. Bajo aquella montaña, pegado a su loma, habría de aparecer el poblado de Agder.

Y tras el último recodo boscoso, oteé en la lejanía un nutrido y apiñado grupo de cabañas que exhalaban por sus tejados un humo agrisado que escapaba en sinuosas espirales, resguardadas por la pared rocosa de la montaña.

Enfilé mi montura hacia la aldea; ambas acusábamos la dureza del viaje, agujoneadas por el hambre y el frío, ardiendo en deseos de cobijarnos al amparo de un buen fuego.

Eran pocos los temerarios habitantes que habían osado salir de la protección de sus cabañas y, sin duda, impelidos por necesidades acuciantes. Desmonté, y apreté los dientes cuando una punzada me recorrió las piernas. Era tal el helor que me atenazaba que mis dientes castañeteaban peligrosamente y mi cuerpo, abotargado, despertaba en un cosquilleo doloroso que me arrancaba violentos escalofríos.

Caminé guiando a mi corcel de las riendas hasta la cabaña del fondo, donde se alojaba Gunnar. Até mi montura a un poste junto a un vacío corral de gansos y, cogiendo aire, dirigí mis pasos hacia allí.

Una mujer emergió de la cabaña; sostenía un cubo en una mano. Ladeó la pared lateral de troncos, seleccionó un montículo de nieve e, inclinando convenientemente el balde, lo llenó con ella. Cuando regresaba, reparó en mí, que inmóvil la observaba con el corazón

latiéndome de forma apresurada.

Sigrid agrandó con asombro la mirada para sesgarla suspicaz a continuación. Su ceño se arrugó de un modo visible y sus puños se cerraron mostrando la tensión que la envaraba.

No vuelvas nunca

Caminó a grandes zancadas hacia mí y me enfrentó con mirada colérica. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, era fácil imaginar la causa. A pesar del acerbo odio que despertaba en mí, un deje misericordioso suavizó mi voz.

—Nada has de temer de mí —comencé a decir—. He venido sólo con una recomendación para tu pequeño. Es vital que continúes dándole el remedio para que mejore.

—¿Una recomendación de la mujer que viene a arrebatarme lo que es mío? —escupió furiosa.

—Aleja tus recelos, Sigrid, dudo que sean mayores que los míos. He venido para intentar salvar la vida de tu hijo, nada más.

—Has venido por Gunnar, a embaucarlo de nuevo en tus viles redes —acusó.

—Sí —concedí—, he venido por él, y por el pequeño, pero no para arrebatártelos, pues si algo sé es que lo único que en verdad se posee son los sentimientos, las personas que los despiertan son tan libres como este viento.

Entrecerró los ojos y tensó el rictus. Sus mejillas enrojecieron en el ardor de la furia que la sacudía.

—¡Lárgate de inmediato, maldita perra! —exclamó furibunda.

Avancé un paso, mostrando la firme decisión que me había llevado hasta ahí.

—No voy a permitir que entres —afirmó con la inquina brillando en su mirada.

—El rencor te ciega, cuando debería ser yo su portadora. Eres tú quien se interpone en mi felicidad, tú quien ayudó a segar la vida que latía en mi vientre, tú sobre quien recae la matanza de todo un poblado. Y aun así, te juro por los dioses que no descargaré mi venganza en un ser inocente. Si vengo hasta tu puerta es para ofrecerte la vida de tu hijo, pero

no por ti, por ti ni siquiera pestañearía, sino por Gunnar. Comprendo que no entiendas de lo que hablo, pues un corazón yermo, oscuro y sibilino como el tuyo desconoce las buenas intenciones. Me iré cuando me asegure de que el niño recibe su remedio durante varios días.

—Nada se acercará a los labios de mi hijo que proceda de ti — insistió con crispación.

—En tal caso, habré de dejar mi recomendación en su padre.

—Si osas acercarte a ellos, juro que terminaré lo que el destino dejó a medias —amenazó—. ¡Conozco de sobra tus intenciones, perra: acabar con mi hijo para alejar a Gunnar de mi lado!

Negué pacientemente con la cabeza, aunque la ira inflamaba mi ánimo y hervía la sangre de mis venas.

—Sin duda, ése fue tu plan cuando Ada, Amina y tú tejisteis la matanza de Skiringssal. Pero yo no soy como vosotras; antes prefiero morir a guardar semejanza alguna. Y ahora, apártate, tengo un mensaje que entregar.

Avancé con firmeza y en un movimiento raudo e inesperado la mujer me lanzó el cubo repleto de nieve. Me incliné a un lado para zafar el impacto; sin embargo, lo recibí en el hombro izquierdo, impeliéndome hacia atrás. El dolor me sacudió en oleadas que se extendieron por todo el brazo; maldije entre dientes. Todavía tambaleante, oí un alarido que me estremeció y, acto seguido, como si de la maléfica diosa Ran se tratara, se abalanzó sobre mí con los brazos extendidos y una mirada cegada por un odio visceral.

Caí sobre la nieve, con ella encima intentando estrangularme. Me debatí con denuedo, sintiendo cómo sus dedos se clavaban en mi piel y oprimían mi garganta. Rodamos forcejeando, logré golpearla en un costado y ella se retorció; aquel movimiento liberó mi cuello y aproveché para invertir las posiciones; a horcajadas sobre ella, le asesté dos fuertes bofetones en ambas mejillas, llevé las manos a su garganta y la cerqué con ruda firmeza.

—Escúchame bien, maldita: no vas a impedirme llevar a cabo mi cometido. Después me iré y no volverás a verme... —siseé jadeante. El dolor del hombro me flagelaba en un opresivo pulso llameante... pero, o me dejas intentar salvar la vida de tu hijo, o soy capaz de acabar con la tuya.

Sostuve su incendiada mirada, de la que brotaban letales lenguas de

fuego, con aparente imperturbabilidad.

—¡Suéltala!

La potente y grave voz que llegó hasta mí me paralizó. Giré lentamente la cabeza para encontrarme con el contrariado y furioso semblante de Gunnar.

Mi corazón se detuvo, mis ojos se agrandaron hambrientos de su imagen, y todo mi cuerpo se tensó temeroso de lo que brillaba en su turbada mirada.

Me incorporé soltando mi presa y lo encaré, intentando sofocar la miriada de emociones que me asaltaban.

—Ha sido ella quien me ha atacado —me defendí ante la acusación que manaba de su mirada como una daga afilada.

Aquella situación evocó otra pelea en la orilla del mar, con Amina de contrincante; recordar lo que hizo Gunnar cuando me separó de ella me estremeció, anhelando una escena similar.

Sentí cómo me recorría con la mirada, pude ver la mezcla de sentimientos que se desplegaban en ella, muchos de ellos enfrentados entre sí.

—Mandé llamarte —comenzó a decir con tirantez—, pero parece ser que estabas muy ocupada para acudir ante mí. Compruebo ahora lo desacertado de mi decisión.

—Gunnar —mi voz sonó tan necesitada, tan suplicante, que casi se extinguió llevada por el viento—, he venido con un aviso sobre el remedio que os procuró Eyra. El niño ha de tomarlo durante varias jornadas consecutivas para que surta efecto.

Su mirada se nubló con algo similar a la decepción; escondió su pesar tras una mirada hierática y fría.

—Por favor, te ruego que confíes en mí —proferí con voz desgarrada—; si no lo hacéis, su vida corre grave peligro.

—Entregaste tu mensaje —observó impertérrito—. No me queda más remedio que confiar en el criterio de tu informante. Si no has venido a nada más... ya puedes marcharte.

Cerré los ojos en un fútil intento por detener el torrente de lágrimas que se acumulaban desbordando y nublando mi mirada.

Sigrid, que se había puesto en pie, se acercó a Gunnar, posicionándose a su lado, con una sonrisa triunfal que curvaba sus labios.

Verlos juntos, como una fuerza en mi contra, fue tan demoledor que

cuanto quise decir murió en mi garganta sofocado por los sollozos que luchaba por contener.

—Ya lo has oído, nada tienes ya que hacer aquí —resaltó Sigrid, mientras enredaba su brazo en el de Gunnar.

Cada bocanada de aire inspirada me quemaba con un dolor tan grande que incluso temí desvanecerme. Llorosa y trémula, clavé la mirada en la de Gunnar, penetrante y dura, reprimiendo las ganas de gritarle cuánto lo amaba. No, ya había tomado una decisión, ya no había nada que aclarar, ni justificar. De nada servía enarbolar la defensa ante los rumores que habían mancillado mi imagen ante él. No cuando la separación era cuanto nos uniría ya.

Abatida y hundida, asentí entre lágrimas y les di la espalda con el corazón sangrante y un dolor punzante, esta vez masacrando en profundas estocadas mi lastimado corazón.

—¡Aguarda!

Me detuvo su voz, y quizá ese moribundo resquicio rebelde de esperanza que se negaba a desaparecer.

El llanto de un bebé llegó hasta mí. Me volví de nuevo. Sigrid corrió al interior de la cabaña. Al cabo, el llanto cesó.

Gunnar avanzó hasta mí. En su rostro se entreveía el sufrimiento y los desvelos. Una espesa barba castaña cubría su mentón, y su largo cabello caía desgredado cubriendo sus hombros y parte de su espalda. Oscuras ojeras cercaban sus ojos, y el cansancio y la preocupación abotargaban su tenso rostro. Contuve el impulso de correr a sus brazos.

Cuando llegó a mi altura y su verdosa mirada me penetró, distinguí con claridad su propia lucha.

—Pareces arder en deseos de regresar junto a tu rey —reprochó dolido.

—Es más bien el deseo de alejarme de la condena que veo en tus ojos —respondí con un hilo de voz.

—¿Y tiene mi condena razón de ser?

—Si todavía eres capaz de mirar dentro de mi corazón y ves lo que hay en él, no.

Sus ojos deambularon por mi rostro; cuando se detuvieron en los míos, brillaron afectados.

—Ahora mismo, Freya, estoy partido por la mitad. Ya no sé qué veo, ya no sé qué pienso, ya no sé qué hacer, sólo sé una cosa y es lo que

siento. Y es justamente eso lo que me está matando en este momento.

—Aquí —comencé a decir con voz entrecortada— hay algo que yo jamás podré darte. Ahora comprendo que nuestras vidas no están destinadas a estar juntas... que el sufrimiento que nos regala el destino nos priva de la paz y el sosiego necesarios para alcanzar la felicidad.

Gunnar cogió con hosquedad mi muñeca y posó la palma de mi mano en su pecho. A través del grueso tejido de su jubón, pude sentir su tibieza y los amortiguados latidos de su corazón.

—No hay nada que no puedas darme, porque cuanto deseo y necesito eres tú.

Sentí un pellizco en el corazón, un nudo en la garganta y un aleteo en mi vientre. Dejé escapar un desgarrado sollozo y bajé la mirada.

—Gunnar... yo...

Él alzó mi barbilla e indagó en mis ojos, tan húmedos como los suyos.

—Pero saber de tu boca que renuncias a mí, saber que has seducido a un rey, que entregas tus labios y tu ardor a otros, por el motivo que sea, me rompe por dentro. Hay en mí tal furia, tal dolor, tal impotencia... que temo enloquecer de nuevo.

Su voz se rasgó; el rictus tenso de su mandíbula se acentuó, conteniendo sus propias emociones.

—El único motivo que mueve todos y cada uno de mis actos, acertados o no, eres tú —musité con voz estrangulada.

—¿Puedes llegar a adivinar cómo me siento, Freya? —pronunció con voz rota—. Morirme de ganas por besar tus labios, sin poder olvidar que no hace mucho los besaron otros. Desearte con tanta fuerza que no me importaría tomarte sobre la nieve como un loco, si pudiera borrar de mi mente las manos de ese mísero rey sobre ti. Pero no puedo, porque en mi cabeza sólo soy capaz de verte con él. Te veo con él, tal y como me contaron, desnuda a horcajadas sobre sus caderas, gimiendo bajo sus caricias, y con su esposa presente. ¿Eres capaz de concebir mínimamente cómo me siento?

Sofocó un sollozo, hundió los hombros e inclinó derrumbado la cabeza.

—Freya —continuó, desgarrado y trémulo—, te juro que me agarro a creer que todo cuanto hiciste fue para llegar a mí, para liberarme del yugo de esas mágicas hierbas. Pero hay algo... algo que me consume, y es

pensar que no eres la misma Freya, que la que ha regresado de la muerte no es la que yo conocí, la que yo amé...Y eso... eso está acabando conmigo.

El corazón me sangraba, el dolor me rompía y mis sollozos apenas eran capaces de liberar todo el sufrimiento que nacía de mi interior.

Hice ademán de posar las manos en su pecho, pero él retrocedió un paso. Con la cabeza inclinada, largos mechones cubriendo parcialmente su rostro y el infinito e implacable dolor que asomaba a su mirada, supe que mi decisión era la acertada.

Asentí entre amargas lágrimas, y me aparté de él.

—Quizá no sea yo porque no me dejan serlo, o quizá sea la nueva yo, no lo sé. Lo único que sé es que mi corazón es el mismo y que, a partir de ahora, ha dejado de latir.

Los ojos de Gunnar destellaron con una punzada agónica que empañó su mirada; apretó con fuerza los labios como impidiendo que las palabras escaparan de su boca; su mentón se tensó, sacudió la cabeza con resignación y asintió con semblante desgarrado.

No necesité nada más.

Me volví completamente devastada y rota, buscando la voluntad necesaria para no echarme en sus brazos, por no suplicarle que me besara, y hallé la pujanza que me hacía falta para caminar hacia mi caballo, sin tambalearme.

Justo cuando alcanzaba mi bruno corcel, y desataba las riendas, un rugido a mi espalda me sobresaltó.

—¡No!

Aquel grito provenía del interior de la cabaña, y aquélla era la voz de Gunnar. Solté de inmediato las riendas y corrí a través de la nieve hasta allí.

Cuando me adentré en ella, Gunnar forcejeaba con Sigrid frente al fuego del hogar. Me detuve en el umbral, confusa, y dirigí los ojos a la cuna de madera donde lloraba el bebé.

Sentí el impulso de calmarlo y, sin pensarlo mucho más, seguí mi instinto. Cogí al rubicundo niño en brazos y lo acuné chistando; me apercibí de la sobrecalentura que lo congestionaba, mientras observaba cómo Gunnar le arrebatava a Sigrid una pequeña vasija de las manos.

Cuando Gunnar se volvió y se topó conmigo, algo en su semblante se quebró. Con un brazo intentaba sujetar a la furibunda mujer que trataba de alcanzar de nuevo aquel recipiente.

Inmovilizó como pudo a Sigrid, que chillaba de rabia y frustración, y me alargó el frasco con mirada apremiante.

—Dáselo al niño, su madre estaba vaciando el contenido en la hoguera. Habrá que preparar más.

Tomé el frasco, asentí, y sin más dilación lo incliné hacia la boca del pequeño, derramando en ella unas gotas que tragó en el acto. El rostro del niño se congestionó, imaginaba que por el amargor del brebaje. Lo incorporé y, posándolo en mi pecho, palmeé su espaldita con ternura.

Gunnar tenía la mirada fija en mí; encontré en ella un atisbo de ternura que me abrumó. Podía leer tan abiertamente sus pensamientos que me fustigaron como latigazos.

La mujer que tenía en sus brazos se debatía colérica como una gorgona despiadada.

Continué acunando con suavidad al bebé, acariciando su cabecita y besando su frente, pero el pequeño se convulsionaba en extraños espasmos. El pavor me asaltó.

—¡Algo le pasa! —exclamé aterrada.

—¡¡¡Mi hijooo!!!

Depositó al niño en la cuna y me arrodillé sobre él, sin saber qué hacer. Lo acaricié con un nudo en la garganta; su temperatura corporal era alarmantemente alta. Mi intuición me llevó a despojarlo de la manta que lo cubría y a zafarlo de su pequeña camisola. Temblorosa, cogí un paño, lo sumergí en un balde de agua cercano a la puerta, lo empapé en él, lo escurrí y se lo coloqué al pequeño en la frente y en el jadeante pecho.

Gunnar soltó a Sigrid, que corrió junto a su hijo, lo cogió en brazos y lo apartó de mí sollozando asustada.

De repente, el niño dejó de llorar.

Mi corazón galopaba en mi pecho, y la angustia que me atenazaba casi me impedía respirar.

El cuerpo del bebé quedó flojo en los brazos de su madre, que lo zarandeaba completamente desquiciada.

—¡¡¡Mi Ottar, mi niñoooo...!!! —gimió desgarrada.

Gunnar se lo arrebató, lo fundió en su pecho y lo sacudió con suavidad, cada vez más desesperado. Acercó la oreja al pecho del niño, y negó con la cabeza.

—¡¡¡Nooooooooooooooooo.....!!! —bramó la mujer.

Sigrid cayó de rodillas y sollozó con violencia, hundida y desolada.

Gunnar cogió la mano del pequeño Ottar y la llevó a sus labios. Sollozaba en silencio; la pena y el dolor contorsionaban su rostro, todavía acunando el exiguo cuerpo sin vida del bebé.

Creí morir. Presenciar su lacerante sufrimiento sin poder acercarme a él, verlo llorar tan abiertamente, tan impotente y tan desolado, me derrumbaron.

De repente, Sigrid clavó sus enrojecidos ojos en mí, y de ellos brotó todo su encono en forma de alarmante acusación.

—¡Túuu...! —escupió furibunda, con el rostro arrebolado y constreñido por una cólera letal—. ¡Tú has matado a mi pequeño, tú, maldita zorra inmundada, y ahora voy a matarte yo!

Se abalanzó sobre mí, con la locura tiñendo su gesto. Gunnar se puso en medio, la abrazó con fuerza contra su costado, aprisionándola, mientras sostenía a su hijo en el otro brazo, y clavó su dolida mirada en mí.

—¡Márchate, rápido! —aconsejó—. Ahora más que nunca, necesitas de la protección de un rey.

—Gunnar... yo... no... —gemí entre sollozos.

Negó con la cabeza, a su semblante asomó un brillo preocupado.

—¡Vete, Freya, temo no ser capaz de evitar un linchamiento si se enteran de lo que ha ocurrido! ¡Pronto correrá la voz, huye!

—¡¡¡¡Malditaaaaa!!!!

Sigrid berreaba, gritaba y pataleaba, presa de un llanto violento que la sacudía en quebrados sollozos.

Los lamentos, el odio, el inmenso dolor de la mujer me desgarraron el alma. Me sobrecogí de dolor y trastabillé hasta la puerta. Aturdida, me agarré a la jamba intentando anclarme a algo.

Un nuevo grito me envaró, dejando mi alma en carne viva. Me volví trémula y la imagen de Sigrid con la mirada agrandada por el horror me golpeó. Bajo ella, se formaba un charco de sangre cada vez mayor; cayó de rodillas pálida, hipando y estremeciéndose violentamente. Hice ademán de socorrerla, pero Gunnar me detuvo alzando la mano.

—¡Por los dioses, huye! —gimió suplicante.

El apremio de su rictus y la angustia de su mirada aceleraron mis pasos, y salí al deslumbrante y gélido exterior envuelta en una nube sofocante de dolor. Conseguí llegar a mi montura, y me alcé sobre la silla entre temblores. La gente, alertada por los alaridos, salía de sus cabañas

asustada.

Un grito de mujer me siguió, consiguiendo que todos los ojos se posaran sorprendidos en mí.

—¡¡¡Detenedla, es una asesina!!!

Azucé a mi caballo, sacudí las riendas vehemente y, justo cuando mi montura iniciaba la marcha en un trote ágil y apresurado, un hombre me arrebató las riendas, el caballo se detuvo en seco abruptamente y yo fui impelida hacia delante, cayendo de forma aparatosa por encima de la testa del animal hasta el suelo. La nieve amortiguó el impacto, lo que no impidió que me sintiera mareada, aturdida y dolorida. Ya me incorporaba cuando el hombre que había provocado la caída me aferró del pelo y me alzó con hosquedad.

Grité y me revolví contra él, pataleando y debatiéndome con fiereza. Lo único que conseguí fue recibir un violento bofetón que giró mi cabeza como si fuera de trapo. Sentí el sabor de la sangre en el interior de mi boca, y un dolor sordo en mi oído izquierdo.

Me zarandé con brusquedad y me arrastró, llevándome a trompicones hacia la cabaña de nuevo.

Obligada a caminar inclinada para que no me arrancara el cuero cabelludo, sólo pude vislumbrar unas piernas que corrían hacia mí.

La figura que se aproximaba a la carrera se cernió sobre mi asaltante y lo golpeó con dureza. Oí un gemido sofocado y el hombre que me sujetaba cayó inerte sobre la nieve.

Gunnar me cogió en brazos e intentó correr hasta mi montura. Tras él, gritos alarmados y furiosos clamaban venganza.

Antes de subirme al caballo, me miró con sobrecogedora intensidad.

—Busca la protección de Halfdan —murmuró entrecortadamente—. Sólo él puede salvarte esta vez.

Me depositó sobre la grupa y miró alerta hacia la masa de convecinos que acudían en tropel.

—Gunnar... te juro que...

Negó con la cabeza, su mirada se oscureció como un paño mortuario.

—Vete, Freya, y no regreses nunca.

Palmeó vigorosamente el anca de mi caballo y nos sacudimos en un agitado trote.

Me incliné sobre la silla y jaleé a mi montura, enfilándola fuera del

poblado. Con lágrimas en los ojos, me atreví a mirar atrás. Gunnar enfrentaba con sus puños a todo aquel que pretendiera seguirme. Agité de nuevo las riendas y presioné los talones en el vientre del caballo para agilizar la galopada.

No sé el tiempo que estuve abrazada al cuello del animal sollozando mientras él galopaba sin rumbo fijo. Sólo supe que el caballo resollaba exhausto y asustado, que el ocaso comenzaba a sombrear cada rincón y que el bosque por el que transitábamos era cerrado y lóbrego, plagado de inquietantes sonidos.

No sabía dónde estaba, pero tampoco me importaba, nada tenía sentido ya para mí. La tragedia me había golpeado sin cesar desde que el destino me trajo a estas gélidas tierras.

El dolor arrasaba mi pecho barriendo toda esperanza; jamás borraría de mi mente el rostro de Sigrid sosteniendo a su hijo muerto, ni el tormento estrangulando la mirada de Gunnar. La gente me buscaría para ajusticiarme, y mientras cavilaba sobre el deseo de abandonar esta mísera vida, mientras barajaba la idea de regresar y entregarme, un pensamiento pendió indeciso en mi mente, suspendido en una telaraña de preguntas. ¿Había sido el remedio el que había matado al niño, o la Providencia eligió ese momento en particular para llevárselo?

Y a esa cuestión se sumaron otras. Rostros, conversaciones y miradas comenzaron a desdibujarse ante mí, en una amalgama confusa y turbia de la que surgían inquietantes revelaciones. Un rostro en particular resaltó entre el resto, de faz aniñada, suaves y rojos labios, de pálidas mejillas y dulce mirada azul.

De pronto, mi ofuscada mente se enturbió y la nieve se volvió roja, y vi a Sigrid cubierta de sangre... y ese hijo que ya no nacería, y que sin duda era de Gunnar, yacía en el suelo convertido en un despojo sanguinolento.

¡Oh, Dios! ¿Qué había hecho?

Un lobo aulló a la luna, el caballo se encabritó, alzándose sobre sus cuartos traseros, relinchando agitado. Y una vez más, mi cuerpo se hundió en la nieve, arrastrándome compasivamente a una agradecida negrura.

Morir de nuevo

Lo primero que lamenté al abrir los ojos fue precisamente poder hacerlo.

Lo acontecido restalló ante mí, como un relámpago impactando en un páramo desolado, iluminando de nuevo toda la pena que anidaba en mi pecho, como la larva de un gusano horadando una jugosa manzana.

Miré en derredor. Varios rostros difusos se inclinaron sobre mí; distintos susurros velados flotaron perezosos como una neblina pesada y brumosa, que pendía inquietante y tensa en el sofocante ambiente.

Parpadeé confusa, hasta que mi visión se aclaró lo suficiente como para reconocer la azabache mirada que me escrutaba con honda preocupación.

Me escocía el moflete y la parte interna del labio, me latía la espalda en un pulso doloroso, y me sangraba el corazón.

—¿Cómo te sientes?

Halfdan apartó con mimo un mechón de mi frente y delineó mi rostro con suave cuidado.

—Peor que cuando estuve muerta.

Su boca se curvó en una sonrisa dulce y negó con la cabeza. Con extrema gentileza, cogió mi mano entre las suyas y se la llevó a sus labios, exhaló un cálido resuello y me las frotó con suma delicadeza.

—Estás tan helada como si lo estuvieras.

—Lamentablemente, no lo estoy.

Halfdan frunció el cejo, componiendo un gesto reprobador, negó con la cabeza y apartó a su espalda un largo y oscuro mechón de su melena.

—Si no lo estás, es porque no es el momento de partir. Sólo los dioses lo deciden, aunque, en este momento, tu destino depende de mí.

—No me importa la decisión de los dioses ni la tuya.

Su mirada relampagueó furiosa, con un deje turbado en su tenso rictus.

—Escúchame bien, Freya: lo único que te separa de morir, soy yo. Y

no sería una muerte dulce, te lo aseguro. Se te acusa de sesgar la vida de un bebé, la condena por eso es lanzarte a un foso con perros rabiosos; he visto a guerreros curtidos despedazados por una jauría suplicando piedad como indefensos infantes.

Me sobrecogí asaltada por un violento escalofrío que erizó mi piel y pellizcó mi vientre.

—Yo... no lo maté, al menos siendo consciente de ese acto.

—La madre no alberga duda sobre tu intención —rebatí con firmeza—. Cogiste a su bebé y lo envenenaste ante sus ojos. Gunnar te ayudó a semejante atrocidad, por lo que se le aplicará el mismo castigo que a ti.

Me envaré, tragué saliva y me incorporé con dificultad, débil y dolorida, entre amortiguados quejidos y estrangulado pavor.

—¡No! Gunnar me ofreció el brebaje y yo se lo di al niño porque ambos pensábamos que era la cura. Gunnar amaba a su hijo... él solo...

—¿Quién te proporcionó el filtro? —interrumpió con hosquedad.

—Tu reina —confesé—. Me aseguró que libraría al niño de la ponzoña que apesaba su cuerpo.

Los ojos del hombre se entrecerraron perspicaces; me escrutó con recelo y evidente desconfianza.

—¿Por qué diantres querría mi reina ayudarte?

Su faz se oscureció amenazante, sus labios se frunció con acritud.

—Deberías preguntárselo a ella, mi rey; temo que guarda más respuestas sobre esta tragedia de lo que ambos imaginamos.

—No me atrevo a imaginar las tretas que juntas habréis urdido a mi espalda —gruñó irascible.

Su faz se oscureció. Se puso en pie y me contempló con dureza.

—Es cuanto nos une —mascullé con rencor—: tretas, intrigas, confabulaciones y ambición.

—A mí, por desgracia, me unen más cosas a ti. Pero nada que un perro rabioso no pueda solucionar, loba.

Lamenté en el acto mi altanería. Encararlo, disgustarlo, no era lo más juicioso en la delicada situación en la que me hallaba. Mi vida y la de Gunnar dependían de ese hombre. Y si ya había esgrimido antes mis armas, unas que me habían ensuciado, de nada valía limpiar un honor mancillado, de nada servía el orgullo, ni los remilgos, cuando la muerte esgrimía tan fieros colmillos.

—Lo lamento, Halfdan —proferí arrepentida. Ante la mención de su

nombre, se distendió parcialmente complacido—, disculpa mi osadía. Me has salvado la vida, y te lo agradezco de corazón.

Su rictus se suavizó, aunque su mirada permanecía despechada.

—Salí en tu busca porque robaste mi caballo. Y te encontré tirada sobre la nieve, aterida y acechada por lobos. Mi corcel de batalla, *Tyr*, coceaba inquieto y relinchaba para apartar a las bestias de ti. Gracias a él, logramos encontrarte. En un principio, te creí muerta.

Me pareció ver un deje apesadumbrado en su mirada de ónice.

—Estoy en tus manos, soy consciente de ello, y pagaré gustosa esta deuda, si, además, muestras tu conmiseración hacia Gunnar.

La sombra de una incipiente sonrisa apenas sesgó sus labios. Su apuesto rostro volvió a iluminarse.

—Conoces mis deseos, pero me siento en la obligación de precisarlos —comenzó a decir en tono grave—: quiero que seas mi amante, mi *skjaldmö* y consejera. Quiero que seas la nodriza de mis hijos, y la sirvienta de mi reina. Quiero tu pasión, tu ternura y tu lealtad. Y, por ende, que te alejes de Gunnar. A partir de hoy tu camino está a mi lado y, si deseas que el hombre que amas siga respirando, nada ha de unirte a él.

Aquello constataba el destino que a partir de ese momento sentenciaba la vida que me aguardaba.

Los dioses ganaban, lo había sabido en mi fuero interno desde que vi a Gunnar con su hijo en brazos, y ahora que lo enterraba se confirmaba esa intuición. Él no era mi presente; desconocía si sería mi futuro, pero, aunque me iluminara esa certeza, no aliviaría un ápice el agónico dolor que se expandía por mi pecho, como si un veneno lo corroyera lentamente, deshaciéndolo en un charco de insondable desesperación.

—Tú salvas mi vida y yo, la de Gunnar —acepté con un acusado regusto amargo en la garganta y acerbos lágrimas en los ojos.

Asintió y se sentó de nuevo a mi lado. Entonces, reparé dónde me hallaba, en su regio lecho. Dos parpadeantes lucernas doraban la estancia, otorgándole un ambiente acogedor y cálido; no obstante, no fueron capaces de disipar la opresiva gelidez instalada en mi pecho. El rey se acomodó y me cogió con firmeza por los hombros, clavando su triunfal mirada en la mía.

—A pesar de mi condición de rey, no puedo negarme a someterte a juicio, o el pueblo se alzaría —aclaró con semblante severo—. Lo que sí puedo es procurar las pruebas necesarias para librarte de esa acusación. Si

consigo demostrar que obrasteis pensando que el brebaje era en efecto un remedio sanador, todo se habrá resuelto.

—¿Y si no se puede probar? —inquirí angustiada.

Acercó el rostro al mío, sentí su fuerza, pero también su contención. En su mirada prendió un deseo oscuro y hambriento.

—Se podrá, si yo lo deseo —susurró con voz rasgada y tensa—. Y lo deseo, tanto como probar tus labios ahora. En adelante, habrás de ser tú la que me asalte como yo lo voy a hacer ahora, para complacerme debidamente. Aprende bien cómo has de hacerlo.

Y se cernió sobre mis labios con una voracidad salvaje. El asalto de su lengua, imperante y exigente, encontró sumisión y derrota. Barrió el interior de mi boca, imponiendo su dominio, exaltado por el triunfo, y, embargado por un deseo fervoroso, paladeó con delirio cada rincón, derramando en mi garganta gemidos ardorosos y gruñidos insatisfechos.

Cuando se apartó, ambos jadeábamos. En su faz, la complacencia; en la mía, la aceptación.

—Voy a confesarte mi último deseo a los dioses, un deseo al que ofrecí un sacrificio de sangre, un deseo casi desesperado. —Su penetrante mirada me erizó la piel—. Pedí a los dioses que me saciaran de ti lo suficiente como para poder alejarte de mi lado. Nada me haría más feliz que arrancarte de mi pecho.

Y entonces se alejó, atravesando los pesados cortinajes carmesís, aparentemente abatido, como si en lugar de una victoria asumiera una derrota, como si hubiera cargado sobre sus hombros un peso difícilmente soportable. Aquello era yo para él, una condena de la que no podía librarse, pero sin la que no podría vivir.

Resoplé y me tumbé en el lecho; mi carga era mayor que la suya. Mi corazón se había convertido en piedra y mi esperanza, en desánimo. Lo único que me anclaba a esta vida era la de Gunnar, aunque estuviera muy lejos ya de mí.

Al cabo, un susurro de trapo y unas ligeras pisadas anunciaron una visita.

Abrí los ojos, para encontrar el soliviantado rostro de Eyra. En su hundida, apagada y sabia mirada, rezumó una tristeza tan honda que terminó de quebrar mi alma ya desgastada y yerma.

—Aguardo tus reproches —musité con un hilo de voz.

La anciana negó con la cabeza; su abatimiento era tal que sus arrugas

se me antojaron más profundas y su añosa consistencia, más endeble.

—Obraste con el corazón, no con la cabeza —repuso sentándose a mi lado—. No he venido con reproches, sino a ofrecerte el consuelo que no pude ofrecer a mi propio hijo.

Se inclinó hacia mí y me abrió sus brazos. Me incorporé y me entregué a su abrazo, posando el rostro en su pecho, rompiéndome en un agudo sollozo, que abrió la compuerta nuevamente al tormento que me constreñía como una gran serpiente enroscada a mi cuerpo.

—Ssshhhh... pequeña, llora, libérate —susurró con dulzura, mientras acariciaba mi cabello y sostenía mi cuerpo con una ternura que acentuaba mi extrema debilidad.

Sollocé, me lamenté y me derrumbé entre hipidos, gemidos y espasmos... maldiciendo al destino, a los dioses y a mí misma, por no haberme mantenido apartada de él, por no haber huido a mi tierra cuando tuve la oportunidad, por aferrarme al pasado, por luchar por un amor que ahora comprendía maldito. Y, tras un largo instante, cuando mi llanto se consumió, cuando mi cuerpo languideció y mi ánimo se aligeró, supe que, tal como Gunnar había temido, yo no era la misma Freya. No, una vez más, la mujer que fui moría de nuevo, para renacer, esta vez con el mismo nombre, pero no con el mismo corazón, porque ése estaba tan muerto como mi esperanza de ser feliz. Y entendí que, a pesar de lograr resurgir de cada tragedia, en cada varapalo quedaba parte de nosotros mismos. Tras cada vivencia dolorosa, yacía una buena parte de ilusión, de ingenuidad, de confianza, muriendo en nosotros esas virtudes en favor de las necesarias para continuar: recelo, prudencia, amargura, frialdad, fortaleza y rencor. Al menos yo tenía una razón para continuar, para mostrar los dientes y seguir luchando, y por los dioses que lo haría.

Me enjuagué las lágrimas con ademán tosco y semblante sobrio. Me separé de Eyra, con un rictus decidido y mirada firme.

—Ahora, Eyra, que me someto a la Providencia, que acepto sus crueles designios, te juro que devolveré golpe por golpe, que morderé con saña, y que no habrá piedad en mi corazón para mis enemigos. Ahora, nada contiene al lobo que hay en mí, ahora sigo sus huellas... ahora, él me gobierna.

Eyra, con la mirada arrasada en llanto, pero semblante impertérrito, asintió queda, cogió mi mano y la estrechó con fuerza.

—Hubo un día en que llegué a pensar que nadie podía sufrir más de

lo que yo lo había hecho —hizo una pausa y bajó la cabeza, buscando las palabras en su interior—, pero estaba equivocada; sin embargo, no sé cuál de vosotros sufre más, si él o tú.

—No hay diferencia entre él y yo —repliqué en tono estrangulado—. Somos uno, aunque nos obliguen a vivir separados.

Eyra ahondó en mi mirada, escrutando en ella, vaticinando mis pensamientos, mi decisión, como tantas otras veces. Siempre pensé que aquella enjuta mujer, sufrida y tan sabia como los tiempos, en realidad escondía en su interior a una poderosa *völva*, una hechicera que leía la mente y abría el alma.

—Pagas con tu vida la de Gunnar —adivinó con hondo pesar—. Y, aunque mi corazón de madre rezume agradecimiento, llora de pena al tiempo.

Resopló, exhalando un aliento largo y contrito, como si fuera su alma la que escapara de su cuerpo en aquel profundo y árido resuello.

—Y aun así —agregó en un hálito de voz—, me agarro a la esperanza, aunque ni tú ni él lo hagáis. Porque un amor como el vuestro siempre encontrará la manera de unir sus destinos, porque, aunque se abra la tierra y se caiga el cielo, aunque los mares se enfurezcan y los dioses bramen, la magia que os une jamás se disipará. El agua siempre halla un cauce, y más si corre de manera tan torrencial.

Palmeó el dorso de mi mano, forzando una sonrisa confiada que no llegó a sus ojos. Echó hacia atrás su larga trenza plateada y se puso en pie con intención de marcharse.

—¿Cómo... cómo está él? —inquirí, conociendo la respuesta.

—Tan convencido como tú de lo imposible de vuestro amor. Llorando dos pérdidas irreparables, la de su hijo y la de la mujer que ama, otra vez. Pero también hay un animal en él, que lo impelerá a continuar.

—Un león —murmuré más para mí misma.

Eyra frunció el ceño con extrañeza, sacudió un poco la cabeza, me dedicó un gesto impreciso y salió con paso derrotado.

Me derrumbé en el lecho pensando que era completamente imposible que de mis ojos brotaran más lágrimas, pero brotaron.

Mi fiel *Fenrir* emitió un leve quejido lastimero, revelando aquella extraña conexión que lo unía a mí.

Juicio y condena

A veces, cuando creemos no poder dar un paso más, cuando pensamos que todo ha terminado, cuando sentimos que las fuerzas nos abandonan y todo a nuestro alrededor languidece moribundo, no sospechamos que, antes de lo imaginado, nuestro ser resurgirá más poderoso, más beligerante y más vehemente que nunca, esgrimiendo el aplomo y la fortaleza necesarios para seguir recibiendo golpes. Descubrimos, no sin cierto asombro, que ya no duelen igual, que nuestra resistencia a ellos se ha incrementado, y que, cobijados en la paciencia y en la astucia, serán devueltos.

Inmersa en mis cavilaciones, observaba al hombre del que pendía mi vida y la de Gunnar. Un hombre al que había planeado matar, y al que ahora necesitaba más vivo que nunca, a tenor del manifiesto encono que mostraban los asistentes al juicio en el que todas las pruebas me condenaban.

Habían transcurrido apenas tres jornadas desde lo ocurrido. Y cada noche, el fantasma de aquel bebé derramaba inclemente sobre mí su culpa. Yo lo había matado, y aquella certidumbre crecía con cada pensamiento. En mi mente, repasaba cada instante de aquel trágico suceso, revelándome detalles que se me antojaban esclarecedores. No albergaba duda alguna sobre la autoría de tan aberrante muerte, en la que había sido utilizada y engañada para ejercer de verdugo. Ahora entendía la advertencia del Oráculo... «aléjate del llanto de un niño»... Lo que desconocía era el motivo. Pero lo hallaría, y estaba segura de que ese motivo sería mi arma contra la mujer que me había arrastrado al oscuro abismo en el que me hallaba.

Clavé los ojos en ella y me prometí a mí misma arrastrarla conmigo. Nada temía ya, y era precisamente esa condición la que me liberaba, la que confería a mi lobo una nueva cualidad, la de ser letal.

Curvé los labios en una sonrisa dura y fría, dirigida a la dulce Ragnhild, atravesándola con una mirada amenazadora que la removié de

su asiento, evidenciando su inquietud.

Paseé la mirada por la atestada sala principal.

A pesar de estar de rodillas, con las manos atadas a la espalda y vistiendo una tosca camisola de áspera sarga, adopté una posición altiva y confiada, envarando la espalda y alzando orgullosa la cabeza, devolviendo cada mirada cargada de ira por una retadora. Ellos habían acudido para ajusticiar a una vil asesina, a una condenada, pero no era eso lo que veían en mí, pues, aunque en mi particular juicio interno había resultado ser culpable, por los dioses si asumía también sus cargos.

Que Gunnar no estuviera en la sala facilitaba la ardua tarea de mantenerme imperturbable.

Halfdan bramó exigiendo silencio.

Los abucheos, las amenazas y los improperios se atropellaban en el tenso ambiente del abarrotado *skáli*. La muchedumbre, acalorada e impetuosa, se tornaba una gran masa oscura de ira que comenzaba a alzarse descontrolada sobre mí.

—Me asiste el ecuánime Forseti, dios de la justicia y la verdad —comenzó a decir a viva voz— y, como su representante en la tierra, desentrañaré este doloroso caso, prometiendo a la madre un justo castigo para los culpables, si se demuestra que lo son.

—¡Muchas la vieron huir de la cabaña! —vociferó una voz masculina—. ¡La desconsolada Sigrid presencié cómo mataban a su pequeño!

—¡A los perros! —gritó otra enfurecida voz—. ¡Son unos asesinos!

—No obstante —interrumpió Halfdan con voz atronadora y regia, que reverberó en cada madero, flotando hasta el fondo de la amplia estancia y silenciando a los congregados—, ambos proclaman su inocencia. Convencidos de que el filtro era un remedio sanador, obraron con la única intención de salvar su vida, pero no llegaron a tiempo. El bebé agonizaba cuando ella, en su desesperación por obrar la sanación, le administró el brebaje. —Hizo una pausa, que aprovechó para fulminar con la mirada a los más beligerantes. Con fingido ademán distraído, acarició la labrada superficie de la empuñadura de su espada enfundada, en un claro recordatorio de su poder sobre ellos, y añadió—: Y os aseguro que ese remedio era en verdad una cura, pues fue mi reina quien lo recomendó. Por desgracia, el pequeño no recibió la cantidad necesaria y, cuando quisieron enmendar el error, ya fue demasiado tarde.

Sagazmente, supo que nadie de los presentes se atrevería a dudar de

la palabra de una reina. Y así fue, ante las miradas turbadas, malhumoradas y asombradas que aquellas gentes intercambiaban entre sí, buscando quizá un valeroso paladín que defendiera la causa. Nadie osó contradecir a su rey. Pero la insidiosa semilla que había germinado en el corazón de los aldeanos continuaría creciendo de forma peligrosa. En sus sombríos semblantes titilaba un clamor popular apenas contenido, ansioso de venganza.

Entonces, Ragnhild se incorporó de su trono y avanzó hasta su esposo con un doliente gesto ensombreciendo su rostro.

—Lamento profundamente lo acontecido —manifestó cogitabunda. Su voz, suave como el terciopelo, su faz apesadumbrada, su porte arrepentido, soliviantaron un poco los arrobados ánimos.

La reina se aproximó a la sufrida madre, que hervía de furia y frustración, y se arrodilló ante ella, apresándole la mano entre las suyas.

Un silencio sepulcral invadió la gran sala.

—Mi gentil Sigrid —musitó apenada—, no me atrevo a imaginar el duelo por el que estarás pasando. Mi única intención fue sanar a tu pequeño Ottar, sólo lamento la fatal decisión en la elección de la portadora. Desconocía tus recelos hacia ella, y que te negarías a aceptar nada que viniera de su mano. Por ello, te pido disculpas. Que los cuervos de Odín, Hugin y Munin, devoren mis ojos si no expliqué con detalle los ingredientes a utilizar.

Un demudado suspiro escapó de casi todos los presentes. Cerré brevemente los ojos, en un intento por contener el torrente de cólera que amenazaba con ahogarme. Temblaba iracunda, sentía las mejillas arboladas, la garganta seca y la mirada brillante. El fuego de mi interior crepitó de forma salvaje. Aquella arpía, aquella venenosa serpiente adornada con una corona real, acababa de sembrar una duda en una tierra fértil en exceso.

Halfdan maldijo entre dientes, tenía la mandíbula desencajada y el rostro crispado. A grandes zancadas, se acercó a su esposa y, sin muchos miramientos, la cogió del codo obligándola a incorporarse y se dirigió a Sigrid, con gesto tenso.

—Todo ha sido fruto de la fatalidad —afirmó huraño—. El destino del niño estaba marcado. Eres joven y tu hombre, vigoroso; tendréis más hijos. Mi reina ya confesó que el único motivo del brebaje fue ayudar; por lo tanto, no hay condena ni culpable.

Sigrid, con los ojos inyectados en sangre, una mueca feroz descomponiendo sus facciones y tan lívida como una aparición, comenzó a negar con la cabeza con inusitada violencia.

—¡No! —exclamó furibunda—. Esa... esa perra lo mató ante mis ojos. —Su voz estirada se quebró, y cerró los ojos con fuerza en un gesto de infinito dolor que me sacudió el alma—. Y voy... voy a demostrar que lo hizo adrede; no dudo de la bondad de vuestra señora, más sí del odio y la venganza que ella —alzó su dedo acusador hacia mí— ha descargado en un ser indefenso, en un inocente bebé, malogrando además el hijo que ya gestaba de mi Gunnar. No existe venganza más cruel que ésta, he perdido dos hijos al mismo tiempo...

Y entonces, su voz se rompió en un sollozo desgarrador. Cayó de rodillas y gimió desahogada clamando justicia. La muchedumbre se avivó, como un incendio virulento devorando un pasto seco y marchito. La voz del pueblo se alzó, mostrando su apoyo a la joven madre.

Los ánimos se exacerbaban tanto que los guerreros que componían la *hird* del rey desenvainaron casi al unísono sus aceros y apuntaron a la multitud; el eco metálico hambriento de sangre me erizó la piel.

—¡Justicia! —entonaban coléricos los hombres mientras avanzaban con decisión. Las mujeres y los niños se dispersaron a los rincones, buscando protección de la revuelta que estaba a punto de estallar.

—¡¡Calmaos!! —rugió Halfdan, alzando su propia espada—. ¡¡O por la lanza de Odín que hoy rodarán cabezas!!

Me puse en pie y me acerqué a la plebe, sosteniendo sin doblegarme el odio que desprendían sus miradas, tan afiladas y ardientes como una andanada de flechas incendiarias.

—Jamás sesgaría la vida de un inocente —comencé a decir alzando potentemente la voz—. Jamás utilizaría tan infame arma contra mis enemigos y jamás pasó por mi cabeza vengarme de la mujer que tanto me arrebató. ¿Y sabéis por qué?

La muchedumbre, arrebolada y tensa, se apiñó, más pendiente de los guerreros que los apuntaban que de mí.

Conteniendo a la turba, vislumbré a Hiram, a Sigurd, a Thorffin, a Erik, a Ragnar, a Asleif, a Jorund y a Valdis.

—Porque sé el insoportable dolor que conlleva la pérdida, porque sé que la muerte no devuelve vida... y que contra los dioses nada se puede. —Hice una pausa y clavé la mirada en Sigrid—. Yo no maté a tu hijo, mi

única intención fue salvar su vida. Lo juro por los dioses.

De los claros ojos de la mujer, inflamados y enrojecidos, siguió manando toda la rancia animadversión que sentía por mí.

—¿Y por qué habrías de querer salvarlo, cuando era el único obstáculo que te separaba de Gunnar? —increpó escupiendo su desprecio.

Respiré hondo, buscando el sosiego que necesitaba para continuar.

—Porque había decidido regresar a mi tierra —confesé sincera— y quería que él tuviera algo a lo que asirse. Y porque tengo corazón.

De pronto, los soterrados y malintencionados murmullos que habían estado flotando en la sala se diluyeron en un silencio cortante.

—¡También yo lo tengo!

Aquella exclamación me heló la sangre. Desvié la mirada hacia el portador de aquella gutural y grave voz y el corazón se detuvo en mi pecho.

Gunnar avanzaba con decisión por el pasillo de cuerpos apretados que se apartaban a su paso. Vestía una túnica negra, calzas de piel curtida y una capa de piel de oso pardo; su larga melena clara desgredada y alborotada cubría sus anchos hombros, y una barba poblada un tono más oscuro que su melena resaltaba sus mullidos labios. Mostraba semblante torvo y rictus herido. Portaba un pequeño saco en la mano derecha que se balanceaba con cada zancada.

Se plantó frente a su rey, pero sus penetrantes ojos verdes, de la intensidad del musgo acariciado por el sol, se posaron en mí iluminados por una aciaga desilusión.

—Y mi corazón también exige saber la verdad de lo ocurrido —musitó con aspereza en tono elevado—. Ni mi... —frenó sus palabras abruptamente, tragó saliva con dificultad y continuó—... ni Freya ni yo tememos a la verdad, pues, como bien has dicho, mi... —hizo otra pausa incómoda que tensó las facciones de Halfdan—... mi rey, somos tan inocentes como el frío cadáver de Ottar. Y como sé que las palabras no gozan del poder de las evidencias, aquí os las traigo.

Cogió el saco con las manos y extrajo de él una pequeña seta blancuzca. Esta vez se dirigió a Ragnhild.

—Éste es el hongo que recomendasteis a Freya, ¿verdad, mi reina?

Gunnar, tan astuto como un zorro, había conferido a la pregunta un cariz afirmativo.

Por un instante, la joven permaneció en silencio, sopesando su

respuesta. Halfdan la fulminó con la mirada, impeliéndola a contestar.

Apenas asintió levemente, torciendo el gesto. La inquietud bailaba en su faz, frunciendo su ceño; su aniñado rostro enrojeció.

Gunnar, complacido con esa tibia señal de aceptación, se volvió hacia sus convecinos y les mostró el peculiar hongo mientras lo alzaba sobre su cabeza.

—Éste es el hongo del que se extrajo el filtro, y el que hubiera salvado la vida de mi hijo con las debidas dosis, el que tan sabia y bondadosamente recomendó la reina. Resulta pues evidente nuestra inocencia... y la de nuestra reina.

Al incluir de un modo tan sagaz a Ragnhild en su defensa, se aseguraba que nadie volviera a cuestionar la acusación. Y así fue; los ánimos se calmaron, y hasta Halfdan relajó su expresión y su porte. Las espadas se envainaron y la gente se disgregó en reducidos grupos, expresando de forma más íntima sus opiniones.

Ragnhild desapareció discretamente con mirada huidiza.

—Aclarado este peliagudo asunto —manifestó Halfdan—, no toleraré que nadie caldee los ánimos con acusaciones injustas o mi cólera recaerá sobre ellos. Y ahora, que corra la cerveza, nada lima mejor las asperezas que su espuma.

Me echó un fugaz vistazo, dirigió a uno de sus guerreros un gesto urgente y el hombre se apresuró a liberar mis muñecas cortando la cuerda que las apresaba. A continuación, Halfdan se retiró a sus aposentos privados, dejándome ante un Gunnar que permanecía inmutable. Me contemplaba hierático, envarado y distante.

Hice ademán de acercarme a él, pero retrocedió unos pasos y yo me detuve.

—Gunnar...

Negó con la cabeza, su mirada se oscureció y su rictus se contrajo en una mueca dolorosa que se esforzó por estrangular. Recompuesto, logró mantener una mirada dura e impenetrable.

—Sólo... quería —mi voz sonó quebrada y débil— agradecer tu...

—No —musitó con frialdad—. No tienes nada que agradecerme, como tampoco yo a ti. A partir de este momento, ambos somos libres; puedes regresar a tu tierra como es tu deseo, o servir... a un rey, tú eliges.

—No —me apresuré a replicar cuando él ya se daba la vuelta—. No te equivoques, yo no elijo, ya no. Todos lo hacen por mí.

Resopló y sacudió exhausto la cabeza, hundió los hombros y asintió; sus hombros temblaban, todo su cuerpo se tensó.

—Decidiste huir de mi lado —siseó entre dientes, con unos ojos entrecerrados llameantes de furia—. Renunciaste a mí, maldita seas, y conseguiste derrotarme. Esto se acabó. Los dioses ganan; como bien dices, todos ganan... menos nosotros. Eres libre, Freya, haz con tu vida lo que te plazca.

Y se volvió dejándome temblorosa, llorosa e irascible.

—¡No, jamás seré libre —le grité contrita—, ¿me oyes, maldito bárbaro del demonio?! Por muy lejos que me vaya, nunca lo seré, porque me esclavizaste a ti; debería odiarte.

Me miró de soslayo, sin atreverse a enfrentarme. Por la desgarradora tensión que contorsionaba sus facciones, supe que estaba a punto de derrumbarse.

—Ódiame entonces, poco me importa.

Y salió a grandes zancadas, abatido, derrotado y roto.

Liberé un hondo sollozo, y me volví para que nadie viera mi dolor, aunque mis hombros se sacudían y el pecho me ardía devorado por lenguas de fuego en el que se entremezclaban una rabia insana y venenosa, un sufrimiento atroz y el pleno convencimiento de que todo había acabado definitivamente.

Unos brazos me cogieron, un pecho me cobijó, unas caricias me reconfortaron. Halfdan me susurró palabras dulces que no aligeraron mi amargor y se esforzó en otorgarme un solaz que no disipó una brizna de la pesadumbre que me oprimía. Sin embargo, su calor sí evaporó mi frío.

Viviendo sin corazón

Las jornadas pasaban lentas y tediosas y el crudo invierno comenzaba a apagarse y, con la primavera, muchas cosas cambiarían. Brotaría una guerra como brotarían flores en el valle; el sol bañaría los campos, como lo haría la sangre de los enemigos; la brisa viajaría perfumando las praderas, como viajarían las traiciones y las intrigas emponzoñando el aire, y los pájaros sobrevolarían los densos bosques, como yo navegaría a través del ancho mar.

Con la llegada de la Ostara, como llamaban ellos a la primavera, también llegaba la bendición más brillante del año, en la que celebraban la victoria de Thor sobre los gigantes, del Sol sobre los lobos que lo persiguen y del verano sobre el invierno. Harían sacrificios a los dioses para ser bendecidos con cosechas fértiles, dando comienzo a la mejor época del año. Una vez que las tierras estuvieran cultivadas, y el ganado engordado, marcharían de nuevo a la conquista de nuevos territorios, sembrando el terror en las costas enemigas, sometiéndolas con sangrientas incursiones.

Y mientras Halfdan planeaba su conquista de Jutlandia para enfrentarse al rey Horik; los guerreros se entrenaban con desnudo; los campesinos y siervos se entretenían jugando al Hnefatalf, un curioso juego de mesa; las mujeres hilaban en vastos telares, y los niños se sumergían en sus correrías... yo perfilaba con cuidado mi venganza, antes de partir hacia el puerto de Haithabu, donde embarcaría rumbo a mi añorado Toledo.

Gunnar, por su parte, había abandonado Agder y a Sigrid, y ocupaba una cabaña en Hedemark. Verlo diariamente era la más dura penitencia que podía imponerse al más pecador de los prelados.

Eran tantas las veces que nuestras miradas se encontraban, tan duros su rechazo y su indiferencia y tan grande mi anhelo de asaltarlo y besarlo hasta desfallecer, que, cuando acababa el día, desgastada y abatida, solía

dormirme llorando, rogando y rezando para que la distancia y el calor de los míos lograra aligerar esa condenada presión que me atenazaba de forma tan implacable.

Mi insoportable frustración me llevaba al campo de adiestramiento diariamente, donde pasaba la mayor parte de la mañana, acompañada de mi fiel perro y de mi querida adiestradora.

Asleif me enseñaba a manejar la lanza, un arma que jamás imaginé empuñar, y que bien esgrimida ofrecía una amplia gama de posibilidades en ataque y defensa. Era ligera, maniobrable y mantenía a una más que prudencial distancia a los enemigos. Cada movimiento era como una danza, en la que la habilidad, la gracia y la rapidez eran los valores perseguidos. La complejidad y floritura de cada posición exigía un alto poder de concentración. Memorizaba enrevesados giros, cambios posturales y tácticas de bloqueo. En mi aprendizaje, perdía la lanza de continuo, me golpeaba de un modo accidental con ella o era embestida y derribada por la de Asleif, cuya habilidad con ella rayaba lo sobrenatural. Poseía ademanes tan elegantes y letales a un tiempo, era tan endemoniadamente veloz y tan sagazmente avezada en aquella peculiar danza, que cortaba el aire y mi aliento, y redoblé mis esfuerzos y mi concentración, acicateada por el empeño de ganar un combate.

Chocábamos nuestras lanzas, cruzándolas, y, cuando sosteníamos un pulso por liberarlas, me lanzó una fuerte patada en el vientre que me derribó de espaldas al suelo.

—Que tus manos estén ocupadas no impide que tus piernas hagan algo —apuntó jadeante y sonriente.

Me levanté dolorida y le devolví la sonrisa, cogí de nuevo mi lanza, afiancé mis manos una a cada extremo de la parte central y me puse en guardia dispuesta para otro combate.

—¿No te cansas nunca? —preguntó con un deje de admiración en la mirada.

—Estoy exhausta —confesé—, pero no lo suficiente como para detenerme.

—He de recordarte algo, Freya: en la lucha, y más en el campo de batalla, no hay reglas. Cuando tengas enfrente a tu oponente, sólo podrás valerte de las tácticas aprendidas, de tu frialdad, y de tu astucia. Cualquier artimaña que logre romper un pulso con tu rival que sepas perdido, úsala. Como ya mencioné en tu entrenamiento con la espada, la mejor táctica

para derrotar al contrincante es sorprenderlo. Si haces algo que no espera, ese brevísimo instante de desconcierto puede darte la victoria.

Aquella última frase se grabó en mi mente; de algún modo intuí que aquel sabio consejo me sería de gran ayuda.

Asentí, deslicé mi lanza en gráciles círculos, adelanté la pierna derecha, manteniendo la izquierda estirada hacia atrás, para conservar un necesario punto de apoyo en mis lances, y le guiñé un ojo, a la espera de su ataque.

—Te queda mucho por aprender —masculló mientras componía un movimiento ofensivo—, pero compruebo complacida que posees una habilidad natural para la danza. Así pues, bailemos.

Y se cernió sobre mí girando la lanza y su elástico cuerpo. Esquivé varios golpes, me agaché, salté y choqué el cuerpo de mi lanza con el suyo, en repetidos toques violentos que reverberaban por mis brazos hasta punzar mis hombros, como las ondas producidas por una piedra lanzada sobre la quietud de un lago.

Asimilaba cada movimiento, mientras me esforzaba en cubrirme, gruñendo por el esfuerzo, intentando esquivar cada ataque.

Aquella maldita valquiria se asemejaba a un ciclón nevado, blanco y mortífero. Contener su fiero avance, sus continuos lances, sus patadas, zancadillas, rodillazos y violentos empujones amenazaron desgastarme hasta la más completa extenuación. El que me sacara una cabeza, y que su corpulencia a pesar de su esbeltez duplicara la mía, no sirvió más que para redoblar mis esfuerzos, buscando en mi interior la más ínfima brizna de resistencia a la que asirme.

—Bien, pequeña *bondi*, así me gusta, saca la furia de tu interior.

En un fogonazo de inspiración, y aprovechando mi menor estatura, jadeante, sudorosa y débil, fingí arremeter contra sus rodillas, inclinándome ligeramente, fijando la vista en ellas, y, cuando ella hizo amago de agacharse para anteponerse a mi ataque, alcé el extremo romo de mi lanza y le asesté un fuerte golpe en la mandíbula que la impelió hacia atrás, desestabilizándola. En mitad del traspie, asesté de nuevo otro golpe a su lanza y la desarmé. Cuando cayó despatarrada en el suelo y me acerqué a ella para marcarla con la afilada punta de la mía, apresó mis tobillos en el cepo de los suyos, giró y caí de bruces. Rápida como un rayo, se abalanzó sobre mi espalda, inmovilizando con el antebrazo mi cabeza, y apuntó el lateral de mi cuello con una daga.

—Buen intento, pero nunca subestimes a un enemigo, ni estando en el suelo; fingirse vencido es otra treta muy usada —susurró en mi oído.

Me liberó, se incorporó y me ayudó a ponerme en pie.

—Ha estado cerca —murmuré orgullosa, mientras me sacudía las ceñidas calzas.

—Esas calzas vuelven a hacer de las tuyas —comentó Asleif mirando hacia el cercado.

Seguí su mirada para encontrarme con dos esmeraldas refulgentes que me secaron la garganta. Afilaba su espada junto a la valla, con el pie sobre un tocón y la cabeza vuelta hacia nosotras mientras trabajaba. Sentí sus ojos acariciando mi cuerpo, y todo mi ser se estremeció.

—Siempre encuentra la manera de mantenerse ocupado cerca de donde tú estés —afirmó Asleif, recogiendo las armas del suelo.

No pude moverme hasta que él desvió la mirada; su largo cabello ocultó su rostro, y mi corazón volvió a latir con normalidad.

Llené mis pulmones en un suspiro largo y profundo, cargado de tristeza y anhelo, y seguí a Asleif a través de las parejas de guerreros que entrenaban con la misma virulencia que si estuvieran en el campo de batalla. *Fenrir* caminaba casi pegado a mi pierna, desplegando su fiero instinto protector. Conforme me acercaba a donde estaba él, mi pulso se aceleraba y tenía que recordarme que ya no éramos nada, y que jamás lo seríamos por el bien de ambos.

Antes de llegar a su altura, él envainó su reluciente acero y se alejó presuroso.

Solté el aire contenido ante la compasiva mirada de Asleif.

Entramos en el gran *skáli* justo cuando servían el *hadegi*, la comida de mediodía. Asleif se reunió con el resto de las *skjaldmö* y yo me dirigí a la mesa ocupada por Hiram, Sigurd, Valdis, Jorund y Eyra.

—¿Un entrenamiento duro? —masculló Hiram masticando un trozo de pan ácimo, mientras me miraba de soslayo sobre su humeante escudilla de sopa.

—Un día duro, como cualquier otro —rezongué tomando asiento.

—Seguro que las noches son mejores —barruntó mordaz.

Le arrebaté el cuenco y bebí todo su contenido. Se lo devolví vacío, y lo fulminé con la mirada.

—Apuesto a que tus noches son bastante mejores que las mías, el problema es que no sé a quién de tus muchas amantes preguntar.

Hiram se envaró, frunció los labios y con un mohín malhumorado me contempló ceñudo.

—Sólo estoy con Valdis —aseguró con acritud—, puedes preguntarle a ella.

Sostuve la mirada ofendida de Valdis, lamentando mis palabras.

—Me alegro por los dos —proferí a modo de disculpa.

Sentí la mirada de Eyra sobre mí, escrutándome reprobadora. Nuestra relación se había enfriado considerablemente; yo la evitaba y ella permanecía distante, sólo se dirigía a mí cuando alguna labor requería nuestra colaboración conjunta, reduciendo nuestras conversaciones a cosas triviales. Sin embargo, leía en su mirada con tanta claridad que hasta evitaba sostenerla. Temía sus reproches, pero temía más que me hiciera cambiar de opinión. Sólo ella sabía que pensaba escapar de este mundo para regresar al mío.

Era demasiado arriesgado que Halfdan supiera mis planes, pues seguro que me colocaría unas argollas y me anclaría a su cama. Y aunque su premisa fue que me mantuviera lejos de Gunnar, y en eso sería más que obediente, no se permitiría perderme, aunque en realidad no me tuviese.

A decir verdad, tenía algo de mí: un cuerpo sumiso que soportaba sus embistes y luego su frustración. Tenía mi apatía, mi indiferencia y mi rabia, y, aunque me costara reconocerlo, también poseía mi compasión y en ocasiones mi simpatía. No sabía cuánto tiempo tardaría en comprender que nunca me conquistaría, aunque acariciara mi piel y tomara mis labios, aunque yaciera conmigo e intentara despertar una pasión que nunca llegaba. Como tampoco lograba adivinar su reacción cuando aceptara su derrota. No obstante, poco a poco veía cómo se obraba un cambio en él. Su orgullo, su altanería, se apagaban a favor de una amargura que lo roía por dentro, tornándolo irascible su ánimo, ensombreciendo su rostro y borrando de su faz aquella media sonrisa ladina y pícara que lo caracterizaba. Se estaba convirtiendo en un hombre atormentado empeñado en atarse a su tormento, como el que se lanza al mar abrazado a una gran piedra. Tenerme así comenzaba a ser su mayor derrota; era cuestión de tiempo que lo asumiera y entonces... entonces todo podría pasar.

Fijé la mirada en Ragnhild, que complacida miraba a su esposo arrobada, mientras se acariciaba el ya incipiente vientre redondeado. Parecía no importarle no poseer su corazón, y no compartir ya su cama.

Aquel niño que gestaba su vientre era cuanto ambicionaba, sólo una cosa faltaba para que su felicidad fuera completa: que fuera un varón.

Jora, la esclava, me ofreció una escudilla colmada de guiso de pescado, y llenó la jarra de Hiram mientras lo miraba con invitadora lascivia. El guerrero cometió el tremendo desatino de sonreírle, atrayendo toda la furia de Valdis sobre él.

—Quizá quieras recordarle a esta... esclava lo que le has dicho a Freya —prorrumpió ofuscada.

—Todos lo saben, Valdis, y créeme que temen tu apodo, tanto como yo.

—Pues me temo que Jora parece olvidarlo —replicó irguiéndose y encarándose con la muchacha.

—Sólo he llenado su copa —se defendió Jora.

—Sí, mientras te lo comías con los ojos —acusó con las manos en la cintura y mirada llameante.

—Si tu hombre es hermoso, habrás de aguantar que las demás lo admiremos; si no, haber seducido a Sigurd el Duende —adujo la chica malhumorada.

El aludido chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—¡Vaya suerte la mía! —exclamó Sigurd—. La primera vez que me mencionan en una pelea de gatas y es para echarme por tierra.

Hiram bajó la cabeza para esconder el rostro; sus hombros se sacudían en un fútil esfuerzo por contener una carcajada.

—¡Tú te callas, mentecato! —ordenó Valdis—. No hablo contigo.

Sigurd se puso en pie y se limpió la boca con la manga de su túnica, dispuesto a enfrentar a Furia Roja.

—Escúchame bien, niña —comenzó a decir arrastrando las palabras, como si le hablara a una atolondrada—, con el permiso de tu padre, aquí presente...

—No, no, no... a mí no me metas en esto —se apresuró a replicar Jorund, sacudiendo la mano—, bastante tengo con aguantar su humor desde que nació.

—¡Padre! —exclamó Valdis enfurruñada.

—¿Ves? —se lamentó dirigiéndose a Sigurd—. Ya me has metido en un buen lío.

Los hombros de Hiram se agitaron esta vez más violentamente; las sofocadas risas que se empeñaba en dominar escapaban en extraños ruidos

velados que atrajeron la atención de toda la mesa.

—¿Yo? —inquirió Sigurd agrandando los ojos disgustado—. Que la ira de Loki caiga sobre vosotros, sólo pretendía decir que...

—¡He dicho que no vuelvas a mirarlo! —exclamó de repente Valdis, clavando su amenazante mirada en Jora—. Porque, si vuelves a hacerlo, te juro por Var que te arrancaré los ojos.

—¿Alguien me escucha? —profirió Sigurd frustrado.

—Ah, ¿sí? —respondió Jora—. Pues ya puedes arrancárselos a todas las mujeres de Hedemark, deberías escuchar lo que dicen de él.

Valdis apoyó las palmas de las manos en el rugoso tablero de la mesa y se inclinó colérica hacia Jora.

—¿Y qué dicen? —alentó echando fuego por los ojos.

—No, Sigurd —intervino Jorund con una sonrisa bailando en sus labios, una sonrisa que se esforzaba por estrangular—. Nadie te escucha, creo que sólo yo y quizá... espera... Freya, ¿tú lo escuchas?

Asentí conteniendo la risa; ver a Hiram frente a mí, rojo como una baya, intentando cubrirse el rostro con las manos y sacudido por carcajadas reprimidas era más contagioso que una plaga.

—Dicen todas las cosas que estarían dispuestas a ofrecerle en el lecho —soltó Jora con una sonrisa perversa curvando sus labios—, dicen que matarían por tenerlo entre las piernas, dicen que...

No acabó la frase: Valdis saltó por encima de la mesa y se arrojó literalmente sobre la esclava.

Las mujeres se enfrascaron en una pelea mientras rodaban por el entarimado. Varios hombres las jaleaban, alentándolas, y otros pocos comenzaron a hacer apuestas.

—¿Nadie va a separarlas? —mascullé cogiendo mi escudilla.

—Creo que tengo que ser yo —musitó Hiram, aún lagrimeando.

—Déjalas un rato más —arguyó Jorund—. Una tiene que aprender a no ser tan descarada, y la otra, a suavizar su carácter. Nada sosiega más los ánimos que una buena pelea. Además, por lo que puedo ver gana mi hija, así que voy a apostar.

Y se levantó rebuscando en sus bolsillos.

—¿Qué... qué querías decir... Sigurd? —preguntó Hiram, entrecortado, aguantando la risa.

—Pues iba a decir que puede que no sea guapo, pero que tengo la tranca de un caballo.

Esta vez Hiram sí se permitió soltar una sonora carcajada que lo dobló en dos. Aporreó la mesa, tumbado sobre ella, mientras reía a mandíbula batiente.

—Tal vez, si la enseñaras más a menudo, esas dos estarían peleando por ti —apuntó Eyra sonriente.

Hiram aumentó las carcajadas, y yo las compartí.

—Te aseguro, Eyra —añadió Sigurd—, que si no la llevo fuera es porque sé que estos malnacidos envidiosos me la cortarían.

Entre risas, apuestas y peleas, me topé con la mirada de Halfdan prendada en mi risueño rostro. Aparté la vista de inmediato, rogando porque esta noche no me llamara a su lado. Parecía librar una batalla consigo mismo, espaciando las obligadas visitas que me imponía, quizá para lograr aquello que ambicionaba tanto como conquistar Jutlandia: arrancarme de su pecho.

—Mirad, ahí viene uno que ni su cara ni su verga provocarían una pelea de mujeres —anunció Sigurd sentándose de nuevo.

Me volví siguiendo su mirada y vi cómo Erik Cabello Hermoso avanzaba mostrando su maltrecha dentadura a cuanta moza se encontraba a su paso, tan engreído y seductor que tuve la certeza de que poseía algún oculto don para la conquista.

No se dirigió a nuestra mesa, sino a una situada en el lado opuesto, y supe el motivo cuando comprobé que, tras él, marchaban Thorffin, Ragnar y, en último lugar, Gunnar. De forma inconsciente, me envaré; me esforcé en apartar mi vista de él, centrándola en mi escudilla. Pero una y otra vez oteaba en su dirección, miserablemente hambrienta de su atención.

Para mi desgracia, no se sentó de espaldas a mí, sino de frente, estratégicamente situado para poder observarme desde su lugar sin tener que acechar entre los corpulentos cuerpos de sus guerreros.

Cuando nuestros ojos se encontraron, me perdí en aquella profunda laguna verde, tan profunda como las charcas formadas en las oquedades de herbosas rocas. Me embebí de su rostro, casi oculto por su abundante cabellera del color del bronce pulido, y esa barba espesa que ya se había convertido en su eterna compañera. Aun así, mi mirada viajaba inquieta de sus labios a sus ojos, preñada de una necesidad tan acuciante que dolía. La suya, en cambio, era serena, fría e imperturbable; tan sólo me contemplaba con acusada gravedad, sin expresar ninguna emoción en

particular. Esa indiferencia me hería más que mi esforzada contención. Una indiferencia a la que debía agarrarme para reforzar la decisión de marcharme, una indiferencia que nos mantenía sabiamente a salvo, una indiferencia que debía agradecer pero que odiaba con toda mi alma inmortal.

No sé qué me poseyó, pero le regalé una mirada airada, frustrada y rabiosa, que lo desconcertó.

Hiram me observaba con semblante confuso y, cuando se volvió, adivinó de forma somera mi malestar; eso, y que Valdis arrastraba del pelo a Jora, como si se tratara de una pieza de caza. Cuando la soltó triunfal, alzó los brazos victoriosa y todos la vitorearon. En ese momento, Jorund tomó asiento de nuevo con gesto de padre orgulloso.

—Mi pequeña ya es una mujer —masculló casi con nostalgia.

Hiram puso los ojos en blanco y resopló hastiado.

En ese momento, la aludida también tomó asiento, sonriendo jactanciosa. Tenía marcas de uñas en la sien; el rojo cabello, anudado y alborotado, y la mejilla derecha enrojecida y algo inflamada, mostrando la huella de la pequeña mano que se había estampado en ella.

—De ahora en adelante, más de una se pensará acercarse a ti —aseveró intentando arreglarse con las manos los mechones revueltos, todavía titilando en sus labios una sonrisa vanidosa.

—Eso espero —opinó Sigurd, fijando la mirada en la revuelta melena roja de Valdis—, porque, a este paso, acabarás pareciéndote a Ragnar.

—Y si tú continúas metiéndote donde no te incumbe, ya me encargaré yo de que te parezcas a Erik —contraatacó la belicosa Valdis.

—¡Basta ya! —exclamó Hiram indignado—. Ya estoy harto de lidiar con tu condenado genio, mujer. Estarás en mi cama hasta que yo lo permita, pero, si tu intención es ganar mi corazón, ya te adelanto que el camino no es éste.

Valdis enmudeció, agrandó los ojos impactada y bajó la mirada asimilando el golpe que acababa de sufrir y que no revelaría su apariencia como los otros.

—Muchacho —medió Jorund—, es el amor que siente por ti lo que la ciega, habrías de sentirte orgulloso y mostrarte más comprensivo.

—Ese amor asfixia —reveló Hiram con gesto adusto—, es lo que quiero que entienda. Y si yo no puedo respirar, tampoco puedo sentir.

Habr  de confiar en mí, habr  de permitir que otras mujeres sean libres de obrar como deseen, porque soy yo, ent ndelo bien, Valdis, soy yo quien elige con quién estar.

—S  —intervine con un nudo en la garganta—. Y no hay nada mejor que poder elegir a tu pareja y que él te elija. —Busqué los ojos de Gunnar mientras hablaba, no me sorprendió tenerlos sobre mí—. Valdis, aleja tus miedos y disfruta de estar con él, pues nunca se sabe hasta cuándo podr  hacerlo. El amor no se exige, no se cela, no se apresura en una jaula, no se justifica y no se reprocha... el amor... sólo se siente.

Y fue el amor lo que brotó de mis ojos, inundando los de Gunnar, que me contemplaba con harto asombro. Su rictus se endureció en el acto.

Hubo un silencio tenso en el que flotaron toda clase de pensamientos y emociones. Al semblante de Valdis asom  el arrepentimiento y la comprensión; al de Hiram, algo parecido a la envidia, por no poder conocer ese sentimiento que parecía esquivarlo, y al de Eyra, un convencimiento tan pleno que incluso perfiló en sus labios una sonrisa confiada, ti nendo su faz de tal complacencia que me inquietó.

La anciana, sentada junto a mí, presenciaba, percibía e interpretaba con apabullante claridad el penetrante intercambio de miradas entre nosotros, ensanchando su sonrisa sin ningún disimulo.

Un cuerpo se interpuso en mi campo de visión. Cuando alcé la vista, me enfrent  a la torva expresión de Halfdan, que me dedicaba una mirada turbia y furibunda.

—Quiero que comas en mi mesa —exigió ce nudo.

Por la tensión en su porte, y la sesgada y amenazante mirada que derram  sobre mí, comprendí que aquella orden no podía refutarse.

Me incorpor , rode  la mesa y me acerqué sumisa a él. Cogió con hosquedad mi muñeca y me llev  tras él, casi con la misma actitud que había enarbolado Valdis cuando arrastraba a su presa. Y eso era yo, su botón, un mero objeto de su propiedad que pretendía ingenuamente moldear a su gusto. Pero yo no era una simple pieza de barro, ni él un alfarero, y su insistencia sólo conseguiría romper a uno de los dos, o quiz a a ambos. Rec  para mis adentros por lograr huir antes de que eso ocurriera.

Me sent  a la gran mesa principal, a su lado, cabizbaja y apática. Halfdan respir  hondo, ya más sosegado ante mi docilidad, y vació su copa de un solo trago. Y así, plenamente satisfecho, entre su esposa y su

amante, alzó la copa y sonrió a sus súbditos.

Logré atisbar, a contraluz, cómo una silueta, grande y fornida, abría los portalones y desaparecía de la sala. Supe quién era, alguien que simulaba una indiferencia que no sentía.

¡Maldito corazón!

Gunnar salió atropelladamente de la sala, preso de un fuego tan inclemente que pensó que todo su cuerpo ardería colérico, devorando el *skáli*, a los allí presentes y devastando incluso la región.

Jamás había sentido tan demoledor acceso de ira. Esa cólera salvaje todavía incendiaba su ánimo, impeliéndolo a entrar de nuevo en la sala, agarrar a Halfdan por el cuello y estrangularlo hasta morir. Se detuvo, aferrado a la baranda de la escalera, tembloroso y ofuscado, y se obligó a inhalar una gran bocanada de aire fresco.

Ya era suficiente tortura imaginarla en el lecho de su rey; suficiente frustración el perder cada día la patética batalla de alejarse de ella; suficiente impotencia el reconocer que mendigaba sus miradas, casi de manera pueril y lastimosa; suficiente angustia despertar jadeante e ilusionado para descubrir que tenerla entre sus brazos había sido sólo un sueño. Un sueño imposible ya.

Daba igual la cantidad de veces que se repitiera que ya no le pertenecía, que ella ya no era la misma, que debía olvidarla y enterrarla en lo más profundo de su corazón, que pertenecía a otro hombre, uno que la protegería por su condición de rey. Todo daba igual, porque su maldito corazón no entendía más que de la abrumadora y dolorosa necesidad de tenerla cerca.

Incluso en su mente se dibujaba, con peligrosa nitidez, la imagen de ambos huyendo juntos. La posibilidad de secuestrarla de nuevo era tan acuciante que en más de una ocasión había avanzado hacia ella, mientras entrenaba tan apasionadamente, frenándose en seco a tan sólo unos pasos, ante tamaña necedad. Y, entonces, se daba la vuelta con los puños apretados y se alejaba rumiando su estupidez.

Adoraba comprobar sus progresos en el manejo de distintas armas, se deleitaba en sus gráciles y sensuales movimientos, en el poder que rezumaba, en esa pasión que derrochaba en cuanto hacía.

Y se enorgullecía de su rapidez en el aprendizaje, de su encomiable tesón y de ese endiablado coraje que había robado su corazón mucho tiempo atrás, el primer día que reparó en ella, en aquella lejana Isbiliya, cuando la vio recorrer las calles con una espada curva en la mano y una expresión decidida. Fue su porte, su actitud, lo que lo prendó. Caer rendido ante su belleza, y comprobar maravillado que sus ojos eran como los del lobo de sus sueños, el destino que vaticinaban las runas, fue el aporte a algo que ya había nacido en él: la desesperada necesidad de hacerla suya.

Como una vez le dijo, tenerla, amarla, no era un camino apacible y seguro, pero era el único camino que deseaba recorrer. Y, ahora, ese camino estaba cercado, ese sendero lo transitaba otro hombre, y él ya no quería emprender uno nuevo.

Intentaba odiarla; se repetía incesante que la voluntad de los dioses era inamovible y, como tal, había de asumir sus designios; se convencía de que la Freya que una vez amó ya no estaba, que se había convertido en una mujer fría, manipuladora y sibilina. Sin embargo, todas sus conjeturas se desplomaban ante una certeza sobrecogedora: todo cuanto había hecho ella, acertado o no, como le confesó, había sido por él.

Y esa certeza se clavaba en su corazón cada mísero instante de su vida, esa certeza se revelaba cada vez que sostenía sus bellos ojos dorados. Lo amaba, lo deseaba incluso con más intensidad, y era eso lo que estaba acabando con su juicio. Y perdido en esas miradas, lograba aguantar su existencia.

Y, aun así, estaba furioso con ella, reprochándole en su mente que podría haber obrado de diferente manera, alejándose de la lujuria del rey, manejándolo de otra forma. Y alimentaba esa furia, pues de ella dependía para mantenerse apartado, a ella se agarraba para no cogerla entre sus brazos y huir de todo y de todos. No obstante, reconocía que nada horadaba más su pecho que su renuncia. Ella había intentado huir de él, regresar a su tierra, se había cansado de luchar, y eso... eso era su mayor condena, el tormento que arrastraba, desangrándolo. Eligió amarlo en la distancia, y así sería para ambos.

Todavía ardía, sintiendo el irrefrenable impulso de entrar en el *skáli* y asesinar a su rey. Gruñó frustrado y avanzó a grandes zancadas hacia los establos.

Montaría su caballo y cabalgaría sin rumbo, hasta que su ánimo se

enfriara y sus pensamientos se ordenaran nuevamente. Se dirigió a su gran alazán castaño y palmeó su robusto cuello. El animal cabeceó y relincho complacido. Apoyó la frente en la del caballo y cerró los ojos mientras enterraba los dedos en las largas crines.

Desolado y roto, se preguntó por qué lo castigaban los dioses. Había perdido a su pequeño Ottar, a su hijo, a aquel ser que había acunado, sonreído, hablado y cuidado, volcando en él esa parte de su corazón pura, tierna y protectora que había logrado rescatar de las garras de Loki. No sabía si era de su sangre o no, tampoco le importaba; aquel bebé había sido el receptáculo de todo su amor, su ancla a este mundo. Y ahora... ahora nada lo asía.

Mientras ajustaba la silla a su montura, un leve quejido lo alertó. Se volvió y se topó con su madre, que lo miraba de manera tan penetrante que sintió que desnudaba su alma.

—No te rindas —musitó con voz ajada, pero firme.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda.

—Ella ya lo hizo.

Oyó sus pasos crujiendo sobre el heno esparcido por el suelo.

—Pues lucha tú por los dos.

Sintió una pequeña mano en su hombro, oprimiéndolo suavemente. Su corazón se encogió.

—No, madre, nuestro destino ya se decidió.

—¿De veras lo crees?

Se volvió hacia ella, encontrando en su mirada el consuelo y la esperanza que necesitaba, pero que se negaba a recibir.

—Todo indica que sí.

Eyra alzó el brazo y apuntó a su pecho, señalando su corazón.

—¿Y esto qué indica?

Negó con la cabeza, incapaz de hablar.

Su madre se acercó y lo cogió titubeante por los hombros; era la primera vez que lo tocaba. Descubrió en los ojos de la mujer un conmovedor tinte emocionado.

—Hijo —pronunció paladeando aquella palabra—, el destino lo marcan los dioses, pero nosotros lo moldeamos, lo elegimos con cada acto y, si esos actos salen del corazón, son los acertados. Y yo sé mejor que nadie lo que sale de él. —Hizo una pausa, suspiró y dibujó una cálida sonrisa en sus delgados labios—. El dolor lo ensombrece todo, confunde

y distorsiona, pero debes disiparlo, aclarar tu mente y luchar por lo que grita tu corazón.

Gunnar bajó la cabeza; sus ojos se humedecieron aferrándose a su negación, al convencimiento de que ya nada podía hacerse; el dolor por el rechazo pesaba demasiado.

—No, madre, ella ya eligió, y decidió alejarse de mí —insistió con voz rasgada—. Y, contra eso, no puedo hacer nada.

—¿Sabes por qué tomó esa decisión? —inquirió ella.

—El motivo ya no importa, sólo sus consecuencias.

—Es precisamente el motivo el que puede derrumbar las consecuencias.

Gunnar se volvió, ignorando las palabras de su madre.

—¡Maldita sea, eres tan testarudo como tu padre!

Aquello lo envaró, pero no fueron las palabras en sí, sino el tono utilizado, mostrando el dolor que rezumaban los recuerdos de su aciago pasado. Sintió un pellizco en el corazón. Se volvió de nuevo, contempló el rostro de su madre y, en un arrebato, la estrechó contra su pecho.

Notó cómo el frágil y pequeño cuerpo de su madre temblaba entre sus brazos y, así abrazados, descargaron todo el dolor acumulado, la historia compartida y el inefable lazo que los unía, y que no era sólo de sangre, era de amor.

—Siempre te quise, madre, incluso sin saber que lo eras, pero jamás te lo demostré. ¿Podrás perdonarme?

Eyra alzó la vista, nublada por las lágrimas derramadas. Con el rostro constreñido por una emoción intensa, sonrió con infinita ternura.

—Esa pregunta me correspondía a mí.

—¿Por darme la vida, velar por mí, sacrificarte, quererme y protegerme? No, madre, no hay perdón que otorgar, mas sí agradecimiento.

—En tal caso, exijo un pago.

Gunnar paseó la mirada por el ilusionado rostro de su madre, y esbozó una tibia sonrisa. Sacudió la cabeza y acarició con el dorso de los dedos la mejilla de Eyra.

—Creo adivinar lo que vas a pedirme —confesó, deleitándose en su conmovido semblante ante aquellas caricias.

—Gunnar, la vida me regaló algo maravilloso que ensombrece todo cuanto pasé, cada lágrima, cada punzada, cada momento de desesperación.

Mi corazón siempre me condujo hacia él, y a su lado permanecí. Y, ahora, ese gran regalo me mira como siempre deseé que me mirara, me acaricia como siempre anhelé que lo hiciera. Y lo mejor de todo: me ha fundido en el abrazo que soñé desde que te arrancaron de mis brazos. Y todo, absolutamente todo, ha valido la pena por vivir este momento, y los que vendrán.

Gunnar la estrechó de nuevo contra sí, sollozando en silencio, agradeciendo a los dioses que aquella mujer enjuta, tan sabia como los tiempos, y con el corazón más grande de cuantos había conocido, fuera su madre.

Los delgados brazos que no lograban abarcarlo lo ceñían con fuerza. La cubrió con su cuerpo, con extremo mimo, pero con firmeza y con un sentimiento que no experimentaba desde niño. Y aunque aparentemente parecía que cobijaba a un pájaro herido y frágil, era él el cobijado, él el consolado, él el arropado.

Entre sus brazos se quebró de nuevo, y se sintió tan pequeño como una hormiga, una que habían pisado demasiadas veces. Tras un largo e inolvidable instante, ambos se dijeron con gestos y arrumacos cuanto sentían.

—Que hoy me hayas hecho la mujer más feliz sobre la faz de la tierra —comenzó a decir secándose el reguero de lágrimas de su rostro con las manos— no significa que olvide tu deuda, muchacho.

Gunnar sofocó una carcajada, su corazón se caldeó. Cogió las manos de su madre e hincó una rodilla en tierra, mirándola con adoración.

Eyra lo contempló arrobada, con la sonrisa más luminosa que le había visto nunca.

—Eres tan condenadamente apuesto como tu padre —murmuró orgullosa, cogiendo su rostro entre sus pequeñas manos—, quizá más, porque en tu mirada brilla tu corazón como una gema pulida. Puedes intentar ocultarte tras esta horrible barba, tras esta melena enmarañada, tras tu gesto torvo y tus duras miradas, pero, muchacho, tu corazón escapa por tus ojos cuando la miras.

Gunnar suspiró apesadumbrado; su expresión se tensó.

—Escúchame bien, hijo mío —continuó en tono dulce, pero aplomado—: ella es tu regalo y, si tienes que atravesar mil infiernos, lo harás, porque una cosa es recorrerlos y sufrir y luchar por dejarlos atrás, y otra muy distinta es aceptar, derrotado, vivir en ellos. Mi único ruego,

mi férrea exigencia, es que luches por ella. Hay muchas piedras entre vosotros, pero siempre las hubo, y quizá siempre las haya; sin embargo, ninguna de esas piedras es más grande de lo que sentís el uno por el otro. Porque, si ella ha renunciado a ti, es porque neciamente creyó que sólo así serías feliz. Se sacrificó por tu hijo, y, ahora, está atrapada en una letal tela de araña; liberándola, te liberarás a ti mismo. Eso es lo que quiero: tu libertad y la de ella.

Eyra se inclinó con lentitud y beso su frente. Lo abrazó de nuevo, acunándolo en su pecho, acarició su cabello y, cuando se separó de él, le dedicó un mohín impaciente y alentador.

—Vamos, guerrero, ponte en pie; te espera una dura lucha, pero no estás solo.

Le guiñó un ojo, palmeó vigorosamente su brazo con una triunfal sonrisa iluminando su rostro y se alejó con paso firme, erguida y llena de una vitalidad que lo subyugó.

Necesitaba reflexionar, precisaba alejarse y trazar un plan. Pero, sobre todo, necesitaba alejar el dolor, el rencor y la rabia; con semejante carga encima, no conseguiría avanzar.

Colocó el bocado, ajustó las cinchas y se encaramó sobre su montura. Galopar sin rumbo siempre había aclarado su mente. Para luchar por la libertad, antes debía sentirla cerca, saborear su efluvio y degustar su sabor. Y nada otorgaba más libertad que recorrer los páramos como el dios del viento, a lomos de una criatura casi alada.

Arreó vehemente a su montura, dejando atrás la aldea. Y en su galopada acudió un recuerdo que reventó su pecho. Sintió a Freya delante de él, con los brazos extendidos y la cabeza alzada al viento y apoyada contra su pecho, mientras la conducía a los grandes acantilados, aquel inolvidable día de pesca.

Había rememorado tantas veces cada instante a su lado... Sin esos recuerdos, él no habría logrado sobrevivir.

Un pensamiento se asentó en su mente, doloroso, opresivo y acuciante.

«¡Por los dioses, cuánto te necesito!»

A merced de una araña

Cuando Inga me mandó llamar, para acudir a la entrada del frondoso y sombrío bosque de grandes arces, no atiné a pensar en lo extraño del lugar para un encuentro, a pesar de que en sus palabras se adivinaba urgencia y temor por revelarme una posible amenaza. Pero, una vez allí, tan sólo acompañada de *Fenrir*, cuestioné su inquieta conducta. Pues si le urgía avisarme de un peligro inmediato, le habrían bastado en ese preciso instante unas breves palabras susurradas.

No obstante, iba armada: llevaba mi espada al cinto, una daga en la bota, los dientes de *Fenrir* y los míos.

Recelosa y alerta, oteé mi alrededor.

Brillantes y tupidos helechos poblaban el lecho del bosque, acariciando los añosos e imponentes troncos de tan majestuosos árboles. Rodales de nieve blanqueaban oquedades y hondonadas, y el penetrante aroma a humedad y a pino perfumaba la quietud boscosa que se abría ante mí.

Todo parecía en calma, y me relajé parcialmente. Cualquier crujido alertaría de pasos y, aunque la amenaza acechara tras la espesa vegetación desde cualquier punto, confié en mis sentidos. Decidí apoyarme en un rugoso y grueso tronco para cubrir mis espaldas.

Oblicuos haces solares se filtraban entre las apretadas copas de los arces, dorando alternativamente el mullido, herboso y oscuro manto del bosque, creando charcos de luz que atrapaban la mirada, en el que se suspendían motitas brillantes como si lloviera oro molido, y del que era fácil imaginar emerger de ellas la figura de alguna esbelta diosa.

Envuelta en el hermoso misticismo de aquel lugar, no me apercibí de la más clara señal de un inminente peligro: el silencio.

No cantaban las cornejas, ni zumbaban los insectos y no se apreciaba el más leve rumor que todo bosque viviente emitía. El silencio parecía casi sepulcral. Cuando quise reaccionar, alertada por una extraña comezón en

mi nuca y un agudo escalofrío recorriendo mi espalda, el gruñido de *Fenrir* constató aquello que temía... era una trampa.

Desenvainé mi espada y observé al animal, confiando en su agudo instinto. Sus orejas estaban casi alineadas con el cráneo; sus labios, alzados y fruncidos, mostrando una aterradora dentadura. Su cuerpo se envaró, tenso y acechante, dispuesto para el ataque. Dirigí la mirada hacia donde *Fenrir* clavaba la suya. Tras un peñasco entre los árboles me apercibí de un fugaz destello, justo frente a mí. Mi primer impulso fue tirarme al suelo, pero no fui lo suficientemente rápida.

Tras un cortante silbido, algo punzante se clavó en mi brazo izquierdo.

Exhalé un gemido sorpresivo y en el suelo aceché entre el tupido aligustre. Agarré con fuerza la empuñadura, presta para un ataque, pero nada se movió ante mí. *Fenrir* ladró furioso y saltó hacia delante, persiguiendo a mi invisible agresor.

Examiné mi hombro, del que brotaba un ardor extraño. Un afilado dardo leñoso se había hundido en él. Intenté extraerlo, mas el mero ademán de moverlo dentro de mi carne provocó una aguda punzada que me dejó jadeante. Apreté los dientes maldiciendo para mis adentros.

Más allá, el ladrido de *Fenrir* se perdía en el interior del bosque.

Intenté incorporarme, oteando con extrema precaución, e impávida comprobé el desconcertante entumecimiento del brazo izquierdo; algo semejante a un reguero de hormigas cosquilleaba mi piel, anulando por completo su movilidad. ¡Veneno! Aquella palabra abotargó mi mente de un pavor que heló mi sangre.

—¡¡¡*Fenrir*!!!

Distinguí en mi voz un acceso de pánico que aceleró mi corazón.

Me erguí con toda la premura de la que fui capaz, y corrí a trompicones hacia la entrada de la aldea. Mis sentidos se embotaron, y un dolor flameante comenzó a extenderse por todo mi cuerpo. No tenía mucho tiempo.

Los ladridos de *Fenrir* ganaron intensidad en su veloz carrera de retorno. Cuando llegó hasta a mí, el doloroso letargo que se adueñaba de mi cuerpo me hizo trastabillar hasta caer desplomada en mitad del sendero.

—Ve por ayuda, viejo amigo... no puedo... levantarme.

Mi voz también se perdía en el gradual y atenazante sopor que me

invadía.

El animal me olisqueó, me regaló dos húmedos lametones, se agitó alterado y ladró de nuevo.

Palmeé su robusto cuerpo con desesperada impaciencia.

—¡Rápido, busca a Eyra!

Y el perro salió impelido y veloz hacia la aldea. Por algún motivo supe que no debía quedarme quieta. Comencé a arrastrarme penosamente con los codos, gimiendo de dolor, maldiciendo mi estupidez y jurando venganza. Me aferré a la rabia para lograr seguir avanzando, pero mis fuerzas flaqueaban, el dolor obnubilaba mi juicio y paralizaba mis miembros.

Un gruñido con visos de grito escapó de mi garganta antes de que una opresiva extenuación me detuviera.

El dolor me fustigaba inclemente. Atrapaba entre mis puños manojos de hierba en cada punzante acceso, arrancándola de cuajo, y entonces hundía los dedos en la tierra, crispados y agarrotados, mientras me retorecía como si me marcaran con un hierro candente.

De repente, oí unos pasos acercándose a mí. No parecían precipitados, más bien recelosos. Fuera quien fuese, estaba a su completa merced.

Sentí cómo alguien se inclinaba sobre mí. Fui incapaz de moverme, tan siquiera de emitir el más leve sonido. Jamás en toda mi vida me había sentido más atrozmente indefensa.

En la lejanía, alboroto, pisadas aceleradas y un ladrido imperante.

La cercana presencia pareció reaccionar, alejándose a la carrera. Otra punzada me apuñaló, más aguda que las anteriores; cerré con fuerza los ojos y me dejé llevar.

Cuando desperté, temblaba violentamente.

—¡Aprisa, bebe!

Me irguieron la cabeza y me obligaron a beber.

Un líquido espeso y nauseabundo bajó por mi reseca garganta, revolviéndome las tripas. Pero, si aquello resultaba repugnante, la fetidez que desprendía lagrimeaba mis ojos.

Una arcada me dobló en dos.

—¡Vamos, muchacha! —alentó agitada Eyra—. ¡Expúlsalo de tu

cuerpo!

Me arqueé de un modo brusco, alguien acercó un hediondo cubo a mi boca, que olía a estiércol y a podredumbre, y vomité de forma ininterrumpida hasta que mi cuerpo se derrengó desmadejado.

—¡Sujetadla! —Oí la orden con los ojos cerrados. El tono de Eyra revelaba la gravedad de mi situación.

Me posicionaron de lado, de nuevo me acercaron el cubo lleno de inmundicia. Me escocían los ojos, y las arcadas regresaron. Nuevamente me doblé en dos, acometida por violentas náuseas. Me sujetaron la frente mientras las arcadas me convulsionaban.

Los temblores se acentuaron, temí morderme la lengua. E igual que una insignificante muñeca de trapo, fui zarandeada por espasmos tan frenéticos que lograron arrancar de mi garganta un grito desgarrador.

—¡Maldición, hay que amputar!

—¡No! —exclamó una familiar voz grave proveniente del hombre que me sujetaba.

—¡El veneno corre raudo por sus venas; si no lo atajamos, está perdida! —sentenció Eyra. La angustia y la pesadumbre tildaban su voz.

—¡He dicho que no! —insistió la otra voz, con un marcado deje desesperado—. ¡Intentaré otra cosa, y te juro por Odín que quemaré el Valhalla si se la lleva!

Otro rostro desdibujado se inclinó sobre mí. Acercó una vara de madera a mi boca, encajándola en mi dentadura.

—Pon el filo de mi cuchillo al fuego —apremió la voz masculina.

Veía tan sólo difusas y oscuras siluetas moviéndose a mi alrededor, recortadas por el resplandor del hogar. Era incapaz de enfocar la vista, el corazón galopaba violento en mi pecho y la piel me ardía como si estuviera dentro de una fragua.

Movimiento, manos sobre mí, gritos confusos, y un restallante látigo de dolor en mi hombro.

Mis dientes quebraron el palo de madera, y de mi boca escapó un alarido estremecedor que hirió mi garganta.

—¡Sujetadla, maldita sea! —bramó aquella voz grave.

—¡Por los dioses, va a desangrarse! —murmuró la acongojada voz de otra mujer.

—Si no lo consigues —musitó Eyra—, no habrá tiempo de atajar el mal. Su brazo está azulado; si no es el veneno, el dolor la matará.

—¡No pienso dejar que muera, no de nuevo!

Poco a poco los sonidos se apagaron, el dolor se mitigó, la luz se extinguió y la paz me invadió.

Una lengua cálida paseaba por mi rostro, un aliento infernal me golpeó. Abrí los ojos y sentí la humedad del hocico de *Fenrir* en mi cuello sacudiéndome suavemente.

—¡Aléjate de ella, bestia inmundada! —exclamó Eyra.

Su meloso tono quitó brío a sus palabras. Acarició la cabeza del perro y lo apartó con mimo para sentarse al borde de mi camastro.

—Puedes estar agradecida, los dioses te han proveído del mejor de los guardianes. No deja que nadie se acerque a tu lado.

—Tengo... hambre.

Mi reseca garganta se laceró ante mi penoso esfuerzo por hablar.

—Es lo más natural, llevas más de tres jornadas sin ingerir más que algunas gotas de caldo. Aprovechaba tus delirios para alimentarte. No recuerdas nada, ¿verdad?

—Dolor...

La anciana asintió, su mirada se oscureció y su rictus se estiró en una mueca preocupada.

—Sufriste fiebres muy altas, temimos un fatal desenlace, pero aquí estás de nuevo. Empiezo a pensar que gozas de la inmortalidad de los dioses.

Intenté incorporarme, pero una punzada en mi hombro congeló mi gesto.

—Tienes una larga brecha en el brazo izquierdo. Gunnar te abrió la herida e intentó absorber con la boca la sangre emponzoñada que luego escupía en un balde. Con sumo mimo, te lavó la herida con un preparado de acedera y tomillo. Él mismo se empeñó en suturar la herida y luego te colocó unas hojas de salvia antes de vendarte el brazo, para evitar la supuración. Si todavía lo llevas pegado al cuerpo es por él.

—Quiero... agradecerse...

Eyra negó con la cabeza, su mirada se oscureció.

—No vendrá.

Aquella tajante respuesta me golpeó. Permanecí en silencio, mirando el fuego, pensando en todo lo sucedido, intentando centrar mis

pensamientos en la identidad de mi agresor para alejarlos de Gunnar. Sin embargo, las emociones comenzaron a aflorar en un manantial incontenible de lágrimas que resbalaban por un rostro extrañamente pétreo, como si fuera incapaz de gesticular. Quizá las lágrimas eran cuanto quedaba vivo dentro de mí, quizá mi alma seca había paralizado mi cuerpo, quizá ni siquiera estaba viva, tampoco me importaba.

—Freya, durante tus delirios... Gunnar oyó cómo nombrabas a Halfdan... y bueno... no eran frases coherentes... también... mencionaste a Rashid... y llamaste a tu madre.

Agrandé los ojos todavía aturdida por lo que escuchaba.

—¿No... no lo nombré a él?

—Sí, muchas veces, tantas, que decidió dejarte a mi cuidado.

—No... lo... entiendo.

Eyra bajó la mirada hacia el vendaje de mi brazo y se encogió de hombros con gesto confuso.

—El corazón de Gunnar lleva mucho tiempo sangrando —pronunció con pesar—, tanto que está exiguo, débil y moribundo. Necesita una chispa, lo bastante esperanzadora como para hacerlo latir de nuevo.

—Mi corazón... no está mucho mejor.

—Lo sé, pequeña. —Se puso enérgicamente en pie tras dirigirme una amplia sonrisa, cogió una escudilla de la mesa y se dirigió a la marmita que humeaba sobre el fuego—. Pero ahora es tu vigor y tu movilidad lo que más me interesa, pues, si estás a merced de una araña, has de recuperar cuanto antes tus fuerzas para enfrentarte a ella, porque volverá a intentar picarte.

Colmó la escudilla de sopa y se sentó de nuevo a mi lado.

—¿Una... araña?

Asintió rotunda; su semblante adquirió una desazonadora gravedad.

—El dardo venenoso que te lanzaron iba empapado en veneno de araña —explicó—. O no querían matarte, o no pusieron la cantidad suficiente, porque el veneno de esa araña es letal.

—Eso, o los dioses se divierten con mi sufrimiento.

Eyra soltó una carcajada mostrando en ella la alegría de verme resurgir de nuevo.

—En tal caso, muchacha, ya tengo otra cosa que agradecerles.

Irguió con cuidado mi cabeza e inclinó el cuenco para que yo bebiera el contenido. Sentí el cálido y delicioso líquido revitalizar mi cuerpo,

cerré los ojos y me dejé alimentar. Tras cada sorbo, Eyra me regalaba una almibarada mirada maternal. Y, entonces, reparé en algo nuevo que brillaba en ella, como lo hace el reflejo de la luna en la apacible superficie de un lago. Se sentía plena, liberada, fuerte y orgullosa; desprendía poder, confianza y amor, pero con tal fuerza que me asombró.

—¿Ha ocurrido algo más? —inquirí tras el último trago.

La sonrisa que me dirigió me contestó, caldeando al tiempo mi corazón.

—Sí, que por fin tengo un hijo. Y ahora vuelve a dormir.

Sonreí; en nuestras miradas enlazadas se prodigó tal amor, tal complicidad, tal ternura, que supe en ese preciso momento que no necesitaba de nada más para sanar, ni para luchar.

¿Cuántas picaduras más habría de sufrir?, me pregunté cerrando los ojos. ¿Cuánto más tendría que luchar para ganarme la felicidad? No lo sabía, ni siquiera sabía si lo conseguiría, pero de lo que estaba segura era de que no cejaría en mi empeño, pues mi felicidad no era más que la de la gente que amaba, y por ellos me enfrentaría a la muerte cuantas veces fuera necesario.

Un cuervo atrapado

El frío languidecía en el exterior, rindiéndose ante el incipiente brío de la Ostara, mientras el que moraba en mi interior se agudizaba.

Durante mi convalecencia, las conjeturas me habían enredado en acuciantes cavilaciones para terminar mostrando al más indiscutible culpable. Pero, por alguna razón, algo me decía que la araña sabiamente se escudaba tras los plateados hilos de su sedosa, pegajosa y tentadora tela, utilizando sus artimañas, sus propias presas para capturarme.

El odio y rencor que destilaba Sigrid hacia mí había sido la argucia utilizada por la taimada araña. Y por más que desgranaba su identidad, un solo rostro se cernía en mis pensamientos. Un dulce rostro angelical, que mostraba una sonrisa dulce de mullidos labios, unos que yo había besado.

Mi intuición me conducía a ella, a mi reina, a esa aparente doncella inocente y candorosa, aniñada y engañosamente inofensiva. A mí ya me había mostrado su astucia, su gran poder de manipulación, confabulándose hasta con el diablo para conseguir sus objetivos. Yo ya sabía que, tras la ingenua expresión de su joven y hermoso rostro, se escondía una letal araña.

No obstante, había preguntas a las que no hallaba respuesta. ¿Había querido matarme o tan sólo mostrarme su poder? ¿Cuál sería su próximo movimiento? ¿Había matado al hijo de Sigrid sólo para tejer su ardid? ¿Su única intención era apartarme de su esposo? ¿Buscaba venganza en el dolor, o era tan sólo un juego que alargaba hasta que me premiara con la muerte?

Cuando abrieron la puerta de la cabaña, el viento danzó entre las ondulantes llamas del hogar, domándolas con su ímpetu. Cuando ese mismo viento meció mi melena y acarició mi pálido rostro, sentí el impulso de salir de mi opresivo internamiento y correr junto a *Fenrir* por los verdes prados, liberando toda mi frustración. Me limité a cerrar los ojos y a disfrutar de ese breve soplo de libertad, antes de que Eyra cerrara

de nuevo la puerta.

—¿Cómo te sientes, muchacha?

—Atrapada —murmuré con tedio.

Eyra estiró los labios en una sonrisa comprensiva. Dejó sobre la mesa un cesto cargado con verduras y huevos de oca, sacudió las manos en el mandil y cogió un cuchillo.

—Quizá prefieras cambiar de jaula.

Fijé los ojos en ella, frunciendo el ceño con asombro.

—No sabía que podía elegir morada —rezongué curiosa.

—Y no la eliges, la eligen por ti. Halfdan te quiere de vuelta.

Resoplé hastiada, pero en mis ojos fulguró la inquina y en mi alma, la inquietud.

—Si ha logrado pasar todo este tiempo sin verme, no creo que le acucie mucho mi regreso.

—Acudió a visitarte —anunció la anciana lavando las verduras en un balde con agua—, pero Gunnar no le permitió pasar. En realidad, tuvieron algo más que palabras, cuando le increpó que no había sabido protegerte.

Agrandé los ojos y me incorporé con dificultad, evitando mover el brazo en cabestrillo.

—¿Cómo has dicho? —inquirí sorprendida—. Gunnar tampoco me visitó.

—Gunnar no se ha movido de esa puerta desde que te metimos en esta cama. Ni de día ni de noche.

Un extraño cosquilleo recorrió mi vientre, ascendiendo hasta mi pecho.

—¿Y por qué no ha pasado?

—Porque le duele estar cerca de ti y no poder tocarte. Porque lucha contra sí mismo y porque la distancia es su escudo.

Suspiré profundamente; un pellizco constriñó mi corazón. Imaginarlo arrebujado en su capa, durmiendo a la intemperie, a los pies de mi puerta, protegiendo mi vida y su propio corazón, me conmocionó.

—Me odia y me ama en igual medida —susurré en apenas un cogitabundo hilo de voz.

—No lo creo, muchacha; se aferra al rencor para poder sobrellevar su decisión —opinó echándome un escrutador vistazo al tiempo que cortaba diligente un largo tallo de apio.

—Y su decisión es alejarme de él —musité contrita. Sacudí la cabeza,

alejando esa condenada emoción. Mi destino ya estaba marcado, de nada valía lamentarse.

Eyra detuvo el cuchillo y clavó su sagaz mirada en mí.

—Su decisión es respetar la tuya. Quieres volver con los tuyos, ya lo intentaste en una ocasión. Sólo tienes una traba, y es la obsesión que provocas en el rey. —Entrecerró los ojos y me fulminó con ellos—. ¿O hay alguna traba más?

Aparté la mirada, aunque eso no me libraría de que ella mirara en mi interior. Había una traba, sí, y era mi corazón; por fortuna me importaba más el de Gunnar.

—¿También tú respetas mi decisión? —pregunté, alejando penosamente la pena que me ahogaba.

—Por supuesto, otra cosa es que la compartas —musitó centrando de nuevo la atención en las verduras. Desbrozó un repollo y cortó unos rábanos antes de que me decidiera a preguntar de nuevo.

—¿En esta ocasión no piensas intentar convencerme de lo contrario?

—¿Sirvió de algo la última vez? —recriminó.

Asentí; los recuerdos me sepultaron y mi pecho se contrajo.

—Tus palabras fueron germinando a medida que me alejaba, mi corazón despertó por fin.

—No fueron mis palabras las que lo despertaron, Freya, fue el amor de Gunnar —sentenció con gravedad—. Y si conociendo su amor te planteas de nuevo alejarte... no tengo palabras para cambiar eso.

Aquello me sulfuró; resoplé, aparté vehementemente la manta y salí del jergón para enfrentarme a ella.

—No tengo por qué dar explicaciones a nadie —comencé a decir agitada, alzando la voz más de lo necesario—, pero creo que queda bastante claro que juntos jamás seremos felices. Yo... yo nunca seré feliz, pero él puede tener más hijos, puede... puede empezar de nuevo... puede... enamorarse otra vez... y...

La frustrada impotencia teñida de indignación se deshizo en un suspiro tan hondo y afligido que las palabras murieron en mi garganta, atoradas con la enorme bola de amargura que había emergido de ella.

—Cuidado, puedes hacerte daño —advirtió Eyra, casi con hiriente indiferencia.

Le dediqué un mohín ceñudo, y me acaricié el brazo vendado. Ya no me dolía tanto, pero ese pulso molesto no terminaba de desaparecer.

—No me refería a tu brazo —apuntó sibilina, reanudando su tarea—. Y ahora será mejor que te vistas y regreses al *skáli* antes de que decida venir por ti.

Necesité un largo instante para serenarme; cuando logré coger mis ropas e intenté vestirme, Eyra se acercó a mí.

—No preciso ayuda —rezongué ceñuda.

—No pensaba prestártela, tendrás que apañártelas sola —señaló con una impertinente sonrisa—. Y no sólo con la ropa, también con la picadura de la araña. —Su mirada refulgió preocupada—. Cuando regreses bajo el abrigo de Halfdan, ni Gunnar ni nadie podrán protegerte.

—Estás segura de que volverá a intentarlo, ¿verdad?

Eyra asintió queda, se limpió las manos en el mandil y las puso sobre mis hombros.

—Estoy tan segura de ello como de tu capacidad para evitar un nuevo ataque. Ahora te toca morder a ti, Freya, eso, o huir cuanto antes. Sabes que no cejará en su empeño, las arañas suelen ser tenaces y pacientes.

—Lo sé —concedí tragando saliva; sostuve su penetrante mirada con firmeza y añadí con plena determinación—: Y no pienso marcharme sin hacerle probar su veneno.

—No actúa sola, está siendo aconsejada —desveló para mi asombro—. Alguien más sabio, gran conocedor del poder de las plantas, y ambicioso, guía sus pasos. Comprobé el efecto de ese hongo blanco con uno de mis gansos, murió al instante. Es una seta mortífera.

Me sobrecogí en el acto. Un siniestro escalofrío me recorrió la espina dorsal. El corazón se me encogió ante el tangible recuerdo de tener a ese niño entre mis brazos, obligándolo a tomar un jugo venenoso. Yo, indirectamente, lo había matado, y ese fantasma jamás dejaría de perseguirme. Y, al dolor, se sumó una oleada de furia tan devastadora que tuve que reprimir el impulso de correr al encuentro de Ragnhild y clavarle una daga en el pecho.

—No te precipites en tus conclusiones —aconsejó pausada, adivinando someramente mis pensamientos—. No puedes saber si a ella también la engañaron.

—Será fácil averiguarlo —susurré pensativa.

Eyra asintió de nuevo y regresó junto a sus verduras.

Y a mi mente acudió una idea que me entretuve en perfilar mientras terminaba de vestirme.

—¿Tienes aquí ese hongo?

—En ese cesto, colgado de un gancho. No me fío de la voracidad de esa bestia —respondió señalando a *Fenrir*—. ¿Vas a preparar un guiso?

Me guiñó un ojo y empuñó de nuevo el cuchillo.

—Voy a fingir que lo preparo.

Los ojos de la anciana chispearon admirados.

—Bien, Freya —murmuró—. Ya sabes, en la cocina, como en todo, el secreto es ser comedida y juiciosa.

Cogí el hongo y lo guardé en mi zurrón.

Salí de la cabaña con expresión rapaz y mirada depredadora. La presa se convertía en cazador.

Resultó más que revelador captar, aunque sucintamente, la manifiesta expresión de orgullosa complacencia en el rostro de Ragnhild. Un gesto que se apresuró a borrar cuando clavé mi sesgada mirada en ella.

A cambio, le dirigí una sonrisa inquietante, fría y casi amenazante. Mi altivez y aplomo provocó en ella un molesto asombro que también se preocupó de ocultar cuando su esposo se dirigió hacia mí.

Verlo a él fue sentir muy cerca la furia de Gunnar.

Aparentemente huraño, frunció el ceño y me escrutó sin hablar. Le dediqué impertérrita la misma concienzuda atención.

Una sombra oscura rodeaba su ojo derecho, un corte profundo atravesaba el puente de su nariz y un cerco morado resaltaba sobre su pómulos izquierdo.

—No esperaba encontrarte peor que yo —musité impávida.

—Yo no esperaba encontrarte.

—Pero aquí estoy.

Alcé el rostro altanera, con expresión dura y expectante, aguardando sus próximas palabras.

—Que es donde debes estar —aseveró todavía ceñudo, apoyando las manos en sus caderas. Su actitud era la de un rígido padre amonestando a su hija.

—Que es donde me obligan a estar —puntalicé con una mirada cargada de odio.

Pude sentir la furia bullendo en sus venas; sus ojos, tan negros como

el ónix, relampaguearon cuando cogió con sobrecogedora vehemencia mi brazo sano y me arrastró tras él.

Me llevó a trompicones hacia su cámara privada, ante la lívida indignación de Ragnhild. Traspasamos los tupidos cortinones y me lancé sin miramientos sobre su lecho. La sacudida fue tan brusca que mi brazo en cabestrillo se resintió en una punzada dolorosa. Apreté los dientes, y lo fulminé con la mirada.

—No te atrevas a regalarme tu osadía y menos ante mis súbditos o te juro que... —bramó colérico.

—¿Qué? —casi grité—. ¿Qué demonios me juras? ¿Vas a matarme tú mismo, o seguirás dejando que lo intente tu reina?

Se cernió sobre mí, se colocó a horcajadas sobre mis caderas y aferró mi garganta con una de sus grandes manos. Acercó el rostro al mío, casi pegando su nariz a la mía.

—Todos sabemos quién atentó contra tu vida —siseó jadeante—... la misma que pidió tu cabeza, y te prometo que pagará con la suya. Nadie bajo mi mandato puede contravenir mis decisiones. Así que jamás vuelvas a mancillar el honor de tu reina con acusaciones tan graves o...

—¿O qué?

—O te acusarán de perjurio, y no moveré un dedo para defenderte.

—No necesito tu protección —le escupí mordiente—, ha quedado... dolorosamente claro que no es eficaz.

Halfdan se abalanzó sobre mi boca, tomándola con fiero ímpetu. Más como un acto de dominación que como otra cosa. Llevé mi mano libre a sus cabellos, cogí un grueso mechón y tiré de él, mientras esquivaba su lengua y pugnaba por desasirme bajo él.

Pero el rey no tenía ninguna intención de rendirse. La mano que ceñía mi cuello incrementó su presión, impidiéndome respirar. Desesperada y atrapada, solté su cabello para arañar su rostro. Halfdan gruñó, liberó mi boca y me abofeteó con todas sus fuerzas. Por un breve instante, mi visión se nubló y mis fuerzas se diluyeron.

—¡Maldita! —exclamó mortificado en un estirado y agónico hilo de voz, liberando mi garganta y descargando violentamente su puño junto a mi cabeza, mientras lo hundía contra las mantas.

Cuando logré enfocar la mirada y vi cómo el tormento contorsionaba su rostro en una mueca dolorosa, me impresionó tanto que permanecí inmóvil, jadeante y abrumada.

—¿Eres... eres capaz de imaginar mi sufrimiento? —se lamentó en un estrangulado sollozo—. No, claro que no —agregó contrito—. Cuando supe que te habían atacado, y que tu vida corría grave peligro, juro que mi corazón se detuvo. Corrí... a verte... y ahí... guardando tu puerta, estaba él. Le ordené que se retirara, pero no se amilanó. Se atrevió a amenazarme, ¡a mí, a su rey! Me reprochó que no supiera defenderte y... nos enzarzamos a golpes.

Sus ojos chispearon furiosos ante el recuerdo, su rostro se crispó y su gesto se endureció más si cabía.

—Pude... haber ordenado que lo matarán allí mismo, pude haberlo desterrado para siempre, pude haberlo condenado a la peor de las torturas... pero no lo hice... ¿Y sabes por qué, condenada loba? Por ti.

Enterró el rostro en mi hombro, sus hombros se sacudieron. Paralizada ante aquel arrebato desconsolado, me sorprendí acariciando su cabeza, contagiada por su angustia y su tormento. A pesar de saber que necesitaba a Gunnar vivo para sus inminentes planes de conquista, que lo necesitaba para tenerme atada a él, no mermó un ápice la compasión que por desgracia me provocaba. No obstante, esa conmiseración no empañó mi necesidad de ser franca con él.

—Puedes engañarte diciéndote que soy tuya, pero ambos sabemos que eso jamás será cierto —susurré afectada—. Y tu obcecación se está convirtiendo en una daga en tu pecho. Libérate —supliqué con dulzura—, libérame, arranca ese puñal de tu corazón o acabarás desangrándote.

Entonces, alzó la cabeza y clavó con dureza la mirada en mí.

—No me engaño —murmuró cogitabundo—, y en verdad poseer tu corazón ha de ser una maldición infame, sólo hay que ver cómo la tragedia persigue a Gunnar. —Dejó escapar un afectado suspiro y acarició mi mejilla con contenida suavidad—. Durante tu ausencia, me esforcé por olvidarte; me repetía incesante que eras dañina, que tu mera presencia me robaba el solaz y que, cada vez que te hacía mía, yo moría un poco. Pero ha sido suficiente verte de nuevo, tenerte frente a mí, para que mi mente enloquezca y mi cuerpo despierte.

Se incorporó, salió del lecho y se desnudó con ansiosa premura. Cerré los ojos, frenando el torrente de lágrimas que asomaba, y comprendí pesarosa que habría de ser yo quien arrancara aquella hiriente daga de su pecho.

Se acomodó entre mis piernas, arremangó mi camisola y se situó

entre mis muslos. No me resistí. Con un brusco empujón, se hundió en mí, liberando un largo y hondo gemido, que sonó más a lamento. Tomó mi rostro entre sus rudas manos y me obligó a fijar la vista en él, mientras las acometidas se sucedían con aspereza y violencia. Me sumergí en su turbia mirada, impasible, aunque me ardía el brazo con un dolor punzante y el corazón con un amargor lacerante. Y, ahí, supe que yo era la dueña de mi destino, y que Halfdan acababa de sentenciar el suyo.

Sin escudos

A veces, cuando más negro y profundo es el abismo en el que caemos, la más ínfima y parpadeante hebra de luz es capaz de iluminar lo suficiente para que distingamos algún resquicio al que agarrarnos y podamos comenzar a ascender. Y ese fugaz destello, débil y tímido, brotó de la mirada de Gunnar aquella mañana.

Me topé con sus impactantes ojos verdes mientras me adiestraba con la lanza. Sola, hilando mi propia y mortífera danza, ejecutando los movimientos que Asleif me había enseñado.

Me detuve exhausta, sin romper el hechizo que enlazaba nuestros ojos, sosteniendo su brillante y reveladora mirada.

Incluso a esa distancia, pues él estaba apoyado indolente en el cercado, pude sentir la escalofriante intensidad de sus sentimientos. Trémula, me encontré avanzando en su dirección con un anhelo tan grande prendido en mi semblante que Gunnar se envaró y retrocedió. Sin embargo, no fue capaz de alejarse como solía hacer, y tampoco lograba romper nuestras miradas.

El amor que derramaba me caldeó tan gratamente que me descubrí estirando los labios en una sonrisa emocionada. Aquel gesto fue absorbido por él, como al que le ofrecen un odre de agua y arrastra una acuciante sed. Aquello encadenó otra sonrisa y él pareció hechizado y tentado. Aquella inusitada rendición me infundió el arrojo necesario para dar otro paso en su dirección. Gunnar retrocedió de nuevo; pude percibir su lucha, sus dudas y sentí la imperiosa necesidad de correr a sus brazos. Quizá percibió mi desgarrador anhelo o quizá logró encontrar las fuerzas que parecían esquivarlo, pero consiguió darse la vuelta y alejarse a grandes zancadas.

Permanecí un instante inmóvil, todavía temblorosa, respirando agitada, con el corazón aleteando en mi pecho, como si una mariposa revoloteara juguetona por mi interior. Y mi sonrisa se ensanchó con la

sombra de algo que comenzaba a tomar forma en mi mente.

Durante toda la mañana, fui yo la que ejecutó sus tareas cerca de donde él hacía las suyas. No importaba qué fuera, pero me encontré buscando sus miradas, absorbiendo su presencia, admirando su cuerpo y embebiéndome de su rostro. A pesar de su barba rala y tupida, su apostura resultaba subyugadora. Sus ropas de algodón se pegaban a su cuerpo, mientras cortaba leña, levantaba un vallado o cavaba una zanja, ondulando sus abultados y definidos músculos bajo la tela. Y mi deseo prendió con la virulencia de una llama, incendiando cada palmo de mi piel. Con un ansia tan dolorosa, que permanecer inmóvil resultaba casi un esfuerzo digno de un titán.

Cuando se enjugaba con el antebrazo la sudorosa frente y posaba sus penetrantes ojos sobre mí, casi podía sentir sus dedos acariciando mi piel, y aquello desgastaba mi voluntad de un modo peligroso.

El deseo, palpitante, lujurioso y sofocantemente hambriento, nos unía con una intensidad estremecedora. Tan asolador que lograba hacer retemblar sus argollas y las mías.

Un pensamiento comenzó a titilar en mi mente tomando consistencia con abrumadora rapidez ¡Mío! Era sólo mío, y yo tan suya que nuestra separación era una condena a muerte lenta y agónica. En tal caso, ¿qué diantres temíamos, si cada instante separados moríamos un poco? Y así, entre constantes miradas, y gestos contenidos, murió la última cadena que me ataba al temor. Y sin temor, sin cadenas... era un lobo furioso, hambriento y vengativo.

Tras dedicarle una última mirada, firme y segura, pero cargada de voracidad, conduje mis pasos hacia el *skáli*; allí estaban mis presas.

La gran estructura de madera albergaba a casi todas las almas de Hedemark, expectantes ante la inminente ordalía dirimida por su gran rey.

Se trataba de un juicio donde las gentes apelaban a la justicia divina, y regia, sobre todo tipo de casos: adulterio, desacuerdo en lindes de terrenos, injurias, robo de ganado... y casos de natural triviales, pero con curiosas resoluciones.

Dos hombres se disputaban una cabra; ambos aseguraban que era de su propiedad, cosa difícil de demostrar ante la ausencia de marcas que lo probaran. Ante casos así, el rey imponía que los enfrentados se sometieran al *jernbyrd*, o prueba de fuego: a ambos pleiteadores se les entregaba un hierro candente que habían de sostener con fuerza entre las manos, y el

que más tardara en soltarlo se hacía con la razón; el perdedor no sólo perdería la cabra, sino todos sus bienes materiales. Una resolución desmedida dado el gran riesgo al que se exponían; no obstante, el honor en la palabra de aquellas gentes era tan valioso como la plata.

La ley vikinga era una ley rígida, sangrienta e inapelable. Someterse a un juicio era, a menudo, enfrentarse a la tortura o a la muerte, pero, para estas gentes, el destierro y el deshonor eran la peor condena.

Los litigantes asintieron quedos, con semblante inexpresivo y mirada dura, mientras dos esclavos colocaban en las brasas dos varas de hierro.

Tras un tenso y silencioso instante, Halfdan dirigió un preciso y adusto gesto a los esclavos, que de inmediato sacaron las varas con unas largas tenazas de herrero y las condujeron hacia donde aguardaban los hombres. A una señal del rey, ambos alzaron las manos y empuñaron los hierros al rojo vivo.

Pude oír cómo crepitaba la carne quemada al contacto con el acero candente. La expresión de los hombres resultaba desgarradora. Dientes apretados, semblante distorsionado de contención y gesto de insoportable dolor. Gruñían, sudaban y temblaban, hasta que el más alto soltó el hierro con un alarido escalofriante. Ya habían dispuesto unos baldes de agua fría, y el perdedor se precipitó a meter las heridas manos en él. El ganador cayó de rodillas entre espasmos dolorosos, hombros hundidos y espalda encogida. Una mujer, que supuse la suya, emergió atropelladamente de entre los congregados, cogió el balde, se arrodillo frente a su esposo y le introdujo las temblorosas manos en el agua; el sonido me erizó la piel, y también el perturbador olor que se propagó por la sala.

Cerré los ojos y respiré hondo; cuando los abrí, la pareja se abrazaba dándose solaz.

Me topé con una inquietante mirada de Halfdan sobre mí, que me desazonó sobremanera. Un nuevo gesto hacia el centro de la sala hizo que se abriera un pasillo de cuerpos, para dejar avanzar a una cabizbaja mujer llevada por dos guerreros.

Sigrid caminaba abatida y asustada, con las manos atadas en la espalda y semblante contrito.

Halfdan se puso en pie y se dirigió a la acusada. Observé cómo Ragnhild se acomodaba inquieta en su trono. Me envaré temiendo lo que se avecinaba.

—Hoy, Sigrid —comenzó a declarar severo—, acudes ante mí por

atentar contra la vida de una de mis *skjaldmö*. Es una acusación grave en extremo, y se agrava, además, por contravenir mis designios cuando se juzgó tu caso. ¿Tienes algo que decir antes de que anuncie mi sentencia?

Los claros ojos de la mujer, agrandados y llorosos, se clavaron en su gobernante con expresión suplicante.

—Juro por los dioses que no fui yo quien atentó contra vuestra... —me fulminó con una mirada rebotante de inquina—... *skjaldmö*, aunque la he matado en mi mente muchas veces —confesó audazmente con voz estirada.

—La amenazaste de muerte, y nadie aquí tiene más motivo que tú para ejecutar tal cobarde acto.

El rostro de Sigrid se tensó con una furia contenida; tenía los ojos enrojecidos y los labios apretado en una mueca rabiosa.

—¡No he sido yo, yo lo haría a la vista de todos, y disfrutaría de cómo se apaga su pútrida vida, no me escondería tras un árbol, ni me perdería tan esplendoroso espectáculo!

Halfdan resopló, sacudió la cabeza y con gesto ofuscado se dirigió nuevamente a su sitial.

—Tu odio te ha condenado —manifestó apático—. Serás atada a un poste y fustigada con una vara hasta que quedes inconsciente; luego serás subida a lomos de un caballo que te conducirá lejos de mi reino, rumbo a un irrevocable destierro.

Un malestar general se alzó en la sala, un pesado resuello pendió insidioso sobre los congregados. Nadie aprobaba tan cruel castigo, ni siquiera yo. Movida por un temerario impulso, me adelanté, enfrentándome a Halfdan. El rey clavó de forma admonitoria los ojos en mí, y su rostro se crispó temiendo mis palabras.

—Ella no es mi atacante —pronuncié con firmeza alzando considerablemente la voz.

El rey cerró un instante los ojos y respiró hondo, del todo contrariado y molesto.

—No oses cuestionar la voluntad de los dioses, ni la decisión de un rey —masculló entre dientes, oscuramente amenazador.

—Dudo que la voluntad de los dioses sea la de condenar a una inocente —repliqué con osadía—, y menos cuando esos mismos dioses ya la han golpeado bastante. Que haya recibido sus amenazas no implica que las cumpla, y más cuando soy consciente de que no es mi única enemiga

aquí.

Clavé la mirada de modo intencionado en Ragnhild, que se agitó incómoda.

—Freya —musitó Halfdan paciente—, tu misericordia y bondad nublan ahora mismo tu entendimiento. Por eso, y sólo por eso, voy a tolerar tu intromisión. Sal del *skáli* en este instante, antes de que se agote mi clemencia.

Su azabache mirada me gritó con furibunda rotundidad que desistiera. Me mantuve firme e inmóvil, y en su expresión casi se dibujó una tirante súplica.

Era plenamente consciente de lo que suponía mi defensa, y de cómo habría de demostrarla. Podía irme, y permitir que Sigrid pagara la insidiosa maldad de su pérfida reina... pero, aunque no mereciera ni siquiera mi compasión, la tenía, pues yo había provocado la muerte de sus hijos. Sin intención de hacerlo, sí, pero era una carga que me perseguiría por toda la eternidad, unos fantasmas más que me acompañarían hasta el fin de mis días; quizá por eso la pugnante necesidad de salvarla a ella me superaba con la suficiente fuerza como para pelear por su defensa y vengar aquella injusticia.

—Estoy más que dispuesta para defenderla —sentenció ante el sorpresivo murmullo generalizado.

Halfdan, lívido y angustiado, negó con la cabeza; pude ver cómo su rostro se ensombrecía preocupado. En ese momento, Ragnhild se puso en pie con una sonrisa ladina prendida en los labios y se acercó a mí.

—En tal caso, piadosa *skjaldmö* —comenzó a decir con voz dulce y tono calmo—, habrás de librar un *holmgang*, un duelo de armas; si ganas el combate, Sigrid se librará de su condena, pero, si lo pierdes, la compartirás. —Se volvió hacia su esposo y agregó sibilina—: ¿No dicta eso la ley, mi buen rey?

Halfdan asintió con esfuerzo. Sus labios se convirtieron en una fina línea blanquecina. Miró hacia su expectante concurrencia y, alzando la mano, llamó a su presencia a Asleif.

Demudada, mi maestra asintió casi imperceptiblemente y acudió pálida a presencia de su rey.

—Mi fiel Asleif, es el momento de medir tus habilidades contra tu pupila. No será un duelo a muerte —puntualizó—. La primera que ponga un pie fuera de la superficie acotada, será la vencida.

Ambas asentimos tensas. En los ojos de Asleif pude leer su turbación; no podía dejarme ganar, pues sería una falta de honor que la perseguiría como un estigma, convirtiéndola en una *niøingr*, pero tampoco deseaba lanzarme a un aciago destino, uno al que me arriesgaba mi propia conciencia.

Aguardamos a que clavarán en el suelo una gran piel de bueyes cosida, que era sobre la que nos batiríamos, con cuatro postes terminados en calaveras, llamados *tiösnur*, que delimitaban el centro. La superficie de la capa era cuadrada, en cuya superficie se dibujaban tres cuadrados más pequeños concéntricos, separados pocos pies unos de otros. Finalmente, la afianzaron con otros cuatro postes, llamados *höslur*, en las esquinas exteriores.

Preparado el terreno, nos entregaron a ambas dos escudos circulares de colores llamativos, ya que no sería un duelo mortal.

Tomé el mío, Asleif el suyo y nos dispusimos en el centro de la piel de buey sopesando nuestras miradas. Me incliné ligeramente, abriéndome de piernas para apuntalar mi equilibrio y prepararme para el ataque. Debía expulsar a Asleif del manto a como diera lugar.

Le dirigí una mirada tenaz y fiera, y choqué de forma estrepitosa mi escudo con el suyo.

Al eco hueco y seco que las maderas tachonadas producían en cada impacto se unió el de los aldeanos jaleándonos.

Frené una atroz embestida de Asleif; nuestros rostros estaban tan cerca que no vi venir su puño contra mi rostro. Mi cabeza giró con vehemencia y trastabillé hacia atrás por el impulso, pero, de inmediato, frené el retroceso apuntalando hacia atrás una pierna. En los glaciales ojos de mi adversaria pude leer con somera claridad sus recordatorios en cuanto a mi enseñanza. Aquel puñetazo a traición puso en mi mente sus sabias advertencias: usa cuanto tengas a mano, sorprende a tu enemigo y lo vencerás. Aquélla era su forma de ayudarme, de igualar el combate.

A pesar del dolor en mi mandíbula, la miré con agradecimiento; ella asintió con una velada sonrisa.

Al instante, nos enzarzamos en un nuevo pulso, escudo contra escudo. Esquivé un nuevo puñetazo, giré medio cuerpo, me agaché rauda y lancé con fuerza el canto de mi escudo contra su costado derecho. Oí un gemido sordo y una imprecación mascullada entre dientes, pero su sonrisa permanecía, esta vez con un matiz orgulloso.

Giramos en círculos, escudos en guardia, miradas sesgadas, alertas, trazando el próximo movimiento.

Fue Asleif quien sagazmente emuló un ataque frontal, para conseguir que adelantara mi escudo; aquel amago provocó lo que ella buscaba, que me centrara en aquel engañoso movimiento. Veloz como un rayo, se lanzó de costado al suelo, atrapó mis tobillos con los suyos, giró sobre sí misma y me tiró con ella sobre la piel de buey. En la caída mi escudo salió rodando fuera del manto.

Asleif me soltó y se puso en pie enarbolando su escudo. Me había desarmado, con lo que mis movimientos se reducían a una mera defensa. Sin embargo, mi inferioridad de condiciones podía convertirse en mi arma. Ella se confiaría y yo podría aprovechar sus ataques y tanteos para hacerme con la victoria. En mi mente se perfiló al detalle cada paso a seguir.

Esquivé sus ataques, rodeándola una y otra vez, agachándome y ladeándome ante cada carga. Sabía que ella estudiaba con detenimiento mi rostro para anticiparse a cualquier ataque. Por ello, procuré simular una expresión confusa y mantuve unos instantes mis huidizos movimientos, limitándome a evitar cada arremetida. Quizá por eso, no esperaba que repentinamente me abrazara a su escudo y empujara con todas mis fuerzas. Mi empuje la obligó a emplear toda su fuerza; se ancló estirando una pierna atrás, giró la cabeza para avistar lo cerca que estaba del borde y, cuando me miró de nuevo, alcé un puño y golpeé con el dorso su nariz. Aquello la enfureció; sonreí para mis adentros, caía en mi trampa.

Redobló sus fuerzas con brioso ahínco y consiguió hacerme retroceder; aquel avance la envalentonó. Su fuerza física era sin duda mayor que la mía, así que con un simple escudo separando nuestros cuerpos comenzó a arrastrarme hacia el borde, con los dientes apretados, gruñendo por el esfuerzo, la nariz sangrante y mirada obcecada.

Opuse toda mi resistencia para conseguir que ella se empleara a fondo y, cuando atisbé de soslayo la calavera que culminaba uno de los postes que demarcaban la esquina exterior del manto, apreté los dientes y empujé con todas mis fuerzas, retándola con la mirada. Ella agachó la cabeza y casi volcó todo su cuerpo sobre el escudo y, por ende, sobre mí, convencida de su victoria. En ese preciso momento, solté su escudo y salté a un lado. Sin punto de apoyo, Asleif se impelió abruptamente hacia delante, cayendo de forma aparatosa fuera del manto.

La victoria era mía, y el silencio fue mi premio. Un silencio plagado de asombro, indeciso y tenso.

Halfdan sonreía admirado, maravillado y claramente aliviado. Cuando se puso en pie, un murmullo extendido recorrió de nuevo la sala.

—Bien; según la ley —se dirigió taimado a Ragnhild, impávida, aunque el brillo de sus ojos delató la magnitud de su indignación—, Sigrid se libra de su condena, y asombrosamente de manos inesperadas. Gracias a Freya, mujer —posó su adusta mirada en la condenada—, tienes una vida que agradecer.

La aludida prefirió ser astuta y no pronunciarse, al menos con palabras, pues la mirada que me dirigió dejó bien clara su postura respecto a mí: antes dejaría que los cuervos devoraran sus ojos que agradecerme nada.

Uno de los guerreros cortó la soga que ataba sus muñecas, y ella se volvió con vehemencia, ondeando su larga y lacia melena dorada. Con gesto brusco y ofendido, abandonó la sala con la cabeza erguida y porte altivo.

La mirada de Halfdan se posó en un punto justo detrás de mí, oscureciéndose con nubes de tormenta y rayos fulminantes.

Me volví para encontrar la mirada de Gunnar, y su gesto torvo. Había tal amenaza en su expresión, tan abierta e insidiosa advertencia contra su propio rey, que fue como si una soga tensa y áspera uniera a ambos hombres hacia un funesto destino. Se sostuvieron la mirada un largo instante, en el que dejaron rezumar cuanto sentían. Diferentes emociones con un punto en común... el odio.

Tras los plateados hilos

A pesar de no necesitar pruebas sobre la autoría de mi atacante, me ofrecí a preparar el caldo que acostumbraba a tomar Ragnhild en su *dagverdr*. Solía ser muy precisa en sus indicaciones acerca de su primera comida del día, y sabía lo escrupulosa que era con su preparación. Por eso, procuré prepararla fuera de su vista, para no alertarla. La esclava que se ocupaba de tal menester se extrañó de mi insistencia, mas conseguí convencerla diciéndole que pretendía ganarme sus favores.

Sonreía mientras giraba el cucharón en la marmita, revolviendo suavemente su contenido. Era una sencilla receta de leche cuajada, excepto por un ingrediente en particular que le conferiría un amargor intencionado, los tallos comestibles de algunos cardos.

Cuando lo serví humeante en una escudilla de madera y se lo entregué a la esclava que solía servírselo, mi sonrisa se amplió.

Me alejé tras una columna cercana y la observé sentada a la mesa tomando el cuenco entre las manos y llevándoselo a la boca. Ante el primer sorbo, su ceño se arrugó con extrañeza. Bebió de nuevo y su ceño se acentuó. Llamó furiosa a su esclava para que le rindiera cuentas, y entonces emergí de mi escondite, tras rebuscar en mi zurrón el pequeño hongo blanco que había cogido de la cabaña de Eyra.

Llegué justo cuando regañaba a voz en grito a la esclava que la miraba asustada y cogitabunda.

—¿Puedo ayudaros en algo? —pregunté en tono inocente.

Ragnhild clavó sus cerúleos ojos en mí con aguda frialdad.

—Esto no te incumbe —murmuró molesta.

La esclava me observó suplicante, aunque no se atrevió a replicar su inocencia.

—Me temo que sí, mi reina. Fui yo quien preparó vuestro *dagverdr*.

La expresión de pavor de Ragnhild fue tan evidente que tuve que estrangular una sonrisa de puro placer.

—Puedes regresar a tus quehaceres —aconsejé a la esclava, que contemplaba aturdida a su lívida señora.

Obediente, se alejó a buen paso.

Entonces, saqué mi mano del zurrón mostrando la seta, la misma que había provocado la muerte al bebé, y Ragnhild abrió la boca demudada y estupefacta. El terror tiñó sus facciones, se puso en pie temblorosa y con mirada vacua contempló el cuenco.

—¡Maldita! —bramó, dándome la prueba que no necesitaba.

Con gesto crispado, trastabillante y dominada por el pánico, se metió los dedos en la garganta, profundamente, para provocar el vómito. Y allí, ante mí, y ante el asombro de sus súbditos, se convulsionó entre arcadas expulsando de su cuerpo el denso líquido ingerido.

Tosió y se abalanzó sobre la jarra de agua, bebiendo con desespero, mientras gritaba entre sorbos que había intentado matarla. Tan afectada y concienciada estaba de que el veneno recorría su cuerpo, que se dobló en dos, dando espeluznantes alaridos.

Acudieron Thorleif Spake el Sabio y el gran Orn Oso Pardo, espadas en mano, y me miraron confundidos, ante el brazo acusador de su señora señalándome.

Cuando apareció Halfdan, se aprestó hacia ella y la cogió de los hombros con suavidad.

—¡Por Loki!, ¿qué te sucede?, ¿es el niño?

Ragnhild temblaba y sollozaba al tiempo, sin dejar de acariciar protectora su redondeado vientre con una mano y señalarme acusadora con la otra.

—Ha... ha intentado matarme.

Entonces me adelanté hacia ella con semblante grave.

—¿Por qué pensáis tal barbaridad de mí?

—¡Has envenenado mi comida, perra! —me acusó furibunda.

Halfdan la sujetó con fuerza cuando hizo ademán de abalanzarse sobre mí.

—Eso no es cierto —me defendí—, pues, si así fuera, no sería tan ilusa de hacer esto.

Tomé la escudilla de su *dagverdr* y la bebí hasta vaciarla. Ragnhild me miró como si hubiera perdido el juicio.

—Algo amargo, quizá me excedí con el cardo —concedí con sorna—, pero no creo que mate a nadie.

Miré intencionadamente a Ragnhild, que me contemplaba atónita.

—¡Por los dioses!, ¿tanto alboroto por un caldo amargo?

Halfdan miró a su reina con disgustada reprobación, sacudió la cabeza resoplando paciente y volvió a su rincón seguido de sus hombres.

Me acerqué a la trémula y pálida reina con una sonrisa malévola prendida en los labios.

—Esto sólo ha sido un aviso —le susurré amenazante—. A partir de ahora, no podréis comer tranquila, ni beber, ni pasear, ni respirar... mientras yo ande cerca. No pararé hasta que todos sepan lo que hicisteis.

—Nadie te creerá —espetó sin mucha convicción.

Sonreí fríamente y negué con la cabeza.

—No me importa, porque no pararé hasta que paguéis lo que hicisteis.

Y acto seguido, me alejé de ella, triunfal y complacida.

El lobo iría tras los plateados hilos de su telaraña, desgarrando hasta la última sedosa y pegajosa hebra, hasta conseguir que la araña cayera en sus fauces.

—Estoy orgullosa de ti, muchacha, casi tanto como lo está Gunnar.

Miré de soslayo a Eyra, mientras giraba la palanca del molino de piedra que molía los granos de cebada. Los mezclaba con suero de leche y frutos secos endulzados con miel, para confeccionar el pan que consumiríamos en el *nattverdr*, la última comida de la jornada.

—Creí que habías desistido de abrirme los ojos.

Eyra trabajaba la blanda y moldeable masa de pan con las manos; no me miró, pero intuí una sonrisa aviesa emergiendo de sus labios.

—Y lo he hecho —aseguró indiferente—; que lo mencione no significa que hayamos hablado de ti, pero vi su expresión cuando venciste a Asleif en el *holmgang*.

—Y lo nombras para...

Esta vez sí sonrió abiertamente, se retiró con el antebrazo un mechón pegado a su mejilla y chasqueó la lengua.

—Es mi hijo —respondió sardónica—, me gusta nombrarlo.

Esta vez fui yo la que mostró una amplia sonrisa.

—Te diré algo, mi buena Eyra: lo nombres o no, siempre está presente en mis pensamientos, y dudo que se sienta orgulloso de alguien a

quien recrimina tantas cosas. Pero me esforzaré para que lo esté.

Palmeó de forma vigorosa la torta de masa para aplanarla y la lanzó a una plancha circular de acero sobre las brasas.

Un delicioso efluvio dulzón aguijoneó mi vientre; estaba famélica, aunque sorprendentemente plena de energía.

De pronto, se detuvo y me contempló fascinada.

—¡Repite eso! —rogó cogiéndome por los hombros.

—Voy a luchar, Eyra, por él, por mí.

Los agrandados ojos de la anciana se humedecieron, sus facciones titilaron emocionadas y sus labios se arquearon temblorosos. Me cogió por los hombros con la expresión más agradecida que jamás le había visto y, con mirada afectada, murmuró:

—¡Por Balder, ya puedo morir en paz!

Y me estrechó entre sus brazos, con una calidez sobrecogedora, con un cariño tan desmedido y sincero que sentí cómo mis heridas se suavizaban y mi dolor se opacaba.

Un olor a quemado la envaró y me soltó en el acto.

—¡Maldición, el pan!

Se afanó por sacar las ennegrecidas tortas de la plancha, y se las lanzó a *Fenrir*, que las cazó en el aire.

—Ese perro se comería hasta una bota vieja.

—Creo que lo he visto hacerlo.

Eyra soltó una carcajada, y de nuevo preparó masa.

—Hacía tiempo que mi corazón no latía tan ligero —admitió entusiasmada.

—No claves tu estandarte antes de que conquistemos el reino — advertí girando trabajosamente la rueda del molino.

—Ese reino siempre fue tuyo, muchacha, y si Sigrid logró usurparlo fue sólo gracias a las hierbas que enturbiaron su juicio.

La muerte de su hijo no nacido era prueba evidente de que había yacido con Gunnar ese tiempo atrás. Y que mi presencia hubiera acabado con los dos hijos de Gunnar era el clavo más ardiente que horadaba mi pecho, e imaginaba que el suyo.

—Puedo leer tus pensamientos, Freya. Y al igual que no sabemos si el pobre Ottar era hijo de Gunnar, con respecto al que se malogró, guardo el mismo recelo.

—De igual modo, eran criaturas inocentes, caídas ante la maldad de

una reina.

—Por lo que pude presenciar esta mañana, no hay duda alguna. Pero ¿no te parece un método demasiado enrevesado para acabar contigo?

—Sospechosamente enrevesado, sí —coincidí pensativa—; intuyo que hay algo más, y percibo que ese algo es lo que necesito para acabar con ella.

—Difícil tarea acabar con una reina —recordó con mirada grave.

—¿Acaso hay algo fácil en mi vida?

Negó con la cabeza mientras disponía de nuevo otra tanda de tortas de pan.

—Ni en la mía —recordó—. Por eso valoramos más cada logro, por pequeño que sea.

Nos miramos cómplices y sonreímos en silencio, sumidas en nuestros pensamientos.

Tras otras dos tandas, Eyra se detuvo y me contempló con semblante iluminado.

—Creo que sé de alguien que puede darnos respuestas.

—¿Quién?

—Tengo entendido que Inga la Roja está muy cerca de Sigrid; no sé si será su confidente, pero es posible que logremos obtener información que nos sea útil.

La miré algo confusa y me encogí de hombros.

—Ya no importa si el hijo que perdió Sigrid también era de Gunnar —contravine.

—No se trata de eso —replicó Eyra—. Pienso que, si nuestra joven e infame reina ha entrometido en su plan a Sigrid, es por algo. Todo me lleva a pensar que Ragnhild quiso acabar con las dos, no sólo contigo.

Aquella conjetura me sobrecogió, abriendo ante mí perturbadoras teorías.

—Pero ¿por qué querría Ragnhild acabar con Sigrid?

—Es lo que tenemos que descubrir —respondió cavilosa—. Eso y quién la está ayudando. De momento, has de cuidarte mucho: si antes era tu enemiga, ahora que la has acorralado resultará temible.

—Lo sé —asentí—. Tengo que actuar con premura; la única manera de desarmarla es romper la telaraña que ha creado a mi alrededor.

—No —opuso Eyra—. La única manera de desarmarla es acabando con ella. No se detendrá con tela o sin ella.

A mi mente acudió otra conversación similar, y un escalofrío me recorrió, erizándome la piel.

Casi podía sentir cómo una soga áspera y pesada se cernía lentamente en torno a mi cuello, una sensación conocida, pero no por ello asimilada.

Por algún extraño y cruel designio providencial, el peligro era una constante en mi vida, y la muerte, una cercana, tenaz y paciente compañera. Ya había mirado de frente su rostro, sus garras ya me habían estrechado y su viscoso y gélido aliento, acariciado; por lo tanto, me encontraba en situación de compararla con los dolorosos zarpazos que daba la vida. No, la muerte no era peor que la más infame de las vidas, en muchos casos era un alivio, un escape, incluso el solaz de un alma atribulada. Por fortuna, yo ya no buscaba alivio, ni un escape, ni tan siquiera solaz... yo ambicionaba mucho más. Ambicionaba la felicidad, la plenitud, la seguridad y la libertad, y lucharía con uñas y dientes por conseguirlas. O todo o nada, ése siempre fue mi destino. No quería migajas, ni restos descoloridos de felices recuerdos, ni ensoñaciones que, evocadas, pintaran nostálgicas sonrisas en mis labios, ni suspirar mi frustración, ni contagiar mi tristeza. No, me merecía una vida completa, una vida de verdad, y esa vida... estaba aquí.

El lobo de mi interior, moldeado por los dolientes avatares de la vida, cubierto de viejas y rugosas cicatrices y heridas tiernas y sangrantes, mostraba los colmillos. Rabioso y receloso, estaba más que preparado para cobrarse pieza a pieza la venganza que ansiaba, retando a mis enemigos, a los dioses y al destino. Ahora, sin miedo... por fin era libre.

—Tengo a alguien que vigila cada movimiento de Ragnhild — anunció la anciana—. No tenemos tiempo que perder, Freya, siento que una gran tragedia se cierne sobre nosotros.

Su mirada se oscureció y sus rasgos se tensaron con evocaciones tortuosas, sus hombros se hundieron y un largo y pesado suspiro manó de su boca, como si aquella exhalación pudiera aligerar la carga que llevaba consigo.

—¿Has leído las runas? —inquirí con visible preocupación.

—No —respondió abatida—. Temo mirar en ellas de nuevo.

Ahondé en su mirada, escrutando en ella.

—¿Entonces?

—Freya, he soñado con sangre y dolor. Son imágenes confusas, tan veloces que apenas puedo dilucidar más que horror y barbarie. Cuando

eso pasa, me despierto agitada y casi sin respiración. Sé que son una señal de peligro, una advertencia. Mi intuición me grita que huyamos de aquí.

—Quizá debamos hacerlo —musité inquieta.

—Gunnar se convertiría en un proscrito, sería perseguido por todos los confines de cualquier reino. Sobre la cabeza de todo traidor pesa una recompensa; sería capturado y ajusticiado en el acto. Respecto a ti, dudo que Halfdan te deje marchar, como sé que te buscaría hasta quedar saciado de ti, si acaso eso es posible. No, Freya; para poder huir, ambos tenéis que cortar vuestras cadenas.

Permanecí pensativa un instante. Sí, yo también lo sentía, cerca, escalofriantemente cerca, un peligro que iba creciendo alimentado por las intrigas, los odios y las venganzas.

—Es curioso —mascullé meditativa—, pero nuestras cadenas tienen el mismo nombre.

—Un cuervo os apresa a ambos —concedió la anciana—. No obstante, sólo podéis aplastarlo durante la confusión de una batalla. La conquista a Jutlandia, y la batalla que libraré contra el rey Horik, será vuestra única oportunidad. En cuanto a la araña, nos haremos cargo de ella antes de que vuelva a picarnos.

Asentí, mientras amontonaba las tortas de pan en una gran bandeja circular.

—Creo que es el momento de reavivar mis lazos de amistad con la gran Inga —repuse cogiendo la bandeja con las manos.

—¿Y cómo piensas derribar las barreras de Gunnar?

Eyra me acompañó hacia la alargada mesa frente al hogar, donde se apiñaban diversas fuentes con todo tipo de alimentos.

—Tentándolo, mostrándole que es inútil alejarse, que nada importa, nada, excepto nosotros.

Eyra sonrió complacida, oprimió mi hombro en señal de aprobación y se alejó hasta una de las mesas del rincón, la que solían ocupar Gunnar y sus guerreros.

Y allí estaba él, regalándome una mirada fría y distante. Cogí una de las obleas de pan y la mordí voraz sin dejar de sostener su mirada. Entrecerré los ojos y lo observé provocadora, sonreí ladina mientras relamía mis labios sin ocultar lo que en verdad deseaba devorar.

Mi sonrisa se ensanchó seductora cuando me apercibí de cómo tragaba con dificultad y su mirada se enturbiaba.

Mío, me dije orgullosa, y por los dioses que lo tomaría como tal.

Derramé mi mirada por todo el *skáli* buscando a la gran Inga la Roja; no fue difícil encontrarla. Apilaba troncos en un rincón, de rodillas, conformando una pila piramidal. Me aproximé a ella con aire distraído.

—¿Puedo ayudarte, Inga?

La rubicunda y oronda mujer me miró de soslayo y resopló tras asentir.

—Me duele la espalda como si el carro de Odín traqueteara por ella —manifestó ceñuda, frotándose la parte baja de su espinazo.

—Tengo un pote con un emplaste que aliviaría tu dolor.

Me miró con gratitud mientras se ponía en pie con sumo cuidado.

—Te agradecería eternamente que me lo trajeras, Freya —replicó haciendo muescas quejumbrosas—, este dolor me está matando.

—Mejor vamos a mi cabaña —sugerí—, es un emplasto que requiere de un largo masaje.

No me pasó inadvertido el brillo receloso en su mirada. Sonreí con gesto inocente y enlacé mi brazo con el suyo.

—Vamos, Inga, deja que mande el carro de Odín a donde debe estar, al Valhalla.

Una carcajada la sacudió agitando toda su corpulencia. Su melena roja como las ascuas se meció en la gruesa trenza que la sujetaba; varias guedejas sueltas se pegaban a sus rollizas mejillas.

—De acuerdo, te dejaré intentarlo.

Y, así, abandonamos el *skáli* y nos dirigimos a mi cabaña.

Mientras la mujer se desvestía y se tumbaba trabajosamente entre gruñidos dolorosos boca abajo sobre la mesa, rebusqué entre las vasijas donde Eyra guardaba sus remedios. Tomé de un pote una buena porción de grasa de pato y resina de alcanfor, en el que Eyra había macerado manzanilla y corteza molida de sauce blanco, y lo froté contra mis palmas para entibiarlo.

Cuando puse las manos en la espalda de Inga, la mujer se envaró.

—Estás muy tensa, Inga; has de relajarte y dejar tu cuerpo blando e inmóvil para que lo trabaje.

Obtuve un gruñido y una sacudida de cabeza como respuesta.

Comencé a pasar las manos por su pálida piel, estirándola en círculos, y trabajándola con los pulgares; un agudo aroma a alcanfor, penetrante y acre, comenzó a aflorar, liberado por el calor de mis manos.

—Por Odín, tienes manos de diosa —masculló aliviada.

Alentada, continué los movimientos. Las yemas de mis dedos tantearon una ligera elevación, que, ante el envaramiento de la mujer, supe que era la raíz del problema.

—Tendré que incidir en este montículo para que penetre bien el preparado —advertí—. Te dolerá, pero tienes que resistir.

Tomé su silencio como una aceptación, y me dispuse a presionar y a estirar la protuberancia; aquel nudo de músculos constreñidos eran la fuente del malestar.

Pude sentir la contención de Inga ante el dolor que debían de provocarle la presión de mis dedos, pero continué masajeando con vigor; el calor favorecía la absorción del mejunje.

—Ahora es el cruel Loki el que gobierna tus manos —se quejó entre dientes.

—Es necesario, Inga, pero sentirás la mejoría al momento. Podemos conversar para distraerte del dolor; pasará enseguida, ya lo verás.

—Eso espero, porque ahora es Thor el que me está golpeando con su martillo —gruñó quejicosa.

Sus puños se crisparon aferrados al tablero de la mesa.

—¿Sabes qué ha sido de Sigrid? No imaginas cómo lamento todo lo que pasó.

—No, no lo imagino —afirmó la mujer—. Como tampoco imagino por qué te batiste por su inocencia. Ella es tu enemiga.

Aquella abrupta sinceridad detuvo mis movimientos.

—¡Por Odín, un respiro! —exclamó aliviada.

—Es mi enemiga porque ella lo decidió así —repliqué retomando el masaje—. Pero eso no quita que sienta compasión por ella después de tan trágicas pérdidas.

Tras un tenso silencio en el que mis dedos amasaban su carne como si la untara de manteca un cerdo, la mujer habló de nuevo.

—Los dioses castigaron su ambición, es todo. Intento ayudarla a sobrellevarlo, intento que su odio se diluya, pero dudo que lo consiga. Si me hubiera hecho caso y no hubiera acudido a pedir el favor del rey...

—¿Qué favor?

—Que le entregara a Gunnar a su cuidado; a cambio, ella continuaría dándole el remedio que nublabo su juicio. Solía venir a menudo a Hedemark para que el rey la proveyera del brebaje.

—Creía que mandaban a Agder a un hombre para tal fin.

—Comenzaron a enviarlo al poco de tu regreso, cuando Gunnar volvió con sus hombres, entregándole al rey a Ragnhild y a su hermano —aseveró—. Entonces fue cuando el rey le prohibió a Sigrid que volviera a visitarlo.

Aquella información sembró inquietantes cuestiones en mi mente. Pero la que más me perturbó fue el nuevo cariz que tomaba el papel de Sigrid hasta el momento. Una sospecha comenzó a surgir con sobrecogedora consistencia, como el resplandor difuso de un candil en la más negra oscuridad, abriendo en una bruma cerrada un reducido cerco luminiscente que se agrandaba con cada pensamiento.

—¿Y cómo le sentó a Sigrid esa prohibición?

—Mal, se sintió relegada, creo. Ciertamente no terminé de entender su ofuscación, pues se evitaba tener que viajar tan a menudo.

Deslicé las palmas de las manos en pequeños círculos, con suavidad; la piel había absorbido todo el unguento. Cogí un balde, vertí sobre él una buena cantidad de arcilla roja seca, que Eyra almacenaba en pequeños sacos de sarga, y añadí con tiento un buen chorro de agua, mezclándolo todo con la otra mano, buscando la adecuada consistencia.

Con la arcilla húmeda y untuosa, extendí un buen puñado en la afectada parte baja de la espalda de Inga y coloqué sobre ella un trozo de lino limpio, presionando ligeramente.

—Habrás de quedarte un rato tumbada para que el emplaste surta el efecto deseado —informé mientras me lavaba las manos en un balde de agua limpia—. No te muevas, ¿de acuerdo?

—¿Adónde vas?

«A convertir a una enemiga en una aliada», contesté para mis adentros.

—Acabo de recordar que he dejado un encargo a medias. Eyra vendrá y te limpiará.

Un insecto atrapado por el odio

Esta vez no correría peligros innecesarios. Pedí a Hiram y a Sigurd que me acompañaran a Agder. Necesitaba enfrentarme a Sigrid para confirmar de alguna manera mis conjeturas, antes de aventurarme a trazar ningún plan.

Anocheecía; los desvaídos haces de un sol adormecido y lánguido recortaban el horizonte, poblándolo de siluetas oscuras con formas de árboles, colinas y peñascos, y tiñendo de pulido bronce la línea que separaba el cielo de la tierra.

Cabalgábamos al galope, por terreno agreste, cubiertos por nuestras capas, casi tendidos sobre la cruz de nuestras monturas para sortear el ramaje bajo y traicionero que no lográbamos divisar tan a la carrera, y para acelerar la marcha con vehementes y abruptas sacudidas de riendas.

Nadie debía reparar en mi ausencia, por lo que habría de regresar cuando acabasen de tomar el *nattverdr*.

Llegamos a la aldea justo cuando la noche nos estrechaba en su gélido abrazo. La oscuridad pincelaba de un oscuro azul cada palmo de terreno y el resplandor lunar agrisaba las caras expuestas a aquel astro. La pátina nacarada perfilaba con nitidez las apiñadas cabañas, de las que emergían ondeantes volutas de humo, como si fuera el resuello de pequeños dragones durmientes.

Avanzar hacia la cabaña de Sigrid provocó en mí toda una oleada de cruentos recuerdos que me flagelaron implacables. Casi me pareció oír el desgarrado llanto de un bebé, y ver cómo la sangre formaba un charco alrededor de la mujer. Me sobrecogí y me abracé a mí misma, cerrando más la capa sobre mi pecho.

Desmontamos y atamos los caballos al poste.

—Entraré sola —anuncié con firmeza.

Hiram me contempló con gravedad, pero se limitó a asentir.

La puerta estaba enmarcada por un delgado hilo dorado, que

refulgiría del hogar. Pensé en golpearla, anunciando mi llegada, pero finalmente opté por entrar sin más. Abrí despacio y atisé el interior.

Una mujer sentada en el suelo frente a la lumbre del hogar se balanceaba abrazada a sí misma, tarareando una nana.

Cerré los ojos un instante y respiré profundamente. Aquella imagen me abrumó.

Entré y cerré la puerta a mi espalda. Alertada por los quejumbrosos goznes, Sigrid se volvió hacia mí con mirada anonadada.

—Sólo he venido para hablar contigo, me marcharé cuando lo haga y no volveré a molestarte jamás.

La mujer se refregó el rostro de forma burda con las palmas de las manos, se frotó los ojos y me miró de nuevo, comprobando que no era una aparición.

—¿Cómo puedes tener la osadía de entrar en esta casa, perra?

Comenzó a levantarse con gesto iracundo. Tenía los ojos inyectados en sangre, y el rostro macilento.

—Escúchame, Sigrid —me apresuré a replicar—. No fui yo quien mató a tu pequeño, tan sólo fui una herramienta, me engañaron.

—¡Sal de mi cabaña! —amenazó silbante.

—Lo haré cuando me digas lo que necesito saber.

La mujer cogió la vara de hierro con que removía las brasas y la alzó hacia mí.

—Si piensas que porque me hayas salvado del destierro voy a perdonarte...

Desenvainé mi acero y lo encaré hacia ella para defenderme de un inminente ataque.

—No busco tu perdón, Sigrid; en todo caso, habrías de ser tú la que buscara el mío si hubiera algo de bondad en tu corazón.

—¿Encima he de perdonarte por haberme arrebatado los seres que más amaba?

—Te repito que fui vilmente engañada, que mi única intención fue salvarlo. Vuelcas tu odio en la persona equivocada.

—¿Tampoco tienes la culpa de haber arrancado a Gunnar de mi lado? —siseó furiosa.

—Tampoco, Gunnar nunca fue tuyo.

Esta vez, la mujer dibujó una sonrisa perversamente satisfecha que me heló la sangre.

—Oh, sí, Gunnar fue mío; lo tomaba cada noche, no imaginas el placer que encontraba entre mis piernas.

—¡Te aprovechaste de su mente envenenada! —le increpé apuntándola con mi espada—. Nada más; no agotes mi paciencia, Sigrid. Y ahora atiende bien mis palabras. Creo que tu vida y la mía corren serio peligro.

Sigrid entrecerró suspicaz los ojos, pero bajó el brazo que sostenía la vara de hierro, retrocediendo prudente.

—Fuiste amante del rey, ¿no es así?

Agrandó los ojos y entreabrió los labios con asombro; su semblante se tiñó de temor, y en aquel gesto obtuve mi respuesta.

—¿De dónde has sacado esa burda patraña? —inquirió en tono titubeante.

—Del mismo rey —mentí sin mutar mi hierática expresión.

Su mirada me escrutó con recelo, pero su porte tenso se abatió sin remedio, vacilante entre dos emociones. Tras un largo instante, posó sus afligidos ojos en la lumbre; las llamas bailaron en ellos, mientras los recuerdos y el dolor abotargaban su rostro.

—Él también me relegó de su lecho cuando llegaste tú —reconoció en apenas un quebrado hilo de voz.

—No —negué a pesar de no tener ninguna convicción al respecto—. Fue la llegada de su reina. Y fue ésta quien descubrió que tu hijo era un posible heredero a la corona.

Esta vez me miró con el rostro grotescamente desdibujado por una expresión horrorizada. El amargor oscureció su mirada y la cólera frunció sus pálidos labios.

Mis conjeturas eran ciertas y aquella certeza reavivaba con más vigor el resplandor que emanaba de tan cruenta verdad. Ragnhild despejaba a su propio hijo el camino de bastardos que pudieran usurpar su lugar. Sin embargo, algo no encajaba. El acabar con la vida del pequeño Ottar no garantizaba que Sigrid perdiera al hijo que llevaba en su vientre, como así había ocurrido para ventura de la reina...

Entonces, un fogonazo iluminó mi mente, como el violento impacto de un rayo resquebrajando el tronco de un árbol. Mi rostro mudó mientras absorbía aquel conocimiento.

—¡Que Loki arranque el hijo que alberga su vientre! —siseó Sigrid entre dientes. El odio desdibujó sus facciones y casi pude oír cómo

crepitaba en ella—. Porque, si no lo hace Loki... lo haré yo.

—¿Tus dos hijos... eran de Halfdan?

Gruesas lágrimas resbalaron de sus ojos zigzagueando por sus lívidas mejillas. Cayó de rodillas mientras soltaba la vara de hierro para cubrirse el rostro con ambas manos y sollozar abiertamente.

Envainé la espada y me acerqué a ella.

—Sigrid.

La mujer negó con la cabeza; sus hombros se sacudían, al tiempo que derramaba su aflicción frente al fuego. Me compadecí de ella lo suficiente como para atreverme a arrodillarme a su lado y posar la mano en su hombro.

—Mi... mi madre me llevó a la corte, cuando Gunnar sucumbió a tus encantos —susurró entre sollozos—. Era... una mujer muy ambiciosa, así que logró una audiencia y me entregó como ofrenda para conseguir su favor, que no era otro que advertir al rey contra Gunnar. Por eso, Ulf y Amina, con soldados del rey, masacraron Skiringssal poco tiempo después. En realidad, también pretendía que el rey se encandilara de mí, pero se limitó a tomarme durante unos días hasta que partió hacia Hedemark. Cuando... cuando descubrí que esperaba un hijo, mi madre decidió utilizarlo para atrapar a Gunnar.

Intenté asimilar aquel torrente de información que quemaba mis entrañas como lava ardiente. Asdis, la cruel y sibilina madre de Sigrid, siempre había manejado los hilos en mi desgracia y, a pesar de haber perecido en su propia trampa, su ruindad seguía persiguiendo a sus descendientes. No hizo falta que alentara a Sigrid para que continuara descargando su tormento. Entre sollozos e hipidos, el dolor de la mujer flotó en la estancia como la bruma que precede al amanecer, densa y pesada.

—Cuando a los supervivientes nos llevaron a Agder, bajo la tutela del rey, me vi desamparada y sola con un hijo recién nacido. Entonces acudí a él buscando su protección, pero sin desvelar que era el padre, pues temía su reacción. Fue cuando me contó su plan de convertir a Gunnar en su mejor *berseker*, y lo entregó a mi cargo para que mi hijo tuviera un padre. Pagué ese favor con mi cuerpo hasta que se sació de nuevo y me prohibió acercarme a él... Pero, una vez más, me abandonó con su semilla en mi vientre.

Cerré los ojos. Cuán alto pago conllevaba la ambición, pensé

mientras en mí se liberaba ya no odio, sino compasión por tan pobres almas. Suspiré pesadamente y me obligué a arrancar toda la verdad.

—Dejaste que pensara que tu hijo era de Ulf cuando me encaré contigo.

—Ulf no podía tener hijos —afirmó perdida en su memoria—. Lo castraron de muchacho. Cuando fue esclavo de un clan rival, le arrancaron los testículos, pero podía yacer con una mujer, tenía... sus mañas.

Me estremecí. En el momento en que Sigrid logró alzar la mirada, volvió a fijarla en el fuego. Sumida en aquella época, los recuerdos parecieron sepultarla como si una opresiva losa la empujara a las profundidades de su particular averno. Creí ver un deje arrepentido en su semblante.

—¿A quién le confesaste la paternidad de tus hijos?

Suspiró; sus llorosos ojos se cerraron un instante antes de responder.

—Quise deshacerme del hijo que gestaba mi vientre —confesó con amargura—. Gunnar recobraba el juicio día a día, podía ver cómo su mirada se aclaraba y su mente despertaba. No entendía por qué el brebaje había dejado de funcionar, pero el hecho es que Gunnar no tardaría en abandonarme, a pesar de todos mis esfuerzos. —Dirigió la vista a un punto en particular. Seguí su mirada y me topé con una extraña maraña de cabello negro pendiendo de un gancho. Aquello me desconcertó—. Entonces, acudí al Oráculo para que arrancara al bebé de mis entrañas.

—¿El Oráculo?

—Conoce el poder de las plantas, también es sanador —aclaró. Se enjugó las nuevas lágrimas que brotaban y sorbió su nariz—. No... no sé cómo lo hizo, pero logró sonsacarme la verdad. Invocó a las nornas y, a través de Urd, la que desvela el pasado, supo mi secreto.

Las nornas eran las diosas del destino, las que lo tejen. Urd protegía la urdimbre de nuestro pasado, para mostrarlo a quien la invocaba. Verdandi entretejía el presente de los hombres. Y Skuld ocultaba el telar del futuro; era la más huidiza y difícil de interpretar; solía mover sus hilos cambiando el diseño según nuestras decisiones diarias.

—¿Sólo él sabe tu secreto? ¿Ni Inga ni nadie?

Cabizbaja, negó con vehemencia. Sus manos aferraban crispadas el paño de su túnica, arrugándolo con fiereza.

—¿Qué... qué fue lo que te aconsejó el Oráculo?

Inhaló profundamente y arrugó el ceño, quizá soportando otro acceso

de punzantes recuerdos.

—No quiso ayudarme —musitó tirante—. Dijo que, si tenía sangre real, los dioses lo castigarían.

En ese instante, supe que el Oráculo era la herramienta de la ambiciosa Ragnhild. Resultaba lamentablemente clamoroso que, ante el temor de los dioses, habían trazado el plan para que otro incauto acarrearía con tal castigo, uno que, además, ya estorbaba en su vida: yo. No obstante, podían haberse librado del castigo divino, pero nada los protegería de la furia del lobo.

Miré a Sigrid; tenía la mirada perdida, y el rostro desencajado. No sabía si su juicio soportaría el abominable pago a su mezquindad, pero ya nada la anclaba a este mundo, excepto quizá el odio que brotaba de ella como una voraz hiedra, emponzoñando un alma ya marchita en un abrazo que a buen seguro acabaría con ella.

—No soy quién para dar consejos —susurré con tibieza—, pero eres joven; tu única oportunidad es empezar de nuevo, moldeada por el dolor y forjada por los errores. Vete lejos, y olvida. Hazte amiga de Verdandi, y perfila la urdimbre de Skuld; en cuanto a Urd... aprende a vivir con ella.

No me respondió, ni siquiera me miró. Suspiré y me puse en pie... y, como atraída por una fuerza invisible, me acerqué a la enredada cabellera negra colgada en la pared. Cogí un mechón con los dedos y los deslicé pensativa. Parecía crin de caballo, pero la habían cosido a modo de peluca. Suspiré profundamente. Supe en el acto cómo Sigrid había logrado manipular la confusa mente de Gunnar para lograr yacer con él.

Tragué saliva y la miré de nuevo; mi piedad creció, mas no mi perdón.

Salí de la cabaña, con el alma pesada y un amargor hiriente en mi garganta.

Hiram avanzó preocupado hacia mí, alarmado por mi abatida expresión. Pero era tanta la crueldad que me rodeaba, tantas las sucias tretas que como delgados hilos de seda me envolvían, tanta la desmedida ambición y tanta la barbarie desplegada por mis enemigos, que me sentía perdida y confusa, pero el sentimiento que amenazaba con romperme fue una furia demoledora.

—¿Estás bien, Freya? Hemos oído un llanto espeluznante.

Lo miré con fijeza, tensé la mandíbula y asentí con suavidad.

—No era yo —respondí con frialdad—. Es tiempo de provocar

lágrimas, no de derramarlas.

Y entonces llegó hasta nosotros un estirado y agónico lamento, que quebró la noche erizándonos la piel. El perpetuo suplicio de Sigrid sería su condena.

—Regresemos —musité mientras encajaba el pie en el estribo y me encaramaba a mi montura—. Nada tenemos ya que hacer aquí.

Los hombres me imitaron y partimos de nuevo hacia Hedemark.

La fría brisa nocturna no lograba enfriar mis ánimos; en mis pensamientos dos rostros regios se teñían de sangre.

Durante la cabalgada, mi mente perfilaba una venganza que ejecutaría de manera implacable. Ya no encontrarían piedad en mi corazón, esta vez no iba a defender mi vida y cuanto amaba, no; esta vez iba a luchar. Esta vez atacaría con todas mis armas, una batalla sin cuartel, en la que mi vida era lo menos valioso que podía perder; eran mi alma y mi corazón los que estaban en juego y, si para salvaguardarlos tenía que arrancar de la faz de la tierra a mis enemigos, por los dioses que lo haría.

Antes de entrar en el *skáli*, le pedí a Hiram un último favor.

Todavía ardía en mí la ira, necesitaba enfriarme lo suficiente como para poder actuar con cierta normalidad, necesitaba que mis enemigos se confiaran para asestarles el mordisco final. Y para lograrlo tenía que apagar hasta la última brasa capaz de empujarme a cometer cualquier desatino.

—Necesito pelear —murmuré desenvainando mi acero.

Arrugó el entrecejo y sopesó mis palabras con expresión desconcertada.

—¿Quieres batirte conmigo? —inquirió con asombro.

—Eres un guerrero, ¿no?

Sonrió entre confundido y divertido, se encogió de hombros y chasqueó la lengua.

—Eso parece, sí —concedió con sorna.

—Vayamos al campo de adiestramiento —sugerí.

—No es el mejor momento del día para entrenar, pero ya sabes que no puedo negarle nada a una mujer bonita.

Me guiñó socarrón un ojo y descubrió su acero con gesto vanidoso.

—A lo mejor hoy deberías hacerlo —intervino Sigurd—. No sé por

qué, intuyo que vas a sudar.

—Vamos —apremié—, no dispongo de mucho tiempo.

Avanzamos a grandes zancadas, tan sólo iluminados por el nacarado refulgir de una gran luna llena, que imponente rezumaba su poder alejando a la acechante oscuridad que parecía querer envolverla en su abrazo, sacrificando su negrura en pos de acariciarla.

Rodeamos el gran *skáli* y nos adentramos en el claro que conformaba la amplia extensión donde los guerreros entrenaban y los jóvenes aprendices adquirirían el manejo de las armas. Ahora desierto, era tan sólo un espacio abierto y silencioso, un terreno amplio donde descargar toda mi cólera.

Me volví hacia Hiram, afiancé con fuerza ambas manos en la empuñadura de mi espada, posicionándola en vertical a mi cuerpo, abrí ligeramente las piernas y lo miré retadora.

—Quiero que te entregues en el combate, Hiram, nada de juegos.

Lo miré con gravedad. Palpitaba en mí tal furia, tal dolor, que sentía ganas de gritar y derrumbarme.

—Freya, suelo darlo todo en cuanto hago —replicó altivo alzando el tono de voz—. Pero no me pidas que pelee contigo en un duelo serio, porque no lo haré. Contendré tus estoques hasta que desfallezcas si es necesario, pero no lucharé contra ti.

—Pelea de una vez, maldito.

Y lancé mi primera estocada con toda la fuerza que acumulaba mi furia. Hiram la frenó con su acero y sostuvo asombrado mi fiera mirada.

Volví al ataque con más ímpetu, desplegando veloces movimientos ofensivos que lo obligaron a retroceder mientras contenía mis embates.

Gruñía ofuscada ante la pasividad del guerrero, que me contemplaba con expresión desconcertada al ver mi dureza.

—¡Lucha, maldición! —exigí furiosa.

Negó con la cabeza dando un paso atrás.

—No pienso arriesgarme a hacerte daño —manifestó firme.

Resoplé airada y gruñí volviendo a la carga, cuando atisbé de soslayo una silueta acercándose a nosotros.

—¡Yo lucharé!

La sangre se congeló en mis venas al oír aquella voz grave. Nos detuvimos jadeantes mientras contemplábamos cómo Gunnar se acercaba hacia nosotros desenvainando su descomunal espadón.

Todo mi cuerpo reaccionó ante su presencia, sacudido por un temblor que casi me hizo soltar la espada.

Sostuve su penetrante mirada; mi corazón dio un vuelco cuando se puso frente a mí, con mirada felina, adoptando una postura de combate que erizó mi piel y hormigueó mi vientre.

—¡Largaos! —musitó con gesto impaciente a Hiram y a Sigurd.

Sus guerreros inclinaron levemente la cabeza ante él y se alejaron con paso apresurado.

—Aquí tienes a alguien tan furioso como tú, loba, para dar cuenta de tu frustración.

—Dudo que estés más furioso que yo, león —lo increpé frunciendo el ceño. Me cubrí con la espada y lo fulminé con la mirada.

—Despejaré ahora mismo esa duda —amenazó inclinándose ligeramente la cabeza, como un depredador acechante.

Y comenzamos a movernos en círculo, atentos a los movimientos del otro y balanceando lánguidamente nuestros aceros, estudiándonos con atención y alertas a un ataque inminente.

—Vamos, temible *ulfhednar* —alenté susurrante—, muéstrame tu fuerza.

Sus verdes ojos, agrisados por la plata de la luna, chispearon letales. A lo lejos, el aullido de un lobo quebró la noche y agitó mi pecho, pues deseé imitarlo.

Ante mí, el hombre que amaba, tan roto como yo; el dolor que brotaba de su mirada fue su primera estocada... y mortal, por cierto, pues atravesó mi corazón con la pujanza de una daga envenenada.

Y, así, Gunnar alzó su acero y lo descargó sobre mí.

Entre el corazón y la razón

Ella frenó su mandoble con destreza, arrastrando su filo para librarse de un pulso que acabaría doblegándola; las chispas que saltaron de ambos filos se fundieron en la noche. Supo esquivar con denodada maestría las estocadas laterales que él asestaba. A cada rato giraba veloz para asestar sus feroces ataques, impelida por una cólera que la hacía temblar y enrojecía sus ojos y sus mejillas.

También él estaba furioso, y mucho. La veía enfrentarse a él, tan fieramente hermosa, tan inalcanzable ya, que su dolor se reavivaba. Sólo imaginarla entre los brazos del rey le roía las entrañas, sólo recordar que ella había renunciado a él le arrancaba el alma. Pero asumir un papel indiferente, controlar sus impulsos y reforzar una y otra vez su contención lo estaba haciendo trizas.

Quería beber su furia, y liberar algo la suya propia; podría haberla derrotado con el primer espadazo, sin hacerle el menor daño. Pero ella necesitaba luchar, desfogar el dolor que pintaban sus facciones, y que suponía que era el reflejo del suyo propio. Gunnar reprimió la necesidad de desarmarla, apresarla entre sus brazos y tomar su boca como alivio pasajero a su oscuro tormento.

Mientras cruzaban sus aceros, mientras sus ojos se enlazaban penetrando sus propias almas, mientras sus cuerpos resistían la punzante necesidad de fundirse en uno solo y todas sus emociones se derramaban en cada estocada, Gunnar se convencía de la decisión tomada días atrás.

Ella jamás estaría segura en aquellas tierras, ni siquiera bajo la protección de tan vil rey. Tampoco él había podido protegerla, ni podría, pues la tragedia los perseguía como un ave de rapiña. Y tristemente comprendía que, juntos o no, acabaría por atraparlos.

Sólo había un camino posible, la única escapatoria, una que el amor que ella sintió por él le había robado. Y era regresar a su tierra, tal y como ella lo planeó antes de que el infortunio la apresara de nuevo. Aquella

decisión que lo había llenado de amargura era la más sensata, ahora lo veía con apabullante claridad. Y si tenía que meterla a la fuerza en un barco, por Odín que lo haría. Ella jamás perteneció a su mundo, un mundo rudo, hostil, bárbaro e injusto. Él la había condenado a aquel destino, y la salvaría de él. Sería la última prueba de amor que le regalaría, aunque él muriera con su ausencia, sin nada que latiera en su pecho ya. La devolvería con los suyos; después, ya nada importaría.

Conocía de memoria sus movimientos, la había observado subrepticamente muchas veces; sabía qué ataques ella anticiparía para defenderse con premura y cuáles descargaría a continuación. Y aunque embelesado en su ágil danza letal, en cada pose y en sus impetuosas expresiones, luchaba con ella obligándola a esforzarse más... ayudándola a arrancar esa rabia que la consumía y que humedecía sus ojos y acentuaba sus gruñidos. Pero, pronto, el cansancio comenzó a entorpecer sus estoques, y la rabia se tornó frustración, y ésta se diluyó en una tristeza que lo conmovió. Aunque mantuvo su cejo fruncido y su expresión concentrada, luchando más contra sí mismo que contra ella.

Jadeante y sofocada, trastabilló hacia atrás peligrosamente. Sintió el impulso de sujetarla, pero lo estranguló. Ella no necesitaba ayuda, necesitaba aligerar su carga, caer y sollozar. Y que los dioses lo ayudaran a él si la veía en aquel estado, pues sabía que sus barreras se harían añicos al instante.

Freya logró estabilizarse; apartó rauda un largo y oscuro mechón de su rostro y lo fulminó con la mirada, aunque la mueca de dolor y anhelo en su rostro rasgó de forma temeraria su coraza.

—¡¿Me odias, condenado gigante?!! —bramó descontrolada y al borde del llanto—. ¡Pues aquí me tienes, acaba conmigo de una maldita vez!

Alzó su espada y lo miró retadora, aunque desolada a un tiempo.

—Eres tú quien me mata con cada mirada —confesó respirando entrecortadamente—. Ya no eres mía, Freya, eres de Halfdan, pero me tientes, juegas conmigo. ¿Qué diablos quieres de mí?

—A ti.

Aquellas palabras se clavaron en su pecho. Cerró los ojos un instante, falto de aliento y de escudo. Rebuscó en su interior la fortaleza que necesitaba; tenía que reparar las fisuras que surcaban su coraza como zigzagueantes grietas en la congelada superficie de un lago. Pero cuando

abrió los ojos y vio lágrimas contenidas en aquellos ojos de oro bruñido, bajó su acero y le dio la espalda. Tenía que alejarse de ella de inmediato, pero sus pies seguían anclados al suelo.

—¡No te rindas, maldito! —lo increpó—. Aún puedo vencerte.

Hundió los hombros abatido; no fue capaz de volverse y mirarla.

—Ya me venciste, Freya, la primera vez que posaste tus ojos sobre mí —admitió en un estrangulado hilo de voz.

—Entonces, afronta tu derrota —musitó ella con voz rota—. ¡Mírame!

Sintió cómo un puño estrujaba su corazón. Con el rostro constreñido en un rictus ácido y doloroso, con los puños apretados y el cuerpo envarado, apretó los dientes y se obligó a caminar alejándose de ella.

Pero oyó sus pasos siguiéndolo. En un arrebato, ella corrió para alcanzarlo, y se interpuso en su camino.

—¡Apártate de mí! —exigió cortante.

Lo encaró altiva, acercándose tentadoramente a él.

—¡No!

Cambió de dirección y ella de nuevo se plantó delante de él con los brazos en jarras, mirada llorosa y semblante decidido.

—No me obligues a apartarte de mi camino —amenazó casi con desesperación.

—Hazlo, una y mil veces si te place, porque te perseguiré mientras quede un aliento de vida en mi cuerpo —replicó ella altanera, tan bellamente desgarrada que las grietas de su coraza comenzaron a ensancharse sin remedio. Trémulo, se sumergió en sus ambarinos y mágicos ojos.

¡Por los dioses, la amaba tanto que una vida no era suficiente para venerarla con ella!

Soltó el aire contenido

—Freya, es inútil luchar ya, éste no es tu lugar —musitó contrito y cabizbajo.

Frunció su ceño con brusquedad, sofocando fútilmente el dolor que manaba de ella, como el torrente de una cascada. El deseo de estrecharla contra su pecho lo abrumó.

—Mi lugar —comenzó a decir conteniendo a duras penas un profundo sollozo— es aquél donde tú estés, amor mío.

Otro pellizco a su maltrecho corazón, tan fuerte que se sintió

desfallecer; cerró los ojos de nuevo, agarrándose a la exigua hebra de negación que le quedaba.

Se volvió otra vez, dándole la espalda a ella, como si no tenerla frente a sí lograra contener las brechas que quebraban su coraza a pasos agigantados. Tenía que huir de allí ya.

Apenas dio un paso, ella se le abrazó a la espalda, rodeando su cintura, ciñéndose a él. Todo su cuerpo se envaró; respiró hondamente y aguantó estoico cómo sus brazos intentaban abarcarlo.

—¡Suéltame, Freya! —siseó suplicante, entre dientes.

—No —sollozó compungida—. Estoy muerta sin ti.

No pudo aguantar más. Se volvió hacia ella, todavía entre sus brazos, y cogiéndola por los hombros la obligó a mirarlo a los ojos.

—También conmigo —murmuró con pesadumbre. El dolor lo asaltó, cerrándole la garganta un instante—. Yo... voy a llevarte con los tuyos, pienso dejarte en brazos de tu madre de nuevo. Voy a enmendar mi error.

Entonces ella lo empujó airada; sus ojos se entrecerraron coléricos.

—¡¿Error, dices?! No, no vas a engañarme, crees odiarme y...

—No —gruñó dolido—; me odio a mí mismo por permitir que ese... que ese malnacido rey ponga sus manos sobre ti...

Entre lágrimas, ella lo fulminó con los ojos entornados y gesto furioso.

—Es eso, ¿verdad? —acusó ofendida—. ¡Me desprecias porque otro hombre puso sus manos sobre mí! ¡No lo soportas, sólo imaginarlo te asquea!

—¡Sí, me asquea! —bramó impotente y roto.

Y entonces a su torturada mente acudió una imagen que lo había fustigado todo este tiempo: ellos yaciendo apasionados en el lecho real. Un rugido colérico escapó de sus labios, su rostro se veló, oscurecido por la frustración, y la empujó rudamente lejos de él.

Freya agrandó los ojos un instante, dejó escapar un colérico bufido y arremetió contra él, palmeando su pecho con fuerza.

—¡¡¡Vete al infierno, gigante del demonio!!!

Alzó una mano y lo abofeteó con saña. Gunnar intentó agarrarle las muñecas, pero ella estaba fuera de sí. Y, entonces, estalló presa de una furia que lo desquició.

—¡¡¡Ya estoy en él!!! —rugió furibundo.

La cogió con fuerza por los brazos, inmovilizándolos, y la pegó a su

pecho.

—Y ahora —hizo una pausa, penetrándola con la mirada—, voy a borrar cada beso y cada caricia de cualquiera que no sea yo.

Y se cernió sobre ella con voracidad, enloquecido y desesperado, tomando su boca con la ruda ansiedad de un sediento lanzándose agónico sobre un charco de agua.

No fue hasta que su lengua saboreó el dulce almíbar de sus labios que percibió la implacable intensidad de su hambre contenida. Que fue consciente de la necesidad que había estado royendo sus entrañas todo este tiempo sin ella, languideciendo su espíritu como se apaga un cuerpo sin alimento, o un alma sin luz. Y ahora, a pesar de que ella se debatía entre sus brazos, todavía colérica, supo que no podría detenerse hasta saciarse por completo.

Cercó su lengua, degustó con delirio su sabor y se perdió en él.

La cubrió con el cuerpo y la ciñó con los brazos, inmovilizándola y avasallando su boca con una voracidad casi salvaje. Su resistencia comenzó a morir en una sumisión que despertó todos sus instintos animales. Era suya, y por los dioses del Valhalla que la tomaría como tal o moriría en el intento.

La cogió en brazos sin separar su boca de la de ella, besándola con denuedo, aliviado al comprobar cómo ella se entregaba al beso, cómo enredaba las manos en su nuca, cómo derramaba un gemido tras otro en su garganta, cómo se frotaba ansiosa contra su pecho.

La pasión lo nublaba, como una niebla pesada y densa cubriendo un prado, cegándolo y aturdiéndolo. Todo su cuerpo palpitaba ante el deseo que brotaba de él con la fuerza de una llama descontrolada.

Sus pasos lo llevaron hacia el primer resguardo que logró atisbar: el cobertizo donde guardaban las armas.

Dio una patada a la puerta, ésta crujió indignada y se sacudió con estrépito, rebotando altanera. Gunnar se adentró en el pequeño almacén, con el ímpetu de un viento huracanado. La dejó en el suelo y se separó lo justo para arrancarle la túnica con hosquedad. Freya lo contemplaba arrebolada, subyugada y jadeante, pero con la mirada prendida de un deseo tan acuciante como el suyo. A pesar de que la urgencia constreñía su cuerpo, se embebió un instante de aquel cuerpo que lo enloquecía como ningún otro, aquel que tantas veces soñaba y donde se perdía irremisiblemente, incluso cuando se aliviaba en la soledad de las noches,

evocándolo.

—Mía, de nadie más —musitó en apenas un susurro.

—Sólo tuya, mi amor, siempre tuya.

Aquellos dorados ojos anegados de lágrimas, aquellos labios inflamados y enrojecidos, entreabiertos y tembloroso, rompieron su inmovilidad. Se desprendió de su camisola, del cinto y de sus calzas con torpe premura y se abalanzó sobre ella, que dejó escapar un gemido aliviado cuando de nuevo la apresó entre sus brazos.

—Gunnar... oh, Dios, Gunnar...

Aferró con ahínco sus nalgas y la alzó sobre él. Ella lo rodeó con sus esbeltas piernas de seda y se ancló a su cuello, buscando su boca. Mordisqueó sus labios, los lamió, mientras frotaba las erectas coronas de sus tersos senos contra su pecho, y él, consumido por el deseo y la emoción de tenerla entre sus brazos, se sintió desfallecer.

—Mi loba, mi hermosa loba negra... —gimió afectado.

Freya lo miró un breve instante a los ojos; de aquellos soles manó todo el calor de sus sentimientos, y él se derritió en aquella intensidad.

La pegó contra la pared y la penetró de una profunda y enérgica embestida. Freya dejó escapar una exhalación sorpresiva, y a continuación un gemido sofocado, tan sensual, que temió derramarse en el acto. Esperó a que su interior se acomodara, a que su carne se amoldara a la brusca intrusión, mientras sumergía la mirada en la de ella, mostrando la intensidad que lo desbordaba.

—No seré gentil —advirtió entre dientes.

—No quiero que lo seas —murmuró ella ansiosa, alentándolo con un sinuoso movimiento de sus caderas.

Apretó los dientes y liberó un gruñido cuando la embistió de nuevo. El placer lo sacudió tan vehemente que perdió el aliento y se le erizó la piel. Comenzó a moverse, impetuoso y urgente, demorándose en salir de ella, deleitándose en su húmeda y tensa estrechez, en aquel ardor jugoso que rodeaba su miembro palpitante y lo ceñía con fruición. Y sintió que moría un poco, en cada acometida, desgarrado por un sinfín de emociones, por una miríada de sensaciones y por un único sentimiento.

Freya tomó su boca con voracidad, atrapando mechones de su melena entre los dedos, jadeando con frenesí y contorneándose fogosa contra su cuerpo... volviéndolo completamente loco, desatando el animal salvaje que había en él, uno apaleado, herido y furioso, uno desesperado, hambriento

y desolado. Y, entonces, un placer intenso estalló dentro de él, rompiéndolo por dentro. Gruñó desbocado en sus últimas arremetidas, sintiendo cómo su interior estallaba en pedazos, cómo la tensión lo quebraba y cómo su cuerpo se tensaba liberando su semilla en ella, con un ronco gemido desgarrado.

Se negó a salir de su cuerpo; continuó besándola delirante, todavía hambriento de ella. Acariciaba cada palmo de piel expuesta, apretándola contra sí, como si pudiera fundirla en su cuerpo... y protegerla de todo y de todos, para tenerla siempre cerca, al lado de su corazón, pues a él pertenecía. Cuando logró dejar su dulce boca, aún no saciado de sus mieles, admiró la enamorada expresión de la mujer que amaba, y quedó cautivado en su subyugado semblante.

—Ahora no sé cómo voy a lograr mantener las manos alejadas de ti —confesó con preocupación— hasta que organice tu viaje de vuelta.

—No vas a alejarme de ti, olvida esa locura —replicó Freya agitada—. Nos pertenecemos; sellamos nuestras almas, así como nuestros corazones, ¿todavía no lo entiendes?

—Sólo entiendo que aquí corres peligro, y que no descansaré hasta saberte a salvo.

Gunnar salió de ella y la depositó con delicadeza en el suelo, se agachó y le acercó la túnica. Ella frunció el ceño con desaprobación.

—Y yo no descansaré hasta que comprendas que no pienso irme de tu lado. Hasta que descubras que mi vida corre más peligro sin ti, porque estaré muerta, más incluso de lo que lo he estado todo este tiempo.

Cogió sus ropas y se vistió apresuradamente, maldiciendo para sus adentros todas sus flaquezas.

—No hace mucho, planeabas huir de mí —le recordó, evitando mirarla y masticando todo el amargor que sentía.

—Sí —asumió ella.

Algo en su tono lo obligó a mirarla. En la penumbra del reducido cubículo, bañada por el nácar que se filtraba entre el resquicio de los maderos, todavía desnuda, tan hermosa que cortaba el aliento. Tan mágica e irreal, que cualquier diosa envidiaría aquella aura que la rodeaba, aquella perfección que la vestía, aquel poder que rendía a los hombres a sus pies, atraídos por el magnetismo que ella desprendía, como el efluvio de una fragante flor. Cortaba el aliento. Dos perlas brotaron de sus ojos, dejando un sendero sinuoso de plata en sus mejillas. Y algo en su vientre

se contrajo, su pecho reventó de amor y el impulso de cobijarla entre sus brazos lo rompió.

—Fui una ilusa —añadió en un compungido y exiguo hilo de voz—, pero pensé lo que tú piensas ahora, que lejos de mí, quizá los dioses te otorgaran su favor; pensé que tu hijo aliviaría mi ausencia, que lograrías volcar tu vida en él, y gozarías de una vida plácida, al menos, parcialmente plena. Yo... yo jamás podré darte un hijo, Gunnar. Tu sangre morirá contigo, si estás a mi lado. Cuando te vi... —hizo una pausa en la que cerró los ojos con fuerza, buscando en su interior la fortaleza necesaria para seguir hablando; su rostro se contrajo como si una punzada de dolor atravesara su pecho; bajó la cabeza y su oscuro cabello cubrió su rostro—... acunando al bebé, el modo en que lo mirabas, yo... me hundí.

Gunnar se acercó a ella, cogió su rostro con las manos y la obligó a mirarlo alzando su cabeza.

—Ningún vástago, ni siquiera tuyo, podría ocupar el lugar que ocupas tú. Con mi hijo, murió un trozo de mi corazón; sin ti, estaba muerto por completo.

—Y, aun así, pretendes apartarme de tu lado.

—Escúchame: decidí dejar este mundo cuando te perdí. Sin ti, nada tenía sentido. Contigo en él, aunque lejos, quizá me baste para poder seguir respirando, pues sabré que vives, que piensas en mí, que en algún lugar lejano, vives, sueñas y amas. Y con eso me es suficiente. —Respiró hondamente, la congoja lo ahogaba—. Aunque no sea yo el que disfrute de todo eso. Porque, si de forma egoísta te anclo a mi lado... y mueres por eso, entonces ni la muerte aliviará mi dolor, ni soliviantará el desprecio que ya me tengo.

Freya se puso de puntillas, rodeó sus hombros y atrapó su boca con extrema dulzura, conmovida y delicada, derramando en el beso todo el amor que sentía. El sabor salado de sus lágrimas se mezcló con el almíbar de su boca. Él descargó en su boca su propia frustración y ansiedad, y al mismo tiempo selló cuanto sentía, prometiéndose grabar en su mente a fuego aquel instante para poder beber de él cuando las fuerzas lo abandonaran.

Cuando ella se separó y lo miró, vislumbró una decisión firme en su húmeda mirada.

—Tendrás que luchar contra mí —manifestó con serenidad— y no una vez, sino tantas como te empeñes en llevar a cabo tu empresa.

—Freya, no me lo pongas más difícil —rogó—. Te tengo desnuda entre mis brazos, y ya me cuesta reprimir las ganas de tomarte de nuevo. Ni siquiera sé cómo voy a lograr dejarte marchar esta noche, ni cómo demonios conseguiré soportar estar lejos de ti. Lo que sí tengo claro en este instante es que no voy a permitir que ningún hombre ponga sus manos sobre ti, mientras yo esté cerca.

—Nadie ha puesto ni pondrá las manos en mi corazón. Porque no me pertenece, y no pienso alejarme de él. Me lo robaste hace tiempo, ahora paga las consecuencias. —Dibujó una sonrisa temblorosa en sus mullidos labios que lo prendó, como se prenda un cuervo de una brillante moneda de plata—. Prefiero morir mañana estando toda la noche contigo, que vivir toda una vida privada de ti; no me condenes a tan cruel tormento.

—Freya... —suspiró afectado, forzándose a resistir.

—No, no supliques, maldito bárbaro, ya no hay piedad en mi corazón, ni siquiera para ti. Eres mío, y lucharé con uñas y dientes por ti. Ambos sabemos lo que nos separa, y sí, es un rey poderoso, ambicioso y taimado, y su reina una araña mortífera, pero son mortales. Se cierne una guerra en la que expondrá su reino y su poder por conquistar nuevos territorios. Esta vez no serán necesarios los pactos, ni las traiciones, tan sólo será preciso estar cerca de él en la contienda y aprovechar la reyerta para acabar con su vida.

—Es arriesgado, desconfía de mí; se rodeará de toda su *hird* como escolta. Es astuto y dispondrá guerreros que le cubran las espaldas y que me vigilen especialmente.

—Bajaré la guardia conmigo.

Gunnar sintió un vuelco en el vientre y negó determinante con la cabeza.

—No te expondrás —sentenció grave—. No pienso consentirlo.

—No puedes impedírmelo, soy una de sus *skjaldmö*, partiré a la batalla como lo harás tú.

—Pienso meterte en un barco antes de que eso ocurra, maniatada, si es preciso.

—Sólo matándome lo conseguirás.

Sostuvo su firme mirada, y se perdió en su intensidad.

—Ya te secuestré una vez —recordó amenazante.

—También yo —replicó altiva.

Su sonrisa jactanciosa caldeó su alma. Sí, aquella mujer le había

arrebatado el alma incluso antes de conocerla.

—¿Acaso no es mejor una muerte rápida y sin dolor que una larga agonía? —inquirió ella acariciándolo con la mirada, mientras delineaba sus labios y los incendiaba de nuevo.

Y entonces, claudicó ante aquella certeza. De repente, todas sus barreras cayeron, el escudo se fragmentó hecho trizas, sus reservas se desmoronaron y su decisión murió desangrada a sus pies. Lucharían hasta el final, porque su amor lo merecía; si los dioses los habían unido, no permitirían que los hombres los separaran. Ya habían sufrido demasiado; él, en manos de Loki y del infortunio, y ella, en manos de la crueldad, la obsesión y la envidia. Sí, mucho mejor una muerte rápida, aunque lucharía hasta la extenuación por vencerla, y si lo conseguía ella sería su recompensa. Con la agonía, en cambio, no podría combatir y tan sólo recibirían dolor y miserias como pago.

Su mirada cambió, pues ella pudo sentir la transformación que se producía en él. Su semblante brilló triunfal, aliviada y emocionada, y él pudo sonreír por primera vez en mucho tiempo.

—Lucharemos —decidió.

Y la abrazó con tanta fuerza que temió quebrar sus costillas.

Ella dejó escapar un sollozo liberador que deshizo el nudo de amargura que lo había estado envenenando todo ese tiempo.

—Mi loba, siento que me revienta el corazón en el pecho.

—Lo conseguiremos, amor mío, esta vez sí.

Gunnar apartó su temor, dejando escapar su confianza y la plenitud de volver a tener la oportunidad de luchar de nuevo por ella.

Cogió su bello rostro de nuevo y pegó la frente a la de ella.

—Escúchame bien: voy a tenderte en el suelo y a tomarte hasta que desfallezca; sé que no podré saciarme como debiera, es más, creo que una vida no dará para colmarme de ti. Y después te llevaré a tu cabaña antes de que amanezca. No vas a regresar al *skáli* y puedo asegurarte que él no se atreverá a buscarte, pues dormiré a los pies de tu puerta cada noche.

—¿Por qué no en mi lecho?

—No me tientes, preciosa, porque saber que puedo hacerlo hará más difíciles mis noches. Halfdan no puede sospechar que estamos juntos, pero si te velo, como hice cuando estabas convaleciente, sabrá que te protejo pero no que te ambiciono. Y en el fondo lo tolerará porque sabe que sigues en peligro; él mejor que nadie conoce a su reina. Por eso no querrá

exponerte a su veneno, ni querrá que te enfrentes a ella... después de todo, lleva a su heredero en su vientre. Es primordial que nadie sepa nuestros planes, habrán de creer que seguimos distanciados. —Clavó la mirada en la de ella y sonrió lascivo—. Controla tus miradas de loba seductora si no quieres matarme, aunque me proveía de ellas para aligerar la lujuria que alimentabas en mí.

Freya deslizó una mano a su entrepierna y aferró con apremio la rotunda dureza que palpitaba hambrienta bajo sus calzas. Dio un respingo y exhaló un gemido placentero.

—Intentaré controlarlas —prometió ella en un sensual susurro que derritió su control—, pero ahora, temible *ulfhednar*, saca tu espada y no tengas piedad de mí, porque yo no la tendré.

—Vas a lamentar tus palabras, loba.

—Es lo que ansío.

Y se aprestó a devorar su boca con delirio, a gozar de su cuerpo hasta la extenuación y a liberar su corazón hasta dejarlo exiguo. Ella era suya, y ni la muerte se la arrebataría.

Bajo las negras alas de un cuervo

No era fácil, no, no lo era.

No obstante, resultaba crucial estrangular cualquier evidencia de nuestros planes. Sin embargo, mis desobedientes ojos lo seguían allí adonde fuera; mi ansiedad y esperanza asomaban traidoras a mi rostro como una luz que resplandecía incluso en la más oscura de las noches; mis labios sofocaban sonrisas cómplices y mi cuerpo despertaba hambriento cuando pasaba por mi lado con aire ausente, fingiendo una indiferencia que yo sabía que no sentía.

Aun así, en ocasiones, y alentados por miradas flamígeras, Gunnar me abordaba en cualquier rincón a salvo de miradas, para apresar mi cintura y tomar con apasionada brevedad mis labios. Aquello no hacía más que alimentar nuestra hambre, y engordar nuestra frustración... pero resultaba inevitable.

Tan inevitable como lanzarle una mirada insinuante, coger un saco de cebada y caminar con lentitud hacia uno de los almacenes de grano. Sabía que me seguiría y ese cosquilleo que burbujeaba en mi vientre, ese aleteo en mi pecho, se habían convertido en una necesidad apremiante.

Me adentré en el granero, dejando la puerta entreabierta, y me incliné depositando el saco en un rincón, apiñándolo sobre otros.

Unas manos aferraron mis caderas por detrás, ciñéndome a una evidente y rotunda dureza masculina que presionó hambrienta la hendidura entre mis nalgas. Me incorporé y suspiré, cuando unas grandes manos amasaron ávidas mis pechos.

—Te prohibí mirarme —rezongó Gunnar entre dientes, en un estirado hilo tenso—. Nos estamos arriesgando demasiado.

Me cogió entre sus brazos y apresó mi boca lascivo y ardiente. Dejé escapar un gemido y me entregué con pasión al beso; cuando logró separarse de mi boca, su mirada turbia me indicó que esta vez no se conformaría sólo con eso.

—Freya... —susurró con voz preñada de deseo—... voy a morir calcinado...

Atrapé con suavidad su labio inferior con mis dientes y luego lo lamí. Su barba cosquilleó mi barbilla. Gunnar gruñó tortuosamente; su mirada se encendió.

—Quieres matarme, ¿no es cierto?

—De amor —respondí, sumergida en su verdosa mirada.

—Pues lo estás consiguiendo; una sola mirada tuya me enciende como una tea. No tienes ni idea de lo que me haces sufrir.

—Quizá sea momento de vengarse —sugerí sensual.

—Es para lo que he venido, pequeña; voy a enseñarte a no tentar a un hombre atormentado. Sólo espero poder apagar este fuego que nos consume una temporada.

—No será fácil —mascullé retadora, sonriendo libidinosa.

Gunnar imitó mi sonrisa y alzó una ceja fingiéndose ofendido.

—No, no lo será, preciosa, pero pondré todo mi empeño, te lo aseguro.

Se arqueó sobre mí, apresó mis nalgas, redondeándolas con las manos entre ardorosos suspiros. Impetuosamente, me alzó una pierna y manipuló con su otra mano entre sus calzas, mientras me ceñía contra la pared más cercana.

—Moriremos juntos —gimió sufrido—, devorados por las llamas, si no las liberamos como es debido. ¡Por Odín, el deseo quema mis entrañas!

Y de un ansioso movimiento, se enterró en mí por completo, robándome el aliento.

Me colgué de sus hombros y envolví sus caderas con las piernas. Gunnar me sostuvo con sus poderosos brazos, mientras me embestía rudamente y lamía mi cuello.

El placer me zarandeó, nublándome la visión, exaltando mis sentidos, hormigueando mi piel y desgastando mi juicio. Clavé las uñas en su espalda, recibiendo gozosa cada arremetida, gimiendo sofocada en su hombro y sintiéndome morir un poco.

De repente se detuvo, todavía dentro de mí; alcé el rostro y lo miré extrañada.

—No quiero salir de ti —gruñó afectado, con un deje casi agónico—; moriría así, fundido en tu interior, mirándote a los ojos y diciéndote cuánto te amo.

Sus rasgados ojos refulgieron intensos, tildados de un brillo tan profundo, tan claros y emocionados, que pude vislumbrar su alma a través de ellos. Sentí una opresión en el pecho, desbordado por cuánto sentía.

—Mi amor, siempre estuviste dentro de mí, y siempre será así.

—Freya... cuando estoy dentro de ti, el mundo se desvanece, nada importa, sólo sentirte.

—Amor mío, sólo siénteme —susurré embargada por lo que reventaba en mi pecho.

Lo besé, trémula y exaltada por un placer desgarrador, incapaz de no moverme con languidez para sentirlo más profundamente. Gunnar dejó escapar un contenido resuello, mientras su lengua reclamaba la rendición de la mía, derramando en mi boca continuos gruñidos ávidos, temblando contenido, tenso y sufriente.

Aquella inmovilidad, anclada a la pared, sintiendo palpar su gruesa virilidad en mi interior, me sometió, rindiéndome a un clímax violento que me arqueó hacia atrás y me sacudió infame durante un largo y liberador instante.

Floja entre sus brazos, jadeante y plena, aún colmada con su vigorosa masculinidad, esboqué una complacida sonrisa que cautivó su incendiaria mirada.

—Aún no he acabado contigo —aseveró con sonrisa maliciosa.

—Eres un hombre vengativo —musité con sorna.

Entreabrió la boca, pero se detuvo casi rozando la mía.

—Es la única manera de que entiendas a lo que te enfrentas si me tientes.

—Quizá obre el efecto contrario —advertí provocadora.

—Quizá es lo que busco.

Reí solazada y atrapé su boca con pasión. Aquello rompió su inmovilidad, alternando sus movimientos entre la delicadeza que estiraba mis sentidos hasta el desgaste y la rudeza que los golpeaba como la maza de un tambor.

Supe en el acto que no había venganza más dulce.

Si alguien hubiera estado lo suficientemente atento, habría reparado en la luz que iluminaba mi rostro. Tampoco sería difícil discernir el motivo del peculiar brillo que rezumaba mi mirada, ni la ligereza con la

que caminaba. Y si acaso esas pistas no fueran evidentes, la radiante sonrisa que apenas lograba estrangular fue lo que llamó la atención de la mujer con la que me topé rumbo al *skáli*.

—Has amanecido de buen talante, por lo que compruebo —repuso Inga la Roja, frunciendo el ceño suspicaz—. Te buscaba para decirte que tus remedios funcionaron. Me encuentro más aliviada.

—Me alegra saberlo —me limité a mascullar.

—¿Te reconciliaste con Sigrid?

Agrandé los ojos con asombro, y una alarma saltó en mi pecho.

—¿Por qué habrías de creer algo así?

—La noche que me atendiste en tu cabaña, te vieron salir de Hedemark a caballo, acompañada de Hiram y Sigurd.

Compuse una mueca serena y asentí con aire despreocupado.

—*Fenrir* se había escapado, y fuimos al bosque a buscarlo, temí que le hubiera pasado algo malo.

La mujer me escrutó con clara desconfianza, todavía con el cejo arrugado y mirada aviesa.

—Ese perro es más salvaje que cualquier lobo, dicen que por la noche aúlla como ellos, no deja de...

—Tengo muchas cosas que hacer, Inga —interrumpí apresurada—, esta noche charlaremos.

—Todavía estás arrebolada, Freya, deberías tomarte un respiro.

Negué con una sonrisa, ocultando mi incomodidad. Aquella entrometida mujer me inspeccionaba con más atención de la habitual.

—No es el momento; además, me gusta estar ocupada.

En ese instante, Gunnar pasó por mi lado a grandes zancadas, ignorándonos por completo, rumbo al *skáli*.

Percibí cómo Inga también lo observaba con honda curiosidad. Casi pude oír los resortes de su cabeza, como intentando resolver un acertijo que no atinaba a solucionar. Tuve la certeza de que nos habían asignado un guardián. Maldije para mis adentros; si nos había estado siguiendo los pasos, sus recelos resultaban más que comprensibles.

Tenía que avisar a Gunnar, sin pérdida de tiempo. Esta vez no cometería el mismo error. Habíamos trazado cuidadosamente un plan, y era vital estar pendiente de cualquier posible amenaza, por nimia que fuera.

Eyra y sus hombres de confianza estaban al tanto de cuanto sabíamos

y planeábamos. Gunnar no se había sorprendido cuando su madre le confesó la verdad de Sigrid. No, pues siempre intuyó que no era su sangre la que corría por las venas de su hijo; sentirlo como tal era otra cosa.

Nuestra insignia ahora era la astucia y nuestro estandarte, la venganza. Nuestro único fin, la libertad. Y así aguardábamos para partir a la batalla.

Cuando me adentré en el *skáli*, me encontré con un mensajero que susurraba sus nuevas a un rey huraño y malhumorado. Un rey apático y frustrado por mi ausencia en su lecho, que posaba su mirada de cuervo en mí, lascivo y hambriento, permaneciendo distante en apariencia, pues podía leer con pavorosa claridad la intensidad de sus sentimientos.

En cuanto el heraldo concluyó su soterrado anuncio, Halfdan enrojeció furibundo, lanzó un ahogado exabrupto y mandó llamar de inmediato a sus consejeros.

El joven mensajero, todavía tembloroso y agitado, se alejó a un rincón, huyendo de la cólera real.

Gunnar, desde el otro lado de la sala, fijó los ojos en el asustado muchacho, murmurando quedo unas palabras a Thorffin, que asentía con gravedad.

Cogí una generosa jarra de cerveza y me acerqué al lívido emisario, que pretendía fundirse en un rincón. No era para menos, algunos reyes ejecutaban directamente a los portadores de malas nuevas.

—Bebe, a buen seguro tendrás el gaznate seco de tan largo viaje.

El muchacho agrandó sus castaños ojos y cogió la jarra aún vacilante, sin dejar de prestar atención a lo que acontecía alrededor del sitial real. Lo alenté con una sonrisa, y al final bebió todo el contenido de un largo trago.

—¿Mejor?

Asintió, limpiándose los restos de espuma con la manga de su camisola; al cabo, esbozó una tibia sonrisa agradecida.

—¿Tan nefasto era el mensaje? —inquirí con gesto inocente, pincelado de preocupación.

—Alguien traicionó al rey Halfdan —musitó con pesadumbre— poniendo sobre aviso a Horik de Jutlandia, que ya está buscando apoyos para defender su reino de la conquista que planea nuestro rey, mientras regresa su *jarl* con las tropas que se llevó.

Aquellas nuevas eran un varapalo para Halfdan; privado de un ataque

inesperado, sus posibilidades se reducían a un enfrentamiento en campo abierto.

—¿Se sabe quién lo traicionó?

El muchacho negó con la cabeza, tragó saliva y, cabizbajo, perdió la mirada en el fondo de la jarra, como si quisiera meterse dentro.

Ya me alejaba cuando sentí una mirada artera sobre mí. Ragnhild me observaba con tal encono en su faz que sentí un escalofrío recorrer mi espalda, como si una serpiente reptara por ella. Esa sensación pegajosa y fría que apresaba mis entrañas era un claro aviso, una alerta instintiva, que corroboraba todos mis temores. Ragnhild lo intentaría de nuevo.

Cuando Halfdan despachó a sus consejeros, derramó su mirada por toda la extensión del *skáli* con el rostro contorsionado por la furia. Se puso en pie e hinchó el pecho dispuesto a bramar.

—¡Cerrad las puertas!

El silencio flotó incómodo y tenso por toda la sala. Varios guerreros se aprestaron a cumplir su orden.

—He sido víctima de una vil traición —anunció colérico—. Y por alguien de mi confianza. Uno de mis súbditos ha osado aliarse con el rey Horik, ¡con mi enemigo! Y puesto que nadie ha abandonado Hedemark, esto me lleva a pensar que el traidor está aquí, y presumo que bebiendo mi cerveza y comiendo mi comida. Y éste es su pago, pero no tardará en recibir el mío.

Dio dos pasos, alzó de forma imperceptible la barbilla y sus hombres cerraron la puerta. Con gesto duro, se dirigió nuevamente a sus vasallos.

—Exijo que se presenten ante mí todos aquellos que hayan abandonado la aldea estos días. Si no lo hacen por voluntad propia, si me obligan a indagar, serán sus familias las que paguen semejante oprobio. Cualquiera que sepa algo tiene el deber de decirlo, aquí y ahora —sentenció con hielo en la voz.

Al instante, varios hombres y algunas mujeres se pusieron en pie, y caminaron temerosos.

Mi mirada voló buscando la de Hiram, que junto a Sigurd permanecían sentados a la mesa, como siempre acompañados por Valdis, Jorund y Eyra.

Tragué saliva nerviosa. Hiram me dirigió una velada negación con la cabeza y apartó raudo la vista.

Sin embargo, un mal presentimiento se instaló en mi pecho,

imprimiendo un agudo desasosiego en mí.

Me retiré a un rincón y me senté en una banqueta. Respiré hondo e, indefectiblemente, busqué con la mirada a Gunnar. Me observaba con semblante grave y preocupado. Sus facciones estaban tensas y su expresión, torva.

—Quiero que cada uno de vosotros me diga adónde marchó y que nombre a quien pueda probarlo —anunció el rey—. Mis hombres buscarán pruebas que lo confirmen. Si mentís, o no las hallan, seréis ejecutados.

Uno a uno, fueron justificando sus salidas, nombrando a la persona que pudiera afirmar dónde estuvieron.

—¡Si descubro con posterioridad que alguien de esta sala me oculta información, será torturado hasta morir! —añadió a viva voz.

Una robusta figura avanzó entre soterrados murmullos. El corazón me saltó en el pecho cuando Inga se acercó a su reina y le susurró algo al oído. En la pérfida sonrisa de Ragnhild descubrí que acababa de delatarme.

Contuve el aliento cuando Ragnhild se levantó de su tallado trono y se acercó a su esposo, con paso regio y expresión victoriosa, apoyando su delicada mano en el hombro.

—Mi rey, te ocultan información.

Halfdan se volvió hacia ella con el ceño fruncido y ademán arisco.

—Freya, Hiram y Sigurd salieron hace tres lunas, en plena noche como proscritos. Regresaron antes del amanecer, para que nadie se apercibiera de su ausencia.

—¿Quién fue testigo de eso?

—Yo —respondió Inga—, yo los vi marcharse y regresar.

El pulso se me aceleró alocado cuando Halfdan depositó su fiera mirada en mí. Tragué infructuosamente saliva y palidecí. «De nuevo en el centro de la tormenta», pensé angustiada; ¿estarían esta vez los dioses de mi lado?

—¿Es eso cierto? —inquirió dirigiéndose a mí.

Si mentía y se descubría la verdad, daría igual lo que dijera, pagaría esa injuria con la vida. Así que opté por ser sincera, pues era la única manera de demostrar que no éramos traidores.

Pero antes de abrir la boca, Gunnar se puso en pie y avanzó hasta el sitio real.

—Mi rey, es imposible viajar en una noche a Jutlandia, son varias jornadas de viaje; creo que eso anula la acusación de traición.

Se sostuvieron la mirada con dureza, en un pulso tenso y desafiante.

—Es posible —concedió Halfdan—, pero también es posible que hubieran quedado en un punto cercano con algún mensajero que recibiera el encargo. Sea como fuere, lo que resulta lamentablemente cierto es que no han acudido a mí, ocultándome la verdad. Y dime, *ulfhednar*, ¿qué motiva semejante comportamiento?, ¿para qué esconder nada, cuando nada se teme? —Volvió a clavar su penetrante mirada de ónice en mí y agregó—: ¡Freya, Hiram y Sigurd, venid ante mí y contestad mis preguntas, pues de vuestras respuestas dependerán vuestras vidas!

Respiré hondo y simulé calma, aunque mi interior era un amasijo de nervios anudados que estrangulaban mi aliento.

Cuando los tres estuvimos frente a Halfdan, Gunnar se colocó a mi lado, como un sospechoso más, mostrando en su ademán todo su apoyo, y por ende la intención de luchar por nosotros.

No bien Halfdan hubo abierto la boca de nuevo, cuando un murmullo se alzó entre los presentes: Thorffin, Ragnar, Erik, Jorund, Valdis y Eyra caminaron hacia nosotros, colocándose en la misma fila, todos observando hieráticos al rey. El resto de los que pensaban confesar sus salidas permanecían tras nosotros, apiñados y confundidos.

—Resulta admirable la lealtad que muestran hacia ti tus hombres, *ulfhednar*, pero, así tenga que aniquilar a una facción importante de mi ejército, te aseguro que no perdonaré tamaña traición. ¿He de entender que todos los que comparecen ante mí acatarán mi decisión?

Todos asintieron casi al unísono, menos Gunnar, que sostenía imperturbable la mirada de su rey.

—Dime, mi buen Hiram —comenzó a decir Halfdan—: ¿adónde acompañaste a Freya la noche que te vieron con ella?

—Fuimos a Agder —murmuró escueto.

—¿Y puedo saber, mi porfiada *skjaldmö*, qué buscabas en Agder?

—Necesitaba hablar con Sigrid, y eso fue lo que hice.

Alzó la barbilla en dirección al gran Orn, su general. Aquella mole inmensa de rostro atemorizante, plagado de cicatrices y mirada letal, se acercó a Halfdan.

—Mandad de inmediato un emisario a Agder, quiero que traiga ante mí a Sigrid. Enviad también heraldos a todos los rincones de mi reino,

quiero al grueso de mis ejércitos dispuestos para la batalla a la mayor brevedad posible. Apostad espías en la costa de Jutlandia, para dar la alarma es caso de avistar la flota de Lodbrok. Estamos en guerra, y el tiempo es nuestro peor enemigo. —Hizo una pausa que aprovechó para derramar su grave mirada entre sus súbditos—. Partiremos de inmediato hacia Hedeby; equipad todos los *snekkes*, embarcaremos en Tønsberg cuando se reúnan todas mis tropas.

—Así se hará, mi rey.

El gran Orn, tan huraño y rudo como su apodo, avanzó erguido con paso poderoso, seguido de un numeroso grupo de guerreros.

—Y ahora, mientras nos vemos obligados a aguardar la llegada de Sigrid, me veo obligado a castigar vuestro silencio.

Se dirigió a Hiram con gesto adusto y, enfrentándolo con la mirada, añadió:

—Como miembro de mi *hird*, actuar a mis espaldas agrava el castigo.

—Os debo pleitesía —afirmó Hiram con voz firme—. Mas soy un hombre libre, y como tal puedo ir a donde me plazca, y más como protector de una de vuestras *skjaldmö*.

Halfdan frunció el cejo ante la arrogancia de Hiram, su rostro se oscureció y sus labios se tensaron en una línea blanquecina.

—No es la primera vez que te muestras insolente, bellaco, ya intentaste esquilmarme una presa que había marcado como mía. Y puedo asegurarte que, si ella no hubiera intercedido, tu espalda luciría ahora la marca de mi ira.

La alusión a aquella noche de lujuriosos apetitos desatados ciñó el nudo que me atenazaba. Pude sentir el tenso malestar que manaba de Gunnar, como una neblina inquietante, pesada y oscura.

—Asumiré el castigo por desobediencia, hasta que se demuestre que no soy un traidor —concedió Hiram.

—Lo recibirías asumido o no —replicó tajante Halfdan.

Otra señal de cabeza y dos guerreros apresaron a Hiram, obligándolo a ponerse de rodillas.

Valdis soltó una alarmada exhalación e hizo ademán de abalanzarse hacia Hiram. Jorund la sujetó, inmovilizándola, mientras le susurraba en el oído palabras apaciguadoras.

Rasgaron con brutal hosquedad las ropas de Hiram y, con la túnica hecha jirones, lo cogieron del cabello y lo obligaron a que su frente

tocara el suelo, justo a los pies de su rey.

—Serás vareado hasta que mis ánimos se calmen o hasta que desfallezcas —anunció el rey, tomando asiento en su trono.

—No, no lo será —contravino Gunnar dando un paso al frente.

Algo frío y viscoso reptó por mi vientre, mi pulso se aceleró y el miedo atenazó mi garganta, cerrándola con puño de hierro.

—Hiram está a mi cargo —añadió con fría gravedad—. Yo respondo de sus actos.

Y ante la estupefacción de los presentes, se desprendió de su camisola con aparente calma y se puso de rodillas. Fijé los ojos en su abundante melena leonada cubriendo una impresionante y curtida espalda, amplia y poderosa, que mostraba unas líneas más blanquecinas y rugosas de un castigo anterior, también por culpa mía. Y sentí deseos de abrazarme a ella y protegerlo con mi cuerpo.

Halfdan lo observó contrariado; acto seguido, clavó su rapaz mirada en mí y una siniestra sonrisa sombreó apenas sus labios.

—Cómo deseas, *ulfhednar*, que así sea.

Un ademán impaciente con la cabeza impelió a uno de sus hombres hasta su presencia portando una larga y flexible vara en la mano.

El guerrero se colocó junto a Gunnar y éste se inclinó, apoyando los antebrazos y la frente en el suelo.

Hiram se incorporó, lívido y desconcertado; susurró unas veladas palabras que provocaron que Gunnar negara rotundo con la cabeza. Ofuscado, se puso en pie y regresó apesadumbrado a la fila.

Me agité en mi lugar cuando el guerrero comenzó a balancear la vara, dejando escapar una ahogada exclamación. En ese instante, Gunnar alzó la cabeza y la giró hacia mí, lanzándome una mirada admonitoria.

Sé que debía permanecer impasible, que no tenía que reflejar la angustia que oprimía mi pecho. Pero cuando Halfdan, movido por un abrupto impulso, le arrebató la vara a su hombre y tomó su lugar, el pavor me dominó y un violento estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

Sentí una mano presionar la mía, y me volví para absorber la mirada de Eyra, quien, a mi lado, aparentemente serena, me transmitía su muda fortaleza, y el mensaje velado de que permaneciera inmóvil y tranquila.

El restallido de la vara sobre la piel de Gunnar me sobresaltó, pero fue la mirada escrutadora de Halfdan la que erizó mi piel. Tras cada azote, sus ojos me escudriñaban, buscando una emoción que paladear, un recelo

que confirmar.

Una y otra vez, la vara cruzaba mordiente la piel de su espalda, abriéndola en finos tajos de los que brotaba la sangre, que se escurría sinuosa y lánguida por los ondulados músculos que se estremecían tras cada impacto. La vara se arqueaba en cada sacudida, lamiendo afilada sus costados, y provocando que el cuerpo de Gunnar se contrajera bruscamente en dolorosos espasmos.

El odio prendió mi mirada, visceral y fulminante. Apenas fui consciente de que cerraba con tanta vehemencia mis puños, que clavaba mis uñas en las palmas de mis manos, y de que apretaba mis labios en una tensa línea que perdió su color rosado natural. Un color que arreboló mis mejillas, claro manifiesto de la ardorosa cólera que corroía mis entrañas.

Volqué cuanto sentía sobre Halfdan, que vareaba con saña a Gunnar sin despegar sus ojos de los míos, volcando en cada latigazo su propia frustración y el rencor que sentía por mí, y quizá por sí mismo.

Gunnar gruñía entre dientes, y aquel estremecedor sonido sofocado se mezclaba con el vibrante silbido de la vara cortando el espacio que la separaba de su presa, y el espeluznante chasquido pegajoso de la piel rasgada. La sangre extendida en cada nuevo varazo teñía de un rojo brillante cada palmo de su magullada piel. En la sala reinaba un sepulcral silencio, indignado y afectado, que flotaba insidioso en el ambiente, acompañado de un hondo estupor y un impresionado sobrecogimiento.

Algo se desató dentro de mí, una furia tan arrolladora, tan apremiante y feroz, que me abalancé hacia Halfdan al tiempo que un grito rasgaba mi garganta.

—¡¡¡Basta!!!

El brazo del rey se detuvo a mitad del arco trazado, para mirarme con asombro e irritación.

Y lo único que se me ocurrió para frenar aquella sangrante tortura fue colarme entre los brazos de Halfdan, rodear su cuello y besarlo con casi la misma saña que él mostraba en su castigo.

Mordí sus labios, cerqué su lengua y, con hosquedad brutal y rabia liberada, le procuré dolor y placer en igual medida. Él soltó la vara al instante y me encerró en un constreñido abrazo, aprisionándome con evidente ansia. Sufrió en aquel gesto tanto como yo, mostrando toda el hambre acumulada, toda la frustración que guardaba, y una desesperación nacida de su consabido fracaso. Yo era su primera derrota, y si algo

juraba a los dioses era que, además, sería su verdugo.

Pude sentir su erección palpitando contra mi cuerpo, su angustioso anhelo y sus atronadores y dolientes sentimientos, liberados en aquella sala, frente a sus súbditos, frente a su reina, incluso frente a él mismo.

Cuando me despegué de su boca y lo miré a los ojos, acuosos y afectados, nublados por la lujuria y teñidos de impotencia, me negué compasión alguna en el momento en que acerqué mi boca tentándolo de nuevo. Mirándolo lasciva, siseé entre dientes:

—Es a mí a quien quieres castigar; adelante cuervo inmundo, no te temo.

La mirada de Halfdan relampagueó peligrosamente. Contuve el aliento cuando alzó la mano y en un movimiento raudo la estampó contra mi mejilla con todas sus fuerzas, impeliéndome hacia atrás.

Frenó mi retroceso apresando con rudeza mi brazo y atrayéndome de nuevo hacia su pecho.

—Deberías temerme —amenazó colérico—, porque ahora mismo pienso someterte como la perra que eres.

Me llevó casi a rastras hasta la mesa. Apresó mi nuca, tomando en su mano parte de mi melena, y estampó mi cabeza contra el tablero de la mesa. Pude sentir la rugosidad de la madera en mi mejilla. Me debatí, pero Halfdan apresó mis muñecas en mi espalda y se ciñó a mis nalgas libidinoso.

—Voy a domarte ante mis súbditos, maldita. Voy a enseñarte sumisión y respeto, voy a hacerte aullar como jamás lo han hecho.

Grité impotente y me revolví furiosa al tiempo que rebuscaba el bajo de mi túnica.

—No, mientras yo viva —tronó una iracunda voz grave.

Gunnar se había puesto en pie, temblando visiblemente. Su rostro era un máscara de dolor contenido; su mirada, una flecha impregnada en odio, y su porte, amenazante y fiero.

Halfdan aferró de nuevo mi cabello y me incorporó con rudeza, me puso delante de él y, en un gesto veloz, sacó una daga de su cinto y la presionó contra mi garganta.

—Si es el único inconveniente... —replicó Halfdan con una sonrisa pérfida y demencial—. ¡Apresadlo, será ejecutado mañana al amanecer!

Fueron necesarios cinco guerreros para reducir a Gunnar, que luchaba como si los numerosos cortes que surcaban su espalda fueran

meros dibujos escarlata. Pero hicieron falta muchos más para contener a los hombres de Gunnar, que, espada en mano, se enzarzaron en una impetuosa revuelta, que fue sofocada instantes después, ante la enardecida turba que, confundida, vacilaba posicionarse, y que al final eligió sabiamente la sumisión.

La punta de la daga presionó en un punto determinado en un lateral del cuello. Al cabo, sentí un hilillo de sangre descender cosquilleante por mi cuello. Nada que ver con el puñal que masacraba mi pecho, empuñado por el miedo y la desesperación.

Nubes de tormenta

Llovía.

Lo hacía como si oscuras y aglutinadas nubes castigaran la tierra, horadándola con afiladas agujas de agua, penetrándola hasta las entrañas, mancillando con su fiero ímpetu cuanto había brotado de ella. Quizá para recordarle su poder, para empaparla con su furia, o inundarla con su crueldad.

El viento aullaba, sesgando apenas aquella rotunda y abrumadora cortina de agua. El amanecer, oscuro y lúgubre, sobrecogedoramente iluminado por violentos rayos que rasgaban el cielo y rugían coléricos, más se asemejaba a una tétrica noche que al despuntar de un nuevo y aciago día. El furor de los elementos resultaba espeluznante. Y, aun así, palidecían ante la tormenta que devastaba mi interior.

Gunnar había pasado la noche a la intemperie, atado a una burda cruz de madera, semidesnudo y sangrante, aguardando su destino, cabizbajo y laxo.

El resto habíamos sido hechos prisioneros, acusados de traición, excepto Eyra. Una extraña dispensa que solicitó la reina y que le fue concedida. Aquel súbito interés de Ragnhild por Eyra sumaba angustia a mi tormento; la araña tejía su tela de nuevo y justo en el momento de más indefensión.

Maniatados en el cobertizo, con dos guardas apostados cerca de la puerta, sentados indolentes sobre el heno y cabeceando en una duermevela inquieta, nos miramos con la ansiedad pintada en nuestros rostros.

—Tenemos que liberarlo —siseó Hiram apremiante.

—Para eso hemos de liberarnos nosotros —replicó ceñudo Erik.

—No tenemos nada afilado a mano —gruñó Ragnar abatido.

—Tenemos dientes —susurré fijando la mirada en los adormilados guardas—. Ya escapé en una ocasión gracias a ellos. Ahora que el cansancio los ha rendido, es el momento.

Los guerreros se miraron entre ellos sopesando mi sugerencia. Thorffin arrugó el gesto y negó con la cabeza.

—Tenemos que salir ya —urgió—; ha amanecido, pero la tormenta retrasará la ejecución, es el mejor momento para escapar, no podemos perder ni un instante.

—Pero... ¿cómo...? —planteé intrigada.

—Poneos todos en pie —interrumpió Thorffin, al tiempo que se revolvió para incorporarse—. Intentad no hacer demasiado ruido.

Nos levantamos con las manos atadas en la espalda y actitud expectante.

—No podemos luchar sin usar las manos —murmuró Jorund desconcertado.

—¿Quién las necesita? —respondió Ragnar con una aviesa sonrisa velada, pareciendo adivinar lo que tramaba Thorffin.

—Dispersaos —aconsejó éste mientras avanzaba con sigilo hacia los durmientes guardianes—. Si despiertan, me atacarán de frente; en tal caso, rodeadlos y abalanzaos sobre ellos. Jorund, tienes el resto del cuerpo para pelear.

Valdis me miró con aversión y temor. Asentí con un mohín confiado para tranquilizarla y, como los demás, conduje mis pasos hacia los laterales del almacén.

De repente, uno de los guardas se sobresaltó tras un sonoro bufido y abrió los ojos sorprendiendo a Thorffin casi encima de él. Dejó escapar un gemido sorprendente antes de que el gigante rojo lo aplastara con su cuerpo, dejándolo inconsciente de un brusco cabezazo. El otro hombre parpadeó confuso, fijó espantado toda su atención en Thorffin y, cuando ya empuñaba su espada apresurado, Erik, Ragnar e Hiram rugieron a la carrera y saltaron como chacales sobre él.

No tardaron en cortar las ataduras y en liberarnos a todos.

—Bueno, tenemos dos espadas, una tormenta y nuestra furia —apuntó Thorffin—, pero necesitamos caballos. Freya y yo liberaremos a Gunnar, dudo que pueda caminar. Cargaré con él y lo subiré a su caballo, tendremos que amarrarlo para que no caiga; Freya, tú llevarás las riendas. Huiréis como si os persiguiera el mismo Odín en su carro. Iremos detrás, no nos detendremos hasta que las monturas desfallezcan.

Todos asentimos, intercambiando miradas graves y decididas. Thorffin cogió una espada, Hiram la otra.

—¡Vamos!

Salimos bajo aquel infierno de agua, corriendo con el corazón en vilo. El grupo se desvió hacia los establos. Thorffin y yo enfilamos a la carrera, entre profundos charcos y tierra enlodada, hacia la explanada frente al gran *skáli*, donde estaba Gunnar.

Verlo allí, atado a una cruz, con el pecho al descubierto, cabizbajo, con su largo cabello empapado cubriéndole el rostro, con el cuerpo flojo y las espantosas laceraciones que surcaban sus costados, me partió el alma. Era la viva imagen del Cristo Redentor agonizando en la cruz, y en verdad se trataba de un mártir, sacrificando su vida una y otra vez por salvar la mía. Por fortuna eran sogas y no estacas lo que lo anclaba a los maderos.

El estruendo de la tormenta nos ensordeció. Thorffin se enzarzó con las cuerdas que afianzaban el cuerpo de Gunnar a los postes, mientras yo me abrazaba a su pecho e intentaba alzar su cabeza para reanimarlo.

Dejó escapar un débil y amortiguado gruñido, que alivió mi congoja y aligeró mi angustia.

—Gunnar, mi amor, pronto estaremos muy lejos de aquí —susurré sacudiéndolo ligeramente.

Otro gemido apagado. Aparté el cabello de su rostro y lo acaricié con mimo. Libre ya de sus ataduras, el peso de su cuerpo me venció. Ya trastabillaba hacia atrás cuando Thorffin se precipitó en mi ayuda, sosteniendo a Gunnar y cargándolo acto seguido sobre su espalda, como un pesado fardo que arrastró con paso raudo y esforzado hacia las caballerizas.

Sin embargo, cuando llegamos frente a la amplia construcción de madera, una figura oscura de porte amenazante emergió de los grandes portalones abiertos, atravesando el sombrío umbral con paso seguro. Supe quién era incluso antes de vislumbrar sus facciones. Me tensé y aferré el brazo de Thorffin para detenerlo.

Miré ansiosa en derredor; ni rastro de los guerreros de Gunnar.

—¡Soy hombre cauteloso! —exclamó Halfdan alzando la voz por encima de la tormenta—. ¡No en vano conservo mi reino!

Thorffin soltó a Gunnar, que cayó laxo sobre la tierra enlodada, y esgrimí la espada con ademán feroz.

Avanzó con decisión, dispuesto para el ataque; en cambio, Halfdan no desenfundó su acero, sólo lo observó quedo, con una sibilina sonrisa y

gesto confiado.

De pronto, el rey alzó una mano y del lateral de las caballerizas aparecieron sus soldados apuntando con sus aceros a los guerreros de Gunnar, que caminaban abatidos y cabizbajos.

La implacable lluvia adhería el bruno cabello de Halfdan a su rostro. El agua resbalaba por sus angulosas facciones, y su mirada rapaz e intrigante se clavó en mí.

—¡Pero también soy un hombre magnánimo y juicioso! —agregó a voz en grito—. ¡Tengo motivos más que suficientes para ejecutaros a todos, mas no lo haré!

Caminó a grandes zancadas hacia nosotros y se detuvo frente a mí.

—Os daré la oportunidad de luchar por vuestras vidas si lucháis a mi lado en la batalla. Si logramos la victoria, permitiré que marchéis a donde os plazca, lejos de mí.

—¿Es un pacto? —inquirí desconfiada.

—No, es la única manera de obtener mi clemencia —apuntó con dureza—. Si derrotamos a Horik, seréis libres.

—Eso si sobrevivimos a la batalla —mascullé vencida.

—Aquí os aseguro que no lo haréis —concluyó antes de marcar un gesto vehemente con la barbilla.

Al cabo, un nutrido grupo de guerreros nos rodearon. Instintivamente me precipité sobre el cuerpo de Gunnar, que permanecía inconsciente tendido sobre el barro; necesitaba sentir sus labios. Me incliné sobre él y lo besé fugazmente antes de que Halfdan apresara burdamente mi brazo y me despegara de él.

Me revolví furiosa y lo encaré altanera.

—Lucharemos por ti —concedí airada—, pero, si no obtenemos lo que nos has prometido, juro por los dioses que no cejaré hasta acabar con tu vida y la de tu hijo. Yo misma exterminaré todo tu linaje, Halfdan Svarte el Negro, como ya lo hizo tu reina.

—¿Qué locura pone Loki en tus labios? —profirió lívido, al tiempo que me zarandeaba furibundo.

—¡Engendraste dos vástagos, gran rey; ambos descansan en el otro mundo!

Bufó iracundo sin dejar de sacudirme con violencia. Avanzó a grandes zancadas, arrastrándome tras él. Caía en un charco tras otro vilmente empujada con enconado ímpetu por la furia de Halfdan, que

tiraba de mi brazo como si quisiera arrancármelo del cuerpo.

Embarrada, aterida y temblorosa, fui conducida al granero de nuevo, donde me lanzó con hosquedad sobre los fardos amontonados.

—Y ahora, maldita perra, vas a dar cuenta de tus perniciosos embustes.

—No miento —repliqué entrecortadamente. Me faltaba el aliento, la furia me sacudía y el miedo me atenazaba. Miré angustiada a mi alrededor, buscando con qué defenderme. No obstante, sólo tenía a mano mi astucia; la verdad era mi baza y bien esgrimida podía convertirse en mi escudo—. Los hijos que perdió Sigrid eran tuyos. La misma Sigrid me lo confesó, por eso acudí a Agder; fui buscando la verdad, y la hallé.

Halfdan entrecerró los ojos que todavía chispeaban feroces; sin embargo, el recelo se instaló en su semblante como un paño oscuro que lo inmovilizó por un momento.

—Ragnhild lo descubrió. El Oráculo es su consejero y ambos trazaron a su antojo los designios a seguir para acabar con cualquier bastardo que pudiera reclamar tu reino, en perjuicio del que ella lleva en su vientre. Decidió con frialdad eliminar posibles rivales de su propio hijo.

Los ojos del rey se abrieron asombrados, brotando de ellos una duda que crecía a medida que su mente asimilaba mis palabras.

—Pero necesitaban un culpable, una mano que ejecutara sus fechorías. Tejieron todo con extremo cuidado, y me atraparon astutamente en su elaborada trampa. Nadie más conocía la verdad que ocultaba Sigrid, se sentían confiados, pero, aun así, tu maliciosa reina no quiso correr riesgos y, cuando me indultaste, decidió acabar con mi vida. —Hice una pausa para coger aliento y apartar el vívido recuerdo de aquel inocente niño en mis brazos. Sentí tal oleada de angustia y dolor que jadeé—. Yo... yo debería haber interpretado correctamente las señales. Cuando ella me pidió que te sedujera, que consiguiera que la tomaras en mi lugar, debí darme cuenta de lo sibilina y manipuladora que era, pero lo atribuí a su desesperación por concebir un heredero. El resto lo consideré celos e inquina, pero erré del todo, es una víbora venenosa, letal y maléfica.

Halfdan permanecía hierático, sumido en sus cavilaciones. Sólo sus ojos mostraban la tormenta que comenzaba a gestarse en su interior.

Decidí aguardar su reacción, alerta a cualquier ataque y pensando en algo que añadir en caso de que se cerniera sobre mí.

Tras un largo y tenso instante, Halfdan respiró hondo; en su semblante rezumaba un amargor profundo que oscureció su tez y empañó su mirada.

—Mis hijos —pronunció en tono débil y extraño, como si esas palabras llevaran tiempo preparadas para salir, y ahora que lo hacían cayeran en un oscuro precipicio, produciendo un sonido hueco y vacío.

Entonces, fue una cólera rugiente lo que incendió su rostro y refulgió en sus ojos, llameando peligrosamente.

—Mi sueño, en verdad fue profético —siseó entre dientes—. Esa condenada *völva* supo interpretarlo: dijo que yo tendría una larga descendencia, pero sólo uno de mis hijos sería rey. Y así es: mi primer hijo murió de fiebres, junto a mi esposa, y ahora mueren dos por la ambición de mi nueva reina. Sin duda lleva en su vientre al que será rey de todos mis territorios, pero, cuando nazca, nada la salvará de mi ira. La desterraré para siempre, condenándola a la ignominia, repudiada y desprotegida.

—Una mujer así no sólo ambiciona el trono para su hijo, es fácil adivinar que también lo querrá para sí.

Fue como si le acabara de lanzar un cubo de agua helada. Su semblante se demudó, su ceño se frunció temeroso y sus puños se cerraron, conteniendo el torrente de emociones que lo desbordaban. Saberse una posible víctima de alguien que, además, era intocable hasta que trajera a su hijo al mundo, debía de provocar una emoción duramente encontrada y difícil de sobrellevar. Una honda preocupación tildó sus facciones.

—La tendré vigilada, se convertirá en mi prisionera —adujo con pesadumbre—, pero tú no te acercarás a ella. Por fin he encontrado la manera de quererte lejos de mí.

—Ése siempre fue mi consejo —recordé.

Halfdan asintió lánguidamente y paseó los ojos por mi cuerpo; el lodo ceñía la ropa a mis formas, pero en ellos no asomó ningún matiz libidinoso. Permaneció pensativo y algo ausente hasta que, rompiendo su inmovilidad, retiró mechones mojados de su rostro con gesto brusco e impaciente.

—Te deseo —comenzó a decir contrito—, pero también te odio por provocar eso en mí. Te amo, pero con un rencor tan agudo, con una frustración tan intensa, que me desprecio a mí mismo por ello. Pero ten

clara una cosa: si algo le pasara a mi reina mientras lleve a mi hijo en sus entrañas, te juro por cuanto mora en el Valhalla que llorarás lágrimas de sangre.

Ya se volvía para marcharse cuando se detuvo para dedicarme una admonitoria mirada que encogió mi vientre.

—No olvides algo, Freya —agregó en tono amenazante—. Mi reina tiene a Eyra en su poder; sólo la liberaré de sus garras cuando derrotemos a Horik y sus hordas de clanes rebeldes. La huida no es el camino, si queréis que ella lo comparta.

Abandonó el almacén con paso regio y porte imperioso; sin embargo, yo sabía que su interior era un amasijo de emociones ponzoñosas que ya habían comenzado a roerlo por dentro.

Necesitaba calor, refugio y alimento, y saber qué habían hecho con Gunnar y los demás. Pero cuando me puse en pie, las rodillas me flaquearon y me desplomé de nuevo sobre los fardos. Sentí unos incontenibles deseos de llorar y liberar el nudo que oprimía mi pecho, pero me negué semejante alivio. No, necesitaría toda la tensión acumulada, toda la rabia y todo el odio para defenderme, pues para atacar sólo precisaba frialdad y observancia. Estaba segura de que, si aguardaba la oportunidad, ésta se presentaría. Tarde o temprano, la araña caería en mis redes.

Me puse en pie de nuevo y salí del granero, antes de emprender mi camino hacia el *skáli*. Dejé que la lluvia, ya más apaciguada, limpiara el barro que ensuciaba mi piel. Cada gota fue una caricia, y lo que me encontré ansiando era que limpiara no sólo mi cuerpo, también mi alma, pues la sentía tan oscura como las nubes que colmaban el cielo ocultando el sol. Me pregunté cuándo amanecería, no sobre mí, sino dentro de mí.

Abrí los labios, extendí los brazos e incliné el cuello para alzar el rostro al lloroso cielo; cerré los ojos y me dejé purificar... buscando en mi interior un rincón acogedor donde resguardarme un instante, donde reponer la paz perdida, donde ordenar mis pensamientos y donde dejarme arropar por un manto sereno y cálido para recuperar el vigor desgastado y las esperanzas transidas y renqueantes.

No me permití mucho más; abrí los ojos y miré al frente con gesto adusto y mirada decidida. «Lo conseguiremos», me dije, y caminé hacia el gran *skáli* como si cada paso fuese sobre brasas, y al final del camino tuviera que atravesar un matorral de espinos.

Me castañeteaban los dientes y los escalofríos eran tan violentos que ni abrazándome a mí misma pude reprimirlos.

Abrí uno de los portalones y me adentré en el recinto. El calor me golpeó, otorgándome cierto regocijo. Comprobé, como temía, que Gunnar era atendido por las esclavas, bajo la atenta mirada de Halfdan. Thorffin y los demás permanecían sentados en una larga banqueta, con semblantes cogitabundos y derrotados. Ya me acercaba a Gunnar, que continuaba inconsciente, cuando Halfdan se interpuso en mi camino.

—No, ni él ni tú podréis acercaros el uno al otro hasta después de la batalla.

—¿Eres tan cruel que, a expensas de saber que nos enfrentaremos a la muerte, no permites que nos tengamos el tiempo que nos quede?

—No —respondió cortante—. No lo permito, porque no soporto verte con él, ni con nadie. Prefiero ser cruel a que lo sean conmigo; agradece que no te ate a mi cama, como es mi deseo ahora mismo. Pero no tendrás que sufrir mi decisión mucho más; en pocos días habré reunido a mis huestes y, entonces, partiremos rumbo a Viborg.

Dicho esto se alejó de nuevo, como si mi presencia lo acicateara con impulsos que seguramente le costaba mucho contener.

En ese momento, descubrí que, si no estaba atada a su cama, como él ansiaba, era por evitar un enfrentamiento entre su reina y yo. Pretendía mantenernos alejadas. Ella era su flaqueza, era el orificio en su escudo, por el que podría colar mi lanza. Ella era mi arma, al igual que Eyra era la suya.

Mi primera batalla habría de librarse en sus dominios, reina contra guerrera; también sería vital esa victoria.

Sueños de muerte

Hedemark bullía de actividad.

Centenares de soldados habían invadido el poblado, pertrechados para la batalla, solazados y ansiosos por entregar sus vidas y sus almas a favor de su rey, sabiéndose próximos al Valhalla, imaginándose rodeados de hermosas valquirias y de rebosantes jarras de ambrosía.

En ese momento aprovechaban, con ruda intensidad, quizá sus últimos instantes de esparcimiento terrenal... bebiendo, copulando como animales, carcajeándose estruendosos y retándose en peculiares apuestas, que solían acabar con los puños.

Deambular entre aquella exaltada turba ebria, siendo mujer, resultaba riesgoso, y más cuando acaparabas miradas curiosas, entre desconfiadas y libidinosas. Ir equipada con mi más aguerrida vestimenta de doncella escudera conseguía mantener a los hombres en su sitio. Aun así, si mi yelmo, mi peto de cuero con correajes, mis calzas de hombre, mis botas altas y la espada en mi cinto no fueran suficientes para repeler la desatada lujuria de los soldados, la imponente presencia de Asleif a mi lado, la ferocidad de mi inseparable *Fenrir* y las fulminantes miradas de Gunnar sobre los incautos que se acercaban demasiado me mantenían a salvo.

Gunnar estaba parcialmente restablecido; sus heridas seguían tiernas, pero su vigor, recuperado. Eyra le cambiaba el emplaste cada mañana, y le aconsejaba que entrenara a la intemperie con el torso al descubierto, para que las brechas se secaran más deprisa. Y de esa guisa, paseaba por la aldea, impresionando a los guerreros y a las mujeres, que lo miraban entre admiradas y horrorizadas por los profundos cortes que surcaban su espalda y por la impetuosa belleza de tan majestuoso hombre.

Yo también lo observaba, con tal intensidad que incluso percibía su estremecimiento ante el desesperante anhelo que emergía de cada una de mis miradas. De la misma manera, yo era receptora de las suyas, del fuego que palpitaba contenido en él, de su huraña frustración, pero sobre todo de

la firme decisión que movía cada uno de sus pasos.

Estaba al tanto de todo, naturalmente, y de que su madre era la prenda que Halfdan retenía, como garantía de nuestra lealtad obligada. Ahora era un león enjaulado que paseaba inquieto de un lado para otro de la puerta de su celda, deseoso de saltar fuera de ella, y de morder hasta liberarse.

Sigrid había dado su testimonio ante Halfdan, confesándole en privado lo mismo que me había contado a mí. Verla de nuevo me impresionó sobremanera. Tenía la mirada perdida y vacua, estaba pálida y ojerosa, un rictus amargo descomponía sus facciones, apagando su otrora luz. Estaba rota, era un alma sin vida, una simple envoltura que caminaba perdida, sin rumbo, ni esperanza. Nada la anclaba ya a este mundo, o eso creí yo al menos, porque, cuando se acercó a mí, súbitamente su porte se irguió y su mirada destelló mostrando una oculta intención.

—Al igual que yo pago mis maldades —desveló con frialdad—, nadie quedará sin castigo.

Permanecí rígida y alerta, hasta que seguí su mirada. Esta vez no era yo el objetivo de su venganza. Esta vez, ambas compartíamos un fin común. Ragnhild también nos observaba, evidenciando un inquieto temor y la misma inquina de la que ella era objeto.

Sigrid me miró de nuevo, asintió de un modo imperceptible, encontrando en mí a una aliada imprevista, y se alejó a su rincón.

Eyra no podía salir del *skáli*; además, era la encargada de atender las necesidades de la reina. En cuanto a alimentos y bebidas, debía probarlas ella antes. Y eso sí me preocupaba estando Sigrid cerca.

Suspiré con pesadumbre y preocupación y me dirigí al banco donde estaba sentado Hiram, claramente nervioso. Forcé una sonrisa tranquilizadora cuando posó sus hermosos ojos celestes en mí.

Esa noche se celebraría la festividad de Walpurgis, en la que, mediante cánticos y conjuros, se invocaba y adoraba a los dioses de la fertilidad, donde agasajarían con danzas y fuego a Belenos, para que purificara a los habitantes y a los pueblos, y para recibir con algarabía la época de luz y buen tiempo que ya acariciaba la región.

—¿Nervioso o indeciso? —inquirí tomando asiento frente a Hiram.

—Ambas cosas, aunque añadiría aterrado.

Solté una carcajada y sacudí la cabeza. Dirigí la mirada hacia el otro extremo, donde Valdis era preparada por las esclavas, en un rincón de la sala, ocultas por mantos. Esa noche, además, celebraríamos una boda.

—¿Por qué aceptaste si no estás seguro?

Contrariamente al resto de las sociedades que yo conocía, allí las mujeres podían pedir en matrimonio con la misma libertad que los hombres, de la misma forma e, igual de sencillo, podían separarse de su pareja si así lo deseaban.

—Por un lado, deseo formar una familia, y Valdis es fuerte y apasionada. Por otro, su carácter me desespera, sólo consigo calmarla de una manera... —adiviné en su sonrisa la manera en que apaciguaba a Valdis—, pero, incluso así, su posesividad me ahoga.

—¿Y qué hay de los sentimientos?

Compuso un mohín indiferente y se encogió de hombros.

—Ella me ama con locura y yo la quiero. Ninguna otra mujer disponible me atrae lo suficiente como para atarme a ella.

Desvió incómoda la mirada y me re Coloqué el brazalete de cuero que ceñía mi muñeca.

—Además —agregó con una nota agria en su voz—, puede que sea el matrimonio más corto de la historia.

Negué rotunda con la cabeza, frunciendo el ceño reprobadora.

—No pienses eso; volverás con ella y tendrás tantos hijos como disputas.

Hiram rio abiertamente, echando un fugaz vistazo hacia donde preparaban a la novia.

—En tal caso, seré el guerrero más fértil de la región.

Sonreímos, aunque un deje apenado empañó aquel gesto compartido.

—Pocos amores hay como el vuestro —manifestó nostálgico Hiram.

Di un profundo suspiro y lo miré con cierto amargor.

—Cierto, pocos tan vapuleados como el nuestro. Los dioses se ceban con nosotros una y otra vez, son nuestros enemigos, y a ellos nos enfrentamos. Sólo sé que, aunque en esta vida logren vencernos, en la muerte seguiremos buscándonos.

—Y yo te prometo, ante esos mismos dioses —aseveró Hiram, adoptando una solemne gravedad—, que siempre te ayudaré a encontrarlo, incluso a través de la eternidad si es necesario.

Alargué la mano sobre el tablero de la mesa, e Hiram la cogió entre las suyas, con semblante emocionado y mirada tierna.

—Es tremendamente injusto, Freya, que ambos tengáis que sufrir tanto sólo por amar.

—¿Te nombras guardián protector de nuestro amor? —proferí con un tinte jocosos y ligero, aunque sus palabras me llegaron al alma.

—Es justo lo que acabo de hacer —afirmó con hondo convencimiento—, así que confía en mí: Gunnar y tú os pertenecéis, y alzaré la voz para proclamarlo al viento, a las nornas, a Odín o a quien sea necesario.

Sonreí emocionada y asentí de nuevo, apreté cómplice su mano en gesto agradecido y me puse en pie.

—Mi guardián, necesito otro favor, mientras voy a ver cómo va la novia.

—Decidme, protegida —respondió con una sonrisa burlona.

—Vigila a Sigrid; si se acerca a los calderos que humean sobre el fuego, o a las barricas de cerveza, permanece alerta a sus actos. Creo que es capaz de todo.

—¿Temes que ahogue sus penas comiendo o bebiendo? —bromeó frunciendo el ceño en una mueca socarrona.

—Temo que busque venganza.

La azulada mirada de Hiram se oscureció al tiempo que asentía.

—Estaré atento, al menos hasta que comparezca en el ritual de mi boda; en ese momento, mi única preocupación será respirar.

Sacudí la cabeza con una sonrisa y me alejé para ofrecerle a Valdis mis buenos deseos.

Toda mi intención quedó ahí, cuando Gunnar entró en el *skáli*. Mis ojos recorrieron hambrientos su marcado y poderoso torso. Paseé los ojos por cada uno de los ondulados trazos de los permanentes dibujos rituales que adornaban su pecho y sus antebrazos, como serpientes de tinta enroscadas a su cuerpo. Tan subyugantes como la piel sobre la que se lucían.

Deseé pasar los dedos por cada línea, ansié delinearlas con la lengua y colorearlas con mi aliento. Cuando él posó los ojos sobre mí, descubrí que estaba conteniendo el aliento y que jadeaba. Respiré profundamente y me obligué a apartar la vista, luchando contra el desgarrador anhelo de cobijarme en aquel esplendoroso pecho que tantas miradas atraía.

Entonces, reparé en que ya no llevaba barba; su varonil rostro libre de vello resultaba hermoso, viril y cautivador de un modo devastador. Me perdí por un beso en aquellos labios mullidos y suaves, por puntear con los míos la rotunda línea de su mandíbula y mordisquear con suavidad su

cuello. Me obligué a darle la espalda, temerosa de no poder contener mis impulsos.

Fue cuando me topé con la penetrante y ceñuda mirada de Halfdan, y la intrigante expresión de su reina. En ambas pude leer oscuros mensajes soterrados de argucias inminentes. Algo que por otra parte ya entreveía; ninguno iba a concedernos la libertad, no mientras tuvieran un hálito de vida en sus cuerpos. Nuestra lucha sólo podría acabar con la muerte de un bando; el león y la loba contra el cuervo y la araña.

Me descubrí sonriéndoles maliciosa, incluso amenazante. Ya no les temía, ahora les mostraba de forma abierta a quién se enfrentaban. Aquello los desconcertó y, tras absorber aquel pequeño triunfo gestual, me dirigí hacia el cubierto rincón donde Valdis era ungida con afeites florales, vestida y peinada.

Retiré las cortinas y me adentré en aquel pequeño receptáculo. Dejé escapar el aliento ante la hermosa mujer que, sentada en una banqueta, permitía que adornaran su brillante cabello rojo con guirnaldas de flores blancas.

—Valdis, creo que Hiram se quedará sin respiración como bien vaticinó —aduje admirada.

La aludida me miró y sonrió radiante.

—¿Me encontrará hermosa? —preguntó ilusionada.

—Lo eres, y hoy resplandeces.

Valdis estiró los labios en una amplia sonrisa plena de dicha.

—Porque voy a desposarme con el hombre que amo —respondió tras un hondo y emocionado suspiro.

Me acerqué a ella sonriente y deposité un beso suave en su frente.

—Os deseo una larga vida en común, que los dioses os colmen de bendiciones y que vuestro amor ilumine cada instante de vuestras vidas.

Valdis alzó conmovida sus acuosos ojos verdes, su sonrisa tembló afectada y, con expresión agradecida, cogió mi mano entre las suyas.

—Ojalá, y que esos deseos te sean devueltos, nadie los merece más que Gunnar y tú.

Esta vez fui yo la que asintió con mirada húmeda.

Recordé en aquel instante el día de mi boda con él, lo mágico de aquel inolvidable momento. La penetrante mirada de Gunnar sobre mí, la vinculación de nuestras almas y la unión inmortal de nuestros corazones. El rito había consagrado nuestro juramento y, aunque el destino se

esforzaba en romperlo, no lo conseguiría, porque el mayor poder que cobijaba este mundo no eran las religiones, ni los hombres, ni los dioses... el mayor poder era el amor, al menos lo que daba sentido a todo.

—Te aseguro que no voy a quedarme a esperar que esos deseos se cumplan, los vamos a luchar.

Valdis oprimió mi mano en gesto cómplice. Compuso un mohín confiado y asintió con vehemente convencimiento.

—Lo lograréis.

Sonreí, me incliné de nuevo hacia ella y besé su sien, al tiempo que acariciaba su lustroso cabello del color del fuego.

—Ahora, saborea cada mirada, cada sensación, y disfruta de lo que tú misma has conseguido.

Tras una última mirada y una gran sonrisa complacida, que ocultaba mis propios temores, salí del cubículo formado por mantos colgados en las vigas de aquel rincón apartado.

Me detuve un instante para tomar una gran bocanada de aire y alejar los recuerdos. No era momento de nostalgias y flaquezas.

Escudriñé la sala en busca de Sigrid; no la encontré. Sentí alivio y me dirigí a Eyra, que removía con un largo cucharón de madera uno de los grandes calderos, donde la oscura y densa sopa de ganso ondeaba lamiendo el interior de la marmita.

—Recelo de Sigrid —murmuré soterrada cuando llegué a su altura —, planea algo; su mente enturbiada por el odio es capaz de cualquier cosa.

Eyra no me contestó; sin embargo, dejó de remover el guiso y suspiró hondamente. La expresión de su rostro me desazonó sobremedida. Había oscuridad en él, velado por una angustia inusitada en ella.

—¿Qué te ocurre, Eyra? —pronuncié alarmada, cogiéndola por los hombros. Sentí cómo mi pecho se agitaba por el miedo.

La mujer tragó saliva; el brillo de sus ojos titiló con un conocimiento que me encogió el corazón. Me agarró del brazo y me condujo hacia un rincón solitario.

—Anoche tuve un sueño —comenzó a decir con mirada perdida—. Me encontraba en mitad de un bosque sombrío, la luna iluminaba un sendero que acababa en una cabaña, era la del Oráculo. Caminé hacia ella y, cuando llegué a la puerta, ésta se abrió para dejarme entrar. Allí estaba él, sentado en su tocón; alzó la cabeza hacia mí y se retiró la capucha de su

capa. —Hizo una pausa en la que tragó saliva de nuevo, su palidez se acentuó—. Entonces, alargó una mano ofreciéndome una flor blanca; su ciega mirada lechosa se clavó en mí, aguardando que la cogiera. Lo hice, la llevé a mi nariz y la olí. Su fragancia era nauseabunda; me empezaron a llorar los ojos, pero, cuando fui a enjugármelos, descubrí que no eran lágrimas lo que recorría mis mejillas, sino regueros de sangre. Entonces, el anciano hechicero dio una fuerte carcajada y me señaló. Cuando miré mis ensangrentadas manos, comenzaron a desdibujarse, todo mi cuerpo se diluía ante mi asombrada mirada, Freya. Y no podía moverme, ni tan siquiera gritar. Me he despertado bañada en sudor y con una opresión en el pecho que crece a medida que transcurre el día.

Negué con la cabeza, un nudo atenazó mi garganta y un acusado pavor recorrió mi espalda, erizándome la piel.

—Es un aviso —conseguí musitar—; sólo habremos de estar más alertas que nunca. No pienso dejarte aquí, vendrás conmigo a la batalla, haré lo que sea por conseguirlo.

—No, Freya, no es un aviso, es mi destino —afirmó con hondo pesar—. Mis sueños son premonitorios; hacía mucho tiempo que no me visitaban. Son visiones proféticas de un futuro inmediato, mi condenado don clarividente anuncia mi muerte.

Negué de nuevo con la cabeza, con más rotundidad, con más desesperación; fijé la mirada en ella, con el ceño fruncido y una decisión firme en el semblante.

—No vas a morir —espeté furiosa—. Las runas se equivocaron anunciando mi muerte; ese maldito sueño no se cumplirá.

Ante mi asombro, la anciana sonrió tranquilizadora, aunque su mirada brilló con una tristeza infinita.

—Escúchame, Freya: las runas, como te dije, no erraron, sólo que no atiné a interpretarlas. Los sueños o visiones son diferentes, son imágenes inequívocas de un suceso por llegar. Es el destino que se muestra ante mí; quizá, después de todo, es un favor de los dioses para que me prepare bien antes de partir. Me regalan el conocimiento para que emplee sabiamente el tiempo que me queda.

—¡Por los dioses, no lo permitiré! ¡Maldición, no te llevarán! —exclamé con aciagas lágrimas bailando en mis ojos—. Ese conocimiento es lo que necesitamos para evitar tal final. Esa flor es una señal, ya sabemos a lo que atenemos. Gunnar ingeniará la manera de sacarte de

aquí y...

—¡Freya, Gunnar no debe saber nada: parte a la batalla... y nada ha de distraer su mente! —interrumpió en tono firme y tajante—. Esa flor blanca sólo evidencia que seré envenenada. Es completamente imposible controlar todo lo que beba y coma, a no ser que deje de hacerlo. Incluso así, hay muchas formas de envenenar; recuerda el dardo que te lanzaron a ti.

—Sólo yo te proveeré de comida y bebida —aseveré tajante—. No vas a separarte de mí. Ese sueño no se cumplirá. En cuanto a Gunnar...

Eyra cogió mis temblorosas manos con las suyas y sonrió dulcemente ante mi asombro.

—No insistas, Freya; Gunnar tiene que luchar por su propio destino, no por uno ya predicho de antemano. —Hizo una pausa para tomar aliento; su mirada se oscureció de nuevo—. La flor no nos es desconocida, es la adelfa, y pueden utilizarla de muchas maneras, no podemos prever el modo.

Aspiré hondamente y redoblé mis esfuerzos por empujar con saliva la piedra que se atoraba en mi garganta. El miedo atenazaba mi pecho y la furia aceleraba mi respiración, y en aquel momento supe lo que tenía que hacer.

—Pero puedo detener la mano que te tiende la flor —argüí animada por un rayo de esperanza.

Eyra sacudió la cabeza y resopló con pesadumbre.

La aceptación que brillaba en su mirada revolvió el mar de brasas que ahora me consumía.

—El Oráculo es el ojo de los dioses, la herramienta del destino; él también sabe que acaba de sentenciar el suyo.

El desconcertante recuerdo de un mensaje me golpeó en aquel preciso instante por segunda vez: las enigmáticas palabras del Oráculo cuando me despidió la última vez que fui a su encuentro, de nuevo. Sólo que ahora encajaban, pero en un hueco aterrador.

Agrandé los ojos y dejé escapar una angustiada exhalación...

«Y ahora marchad, mujer loba; lo último que veré ya de vos serán vuestros colmillos.»

En efecto, él también había sellado su destino.

Una boda entre despedidas

Un emisario entró abruptamente en la sala, con semblante enfurruñado y paso apremiante. La impaciencia dominaba sus bruscos ademanes y el temor, su mirada.

Halfdan detuvo el cuenco a medio camino de su boca y se puso en pie en el acto, yendo al encuentro del angustiado heraldo.

—¡Han avistado la flota de Lodbrok, mi señor; están a pocas jornadas de viaje rumbo a Jutlandia!

Halfdan dejó escapar una brusca y estentórea imprecación y maldijo su fortuna a los cuatro vientos. Sus negros y afilados ojos refulgieron coléricos. Paseó inquieto y contenido, mientras su mente bullía buscando una solución. Ni siquiera sus consejeros se atrevieron a importunarlo con sugerencias. Halfdan era un hervidero de furia; su pecho subía y bajaba y sus facciones se estiraron en una mueca feroz.

—En este instante —rugió malhumorado— partirá una avanzadilla hacia Vestfold, ya están allí los *snekkes* equipados para el combate; los hombres elegidos embarcarán hacia Jutlandia, sin pérdida de tiempo. Allí cercaréis Viborg hasta que llegue con el grueso de mi ejército. No permitiré que Horik se esconda hasta que lo ampare su *jarl*.

Todos los guerreros se pusieron en pie, aguardando la selección de su rey para nutrir aquella avanzadilla.

—Avisad de inmediato al *jarl* Harald el Implacable —continuó impaciente—; quiero que me traiga lo que me prometió y recibirá su recompensa. —Un fugaz vistazo en mi dirección plantó una desazón turbadora en mi pecho y una alerta tan punzante que secó mi garganta—. Quiero que toda mi *hird*, al completo, se prepare para partir en el acto. Seréis mi vanguardia.

Hiram avanzó hacia la mesa real con semblante grave y manifiestamente contrariado, aunque en actitud servil, y se postró ante su rey.

—Con gusto ofreceré mi vida por vuestro reino, mi señor. No obstante, desearía partir ya desposado, para que mis escasas posesiones pasen a manos de mi mujer, en caso de que no regrese.

Halfdan frunció los labios con desagrado, se atusó la oscura y cuidada barba pensativo y finalmente asintió con cierta conmiseración.

—Te concedo la dispensa que me ruegas —accedió huraño—, si no retrasas la partida más de lo necesario.

En ese instante, Valdis emergió del cobijado rincón, caminando como si flotara, tan hermosa y solemne que provocó suspiros admirados entre la congregación.

Hiram se volvió ante las elogiosas exclamaciones de sus vecinos. Y su semblante se demudó, deslumbrado por lo que sus ojos contemplaban.

Sonreí queda al ver la reacción del guerrero. Quizá incluso él no fuera consciente de la intensidad de sus sentimientos, pero la amaba más de lo que imaginaba; aquella fascinada mirada cerúlea no dejaba lugar a dudas.

Mientras la novia avanzaba entre los aldeanos, Hiram palideció y enmudeció maravillado.

Unos brillantes ojos verdes se posaron en mí, plenos de recuerdos. Y en ellos me sumergí mientras braceaba gustosa en aquel mar de puro amor, tan profundo y denso... acariciada por suaves olas de compromiso eterno, y también arrastrada por turbias y cálidas mareas de pasión desmedida. Y de esta forma, con las miradas entrelazadas, desbordantes de sentimientos y necesidad, escuchamos el ritual de la boda, como si aquella ceremonia fuera la nuestra, vibrando con cada palabra, con cada silencio, ambos hambrientos y emocionados. Cada uno en un rincón opuesto, él todavía con el torso descubierto, y unas ceñidas calzas que acicatearon mi lujuria, y yo, trémula y receptora del tórrido deseo que manaba de Gunnar con la intensidad de un huracán.

Lo amaba con cada fibra de mi ser. Mi alma transida clamaba en cada exhalación el tormento que suponían aquellos pocos pasos de separación entre ambos.

Gunnar, grave y constreñido, palpitaba embargado por un sinfín de emociones que sacudían su interior, dejando sólo la secuela de aquella devastación brotando de su penetrante mirada afectada y húmeda.

Concluida la ceremonia, Hiram y Valdis se fundieron en un emocionado abrazo con sabor a despedida. No hubo celebración, ni

algarabía, ni gritos soeces sobre la consumación, ni brindis, ni cánticos. Hubo apremio, gravedad y silencio.

Contemplé cómo Gunnar se vestía para el combate, enfundándose su jubón de piel curtida, negra como los oscuros preludios que insistían en acuchillar mi confianza. Se colocó su refulgente cota de malla, un *byrnie* de eslabones planos, más cómodo y ligero, y, sobre él, un parapeto de cuero endurecido ajustado con correajes. Reajustó el cinto a sus caderas, y se encajó el yelmo con la protección nasal, resaltando la luz esmeralda de sus ojos bajo la sombría cubierta del casco. Finalmente, se cubrió con su capa roja como la sangre y me miró de nuevo. Su revuelta y larga melena leonada cubría sus hombros y parte de su espalda. Aguerrido y tan hermoso como cualquiera de los dioses que veneraba, dejaba sin aliento.

A nuestro alrededor, los guerreros se despedían de forma efusiva de sus seres queridos. Una afilada envidia y una tristeza infinita acongojó mi corazón, sabiendo que bajo la solapada mirada de Halfdan no podría acercarme a él.

Sin embargo, todo mi cuerpo se tensó ante el inesperado avance de Gunnar en mi dirección. No podía ser, pensé. De un modo inconsciente, retrocedí temerosa de la reacción del rey, pero Gunnar caminaba con aplomo y paso seguro, desprendiendo aquella aura de poder que subyugaba a quien lo mirase.

Se detuvo frente a mí; temblé ante su sola presencia. Cuando me cogió con firmeza por los hombros, mis rodillas flaquearon, pero, cuando me estrechó contra su pecho, mi corazón se derritió y mi cuerpo estalló en una exultante oleada de felicidad.

Clavó los ojos en los míos, se desprendió del yelmo y se inclinó sobre mí. Sentir su aliento fue todo una tentación, una que no tardó en colmarse, en el momento en que su boca tomó la mía con denodada pasión. Enlacé su lengua con delirio, y él frotó la mía con desespero arrancándome roncós gemidos placenteros. Nos besamos con fruición, deleitándonos con tan apasionada entrega, sellando con nuestras bocas lo que rasgaba nuestros corazones.

Todo a nuestro alrededor se desvaneció, hasta creí dejar de notar el suelo bajo mis pies; la sensación de ingravidez se acentuó hasta que descubrí que no era una mera sensación, sino una realidad. Gunnar me había elevado contra su pecho, como si quisiera fundirme en su interior. Atrapada entre sus fuertes brazos, devorada por su implacable y ansiosa

boca, envuelta en su calor, supe que me hallaba en el paraíso. Y fue una serpiente, larga y helada, afilada como el hielo y puntiaguda como la muerte, la que nos arrancó de él.

La punta de una espada se filtró entre nuestros cuerpos como una velada amenaza a entrar en ellos si no atendíamos su mensaje.

Gunnar se envaró en el acto, y se apartó de mi boca sin dejar de mirarla con semblante grave y gesto insatisfecho.

Retrocedimos impelidos por la tallada hoja de un templado acero real. Halfdan ardía en cólera; su tez cetrina había enrojecido y sus ojos llameaban, pero en la mueca tensa de su rostro atisbé la contención que acumulaba para no matarnos en ese instante. Nos necesitaba.

Sin embargo, su mirada fue tan letal como si nos hubiera atravesado con su espada.

—Si vuelves a acercarte a ella —rezongó siseante el rey—, no dudaré en matarte.

Gunnar le dedicó una sonrisa circunspecta, alzó una ceja altivo y lo encaró, imponiéndole su altura y retándolo con su corpulencia.

—Os devuelvo la amenaza —susurró amenazante—, mi rey.

Halfdan tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no lanzarse sobre Gunnar. Tenía los puños cerrados, sus nudillos brillaban temblorosos; la faz, crispada con una mueca feroz que desencajaba sus facciones, y los labios, blanquecinos y tirantes.

—Partamos cuanto antes —interrumpió Thorffin, con tono ligero e impaciente, adelantándose y apartando a Gunnar del rey—. Tenemos una batalla que ganar, los caballos ya están dispuestos, y los guerreros tienen ganas de ser invitados al Valhalla.

Gunnar posó de nuevo la mirada en mí, asintiendo con firmeza; me regaló una luminosa y chispeante sonrisa, y yo se la devolví, conteniendo mis ganas de correr de nuevo a sus brazos. De pronto avanzó de nuevo; esta vez llevó sus pasos hasta Eyra, la alzó en el aire y la estrechó con una inefable ternura que me conmovió. La anciana se suspendió del cuello de su hijo, y cobijó su ajado rostro en el hombro del guerrero. El amor que se profesaron caldeó mi corazón y humedeció mis ojos. Eyra le susurraba palabras al oído, mientras Gunnar, con los ojos cerrados y semblante emocionado, asentía preso de una trémula sonrisa.

La imagen de tan fiero guerrero sucumbiendo a la emoción, mostrándose tierno y cariñoso, profesando abiertamente el amor y la

devoción hacia aquella que lo había engendrado, enmudeció a cuantos presenciaron aquel entrañable gesto.

Eyra cogió con las manos el rostro de su hijo y, sonriendo entre lágrimas, musitó en voz alta:

—He aquí a mi hijo, el que da sentido a mi vida, el que hace latir mi corazón y el que revienta mi orgullo. No importa adónde vayamos, pues siempre estaré a tu lado. Nos llevamos en el corazón, de ahí nadie nos arrancará jamás.

La emoción me constriñó, el llanto contenido fluyó y mi pecho se agitó zarandeado por la incertidumbre y la agonía que nos aguardaba. Gunnar sonrió afectado y con mirada húmeda abrazó con fuerza a su madre. El pecho me ardía, pujado por sollozos contenidos que estallaban en mi interior, como impactan los relámpagos en la tierra, virulentos e inesperados.

—Ningún hombre pudo tener mejor madre —murmuró Gunnar con voz quebrada.

—Y ninguna madre, mejor hijo.

Se estrecharon temblorosos, liberando cuanto moraba en sus corazones. Era una despedida, un último adiós; eso gritaba mi corazón y, por mucho que intentara acallararlo, no conseguía enmudecer esa sensación, ni aplacar el dolor que mancillaba mi pecho.

Cuando Gunnar depositó a su madre en el suelo, descubrí en sus llorosos ojos una dicha plena, una ligereza desconocida, como si se hubiera reconciliado con una parte de su pasado, como si algo hubiera dejado de estrangular su interior, con un grato alivio teñido de cariño infinito.

Tras mirar larga y tiernamente a su madre, sus ojos me buscaron de nuevo. Apenas fue un instante, pero suficiente para reafirmar la promesa de lucha y el amor que habíamos sellado con nuestros labios. El león partía hacia la batalla y algo me decía que no a la que Halfdan creía, sino a la que él mismo había planificado para liberarnos. Su gesto intrigante y confiado así me lo hizo saber.

Se volvió con porte altivo y salió del *skáli* seguido de sus hombres. Sus pasos firmes atronaron en la sala, como si Thor golpeará el entarimado con su martillo. Cada rotundo paso que lo alejaba de mí era una daga que se clavaba en mi corazón. Respiré hondamente y tragué saliva con aspereza, para intentar disolver el amargor que agriaba mi

paladar, y me dirigí hacia Eyra, rodeando sus hombros con el brazo y ciñéndola a mí.

—No volveré a verlo —afirmó en un hilo de voz—. Sin embargo, me llevo este abrazo en el corazón; creo que nunca he sido tan feliz.

—¡Volverás a verlo! —contradije malhumorada—. ¡Maldición, volverás a verlo!

Eyra dejó escapar una agotada exhalación y me observó frunciendo el ceño.

—A veces, muchacha, es mejor saborear los últimos momentos que luchar contra el destino y malgastarlos.

Me enfrenté a ella con semblante turbado e indignado.

—Tú eres la que siempre me ha impelido a luchar contra el destino, y ahora eres tú la que decide someterse a él —acusé contrariada y furiosa.

—Es mi final, Freya, y como tal he de aceptarlo; la rueda providencial se detuvo en la última muesca, es inútil intentar frenarla para que no encaje en ella, mi recorrido se acabó. Y ahora, escúchame, condenada testaruda. —Sus ojillos oscuros refulgieron fulminándome—: Gunnar ha aprovechado la despedida para darme un mensaje.

Parpadeé para contener las abrasantes lágrimas que pendían titubeantes en mis ojos. El amargor se instaló definitivamente en mí.

—Gunnar aprovechará que se adelanta para preparar un navío, y partirá con él hacia la costa de Jutlandia. Apostará el *snekke* en la ribera del río Gudenåen más cercana a Viborg; en la confusión de la batalla, escaparéis en él. Cuanto hará en el combate será buscarte y huir contigo. Sus palabras para ti han sido: «Sólo mantente con vida hasta que te encuentre».

Dejé escapar un gemido estrangulado e hipé una suerte de sollozo agónico que quemó mi pecho.

—También ha dispuesto para mí un plan —continuó—. Huir con Valdis y Jorund hacia Hedeby, antes de que partan Halfdan y sus huestes. Allí nos recogeréis.

—Pues deberéis ir mañana por la noche sin falta, y no pienso admitir ni una réplica —intervine tenaz—. Si, como dices, tu destino es que esa maldita flor acabe con tu vida, lo hará, aquí y donde sea, pero al menos no consientas en esperarla tendida en tu lecho. Cumple la voluntad de tu hijo, ya se encargará el destino de perseguirte. Tú misma acabas de decir que es mejor aprovechar los últimos momentos que malgastarlos; aprovéchalos,

Eyra, saborea la libertad, poca o mucha, ya no importa.

La mujer me contempló meditabunda, con mirada enturbiada y gesto vacilante. Bajó la mirada hacia sus manos, como si en ellas estuviera escrita la decisión que había de tomar.

Por fin respiró profundamente y alzó el rostro de nuevo.

—Cumpliré la voluntad de mi hijo y la tuya, que el destino cumpla la suya cuando le apetezca —pronunció con determinación.

Sonreí triunfal y, a pesar del miedo y la angustia, saber que todos lucharíamos imprimía algo de luz a las tinieblas que se cernían sobre todos nosotros.

—Recuerda, no pruebes comida ni bebida, no salgas del *skáli* y mantente alerta en todo momento —advertí—; cazaré para ti, beberás sólo de mi odre de agua y procura no acercarte a Ragnhild en la medida de lo posible; del Oráculo me encargo yo.

Eyra sonrió conmovida y me abrazó con fuerza.

—Te quiero como a una hija, Freya.

—No se te ocurra despedirte, madre —repliqué con voz quebrada.

La mujer se separó de mí con lágrimas en los ojos y gesto trémulo. Asintió embargada por intensas emociones y se alejó con paso cansado para retomar sus quehaceres.

Tras la partida de la *hird* del rey comandada por Gunnar, decidí organizar la huida con Jorund y Valdis. No había tiempo que perder; la muerte acechaba implacable, y el destino cerraba filas sobre nosotros.

Los encontré en el campo de entrenamiento. Asleif adiestraba, para mi asombro, a Valdis.

—¿Otra *skjaldmö*? —inquirí a viva voz.

—No da tiempo —farfulló Asleif, sin apartar su vista del combate—, pero, al menos, que tenga alguna noción de cómo defenderse.

Valdis cayó despatarrada al suelo, ante el certero ataque de la atemorizante valquiria, perdiendo en la caída la espada de madera.

—¡Sí da tiempo! —contrapuso Valdis ceñuda—. Aprendo rápido y mi padre dice que tengo el temperamento de Tyr.

—Eso puedo asegurarlo —bufó Asleif exasperada—; el dios de la guerra a su lado es un inocente infante.

Jorund reprimió una carcajada que lo sacudió, emitiendo un extraño

gorjeo que llamó peligrosamente la atención de su hija.

—¿Te burlas, padre?

El hombre abrió los ojos simulando ingenuidad.

—No se me ocurriría, hija, le tengo mucho apego a mi vida.

Valdis compuso una mueca furiosa y gruñó ofendida.

Me apoyé sobre la empalizada, junto a Jorund, que resoplaba aliviado cuando Valdis desvió la atención de nuevo al combate.

—¿Puedes creer que quiere seguir a su esposo incluso al campo de batalla? —masculló Jorund con evidente incompreensión—. Y dime, Freya, ¿cómo conseguiré disfrutar matando enemigos si tengo que estar pendiente de esta insensata que tengo por hija?

Su queja estiró las comisuras de mis labios en una débil sonrisa que no llegó a mis ojos. Negué con la cabeza y puse una mano en el hombro del rudo pelirrojo que continuaba lamentándose de su suerte.

—No entraréis en combate —musité lentamente, sin apartar los ojos de las mujeres que combatían—. Vamos a huir.

Jorund dejó escapar una exclamación sorpresiva; me observó como si hubiera perdido el juicio y agrandó sus almendrados ojos con mirada casi espantada.

—¡Eso es traición! —profirió indignado.

—No, es justicia, es libertad, es vida —repliqué con énfasis—. Si permites que Valdis entre en batalla, morirá... y es una batalla pertrechada por la ambición desmedida de un rey injusto. El *jarl* Lodbrok acudirá a socorrer a su rey Horik, y nuestros hombres caerán bajo su espada. Gunnar va a preparar un *snekke* cerca de Viborg, para huir en él. Quiere que tú, Valdis y Eyra nos aguardéis en Hedeby, para que nos acompañéis, quizá a un mundo nuevo. Pero, para estar a tiempo, tenéis que partir cuanto antes.

Jorund farfulló por lo bajo un instante, como debatiendo consigo mismo los pormenores de aquel acto. En su faz se mostraron con claridad sentimientos encontrados. Pero en el momento en que Asleif derribó con apabullante facilidad a Valdis de nuevo, el hombretón rezongó y se encogió de hombros.

—Cuando murió su madre —comenzó a decir en tono meditabundo—, fue como caer en un abismo, del que no imaginé salir, pero esa pependciera que ves, terca como una mula y más vital que las aguas de un arroyo, me trajo de vuelta. Si la perdiera, caería de nuevo para no volver.

Giró la cabeza hacia mí y asintió casi imperceptiblemente.

—Creo necesario advertir que, si en ese barco no va Hiram, mi hija no subirá a él.

—Ya contamos con esa posibilidad, Jorund, y aunque tengamos que capturarlo y maniarlo como a una virginal doncella, irá en ese barco.

—A buen seguro habrá que atarlo —manifestó el hombre soterrando una sonrisa—, pues ¿qué zafio preferiría el genio de mi hija a las melosas atenciones de cualquier valquiria del Valhalla?

—Un zafio enamorado —aduje sonriente.

Los ojos de Jorund se iluminaron un momento, llenos de orgullo y satisfacción.

—Mi Valdis siempre termina consiguiendo todo lo que ambiciona —murmuró jactancioso.

—Prepara las provisiones y los caballos, Jorund. Yo ingeniaré la manera de que Eyra salga del *skáli* con cualquier excusa.

Jorund se atusó su roja barba mientras me miraba pensativo.

—Cuando partamos, la ira de Halfdan caerá sobre ti —vaticinó preocupado.

—Sabré manejarla —argüí, escondiendo esa misma inquietud.

Jorund me escrutó sin mucho convencimiento. Palmeé su espalda con ligereza y esbocé una sonrisa confiada.

—Freya, no subestimes al rey; puede que hayas calado en su corazón, pero no en su cabeza. Su reino es lo más importante para él, es en extremo sagaz y últimamente está perdiendo mucho los estribos. No abuses de tus mañas, sé cautelosa y parte con nosotros.

Negué con la cabeza y suspiré queda.

—No, Jorund. Gunnar me buscará en el batalla, no cejará hasta encontrarme, y nadie podrá avisarlo de que lo espero en Hedeby. Además, Halfdan me perseguiría; a vosotros, no.

El hombre chasqueó la lengua con frustración y asintió compungido.

—De acuerdo pues, mañana por la noche huiremos los tres. Sólo pido a los dioses que te protejan y que nos reúna a todos en Hedeby.

Asentí con firmeza y dejé libres mis pensamientos mientras observaba la dura instrucción de Valdis a manos de la magnánima Asleif.

Bajo las garras del miedo

Me desperté con un sudor frío perlado mi frente, la boca biliosa y el corazón palpitante. Me incorporé agitada y busqué con la mirada el inmóvil cuerpo de Eyra a mi lado, en el jergón que habíamos dispuesto en una esquina del gran *skáli*.

Hallarla junto a mí no terminó de reconfortarme; la sensación de insidiosa alerta permanecía latente y viscosa, obligándome a agitarla ligeramente esperando que se removiera y espantar así mis temores. Eyra emitió un molesto gruñido y se reacomodó en su lado bajo la manta. Dejé escapar el aliento y me puse en pie refregándome los ojos.

A mi alrededor todos dormían plácidos y laxos. Necesitaba tomar aire fresco; el ambiente era rancio y pesado, demasiada gente se hacinaba en el salón, enrareciendo el aire con sus bufidos y ronquidos.

Me envolví en una piel y me dirigí hacia los portalones, con paso silencioso, apenas susurrante. Sorteé incluso cuerpos en el suelo, arrebujados unos contra otros, acomodándose en posturas y ángulos diversos y curiosos, encajándose como si fueran piezas sueltas formando un todo.

El hecho de que muchos habitantes prefirieran cohabitar y dormir en la casa comunal se debía a esa necesidad grupal de apoyo, a ese anhelo de compartir y alargar los últimos instantes con sus seres queridos, vecinos y amigos, a ese aliento que pretendían transmitirles como si de un escudo se tratara. La lealtad y solidaridad de aquellas gentes eran casi similares a los de una manada de lobos; todos cuidaban de todos en tiempos convulsos.

Entreabrí la pesada y quejicosa puerta y me dejé acariciar por la fresca brisa cargada de rocío que despertó mi piel en el acto. La bruma, todavía pesada, algodónaba los rincones y deshilachaba los perfiles de esquinas y promontorios sombreados, perlado cada superficie con cuentas refulgentes, dejando su húmeda huella en cuanto tocaba. El

horizonte se aclaraba con indolente parsimonia, perezoso y lánguido, en un desperezar incipiente donde los añiles se entretejían con hebras de oro, donde las sombras comenzaban a tornarse en colores aún desvaídos, pero reconocibles.

Cerré un instante los ojos y aspiré una gran bocanada de aire. Tenía un largo día por delante, una huida que pertrechar, y una vida que defender. Exhalé lentamente, como si en aquel gesto lograra expulsar al tiempo la inquietud que me oprimía, los temores, y la ansiedad. Debía tener la menta clara y el ánimo frío, pero algo me decía que, al igual que yo alertaba mis sentidos, la oscuridad afilaba sus uñas.

Permanecí ahí de pie, absorbiendo cómo el día engullía todo vestigio nocturno, cómo tibios haces solares doraban las lejanas y nevadas cumbres, derramándose ladera abajo, descendiendo melosamente como si una cascada de luz fluyera del cielo y cubriera con su radiante abundancia campos y cultivos, bosques y explanadas... otorgando un brillo místico e irreal a aquellos salvajes parajes, tan hermosos que obnubilaban la vista y encogían el alma.

Di un hondo suspiro, asumiendo pesarosa que nada lograría sosegar mi ánimo aquel día, que ya se me antojaba cruelmente largo. Ni tan siquiera el recuerdo casi palpable de los labios de Gunnar sobre los míos. Los acaricé un poco, apenas rozándolos, y casi sentí su aliento. Me estremecí.

Tras de mí, la aldea despertaba; no cerré el portalón. El *skáli* no tenía ventanas, tan sólo unas estrechas aberturas casi en el techo, por las que escapaba el humo del hogar central. Durante el invierno solían cubrirse con vejigas de cerdo tensadas a modo de celosía.

Las esclavas comenzaron a avivar el fuego, atizándolo con vehemencia, enfureciendo los rescoldos para convertirlos en fuego vivo, del que emergían volátiles pavesas candentes que crepitaban rebeldes, diseminándose en torno al hogar. Los leños quemados destilaron su peculiar fragancia a carbón, y la lumbre chisporroteó molesta por tan abrupto trato.

Eyra se alisaba la túnica con prolijo empeño cuando llegué hasta ella. Me miró inquisitiva y esbozó una sonrisa afectuosa y cálida.

—Muchacha, ¿de dónde vienes?

—He salido, sólo necesitaba un poco de aire fresco.

La mujer asintió mientras se peinaba con los dedos su largo cabello

cano.

—Siéntate, Eyra, deja que trence tus cabellos.

Tomó asiento en el camastro, me arrodillé tras ella, cogí el peine de hueso que siempre portaba ella en su hatillo y ordené sus cabellos con extremo mimo. Mientras los peinaba y formaba la trenza, mis pensamientos me llevaron al momento en que hacía lo mismo con mi propia madre, cuando apenas era una niña. Aquel recuerdo humedeció mis ojos, mi garganta se cerró y la nostalgia me sepultó inesperadamente. Até a conciencia el cordel sujetando el cabello y, movida por un impulso, me abracé a la espalda de la anciana con emotiva afectación.

Aquella que abrazaba era ahora mi madre, tanto como la que el destino me arrebató, pues me había devuelto la vida... y la cuidaba a diario. Aquella enjuta mujer que se revolvía para cobijarme en su pecho gobernaba buena parte de mi corazón y, sólo imaginar perderla, laceraba mi pecho.

—Sssshhh... mi niña, no me perderás —susurró dulce, adivinando mis pensamientos—. Ninguno me perderá, porque, pase lo que pase, volveremos a encontrarnos. La muerte no es barrera cuando el amor es tan fuerte. Y, si de algo tengo en abundancia, es amor.

Sacudí la cabeza, airosa, con la sombra que se empecinaba en atraparme en pensamientos desazonadores. No obstante, sentía la muerte tan tangible, tan acechante alrededor de Eyra, tan pesada y casi material, como si fuera un manto oscuro suspendido sobre ella. Un manto que ya proyectaba su lúgubre sombra sobre su enclenque cuerpo. El pavor me acicateó acuciante, instalando en mi ser una angustia que comenzaba a rayar en amarga desesperación.

Fui plenamente consciente de que el peligro asomaría del rincón menos esperado, taimado y sibilino, como una siseante serpiente que reptaría curvilínea presta para atacar. Y ese convencimiento fue el que me llevó a no esperar sentada su mordisco.

—No te separarás de mí en todo el día —musité recomponiendo mi angustiado gesto, forzando en su lugar un mohín furioso y decidido—. Yo misma te llevaré esta noche hacia los establos, y te veré partir con Jorund y Valdis.

—Sí —aceptó—, me verás partir.

Me negué a desgreñar un significado más oscuro a su respuesta y suspiré pesadamente. De repente, me encontré reprimiendo el apremiante

impulso de acudir a la cabaña del Oráculo. No obstante, a pesar de que algo pujaba de mí hacia aquel hombre, revelándose en mi mente que sería la manera de atajar el mal de raíz, no podía dejar a Eyra sola, y a ella no se le permitía salir de las dependencias comunales.

Suspiré y me obligué a sonreír, imprimiendo confianza al gesto.

Eyra paseó la mirada sobre los calderos que ya comenzaban a humear sobre el foso empedrado de brasas excitadas y aspiró los efluvios que rezumaban las burbujeantes marmitas.

—Habremos de esperar que Jorund haya cazado algo, le dejé el encargo. *Fenrir* va con él; tengo más fe en el perro que en ese viejo gruñón —argüí provocando la sonrisa de Eyra.

—También yo —concedió con un deje de diversión titilando en sus ojos—. Me temo que comeremos ganso mordisqueado y babeado; ese condenado animal tiene predilección por mis aves.

—Tampoco le hizo ascos a la pierna de Jorund —recordé rememorando aquel día.

Eyra sonrió de nuevo, y asintió seguidamente chasqueando la lengua.

—Ese refunfuñón está vivo por la gracia de los dioses —murmuró con deje ausente, llevada por los recuerdos—. Todavía resuenan en mi cabeza sus alaridos. —Una sonrisa divertida prendió en ella, consiguiendo que la imitara.

—No, está vivo porque le salvaste la vida —maticé mientras me colocaba los ropajes de escudera sobre la liviana camisola—; lo que sí es favor de los dioses es no habernos quedado sordas ese día.

Ambas nos miramos y prorrumpimos en sofocadas carcajadas que aligeraron sucintamente nuestros ánimos.

—Bueno, ahí se acerca nuestro *dagmál* —adujo Eyra desviando la mirada hacia la entrada.

Jorund, acompañado de *Fenrir*, se encaminó hacia nosotras con semblante grave pero porte orgulloso, elevando ante nuestros ojos un par de gansos inertes. Casi al mismo tiempo, ambas dirigimos la mirada hacia la boca entreabierta del perro, que dejaba entrever fragmentos de plumas quebradas entre los dientes. Nos miramos de nuevo y estallamos en risotadas que confundieron la faz del guerrero y fruncieron su ceño.

—Eso sí es levantarse con buen ánimo, sólo espero que la mofa no haya recaído en mi persona.

—Esperar y conceder no van unidos —replicó Eyra con chanza.

—¿Así me agradecéis la comida? —profirió en tono ofendido, aunque escondiendo sin mucha fortuna una sonrisa aviesa.

—No sé por qué, creo que el artífice de esta dispensa camina a cuatro patas —rezongó burlona Eyra, se agachó y sacó una maltrecha pluma de las fauces del animal.

Jorund carraspeó molesto, acentuó su ceño y, con los brazos en jarras, nos regaló una mirada airada que incrementó nuestras risas.

—Fui yo quien le abrió el cercado —rebatió discordante.

—¡Por los dioses, Jorund!, ¿a eso lo llamas cazar? —Prorrumpí entre carcajadas.

El gran pelirrojo bufó exasperado y sacudió la cabeza cada vez más airosamente.

—Vuestras burlas os condenaran al ayuno, insensatas —amenazó socarrón.

Nos lanzó el atado de gansos sobre el regazo con desdén y un odre de agua, y se volvió mientras mascullaba por lo bajo, aunque en sus ojos bailaba la diversión. *Fenrir* se sentó a nuestro lado, relamiéndose ocioso.

—Voy a arreglar este estropicio —adujo Eyra cogiendo las aves—. Tan sólo las asaré en el fuego ensartadas en un espetón y comeremos enseguida, muchacha.

Observé pensativa cómo se afanaba desplumando las presas y, cuando alcé la vista, me topé con la penetrante mirada de Halfdan sobre mí.

Parecía cansado y abatido, como si el desánimo opacara su espíritu y sombreara sus facciones con un velo anodino y una mirada vacua. Aprecié bolsas oscuras bajo sus ojos, y un rictus duro distendiendo su gesto.

Sostuve su mirada sin amilanarme y algo destelló en la suya. No supe percibir el qué, pues fue fugaz aunque luminoso, mas puso un regusto amargo en mi garganta.

Aparté la vista, aunque seguía sintiendo fija la de él sobre mí, justo para toparme con el rotundo cuerpo de Inga la Roja que ofrecía una torta de pan a Eyra. Me incorporé en el acto, me abalancé hacia ella, le arrebaté la torta y la lancé al fuego, ante la estupefacta expresión de la rubicunda mujer.

—No pensaba comerla —me increpó Eyra contrariada; acto seguido, se dirigió a Inga forzando una sonrisa—. No me encuentro muy bien, Inga —se disculpó—. Freya teme que puedan sentarme mal.

Inga arqueó las cejas y arrugó el ceño con suspicacia.

—No era necesaria tanta brusquedad —alegó acusadora.

—Disculpa, Inga, últimamente ando algo alterada.

La oronda mujer me escrutó malhumorada y asintió queda. Advertí una solapada mirada hacia un rincón, y descubrí a Sigrid observándonos con interés. Algo en mi interior comenzó a gestarse inquieto.

Durante la mañana, esa sensación se acentuó de modo considerable, hasta tal punto que sentí el impulso casi irrefrenable de sacar a Eyra del *skáli* y huir de allí con ella en la grupa de mi caballo.

Cuando Halfdan se acercó a mí, era tal mi ansiedad que me sobresalté y retrocedí trastabillando unos pasos.

—¿Me temes? —inquirió jactancioso.

Recuperé el equilibrio y lo encaré altiva, irguiéndome ante él, con gesto adusto.

—Quizá como rey, no como hombre.

Lamenté en el acto mis palabras. El apuesto rostro de Halfdan se congestionó furioso y su mirada de ébano refulgió amenazante.

—Me obligas a mostrarte cuánto me has de temer como hombre.

Aferró burdamente mi brazo y me arrastró a empellones, sin conmiseración, al privado rincón donde el día anterior Valdis se había preparado para sus esponsales. Y en aquel pequeño reducto oculto a los ojos por mantos colgantes, me ciñó con su cuerpo a la pared y buscó mis labios con enojo.

Me debatí, esquivando su ansiosa boca e intentando fútilmente escapar de la jaula de sus brazos. No gozaba del espacio suficiente para zafarme de su presa, así que me detuve y permití que robara su premio.

Ante mi pasividad, Halfdan se recreó, volcando en mi boca todo el deseo reprimido. Saboreé su amargura, su frustración, su encono y, entre esa amalgama de emociones, un toque salado me confundió. Dejé que su imperiosa lengua frotara la mía, que sus labios duros plasmaran su rencor en los míos, que su brusquedad me sometiera, porque lo que en realidad me estaba mostrando no eran sus ansias de dominación, ni su orgullo herido, ni tan siquiera su furia, era su derrota. Era un hombre vencido, rendido y dolido.

Sus lágrimas humedecieron mis mejillas, filtrándose entre mis labios, y algo dentro de mí se apiadó de él. Quizá fue la reminiscencia de otro hombre roto de mi pasado, o la flaqueza que reverberaba en los estremecimientos de un hombre tan poderoso, lo que me conmovió. Fuera

cual fuese la razón, posé las manos gentilmente en sus hombros y mi cuerpo se aflojó. Aturdido por mi docilidad, se apartó turbado y me contempló afectado. Llevé la punta de mis dedos hasta su mentón y lo recorrí con suavidad. El hombre inclinó la cabeza para besarlos.

—Freya... —suspiró trémulo—. No tenerte será mi mayor condena.

—Tenerme contra mi voluntad lo sería más. No me pertenezco ni a mí —susurré atravesada por su intensa mirada de obsidiana.

—Repíteme lo que hizo Gunnar para ganarte.

Respiré hondamente ante los recuerdos de Gunnar llevándome hacia los brazos de Rashid, en aquel viaje hacia Aalborg, a pesar de amarme más que a su vida.

—Renunciar a mí —respondí en un hilo de voz—, sacrificarse una y mil veces por mí, entregar su vida y su corazón en pos de mi felicidad y bienestar, eso hizo.

Halfdan repasó el contorno de mi rostro con extrema dulzura, incluso creí adivinar una sombra de una cogitabunda sonrisa aligerar su semblante.

—Eso le honra —reconoció celoso—; yo, en cambio, no puedo renunciar a lo que únicamente logré saquear sin miramientos, como un vulgar ratero. Y a pesar de mi bajeza, no me arrepiento, pues, sin mis patéticos intentos, ni el sabor de tus labios podría llevarme cuando muera. Y eso, Freya, será lo más valioso que me acompañe al Valhalla.

Sujetó mi barbilla entre los dedos y me alzó el rostro para embeberse de él y hundirse en mis ojos.

—Llevo noches sin dormir, días sin comer; todos mis apetitos se han desvanecido como se desvanece un resuello en el aire. Creo que estoy maldito, preso de tu hechizo y condenado a la desgracia de una vida vacía. Pero aquí te digo que compartiré esa condena contigo, pues, si no me alimentas de sonrisas, me duermes con besos y enciendes mi pasión con tu cuerpo, no consentiré que otorgues tales gracias ni a aquel que se las ganó.

Bajé la mirada con honda tristeza, asimilando que nada podría desligarnos de la tragedia que pronto se cerniría sobre nosotros.

—Es tu decisión —musité cogitabunda—; no eres el único que las toma, gran rey.

Abrió la mano y apresó mi mandíbula, clavando la yema de sus dedos hoscamente en mi piel.

—Sé que trazáis vuestros propios planes —siseó furioso—. No sé qué ardidés urdís, pero ten muy presente que un cuervo os acecha.

Me soltó en un ademán desdeñoso, gruñó ofuscado y me fulminó con una mirada retadora.

—Yo también me veo en la obligación de advertirte algo: ese camino que te empeñas en seguir no es el del corazón, no te engañes; ese camino es el del egoísmo. ¡No lloames amor a la posesión, ni te atrevas a mancillar un sentimiento tan puro en nombre de la obsesión, pues ya pasé por eso! No, no sufres de desamor, sufres de orgullo y amor propio, y te diré algo más: te compadezco, porque el gran hombre que creí que eras no es más que un niño caprichoso y testarudo que se aferra neciamente a un antojo.

—Dime, mujer sabia, ¿acaso te has atrevido a mirar en mi corazón para hablar con tanta ligereza de lo que siento? —recriminó indignado—. No, no lo has hecho. Sólo yo sé lo que siento, ¿me oyes, maldita? Y, para mí, para alguien acostumbrado a ganar con sangre cuanto posee, no es fácil admitir una derrota como ésta, y no es posesión, ni obsesión, es tan sólo amar sin ser correspondido y ser incapaz de soportarlo. En cambio, sí admito ser egoísta, porque te quiero para mí, porque no concibo tu felicidad si no va unida a la mía. Sí, admito esa acusación, mas rechazo las demás.

Asentí pesarosa y me desasí de él con intención de escapar de su redes, pero al pasar por su lado me atrapó de nuevo entre sus brazos.

—No olvides, gran rey, que tu honor está en juego —le recordé furiosa—. Prometiste liberarnos si conseguíamos para ti la victoria que tanto ansías. Empeñaste tu palabra, y habrás de cumplirla; por tanto, asimila la posibilidad de no volver a vernos.

—Llegas incluso a que desee perder esa batalla, hasta ese punto me importas —confesó con semblante abrumado.

Me revolví contra él, pero no conseguí separarme un ápice.

—Tampoco olvides mi amenaza —resalté desafiante—: si no cumples tu promesa, meterás una loba en tu casa que se encargará de devorarte a ti y a toda tu estirpe.

Esta vez sí me soltó, como si mi contacto lo quemase. Sonreí para mis adentros. Ya me alejaba retirando los trapos que delimitaban aquel rincón cuando me volví nuevamente hacia él.

—Aceptar una derrota con honorabilidad tiene mayor valía que la más costosa de las victorias; no lo olvides, gran rey.

En la expresión de Halfdan relució una emoción nueva, el temor.

Me detuve un instante para recuperar el aliento y acompasar el pulso y me dirigí hacia el hogar en busca de Eyra.

Junto a las brasas se asaban los gansos destripados y desplumados que la anciana había dispuesto tan cuidadosamente en el espetón, pero no había rastro de ella. Miré en derredor, imaginando que conversaba con alguna de las mujeres o desempeñaba alguna de las faenas que solían ocuparla, pero no logré encontrarla a golpe de vista. Aquello me inquieto sobremanera, y mi pulso se desbocó como un potrillo alocado. A buen paso recorrí cada rincón del *skáli* presa de las garras del miedo y la angustia. Me dirigí a Jora y le pregunté por Eyra.

—Ragnhild la mandó al ahumadero, se le antojó pescado desecado; en su estado, ya se sabe...

Puso los ojos en blanco y resopló con hastío, reiniciando sus labores sin percatarse de mi expresión aterrada.

Corrí fuera del *skáli* como si Loki me persiguiera. *Fenrir* me siguió entre ladridos, ayudando a que la gente se apartara de mi camino. Enfilé sendero abajo, hacia la pequeña construcción de madera, donde se ahumaba pescado. A cada zancada, la sangre bombeaba con tal fuerza mi corazón que pensé que me reventaría antes de llegar.

En la carrera me di de bruces con Jorund, que contrariado no atinó a preguntar qué sucedía, sólo dejó caer los leños que portaba y me siguió acelerando sus pasos.

Cuando llegué al ahumadero, abrí la puerta con vehemencia y me catapulté dentro. El humo era tan denso y blanquecino que cegaba.

—¡Eyra!

Me vi rodeada de pescados atados con cordeles que apartaba con ademanes bruscos e impacientes.

—¡Eyra! ¿Estás aquí?

Comencé a toser, el humo secaba mi garganta, y entonces noté algo diferente en él. Su aroma no era la madera de cedro que solían quemar para que la carne del pescado adquiriera esa peculiaridad y resultara más sabroso. No, ese olor era diferente, más ácido y picante, más agresivo.

Abrí la boca para llamarla de nuevo, pero mi voz se extinguió en un acceso de tos violenta. Los ojos me lagrimeaban y escocían y sentí una alarmante quemazón en mi pecho al respirar y una inesperada arcada me arqueó abruptamente.

Entonces, en mi avance, tapándome los orificios de la nariz y la boca con la mano, mis pies toparon con un bulto inerte.

Me agaché con el corazón en un puño y tanteé un cuerpo. Supe al punto de quién se trataba. Arrastré el cuerpo con premura hacia la salida, gruñendo, hasta que apareció Jorund a mi lado y lo alzó sin esfuerzo. Salimos del ahumadero entre toses y apremio.

Cuando Jorund depositó el cuerpo sin consciencia de Eyra en el sendero, otra arcada me dobló en dos y vomité con violencia, sintiendo todo mi interior revuelto y un agudo malestar mermándome.

Limpié mi boca con un ademán hosco y me abalancé sobre la anciana, sacudiéndola con frenesí.

Jorund posó su callosa mano en el pecho de Eyra y fijó su nublada mirada en la garganta de la mujer, negó de forma casi imperceptible y fijó los ojos en el hilo de sangre que manaba de una de las comisuras de su boca. Un delgado y sinuoso rastro de sangre visiblemente oscura y densa, el mismo que recorría sus lagrimales, ensangrentando sus mejillas. Su semblante contrito se oscureció. Negué con la cabeza y continué agitándola mientras la cogía por los hombros.

—¡¡¡Eyra, Eyra, despierta de una vez!!!

Jorund inclinó la barbilla a su pecho; su cabello rojo entrecano cubrió parcialmente su rostro, pero el temblor de sus hombros delató la emoción que lo constreñía en ese instante.

¡No, me dije, no la dejaría marchar!

Llevé mi boca a la suya y le insuflé lentamente todo el aire de mi pecho, mientras continuaba sacudiéndola, ya llevada por un paroxismo enloquecedor que oprimía mi corazón con la garra del miedo. Tenía los labios fríos y azulados, la piel pétrea y las facciones laxas. Ni una tibia señal esperanzadora; aun así, me afané en mi rescate, de manera cada vez más frenética y desgarradora.

—¡¡¡Eyra, lucha!!!, ¿me oyes? ¡¡¡Lucha, te lo ruego!!!

Mis ruegos se mezclaron con lamentos y sollozos rabiosos, mientras seguía inclinada sobre ella, derramando en su boca entreabierta mi aliento. Lloraba francamente, suplicaba, imploraba, y maldecía en una letanía infernal que me rompía por dentro.

No podía detenerme, a pesar de que la locura parecía desatarse mordiente en mi interior, desgarrando mi pecho, lacerando mi alma y apuñalando mi esperanza. Y esa locura se acumuló en una terrible bola de

fuego que, además, quemó mis entrañas con una furia arrasadora.

—Detente, Freya; ha partido —susurró Jorund con voz quebrada.

El hombre me sujetó con tenacidad por los hombros, intentando separarme de ella. Me revolví contra él y lo golpeé con saña.

—¡Suéltame, maldito! —le escupí rabiosa—. ¡Está viva, no te atrevas a sugerir lo contrario!

Un apagado sollozo escapó del hombre, estremeciendo todo su cuerpo. Sacudió la cabeza, apretó la mandíbula y se cernió sobre mí, arrastrándome a su pecho y pegándome a la fuerza a él. Me debatí, luché y grité. Mi alarido atrajo a hombres y a mujeres que se acercaron impávidos y alterados.

—¡Ha muerto, Freya; Eyra ha muerto! —repetía Jorund sin cesar, apresándome con todas sus fuerzas.

—¡Nooo...! —sollocé agónica—. ¡Nooooooooo... no... no... no...!

Los colmillos de una loba

Un coro de rostros curiosos y espantados nos rodearon y se acercaron al flojo cuerpo de Eyra.

—¡No la toquéis! —bramé rota.

Jorund aflojó su abrazo y yo escapé de él, arrojándome sobre Eyra.

La cogí en brazos; su liviano e inerte cuerpo no ofreció resistencia, rompiéndome el alma. La acuné contra mi pecho, mientras acariciaba su rostro y retiraba guedejas adheridas a sus mejillas. Gruesas y tortuosas lágrimas quemaban las mías, resbalando de mi rostro al de ella, como el agua de lluvia baña la superficie de una roca, sabiendo que no calará en ella, ni la llenará con su vitalidad.

Una lacerante punzada me atravesó, doblándome en dos. Mi llanto se agudizó, los sollozos se incrementaron y mi pecho reventó en un alarido que llevó mi cabeza hacia atrás mientras liberaba en aquel cielo nublado todo mi dolor.

No sé el tiempo que pasé así, pero no dejé que nadie se acercara, que nadie la arrancara de mis brazos. Era mi madre, mi amiga, parte de mi corazón y de mi alma. Una parte que me habían arrebatado de forma impune y sibilina. Y, entonces, esa furibunda bola de fuego estalló filtrándose en cada fibra de mi ser.

Alcé el rostro hacia Jorund, que de rodillas junto a mí sufría su propio duelo en silencio.

—Llévala a nuestra cabaña —logré musitar, mientras me obligaba a entregársela—. Vélala hasta que yo llegue, no tardaré.

Me enjuagué burdamente los regueros de lágrimas que no dejaban de brotar, incontenibles y amargas, y me puse en pie con semblante tenso y determinante, y mirada letal.

—¿Adónde vas, Freya?

No lo miré; mi rostro se petrificó, mis facciones se endurecieron y mi voz fue similar a un gruñido feroz.

—Tengo que liberar a la loba, tiene hambre.

Jorund me miró confuso, respiró hondamente y se incorporó con el exiguo cuerpo de Eyra colgando entre sus brazos.

A grandes y ágiles zancadas, me dirigí a la cabaña del Oráculo. A cada paso, una oleada llameante zarandeaba todo mi cuerpo, agujijoneando con flameantes punzones la demoledora cólera que lamía mis venas.

Cuando llegué a la puerta, la abrí de un vehemente empujón y me adentré en la penumbrosa estancia, desenfundando mi espada. Y, al igual que las veces anteriores, una intensa y peculiar fragancia me recibió. Inhalé una gran bocanada a bosque, a almizcle y pino, a podredumbre tildada de un leve matiz acre y ponzoñoso, y también a rancio.

El anciano se encontraba donde siempre, sentado en su tocón, frente a una mesa circular, apoyado en su nudoso cayado, cubierto por el oscuro capuchón de su hosca capa, e inmóvil, como aguardando paciente su final. Una titilante vela refulgía iluminando pobrementemente el lugar; su zigzagueante humo se elevaba en ondeantes volutas, añadiendo su característico perfume a los que ya flotaban pesados a mi alrededor.

—Eres bienvenida de nuevo, mujer loba.

Me aproximé a él, alargué la punta de mi espada hacia su cabeza y le retiré la capucha en un gesto rudo y amenazante.

—No vengo a consultaros nada, anciano. Vengo a ajustar cuentas; vos entregasteis una flor, y yo vengo a enseñaros mis colmillos como tan bien vaticinasteis.

El hombre asintió impasible, asumiendo conforme su final.

—Y, como entonces, te repito lo mismo: no espero piedad, más sí premura.

—Y la tendréis por vuestra condición de anciano; otra no gozará de la misma merced que tengo a bien concederos, por mucho que no lo merezcáis.

—Acepté mi destino cuando decidí aliarme con ella —susurró el hombre quedo.

—¿Por qué?

Las lágrimas seguían manando, como si de un manantial inagotable se tratara. Todas y cada una de ellas quemaron mi piel.

—Su vástago será el rey que unirá todas las regiones, será el futuro que esperan los hombres del norte y que bendecirán los dioses, y ella, la única heredera del rey de Ringerike, el gran Sigurd Hart.

—Eso no es cierto —argüí—; el heredero al trono es su hermano Guthorm, que fue enviado a Stein para su formación.

El Oráculo negó pausadamente con la cabeza; sus huesudos y añosos dedos acariciaron la estriada superficie de su báculo.

—Guthorm no llegó nunca a Stein —anunció calmo—; su hermana se encargó de que así fuera: mandó asesinarlo a mitad de viaje.

Un escalofrío me asaltó erizando mi piel. Aquélla era la araña más letal de cuantas se habían cruzado en mi camino.

—¿Por qué Eyra?

El anciano resopló con cierto hastío; sus largas, amarillentas y puntiagudas uñas rascaron la madera del bastón, emitiendo un roce que imprimió en mí una aguda repulsa, agitando mi ya revuelto vientre.

—Para castigarte y para castigarla por haberte salvado la vida.

Cerré los ojos. La tortura que me retorció implacable estremeció el brazo con que empuñaba la espada. Un odio voraz llevó el filo de mi espada al lateral del cuello del Oráculo. Todo mi cuerpo temblaba.

—Adelante, mujer loba, no alargues más mi final.

Apreté los dientes y afiancé la empuñadura con las dos manos.

Durante un largo instante, me debatí con el impulso de segarle la cabeza al anciano, diciéndome que era tan sólo una herramienta, que mi venganza habría de recaer sobre la mano que la manejaba. Y, aun así, la furia me impelía a descargar el golpe fatal.

Ante mi vacilación, el Oráculo se animó a hablar con voz ajada e impaciente.

—Fui yo quien ordenó introducir los arbustos de la adelfa entre los leños que iban a quemar para el ahumado. La quema de esa planta tan venenosa emana un humo más letal que si se ingiere. Cuando ella pasó al ahumadero, le cerraron la puerta. Puedo imaginarla aporreándola, mientras aspiraba el veneno. Debió de sentir cómo sus entrañas se derretían dentro de ella, y cómo se licuaba su sangre hirviendo en sus venas, rompiendo las paredes y fluyendo fuera de su cuerpo; debió de agonizar mucho antes de...

No terminó la frase: dibujé un preciso arco y descargué la espada en el cuello del hombre. La cabeza cayó hacia el lado contrario, pendiendo de forma grotesca en un ángulo imposible, todavía unida al tronco.

La sangre manó a borbotones, salpicándome, cálida y pegajosa, añadiendo su marcado matiz metálico al aromático ambiente y

provocándome con ello un vómito repentino e implacable que me dejó de rodillas en el suelo, sacudida por violentos sollozos y un dolor atroz que crecía alarmantemente.

El cuerpo del anciano cayó desmadejado al suelo, y en su fúnebre rostro una sonrisa congelada me heló la sangre.

Rota y desgarrada, me puse en pie, dispuesta a terminar de ejecutar mi venganza.

Salí de la cabaña tambaleante, con la espada en la mano y rastros de sangre perlado mi rostro y goteando de mi acero. Un rostro angelical se alzó en mi mente, y con él avancé decidida hacia el gran *skáli*.

¡Ella! Sólo ella colmaría el hambre del lobo en que ahora me había convertido. ¡Ella saciaría mi sed de sangre!

Los habitantes me observaban anonadados y se apartaban temerosos de mi camino, ya no por mi gesto amenazante, ni por la espada que blandía, ansiosa de más sangre, sino por el odio que destilaba mi mirada.

Entré en el gran salón y avancé en silencio, fijando la mirada en mi objetivo. Oí algunos gritos femeninos alarmados y voces de hombres contrariados. No despegué la vista de ella, sentada en su sitial, frente a la mesa, todavía degustando su *dagmál*.

Cuando reparó en mí, su sonrosado rostro añorado se puso lívido en el acto y sus hermosos ojos cerúleos se agrandaron presos del terror.

Se incorporó bruscamente y retrocedió gritando, buscando la protección de los guerreros. Llevó las manos a su abultado vientre, y consiguió que enfocara la mirada en él. Aquel gesto descompuso más sus horrorizadas facciones.

Aceleré el paso, casi a la carrera, y salté la tarima mientras enfilaba mi espada hacia ella, cuando dos hombres me apresaron elevándome en volandas y obligándome a retroceder.

Grité rabiosa y forcejeé para desasirme.

—¡Juro por los dioses que acabaré contigo! —vociferé enloquecida—. ¡Juro que tu muerte será lenta y dolorosa y que pagarás con dolor y sufrimiento el que has provocado con tu maldad!

—¡Por Odín! ¿Qué sucede ahora?

Halfdan se aproximó ceñudo y desconcertado, abriendo con asombro los ojos tan pronto como reparó en mi aspecto y mi estado.

—¡Freya! ¿Quién te ha atacado...?

En cuanto llegó a mi altura, ordenó con un gesto a sus hombres que

me soltaran. Cuando mis pies tocaron el suelo fue cuando sentí que las fuerzas me abandonaban y mis rodillas flaqueaban.

Halfdan me sostuvo por los hombros con un rictus preocupado; su voz se suavizó al preguntarme de nuevo.

—Ella... —pronuncié estirando la palabra con un odio desbordante—. Ella... ha matado a Eyra...

La aludida desapareció a la carrera escoltada por su guardia personal.

Seguidamente me venció un hondo sollozo que terminó de romperme. Eyra... ya no estaba; ya no gozaría de su sapiencia, su infinito amor, su templada comprensión ni sus mimos. Ya no podría peinarla ni besar su mejilla. Ya no podría observarla cocinar junto al fuego, ni preparar sus potes. Ya no podría sumergirme en la calma de su mirada, ni en la calidez de su abrazo. Ya no estaba.

Un vacío frío comenzó a invadirme. Sólo pensar en Gunnar me abrió el pecho de parte a parte, hasta pude notar cómo mi alma se desangraba agonizante.

Caí de rodillas y me dejé convulsionar por un llanto tan amargo que nadie se atrevió a acercarse. Mis hombros se sacudieron como si yo fuera una vulgar marioneta en manos de un destino cruel que manejaba implacable mis hilos.

Halfdan se arrodilló frente a mí e hizo amago de estrecharme entre sus brazos; lo empujé con desprecio y le lancé una mirada cargada de encono y aversión.

—¡Voy a matarla! —amenacé hipando—. ¡Aunque sea lo último que haga sobre la faz de la tierra!

El semblante del rey se ensombreció y su mirada se cargó de comprensión y angustia. Asintió con la cabeza con ademán fatigado y dejó escapar el aliento, desazonado y apesadumbrado.

—Lo haré yo... —susurró cabizbajo—... cuando mi hijo salga de su cuerpo, no antes. No matarás a un ser inocente, Freya, tu conciencia no podría cargar con semejante atrocidad.

—Es Freya la que muere en cada golpe del destino, dejando en su lugar un lobo implacable y letal. Y ese lobo empieza a no tener conciencia más que de vengar cada zarpazo que recibe. Tu reina es una araña... y, cuanto más tiempo respire, más muerte extenderá a su paso. Tengo que detenerla.

Halfdan tragó saliva y se apresuró a cogerme por los hombros para

regalarme una expresión grave y una complicidad que no esperaba recibir.

—Y lo haremos, a su debido tiempo —propuso comprensivo—. No duermo tranquilo desde que recelo de ella, no soporto tocarla, ni me atrevo a comer lo que me ofrecen. Veo cómo me observa ambiciosa, y hasta puedo leer cómo planifica mi muerte; brilla tan claro en sus ojos como el agua de un arroyo. Freya, confía en mí, yo sabré contenerla hasta que me deshaga de ella.

Asentí, carente de fuerzas, y dejé que me ayudara a ponerme en pie. Tenía una despedida por delante, un duelo que llorar debidamente y una culpa que mitigar. La de haber permitido que Halfdan me arrastrara lejos de ella.

De pronto mi pulso se detuvo ante una sospecha que sumó más tormento al ya soportado. Qué conveniente la intromisión de Halfdan para apartarme de Eyra.

Sostuve la oscura mirada del rey impasible, ocultando aquella revelación que comenzaba a pugnar por hacerse un hueco en mi mente. Asentí conforme de nuevo, fingiendo mansedumbre, y acumulé el escaso vigor que tenía para abandonar el *skáli* con el alma rota y el corazón sangrante. Sólo algo crecía poderoso: mis colmillos.

Ocultando una brecha con piedras

Jorund y Valdis me sostuvieron por la cintura, mientras acercaba la antorcha a la pira funeraria donde Eyra descansaba en el centro, tendida en una camilla elevada, vestida con una túnica blanca de hilo, peinada y lavada.

Tras el ritual, en el que se pedía a los dioses que la recibieran en su seno, después de los cánticos y las ofrendas, el fuego tomó el testigo de la ceremonia purificando y liberando su alma para que volara libre de su vestidura carnal hacia mejores parajes en los que yacer, esperar o renacer.

Mientras las llamas lamían hambrientas los ramajes y troncos apilados alrededor de Eyra, en aquel claro donde la luna nos cercaba de plata, y el crepitar chisporroteante de las llamas susurraba a la quietud de la noche, yo reparé en el vacío que ahora se filtraba por mi alma quebrada.

Arropada por amigos y sostenida por la fortaleza que Eyra siempre supo arrancar de mí, comprendí que no debía dejarme vencer, aunque el dolor me lapidara y la furia me devorara. Que nada la traería de regreso ya, que esa pérdida sería irreparable, y que ese vacío pesaría largo tiempo. Por ello, debía honrarla siendo la mujer que ella supo forjar con su amor y sabiduría.

Ya no quedaban lágrimas en mí, como tampoco confianza ni en ese dios único con el que crecí ni en las divinidades paganas que ahora regían mi destino de manera tan cruel. En cambio, el dolor permanecía como un fiel e incansable compañero de la tragedia que se empeñaba en perseguirme.

El intenso hedor de la brea, la lumbre y la carne quemada se propagó por el aire, concentrado en una gran voluta de humo agrisado que ondeaba hacia la noche, diluyéndose en sus sombras.

«Adiós, mi buena Eyra; no te vas, pues te llevo conmigo —me despedí para mis adentros, con la mirada perdida en la pira humeante—.

Llevo grabado en mi corazón cada gesto, cada palabra y cada mirada. Sólo morirás realmente cuando perezca la gente que te ama. Incluso entonces, tu esencia perdurará, pues un alma tan pura jamás podrá desaparecer del todo. Tuya es la eternidad, y sólo espero volver a tener el honor de coincidir contigo en otra vida.»

Permanecimos inmóviles, silenciosos y contritos, mientras el fuego lamía madera, piel, carne y huesos; mientras el dolor se instalaba ya de forma definitiva en mi pecho, ya no como un habitante más, sino como dueño y señor de un reino moribundo y yermo. Y mientras mi corazón lloraba el dolor de Gunnar, ante una orfandad reiterada de manera tan cruel.

La vida estaba llena de pérdidas y encuentros —divagué, dejando escapar un apagado resuello apenado—, de sufrimiento y dicha, de victorias y derrotas, todo era parte de ella, de su ciclo. Así como la madre tierra tenía los suyos, como los elementos daban vida o la quitaban, como la naturaleza nacía y moría continuamente en cada temporada.

Era una rueda dentada que giraba una y otra vez deteniéndose en cada ocasión en una de esas muescas. Pero por alguna razón mi rueda tenía más hendiduras horadadas en los infortunios que en las bondades. Me obligué a pensar que quizá las muescas de la felicidad se hallaran todas seguidas, cuando las del tormento fueran superadas. Sin embargo, tras tantas amarguras, avatares y resentimiento, ¿se podía alcanzar realmente la felicidad? ¿O la felicidad era tan sólo una utopía filosófica con la que nos tentaban los dioses, a modo de cebo, para tenernos insatisfechos mientras la buscábamos, y poder así jugar de un modo caprichoso con nuestras ilusiones?

No, me dije, la dicha no era una meta, en todo caso era una actitud. Eran retazos efímeros de momentos inolvidables, a menudo aparentemente superficiales. La felicidad se escondía tras el más fútil gesto, quizá una sonrisa, una palabra o una mirada. Flotaba en la caricia del viento, en la fragancia de la lluvia y en la tibieza del sol, en las claras noches de luna, y en los atardeceres junto al mar. La felicidad era la ausencia de dolor, de enfermedad y de soledad; se camuflaba en la rutina y se amparaba en la estabilidad. Quizá por eso, por su condición de frívola sensación, no nos percatábamos de ella como debíamos. Estar simplemente sentados junto a alguien que amábamos al calor de un buen fuego, sin más pretensión que la de compartir el silencio, debería

saborearse con absoluto regocijo, por no saberse si sería el último. Pues cuando ese alguien desaparecía de nuestra vida, ya no sólo ocupaba su lugar el dolor, también lo llenaba el arrepentimiento, por no haber sabido paladear cada instante pasado junto al ser perdido.

Fue entonces cuando sentí una honda nostalgia por palabras no dichas, besos no dados y sonrisas no compartidas. Fue cuando más implacablemente me estranguló mi tormento ante lo que no había disfrutado cuando pude, y lo que no disfrutaría ya jamás.

Suspiré con pesadez y, en esa simple exhalación, sentí astillas acicateando mi pecho de nuevo. Y anonadada, comprobé que las lágrimas no tenían fin como en un principio imaginé; que, a pesar de tener el alma seca, ese manantial oculto albergado en el interior era en verdad inagotable.

Jorund tiró de mí con intención de llevarme a la cabaña; me volví hacia él y negué con la cabeza, y aunque mis mejillas estaban surcadas por un húmedo torrente incesante de dolor, mi rictus permaneció rígido e impassible.

—Esto no cambia nada —aseguré con voz enronquecida—. Cuando todos duerman, vosotros partiréis según lo acordado. No voy a dejarla sola esta noche. Permaneceré aquí, a su lado.

Valdis me cogió del brazo, estranguló un sollozo y negó con la cabeza; su padre me regaló un semblante disconforme.

—No pienso dejarte sola ahora, Freya. No vamos a ningún sitio.

Me encaré contra el grandullón y resoplé frustrada.

—No arriesgarás la vida de tu hija, Jorund. Eyra no revivirá, y yo sé lo que tengo que hacer. Así que no rechistes, y permite que el espíritu de Eyra viaje con vosotros esta noche, como estaba planeado.

El hombretón bufó, se encogió de hombros y me contempló con honda preocupación.

—Como bien dices, Eyra no revivirá —comenzó a decir en tono grave y sentido—; no cometas ninguna locura llevada por la venganza. Tu única prioridad, Freya, es encontrarte con Gunnar y escapar de las manos del rey. Nuestro único fin es la libertad, dejemos a los dioses los ajustes de cuentas.

Asentí levemente y apoyé la mano en su hombro, oprimiéndolo un poco.

—Pronto nos reuniremos —murmuré con firmeza.

Me volví hacia Valdis para despedirme, y la muchacha, movida por un afectuoso impulso, me estrechó entre sus brazos. Suspiré emocionada ante el sincero cariño que derramó en aquel gesto de consuelo.

—Lo conseguiremos —afirmó convencida con sonrisa trémula y mirada llorosa—. Las penas acaban aquí, mi buena amiga.

Las comisuras de mis labios se expandieron vacilantes, en un esfuerzo por compartir esa seguridad.

—Acaban las penas —coincidí—, empieza la lucha por dejarlas atrás. Me dirigí a Jorund de nuevo y compuse un gesto apremiante.

—Partid, y que los dioses iluminen vuestro camino; si en él está que volvamos a encontrarnos, así será —me despedí estirando mis labios en lo que quise llamar sonrisa, pero que, sin embargo, quedó en una mueca extraña e indefinida.

Padre e hija abandonaron el claro, cabizbajos y cogitabundos. Y yo me volví hacia la moribunda pira, desgarrada por resonantes quiebros de troncos calcinados, el susurro de las llamas y el chisporroteo luminoso que el fuego derramaba en la noche, formando dorados rodales de luz en la negrura.

Quizá por aquella peculiar melodía, no oí unos pasos acercarse y, seguramente por la cortina de lágrimas que nublaba mi vista, no me apercibí de la identidad de aquel que había decidido acompañarme en mi duelo. No obstante, adiviné de quién se trataba.

—No requiero compañía, y menos de un rey —musité sin mutar mi gesto ni girar la cabeza.

—No estoy a tu lado como tal, sino como simple hombre.

Respiré largamente, en un vano intento por controlar un nuevo acceso de furia. Debía ser cautelosa, me dijo mi entendimiento, mostrar indiferencia y jugar con sabiduría mis cartas, pero, en aquel instante en que todo mi ser rezumaba dolor, en que las fuerzas habían claudicado exhaustas y los escudos yacían rotos, me fue del todo imposible contener la lengua y lo que ésta destiló con tanta animadversión.

—Tal vez, pero un hombre que tiene las manos manchadas de sangre inocente. Un hombre que tiene la osadía y la insolencia de ofrecer su consuelo a la mujer que despojó de forma tan vil de madre y amiga.

No necesité mirarlo para imaginar su estupor; pude percibir con toda claridad su rigidez e incomodidad.

—Fui despojado de mi condición de rey y de hombre justo, en favor

de la de padre desesperado —admitió en tono abatido.

—Concedes oscuros orígenes a aquel que será tu heredero —acusé con expresión pétrea—, pues, por su solo alumbramiento, tristemente se ha sembrado ya tanta muerte e inquina. Quizá llegue a hombre, pero siempre será perseguido por la sombra de la maldad que facilitó su nacimiento.

—¿Crees acaso que no es duro para mí? —increpó alzando la voz—. ¡Yo, un hombre poderoso, sometido al cruel capricho de una jovencuela que amenaza con arrancar a mi hijo de su vientre si no cumplo sus deseos! Me pidió que te entretuviera, que te alejara de Eyra, pero te juro por cuanto soy que desconocía sus oscuros propósitos.

En su tono restalló un deje acentuado de aflicción y arrepentimiento que no conmovió un ápice mi corazón.

—Quizá no conocieras su verdadera intención —repliqué con voz tirante y fría, mirándolo al fin—, pero seguro que sabrías que a nada bueno se debía su petición.

Halfdan me cogió de los hombros, yo lo empujé furiosa y rota.

—¡Era la vida de mi hijo la que estaba en juego, maldita sea! ¿Crees que es halagüeño vivir con temor? Jamás estuve tan asustado, ni combatiendo con los más aguerridos enemigos. —Hizo una pausa en la que gruñó furioso y apretó los puños con aguda ofuscación—. La desprecio tanto o más que tú, y no dudes de su final cuando no tenga nada con que amenazarme.

—Ella ya imaginará que ése será su final, y no creo que lo aguarde de brazos cruzados.

Pude ver cómo ese desazonador pensamiento germinaba en su mente y esta vez arraigaba con fuerza. Su rictus se endureció y el brillo de su mirada reverberó temeroso y angustiado. Si mis labios no hubieran olvidado cómo se sonreía, lo habrían hecho triunfales. A veces la venganza no requería fuerza, ni grandes mañas, para cobrarse su pieza.

—Estoy aguardando la llegada de mis aliados para atacar a Horik —anunció meditabundo—. No pienso arriesgarme a que nos sorprendan las tropas de Lodbrok en inferioridad de condiciones. No tardaremos en partir a la batalla y, mientras tanto, ambos hemos de cuidarnos de ella.

—¿Y cuando regreses de la conquista? —pregunté—. ¿Dormirás con los ojos abiertos?

—No voy a regresar hasta que alumbre a mi hijo. Daré la orden de

que no salga viva del parto.

Asentí casi imperceptiblemente, y me volví hacia la humeante pira de nuevo, ignorándolo, buscando que se marchara.

—Freya —susurró abatido—. No sé qué nos deparan los dioses, pero necesito saber algo.

Tomó mi silencio como un asentimiento. Tragó saliva y me obligó a mirarlo, sujetando mi barbilla entre sus dedos.

—En el caso de que Gunnar pereciera en la batalla, y nosotros no, ¿me dejarías cuidarte como mereces?

Cerré los ojos ante aquella espeluznante posibilidad. Me estremecí. En mi interior había una brecha tan grande, un abismo tan desolador, que, aunque lo llenara de piedras, un frío viento se colaría por los quicios recordándome el hueco que ocultaban.

—Si Gunnar muere —murmuré en apenas un hilo de voz ahogada—, yo moriré con él. Dudo que desees cuidar de un cadáver.

Sostuve su mirada, derramando en ella todo mi dolor, toda mi angustia y todo mi rencor. Él también era partícipe y causante de mi tragedia, de mi soledad, y ahora de mi atormentada incertidumbre.

—Lo haría —respondió con innegable rotundidad.

Me soltó y se alejó con paso cansado y derrotado.

No me detuve a pensar que algunas piedras punzaban dañinas con sus afiladas aristas, intentando encajar en un hueco que no era el suyo. Y que esa pertinaz insistencia amenazaba con agrandar la brecha o empujar piedras fuera de su lugar. Confié en que al final encontraría su lugar en otra oquedad.

Ahora sólo podía permitirme pensar en una cosa, y era en luchar. Tenía la absoluta certeza de que ésta era nuestra última oportunidad de imponernos a los dioses y demostrarles que merecíamos la felicidad que de forma tan despótica nos negaban. Ya habíamos sufrido demasiado, ya habíamos pagado con creces este amor tan puro, ya habíamos superado constantes infortunios y demostrado que no nos rendiríamos. Muerte o vida, pero vida plena, la recompensa que nos habíamos ganado sobradamente.

Y, de repente, sentí una liviana caricia en la mejilla, como un beso fugaz, que no pude achacar a la brisa nocturna, por dejarme un extraño y manifiesto cosquilleo en la piel. Tibio y reconfortante, como el aleteo de una mariposa que, durante un efímero instante, se posa gentil y sacude sus

hermosas alas sobre el pétalo de una flor. Y esa mariposa me otorgó algo que creí perdido: solaz.

Sonreí entre lágrimas... Eyra también se despedía de mí.

Y, como para reafirmar esa sensación, un tronco quebró calcinado, liberando de su interior una miríada de pavesas incandescentes que revolotearon en torno a mí... suspendidas en el aire, como si conformaran a mi alrededor una peculiar aura dorada, que logró imprimirme un poder desconcertante, una fortaleza inaudita y una confianza apabullante. Eyra me transmitía su esencia, su aliento y su cariño. La sentía tan dentro, de manera tan rotunda, que mi sonrisa se acentuó y mi corazón se caldeó.

Por aquella brecha llena de piedras, dejó de filtrarse ese viento gélido que encogía mi alma. Las piedras dejaron de pujar rozándose unas con otras, lastimando las paredes del abismo. Y ese lobo hambriento de sangre logró dejar de agitarse y mostrar los colmillos feroz.

Cerré los ojos y permití que esa paz que me embargaba se extendiera por todo mi ser. Fue como un bálsamo curativo que saneó mis heridas y las untó de un ungüento reparador y protector, endureciéndome para lo que estaba por venir.

De nada servía regodearse en el dolor, lamentarse de los golpes recibidos y preguntarse el motivo de ellos. No, de nada servía. En cambio, era imprescindible sólo una cosa: seguir adelante con más ímpetu si era preciso, con más vigor y firmeza, con más valor y arrojo, con más espíritu y fervor, a pesar de todo. A pesar incluso de no ver luz al final del camino. Pero yo la veía, y era la luz más hermosa de todas, reluciente y deslumbrante, mágica y cautivadora. Era la luz que salía de un corazón igual de especial, el de Gunnar.

Y por esa luz, y por la que emergía de mi propio corazón con la intensidad de un haz solar atravesando una tormenta, supe que lo conseguiríamos. No podía ser de otra manera.

Rumbo a la batalla

Partíamos a la batalla.

Las últimas huestes de Halfdan llegaron aquella mañana procedentes del sur. Mediante pactos y alianzas, el rey había conseguido unificar las regiones más alejadas, prometiendo aunar todos los reinos del norte, nombrando a nuevos *jarls* y otorgando territorios de cultivo y fértiles pastos para el ganado, a cambio de lealtad y sangre.

Las despedidas se apresuraban, los sacrificios a los dioses se ultimaban y los ánimos se alborozaban.

Cuando Halfdan Svarte el Negro emergió del *skáli* con su equipamiento de combate, imponente y regio, sus súbditos lo admiraron orgulloso. Hermoso, fiero e imponente, todo un dios con carnadura humana.

Se había entrelazado su largo cabello oscuro en una trenza, despejando un rostro de facciones duras y remarcadas, de pómulos altos y frente despejada. Ya no lucía la barba, mostrando un mentón pronunciado, una masculina barbilla horadada por un pícaro hoyuelo y unos perfilados labios que se antojaban suaves. Su zaína mirada de ojos rasgados resultaba atemorizante y decidida. Sobre la refulgente cota de malla de minúsculos eslabones plateados, vestía un engalanado jubón de cuero tachonado, ceñido a la cintura por un ancho cinturón negro con múltiples correaes. De sus caderas pendía indolente el cinto, donde portaba su enjoyada espada enfundada. No sólo su vestimenta era acorde a su condición, sino también a su compostura y talante. Todo un rey aguerrido y altivo que bajó los escalones con contundente aplomo, rezumando poder y seguridad a cada paso.

Se dirigió a su gran caballo de guerra *Tyr*, tan negro como la noche, de soberbias hechuras y porte arrogante, de lustrosas ancas e imponente cruz. Palmeó su robusto y altivo cuello mientras se dejaba aconsejar por sus segundos.

Yo, por mi parte, equipada con mis ropajes de escudera y camuflada entre la nutrida facción de las *skjaldmö*, ya sobre la grupa de mi alazán castaño, junto a Asleif, que se asemejaba a una curiosa mezcla entre temible y fiera valquiria y ninfa de la nieve, aguardaba el avance de tan multitudinario ejército.

El tiempo se dilataba entre agrupar a las distintas facciones y repartir las órdenes pertinentes. Además, se ultimaban provisiones y equipamiento, y se seleccionaba a la guardia que protegería Hedemark y, en especial, a su reina.

En ese momento, su altiva figura femenina surgió del *skáli* para despedir a su rey.

Avanzó con la espalda erguida y un mohín que fingió ser apenado hacia su esposo, que la observaba con semblante indescifrable. Cuando llegó a su altura, se alzó de puntillas, rodeó con los brazos el cuello de Halfdan y depositó un tibio beso en sus labios. Incluso a aquella distancia, pude percibir en la pose del rey su rigidez y desagrado.

Impertérrito y hierático, no mutó su faz cuando ella le susurró unas palabras al oído, ni cuando se abrazó a su pecho un largo y tenso instante.

En cambio, cuando se alejó de él, resultó obvio su alivio; su cuerpo se relajó y sus facciones se suavizaron.

Al cabo, se encaramó ágilmente a su montura y sus hombres lo imitaron. Y como si en ese momento el cielo hubiera decidido sumar su despedida, un trueno retumbó en el cielo y, casi en el acto, se desató una hilera de ellos que se crecieron en intensidad. Elevamos la vista a un cielo plomizo de constreñidas y oscuras nubes, que parecían frotarse entre ellas con el denodado empeño de hacerse un hueco, inflamándose de impaciente contrariedad, y acumulando una ruidosa frustración en cada ensordecedor empuje.

No albergamos duda alguna sobre la incipiente tormenta que nos acompañaría en el camino.

—Los dioses nos muestran su complacencia —afirmó sonriente Asleif sin dejar de mirar al cielo.

Fruncí el ceño en claro desacuerdo con el método elegido.

—Podrían mostrarla luciendo el sol, ¿no crees?

Asleif me miró divertida alzando una ceja con traviesa suspicacia.

—¿Cuestionas a los dioses, pequeña *bondi*?

—Más bien tu manera de interpretar sus designios —repliqué con

sorna.

—Thor agita su martillo para bendecirnos, nos alienta a batallar — explicó sacudiendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco—. Deberías conocer ya sus curiosas formas de manifestarse.

—Curiosas son, no te lo discuto, y variables también, pues, haga sol o llueva, todo parece indicaros que corráis a la batalla.

Asleif dejó escapar una sonora carcajada que inquietó a su montura. El animal sacudió la cabeza y agrandó los ollares, frunció su labio prensil mostrando los dientes en un piafado desconcertado, para terminar recibiendo de su ama unas consoladoras palmadas en el cuello.

—¿Acaso hay incentivo mejor para entrar en el Valhalla? —profirió la *skjaldmō* todavía risueña.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?

La guerrera me regaló una radiante sonrisa, chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Puede que entremos juntas en el Valhalla, y tenga que aguantarte durante toda la eternidad —bromeó, al tiempo que sacudía las riendas.

—Puede —convine. Y en ese momento tomé mucha más conciencia de la muerte y del riesgo que corríamos.

Asleif me echó un fugaz vistazo, antes de alzarse sobre los estribos para atisbar al frente entre los jinetes que teníamos delante con semblante ansioso.

—Freya, lo conseguiréis —murmuró en tono tranquilizador—. Haré cuanto esté a mi alcance para ayudaros.

Esbocé una emocionada sonrisa agradecida, y negué con la cabeza.

—Lo único que te pediría es que evitaras en lo posible atravesar las puertas del Valhalla. Y, quizá, que reconsideraras el acompañarnos.

—Soy una guerrera, Freya, no ambiciono más vida que la que poseo. Soy libre, vosotros no.

—No, nosotros no —concedí con gravedad—. Y sólo hallaremos la libertad en la muerte o en la huida.

—Confía, Freya; tomaste la decisión de ser libre y luchar por ello. Sea lo que sea que te depare el destino, ya está escrito.

En ese instante los caballos relincharon ante una resonante e imperiosa voz masculina que anunciaba la partida.

La vanguardia, formada por el rey y sus capitanes, comenzó la marcha bajo un cielo tormentoso, donde juegos de luces resplandecían

opacados, formando fugaces cercos luminosos en el espeso y emplomado amasijo de nubes oscuras. Las laderas parecieron más verdes, ya veladas por la humedad que cargaba el aire, y una intensa fragancia herbal y terrosa se alzó sobre el amplio páramo, claro preludio de la lluvia que pronto derramaría el cielo. Quizá como bendición, maldición o simple advertencia divina.

Las tropas se alinearon avanzando en un trote que aumentaba gradualmente a medida que salíamos del poblado.

Nadie había reparado en la ausencia de Valdis y Jorund. Por fortuna, debían de estar ya lejos de allí, o eso anhelaba con toda mi alma. No sabía si volvería a verlos, como tampoco podía vaticinar lo que el destino había escrito en el pliego de mi vida. En cambio, tenía muy claro lo que yo pensaba escribir en él.

Las furibundas nubes no tardaron en descargar sobre nosotros. Me cubrí con la capucha de mi capa, sin dejar de arrear a mi montura con la otra mano. La atronadora melodía formada por cientos de cascos de monturas golpeando el terreno en un galope regular fue envuelta por el sonido de una lluvia virulenta, y amenizada por abruptos truenos, como si Thor liberara su ira contra nosotros.

Cerré mi mente a pensamientos apesadumbrados y preocupaciones angustiosas, y cabalgué en sincronía con el resto de los jinetes, como si cada sacudida del caballo que me alzaba de la silla en una aplacadora danza rítmica tuviera la propiedad de expulsar de mi cabeza la ansiosa incertidumbre que insistía en abatirme.

Recorrimos los páramos en silencio, como si fuéramos una misma masa, una mancha oscura atravesando un verde claro, como un estandarte móvil anunciando muerte y dolor, una sombra tenebrosa avanzando tenaz bajo la tormenta, ávida de sangre y ansiosa de lucha.

Trascurrió la jornada sin incidentes, y agotados y ateridos montamos el campamento al resguardo de una alameda delimitada por una alta pared rocosa.

Comimos, bebimos y descansamos al amparo de burdas tiendas que, bajo la copa de los árboles, contenían la débil llovizna de una tormenta ya resacosa y moribunda.

La oscuridad extendía sus dominios, y el adormecedor sonido de un perezoso goteo cerraba mis pesados párpados y destensaba cada músculo de mi exhausto cuerpo.

Mis labios dibujaron una sonrisa ante la aparición en mi mente de un rostro familiar de rasgados ojos verdes que me invitaba a dormir a su lado. Me arrebujé bajo mi manto y me dejé llevar por el sueño; él estaba junto a mí.

No sé cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando desperté alterada, sintiendo apremio a mi alrededor. Algo pasaba; se oían murmullos soterrados y pasos acelerados. A mi lado, Asleif, que compartía tienda conmigo, se refregó los ojos desorientada, y se detuvo un instante a escuchar los sonidos que pendían en la noche.

—Saldré a averiguar qué está ocurriendo —masculló con voz ronca.

En ese instante una cabeza asomó entre los mantos, que sobre un precario armazón de palos hacía de tienda, sobresaltándonos a ambas.

—Halfdan te requiere a su presencia —musitó el guerrero dirigiéndose a mí.

Salí gateando de la tienda ante la mirada extrañada de Asleif.

Me envolví en mi manto y dejé que el guerrero me escoltara hacia la tienda del rey. Nos acercábamos al umbral cuando emergieron varios hombres de ella. La luminosidad de una luna plena y esplendorosa fue suficiente para reconocer con claridad el horrorizado y alarmado rostro de Halfdan.

—Vienes conmigo —sentenció adusto, ajustándose el cinto y caminando con premura hacia su caballo.

—¿Adónde?

Halfdan subió a lomos de *Tyr* de un grácil movimiento, se inclinó y me ofreció la mano. Su gesto no admitió replica.

Aturdida, se la ofrecí, la cogió y de un abrupto empujón me izó tras él. Me acomodé en la silla y rodeé la cintura del rey con los brazos.

—¿Qué ocurre? —insistí con el pulso acelerado.

—No hay tiempo para las palabras. —En su angustiado tono descubrí la gravedad del asunto; aquello acicateó mi curiosidad y encogió mi corazón—. Regresamos a Hedemark.

Partimos de regreso junto a una veintena de curtidos guerreros, la más fiera escolta del rey. Un mal presagio viajó conmigo en aquella noche de luna llena, aleteando en mi pecho. Tuve la certeza de que mi destino final comenzaba esa noche.

Antes de llegar a Hedemark, nos detuvimos en un recodo del camino el tiempo suficiente para que Halfdan despachara a sus hombres con órdenes concretas sobre el plan trazado. Desconcertada y confusa, aguardé en silencio viendo cómo posicionaba a sus hombres para lo que parecía una emboscada.

Todos asintieron conformes y cabalgaron prestos a cumplir el mandato de su rey. Una vez solos, Halfdan se volvió hacia mí en la montura y me sujetó la barbilla para acaparar toda mi atención. Un nudo se afianzó en mi vientre ante el duro rictus del hombre.

—Escúchame, Freya, el traidor es el *jarl* Harald el Implacable; debí haberte hecho caso, pero mi ambición sofocó los recelos que ese hombre despertaba en mí. Esta noche, un mensajero suyo ha llegado al campamento trayéndome un mensaje. Aprovechando mi ausencia, han tomado Hedemark, y hecho prisionera a mi reina. Quiere tenderme una trampa —explicó suspicaz—: a través de su emisario exige mi presencia y la tuya o matará a Ragnhild.

—¿La mía? —inquirí confundida.

Asintió nervioso y lívido; las oscuras sombras bajo sus ojos se acentuaron.

—Tampoco yo lo entiendo. Es fácil adivinar que quiera matarme y ofrecer mi cabeza a Horik, pues no guardo duda alguna sobre que fue él quien avisó de mi invasión a Horik y le aconsejó llamar a la flota de Lodbrok para que protegiera a su rey. Pero me desconcierta tu lugar en todo esto.

Algo no encajaba, pensé; bien era cierto que Harald me detestaba como yo a él, pero resultaba más que llamativo que se molestara en atraerme a la emboscada que le tenía preparada a Halfdan. Aquello no tenía sentido para mí.

—¿Y crees que tus hombres serán suficientes para detener a Harald? Te matará en cuanto te vea entrar en la aldea.

La mirada del hombre se oscureció, la línea de sus labios se endureció, un músculo se encogió en su mentón y sus puños se cerraron con más fuerza todavía, sujetando las riendas.

—Tengo que arriesgarme, la vida de mi heredero está en juego. Cuento con que quiera divertirse antes, le gusta jugar con sus presas.

Asentí; nadie mejor que yo sabía cómo le gustaban esos juegos. Era un hombre vil y cruel, y bebía del sufrimiento ajeno. Someterse a sus

despiadados caprichos por salvar un heredero al trono no entraba en mis planes precisamente. Gunnar me esperaba, mientras yo estaba atrapada en la red de la ambición y la maldad, así que no lo dudé.

Esperé que Halfdan me diera la espalda para guiar de nuevo su montura hacia la entrada al pueblo; entonces llevé con disimulo mi mano al ancho cinturón que ceñía mi túnica y desenfundé sigilosamente una pequeña daga, que escondí en la palma de mi mano.

Fijé los ojos en el cuello del hombre y decidí que, si era rápida, podía rebanar su garganta de un solo tajo, abandonar su cuerpo y huir a lomos de su caballo.

Tomé aire lentamente reuniendo la templanza y la frialdad necesarias para acometer con presteza mi decisión. Llevé una mano a su hombro y apoyé la barbilla en el otro; aquella pose envaró la espalda del hombre. De forma instintiva deposité un suave beso en el lateral de su cuello, para que se confiara.

—Freya —ronroneó afectado—. Si me dejaras....

Llevé los labios a su oreja, apenas ronzándola, y pronuncié con seductora candencia:

—Te dejaré... mi rey... para siempre.

Y de un presto movimiento alargué el brazo, empuñé la daga y la llevé a su garganta.

No llegó a ella. Una mano firme apresó mi antebrazo, tiró con fuerza y me empujó a un lado, haciéndome caer con violencia del caballo. El impacto fue doloroso, y ni siquiera tuve la oportunidad de intentar ponerme en pie. El rey cayó a horcajadas sobre mí, y me abofeteó con saña.

—¡Perra! —escupió siseante. Tenía la mirada nublada por la furia, y un descompuesto semblante crispado—. Imaginé cuál sería tu intención en cuanto te lo contara y, aun así, confié en equivocarme.

Palpó mi cuerpo con hosquedad, despojándome de todas las armas que portaba. Luego se incorporó y a mí con él, me volvió burdamente, apresó mis muñecas y las ató con una cuerda que sacó de la alforja.

—Ahora sí, eres mi presa —gruñó afianzando la lazada—. Y como tal te entregaré. No pensaba hacerlo cuando Harald me exigió que te entregara junto a un puñado de tierras como premio por conseguirme la cabeza de Hake el Berseker. Pero, ahora, acabas de sentenciar tu destino.

Me subió al caballo de nuevo como si fuera un fardo, y se encaramó

detrás. Arreó la montura con apremio y partimos al galope. La acelerada galopada sacudió con dolor todo mi cuerpo, como si fuera una vulgar muñeca de trapo. Me mareé y las náuseas me hostigaron peligrosamente.

Por fortuna, estábamos a un paso de la aldea. Halfdan disminuyó el trote cuando se adentró en él.

—Si desvelas la posición de mis hombres, te juro por los dioses que no saldrás viva de aquí —siseó mientras desmontaba.

Guio al caballo por la brida, caminando a su lado, mientras yo me arqueaba incómoda con el vientre sobre la silla, y el torso y las piernas pendiendo a ambos flancos del animal, con las manos atadas en la espalda y el cabello ocultándome la visión.

—Deja de agitarte o te caerás —advirtió Halfdan con sequedad.

—Suéltame, ahora estamos los dos en apuros.

—No, tú decidiste tu lugar, atacándome, y es ése. Ahora cierra la boca.

Entre los oscuros mechones de mi melena entreveía tan sólo el terreno por el que pasábamos, algún cercado y los espolones de *Tyr*; maldije para mis adentros.

Reconocí el claro en el que nos adentrábamos; se trataba la explanada frente al gran *skáli*. Unos pasos se acercaron a nosotros.

—Me alegra comprobar que atendiste a razones. —Aquella voz rasgada y seca pertenecía al *jarl* Harald; un escalofrío me recorrió—. Y que además portas lo que se te exigió.

—¿Dónde está mi reina? El trato era Freya por ella, aquí la traigo.

Un acceso de furia me agitó con violencia sobre la silla.

—¡Maldito cuervo, me trajiste a un intercambio! —proferí colérica.

Unas manos me agarraron por la espalda y me arrastraron hasta derribarme nuevamente del caballo.

Ahugué un gemido dolorido cuando mi cuerpo impactó en el suelo.

—Si has intentado matarme sin saberlo, ¿crees que hubiera sido sensato decirte que eras mi moneda de cambio?

Me alzaron del suelo apresando mis maniatadas muñecas; una mano grande y rugosa aferró mi mandíbula con fuerza y me encaró a un rostro huesudo, de fría mirada azul hielo.

—Parece que nuestros destinos se cruzan de nuevo, loba —arguyó Harald el Implacable, con una sonrisa amenazadora adornando una boca de labios finos y ajados—. Pero esta vez no has de temerme a mí, mujer.

Con una cena tuve más que suficiente para saciarme de ti, y más recordando cuánto me costó digerirla.

—Creí que... —intervino Halfdan confuso y alerta.

El *jarl* le sonrió taimado, compuso un gesto imperioso y un grupo de guerreros nos rodearon apuntándonos con sus espadas.

—Resulta curioso que me haya esforzado tanto por destronar a los reyes del norte, para terminar supeditado a una reina.

Contuve el aliento ante aquella revelación. Halfdan sofocó un gemido sorpresivo y me miró con denodado estupor.

—Cuán agradable es la vuelta del esposo, sobre todo a la hora del *nattverdr* —anunció una voz suave y melosa.

Aquella voz me erizó la piel y revolvió mi estómago de nuevo.

Ragnhild caminaba lánguidamente hacia nosotros, sin prisa, regodeándose a cada paso, paladeando nuestro pavor, deleitándose en la exquisita perfección de su tela, cimbreándose en su trama, relamiéndose ante sus más ansiadas presas. La voracidad refulgió en su mirada y la perfidia iluminó una sonrisa triunfal.

La araña se frotaba las patas y salivaba ante el manjar que compondría esa noche su cena.

Una mosca devorando a una araña

Fuimos conducidos a empellones hacia el gran *skáli* ante la estupefacción de los aldeanos, que prefirieron acomodarse dócilmente a la nueva situación que atreverse a alzarse en armas por su rey.

Nos condujeron hacia el entarimado donde se elevaban los dos sitiales y nos postraron de rodillas frente a ambos tronos.

En el del rey tomó asiento de forma significativa Ragnhild, con expresión de arrobada complacencia, y en el de ella se acomodó de un modo distendido el despreciable *jarl*, que se atusaba su crespá y nívea barba con semblante jactancioso.

—Bien, Harald, cumpliste mis deseos, dos platos fuertes para un gran *nattverdr*, y, por lo tanto, serás el conde que más regiones gobierne bajo mi mandato y mi mano derecha en este reino.

—Y yo, mi hermosa reina, os rindo pleitesía hasta que los dioses me llamen a su presencia.

—¡Quieres mi cabeza! —exclamó Halfdan furibundo, con expresión desesperada—. Tómala, pero libérala a ella, en nada atenta contra tu reinado, sólo desea regresar a su tierra.

Aquel arrebato encendió las mejillas de su esposa con un rubor colérico que empañó su calma, y la instó a ponerse en pie, rígida y temblorosa.

—¿Liberarla, dices? —silabeó contrariada—. ¿Osas interceder por tu amante ante mí? Realmente eres temerario, esposo mío; no te fue suficiente con humillarme ante ella, despreciarme de tu lecho e ignorar mi presencia por esta... vulgar ramera; no, todavía tienes los arrostos de suplicar por su vida. ¿Tanto la amas, condenado bellaco inmundo?

—¿Tanto la odias tú? —replicó él sosteniendo retador su mirada.

—¡Sí! —escupió con desprecio—. ¡Tú la pusiste por encima de mí, de una reina; sólo una diosa goza de tal condición!

—O tú te pusiste por debajo con tu comportamiento vil y despiadado

—refutó el rey temerariamente.

Ragnhild se acercó a su esposo y lo abofeteó con todas sus fuerzas; a su aniñado rostro asomó un mal primigenio, como una máscara espantosa que deformó sus facciones y enrojeció su mirada, asemejándose a un fiero demonio escapado del ultramundo.

—¡Voy a hacerte pagar todas y cada una de las humillaciones sufridas, bastardo! —amenazó con voz gruesa y desconocida—. Y en este instante voy a mostrarte quién soy en realidad.

Dirigió la vista hacia uno de sus hombres y sacudió la barbilla para llamarlo a su presencia.

—Traedme unas tenazas —exigió con expresión ávida.

Se acercó a mí con una sonrisa maléfica que me provocó escalofríos y, cogiéndome del cabello, tiró con fuerza para alzar mi rostro hacia el de ella.

—Me gustó tu sabor, zorra —siseó pasando la lengua por mi mejilla — y tus pezones.

Un guerrero, con semblante turbado y gesto vacilante, le entregó unas tenazas de herrero, y retrocedió temeroso.

—¡Rasga la pechera de su túnica! —ordenó impaciente.

Halfdan se sacudió frenético y fijó en mí una acuciante mirada pavorida.

—¡No te atrevas a tocarla! —rugió enrojecido y fuera de sí, sin dejar de agitarse.

Ragnhild ensanchó su siniestra sonrisa y pasó ávida la punta de la lengua por sus labios.

—Ahora todo me pertenece —le recordó mientras contemplaba incluso con lascivia cómo el guerrero rasgaba la parte frontal de mi túnica, exponiendo a la vista mis pechos—, soy la dueña y señora de estas tierras y de todo lo que mora en ellas; yo decido cuándo y cómo moriréis, pero puedo adelantarte que no veréis amanecer un nuevo día.

Le arrebató las tenazas al hombre y las abrió ante mí lentamente, regocijándose en mi más acervado terror.

—¡Sujétala!

Me inmovilizaron por la espalda; un grueso antebrazo rodeó mi cuello, obligándome a arquear la espalda ligeramente hacia atrás. Fue inútil resistirme. Un aprensivo pavor aceleró mi pulso, convulsionando todo mi interior en una gran vorágine desatada de angustia que me

paralizó.

—Voy a arrancarte los pezones, y obligaré a Halfdan a que los lama, como tanto le gustaba hacer, hasta que decida cortarle la lengua. Necesito espacio para meterle la verga en la boca, cuando lo castre.

Acercó la punta de las tenazas de hierro entreabiertas a mis senos; sentí su frío contacto rozándolos y contuve una arcada. Mis pezones se endurecieron en el acto, constreñidos y dolorosos.

—¡Has perdido el juicio, maldita! —incurrió Halfdan sin dejar de debatirse frenético.

—Si lo hubiera perdido, no gozaría de lo que estoy a punto de hacer... y pienso disfrutarlo —adujo la reina, retirando ambos mechones dorados tras sus orejas y despejando un hermoso rostro de ángel, oscurecido por la liberada maldad que siempre había anidado en su alma, y que ahora se mostraba en todo su ponzoñoso esplendor. Y a pesar de ser conocedora de ella, no sólo a través de los enemigos que se habían cruzado en mi camino, sino de ese odio tan infame del que yo misma había sido víctima y verdugo, de esos anhelos de venganza, de ese rencor que me había reconcomido por dentro hasta hacerme olvidar que no importaba el camino elegido, siempre y cuando te procurara lo que anhelabas, fue entonces cuando comprendí aquel irreparable error. La maldad no se combate con maldad, pues, si necesitas el odio como arma, ya has sucumbido a ella, ya has traicionado tus valores, tu corazón, ya te ha vencido.

Y ahí, en la antesala de la tortura, a merced de un demonio y a las puertas de la muerte, descubrí que ese lobo que había dirigido mis pasos cuando volví a renacer, ese lobo rencoroso y feroz, vengativo e implacable, gobernado por la rabia, era el que me había puesto donde ahora me hallaba. Que esa frase tantas veces repetida por mí, a modo de venda en los ojos de mi conciencia, donde no importaban los medios sino el fin, donde todo se justificaba en pos del objetivo perseguido, se convertía ahora en mi más humillante derrota.

Todo importaba, cada paso, cada decisión, cada pensamiento y cada palabra, ya que, si eran los correctos, los afines a tu propio ser, los fieles a tu corazón, serían los que determinarían el final. Pues ¿de qué servía alcanzar un logro si en el trayecto nos perdíamos a nosotros mismos?, ¿si terminábamos siendo otra persona? O, peor aún, convertidos en un ser tan abyecto como al que nos enfrentaba el destino. Y entonces caí en la cuenta

de que llevaba mucho tiempo sin ver mi propio reflejo; a buen seguro, si me hubiera detenido a contemplar mis ojos, habría visto en ellos a aquéllos a los que me enfrenté. Leonora tuvo que convertirse en Shahlaa, y ésta en Freya, pero ese lobezno que maduró y pasó a ser un lobo aguerrido se había dejado devorar por él mismo. Y ahora, ¿quién era yo en realidad?

Miré el odio en los ojos de la reina, como una mancha oscura y chisporroteante de pura maldad, y por alguna razón esa revelación de saberme liberada de mi propia inquina otorgo algo de paz a mi ser. Yo no era como ella, porque decidía no serlo. Incluso si tenía la oportunidad de sobrevivir al horror que me aguardaba, no me vengaría, sólo huiría buscando no únicamente la libertad, sino a aquella que fui.

De pronto, mis pensamientos se diluyeron en una tanda de virulentas bofetadas que giraron mi cabeza de forma abrupta, nublándome la visión. Sentí de inmediato fuego ascendiendo por mi rostro, cómo me latían las mejillas, y un hilillo de sangre manando por el orificio de mi nariz; paradójicamente, no sentí nada más.

No sé qué pudo ver Ragnhild en mi rostro para que el suyo se sulfurara. Pero continuó abofeteándome cada vez con más ímpetu.

Cuando, jadeante, sofocada y desmadejada, logró separarse de mí lo suficiente como para poder dirigir y manipular aquellas espantosas tenazas con destreza y habilidad, descubrí, además, que sólo me provocaba compasión, ya ni siquiera desprecio. El lobo oscuro retrocedía, pues ya no encontraba su alimento; sonreí.

—Vas a retorcerte de dolor —adelantó cada vez más desquiciada. Esta vez su insidiosa mirada se tiñó con un deje confuso del que comenzaría a germinar una incipiente frustración. Buscaba mi pavor, mi súplica, mi agonía; nada de eso encontró en mi expresión. Su desconcierto comenzaba a ser evidente.

—Puede —concedí con calma—, al menos hasta que mi vida se apague, pero después hallaré la paz. En cambio, tú, ni en la muerte la encontrarás.

Cerré los ojos ante el comienzo de mi tortura, invocando una mirada verde musgo, despidiéndome de la verdadera razón de mi existencia. Completamente agradecida a la vida por haberme permitido conocer el amor más puro e irrompible que jamás haya existido, por haberme entregado el corazón del mejor de los hombres. Y aunque ese favor divino

lo estaba pagando con sangre, bien merecía todo lo sufrido, por un sólo instante entre sus brazos. Me despedí con el convencimiento de que volvería a encontrarlo.

Pronuncié su nombre en apenas un susurro y, no bien terminé de modularlo en mis labios, cuando se desató el infierno.

Una batahola de gritos y cruces de espadas atravesaron las grandes puertas del *skáli*, silbantes flechas se hundieron en los cuerpos de guerreros que había en torno a mí, consiguiendo que los hombres corrieran a enfrentarse a los asaltantes y las mujeres huyeran despavoridas ahuecadas sobre sus retoños, mientras los protegían de la reyerta.

Ragnhild no fue una de ellas; me agarró de la melena y me llevó tras ella cual ave carroñera arrastrando con territorial avidez su parte del festín.

No obstante, su recorrido apenas logró avanzar unos pasos; otra ave, ésta rapaz, se cernió sobre ella, derribándola y aplastándola contra el suelo.

—¡Huye, Freya! —alentó Halfdan.

Necesitaba desatar mis muñecas si quería tener alguna oportunidad, y la ayuda la recibí de quien menos lo esperaba.

Sigrid apareció de la nada; mirando de hito en hito, desenfundó un pequeño puñal y cortó mis ataduras.

—Acaba con ella —me dijo entregándome el arma, con un excitado brillo en su mirada.

Lo primero que decidí hacer fue liberar también las muñecas de Halfdan, que permanecía debatiéndose con su esposa, la cual se revolvía como una serpiente bajo una bota.

Cuando me acerqué a la espalda del rey, y me entretuve cortando sus cuerdas, Halfdan inclinó violentamente la cabeza hacia atrás, brotando de él un alarido ensordecedor. Al cabo, vi cómo una hilera de sangre recorría su cuello.

Libre, se incorporó para lanzar un feroz puñetazo sobre el rostro de su esposa, que tras un gemido dolorido pareció perder la consciencia. Por el seco crujido que oí, supuse que le había roto la nariz.

Halfdan se llevó la mano a su oreja izquierda, de la que manaba gran cantidad de sangre.

—¡Me ha arrancado media oreja de un mordisco!

No bien me incorporaba, Halfdan, que se había vuelto hacia mí,

agrandó espantado los ojos y se abalanzó apremiante, empujándome burdamente hacia un lado, justo cuando una espada se clavaba en su hombro.

Jadeé en el suelo y me revolví alerta empuñando la daga de Sigrid, y me encontré al *jarl* alzando su acero de nuevo para descargarlo en Halfdan, que herido se encogió rugiente y arremetió con la cabeza contra su oponente, con tal vehemencia y rapidez que derribó a su contrincante, forcejeando para arrebatarse la espada.

Tras un brutal cabezazo, que devastó la boca del *jarl*, convirtiéndola en un amasijo sanguinolento de dientes rotos y colgantes y labios cortados, se enredaron en una pelea mortal. Halfdan recibió un rodillazo en una ingle que lo dobló en dos. Rodaron por el entarimado esparciendo la sangre de sus heridas y el odio que rezumaban.

El *jarl* Harald, astuto y solapado, comenzó a golpear con encono la herida en el hombro del rey, que sangraba profusamente, consiguiendo reducirlo y ponerse sobre él. Castigó sin piedad la brecha por la que había entrado su espada, arrancando de Halfdan sofocados gemidos dolorosos.

Fijé los ojos en la espalda del *jarl*, inmerso en los golpes que propinaba, y supe que, si no intervenía, Halfdan moriría a manos de ese malnacido.

No lo pensé; me aproximé de forma subrepticia y con celeridad y precisión clavé hasta la empuñadura la hoja de la daga que todavía sostenía.

Hundí el acero en su nuca, en un mortal descabello. El cuerpo del *jarl* se envaró, llevó la cabeza tan atrás que fijó sus glaciales ojos en mí un instante antes de apagarse la luz de su mirada. Y, por fin, cayó laxo sobre el pecho de Halfdan, que jadeaba con los dientes apretados acometido por oleadas de dolor. Sin miramientos y con premura, empujé el inerte cuerpo del *jarl* hacía un lado y me cerní sobre Halfdan para intentar ayudarlo a ponerse en pie. Logré cobijar mi hombro en su sobaco y acomodé su fuerte brazo derecho sobre mi cuello para acomodar el peso a mi cuerpo, pero era como levantar una roca anclada al suelo.

—Vamos, maldito cuervo, todavía tienes un reino que defender y otro que ganar —alenté, frunciendo el ceño y resoplando por el esfuerzo.

Sus ojos estaban empañados y su rostro crispado, pero asintió y me ayudó a levantarlo.

—¡Los usurpadores han sido vencidos! —comencé a decir a voz en

grito, animada al comprobar que los hombres de Halfdan empezaban a imponerse a los hombres del *jarl*—. ¡Rendíos y salvaréis la vida!

Algunos guerreros miraron en mi dirección confusos y vacilantes. Otros, al contemplar el cadáver de su líder y a la reina con el rostro bañado en sangre e inconsciente en el suelo, tiraron lejos la espada y se sometieron cayendo de rodillas e inclinando la cabeza. Aquel gesto comenzó a expandirse entre las tropas del *jarl*, silenciando el *skáli*.

Miré en derredor; cuerpos mutilados, sangre, y muerte alfombraban el suelo. Todo provocado por una sola mujer, aquella que comenzaba a despertar aturdida y dolorida.

Ayudada por otro guerrero, sentamos a Halfdan en su trono. Estaba lívido y trémulo. Se palpó con la otra mano su sangrante hombro y apretó los dientes en una mueca sufriente.

—¡Rápido, un cuenco con agua y tiras de lino, aguja e hilo!

Halfdan hundió sus negros ojos en los míos, y sentí sobre mí una tersa mirada acariciadora.

Un grito tortuoso y furioso nos paralizó. Ragnhild cubría su quebrada nariz con las palmas ahuecadas, mientras nos fulminaba con una mirada abominable.

—¡Maniatadla! —ordenó el rey, en tono tajante—. ¡Es mi prisionera! Hasta que dé a luz, nadie le hará ningún daño. Cuando alumbré a mi hijo, yo mismo seré su verdugo.

Sus hombres acudieron prestos a cumplir su mandato. Ragnhild fue maniatada, entre llantos y quejidos lastimeros. No obstante, no me pasó por alto la mirada artera que me regaló. Mientras viviera, no estaba vencida; podía adivinar con somera claridad que las cuatro lunas que le quedaban para alumbrar al heredero serían bien aprovechadas para intentar escapar o voltear la situación a su favor.

Me esmeré en curar al rey. Lavé con delicadeza la herida y me dispuse a enhebrar la aguja de hueso con concienzuda atención.

—Deberías usar esa aguja en tu túnica y cerrarla, aunque semejante distracción es más eficiente para aturdirme que una buena jarra de cerveza.

Alcé una ceja y fruncí el ceño reprobadora; el tajo de mi túnica dejaba expuestos mis pechos, sobre los que Halfdan tenía fijos los ojos.

—Mientras tengas las manos quietas, no comprobaremos si es más efectiva mi mano que mi sola visión.

El hombre sonrió divertido y asintió apartando los ojos de mí hacia la hendidura de su hombro.

—Si zurces tan bien como amenazas, me harás un estupendo bordado. Esta vez fui yo la que esbozó una comedida sonrisa.

—Eso pretendo, mi rey.

—No te sometas, mujer, o me harás creer que tengo algún dominio sobre ti.

Ensanché la sonrisa y negué con la cabeza.

—Sólo yo lo tengo —afirmé con convicción.

En la insondable mirada del hombre relució un matiz admirado.

—Ingobernable, astuta, valerosa y hermosa; los dioses jugaron con mis ilusiones. No sé si seré capaz de perdonarles su crueldad.

Clavé la aguja al principio del corte y deslicé el hilo sin que Halfdan emitiera un solo sonido. Puntada a puntada fui cerrando la herida, concentrada en mi labor; no fui plenamente consciente de la atención que me dedicaba el hombre sobre el que me inclinaba.

—Creo que sobrevivirás —sentencié burlesca afianzando el nudo final.

—Puede que mi cuerpo sí —musitó abatido.

Me aparté para coger el lienzo y me esmeré en aplicarle un vendaje prolijo y compresor, para evitar el sangrado.

—¿Haces algo mal? —preguntó jocoso.

—Ahora mismo, perder el tiempo con alguien que me utilizó.

—¿Te refieres a un pobre infeliz al que estuviste a punto de rebanar el pescuezo? —contrapuso ceñudo.

—A ese mismo, justo al que acabo de salvarle la vida.

—Cierto —admitió— y pienso pagar mi deuda.

Sostuve su mirada con semblante imperturbable.

—Voy a reunirte con él, lo sacaré de la batalla, yo mismo lo traeré hasta ti y permitiré que huyáis tan lejos como deseéis. Y ahora cúbrete; ¿no crees que ya he sufrido suficiente?

Estrangulé una sonrisa ansiosa y esperanzada y me alejé en busca de una túnica nueva. Me dirigí al Lokrekkja real, abrí el arcón de la reina y extraje una hermosa túnica roja. Justo salía de la alcoba cuando un alarido escalofriante me sobrecogió, helándome la sangre.

Tras el grito de mujer, rasgado y espeluznante, un rugido masculino retumbó en el aire, flotando por toda la sala y paralizando a cuantos

moraban en ella.

Boquiabierta y horrorizada presencié cómo Sigrid extraía un puñal del cuerpo de Ragnhild, quien, atada a una columna, permanecía indefensa, mientras una y otra vez acuchillaban su abultado vientre ante el paralizado estupor de los presentes.

—Estamos en paz, maldita rata, tu hijo por los míos.

La desquiciada sonrisa de Sigrid dio paso a una carcajada que me erizó la piel. Ragnhild sólo era capaz de mirarse el vientre, por donde rezumaba una sangre densa y viscosa de los numerosos y profundos cortes por los que escapaba la vida de su hijo y la suya propia.

Halfdan, horrorizado, lívido y desesperado, se abalanzó hacia su esposa y, cayendo de rodillas, intentó taponar las brechas sangrantes, como si en aquel infructuoso gesto fuera capaz de impedir lo inevitable.

Su heredero parecía apuñalado en el vientre materno, mientras él, agónico, sollozaba abrazado al vientre de su reina, que con mirada perdida, pálida y vidriosa, contemplaba la oscura cabeza de su esposo entreabriendo los labios en un rictus entre atónito y aterrado.

Un oscuro charco de sangre comenzó a extenderse a los pies de Ragnhild, quien en un último hálito de consciencia abrió la boca para dejar escapar un alarido agonizante y rabioso, que contuvo el aliento de los presentes. Sigrid, apresada por dos guerreros, sonreía plenamente satisfecha, plácida y orgullosa; pero no fue en ella en quien recayó la rencorosa mirada de la moribunda reina, sino en mí.

Un escalofrío me recorrió la espalda; mi corazón se detuvo un instante ante aquella turbia mirada amenazadora.

—Esto... todavía no ha... acabado —agonizó con voz rasgada y opaca dirigiéndose a mí.

Tosió y de sus labios brotó una bocanada de sangre negra que tiñó su barbilla. Un estertor la sacudió, su piel de alabastro perdió brillo, su celeste mirada se enturbió y sus facciones languidieron, hasta aflojarse completamente. Su cabeza se desplomó laxa, tocando la barbilla su pecho. Una dorada cortina de cabello cubrió su rostro, poniendo fin a su vida.

Un sobrecogido silencio se cernió en el *skáli*; sólo los sofocados sollozos de un hombre lo rompían.

Ragnhild había sucumbido a su propia maldad, condenando una stirpe con ella y sentenciando a un rey al más aciago de los destinos.

Deslicé la mirada sobre Sigrid. Ya no reía; su mirada vacua se

empañó y su expresión se oscureció. Volvía a su mundo, el de las sombras perpetuas.

Sorprendentemente, había sido una mosca la que había terminado devorando a una araña.

Buscando dos gemas verdes

Cabalgaba en la grupa de *Tyr*, abrazada a la espalda de un hombre roto, evitando pensar en toda la muerte que dejábamos atrás y en la que nos aguardaba delante.

Llevábamos varias agotadoras jornadas de viaje, y el cansancio comenzaba a hacer mella en mí.

Me había negado en rotundo a partir sin *Fenrir*, que nos seguía con infatigable vigor y encomiable lealtad. Aquel perro era sin duda mi más fiel guardián; dormía a mi costado y corría junto a mi montura; no obstante, lo que más solaz me ofrecía era la capacidad para transmitirme su cariño y, a través de él, de alguna manera, sentía a Eyra a mi lado.

Nos habíamos reunido con las tropas acampadas ese mismo día y, a pesar de que yo deseaba regresar a mi puesto en la facción de las *skjaldmö*, junto a Asleif, Halfdan no permitió que me separara de él.

Habíamos embarcado en Tønsberg; no fue fácil tranquilizar a las inquietas monturas durante el trayecto por las turbulentas aguas del estrecho. Y a pesar de que los *langskip* eran las embarcaciones más grandes, junto con los *herskip*, buques de guerra, *snekkes* y *skeids*, la travesía, aunque breve, no fue cómoda, pues la tormenta parecía querer perseguirnos, como si el cielo llorara con antelación las almas que pronto cobijaría en su seno.

Estábamos aproximándonos a Viborg, la ciudad donde se atrincheraba el rey Horik a la espera de la llegada de su *jarl* Lodbrok. Varios espías jutos apostados en el lugar habían advertido a Halfdan de que la ciudad amurallada había sido fortificada y sus defensas, redobladas, convirtiéndola en un bastión inexpugnable; lo que más me angustiaba era que las tropas de Horik habían atacado a la avanzadilla compuesta por la *hird* del rey, liderada por Gunnar.

Corría una suave brisa primaveral que perfumaba la pradera y ondeaba los lanceados extremos de la alta hierba, de manera regular y

rítmica, como una lánguida marea en un océano verde y brillante. Incipientes semillas rojizas rompían el color de arbustos y matas. Y los árboles, pletóricos de vida, lucían sus coloridos frutos, flores y brotes nuevos con orgullo, como jactanciosos padres de hermosos retoños. Los arroyos descendían briosos de las colinas, colmando la sed de un paraje hibernado que reventaba a la vida de nuevo, insuflado por la magia que exhalaba Beltane.

Habría podido imaginar que estaba en el edén, si hubiera podido olvidar que esas praderas eran la antesala del infierno; que poco más allá nos enfrentaríamos a las tropas de Horik, y que desconocía si Gunnar estaba sano y salvo.

Y a medida que nos acercábamos a Viborg, esa incertidumbre fue convirtiéndose en aprensión y malestar. Algo dentro de mí parpadeaba inquieto, como un aleteo incómodo en mi pecho; un mal augurio, hubiera dicho Eyra. Y aquel nombre estrujó mi corazón, robándome el aliento y oprimiendo ese dolor que me esforzaba por aletargar para poder mantener la entereza que ahora necesitaba. Sacudí la cabeza, alejando la quemazón de ardorosas lágrimas incipientes, y tomé aire profundamente, recobrando el ánimo y el aplomo.

Halfdan redujo la marcha y se irguió en la silla oteando el horizonte. Aflojé los brazos en torno a su cintura y me separé de su espalda, ladeándome un poco para atisbar al frente.

Se vislumbraba un nutrido grupo de guerreros apiñados bajo un gran nogal, pero a aquella distancia resultaba del todo imposible discernir si se trataba de la *hird* del rey.

El ahuecado y seco sonido de un cuerno anunció nuestra presencia a los hombres apostados bajo el gran árbol, que al cabo repitieron el mismo sonido y agitaron con particular frenesí varios estandartes rojos. A aquella distancia no se distinguía la silueta de un cuervo negro en el centro, pero, sin duda, lo había. Eran los guerreros de la *hird*. Mi pulso se aceleró, y mis deseos de ver a Gunnar me sepultaron en un alud de ansiedad.

Halfdan arreó con fuerza a *Tyr* y el caballo se impelió a una veloz cabalgada que a punto estuvo de hacerme caer de la silla.

El atronador retumbar de cientos de cascos sacudieron la tierra con violencia, acallando el sonido de la naturaleza y acompasando el corazón de los jinetes como si tambores de guerra los animaran para la batalla que pronto librarían.

Podía distinguir la alta empalizada de Viborg, y cómo en las atalayas se encendían hogueras, alertando de nuestra presencia.

Jadeé ansiosa; el viento ondeó mis negros cabellos y mi cuerpo se ciñó al de Halfdan en el movimiento acompasado del galope, alzándonos ligeramente de la silla para posarnos sobre ella, en un balanceo regular que nos fusionó como un solo jinete.

A raíz de los acontecimientos recientemente sufridos y la inevitable proximidad a la que nos había forzado el viaje, mi opinión sobre él había mejorado de forma ostensible. Contemplar tanto dolor en sus ojos, tan manifiesta desolación pintando su faz y tan acerba amargura dominando su rictus, y a pesar de ello, mantener la templanza en sus actos, liderar su ejército con rectitud y sensatez, y mostrarse respetuoso conmigo, no pudo más que ganar mi admiración. No obstante, resultaba contradictorio que se apartara de mí cuando acampábamos, dedicándome una cortés indiferencia, y que se empeñara en que cabalgara en su montura. No acertaba a interpretar aquella extraña conducta, ni pensaba que desdeñarla cambiaría las cosas. En ocasiones, cuando lo descubría sentado solo frente a una de las fogatas, meditabundo y ausente, libre de la máscara que usaba durante el día para contener sus emociones, lo observaba subrepticamente descubriendo en él un tormento que me conmovía. No lloraba, no gesticulaba, ninguna mueca alteraba su semblante, pero el dolor que emergía de su mirada era tan atroz que encogía mi pecho, tanto que me costaba reprimir el impulso de abrazarlo. Había perdido a dos mujeres y a cuatro hijos, la tragedia parecía perseguirlo como un estigma; podía ver cómo se apagaba poco a poco, reduciéndose a una sobria sombra de lo que fue. Hubiera sido más fácil odiarlo, haber mantenido el rencor que siempre me había suscitado; la compasión era una emoción engañosa y peliaguda que debía controlar para no crear malentendidos.

Alcé la cabeza para atisbar sobre su hombro, y él repitió el mismo gesto; esta vez su mejilla rozó mi frente, el contacto le arrancó un profundo suspiro y, en ese preciso instante, supe por qué necesitaba cabalgar junto a mí. Mi contacto era su consuelo, era una manera de que lo abrazara sin connotaciones confusas, sin complicaciones que nos incomodaran a ambos, sin albergar vanas esperanzas o cobijarse en sueños imposibles. Y esa necesidad por ayudarlo a superar su pena se desvaneció; sin embargo, mi conmiseración por él creció.

Nos detuvimos frente a la hilera de guerreros de la *hird*, que nos

aguardaban sonrientes. Hiram, Sigurd, Erik y una veintena de hombres inclinaron sumisos la cabeza ante su rey. Busqué con la mirada dos gemas verdes, que no encontré. Presa de la desazón, hice ademán de bajarme, pero Halfdan me detuvo con gesto adusto.

—¿Dónde está el resto de mis hombres? —preguntó en tono grave.

—Guardan la puerta sur de la ciudad —respondió Hiram— para evitar que Horik escape, como ordenasteis, mi rey. Gunnar nos dividió cuando fuimos atacados; hemos repelido ya varias ofensivas desde la empalizada, pero nadie ha salido de Viborg, al menos vivo.

Dirigimos la mirada hacia la delimitada fortaleza que se alzaba sobre la pradera; era más grande de lo que había imaginado. Por las flechas que había clavadas en el terreno, supuse que aquel árbol era el punto exacto donde no tenían alcance, los tentativos disparos de los arqueros apostados en la empalizada.

—No hay tiempo que perder —anunció Halfdan con apremio—. Tenemos que atacar la ciudad antes de que lleguen refuerzos. Rodearemos Viborg y prenderemos fuego a sus murallas; esa rata de Horik saldrá de su escondrijo. Avisa al resto de mi *hird*.

Hiram asintió quedo, clavó sus hermosos y profundos ojos celestes en mí y pronunció en voz alta y clara:

—Tranquila, lo traeré de vuelta a ti —prometió solemne.

Arreó a su caballo y partió presto con sus hombres a la puerta sur, donde vigilaba Gunnar.

Halfdan se volvió en la silla para encararse conmigo. Su penetrante y hosca mirada me sobrecogió.

—No le cuentes lo de Eyra —advirtió con firmeza—. No hasta que estéis muy lejos de aquí. Hasta aquí llega mi promesa, Freya, con esto pago mi deuda. Te he traído hasta él, a partir de ahora sois dueños de vuestro destino. Luchad a mi lado o huid, la decisión es vuestra. Y ahora, desmonta, nuestra historia acaba aquí, loba. Por fin, y como tanto has ansiado, el cuervo vuela lejos de tu lado.

Y en ese adiós, y a pesar de que su semblante permanecía tenso y grave, sus ojos refulgieron con la llama de una despedida largamente meditada que rasgaba su alma, arrasada por el fuego de la derrota y el peso de la rendición. Supe al punto que aquella batalla sería la última, que la chispa de la vida se había apagado en él y que lucharía no por la ambición de adherir aquella región a su reino, sino por entrar en el

Valhalla buscando una paz que aquí ya no encontraría.

Sentí un nudo atorando mi garganta, y el calor de las lágrimas en mis ojos. Al final, esa parte noble que siempre había albergado en su corazón ganaba su particular batalla. Y, sin poder contenerme, me abracé a él, derramando en aquel gesto todo el cariño que fui capaz de mostrar. En su apagado resuello percibí toda la emoción que lo constreñía. Apenas un pequeño temblor lo sacudió, quizá conteniendo todo el llanto que se había empeñado en retener, quizá permitiéndose aquel casi imperceptible gesto de debilidad.

Lo estreché con fuerza y, aunque sus brazos no me rodeaban, supe que lo hacía su corazón. Cuando me separé de él, ambos con mirada húmeda y semblante afectado, asentimos casi al unísono.

—Sólo espero que algún día puedas perdonarme —masculló en un quebrado hilo de voz.

Tragué saliva y bajé la mirada; ver las ruinas que había tras sus ojos me partía el corazón.

—Ya lo hice, yo mejor que nadie sé los desatinos que se cometen cuando el corazón se nubla. Pero, a pesar de ello, necesito una compensación.

Frunció el ceño con extrañeza y asintió con agudo abatimiento.

—Lucha, mi rey —murmuré conteniendo la emoción—. No por cumplir una profecía, sino por ti, por hallar la felicidad y la paz, por conseguir tus deseos y por defender a tu pueblo. Lucha, te lo ruego.

—Ya no hay nada por lo que luchar —afirmó derrotado—. Mi vida se fue con mis hijos. Todos ellos me esperan; ya no heredarán un reino, ni liderarán grandes ejércitos, no serán aclamados por su pueblo, ni se jactarán de sus victorias, no gozarán de bellas mujeres, ni beberán hasta desvanecerse, no sentirán el peso de una espada en las manos, ni harán sacrificios a los dioses... pero, al menos, tendrán a su padre con ellos.

Cerré los ojos llena de amargura y asentí. Había decidido su destino, nada lo haría cambiar de opinión.

Y como si aceptar la muerte como única salida a la agonía la hubiera apresurado a su lado, ésta asomó al borde de la colina, arropada por centenares de jinetes, estandartes ondeantes, gritos de guerra y cascos de caballos.

Las aguerridas tropas de Lodbrok recorrían la pradera como un manto oscuro aproximándose a nosotros, como la ponzoña carcomiendo

una verde manzana, como un negro nubarrón ocultando el sol, como las alas de un dragón sombreando el páramo. Contuve el aliento; nos habían estado aguardando.

—Hoy veré el rostro del todopoderoso Odín —auguró Halfdan—, beberé ambrosía de manos de hermosas valquirias, me reuniré con los *einherjer*, los espíritus de los guerreros muertos en batalla, y seré agasajado con un gran festín. Hoy, Freya, será un gran día.

La sonrisa que dibujaron sus labios se me antojó impaciente y, aunque la mueca apenada que tildaba su rostro no llegó a desvanecerse, una nueva luz pinceló de complacencia su mirada.

Me ayudó a desmontar y sin apartar sus ojos de los míos desenfundó su espada con renovado entusiasmo.

—¡Rápido, busca a Gunnar y huye lejos de aquí!

Y, de repente, un agudo chirrido nos alertó, dirigiendo nuestra atención hacia los grandes portales de la ciudad amurallada. Comenzaban a abrirse, vomitando de su interior una belicosa masa de guerreros, a caballo y a pie, que jaleaban exacerbados, alzando sus armas, sedientos de sangre y exultantes por tenernos a su merced. Cerraban su cerco, atrapándonos dentro.

Como peces confusos enredados en una gran red, los hombres de Halfdan observaban vacilantes los dos frentes que se cernían furibundos contra ellos.

—Ese viejo es astuto como un zorro —alabó Halfdan a su enemigo con un deje de sincera admiración—, quizá brindemos juntos en el Valhalla.

Y giró su montura hacia la batahola de guerreros que surgían a borbotones de la ciudad. *Tyr* relinchó, alzándose sobre sus cuartos traseros, tan ansioso como su amo por entrar en batalla.

—¡Divide las tropas en dos facciones! —ordenó a su general, Orn—. ¡Yo lideraré el ataque a Viborg! ¡No descansaré hasta clavar la cabeza de Horik en mi pica! ¡Habrás de contener a las hordas de Lodbrok; si os rodean, formad un círculo con escudos y lanceros y resistid hasta que logremos salir de la ciudad!

Sus hombres asintieron y comenzaron a vociferar las órdenes al tiempo que la masa de guerreros comenzaba a posicionarse con ansioso apremio.

—¡Ve con las *skjaldmö*, Freya, tendrás que luchar hasta que Gunnar te

encuentre! ¡Aprisa, sube a tu montura y no te separes de Asleif!

—¡Halfdan...!

Los oscuros y refulgentes ojos del rey recorriendo mi rostro con abrumadora intensidad, bebiendo mi expresión, absorbiendo el detalle, quizá para recordarme allá adonde fuera; asintió quedo con singular aprobación.

—Si de algo me jactaré cuando brinde en el gran banquete del Valhalla será de haber conocido a una hermosa loba que me enseñó la humildad de la derrota, pero también la dulce victoria de saber, justo antes de partir, que, aunque no de la manera que anhelaba, me metí en su corazón.

Mis labios se estiraron en una frágil sonrisa que Halfdan compartió.

Sacudió brioso las riendas de *Tyr*, mostró su espada, como si fuera una extensión de su brazo, e hizo el gesto de avanzar con la fiera altivez de todo un rey guerrero. Tras un grito feroz, partió a galope tendido, seguido de la mitad de su ejército.

El fragor de la batalla se desató en la brillante pradera, rompiendo en un estruendo ensordecedor que me aceleró el pulso. Desenvainé mi espada y corrí en busca de las *skjaldmö*. Por fortuna no habían entrado en combate aún. Asleif, a lomos de su yegua blanca, atisbaba inquieta el foco central de los primeros enfrentamientos, cuando me divisó. Tenía mi montura atada a la suya y me apresuró con aspavientos hasta ella.

Me encaramé al caballo, que resopló agrandando los ollares y agitando inquieto la cabeza; me incliné sobre su vigoroso cuello y rasqué con suavidad su nuca, chitándole dulcemente en la oreja.

—No te separes de mí, Freya —aconsejó Asleif con el cejo fruncido y expresión aguerrida. Llevaba el plateado cabello recogido en pequeñas trenzas pegadas a su raíz que se unían a una gruesa central tras su espalda. Se había pintado las mejillas con dos trazos azules verticales y en sus claros ojos almendrados resplandecía una fiereza que me sobrecogió. No tuve duda de que ella sería una de las valquirias que llevarían ante Odín a decenas de guerreros—. Son más numerosos de lo que había imaginado —admitió preocupada—. Y encima nos han obligado a dividirnos. Gunnar tiene que sacarte de aquí cuanto antes.

Un ladrido llegó hasta mí. *Fenrir* corría hacia mí, con las orejas gachas y expresión depredadora. Flanqueada por mis dos particulares guardianes, advertí que la batalla comenzaba a rodearnos. Asleif me pasó

un colorido escudo y enarboló el suyo.

—Recuerda todo lo que te enseñé —musitó precipitada con gravedad—. Mantente templada, observa y aprovecha cualquier resquicio para atacar. Alza tu escudo tras cada lance, y no dejes de moverte; utiliza la fuerza de tu contrincante en su contra, y maneja con astucia tu rapidez.

Asentí, presa de una arcada que logré sofocar. A mi alrededor el sonido chirriante del metal rozándose, los gruñidos sordos, los golpes secos y los alaridos de rabia y dolor me erizaron la piel, acelerando mi pulso, como si dentro de mí un tambor resonara ensordeciéndome.

Apenas fui consciente de alzar la espada ante el primer oponente que intentó atacarme; frenó mi filo con su escudo y todo mi cuerpo se sacudió tembloroso por el impacto. Intentó arrebatarme las riendas y le propiné una violenta patada que lo hizo retroceder; el hombre gruñó ofuscado y se abalanzó de nuevo hacia mí, que hice retroceder a mi alazán y lo encabrité, consiguiendo lo que me proponía, que lo coceara. Mi atacante cayó de bruces, y las pezuñas de mi caballo se hundieron en su pecho; un negro borbotón de sangre fue regurgitado de su boca, manchando su espesa barba clara. A pesar del estruendo del combate, pude percibir el crujido de las costillas del hombre cediendo ante el peso de animal y jinete.

Comenzaron a surgir atacantes de todos los flancos. A mi derecha, Asleif descargaba su mandoble con rotunda habilidad, sembrando cadáveres a los pies de su yegua, que piafaba agitada y sacudía con brío sus blancas crines, mientras resollaba asustada.

Derramé mi mirada sobre el extenso y convulso manto de guerreros combativos al tiempo que buscaba dos gemas verdes, pero sólo encontré cuerpos luchando con arremetida ferocidad. No tuve tiempo de nada más: otro asaltante se cernió sobre mí; esta vez era un jinete que blandió una enorme hacha y la impelió en un arco letal hacia mi cabeza. Me incliné lateralmente aferrándome a las riendas, con tal vehemencia que caí del caballo. Mi corcel también se desplomó, casi sepultándose debajo. El filo del hacha había cercenado buena parte de su cuello y la sangre manó a borbotones, roja, densa y brillante, en un grotesco manantial que salpicó mi rostro y mi pecho. Contuve el aliento ante la agonía del animal, que resollaba en un sonido vibrante y escalofriante que me sobrecogió. Me arrastré sobre la hierba, refregando mi rostro para limpiarlo de sangre. Alcancé mi espada justo a tiempo.

Mi oponente desmontó, empuñó de nuevo su hacha con dos manos y se dirigió hacia mí con una sonrisa hambrienta que congeló mi sangre. Fingí horror y permanecí inmóvil, con la espada en la mano, aguardando que descargara su golpe. Adiviné en su postura el instante preciso de su ataque, y fue en ese momento cuando giré sobre mí misma. El hacha se hundió en la blanda y negra tierra, y forzó a que el guerrero se inclinara. Fue suficiente para mí: dibujé un arco con mi espada, hundiendo mi filo en su nuca. Arrastré mi acero para recuperarlo, mientras la sangre y la muerte teñían la asombrada mirada del hombre.

Jadeé y me puse en pie con premura. El lobo gobernaba mis actos, y supe que aquélla sería su última aparición. Lo necesitaba más que nunca, sus colmillos determinarían mi destino; éste sería su último combate, y en él desplegaría todo su poder. Sentí su fuerza en mi interior y aquello me otorgó la seguridad que necesitaba.

Empuñé la espada, separé las piernas flexionando las rodillas y miré en derredor. Me escocían los ojos por la sangre restregada de mi rostro; su sabor metálico y ácido se aglutinaba en las comisuras de mis labios, y su hedor impregnaba mi túnica. Y a pesar de eso, las náuseas desaparecieron.

Descargué mi mandoble hundiéndolo en los atacantes que encontraba al paso. No portaba escudo, pero mis esquives eran raudos y acertados. Me sentí poderosa, hasta que un gigante taponó mi visión del campo de batalla.

Blandió su enorme espadón trazando arcos en el aire, rasgándolo en un sonido sibilante, mostrando en aquel ademán una habilidad innata, y una fuerza abrumadora. Mi garganta se secó, tragué saliva y me centré en cada uno de sus movimientos. A cada paso que daba hacia mí, el poder que rezumaba comenzó a menguarme. Aquel oponente sobrepasaba claramente mis capacidades. Miré de soslayo, barajando la posibilidad de escapar de aquel monstruo de grandes y fornidas hechuras y largos y enmarañados cabellos castaños. En torno a mí, parejas de combatientes se batían con violento arrojo, desmembrando con feroces tajos, hundiendo sus aceros con brutal fervor, sembrando la muerte en aquella pradera que ya comenzaba a tornarse escarlata.

De pronto, sentí una presencia a mi lado. Una hermosa valquiria blanca y luminosa, equipada con un escudo azul y que balanceaba con sinuosa gracilidad su espada. Apenas me dirigió un fugaz vistazo

cómplice a través de su ceño fruncido, apretó los labios mientras endurecía su rictus y fijó su celeste mirada en el gigante que nos sonreía altivo.

—Atacaremos al tiempo —susurró entre dientes.

Y al instante, Asleif gritó furibunda y se abalanzó sobre el gigante. Ya chocaba su acero con él cuando me precipité hacia su costado, obligándolo a defenderse de un doble ataque. Frenaba mis embistes con su escudo, forzándome a retroceder con su empuje, mientras contenía los lances de Asleif con su espada. Era grande, una mole de músculo que nos contenía con aparente facilidad y que costaría agotar, hasta poder tener la más mínima oportunidad. Así que opté por aprovechar su ventaja en mi beneficio, su tamaño. Me aparté lo suficiente para ponerme a su espalda, clavé la rodilla en el suelo, justo cuando él repelía a Asleif de un mandoblazo que a punto estuvo de dejarla sin brazo, y sesgué sus corvas de un solo tajo. Tras un desgarrador grito, cayó de rodillas; Asleif hundió su acero en el pecho del gigante con un gruñido triunfal y casi placentero.

Me sonrió orgullosa y me dedicó una leve inclinación de cabeza.

—Te enseñé bien, pequeña *bondi* —manifestó jactanciosa y eufórica.

De pronto, su rictus pletórico y triunfal se congeló en su rostro, se abalanzó sobre mí y me apartó de un abrupto empujón. Una flecha le atravesó el costado izquierdo, apenas profirió un débil resuello antes de cernirse sobre el arquero para hundir su acero en él.

Trastabilló retrocediendo, observando ceñuda la cola emplumada del astil que perforaba el lateral de su cintura. Me acerqué a ella y la sostuve con cuidado. Aferró el extremo que sobresalía de su cuerpo con firmeza y me miró apremiante.

—Quiebra el otro extremo —pidió con asombrosa templanza— para que yo pueda deslizarla fuera de mi cuerpo.

Asentí y cogí con una mano la parte que emergía por detrás. Rodeé con fuerza la parte más cercana que asomaba de su cuerpo para sofocar cuanto pudiera la sacudida, y la otra mano la cerré en torno a la base de la ensangrentada punta de metal. Apreté con fuerza los dientes y, con toda la entereza y fuerza que fui capaz de reunir, partí en dos el astil; sin embargo, no logré contener suficientemente el impacto del quiebro, que se propagó reverberante en el cuerpo de Asleif, removiendo la herida y arrancando de su garganta un grito de dolor, que más sonó a gruñido rabioso.

Aunque lívida y trémula, no vaciló en arrancar de su cuerpo el alargado tronco leñoso con una mueca dolorida que crispó su semblante.

La lanzó lejos y jadeante se observó el sangrante orificio de su costado con el cejo fruncido.

—Tengo que vendarte —musité preocupada, derramando angustiada mi mirada en derredor.

Los combatientes se agolpaban en torno a nosotras en pequeños y apiñados grupos, febrilmente inmersos en la lucha.

—No hay tiempo —objetó Asleif. Se agachó y cogió un puñado de negra tierra húmeda, no supe si de rocío o de sangre, la apretó en su palma y la modeló con los dedos formando un emplaste, que se aplicó sin pérdida de tiempo, taponando la herida. Me ofreció la mitad e hice lo mismo con el orificio trasero.

—Asleif... me has salvado la vida.

—Como lo habrías hecho tú —profirió con absoluto convencimiento —; somos hermanas de lucha y de corazón.

Cerró la mano en mi antebrazo, oprimiéndolo con firmeza, sellando de esa manera nuestro vínculo fraternal, y yo la cerré en torno al suyo. Mirándonos fijamente, liberamos nuestros afectos.

—Y ahora, a buscar a tu gigante —musitó esbozando una incisiva sonrisa—. A morder, loba, tienes por lo que luchar.

No pude contestarle, fuimos empujadas de forma violenta por la brutal pelea de dos guerreros que se batían con los puños en una lucha letal. Empuñé mi espada con ambas manos justo antes de ser atacada por otro oponente. Crucé hábilmente mi acero con él mientras con el rabillo del ojo estaba pendiente de Asleif, que había encontrado una lanza y la manejaba con sublime destreza.

Me deshice del guerrero y acudí a ayudar a Asleif; mientras ella frenaba con la pica los embistes de su adversario, aproveché para ensartarlo por la espalda.

—¡¡¡Detrás!!! —avisé gritando desahogada. Aquel sonido rasgó dominado por la urgencia y el miedo mi interior, parándome el corazón.

La punta ensangrentada de una espada emergió del pecho de Asleif, como un lúgubre estandarte clavado en un reino conquistado, reclamando para la muerte aquella vida, que inmóvil la aguardaba. Mi aguerrida valquiria blanca agrandó confusa los ojos clavando una mirada estupefacta en su pecho.

—¡Noooooooooooo...! —aullé desgarrada.

Y con horrorizada lentitud, el acero comenzó a abandonar aquel reino usurpado, marcado con sangre brillante que manaba profusamente, entregando su conquista al dios de la guerra y la muerte. De Asleif partió un débil resuello por el que escapaba su último hálito de vida. Cayó de rodillas, enfocando en mí una mirada tan intensa, tan cálida y afectuosa, que rompí en un sollozo mientras gritaba impotente y rabiosa.

Me abalancé sobre el hombre que la había ensartado y lo rendí a mi espada y a mi furia en apenas unos coléricos mandobles. Me cerní sobre el cuerpo de Asleif, que agonizaba de rodillas, con el semblante tan plácido y la mirada tan tierna que me sobrecogió.

—Luuu... chaa... Freya... —Un escalofriante estertor la detuvo un instante antes de poder continuar—. Me... esperan... en el Asgard.

La abracé contra mi pecho, sintiendo en él mil puñaladas de fuego entrando y saliendo implacables. Las lágrimas no aliviaban el dolor, ni los sollozos la pena. Ninguna de esas dos emociones diezmaron mi arrojo y mi determinación.

—Lucharé, lo juro por los dioses —afirmé poniéndome en pie—. Y díles de mi parte que se llevan a la mejor valquiria y a la mejor amiga que se puede encontrar. Puede que ellos te lleven a su reino, pero un trozo de ti quedará siempre conmigo.

Me llevé la mano al corazón con afectada intensidad. Asleif asintió esbozando una sonrisa emocionada antes de cerrar definitivamente los ojos.

Inspiré una profunda bocanada de aire que produjo un sonido chirriante, como si rozara en mi garganta con las aristas de esa piedra tormentosa que pendía en ella.

No tuve tiempo de más. Surgían atacantes por doquier, y el lobo me dominó por completo. Dejé, por última vez, a un lado mi humanidad, convirtiéndome en una voraz depredadora, letal y fría, con un único objetivo en la mente: devorar cuanto ser se interpusiera en mi camino hasta toparme con las únicas dos gemas verdes capaces de devolverme a la vida.

No fueron verdes los ojos que acudieron en mi auxilio cuando me rodearon tres atacantes, sino tan azules como el cielo que presenciaba, indiferente, aquella masacre.

Hiram surgió de la nada, tan hermoso como feroz, blandiendo su

espada sibilante y hambrienta ante los hombres que me cercaban. La descargó con tanta saña que partió en dos el escudo de uno de los guerreros más cercanos a él, para hundir su acero en el pecho del hombre a continuación, con tan abrumadora facilidad como si el mismo Thor se hubiera personado ante ellos. Impresionados, mis adversarios retrocedieron calibrando cada movimiento de Hiram. Éste apenas me dirigió una mirada admonitoria, instándome a no participar.

No hizo falta, mis dos atacantes me ignoraron, centrando toda su letal atención en él.

Hiram aguardó astuto el ataque, anticipándose en cada ofensiva, defendiéndose con absoluto dominio de un doble ataque... embistiendo y esquivando, girando y dibujando un arco tras otro, buscando la ocasión de alimentar el ansia de su acero, que reverberaba bajo la luz matinal, con destellos de plata, confiriéndole una apariencia divina, y atemorizando a sus oponentes. Y tras dos mandobles seguidos, giró lateralmente rebanando el costado de uno de sus adversarios para hincar la rodilla en la tierra y atravesar el abdomen del otro.

Se puso en pie y se dirigió raudo hacia mí, cogiéndome de la mano.

—No te separes de mí —ordenó tajante—, Gunnar viene por ti.

Agarró una pica del suelo, se quitó su yelmo y lo colocó en la punta. Acto seguido lo alzó todo lo que pudo y lo balanceó en el aire en círculos, a modo de aviso, señalizando nuestra posición.

Repitió aquel movimiento cuanto pudo, hasta que fuimos rodeados de nuevo; esta vez eran más.

Utilizó la pica lanzándola con ferocidad hacia los primeros asaltantes con una mano, mientras con la otra sofocaba un nuevo ataque por la derecha. El yelmo salió impelido por los aires, así como mi pavor cuando uno de aquellos hombres se aprestó contra mí y me desarmó.

Hiram se interpuso entre mi oponente y yo, sin dejar de contener al resto. Aproveché su parapeto para buscar en el suelo mi espada, agitada y ansiosa, con la garganta seca y el corazón desbocado. Cogí una que hallé junto a un cadáver; pesaba más que la mía, pero la enarbolé con ambas manos, destilando el suficiente coraje para manejarla contra el enemigo más cercano.

Supe que mi resistencia no soportaría esgrimir más lances, ni sofocar un pulso, pues la fortaleza de mi enemigo era claramente superior, así que me arriesgué en un desesperado ardid. Alcé la espada para simular

descargarla sobre su cabeza y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, la descendí cuando el guerrero elevó su espada esperando mi lance, y pude clavarla en su vientre. Sin embargo, no fui lo bastante rápida al extraerla y, a pesar de inclinarme a un lado, no logré escapar del filo de su espada, que lamió mi brazo, ocasionándome un tajo considerable.

Jadeé apartándome; el brazo me latía con un pulso abrasador; aunque sangraba abundantemente, no tuve ocasión de oprimir la herida ni vendarla comprimiendo el sangrado. Hiram estaba en apuros.

Un ladrido llegó en nuestro auxilio. *Fenrir* saltó sobre uno de los atacantes, derribándolo y atrapando en sus fauces el cuello del hombre. La sangre manó a borbotones entre alaridos y gruñidos. Hiram había matado a sus tres oponentes, pero llegaron más que los suplieron. Por la cantidad de enemigos que nos rodeaban, la batalla claramente se estaba inclinando a favor de Horik.

Mi ansiedad por embeberme en la mirada de Gunnar era tal que me dolía más que la herida. Me desesperaba sucumbir sin haberme sumergido en sus ojos por última vez, sin haberme despedido, sin haber probado sus labios para llevarme su esencia conmigo. Sin poder decirle por enésima vez cuánto lo amaba.

Y aquel miedo se acrecentó cuando los hombres que nos rodeaban eran demasiados para plantarles batalla.

Hiram apretó los dientes fiero, pero en la mirada que me dirigió percibí su amargura y angustia, su frustración y rabia. Me puse a su lado, y lo miré agradecida y orgullosa. Hiram esbozó una sonrisa temblorosa y emocionada, que caldeó mi pecho.

«¡Gunnar, amor mío! ¿Dónde estás?» Ése fue mi último pensamiento antes de entregarme a mi último combate.

Y en ese preciso instante, a mitad de trazar un letal arco con mi espada, unos impresionantes y rasgados ojos verdes refulgieron con fuerza entre aquella masa oscura de guerreros.

Él.

En el fragor de un encuentro

Gunnar avanzaba desesperado, sembrando muerte y sangre a su paso, sorteando enemigos o enfrentándose a los que decidían atacarlo. Su angustia era tal que agilizaba cuanto podía sus ataques para zafarse de los guerreros que le salían al paso. Repartía mandobles como quien despeja la maleza de un bosque cerrado en busca de un sendero por el que transitar y correr a su destino. Su destino era encontrarla antes que la muerte y liberarla de sus garras.

Gruñía iracundo cuando algún enemigo se interponía en su camino, evitando alargar la lucha, embistiendo como una fiera descontrolada y letal, pero sobre todo impaciente. La urgencia y el miedo lo atenazaban. Hiram se había adelantado, cuando él fue retenido y cercado en aquella maldita muralla, al emerger de ella una horda de guerreros por aquellos portales, como si fuera una plaga de ratas inquietas y mordientes. Sus hombres lo habían ayudado a deshacerse de toda una avanzadilla de decenas de adversarios. Había resultado imposible conseguir un caballo para lograr avanzar entre aquella caótica masa de guerreros enardecidos y poder encontrarla en mitad de la batalla. Y saberla ahí, en medio de aquel combate feroz, le quemaba el pecho como si lo marcaran en una fragua con un hierro candente.

Y entonces vio un yelmo ondeando en el extremo de una pica, la señal de Hiram. Y corrió hacia ese punto con el corazón en la boca y esquivando ataques sin presentar batalla, saltando por encima de cuerpos mutilados, inertes o muertos, pisando charcos de sangre y aspirando el ferroso aroma de la muerte y de su propia desazón.

Jadeaba entre gruñidos, forzando su carrera impelido por el apremio y un pavor descontrolado por no llegar a tiempo.

En cada zancada sus latidos atronaban como los de un tambor; no podía llegar tarde, no podía verla morir de nuevo. Porque, si eso ocurría, partiría con ella, y esta vez nadie se lo impediría. No había vida posible

sin corazón, y ella no sólo era su corazón, era su alma, su sentido, su razón, su principio y su fin. Estaba en cada aliento, en cada parpadeo, en cada latido, en cada pensamiento, y estaría siempre, pues no importaba el mundo, ni el tiempo, estaban unidos más allá de la razón. Se batiría hasta con la misma valquiria que quisiera arrastrarlo al Valhalla tras su muerte, porque no deseaba estar entre dioses, ni entre hombres; no, viajaría tras ella hasta encontrarla y encadenarla a él eternamente.

Cuando horrorizado vio cómo el yelmo volaba por el aire, la angustia lo estranguló. En su carrera impactaba con brutalidad contra todo cuerpo que se interponía en su camino, derribándolos a golpe de escudo o de espada, con la ansiedad desdibujando sus facciones y el miedo pintando su mirada.

Cuando se topó con ella, el miedo se tornó esperanza y la ansiedad, furia.

Hiram y ella estaban rodeados y casi vencidos por unos siete enemigos que iban acorralándolos lentamente. Descubrir que ella estaba herida y que, aun así, luchaba con tal arrojo que impresionaba, con tal coraje que deslumbraba y con tal habilidad que admiraba, lo llenó de orgullo y de un amor tan grande que lo impelió con la fuerza y la determinación de una tempestad en alta mar hacia los atacantes.

Descargó su espada con implacable saña contra los hombres que de espaldas a él cerraban el círculo y enarbolando su escudo arremetió feroz, derribando a los hombres que encontraba al paso.

Cuando sus ojos se encontraron, y los de ella refulgieron esperanzados, sintió un pellizco en el corazón. Un mensaje silencioso flotó entre ellos, un mensaje con las mismas letras e idéntico sentir.

Hiram pareció crecerse ante su presencia, redoblando sus ataques con más ímpetu; la sombra de una sonrisa tildó su boca y el alivio suavizó sus facciones, dirigiéndole una mirada cómplice y decidida.

Gunnar asintió apenas mientras luchaba con denuedo, a pesar de seguir llegando enemigos en una masa inagotable. Comenzó a interponerse constantemente entre los que atacaban a Freya, librándola de luchar en la medida que podía, usando su escudo para frenar ataques y lidiando incluso con tres espadas cruzadas entre sí y lanzadas a veces casi al tiempo. Inclina su cuerpo en ágiles esquives, exprimiendo sus habilidades al máximo, lanzando ataques certeros y derribando con extrema brutalidad a sus contendientes.

De repente, se dio cuenta de que no eran tres: *Fenrir* atacaba como un lobo rabioso, reduciendo eficazmente al enemigo, protegiendo a Freya de ataques por la espalda y abalanzándose con crudeza sobre aquellos que intentaran acercársele.

De repente, un sonido atronador lo sobrecogió. Entonces se percató de que el cielo había cambiado. Se había oscurecido precipitadamente; el olor de la lluvia sofocó el de la sangre y el sudor. Se estaba formando una gran tormenta que pronto descargaría su furor contra ellos. Luchar entre el barro dificultaría las cosas. Tenía que sacarla de allí cuanto antes.

Sesgó una cabeza que cayó rodando por el suelo y hundió su espada en otro cuerpo, sin detenerse un instante, hasta que comprobó que o habían huido los que quedaban o habían caído bajo su acero, pero se encontraban los tres solos y jadeantes en un rodal de cuerpos sangrantes. Más allá la lucha continuaba ya dividida en pequeños reductos.

Sin mediar palabra y con una vital determinación, se acercó a Freya, quien, aunque exigua y dolorida, lo miraba arrobada. Aferró con rudeza su nuca con una mano, rodeó su cintura con el brazo para ceñirla a él y la besó con tal desesperación que notó cómo ella se derritió entre sus brazos.

Tomó su lengua con una exigencia tan abrumadora, con un hambre tan voraz, con tal agudo anhelo, que temió no poder separarse de ella antes de advertir un nuevo peligro. Liberó su miedo en aquel beso hosco, plasmando en él todo el amor que lo roía por dentro.

Lamió cada rincón de esa boca que lo enloquecía, saboreando su esencia y depositando la suya. Sintió el hambre en ella, en cómo se abrazaba a él, en cómo lo devoraba con la misma ansia que lo consumía a él. Se vio envuelto en todo el amor que rezumaba de ella como un cálido manto y se permitió arrebujarse en él, ahuyentando todos los temores.

Cuando logró separarse de su boca y se sumergió en aquellas lagunas doradas por las que asomaba su corazón, supo que moriría abrazado a ella, porque nadie lograría separarlo jamás de su lado.

—Creí... que no volvería a verte —susurró ella en un emocionado hilo de voz.

Las lágrimas trazaron surcos perlados entre la suciedad y la sangre que cubrían su rostro, como la ondulante ribera de un río atravesando un oscuro valle y aclarando con su cauce aquel hermoso y afectado paraje.

—Y yo temí no llegar a tiempo —confesó con voz quebrada.

Limpió con delicado mimo su rostro, secándolo con besos cortos y

precisos, mientras ella sofocaba sollozos aliviados.

Gunnar besó la punta de su nariz y le sonrió. Se separó apenas para rasgar los faldones de su túnica, arrancó una tira de tela y le vendó el brazo con exquisita delicadeza, aunque ejerciendo la suficiente presión para detener el sangrado. Por el vistazo que le echó, necesitaba sutura, pero ahora lo importante era buscar monturas y huir de allí.

Echó una ojeada hacia las murallas de Viborg; por el estruendo y el humo que ascendía en llamativas espirales, supo que la batalla en el interior estaba siendo encarnizada. También supo por qué la batalla en la pradera había perdido intensidad: las tropas de Lodbrok habían decidido acudir en auxilio de su rey Horik. Halfdan era sin duda un gran guerrero.

Cuando afianzó el vendaje, ella volvió a estrecharse contra su pecho. La rodeó con fuerza, sintiendo de nuevo esa acusada necesidad de fundirla en su pecho, para salvaguardarla de todo y de todos. Deseó tener alas para cubrirla con ellas, para llevarla lejos de allí, para perderse con ella en la eternidad.

—Ambos hemos estado muertos, amor mío —susurró contra su pelo—, pero hemos vuelto a la vida y, por segunda vez, me entrego a ti, esposa mía, en cuerpo y alma. Soy tuyo desde el día en que posaste esos hermosos ojos sobre mí, y lo seré hasta el fin de los tiempos.

Sofocó el llanto de Freya, intentando en vano contener el suyo propio. El pecho se rompía en mil sentimientos que convergían al tiempo en uno solo, pero tan grande que no cabría en el cielo.

Cuando ella alzó el rostro buscando su mirada, su corazón se encogió feliz por lo que vio en ellos.

—Y yo, nací tuya.

—Me revientas el pecho, Freya.

Tomó de nuevo su boca, esta vez con dulzura, paladeando la magnificencia de aquel amor que los consumía.

Un carraspeo los sacó de la nube de dicha en la que se hallaban inmersos.

—No es por incordiar, pero llegan jinetes —informó Hiram con preocupación.

Gunnar siguió la mirada de Hiram, y su rictus se paralizó en una mueca de aprensivo asombro.

—Necesitamos monturas —dijo tenso— y ahora mismo creo que no hay nadie a quien me apetezca más quitarle el caballo.

Entrecerró los ojos y observó cómo el clan de los Ildengum cabalgaba hacia ellos, no eran más de una docena. Al frente, Hake el Berseker, el acérrimo enemigo de Halfdan.

Un tropel de recuerdos lo sacudieron. Ellos habían ajusticiado a toda su familia, aquellos malnacidos Ildengum lo habían dejado huérfano siendo apenas un muchacho y, aunque la venganza ya no soliviantaba con tanto ardor su ánimo, supo que finalmente su último combate sería con ellos. Como si el destino hubiera modelado desde un principio las piezas de su vida, de la primera a la última, y las fuera encajando en el lugar correspondiente para que todo tuviera sentido al final.

—¡Los Ildengum! —exclamó Hiram atónito. Tragó saliva, su rostro se oscureció.

—Tienes que llevártela al *snekke* que dejamos dispuesto en la ensenada del río Gudenåen en cuanto logre desmontar al primero de ellos —advirtió con determinación.

Freya lo empujó furiosa con su brazo sano, regalándole un mohín rebelde y obcecado.

—¡No pienso ir a ningún sitio sin ti, condenado gigante!

Reprimió una sonrisa complacida, aunque estaba decidido a seguir insistiendo, o él mismo la ataría al caballo.

—Freya...

—He dicho que no. Hiram, ve tú, allí te estarán esperando Valdis y Jorund.

La omisión a Eyra lo alarmó. Clavó los ojos en ella e intentó leer en su rostro.

—¿Y mi madre?

—Nos espera en otro lugar —respondió ella con gravedad.

Algo en su interior se agitó, provocándole un malestar opresivo que lo desazonó.

—¿Otro lugar?

—No hay tiempo para más explicaciones, Gunnar, ya llegan.

Freya apartó la vista, y aquel gesto lo angustió más. No obstante, no tuvo tiempo más que de pensar la manera de enfrentarse a una docena de jinetes; supo que sería imposible contenerlos, dando la oportunidad a Freya y a Hiram de escapar, así que barajó otra salida. La espada sería el último recurso, debía embaucarlos de algún modo para ganar tiempo, tejer un ardid para atraparlos en él.

Hake el Berseker odiaba enardecidamente a Halfdan, desde que en su último enfrentamiento éste lo dejara manco y sin hermanos, y quizá aquélla pudiera ser su baza. El problema serían los Ildengum.

Alargó el brazo, espada en mano, y los saludó como si en realidad fueran del mismo bando. Aquel gesto desconcertó al grupo de jinetes, que trastocaron su combativo rictus en un mudo asombro y una afinada desconfianza.

Hiram se puso a su lado y Freya al otro. Armados pero en actitud distendida y fingida tranquilidad los recibieron. Gunnar se adelantó unos pasos, clavando la atención en Hake.

Era un hombretón rudo y hosco, grande y fornido, de castaños cabellos enmarañados y rostro lleno de cicatrices, de aspecto zafio, pero de sagacidad tan afilada como su espada. Manejaba las riendas con su única mano y, aunque aquel detalle pudiera hacerle parecer en clara desventaja, Gunnar sabía muy bien que no lo estaba.

—¿A qué esperáis para ofrecer a Horik la cabeza de Halfdan en una pica? Hemos aniquilado a parte de sus tropas, el resto corre de vuestra cuenta.

Hake alzó con recelo una ceja y lo escrutó con detenimiento.

—Creí que eras leal a vuestro rey; me arrebataste a los herederos de Sigurd Hart para entregárselos y prendiste fuego a mi reino.

Gunnar asintió con sequedad, frunciendo el ceño como si aquello lo contrariara.

—Sí, fui leal a ese perro, hasta que quiso apropiarse de mi esposa. Me enfrenté a él y me azotó; desde entonces juré venganza y, aprovechando que fui enviado aquí en una avanzadilla, me alié con Horik para derrocarlo.

El líder de los Ildengum, Einarr, adelantó su caballo hasta Gunnar y lo contempló con desdeñoso desprecio.

—Es un traidor, tal como lo fue su padre.

—No olvides, Einarr, que también soy Ildengum por parte de madre.

El hombre contrajo disgustado su semblante, fulminándolo con la mirada y crispando los nudillos, mientras apretaba los puños.

—¿Acaso crees, *ulfhednar*, que puedo creerte sin prueba alguna que confirme tus palabras? —Desvió la atención sobre Freya, y Gunnar se envaró inquieto—. A pesar de que tu esposa sea digna de apropiarse.

—Sí, tengo pruebas, las llevo en la espalda —confirmó mientras se

zafaba del ancho cinturón que ajustaba su cota de malla. Se deshizo de la cota y a continuación de la túnica para mostrarles la espalda.

Las aún tiernas marcas dejadas por la vara, rosadas e inflamadas aunque cerradas, confirmaron al menos su castigo.

—Sí, ese cuervo de Halfdan se porfía de cuanta cosa bella ve — aceptó Hake—. Pero entrarás con nosotros en Viborg, y quizá te dé el gusto de que tú mismo le cortes la cabeza y se la ofrezcas como ofrenda a Horik, si todavía ese viejo pendenciero sigue vivo.

—Para eso necesitamos caballos —replicó él, aprovechando la ocasión—; no pretenderás que entremos en esa pesadilla sin ellos.

Hake asintió; una sonrisa sibilina se formó en sus labios.

—No me tomes por necio, Gunnar; te daré caballos, pero tu mujer irá en el mío... no querrás que me arriesgue a una nueva traición, parece ser muy dado a ellas.

Gunnar reprimió su malestar y asintió quedo. Tendrían que entrar en la ciudad. Quizá en el caos del combate fuera más fácil escapar de allí.

Hake ordenó a dos de sus hombres desmontar y entregó un caballo a cada uno. Llamando a Freya a su presencia, Gunnar tuvo problemas para estrangular el impulso de alejarla de aquel rufián; afortunadamente logró controlarse.

—Sube a la grupa, mujer —rezongó—. Creo que entenderás que no pueda echarte una mano.

Dejó escapar una risotada burda que sus hombres compartieron. Gunnar reparó en la mirada hambrienta y solapada que clavó en ella, y su aprensión se agudizó. Tuvo la absoluta certeza de que Hake trazaba sus propios planes, y que debían adelantarse a ellos o estarían perdidos.

Montó con ligereza sobre el castaño alazán; no se entretuvo en cubrir su torso de nuevo; si todo iba como esperaba, no entraría en batalla. Su único plan consistía en salir corriendo de allí como una centella con la mujer que amaba en su regazo, y su amigo tras ellos.

Hake sacudió las riendas y espoleó a su caballo, partiendo al galope con Freya tras él. Gunnar fijó la mirada en la alborotada y larga melena bruna de la mujer y sólo quiso enterrar los dedos en ella, enredarse en su suavidad y aspirar su aroma, jugar con los mechones de aquel negro océano entre sus dedos, susurrar en ellos y atraparlos en sus puños mientras la besaba hasta el delirio.

No pudo evitar recorrer con la mirada su estrecha cintura, la

deliciosa curva de sus caderas y la exquisita perfección de sus delineadas nalgas, remarcadas por aquellas ceñidas calzas de piel curtida que no dejaban nada a la imaginación. Y a pesar de la gravedad del momento, su verga se tensó palpitante, ante la remembranza de escenas intensamente vividas. Escenas que pensaba repetir hasta desfallecer. Saber que no era el único que la admiraba lo soliviantaba sobremanera. Nada despertaba más los bajos instintos de un hombre que un combate donde indefectiblemente se perdía la humanidad, liberando el lado más salvaje de cada uno. Tener cerca a una mujer como aquélla era, sin duda, toda una tentación que no desaprovecharían.

Acompasó su montura a la de Hiram para descubrir que él también la miraba con deseo; maldijo para sus adentros. Saber que su hombre de confianza era tan receptivo a los encantos de su esposa era algo que había intentado asumir sin conseguirlo. Averiguar que en una condenada fiesta aderezada por un lujurioso brebaje ellos se habían besado, no ayudaba mucho a contener las ganas de retarlo con los puños de nuevo. En cuanto a Halfdan, su odio era más exacerbado, más ácido; él había intentado arrebatársela con malas mañas y, por cómo la miraba, había sido fácil descubrir que poseerla no era un mero capricho. Esta vez no tendría que pelear por su corazón, pero tendría que hacerlo por su libertad.

Aún le quemaban las entrañas ante la visión de Freya besando a aquel maldito rey para detener su castigo. Una imagen más con que torturarse se sumaba a las que ya acuchillaban su mente. Se afanaba en disipar aquellas escenas que lo asaltaban en mitad de la noche, y lo despertaban furibundo. Veía a Freya y a Halfdan enredados en el lecho, gozando de una pasión compartida, y aquella imagen se clavaba en su pecho con la inquina de un puñal envenenado. En él bullía el deseo de acabar con la vida de Halfdan, pero no a costa de poner en riesgo la huida.

Atravesaron la gran arcada principal, adentrándose en Viborg, y se toparon con un vibrante incendio devorando la ciudad.

Un humo negro, denso y sofocante pendía sobre ellos, dificultándoles la visión. Lograron atisbar cabañas calcinadas, cadáveres desmembrados y maltrechos salpicando el camino, niños llorosos buscando a sus padres, mujeres semidesnudas deambulando tambaleantes con mirada pérdida, heridos clamando ayuda y la muerte extendiendo su hediondo manto sobre aquellas gentes, propagando su espeluznante efluvio a carne quemada, a sangre fresca y a dolor.

Cabalgaron hasta las inmediaciones del gran *skáli* real, situado en la suave elevación de una loma, con un único acceso a él, en forma de fastuosa escalinata, con balaustrada tallada y curvada simulando el cuerpo de una serpiente. También estaba cincelada la ornamentada entrada principal, a base de definidas escamas, dando la impresión de entrar en la boca de aquel reptil; incluso habían labrado en la madera dos grandes colmillos afilados a modo de columnas que flanqueaban las dobles puertas. En el tejadillo volado, los atemorizantes ojos de ese animal parecían vigilar a los incautos que decidieran atravesar sus fauces.

Pero lo que más le hizo agrandar los ojos fue ver a Halfdan atado a un poste; lo habían golpeado duramente y parecían preparar alguna especie de tortura, por las cuerdas y los maderos que estaban colocando.

En el centro de la explanada, Horik y sus generales conversaban animados. Más allá, de rodillas y maniatados, Erik, Thorffin y Sigurd, junto a los hombres de Halfdan, parecían esperar su turno. No vio a Ragnar e imaginó, apenado, que habría caído luchando.

Su engaño estaba a punto de ser descubierto. Desesperado, comprendió que sólo tenía a mano una solución.

Engullidos por una serpiente

Un relámpago sesgó zigzagueante la oscuridad del cielo, seguido por una serie de truenos encadenados que retumbaron ensordecedores.

Me estremecí.

Se respiraba una lluvia inminente, un afilado viento soplaba oblicuo y enfurruñado. La tormenta se gestaba virulenta, como se gestaba en mi interior un pavor escalofriante ante lo que estaba a punto de acontecer.

Nos habíamos metido en las fauces de aquella serpiente de madera que nos miraba impertérrita y, ante nosotros, teníamos la manifiesta victoria de Horik sobre su eterno rival. Ver a Halfdan hecho prisionero, vencido y apaleado, sin brillo en su mirada ni gesto en su semblante, me sobrecogió.

Me volví para observar a Gunnar, quien, encima de aquel caballo blanco, a pecho descubierto con tan sólo las calzas negras y el cinto donde pendía su espada, con su leonada melena sobre los hombros, mirada fría y rictus duro, impresionaba. Se veía tan peligroso, tan virilmente hermoso y tan feroz que cortaba el aliento. Apenas unos instantes antes, cuando había aparecido de la nada esgrimiendo en su semblante un miedo atroz y una furia demoledora, el poder que había desplegado con tanta majestuosidad en la lucha dejaba claro que había sido tocado con el favor de los dioses. Su destreza no tenía igual y, sin embargo, no sería suficiente para reducir a un número tan elevado de oponentes.

Horik se acercó con sonrisa jactanciosa hacia Hake y los Ildengum. Era un hombre corpulento, no muy alto, de mediana edad, rostro de huesos anchos y frente despejada, ojos separados y vivos, mirada aviesa y barba entrecana.

—Veo que tú también me traes presas —adujo complacido—. Han aniquilado mi ciudad, pero pagarán con dolor cada muerte.

Hake hizo a Gunnar el gesto para que se acercase.

—No me cabe la menor duda; si piensas ejecutarlo con el poste de

sangre, la muerte será un premio para él —aseveró aquél concordante.

—He ideado una variante, mi buen Hake, porque el último hombre con el que lo intenté apenas pudo dar una vuelta entera al poste, dejándonos sin diversión.

—Caminar con el vientre abierto y las tripas clavadas a un madero, para enrollar tus entrañas al poste sin desfallecer, debe de ser toda una hazaña para cualquiera que no sea inmortal —resaltó el *berseker* con un tinte sardónico en su tono.

—Cierto —convino Horik—; por eso, esta vez he ingeniado la manera de alargar la agonía y evitar que el condenado se mueva. Será mi particular ofrenda a los dioses por regalarme la victoria.

Gunnar llegó a nuestra altura y clavó una significativa mirada en mí, y otra en el puñal que Hake portaba embutido en su cinturón. Me apercibí de cómo Hiram avanzaba hacia mi otro flanco. Me tensé aguardando una señal.

—¿Por eso tanto preparativo? Has despertado mi curiosidad, Horik.

—Verás —comenzó a decir entusiasmado el viejo rey—: he ordenado clavar esos pequeños postes en la tierra trazando un sendero con cuerdas que va cambiando de dirección cada pocos pasos, como un telar donde ir entremetiendo el hilo. Sólo que el hilo serán las tripas de mi enemigo y la mano que maneje el telar, mi leal perro.

Hake se encogió de hombros manifestando su incompreensión en aquel gesto.

—Es sencillo —aclaró tras un carraspeo impaciente—: abriré el vientre de ese cuervo artero, extrayendo el sanguinolento cordón de sus entrañas, que ataré al cuello de mi perro. Y luego, con una vara y un buen trozo de venado atado a ella, lo haré recorrer el sendero que hemos construido, despojando al cuervo de sus tripas hasta que el dolor o la muerte se lo lleven. No irá al Valhalla, sino al más profundo abismo del Hel, quizá al Náströnd, donde su alma será ligada al inframundo sin poder ascender a la morada de los dioses, sufriendo el tormento eterno.

—De todas las torturas que he presenciado —arguyó Hake admirado—, te aseguro que ésta es la más cruel; te felicito por tan ingeniosa creación.

Horik enarboló una amplia sonrisa orgullosa y fijó los ojos en Gunnar, entrecerrándolos suspicaz.

—¿No es éste el temible *ulfhednar* que ha estado sembrando el terror

en mi reino?

—Este mismo —respondió Hake, rotundo—. Suerte que está de nuestro lado. Y a propósito...

—Desprecio a Halfdan tanto o más que cualquiera de vosotros —interrumpió oportunamente Gunnar.

Horik alzó las cejas con cierta diversión y un atisbo receloso en su faz.

—¿Lo suficiente para abrirle el vientre? —inquirió astuto Hake.

—Lo suficiente, sí —respondió Gunnar sin titubear.

—Veo que tenemos verdugo —sentenció Horik—. No hagamos esperar más al cuervo. Desmonta, viejo amigo, bebamos mientras disfrutamos la ofrenda.

Hake se volvió hacia mí, señalándome que desmontara. Lo hice y me coloqué junto al caballo de Gunnar. Acto seguido, el *berseker* bajó de su corcel y palmeó con euforia la espalda de Horik.

—Tengo la garganta más seca que la cima de tus montañas —afirmó sonriente—. Un buen cuerno de cerveza, una buena hembra y una buena tortura, y dormiré como un bebé.

Horik estalló en una carcajada seca que le provocó un acceso de tos violenta.

—¿No te vale ésta? —preguntó el rey, fijando la mirada en mí.

Hake me escrutó con libidinoso interés, perfilando en sus labios una sonrisa taimada.

—Ésta es el motivo por el cual el cuervo se ha puesto en contra al *ulfhednar*. En cambio, yo no tengo nada que perder, pues ya lo tengo en contra. Así que esta noche su hembra cobijará mi verga tantas veces como la borrachera me lo permita.

No sé si fue la clara percepción de un movimiento raudo, o que mentalmente Gunnar y yo estábamos conectados, pero, casi al tiempo que él saltaba del caballo y se abalanzaba sobre Horik, amenazando su garganta desde atrás con su daga, yo le arrebaté el puñal a Hake e imité su acto.

—Sucia serpiente —siseó Gunnar letal—. Si quieres seguir respirando, ordena que suelten a mis hombres de inmediato y partiré permitiendo que contemples un nuevo día. Intenta otra cosa y te juro por Odín que serán tus tripas las que pasee tu perro.

Hincó con firmeza la punta de su cuchillo hasta rasgar la piel, de la

que brotó un delgado y sinuoso hilillo de sangre. Horik, aterrado y lívido, sofocó una tos temeroso de provocar su propio degüello.

Gunnar sacudió ligeramente la mandíbula enviando una orden visual a Hiram. Éste desenfundó la espada, desmontó e hizo ademán de tomar mi lugar. Me apartó un poco y, sin dilación, atravesó con su acero la espalda del *berseker*, mientras lo sujetaba por el cuello.

—Esta alma sí irá al Hel, de donde nunca debió salir —murmuró Gunnar—. Y ahora, obedece maldito o irás tras él.

—¡Rápido, soltad a los prisioneros! —exclamó el rey.

Sus hombres se aprestaron en desatar a Erik, a Thorffin, a Sigurd y al resto de supervivientes de la *hird*. Nadie fue a ocuparse de Halfdan. Hice ademán de acercarme a liberarlo cuando una voz me detuvo.

—¡No! ¡No te muevas del lado de Hiram! —bramó Gunnar ceñudo.

—Pero... —repliqué contrariada.

—He dicho que no —repitió Gunnar furioso.

—No podemos dejarlo a merced de este sanguinario —contravine ofuscada.

La mirada de Gunnar se oscureció como las nubes que comenzaban a descargar una ligera llovizna sesgada por el viento.

—Poco me importa lo que sea de él, es tan miserable como ellos —repuso Gunnar con desprecio.

—No, no lo es; ya ha sufrido demasiado, él mismo me trajo hasta ti, y me defendió de su reina. Si no fuera por él, no habríamos podido reencontrarnos —defendí con firmeza, ante la angustiada mirada de Gunnar, que pareció encogerse al oír mi apasionado arrebato.

—¡Maldita sea, Freya, obedéceme! —rugió iracundo al verme avanzar decidida hacia Halfdan.

Ignorando su ruego, llegué hasta el poste donde Halfdan me observaba medio derrengado, también con el torso desnudo y negras guedejas surcando su pecho. Estaba magullado y ensangrentado, con un ojo tan inflamado que apenas podía abrirlo, el labio partido y moretones por doquier. Rasgué las ataduras y, previendo que pudiera desplomarse, me apresuré a sostenerlo, colocándome bajo su brazo derecho y abarcando su cintura. Trastabillé pero, logré avanzar con él hasta que los acontecimientos se precipitaron fatúdicamente.

Apenas oí un grito alertador, sentí cómo me aferraban por detrás y me ceñían a un cuerpo grande y duro. Halfdan, sin apoyo, cayó

desplomado sobre el barro. El filo de una espada acarició la suave piel de mi garganta, mientras otra mano me desarmaba.

—¡Suelta a Horik y yo haré lo mismo con tu mujer! —exclamó una voz grave tras de mí.

Observé, temblorosa, la flamígera y asustada mirada de Gunnar sobre mí.

—¡De acuerdo, Einarr, lo soltaré! —aceptó Gunnar de inmediato—, ¡lo haremos al tiempo!

La lluvia comenzó a arreciar y los relámpagos a sucederse con más continuidad. El cielo bramaba con la misma cólera que brillaba en los ojos de Gunnar.

—¡Escucha bien! —continuó a voz en grito—. ¡Nos iremos acercando el uno al otro y, cuando nos tengamos enfrente, ambos soltaremos a nuestros rehenes a la vez!

Mi captor pareció asentir y así avanzamos lentamente hacia el centro de la explanada.

A cada paso que daba el pulso me latía en la sien, tan atronador como los truenos que restallaban a nuestro alrededor con la aspereza de un látigo empuñado por el mismo Odín.

Sentí la penetrante mirada de Gunnar sobre mí, rebosante de inquietud y todavía tildada por un matiz furioso y abrumador. Horik paseaba su huidiza mirada de un lado a otro hasta que la enfocó con aguda e intrigante determinación en el hombre que me apresaba con fuerza. Atemorizada, tuve la impresión de que confabulaban en silencio; aquella percepción aleteó incómoda en mi vientre, alertando todos mis sentidos.

Intenté plasmar en mis ojos una clara advertencia cuando miré de nuevo a Gunnar. No supe si en su acentuado ceño palpitaba el mismo desasosiego que me atenazaba a mí.

Ya frente a frente, a tan sólo unos pasos, nos detuvimos. La lluvia comenzó a arreciar y el aullido del viento danzó ondulante entre nosotros, tan cortante como el filo que se apoyaba en mi garganta.

—¡Suéltala! —exclamó Gunnar feroz—. ¡Ya!

Bajó la daga con que amenazaba al rey, pero seguía aferrándolo por el cuello. Einarr hizo lo mismo conmigo.

—Abre los brazos para recibir a tu rey y para liberar a mi mujer — advirtió Gunnar empujando a Horik con ímpetu.

El hombre trastabilló hacia delante; también yo fui empujada, pero

justo sobre el rey, que antes de caer al suelo, me envolvió en sus brazos, catapultándome con él.

Caímos sobre el barro en un forcejeo frenético. Oí un cruce de espadas y gruñidos, mientras yo intentaba desasirme de las manos de Horik en torno a mi cuello. Se cernió sobre mí tratando de asfixiarme; me revolví como una culebra, logrando impedir que cerrara las manos sobre mi garganta. La herida de mi brazo restó fortaleza a mi defensa. Me debatí furiosa golpeándolo con todas mis fuerzas, pero el peso del hombre me ancló al charco, y sus recios dedos consiguieron apresar me y oprimir con creciente encono.

Lo golpeé con los puños, pataleé y me agité convulsionada; presa de la desesperación, arañé las manos que me ceñían. Abrí la boca emitiendo un silbido rasgado en busca de aire, alcé las caderas con intención de ladearme para lograr arrancarlo de mi cuerpo sin éxito. Horik sofocaba mi resistencia con la fuerza de un buey. Sentí la yema de sus dedos clavándose en mi piel, constriñendo mi garganta, cerrándola a la vida, y comencé a marearme. Pude notar cómo la sangre empezaba a agolparse en mi cabeza, cómo mi pecho se encogía con un ardor pulsante y cómo la nebrura, en forma de nebulosa difusa y espesa, se arremolinaba en torno a mí.

Mis movimientos languidecían, mi resistencia se retorció moribunda y la agonía se extendía poco a poco por cada rincón de mi ser, envuelta en una liviana capa de rebeldía que me impelía a seguir luchando.

Aterrorizada, enturbiada por el letargo y sepultada por aquel ser abyecto que me hundía en el frío barro, con el determinante deseo de enterrar mi cuerpo en aquel lodazal, refulgiendo en sus entrecerrados ojos, decidí fingirme vencida, para que se confiara.

Cerré los ojos y dolorosamente estrangulé el impulso de resistencia que nacía inherente de mi interior, para simular estar muerta. Cuando sentí cómo aflojaba su presa, y la presión de sus dedos desaparecía, no lo dudé. Alcé en un último impulso vital la cabeza con todas las fuerzas que logré reunir e impacté mi frente contra su nariz. Se oyó un crujido y acto seguido un alarido que la tormenta no logró velar. Mientras boqueaba como un pez en busca de aire y me debatía bajo él, recibí un tremendo puñetazo que impulsó mi rostro hacia un lado, salpicando el agua fangosa del charco sobre él. No bien giré la cabeza escupiendo barro, cuando otro golpe brutal prendió un ascua dolorosa en mi otra mejilla, arrebatándome

el escaso aliento que hubiera podido aspirar. Pugué por salir de la oscura niebla que apareció de nuevo obcecada en atraparme en su manto, y parpadeé repetidas veces, asiéndome a la ajada consciencia, que se deshilachaba temblorosa.

De repente, el peso que me sepultaba desapareció milagrosamente, y una cortina de lluvia terminó de evaporar esa densa niebla que me abotargaba. Abrí los ojos, exhalé un rasgado resuello, casi un jadeo agónico, y llené completamente mi pecho de ese aire vedado; tosí y boqueé de nuevo, tomando otra profunda respiración que quemó mi garganta. Lo primero de lo que fui consciente fueron las peleas que se libraban a mi alrededor. Dos hombres de torsos desnudos, uno de cabellos claros y otro oscuros, luchando con febril fervor, cada uno con su adversario, y ambos dirigiéndome miradas de soslayo, preocupadas y aliviadas a un tiempo.

Me incorporé jadeante; me ardía el rostro y el aturdimiento pesaba en mí como un fardo sobre mis hombros. Sacudí la cabeza y la alcé a la lluvia, no permití mucho más. Me puse en pie y busqué un arma con que defenderme, pero no encontré nada. Más allá, los supervivientes de la *hird* también se batían contra guerreros jutos.

Descubrí que Halfdan había sido el que había arrancado a Horik de mi cuerpo y peleaban en un cuerpo a cuerpo letal. Gunnar luchaba a espada contra Einarr; me di cuenta horrorizada de que estaba herido. Una brecha sangraba con profusión en un costado de su vientre; el terror me invadió.

Intenté dar un paso, pero me tambaleé peligrosamente hacia atrás. Las rodillas me flaquearon y pisoteé chapoteando el barro mientras luchaba por conservar el equilibrio. Gunnar me echó un vistazo alarmado y, en ese instante, el acero de su enemigo se hundió en la parte alta de su pecho.

—Noooooooooooo.....

Caí de rodillas, con un dolor tan desgarrador atravesándome el pecho que sentí la espada clavada en mí.

El Ildengum extrajo su arma con una sonrisa perversamente triunfal en su faz, dejando a un Gunnar aturdido y tambaleante.

Intenté ponerme en pie, presa de una rabia demoledora. Grité como lo haría un animal salvaje y herido, y avancé hacia Gunnar.

—Guuunnaarrrrr... —sollocé en un sonido rasgado que me quebró por dentro.

Observé cómo Einarr paladeaba su victoria, degustando nuestro sufrimiento. Gunnar le dio la espalda y se acercó derrotado a mí, todavía con la espada en la mano y arrastrando los pies por el barro. La lluvia pegaba su larga melena a su cráneo, remarcando sus pronunciadas facciones, y acentuando el rictus de amargor que las desfiguraba. No fue dolor lo que emergió de él, sino una sensación de impotencia y frustración que me devastaron.

Cayó de rodillas frente a mí, con los hombros hundidos y la cabeza gacha, derrotado y malherido; ya me abalanzaba sobre él, cuando su mano me hizo el gesto de detenerme. Supe que tramaba algo y, con el corazón en un puño, observé cómo Einarr avanzaba hacia él con paso confiado, lentamente y regodeándose de su inminente victoria.

Los latidos se descompusieron en mi pecho, como el traqueteo de una carreta por un sendero pedregoso; sentí náuseas, y al dolor se sumó el miedo, y una angustia que me robó el aliento de nuevo.

Entonces Gunnar alzó la mirada, como buscando una señal en la mía. Supe entonces lo que planeaba. Aguardé a que Einarr estuviera lo suficientemente cerca. Cada paso del Ildengum revolvía mi vientre y desataba un pavor que me atería con temblores que no logré sofocar. Justo cuando llegó a la espalda de Gunnar, y apretó los dedos sobre su empuñadura, asentí casi de forma imperceptible. Fue más rápido de lo que esperaba. Gunnar, a la velocidad del rayo, cogió su espada, giró la muñeca hábilmente hacia atrás y elevó su acero ensartando a Einarr en él, en el preciso instante en que el Ildengum se inclinaba sobre su espalda para rematarlo.

Me abalancé sobre Gunnar, que me cobijó en su pecho, confortándome con susurros tranquilizadores.

—Tengo que curarte —gemí llorosa, separándome para hundirme en sus ojos.

—Tienes que irte —contrapuso él grave.

Negué vehemente; la calidez de mis lágrimas se mezclaba con la frialdad de las gotas de lluvia, así como las brasas del dolor se aunaban con la gelidez de la más completa desolación.

—No pienso dejarte —reliqué furiosa.

Cogí su barbilla para clavar en él una mirada determinante, pero un impulso mayor me incitó a tomar su boca con hambrienta desesperación. Fue mi beso el que le impuso mi decisión, el que le dijo que estaríamos

juntos hasta el final, y el que le corroboró que no se iría solo.

Cuando nos separamos, Gunnar, estrangulado por la emoción, cobijó mi cabeza entre sus grandes manos y se sumergió en mis ojos.

—Nunca me dejarás, como yo tampoco lo haré jamás —musitó contrito—. Porque ambos somos uno. Pero tienes que salvarte, y lo tienes que hacer por mí.

Negué de nuevo y me abracé con fuerza a su cuello; los sollozos me sacudían.

Unos pasos llegaron hasta nosotros.

—Horik ha escapado.

Miramos a Halfdan, de pie, magullado y sangrante, con la mirada turbia y una mueca dolorida en su semblante.

—¡Llévatela! —rogó Gunnar con voz quebrada.

—¡No! —insistí aferrándome a su pecho.

Halfdan pareció vacilar un instante, pero finalmente se cernió sobre mí.

Me arrancó de los brazos de Gunnar, que permaneció impasible, mientras me revolvía contra Halfdan.

—Va a odiarme hasta el fin de los tiempos —murmuró cogitabundo —, pero te debo esta dispensa, Gunnar.

—¡Cuidala... por mí! —pidió en un hilo de voz moribundo.

Comenzó a arrastrarme alejándome de él, que me observaba con el rostro transfigurado en una mueca agónica, atrapado en una contención que lo estaba matando más rápidamente que las heridas que atravesaban su cuerpo.

—¡¡¡Nooooooo... no me hagas esto!!!! —sollocé pataleando, arañando, luchando por zafarme de su presa. Mis súplicas caían inocuas y resbalaban como la lluvia que los dioses derramaban sobre nosotros. Mis gritos rasgaban mi garganta como los truenos el silencio y mi dolor refulgía con la intensidad de los relámpagos flameando recortados en la espesa oscuridad de aquel día aciago y maldito.

La figura inmóvil de Gunnar, de rodillas, moribundo y solo en mitad de aquel lodazal, rodeado por guerreros que seguían combatiendo, sangrando bajo la lluvia, aguardando su partida, me rompió por la mitad.

Liberé un alarido que nació de mi mismo centro, de esa parte que se desmoronaba sin remisión, cuando la vida pierde su razón de ser. Sentí trozos de mi corazón cayendo en fragmentos a un abismo de dolor del que

supe que no podría salir jamás. Y sumida en aquella devastación que me asolaba, no hallé más salida que la de negarme la vida, como él renegó de la suya cuando creyó perderme.

Fui arrastrada hasta el caballo más cercano. Halfdan abarcó con un brazo mi cintura, inmovilizándome contra él, mientras con la otra mano rebuscaba en las alforjas de la montura, con su rostro casi pegado al mío, aunque temeroso de mirarme. Encontró un puñal que entremetió entre su cinturón y un rollo de soga que comenzó a desliar para maniatarme.

—Cogeré ese puñal, o cualquier otro —comencé a decir clavando los ojos en los suyos— y acabaré con mi vida a la menor oportunidad, y lo único que lamentaré es no poder morir abrazada a él.

Halfdan me contempló un largo instante en que nos sostuvimos la mirada indagando en nuestro interior, con tanta profundidad que logró ver mi firme determinación.

Respiró hondamente, hundió los hombros con abatimiento y a continuación resopló con aguda resignación.

—Está bien —masculló más para sí mismo—. Vamos. Los hombres de Lodbrok no tardarán en reagruparse, tenemos que salir de aquí.

Apresó mi muñeca y tiró de mí, desandando el trayecto y acercándonos a Gunnar.

Me desasí de él, no opuso resistencia, y me adelanté a la carrera. El agotamiento no logró vencer la ansiedad por estar en sus brazos de nuevo.

Permanecía de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho. La lluvia se deslizaba en rojas hileras ondulantes por su pecho, largos mechones empapados goteaban sobre sus muslos. Estaba tan inerte que temí no llegar a tiempo. La desesperación me apuñaló.

Me dejé caer de rodillas ante él y cogí su cabeza con las manos, trémula y rota. Todavía respiraba; solté el aliento contenido y sonreí entre amargas lágrimas.

—Amor mío, nadie va a separarte de mí, ni siquiera tú.

Entreabrió los ojos, parpadeando confuso; un destello verde iluminó mi corazón.

—¡Abrá... za... me...!

Mi corazón se encogió ante aquel ruego idéntico al mío. Abarqué su torso entre mis brazos y me arrebujé en su pecho. Sentir sus latidos me inundó de alivio, a pesar de ser tortuosamente lentos.

Halfdan llegó apresurado hasta nosotros, llevando al caballo de las

riendas. Se detuvo y se inclinó sobre Gunnar, cogiéndolo de una brazada, con intención de ponerlo en pie.

—¡Ayúdame! Puede que se salve si logramos sacarlo de aquí.

Aquellas palabras imprimieron una fuerza inusitada en mí. Lo aferré por el costado contrario y, entre los dos, logramos levantarlo. Halfdan usó todas su pujanza para lograr elevarlo sobre la montura. Gunnar se derrengó sobre el cuello del animal, exiguó.

—Habrá que atarlo para evitar que se caiga y, aun así, es posible que suceda; no posees la fuerza suficiente para sostenerlo si se vence —meditó ceñudo—. Yo me haré cargo. Busca otro caballo y larguémonos de aquí.

Miré en derredor, mientras Halfdan aseguraba el cuerpo de Gunnar a lomos del alazán. En ese momento reparé que, entre los reducidos grupos que todavía luchaban en la explanada, se encontraban Hiram, Sigurd y Thorffin, conteniendo a los hombres de Horik, que accedían por una de las entradas de la muralla, como si fuera una hilera inagotable de hormigas emergiendo de un agujero en la tierra. Más allá, un grupo de caballos sin jinete relinchaban inquietos; corrí trastabillante hacia ellos.

Ya alcanzaba al más cercano cuando una mano agarró mi melena, tirando de ella para hacerme retroceder.

Una luz parpadeando en la oscuridad

Eran cuatro; sonrieron porfiados y me rodearon relamiéndose. La lujuria brillaba en sus ojos.

—Si quieres ese caballo, habrás de ofrecernos algo por él —rezongó el más grande y atemorizante de ellos.

Descubrí a golpe de vista que el que se dirigía a mí lucía en su cinto la repujada empuñadura de nácar de un puñal. Me encaré altiva a él, mientras me rozaba contra su pecho provocadora. Enarbolé una sonrisa pretenciosa y también me relamí.

—¿Y qué pedís a cambio? —susurré tentadora.

El hombretón ensanchó complacido la sonrisa, llevó las manos a mis nalgas y las aferró ciñéndome a sus caderas. Percibí con claridad la dureza de su deseo, y me acometió una feroz repulsa.

Deslicé una mano por su cadera y el guerrero gimió y me lanzó su hediondo aliento; aparté el rostro asqueada.

—Que cobijes nuestras armas y las calientes, perra.

—Calentaré una para empezar... —repliqué artera, arrebatándole el puñal del cinto y clavándolo en su espalda con saña. El guerrero agrandó los ojos horrorizado—... con tu sangre, perro.

Me aparté rauda, empujé el cuerpo del líder sobre sus hombros, y aproveché el desconcierto para correr hacia Halfdan.

Me seguían, oía sus agitadas respiraciones tras de mí y las pisadas en los charcos, pesadas, rápidas y alarmantemente próximas. El pavor aceleró mis piernas; hice acopio de las últimas reservas de vigor que precisaba para alimentarme con él, fortaleciendo mi cuerpo para la última lucha de supervivencia a la que me sometía el destino.

No fue suficiente.

Una mano me empujó con violencia y caí hacia delante. Dejé escapar un resuello cuando frené el impacto con las manos. Una mano me alzó con abrumadora facilidad, manipulándome hábilmente para cargarme

sobre su hombro.

—Primero te apuñalaremos con carne y luego con acero —amenazó el que me portaba. No llegó muy lejos.

Oí un ladrido amenazante, un gruñido rabioso y acto seguido un empujón que me sacudió, tambaleándome. Un grito de dolor resonó con fuerza, y nos precipitamos hacia el suelo. El barro blando amortiguó la caída.

Rodé libre y me arrastré jadeante hacia atrás, para descubrir cómo *Fenrir* mordía con ferocidad el cuello del guerrero que me había capturado. La sangre cubrió su afilado morro, tiñendo de escarlata su agrisado pelaje. Otro hombre se abalanzó sobre el perro y lo ensartó en su espada. Un gemido quejicoso convulsionó el cuerpo del animal. Jadeé casi sin aliento, exhausta y dolorida.

Otro de mis guardianes perecía por protegerme. Otro acceso de furia me puso en pie, otra lucha me aguardaba, otro lobo emergió de mí. El más resistente de todos.

Apreté los dientes y me puse en pie, mientras esquivaba al tercer guerrero, que intentaba atraparme. Alargó el brazo desplegando hacia mí su acero, me ladeé rauda evitando un mandoble y sentí un pinchazo fulminante en el costado; no me detuve a examinarme. De soslayo advertí que el hombre que había matado a *Fenrir* intentaba aproximarse por mi espalda. Sorteé otro lance y me zafé a la carrera, topándome de bruces con un pecho duro, desnudo y frío, que me hizo a un lado sin mediar palabra.

Halfdan empuñó su espada y la balanceó aguardando a mis captores.

Descargó el primer espadazo con destreza sobre el primer oponente. Los aceros entrechocaron, vibrantes y sedientos. Los hombres mantuvieron un fiero pulso, clavándose la mirada con la misma inquina que imprimían a sus lances. Halfdan retrocedió liberando su mandoble, giró con elegante destreza, trazando un arco lateral y arremetiendo contra el segundo, que se había posicionado astutamente tras él. Alternaba con maestría las acometidas, al tiempo que sostenía con apabullante habilidad un ataque doble. No obstante, estaba muy débil, y no tardarían en vencer su resistencia. Tenía que ayudarlo, y sólo se me ocurrió saltar sobre la espalda de uno de ellos. Ya me impulsaba cuando me detuve en seco; de la espalda que había elegido emergió la punta de una espada, y me aparté con brusquedad. El hombre trastabilló hacia delante, acercándose de forma intencionada a Halfdan, a pesar de que con aquel avance hundía más

profundamente la espada en su vientre, para abrazarse a él y retenerlo en un último hálito de vida.

Aferrado en un abrazo mortal y sin posibilidad de extraer la espada del cuerpo donde se hallaba clavada, fue presa fácil para el segundo adversario, que lo embistió por detrás. Contuve el aliento con el corazón en un puño. Halfdan enfocó su mirada de obsidiana en mí, empujó con todas sus fuerzas al hombre que lo inmovilizaba, ya moribundo y laxo. Apretó sufrido los dientes cuando la espada que lo atravesaba salió de su cuerpo y, en lugar de desplomarse, se volvió enarbolando la suya y la hundió en el cuello de su enemigo, casi sesgándole la cabeza.

Después, cayó de rodillas; de la profunda hendidura que se abría justo en el centro de su pecho manaba sangre a borbotones. Caí frente a él, cubriendo la herida con la palma de su mano, como si aquel simple acto fuera capaz de hacer desaparecer aquella brecha o detener el sangrado.

Dejé escapar un sollozo sentido, y cuando logré mirarlo descubrí una dulzura inesperada en su semblante, una que nunca había contemplado en su faz.

—No pude... desear mejor final... para mí...

Acaricié su mentón con extrema delicadeza, deslizando el dorso de los dedos por su mejilla. Halfdan suspiró y se embebió en mi mirada.

—Eres un gran rey —musité afectada—, pero aún eres mejor hombre.

—¿Ya no soy... un cuervo?

—Ni yo una loba.

Sonrió conmovido, alzó la mano hacia mi rostro y paseó la yema de los dedos por mis labios.

—No, eres la valquiria que me llevará al Valhalla con un beso.

Asentí entre lágrimas. La palidez se extendió implacable por su rostro, apagándolo. La muerte se cernía rápida sobre él.

Me acerqué, temblaba. Cogí su rostro con las manos y le sonreí antes de posar los labios en los suyos. Lo besé con extrema dulzura, con todo el cariño y la gratitud que sentía por él, con una profunda admiración y arrobado orgullo por el hombre en que había decidido convertirse.

La frialdad empañó su piel, la noté en su boca, así como la ausencia de aliento. Su cuerpo pesado se desplomó lentamente; acompañé su caída con las manos y acomodé su cabeza en el barro, con toda la delicadeza que fui capaz.

Reprimí una hilera de sollozos que se encadenaban sin cesar, convirtiendo mi pecho en un tormentoso nudo de dolor, que me esforcé en sofocar. Retiré las oscuras guedejas empapadas de su rostro, besé su frente y me puse en pie.

En ese momento, advertí que había cesado la lluvia, que me palpitaba dolorosamente la herida del costado y que tres hombres avanzaban hacia mí a grandes zancadas, portando el caballo donde el inerte cuerpo de Gunnar estaba atado a la montura.

Exhalé un resuello aliviado y caminé hacia ellos, fijando la mirada en el más adelantado.

—Todavía respira —anunció Hiram en tono tranquilizador, contestando mi muda pregunta.

Sigurd asintió y Thorffin sonrió. Los tres estaban heridos, pero enteros.

—¿Y Erik y Ragnar? —pregunté a pesar de intuir la respuesta.

Hiram negó apesadumbrado con la cabeza. En ese momento, mis rodillas fallaron, hincándose abatidas en el barro. El guerrero se abalanzó alarmado hacia mí, cogiéndome en sus brazos.

—¡Está herida! —informó; en su tono relució un agudo temor—. Ha debido de perder mucha sangre.

—Yo llevaré a Gunnar —adujo Thorffin—. Hiram, monta con Freya, está herida y exhausta. Sigurd, trae los caballos. No perdamos tiempo. Horik ha logrado huir, y esa serpiente es tan sibilina que puede aparecer en cualquier momento.

Todos asintieron, exiguos y al límite de sus fuerzas.

Partimos de Viborg en silencio, cabalgando veloces.

En mi pecho llevaba la oscuridad del miedo a perder a Gunnar, el dolor de tantas muertes, el agotamiento por tanta lucha y la incertidumbre de un futuro todavía incierto, pero portaba la esperanza como escudo, o a ella quise agarrarme.

Perdí la consciencia durante el viaje en repetidas ocasiones. Me asaltaron pesadillas infames y grotescas. Ardí en fiebre durante días, y deliré mientras me convulsionaba, como si de mí escaparan demonios abriéndose paso a dentelladas. Pero también soñé con una luz que parpadeaba en la oscuridad trazando un sendero, que decidí seguir. Y a

mitad de ese camino, me apercibí de que no estaba sola. Una mano grande y cálida abarcaba la mía, cobijándola en su palma, como si fuera un pajarillo que hubiese encontrado por fin su nido. Me sentí reconfortada como nunca antes. Sonreí interiormente dispuesta a avanzar, pero la mano me lo impidió. No sólo me retuvo, sino que me impelió a retroceder, a desandar lo andado y, aunque quise resistirme, aquella presencia me otorgaba tanta paz, tanto amor, que me dejé llevar por ella. Todo estaba bien, me dije. Y así, me sumergí de nuevo en la oscuridad. Atrás la luz que parpadeaba se apagó por completo, pero no sentí miedo. No estaba sola.

—Freya...

Aquella voz...

Regreso a casa

Parpadeé confusa; la luz me cegó, entrecerré los ojos acostumbrándolos a la luminosidad matinal y, cuando por fin logré abrirlos, miré a mi alrededor completamente desorientada.

Oí el rumor del mar, y un rítmico golpeteo de maderos. Un acentuado aroma salobre me picó en la garganta, empapando mis fosas nasales y despertando todos mis sentidos. Quise incorporarme, pero unas manos en mis hombros me lo impidieron. Fijé la vista en el cielo, azul y límpido, y me embriagué de su belleza.

—Has regresado, mi amor...

Enfoqué la mirada en el rostro que se cernía emocionado sobre mí.

Mis labios se estiraron en una débil pero luminosa sonrisa. Unos hermosos y rasgados ojos verdes chisporrotearon alborozados.

A mi mente acudió el sangriento recuerdo de la batalla, de la amargura, el miedo, el dolor y la muerte. Cada escena emergió parpadeante y nítida, evocando cada emoción vivida.

—Me trajiste de la mano —susurré.

Gunnar cogió mi mano entre las suyas y la llevó a sus labios. Su tacto suave y cálido me estremeció.

—No te la he soltado desde que logré salir de mi camastro.

Entonces recordé sus heridas y fijé la vista con preocupación en su torso. Llevaba una camisola ajada con una abertura en uve que dejaba ver un tosco vendaje.

—La espada no alcanzó el corazón —aclaró— por muy poco; esta vez los dioses fueron magnánimos.

—¿Cuánto... tiempo...?

Sentía la boca reseca y la garganta áspera. Tragué saliva con dificultad.

—Casi dos ciclos lunares —respondió frunciendo el ceño, mientras escudriñaba atentamente mi faz.

Gunnar se reclinó sobre mí, desplegó la mano abarcando mi mejilla y estiró los labios en una mueca emotiva que me traspasó.

—Dos malditos ciclos lunares, que han sido mi más dura tortura, que me han sumido en un negrura desesperante —murmuró ahondando con afectada fijeza en mis ojos—. Has abierto los ojos, mi amor, esos hermosos soles que acaban de llenar de luz mi alma. Hoy, por fin, ha amanecido para mí; hoy, yo también regreso a la vida.

Sonreí, alcé la mano y cubrí su poderoso mentón.

—Y yo por fin, después de seguir durante tanto tiempo las huellas del lobo, he reencontrado mi corazón. Y late.

La mirada de Gunnar se empañó, acercó los labios a los míos, rozándolos apenas, y sonrió constreñido por una profunda emoción.

—Sí —afirmó en un acariciador hilo de voz, en el que reverberó una profunda emoción—, y late en mi pecho, como el mío late en el tuyo, al unísono.

Nos sostuvimos la mirada un largo instante, llenando el silencio de palabras, liberando todo el amor que albergábamos y enlazando nuestras almas, una vez más.

Su boca se entreabrió atrapando en ella mis labios, primero uno, luego otro, tirando de ellos con suavidad, recorriéndolos con la lengua, lánguidamente, casi de manera indolente, acicateando mi agudo y apremiante anhelo, despertando mi hambre y cosquilleando mis sentidos. Exhalé un alargado y ronco gemido que él bebió con ardoroso fervor, mientras derramaba casi al tiempo en mi boca un gruñido insatisfecho.

La pasión prendió como prende la broza seca bajo un sol arrasador, como un arbusto seco alcanzado por un rayo o como una antorcha besando una tina de brea. Y esa llama comenzó a descontrolarse azuzada por el húmedo y ardiente roce de nuestras lenguas, inquietas y hambrientas, por ese deseo que empezó a quemarnos las entrañas, por esa necesidad casi vital de fusionar cuerpo y alma, sintiéndonos uno.

—Por los dioses —gimió Gunnar, con un acusado tinte de remordimiento en su voz—. Estás muy débil, acabas de emerger de tu letargo... y yo...

Se separó avergonzado, pero con la mirada turbia por la pasión.

—Tengo hambre y sed —revelé con suavidad—, pero no de alimento. Y después de muchas jornadas sumida en el sueño, no puede quedar cansancio en mi cuerpo. Por lo tanto, fiero guerrero, no me subestimes,

pienso plantar batalla.

Gunnar enarcó divertido una ceja, me regaló una media sonrisa oblicua y con gesto pícaro se cernió nuevamente sobre mí.

—Entonces, mi bella escudera, ¿desenvaino?

Asentí con una sonrisa provocadora, chispeando en mis ojos un tórrido y denso deseo.

—Créeme que lo haría si no tuviéramos tantos ojos sobre nosotros. Habrás de aguardar hasta la noche, aunque mi espada ya arde en deseos de envainarse en su funda.

Giré en ese momento la vista, y aturdida descubrí que navegábamos en un *snekke*, que surcaba grácil el océano, y que los sonrientes rostros de Hiram, Valdis, Jorund, Sigurd, Thorffin, Helga y su pequeño, junto con dos hombres más que desconocía, nos regalaban su más completa atención.

Les sonreí, hasta que reparé en una gran ausencia, una que ya había descubierto Gunnar. Sobresaltada, con un velo de preocupación y angustia revivida, contuve el aliento escrutando sus ojos.

Y en aquel profundo verdor, relució un fulgor contrito, arraigado y todavía tierno, lacerante y hondo, que supe permanecería mucho tiempo en su mirada, como lo estaba en la mía. Me abracé a él con fuerza y en ese preciso instante la sentí junto a nosotros, abarcándonos con los brazos, sonriendo orgullosa y plena.

—No se ha ido y nunca lo hará mientras viva en nuestros corazones —susurré en su oído.

Me separé de él; su mirada brillaba, pero su gesto era plácido.

—Eyra me trajo a la vida, la recorrió conmigo y estará en ella hasta que volvamos a encontrarnos.

El nudo que se había anclado a mi pecho desde que se fue se desató liberando la angustia y el tormento. Eyra formaba parte de nosotros, y su espíritu flotaba a nuestro alrededor, derramando su magia, creciendo en nuestros corazones. No sólo sería recordada cada día, sería venerada por siempre.

Una cuestión se filtró en mi mente, llenándola de curiosidad.

—¿Adónde nos dirigimos?

La expresión de Gunnar se suavizó, y sus ojos se entrecerraron empujados por una amplia y entusiasmada sonrisa que me intrigó.

—Te llevo a casa.

Alcé las cejas inquisitiva, componiendo un mohín confuso, que acentuó el brillo en el semblante de Gunnar.

—Nos dirigimos a Isbiliya y, de ahí, a Toledo, a esa ciudad por la que tanto has suspirado, a esa ciudad que es hermosa porque en ella están las personas que más amas —recordó pronunciando mis propias palabras.

Mi corazón dio un vuelco y mi respiración se detuvo. Un agitado aleteo acarició mi vientre, desplegando en él un sinfín de sensaciones.

—En tal caso, este barco también es hermoso —aduje mirándolo arrobada.

—Tanto, como ese lobo que nos unió.

Se acercó a mi boca, volcando en ella un beso apasionado, trémulo y afectado... tan lleno de amor que caló cada fibra de mi ser, que evaporó el dolor sufrido, que extinguió el arrepentimiento, que apartó el pasado para dejar paso al presente y para recibir con los brazos abiertos a un futuro alentador.

Pensé en mi madre, Elvira de Casto y Villarejo, una mujer menuda, de sobria y regia belleza castellana, de dulce sonrisa, cariñosas maneras y fortaleza encomiable. Y de mi pecho rezumó un cálido bálsamo reparador que cicatrizó heridas, rescató dulces recuerdos y agudizó el anhelo de estrecharla de nuevo entre mis brazos. También recordé con almibarada sonrisa a dos medio hermanos, hijos de mi padre, Khaled, que quedaron al cuidado de mi madre. Una familia, eso tenía, y eso era cuanto importaba, estar rodeada de las personas amadas y recordarles a cada instante que lo eran. Nada más tenía sentido.

La razón de mi existencia suspiró, embebiéndose de mi gesto ilusionado.

—Te voy a hacer tan feliz, mi Freya, tanto, que olvidarás cuándo fue la última vez que sufriste.

Negué con la cabeza, repasando con los dedos el contorno de su boca.

—No quiero olvidar nada —repliqué dulcemente—, porque todo ese dolor que nos impuso el destino hará más dichoso cada instante de paz. Es recordando el amargor cuando mejor se aprecia la dulzura... cuando más se valora la felicidad, y más una como la que tanto nos ha costado conseguir. Sin embargo, recordaré sin revivir nada, sin tormentos ni agonías, sin contriciones, abatimiento ni pena, porque estaré muy ocupada amando y repitiéndome lo afortunada que soy, sólo recordaré como

lección de vida.

—Los dioses nos pusieron una dura prueba, y salimos victoriosos —convino Gunnar—. Las nornas han hilado nuestro destino a los pies del árbol Yggdrasil. Urd tejió con dureza; Verdandi, con esperanza. No podemos descubrir la urdimbre que teje Skuld, pero, aquí y ahora, alma mía, te prometo una cosa: no habrá fuerza sobre la faz de la tierra, ni sobre el dominio divino, que pueda separarnos.

En sus diáfana mirada comprobé cómo aquella promesa se grababa a fuego en su alma.

Una dicha plena, tan vibrante y luminosa como el sol que acariciaba nuestra piel, se extendió por todo mi interior, despertando a la vida rincones oscuros y gélidos, uniendo fragmentos rotos y revitalizando partes marchitas. No sólo mi cuerpo había vuelto a la vida, por segunda vez; ahora había rescatado, con él, un alma que por fin relucía y un corazón que latía con el vigor del viento que henchía las cuadradas velas rojas del *snekke*, y una fortaleza tan grande como el cielo que nos cubría.

—Ya que no puedo colmar tu hambre, de momento —se lamentó Gunnar—, será mejor que comas algo.

Dejé escapar una carcajada tan refrescante y prístina como las aguas de un arroyo, que flotó en el viento y se arremolinó sobre los presentes, agrandando sus sonrisas.

—¡Qué remedio! —respondí jubilosa.

—Ésa es la melodía que exigiré de ti cada mañana —murmuró Gunnar con gravedad—; tus gemidos compondrán la que arrancaré de ti cada noche.

—¿Es una promesa?

—Es un juramento sagrado —aclaró quedo.

—Que te obligaré a cumplir con diligencia —repuse risueña paseando los dedos por su rostro—. Y, aquí y ahora, yo también te ofrezco un juramento.

Gunnar sonrió pendenciero, se acercó seductor rozando la punta de su nariz con la mía y besó suavemente mis labios, apareciendo de inmediato una expresión anhelante.

—Cuidado con lo que juras, preciosa —bromeó con voz ronca y hambrienta.

—Juro por los dioses, los hombres y los elementos, vivir mil vidas a tu lado, morir mil veces en tus brazos y renacer contigo hasta que los

tiempos se extingan, la eternidad perezca o el mundo se apague.

—Sellemos nuestros juramentos —propuso Gunnar, con mirada penetrante y rictus afectado.

Me besó de nuevo, ciñéndome a su pecho, trémulo y conmovido, vertiendo cuanto sentía. Fue un beso de total y absoluta entrega, de sentimientos templados en la fragua del destino, de compromiso eterno y de un amor tan puro y profundo como la inmensidad del mar que surcábamos rumbo a una nueva vida.

—Tuyo.

—Tuya.

Y así, envueltos en un amor infinito, acompañados por la familia que nosotros mismos nos habíamos forjado, impelidos por un viento vigoroso, acunados por un mar amable y cubiertos por una gruesa y cálida capa de esperanza, atravesábamos el océano de regreso a casa. Ésa de la que había sido arrancada por el destino hacía tanto tiempo. Y a mi mente regresaron aquellos lamentos por mi suerte, para comprobar ahora que aquello que lamentaba no fue sino una ventura que se me concedió, el comienzo de un descubrimiento, el de mi verdadera razón de ser: encontrar mi otra mitad. Esa que ahora me abrazaba con extrema dulzura, que me acariciaba con tan suave delicadeza y me susurraba con tan entrañable intensidad sus sentimientos.

Hubo un tiempo en que me conformé con la luna; ahora, no podría vivir sin el sol.

El cómo una tragedia se convertía en una bendición formaba ya parte de aquella dura lección de vida aprendida a golpes, pero recompensada con creces, con el mejor premio que la vida podía ofrecerme: el corazón del mejor de los hombres.

Regreso al presente, demonios del pasado

A través de mis cerrados párpados percibí una intensa luz blanquecina, molesta y desconcertante.

Me atraía, pero el recelo me impidió avanzar hacia ella. No era la primera vez que la veía. Atrás, la negrura, pero tan cálida y conocida que invitaba a estar en ella. Vacilante, miré a ambos extremos, luz y oscuridad; supe que me hallaba en mitad de una crucial decisión. Sentí su peso y la indecisión me atenazó. La luz no parpadeaba; al contrario, crecía en intensidad, deslumbrándome, cautivándome... aun así, permanecí inmóvil.

De repente, sentí el roce de una mano en la mía, enlazándose con firmeza y tirando de mí, esta vez hacia la luz. Me dejé arrastrar por ella.

Entreabrí los ojos lentamente para descubrir que aquella luz provenía de una húmeda y verdosa mirada angustiada, que, como aquel entonces, cobijaba mi mano entre las suyas, posando los labios en ella. Descubrir que despertaba inundó de alivio aquel hermoso rostro que tanto amaba; sin embargo, el dolor continuó velando su semblante.

—Gu... nnar... —balbuceé, descubriendo que me hallaba en la anodina habitación de un hospital—. ¿Dónde está...?

—Sigue desaparecido.

Un sollozo roto escapó de él. Se reclinó sobre mí, descansando la cabeza en mi pecho, se abrazó a mi cuerpo y lo sentí estremecerse, liberando parte de su agonía. Me di cuenta de que podía moverme y lo rodeé con los míos.

Y en aquel abrazo, se ordenaron con asombrosa precisión ambas vivencias. Descubrir que no había muerto a manos de Rashid, que mis desventuras habían continuado, que mi lucha había sido feroz, pero que en esta ocasión habíamos conseguido embarcar hacia una nueva vida, solazó mi corazón y congratuló mi alma con aquella parte de mi pasado, a pesar de ignorar qué fue de nosotros en mi tierra.

Y en ese instante, supe el motivo.

En aquellos recuerdos descubrí al culpable de la desaparición de Khaled. Aquella que no encontró paz en la muerte, aquella que se aferró al odio y a la venganza, aquella que prometió, mientras se apagaba su vida, que esto... todavía no había acabado. Me estremecí; Ragnhild había renacido con nosotros, pero no era la única, no.

Bebí de esa fortaleza que tan corajudamente había desplegado en otro siglo, apartando el dolor y la desesperación para dejar espacio a la esperanza. Recuperaría a mi pequeño, me convencí contundente.

—Vamos a encontrarlo —susurré con decisión.

Gunnar alzó su contrita mirada y asintió con la misma rotundidad que rezumaron mis palabras.

Llevaba una venda que circundaba su frente, y el rostro magullado.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente, qué ocurrió?

—Dos días —aclaró, limpiando las lágrimas de su rostro burdamente con el antebrazo, sin arrancar con ese gesto la furia que tan peligrosamente palpitaba en él—. Me despeñé, caí rodando ladera abajo hasta un saliente; por fortuna pude aferrarme a él antes de precipitarme al vacío, el mismo donde caíste tú a plomo. Oír tu alarido y el impacto de tu cuerpo contra la roca... —Se detuvo, cerró los ojos con dolor, tragó saliva y se obligó a continuar—. Aquel saliente era la entrada a una cueva. Una cueva natural horadada en la pared del acantilado; en ella encontraron un cesto de mimbre con una gruesa y larga sogas atada a sus asas. Estaba vacía, pero en ella se hallaban los muñecos con que duerme Khaled. En la cueva, también había provisiones para pasar unos días, biberones, pañales, ropa de mujer, dinero y artículos básicos. Pero ni rastro de nuestro bebé. La policía ha requisado las pruebas y encontrado huellas del culpable. Lo han detenido.

Aunque la angustia llamó más insistentemente, luché por no abrirle la puerta. Contuve el aliento y reprimí el miedo.

—¿Quién...? —pregunté apretando la mandíbula.

—Hildur.

Negué vehemente con la cabeza, aquello no podía estar pasando.

—No, no puede ser ella.

—Encontraron sus huellas por toda la cueva; ella preparó el secuestro —aseguró Gunnar tan confuso como yo—. Pero asegura que no sabe dónde está el niño, no colabora en los interrogatorios. Sólo acusa a Ingrid; afirma que ella tiene a Khaled, exige que pongan todos los

efectivos tras ella.

—¿Y lo han hecho?

—Sí; han cerrado carreteras y aeropuertos, hay fotos de ella por todas partes, se han hecho eco los medios de la noticia y está en busca y captura. Pero no aparece.

Me incorporé y clavé mi decidida mirada en él.

—Tengo que hablar con Hildur —espeté haciendo ademán de salir de la cama.

Una sensación bamboleante me sacudió, mi mente se nubló momentáneamente y mi estómago se agitó.

Gunnar, cogiéndome de los hombros, me pegó a su pecho.

—Lo haremos, pero antes tiene que examinarte Lars; voy a buscarlo, no se te ocurra salir de la cama.

Me obligó a tumbarme, depositó un dulce beso en mis labios y salió de la habitación a grandes zancadas.

Aguardábamos en la sala de espera de la comisaría central de Tønsberg —sentados en dos incómodas sillas fijas en la pared, cogidos de la mano y tan tensos como las cuerdas de un violín— a que el funcionario de rigor cumplimentara los trámites pertinentes para poder tener acceso a la detenida.

De uno de los pasillos emergió el inspector Berg, con su habitual porte rígido e indescifrable expresión. Pese a su impassibilidad, creí adivinar un fugaz y desconcertante brillo cómplice en sus ojos cuando se encontraron con los míos. Lo miré sin esconder mi reconocimiento, apartó la mirada con un deje de asombro y la clavó en Gunnar.

—Sólo puede entrar uno —informó hierático.

Gunnar asintió y oprimió mi mano en señal de apoyo y conformidad.

Me levanté y seguí al enigmático Hans Berg por los sobrios pasillos de la comisaría, hasta una puerta metalizada. Antes de abrirla, se volvió hacia mí con celo profesional y mirada admonitoria.

—Estaré al otro lado de la estancia, en un cuarto de vigilancia, observando a través del espejo que verás en la habitación. Voy a desactivar la cámara para que vuestra conversación no se grabe, sólo yo seré testigo de lo que habléis. Sospecho que Hildur esconde un secreto que puede interesarte.

Ya se iba cuando lo detuve posando la mano en su antebrazo. Berg me miró expectante.

—Gracias, mi guardián.

La sombra de una sonrisa complacida iluminó su rostro; de sus ojos, tan azules como los de antaño, brotó ese tinte pícaro y travieso que siempre lo había caracterizado, ratificando en aquel personal gesto su identidad pasada.

Asintió sin mediar palabra, para desaparecer en un recodo.

Abrí la puerta y me adentré en una sala cuadrada, pequeña y parca en detalles. Tan sólo había una mesa con dos sillas a cada lado, un gran espejo junto a otra puerta, un plafón de luz blanca en el techo y una cámara en una esquina, que evidenciaba la ausencia del piloto rojo de grabación, y que además enfocaba hacia el suelo.

Hildur estaba sentada a la mesa, con las manos sobre el tablero, las muñecas esposadas, unas oscuras bolsas bajo los ojos y una mueca de culpabilidad y pesadumbre tan acentuada que ensombrecía su rostro como una máscara mortuoria. Tomé asiento frente a ella.

Fijó sus claros ojos grises en mí y, ante esa fijeza, esa conexión que siempre había sentido por ella resplandeció con más intensidad. Creí adivinar otros ojos en ella, y esa sospecha me tensó, encogiendo mi corazón ante la inquietud que crecía a pasos agigantados.

—No llegué a tiempo —confesó en un murmullo abatido.

—¿A tiempo?

—Permanecí junto a ella media vida justo para impedir esto y he fracasado —se lamentó cabizbaja.

Mechones del color del bronce, lacios y largos, cubrieron parcialmente su demacrado rostro, sin poder ocultar los remordimientos y la frustración que pendía sobre ella como una lúgubre nube gris.

—Sabía lo que iba germinando en ella con los años —prosiguió—, en quién se revelaba... y el objetivo que había venido a buscar. Lo soñé cada noche, lo veía en sus ojos. Y cuando Gunnar te recuperó, comprobé que ella sólo aguardaba su momento. Esperó la llegada de Khaled y perfiló con detenimiento y frialdad su plan, como la araña que fue... y que es.

Mi pulso se detuvo, mis sospechas se confirmaban, mi garganta se cerró. Y esa angustia que llamaba sin cesar reventó de un empujón mi puerta, asolando cuanto encontró a su paso.

Suspiró contrita y me miró de nuevo, esta vez con una gravedad, una comprensión y un cariño conocidos. Sin ocultar quién fue, y cuál era su misión en esta vida. Sentí su alma en toda su extensión, llenándome por completo, empapándome con su esencia. Los recelos que siempre habían palpitado en mi interior, esa sensación fraternal tan profunda, ese vínculo que me unía a ella, por fin tenían explicación.

—Eyra...

Las lágrimas rodaron gruesas y ardientes por mis mejillas, y exhalé un gemido quebrado que me sacudió. Alargué trémula las manos, estrechando las suyas en una comunión que transgredía credos, tiempos y razones, y dejé brotar también de mí cuanto sentía.

De Hildur escapó un sollozo sofocado, sus hombros se sacudieron y su expresión se dulcificó.

—Volvemos a encontrarnos, Freya, tal y como pediste cuando me fui, tal y como deseé cuando supe que partía.

El llanto desfiguró mi rostro en una mueca afligida de la que rebosaron dolorosos recuerdos recientemente desenterrados.

—Me... escuchaste...

Asintió afectada; su labio inferior retemblaba y sus lágrimas desembocaban en la comisura de sus labios, cayendo pesadas sobre la mesa.

—Mi alma sobrevoló el fuego, revoloteó a tu alrededor y besó tu mejilla antes de partir. Sí, te escuché.

—Ragnhild regresó sólo para vengarse —aduje amargamente—. Intentó seducir a Gunnar y ahora me arrebató a mi hijo, tal como juró antes de morir. Es la misma araña despiadada que fue, y eso significa que... lo matará si no lo ha hecho ya.

El dolor me asoló aplastando mi pecho, perdí el resuello y mis latidos se detuvieron. «¡No —me dije—, no!»

—No, eso significa que intentará quedárselo para sí. Ella perdió un hijo, y quiere el tuyo.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Un pavor desgarrador se instaló en mi alma, liberando a todos mis demonios del pasado.

—¿Dónde puede estar?

Hildur sacudió la cabeza descorazonadamente.

—Sólo intuyo que no ha salido de la propiedad; tiene que estar muy cerca, viéndote sufrir.

—¿Y tus huellas en la cueva?

—La tarde del aniversario, la seguí —comenzó a explicar pausada—. En un peñasco al borde del acantilado había escondido una cuerda, un cesto y unas zapatillas; todavía no sabía qué tramaba. Durante la fiesta desapareció; imagino que subió al cuarto del niño, cogió sus juguetes y lo que consideró útil y, antes de que anocheciera completamente, se escabulló, se quitó el vestido que llevaba y, en ropa interior y zapatillas, descendió hasta la cueva y dejó lo que llevaba, preparándolo todo, eso es lo que me encaja ahora. Ella sabía que yo la vigilaba, por eso me engañó diciéndome que tenía que hacer una llamada; pero cuando te desvaneciste y fui a buscarla, fue ella la que me llamó desde casa, diciéndome que estaba ya en la cama, y que había tenido que marcharse porque no se encontraba bien. Así que me fui hacia allí; sin embargo, cuando llegué no había nadie, tan sólo un mensaje en mi teléfono, advirtiéndome que había decidido ir al médico de urgencias, porque la cabeza le iba a estallar. En aquel momento sentí una desazón extraña, y no conseguí dormir en toda la noche. Ella no regresó. Cuando me llamó Rona avisándome de la desaparición de Khaled, las piezas encajaron. Esa supuesta llamada desde casa que había hecho Ingrid jamás se había efectuado, había usado su móvil para desviar la llamada y hacerme creer que estaba allí, cuando seguramente se había escondido en algún rincón de tu casa.

»Conduje como alma que lleva el diablo y lo primero que hice cuando llegué fue dirigirme hacia el peñasco. Observé entonces que, tras él, había un estrecho y escondido sendero hendido en la pared rocosa, y que descendía por ella. Lo recorrí y me condujo a aquella cueva. Rebusqué desesperada, pero ni ella ni Khaled se encontraban allí. Decidí buscar por mi cuenta e inspeccioné los alrededores, sin resultado alguno. Entonces, cogí el coche y visité los lugares en los que pensé que pudiera esconderse. Pero fue como si se la hubiera tragado la tierra. Ahora creo que tenía pensado permanecer unos días en esa cueva justo bajo tu cabaña y, sospechando que yo la había seguido hasta el peñasco, cambió de ubicación... pero me atrevería a jurar que su escondrijo está en vuestra propiedad. Nadie la ha visto, nadie. Y no es una mujer que suela pasar desapercibida precisamente.

Por mi mente pasaron a velocidad de crucero los lugares donde alguien podía esconderse con un niño, sin poder visualizar ninguno lo suficientemente oculto y deshabitado. Gunnar era el único que conocía al

dedillo su propiedad, sólo él podía adivinar el lugar, si lo había.

Me puse en pie con urgencia.

—Enlacé mi alma a la de la araña —arguyó Hildur derrotada— para evitar que cumpliera su venganza. Fue en vano.

—No, no lo fue, regresaste con nosotros. La detendremos y te sacaremos de aquí.

Ya me dirigía a la puerta cuando me detuve en seco, me dirigí hacia ella y la abracé, besando su mejilla.

—Fuiste nuestra madre en otra época; en ésta, tendrás que ser nuestra hermana mayor.

Dibujó un amago de sonrisa y asintió con lágrimas en los ojos.

Salí rauda de la estancia, para toparme con un duro pecho y una mirada penetrante.

—Ya registramos la propiedad —manifestó Berg adusto— y no encontramos nada.

—Quizá Gunnar conozca algún recoveco que a vosotros se os escapó —repuse esperanzada—. Es más lógico pensar que ha huido, en lugar de esconderse. Y en este último caso, cabe suponer que ha elegido un lugar recóndito.

—De acuerdo —concedió—, peinaremos cada palmo de terreno.

Asentí agradecida, y ya me iba cuando esta vez fue él quien me detuvo, acercando su rostro demasiado al mío.

—Me nombré guardián protector de vuestro amor, Freya, y, a pesar de eso, cuando me topé contigo en la Estación Central de Oslo y me ofrecí a enseñarte el idioma, mi promesa se tambaleó.

¡Aquel hombre que me abordó en la estación de tren era él, por eso me resultaba familiar!

Nos sostuvimos la mirada unos instantes con fijeza, y en la profundidad de sus celestes ojos encontré a Hiram. No pude evitar alargar la mano, acariciar con extrema dulzura su mentón y sonreír agradecida.

—Ahora descubro yo cuán poderosos eran los dioses de antaño —murmuré— y cuán poderosas son las promesas que se hacen en nombre del amor. Gracias, mi guardián, no puedo ofrecerte más que mi amistad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asentí expectante, siendo receptora de toda su intensidad.

—¿Tienes hermanas?

Dibujé una sonrisa y miré hacia la puerta.

—Acabo de encontrar una.

Esbozó una sonrisa oblicua y me guiñó un ojo acomodando un mechón dorado entre su melena peinada de forma prolija.

—Y encontrarás más cosas, no lo dudo —animó, conduciéndome hacia la sala de espera.

Resultaba curioso cómo las almas renacían una y otra vez dentro del mismo círculo; algunas cambiaban su rol, pero todas y cada una de ellas elegían si purificarse o condenarse. Ahora conocía la elección de tres de esas almas que asombrosamente se habían reencarnado con nosotros; faltaba por descubrir la elección de la cuarta. Porque, sin duda, Rashid había regresado por un motivo específico.

Gunnar se puso en pie al verme, con la esperanza pintada en sus facciones.

—Cree que está escondida en nuestra propiedad —informé—; van a peinar la zona, de nuevo. Pero tú la conoces mejor que nadie; ¿se te ocurre algún sitio donde puede cobijarse?

Frunció el ceño pensativo, recorriendo mentalmente la finca. Sus ojos se movieron inquietos, abstraídos y concentrados y, de repente, un destello los hizo agrandarse.

—Hay un viejo cobertizo destartado donde mi padre guardaba los útiles de pesca; está a la entrada del bosque, al norte de la finca.

Berg negó con la cabeza, sacó su bloc de notas del bolsillo trasero de su pantalón de traje, lo abrió y revisó unas anotaciones.

—Fue revisada; además, está medio derruida.

—Sí, pero tiene un acceso a un túnel que lleva a un antiguo yacimiento de cobre —recordó agitado.

Berg alzó las cejas con asombro, entreabrió la boca y se guardó apresurado la libreta.

—¿A qué esperamos? Vayamos en mi coche, avisaré por radio a más efectivos.

Salimos de la comisaría y nos introdujimos en su coche, un Nissan Leaf eléctrico en color rojo.

Berg encendió el motor y salió del aparcamiento con celeridad. Gunnar iba a su lado; giró la cabeza y me regaló una mirada tranquilizadora.

—¿Por qué demonios no sale ese yacimiento en los mapas de la propiedad? —inquirió girando el volante con soltura.

—Porque no está en uso desde hace más de un siglo —respondió Gunnar.

—¿Y quién conoce la existencia de ese yacimiento, aparte de ti?

—Creo que se lo comenté a Sven en una ocasión.

Berg resopló y asintió con la cabeza, tomando un desvío a la nacional. Pisó abruptamente el acelerador para incorporarnos a la vía; me impelí contra el respaldo del asiento trasero.

—¿Cómo se llevaban Ingrid y Sven?

—Pues, no sé, creo que bien. Ingrid tonteaba con todo aquel que llevara pantalones. ¿Alguien me puede decir qué está pasando?

—Freya, aprovecha el viaje para ponerlo al día... —me miró a través del retrovisor, cómplice, y agregó—... de todo.

Gunnar lo miró turbado, su cejo se arrugó molesto y su rictus se oscureció.

—¿Freya? —observó receloso.

En las profundidades de la tierra

—¡Joder!, ¿Hiram? —exclamó Gunnar con el rostro desencajado de asombro—. Hildur, ¿Eyra?, Ingrid, ¿Ragnhild?, y Yusuf, ¿Rashid? No puede ser cierto.

—Si lo vuestro lo es, ¿por qué lo nuestro, no?

Gunnar fulminó a Hiram con la mirada. Entrábamos en la finca por un camino colindante que bordeaba la propiedad hasta la parte norte.

El Nissan traqueteaba sobre el agrario sendero, mientras Gunnar digería con dificultad toda la información de que disponía.

—Y, ¡por Dios santo!, ¡¿Sven con Ingrid?!

—¿Se te ocurre otra manera de que Ingrid sepa de ese yacimiento? —respondió Berg, aferrando con fuerza el volante mientras sorteaba los baches.

Gunnar seguía mirándolo completamente aturdido.

—¡Joder!, ¿Hiram? —repitió incrédulo.

—Sí, temible *ulfhednar*, fui Hiram, sólo que, esta vez, el maestro soy yo; no de espadas, pero sí de pistolas. Abre la guantera y saca mi revólver reglamentario y una linterna. Acabo de mandar la ubicación por GPS, espero que no tarden mucho los refuerzos.

—Desvíate a la izquierda —indicó Gunnar apremiante— y deja el coche junto a la empalizada. El cobertizo está un poco más allá.

Salíamos del vehículo cuando mi teléfono móvil comenzó a vibrar. Lo saqué del bolsillo del pantalón. Era Elena. Descolgué.

—Llamé al hospital y me dijeron que ya no estabas allí; ¿dónde diablos estás?

—No puedo contarte mucho más, pero creemos que Ingrid se llevó a mi hijo, y que lo tiene escondido en algún lugar de la finca. En este momento vamos a explorar el cobertizo de pesca, ya te llamaré en cuanto sepamos algo.

—Vamos hacia allí...

—No... no hace falta...

Y colgó. Cerré el móvil y seguí a Gunnar y a Berg, que avanzaban a grandes zancadas, pero cautos, hacia el cobertizo.

—Yo entraré primero —advirtió el inspector, quitando el seguro a su arma.

Oímos el murmullo de un riachuelo; la hojas crujían bajo nuestros pies y la suave brisa mecía las ramas, frotándolas entre ellas en un apacible susurro. El cobertizo apareció anexo a la falda de una montaña, destartado y ruinoso. La puerta de entrada colgaba de sus bisagras en un ángulo torcido, dejando entrever su penumbroso interior.

Berg empujó la puerta, que, a pesar de su cuidado, gruñó quejicosa. Era apenas un habitáculo rectangular, sin mobiliario; había maderos desclavados en los laterales, por los que se colaba la naturaleza e imaginaba habitaban más seres del bosque. Miramos interrogantes a Gunnar.

Avanzó hacia el fondo y retiró con la punta del pie un amalgamado manto de hojarasca, descubriendo un recortado portalón de madera en el suelo. Se inclinó, agarró la argolla oxidada que había en el centro del recuadro y tiró con fuerza. Chirrió molesta, pero se entreabrió sin dificultad.

Lo primero que se me vino a la cabeza fue la falta de oxígeno, el ambiente opresivo y la oscuridad. Sólo imaginar a mi pequeño en un lugar como aquél me apuñaló el corazón; me negué a pensar en otras posibilidades.

Tras la compuerta, un agujero negro como el infierno. Berg encendió su linterna y enfocó la oscuridad.

Había una escalera de hierro anclada a la pared que descendía unos metros, no muchos.

—Bajaremos Gunnar y yo —decidió Berg—; espera aquí a los refuerzos.

—Ni hablar —repliqué obstinada—. Voy a bajar.

Gunnar asintió con gravedad. Berg nos miró alternativamente y se encogió de hombros.

—Adelante, entonces.

El inspector comenzó el descenso; tras él, Gunnar y yo. Mientras bajaba peldaño a peldaño, me sentí extraña, como si en verdad entrara en otro mundo, como si bajara a los infiernos para traer de vuelta a mi hijo.

Y cuanto más descendía, más vibraba mi pecho. Lo sentía cerca, y supe en el acto que mi Khaled estaba en aquel horrible lugar con una mujer todavía más horrible, y el terror se aunó a la angustia más acuciante, tensando todo mi cuerpo.

Llegamos a un túnel en una sola dirección.

Posé trémula la mano en el brazo de Gunnar.

—Está aquí —susurré nerviosa.

Sentí el envaramiento de Gunnar; me cogió con fuerza de la mano y la oprimió transmitiéndome seguridad; aunque el foco de la linterna proyectaba un abierto cono de luz frente a nosotros, la oscuridad era tan asfixiante y pesada que nos envolvía amenazante, como un mal augurio aleteando sobre nosotros.

El ambiente era rancio, húmedo, con un toque metálico y acre de aire emponzoñado, que picaba en la garganta y escocía los ojos. Sólo se oían nuestros pasos y un goteo incesante y rítmico de tuberías rotas.

Berg desplazaba la linterna hacia ambos laterales, inspeccionando las paredes de roca, que lloraban una humedad oscura formando charcos en la base.

Caminábamos en silencio, despacio y en completa tensión.

El haz de luz se detuvo en un punto concreto de una de las paredes, revelando una puerta metálica corroída por el óxido. Contuve el aliento.

Berg se acercó a ella, cogió el pomo con la mano y sacó la pistola cargada de la cinturilla de su pantalón, liberando el seguro.

Supe que sería del todo imposible abrirla sin que chirriara, alertando de nuestra intromisión. La garganta se me cerró y el pulso atronó alocado en mi interior.

Tras un quejido en el que se estiró lentamente toda la angustia que me atenazaba, la puerta se abrió.

Todo estaba oscuro. El haz de luz barrió una estancia que en otro tiempo había sido una especie de despacho. Sólo había una mesa desconchada, un archivador decrepito, un par de sillas, un perchero y una vitrina vacía y empolvada. Además, un hacha anclada a la pared; un cuadro que mostraba una fotografía en blanco y negro de un nutrido grupo de mineros del siglo pasado, tiznados y sonrientes, y una lámpara de sobremesa cubierta por el blanco manto del tiempo.

Motitas de polvo flotaban suspendidas en la luz, como si en verdad hubiéramos atravesado un portal temporal.

El fondo del cuarto permanecía negro.

Un detalle llamó poderosamente mi atención: una lámpara linterna para cámping, que reconocí como nuestra, se hallaba en uno de los rincones.

No fui la única que reparó en ella. Gunnar intercambió una mirada admonitoria con Berg; ambos asintieron. Gunnar comenzó a desplazarse hacia el otro extremo de la habitación. Continuaban unidos por la camaradería compartida en otros tiempos, interpretando con inusitada claridad un simple gesto.

Y entonces, un gorjeo sofocado me aceleró el pulso. Berg dirigió la linterna hacia el rincón de donde había provenido el sonido, detrás de un grueso puntal al fondo del despacho.

—¡Entrégate, Ingrid, no tienes escapatoria! —exclamó Berg, apuntando su pistola hacia aquel rincón.

—¡Sí la tengo! —respondió una voz femenina.

Ingrid salió de su escondrijo con mi hijo en brazos, envuelto en un manto sucio y arrugado, y un cuchillo en una de sus manos—. ¡Vais a dejarme salir de aquí... porque, si os acercáis a mí, mataré al niño!

Sus almendrados ojos claros se clavaron en mí. En aquella mirada rezumante de odio asomaron todas las ansias de venganza que palpitaban en ella, un encono visceral que reveló con aterradora claridad a la mujer que se escondía tras ese cuerpo.

—Me robaste el amor de mi hombre, y a mi hijo —siseó con perfidia—; al menos pude cobrarme una pieza.

—No —murmuré—. Tu maldad te los arrebató.

De soslayo, atisbé cómo Gunnar avanzaba solapadamente para cernirse sobre ella. Debía entretenerla.

—Tú —continué— eres la única culpable de tu desdicha.

Ingrid, con el rictus crispado por la ira y mirada enajenada, avanzó cargando a mi hijo, que se removía bajo aquel manto, arrancándome lágrimas de alivio.

—Esta vez no me iré sola —aseguró amenazante.

—Entrega al niño y te prometo que te dejaremos salir de aquí —intervino el inspector—. Puedes coger mi coche y largarte a donde quieras, no iremos tras de ti, tienes mi palabra, pero tienes que decidirte antes de que lleguen más efectivos; no tardarán.

Ingrid fijó la mirada en la placa que había prendida en la hebilla de su

pantalón y formó una mueca desdeñosa en su faz, negando con la cabeza.

—La palabra de un poli... —masculló con desprecio—. Voy a salir de aquí —insistió avanzando— con el niño, eso es lo que voy a hacer.

En ese instante, Gunnar se abalanzó sobre ella. Ingrid sintió el movimiento y retrocedió astuta, al tiempo que alargaba la mano, lanzando un ataque con el cuchillo que rasgó la camisa blanca de Gunnar, tiñéndola de sangre. Contuve el aliento.

—Un paso más y mato a tu hijo —amenazó, apoyando la punta del cuchillo en el manto que se agitaba ya envuelto en un irritado sollozo, que me partió el alma.

Todos retrocedimos mientras ella avanzaba con cautela, mirándonos con recelo.

Llegó a la puerta y, tras dirigirnos una sonrisa aviesa, la atravesó a la carrera.

Nos impelimos hacia el túnel con intención de seguirla. El llanto de Khaled perdía intensidad, aunque reverberaba en aquellas paredes de piedra, clavándose en mi corazón.

—¡La escalera! —adujo Gunnar; el tajo en su brazo no paraba de sangrar—. Podemos detenerla en mitad del ascenso, le costará subirla sosteniendo el cuchillo. Es nuestra oportunidad.

Berg asintió y los tres corrimos por el túnel seguidos del eco de nuestros pasos y el peso de nuestra ansiedad.

Gunnar se adelantó con la desesperación pintada en el rostro; se precipitó a la escalera como un feroz depredador dando caza a su presa. Ingrid gruñía furiosa acelerando su ascenso; rogué para mis adentros que no cayera. Tras él, Berg y yo.

Oí un golpe sordo y un quejido sofocado; Berg se detuvo. Atisé hacia arriba pero no pude averiguar lo que estaba pasando. Por fin, comenzó a ascender de nuevo. La agonía me ahogaba, y la saliva se agriaba en mi boca extendiendo su amargor a mi garganta.

Cuando por fin llegué al cobertizo, y salí tras Berg al exterior, me encontré con la misma escena que en las profundidades de la tierra. Ingrid amenazando a Khaled frente a Gunnar. Desvió la atención sobre el inspector, fijando la mirada en la pistola que empuñaba.

—Avanza diez pasos y deja la pistola en el suelo —ordenó ella.

Berg asintió y obedeció sin dejar de clavar los ojos en ella.

Ingrid se adelantó y la cogió con una mueca triunfal dibujada en su

rostro.

—Y ahora, maldito gigante —se volvió hacia Gunnar, apuntándolo con el arma; mi pecho se encogió—, no me quisiste en tu cama, y yo no te quiero en el mundo. Sin embargo —entonces se dirigió a mí, enfilando su arma en mi dirección—, menos la quiero a ella.

El sonido del disparo viajó en el aire, mezclándose con los atronadores latidos de mi pecho, que reverberaban en mi cabeza en un pulso lento y pavoroso.

—Nooooooooooooo —bramó Gunnar.

De repente, un violento empujón me lanzó al suelo, ocupando otro cuerpo mi lugar y recibiendo la bala en su pecho.

A partir de ese instante los acontecimientos se precipitaron abruptamente.

Berg, aprovechando el desconcierto, corrió hacia ella y la derribó; Khaled, envuelto en su manto, cayó sobre el lecho del bosque. Aturdida, logré levantarme y abalanzarme sobre el cuerpo de mi hijo, cogiéndolo en mis brazos y pegándolo a mi pecho. Tenía la carita roja y congestionada de llorar, olía a pañal sucio y a leche agria, pero parecía estar bien.

Me puse en pie y corrí hacia donde Gunnar atendía a Yusuf. La herida en su pecho extendía rápidamente un cerco de sangre que empapaba su camiseta de algodón.

Algo intenso removió mi pecho. Rashid había tomado su elección: salvar la vida que en otra vida pretendió quitar. Y así quedar su alma en paz, purificarse, y redimirse. Dejé escapar un hondo sollozo cuando me arrodillé ante él. Gunnar nos miró a ambos, me quitó al niño y se separó unos pasos con semblante consternado y afligido.

Yusuf clavó la mirada en mí con emotiva gravedad. Puse la mano en su herida y una mueca de dolor desfiguró mi rostro; el suyo, en cambio, era de total placidez.

—Desde... nuestro encuentro... en el acantilado —comenzó a decir estremeciéndose—... supe que... te debía algo, que ...algo transcendental me unía a ti. Y era... —tosió una bocanada de sangre, pareció desvanecerse pero logró abrir los ojos de nuevo—... devolverte la vida... que una vez te quité. El amor... me nubló, Freya; ¿me perdonas?

Me sumergí en sus ojos y me incliné sobre él; las lágrimas recorrían mi rostro, abundantes y amargas. Besé sus labios.

—Ya lo había hecho —murmuré—, buen Rashid, ya lo había hecho.

Yusuf sonrió afectado, y extendió el brazo ofreciéndome la mano. La cogí con las mías y la llevé a mi mejilla.

—Pero ahora... por fin... estoy en paz.

Cerró los ojos y mi corazón sangró por él.

Un grito tras de mí me hizo apartarme. Elena se precipitó sobre Yusuf sollozando desesperada, se abrazó al cuerpo del hombre que amaba y gritó su pena al viento, a los árboles que nos contemplaban, al cielo que nos cubría y al mundo entero por arrebatárselo tan impunemente.

Gunnar se acercó a mí, portando a nuestro hijo en un brazo, y me estrechó contra su pecho, donde lloré desconsolada el resultado de un destino que impartía justicia a través incluso de los tiempos, dejando que fueran las propias almas las que decidieran su camino.

Un acto borraba otro, era así de sencillo. Con cada acción cometida en una vida, se nos ofrecía la posibilidad de enmendarla o no en la siguiente, cada cual elegía según la pureza de su alma. Todos y cada uno de nosotros gozábamos de segundas oportunidades, aunque se necesitaran varias vidas para darnos cuenta del sentido de cada acción, de la importancia de nuestras decisiones, y del hecho a enmendar. Segundas oportunidades para alcanzar la felicidad vedada, para recuperar almas afines o simplemente para encontrar la paz. Pero cada vida tenía un sentido; tan sólo debíamos estar atentos a él... y, para ello, nada había mejor que escuchar al corazón.

Una sirena de policía llegó hasta nosotros; varios vehículos, entre ellos una ambulancia, accedieron por el camino de entrada. Y entonces miré a Berg, que había apresado a Ingrid y la tenía contra un árbol, con las manos retorcidas en la espalda, las piernas separadas y cabizbaja.

Elena lloraba rota cuando dos enfermeros de emergencias colocaron el inerte cuerpo de Yusuf en una camilla para trasladarlo a la unidad móvil.

—Ve con ella —sugirió Gunnar—, yo me haré cargo de Khaled; parece estar bien.

Alcé la mirada hacia él y asentí. Me limpió las lágrimas con el pulgar de la mano y se sumergió en mis ojos.

—Te amo, y ahora sé que hoy esa luna ha brillado tanto como el sol.

Esa referencia a mi comparación entre el amor de Rashid y el suyo que hice siglos atrás evocó en mí imágenes de mi vida con Rashid.

Recordé su dulzura, su nobleza y entrega, su gentileza y compromiso. Ese amor tan apasionado que me regaló y que el despecho mancilló, enajenando su mente. Un amor que se oscureció convirtiéndose en posesión, una luna que se opacó y desapareció dejando tras ella una noche oscura sin recuerdos. Pero él había conseguido, con su sacrificio, volver a brillar con fuerza, limpiando sus errores y recuperando el lugar que una vez había tenido en mi pasado, el del primer amor.

El verdadero me miraba con tan infinita dulzura que me puse de puntillas para besar sus labios y sonreírle entre lágrimas.

—Y yo sé que ese sol nunca dejará de brillar.

—Nunca, amor mío, jamás, porque se apagaría mi alma.

Me besó derramando en mis labios un amor tan grande que mi corazón se distendió y mi alma se solazó.

Fui junto a Elena, la abracé y me introduje a su lado en la ambulancia. Partimos entre sirenas, lágrimas y apremio.

Recompensas

Khaled cumplía su primer año.

Caminaba vacilante persiguiendo a *Thor* y, cuando caía sentado y nuestro perro lo olisqueaba, estallaba en carcajadas que arrancaban de los que mirábamos la escena una amplia sonrisa y un pellizco alborozado en el corazón.

Era un bebé hermoso; su pelo ondulado y dorado captaba los reflejos del sol, reluciendo sobre su cabeza como si fuera un aura. Y sus ojos ámbar, rasgados y chispeantes, tan peculiares que lo hacían único, lo hacían parecer una criatura mágica. Un trocito de sol, una valiosa pieza de oro, un entrañable tesoro refulgente que iluminaba nuestros días y henchía de dicha nuestros corazones.

Suspiré agradecida por cada día que disfrutaba junto a aquellos que amaba, por cada día que me alejaba de aquellos duros momentos pasados.

Ingrid había perdido el juicio si acaso lo tuvo, y pasaría el resto de sus días recluida en una penitenciaría psiquiátrica. En su mente se habían mezclado pasado y presente en un paroxismo emocional y caótico, que la había apartado indefinidamente de la realidad.

Atrás quedaba el dolor, el pasado, la angustia, la venganza, la lucha. Aquel último día en que el destino encajaba su última pieza perdía su consistencia día a día.

Y aún me maravillaba cómo había otorgado piadoso una última oportunidad a un alma redimida.

Nunca olvidaría haber presenciado aquel milagro dentro de aquella ambulancia. Como tampoco olvidaría el dolor en el rostro de Elena cuando el monitor que medía la frecuencia cardíaca de Yusuf emitió un alarmante pitido, anunciando una desoladora línea verde horizontal. De igual forma, resultaría imposible olvidar cómo el personal médico se apresuraba a reanimarlo, descubriendo su pecho y adhiriendo a su piel los parches con electrodos del desfibrilador, y cómo en cada descarga el

torso de Yusuf se convulsionaba sin que esa maldita línea mostrara la más mínima y alentadora alteración.

El médico a cargo repitió el proceso sin éxito alguno; sin rendirse, optó por la reanimación manual, insuflando aire en sus pulmones y acompasando con las manos la presión rítmica adecuada. A pesar de todos sus esfuerzos, el monitor continuaba emitiendo aquel desesperanzador pitido crispante. Por último, negó con la cabeza mientras Elena se rasgaba en un alarido desesperado, abrazándose al cuerpo de Yusuf, sollozando su agonía. No, jamás podría olvidar su tormento durante aquellos agonizantes momentos... que, por fortuna, fueron breves.

El momento en que el pitido trocó de continuado a intermitente y aquella inmóvil y plana línea luminosa verde comenzó a elevarse en picos cada vez más intensos y regulares fue tan desgarradoramente emotivo, tan asombrosamente dichoso y tan mágico que todos los que lo presenciamos permanecemos del todo sobrecogidos unos instantes por aquel prodigio del destino, según yo, y de la naturaleza humana, según los asistentes médicos.

Y ahí, junto a mí, Elena, apoyada sobre el pecho de Yusuf, reía vibrante cada carcajada de mi pequeño. Yusuf, recostado sobre el rugoso tronco de un gran fresno, sonreía mientras pellizcaba con el tenedor la tarta de frutos rojos que nos había preparado Rona para aquel picnic al aire libre.

Gunnar, de rodillas sobre el césped, alentaba a Khaled a que lo alcanzara, retrocediendo cada vez que daba un paso hacia él. El sol acariciaba su cabello castaño claro y chispeaba en sus rasgados ojos, acentuando en aquellos profundos lagos verdes la ligereza que otorgaba la más saboreada plenitud.

Llevaba una camiseta blanca de algodón, de manga corta, que remarcaba cada subyugante ondulación de sus poderosos músculos, y unos tejanos desteñidos y rotos delineaban sus esbeltas y fornidas piernas. Su melena indomable se desparramaba sobre sus hombros, salvaje y tentadora. Y en su semblante, arrobado y tierno, rezumaba un amor tan profundo por aquel que caminaba inseguro pero risueño hacia él que me encogió el corazón.

Partí otro trozo de tarta, la dispuse en un plato de cartón y se la ofrecí a Yusuf.

—Deja de pellizcar la tarta y pide otra porción —increpé sonriente.

—Sí, mami —se burló sacándome la lengua.

—Elena, todavía estás a tiempo de enseñarle modales —bromeé forzando un mohín reprobador.

—Tiré la toalla —respondió con sorna, poniendo los ojos en blanco —; al menos he conseguido llevarlo al altar.

—Qué menos, después de todo lo que me cuidó.

Elena lo empujó gruñéndole, Yusuf soltó una carcajada solazada, la estrechó con fuerza y besó su cabeza.

—No te atrevas a insinuar que pagaste una deuda, porque si no te juro que...

Yusuf la miró sonriente a los ojos, cogió su mandíbula y acercó los labios a los de ella.

—Lo único que me atrevo a hacer cuando me miras así es suspirar.

Elena aleteó las pestañas coqueta y sonrió relamida.

—Eso está mejor —aprobó complacida, arrugando graciosamente la nariz.

—Estaría mucho mejor si estuviéramos solos —repuso él contra su boca—. Quizá esta noche pueda repetirte lo mucho que te amo sin hablar.

—Quizá, pero te haré pagar ese comentario —amenazó ella sugerente.

—Ya tiemblo.

Me puse en pie sonriente, respetando su intimidad, y paseé hacia Gunnar y Khaled, que jugaban con *Thor* sobre la hierba.

Me detuve, aspiré aquella embriagadora brisa estival y alcé el rostro hacia el sol, cerrando los ojos. Saboreé su suave tibieza y sonreí feliz.

Sorprendentemente, quien había sido Yusuf en otro tiempo no condicionó la amistad que ahora nos unía, ni afectó la que tenía con Elena, otra gracia que agradecer. Ambos se habían quedado a vivir en Tønsberg, como tanto temió Gunnar en un principio, pero a quien ahora hacía tan feliz que compartieran nuestra vida. Y no eran los únicos.

Más allá, paseando de la mano, Hildur y Berg conversaban cómplices con miradas reveladoras y gestos arrebolados. Las risas de Hildur llegaban hasta nosotros, inflamándonos el corazón de júbilo. Quizá ese paseo acabara en un anuncio de boda, o el anillo que Berg llevaba escondido nunca saldría de su estuche. Por lo que pude comprobar, no cabía posibilidad de rechazo. En la expresión de Hildur rebosaba la adoración que sentía por el comedido inspector.

Al cabo, unos brazos rodearon mi cintura, una mano retiró mi melena a un lado y unos labios besaron la curva de mi cuello. Me apoyé contra un pecho duro y cálido; mi sonrisa se amplió acompañada de un delicioso estremecimiento.

—No cierres los ojos, no me dejes sin luz —susurró en mi oído.

Los abrí y me volví en sus brazos. Sus manos recorrieron mi espalda, descendiendo hasta el nacimiento de mis nalgas; las detuvo ahí tamborileando con los dedos.

—¿Dejar sin luz al sol? No podría.

—Lo haces cada vez que te pierdo de vista —ronroneó contra mi boca.

—Esos eclipses también me afectan.

—¿Acaso no cumplo mi juramento?

—Cada día y cada noche.

Y aquellas palabras me llevaron de nuevo a aquel *snekke* en alta mar, donde sellamos nuestro juramento. Confundida y asombrada, sostuve indagadora su mirada.

—¿Hasta dónde llegan tus recuerdos?

Gunnar suspiró profundamente y me observó con preocupación.

—Lo recuerdo todo —confesó con un deje culpable.

Abrí los ojos y compuse una mueca demudada y aturdida.

—¿Por qué me dejaste creer que ambos habíamos muerto en Skiringssal?

—Porque no tiene ningún sentido que recuerdes tanto dolor. El pasado nos unió, pero es el presente lo único que importa y no pienso consentir que derrames más lágrimas y menos por cosas que no podemos cambiar. Estamos juntos, amor mío, y es lo único que importa. Hemos vencido a todo y a todos, y esta vida y cuanto poseemos es nuestra recompensa.

Cogió mi cabeza con las manos y paseó los pulgares por mis mejillas mientras ahondaba en mi mirada.

—Nuestro amor traspasó la barrera del tiempo, y venció a los demonios del pasado, nada más importa.

Besó mis labios con dulzura, ciñéndome a su pecho; su calor me arropó, y su suavidad acarició mi alma, como si unos gráciles dedos pasearan delicadamente sobre un arpa, arrancando vibrantes y acariciadoras notas que flotaron por mi interior subyugándome.

Una voz estridente y reprobadora llegó hasta nosotros evaporando la magia de un plumazo.

—¡Un perro cuidando de un niño, y cuatro adultos olvidando que lo son!

Miré en dirección de Elena y Yusuf, que se separaron de inmediato, bufando exasperados pero con una sonrisa traviesa jugueteando en sus labios. Y a Gunnar, que sacudía paciente la cabeza mientras Rona seguía mascullado su desaprobación como si fuéramos cuatro adolescentes descocados.

—¡Y mirad qué ejemplo le estáis dando al crío! —insistió ceñuda, cogiendo a Khaled en sus brazos. Le regaló al pequeño una sonrisa tierna, para a continuación fulminarnos con su escandalizada desaprobación.

—¡Por dios, Rona, sólo nos besábamos! —defendió Gunnar.

—Y una cosa lleva a la otra y, desde que esa española se instaló aquí, el decoro se ha ido al carajo.

Elena agrandó sus almendrados ojos avellana con furiosa ofensa.

—Que ni siquiera seas una muerde almohadas frustrada —contraatacó Elena airada— no te da derecho a reprender a las que sólo usamos la almohada para dormir. Tendré que pedirle a Yusuf que le dé algunos consejos a tu Arne.

—Mi Arne no necesita clases de nada, descarada, pero una cosa es disfrutarlas en la intimidad y otra es hacer alarde en público.

—¿Tanto te molesta no tener la valentía de hacerlo tú? Pues mira.

Se abalanzó sobre Yusuf y le impuso un beso apasionado que lo desarmó.

Rona miró al cielo y bufó ofuscada, agitando la cabeza con aguda desaprobación.

—Primer *round* del día. Enhorabuena: España, uno; Noruega, cero —masculló Gunnar por lo bajo, intentando ocultar su diversión.

—No canto victoria —respondí entre dientes, estrangulando una sonrisa—; queda mucho día por delante, y Rona seguro que no perderá la ocasión de marcar su tanto.

Tras un resoplido impaciente, dirigió otra mirada fulminante a Elena, que parecía en verdad haber olvidado que estaba siendo observada, y se marchó con el niño en brazos. Olvidó su enfado en los arrumacos que le dedicó a Khaled.

—¡Por Dios bendito, qué mujer! —exclamó Elena enojada—. Es

agotadora. Llevamos un duelo permanente desde que llegué. ¿Qué le habré hecho yo a esa condenada vikinga?

—Le encantas —musité risueña.

—Lo sé.

Y ambas estallamos en carcajadas que cascabelearon en el aire, mezclándose con el trino de los pinzones y el murmullo del viento. Aquella melodía que flotó sobre nosotros y viajó con la brisa era el sonido de la felicidad más plena. Aquella que tanto nos había esquivado, y que ahora, ya en nuestro poder, se mostraba radiante y diáfana, tan deslumbrante y cautivadora que todo el dolor pasado cobraba sentido ante tamaña recompensa.

Sonreí, un gesto ya habitual en mí. Sonrió, un gesto frecuente en él.

Lo miré, me miró; no fue necesario expresar en voz alta lo que nos dijimos...

«¡Tuya!»

«¡Tuyo!»

Lo besé, me besó.

Epílogo

Anochecía.

A bordo del velero, recorriamos el fiordo disfrutando de un majestuoso ocaso.

El sol besaba la línea del agua, derramando su oro en ella. En el cielo, los cobres, rosados y púrpura se desdibujaban conformando un bellissimo lienzo donde se recortaban las altas montañas y se fundía el horizonte.

Gunnar, al timón, resultaba más cautivador que el marco que lo recortaba. «Todo un vikingo», pensé admirada, tan hermoso y fiero como las tierras que nos rodeaban.

La proa de la embarcación trazaba una perfecta línea recta sobre la plácida superficie del agua, deslizándose con lánguida elegancia por aquel espejo calmo, que apenas se ondulaba contra los costados.

Me encaminé a la popa, aproximándome a mi vikingo. Se apartó de la rueda del timón, lo justo para ponerme frente a ella y dejarme que gobernara el velero. Se situó tras de mí, demasiado cerca para que mi concentración tuviera ocasión de centrarse en el manejo y no en lo que aquel condenado gigante despertaba en mí con sólo un roce.

Colocó las manos sobre las mías y apoyó el mentón en mi cabeza.

—Primera lección —informó—: evitar ponerte un vaporoso vestido para asistir a clases.

Frotó su cadera contra mis nalgas. Dejé escapar un gemido sorpresivo y una sonrisa vanidosa, ante el rotundo deseo que me presionó contra la rueda de madera lustrada.

—¿Suspendemos entonces la clase? —murmuré melosa.

—Te daré otra en su lugar.

Llevó las manos a mis caderas, ladeó la cabeza y besó mi cuello, dándome un suave mordisco. Me contoneé contra él. Gruñó.

—Has soltado el timón —recordé.

—Pues agárralo fuerte, ahora estoy ocupado.

Sus manos comenzaron a arrugar mi vestido, ascendiéndolo por mis

piernas. Mi estómago cosquilleó y mis pezones se endurecieron en el acto.

—Te recuerdo —gemí refregándome contra su cuerpo— que no sé gobernar un velero.

—Lo estás haciendo, nena. Eso y volverme loco.

Cuando sentí sus manos acariciar la piel de mis muslos, dejé escapar un gemido.

—Gunnar... —jadeé.

—No sueltes el timón, nena, y yo no soltaré el mío.

Cuando apartó mi ropa interior y sus dedos se hundieron en mi sexo, húmedo y cálido, creí morir de placer. Me acarició mientras lamía mi cuello, aferrándose con firmeza la cadera, para inmovilizarme. Y esa dulce indefensión me rindió, arrancándome un orgasmo tras otro. Temblorosa y todavía inflamada de deseo, me liberó para volverme hacia él.

Extendió la mano para colocar el seguro del timón sin dejar de mirarme y sonreír lujurioso. Su mirada me encendió la sangre y prendió mi cuerpo sin tocarlo.

—Y, ahora, voy a darte la segunda lección, una que espero tardes en olvidar, aunque te aseguro que no me importará repetirla las veces que sean necesarias.

Se cernió sobre mi boca, frotando con ardoroso apremio su lengua con la mía, paladeando cada rincón de mi interior y derramando un gemido tras otro en ella.

Me arrastró a trompicones por la cubierta hasta que logramos descender al camarote sin poder separarnos.

Me lanzó sobre la cama y comenzó a desnudarse con burda urgencia. Su hosquedad acrecentó mi deseo. Me deshice del vestido siendo devorada por su turbia y hambrienta mirada, que me hizo suya incluso antes de poseerme. Se abalanzó sobre mí como una alimaña famélica, con rudeza y desesperación, con esa exigencia tan voraz y salvaje que sacudía cada fibra de mi ser.

Y a pesar de estar desbordado por su deseo, logró contenerlo para dedicarme caricias incendiarias y besos abrasadores. En su atormentado rictus mostró una necesidad tan acuciante como la mía de sentirlo dentro.

—Gunnar... —supliqué anhelante.

Y, ante mi ruego, se rindió por completo. Me penetró en una profunda y ansiada embestida que me caló en el alma. Porque no sólo nuestros

cuerpos se fundieron en uno solo. Nuestra alma y nuestro corazón se sellaron como mismas partes de un todo. El placer nos envolvió, alejándonos del mundo, elevándonos hasta alcanzar un clímax conjunto que derritió hasta nuestros huesos.

Abrazados y plenos, mirábamos por la claraboya un cielo estrellado, tan límpido y hermoso como lo que vibraba en nuestros corazones.

—Me encanta la navegación —musité.

Una risa sacudió su pecho; me arrebujeé contra él, dejando que sus dedos se enredaran en mi cabello.

—Y a mí, ser instructor.

Besé su hombro.

Una inquietud que había estado aletargada en mí afloró de repente en busca de una respuesta.

—Necesito saber algo.

Giró la cabeza hacia mí, retiró mimoso un mechón de mi rostro y aguardó expectante.

—¿Me reencontré con mi madre?

Llenó sus pulmones de aire en una respiración profunda, y su semblante adquirió gravedad sumido en los recuerdos. Por fin una sonrisa aligeró mi ansiedad.

—Sí, amor mío, os reencontrasteis. Y, en efecto, no se parecía a ti.

—Pero era hermosa —argüí nostálgica.

—Lo era, y una gran mujer.

—¿Estaban mis hermanos con ella?

—Sí, vivían con ella, con tu ama de cría, Flora, y ese gigante de ébano.

—Ahmed.

Asintió quedo, y volvió a quedar en silencio.

—¿Fuimos felices?

—Vivimos nuestras aventuras, pero sí, lo fuimos, lo somos y lo seremos.



Lola P. Nieva nació en Albacete, está felizmente casada y tiene dos hijos. Estudió Administración de Empresas y trabajó como funcionaria del ayuntamiento de su ciudad.

Con su novela *Los tres nombres del lobo* ganó el I Certamen Literario Leer y Leer 2013 y consiguió el galardón Tres plumas a la mejor novela histórico-romántica. Fue nombrada mejor autora revelación nacional por los Premios Rosa Romántica's en 2013, se le otorgó el Premio «Corasón» al éxito con la primera novela en las Jornadas Ándalus Romántica (JAR) y fue finalista al Premio Aura 2015.

Algunas de sus aficiones son la historia, la lectura, pintar al óleo y escribir. Ya desde muy joven la necesidad de escribir y de liberar la multitud de historias que surgían de su cabeza era tan acuciante como la de devorar libros de géneros diversos. No obstante, terminó de atraparla la novela romántica.

Sus autoras favoritas son Diana Gabaldon, Monica McCarty y Julie Garwood. También le fascinan las novelas de Matilde Asensi y su gran maestro, Ken Follet.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<entremusas.wordpress.com>.

Notas

*. *Animal*, The Island Def Jam Music Group, interpretada por Neon Trees. (*N. de la E.*)

*. *One more kiss, dear*, Warner Music UK Ltd., interpretada por Vangelis. (N. de la E.)

Tras las huellas del lobo

Lola P. Nieva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Marpan - Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lola P. Nieva, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14768-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com